COSTUMBRES

DEL UNIVERSO.

COSTUMBRES DEL UNIVERSO



COSTUMBRES DEL UNIVERSO



Drawn by F. P. Stephanoff. Engraved by W. Finden.

ALOU HERMANOS, EDITORES

BARCELONA

COSTUMBRES
DEL UNIVERSO,

Ó

DESCRIPCION Y PINTURA DE LA FISONOMÍA PECULIAR

DE LAS MAS IMPORTANTES NACIONES DEL GLOBO, TALES COMO SON EN SU VIDA ÍNTIMA.

CARACTÉRES, INGENIO, TIPOS POPULARES,
BELLEZAS, DESCRIPCIONES, COSTUMBRES PÚBLICAS Y PRIVADAS, FIESTAS NACIONALES, CEREMONIAS,
ESPECTÁCULOS, TRADICIONES, PREOCUPACIONES, DEFECTOS, EXCELENCIAS
Y PARTICULARIDADES NOTABLES DE TODOS LOS PUEBLOS.

OBRA ESCRITA POR

D. Nicolás Diaz de Benjumea,

É ILUSTRADA CON UNA NUMEROSA COLECCION DE RIQUÍSIMAS LÁMINAS SOBRE ACERO, EN QUE SE MUESTRA
EL MAS ALTO GRADO DE PERFECCION DEL ARTE DEL GRABADO.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA.

LIBRERIA DE LOS SEÑORES ALOU HERMANOS, EDITORES,
CALLE DE STO. DOMINGO DEL CALL, 13.

MADRID.
LIBRERIA ESPAÑOLA DE GALIANA Y COMPAÑÍA.
calle de Relatores, 14.

HABANA.
LIBRERIA ENCICLOPÉDICA DE DON JOSÉ MONTANER,
calle de O'Reilly, 91.

BUENOS AIRES.
MARAVILLA LITERARIA DE ALOU HERMANOS, EDITORES,
calle de Rivadavia, núm. 291 y 293.

MDCCCLXVI.

PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y C.ª
Pasaje de Escudillers, núm. 4.—1866.

PORTUGAL.

«¡Tierra, tierra! aunque mejor diria: ¡cielo, cielo! porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa.»

Esta es la alabanza más lisonjera que podria desearse para un país, y tal alabanza dió á la capital de Lusitania el gran Cervantes, quien prosigue diciendo:

«Aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo: su puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo.»

¿Pues qué dirémos de sus hijos ilustres en armas y en ciencias, de su comercio y navegacion, de sus monumentos y antigüedades? Portugal blasona de nombres

como los de Viriato, Camoens, Vasco de Gama, Magallanes, Melo, Castro, Lobo, Pinto Moraes, Brito, Continho, Andrada, Carvalho, Costa, Menezes, Noronha, Vasconcellos, Rezende, Queiros, Souza, Castanheda, Ferreira, Silva, Saldanha y tantos otros que asocian un mundo de recuerdos de grandeza y de gloria. Al recorrer su territorio, sus puertos y ciudades cada paso es testigo de una maravilla de la naturaleza, del arte ó de la industria de sus pobladores. Los acueductos de Elvas y de Lisboa no ceden en osadía y magnificencia á los más famosos de Roma. Los conventos y templos de Belen y de Batalha, la Granja de Mafra con su Escorial portugués, las catedrales de Braga y de Coimbra, los palacios de Cintra, Alhambra de los reyes moros lusitanos, la quinta de las lágrimas y la fuente de los amores que recuerdan la tragedia de doña Inés de Castro, con otros muchos edificios y lugares admirables de belleza; sus campiñas regadas por el Tajo, el Duero y el Minho, sus ricas provincias de Beira y Alemtejo abundantes en lagos y ricos manantiales, sus altas montañas y fertilísimos valles, sus deliciosos vinos y sabrosas frutas le hacen uno de los teatros más pintorescos y agradables al viajero.

No fué hipérbole la de Cervantes llamar cielo á la perspectiva de Lisboa. Difícil es formarse una idea del magnífico espectáculo que ofrece la antiquísima ciudad de *Olysipo*, rival de Nápoles, comparable solo con Constantinopla, y como esta y Roma fundada sobre siete colinas, que hacen aparecer los edificios como una roca de habitaciones que se mira en el cristal del azulado Tajo. Es tan remota la fundacion de este puerto, que algunos, no contentos con atribuirla á Ulises, se la han achacado á un nieto de Abrahan. Lo más cierto es que de los túrdulos, sus primeros habitadores, pasó al dominio de los fenicios, cartagineses y romanos, y que de Julio César recibió el nombre de *Felicitas Julia* y los privilegios de municipio. El rango de capital no lo tuvo hasta el reinado de don Juan I, despojando de él á Coimbra, por las ventajas que ofrecia su extenso puerto y cómodo muellaje, y varios monarcas la engrandecieron y adornaron con suntuosos templos y edificios. Pero como si hubiera de pagar á alto precio la belleza de su situacion, al modo que Nápoles el peligro del Vesuvio, Lisboa ha tenido siempre por hado estar sujeta á los terremotos. Sufriólos en 1009, 1117, 1146, 1356, 1531, 1579, 1699, 1722 y 1755, siendo este último el más terrible y asolador de que hay memoria.

Era el primer dia de noviembre, en una mañana serena y apacible, con una temperatura de catorce grados sobre cero, cuando sus moradores sintieron un lijero temblor de tierra, tan leve, que le achacaron muchos al paso de un carruaje. Dos minutos despues se repitió con más fuerza, y por tercera vez se agitaron los cimientos de la ciudad, quedando convertida en pocos minutos en un monton de escombros cuyas nubes de polvo oscurecian el sol. Tras del terremoto afligió á los moradores

el incendio que brotaba en diversas partes de la ciudad, y la furia de las aguas que embravecidas amenazaban tragarse la poblacion, subiendo en aquel dia nueve piés más alto que en todas las inundaciones conmemoradas en Portugal. Millares de personas que habian buscado refugio en la espaciosa plaza del *Comercio*, uno de cuyos lados besa el anchuroso rio, sintieron de repente hundirse el suelo que les sustentaba, y ni uno solo de los que cayeron á las aguas pudo salvarse, sucediendo lo mismo con todos los que en naves habian procurado su salvacion, pues todas se hundieron, sin que quedase de ellas el menor vestigio. Pero ¿qué extraño que tales accidentes ocurriesen en la bahía, si los buques en la mitad del Atlántico sintieron violentas sacudidas de las olas?

Lisboa, como el fénix, renació de sus cenizas. De la antigua no quedan más que contados restos, entre ellos los de la iglesia do Carmo, que no se ha vuelto á reedificar, y en cambio hay una bellísima capital que diseminada en las faldas y las cumbres de las colinas, y teniendo una vasta extension delante de sí, deja ver al viajero toda la mágia de su construccion caprichosa y pintoresca.

Un paseo por las calles de Lisboa ofrece grandes atractivos al curioso. En ella se admira la grandeza y espaciosidad de su gran plaza sobre el muelle, en cuyo centro se eleva la estátua ecuestre de don José I, en testimonio de reconocimiento á este monarca y al marqués de Pombal por su energía y valor en ocasion del terremoto, debiéndose á este último que no perdiese Lisboa su categoría de capital del reino. Este monumento fué ejecutado segun el diseño de Joaquin Machado de Castro, discípulo del escultor romano Ginsti, y fué la primera estátua de bronce fundida en Portugal. Tiene veinte y un piés de altura y representa al rey vestido fantásticamente, con yelmo coronado de plumas, una especie de toga sobre los hombros y un baston en su mano, saltando sobre un grupo de serpientes. En uno de los costados del pedestal, en el centro de un escudo, está la efigies del entonces poderoso ministro Pombal, sugeto de elogios y materia de poemas é himnos; no sin haber sufrido la suerte varia de las mundanas glorias, pues dos años despues de inaugurada, y cuando otro ministro subia con la muerte del rey, el populacho destruyó la primitiva escultura.

Al norte de esta plaza, donde los forasteros desembarcan, ya viniendo del Océano, ya cruzando el Tajo desde la estacion de Barreiro en pequeños vapores, sangran á la ciudad tres espléndidas vias, cuyos títulos anuncian su grandeza. La del centro se llama *Rua Augusta*, la de la izquierda *Rua Aurea* y la de la derecha *Rua da Prata*, las tres cuajadas de mercaderes, joyeros y de *estalagems* ó casas *do pasto* celebradas por su abundancia de víveres y su baratura, aunque el portugués por excelencia puede llamarse frugal, y frugalísimo el labrador, como su hermano

el español, pues con un poco de *vinho verde*, vejetales, pan y aceite puede pasar el verano, y con su *caldo d'unto* el áspero invierno. Las demas calles, *travessas, praças, largos*, paseos públicos y fuentes ó *chafarizes*, son en gran número, y en ellas se ven personas y trajes que llaman la atencion, como las *saloias* montadas en sus hacas (á la inversa que las inglesas amazonas), que de los alrededores vienen á vender *leite* de cabra, calzadas con botinas de cuero de elevado tacon, y cubiertas sus cabezas con la *carapuça* puntiaguda de terciopelo negro; las mujeres de la clase del pueblo con sus balandranes ó *redingotes* y su pañuelo blanco en la cabeza; los campesinos de Mafra y de las orillas del Tajo con sus monteras ó cucuruchos de lana, los *agradeiros* ó gallegos, las vendedoras de pescado y freidoras de sardinas, las damas ó inválidos, caballeros asnalmente sobre jamugas ó *cadeirinhas*, las lavanderas con sus tocas de abigarrados colores y corpiños de escarlata, los ciegos con sus vihuelas, los vendedores ambulantes venidos de las provincias del Minho, los malteses y judíos, cambiantes de moneda, los mendigos, los carreteros con sus tardos bueyes, los cocheros montados sobre las mulas como postillones, marineros, soldados, beneficiados ó clérigos, los nobles en sus carrozas, los ingleses en sus rocinantes, y multitud de extranjeros de todas partes del globo.

En efecto, en la poblacion actual de Lisboa, que es de doscientas treinta mil almas, figuran muchos extranjeros, y el pico de la suma bien puede decirse que lo componen sus vecinos de Galicia, industriosos emigrantes por toda la Península, que sin preocupaciones ni orgullo se ofrecen á aquellas labores que desprecian los hidalgos así españoles como portugueses. Los ingleses, en particular, visitan en gran número á Lisboa, á donde les llevan los intereses del comercio ó de la salud, pues es Lisboa considerada como una de las poblaciones más favorables para enfermos y convalecientes, fuera de la isla de Madera; ó finalmente, por curiosidad de ver los deliciosos sitios de este reino en donde se juntan lo bello y lo grandioso, que son muchos y poco conocidos.

Portugal puede blasonar de una maravilla de la naturaleza y del arte, envidia de todas las naciones. Tiene un paraíso en Cintra, en esa comarca deliciosa que la fábula hizo teatro de los amores de Endimion y Diana,

...... «donde as Naiadas escondidas
Nas fontes vão fugindo aõ duro laço.»

Imposible es hallar en parte alguna tan variada belleza, tan lindos horizontes, y frondosas arboledas, entre asperas montañas cuyos raros contornos son como corona que remata tan hermosa produccion de la naturaleza. Así cantaba el ilustre autor de las *Luisiadas:*

..... Cintra, amena estancia,
Trono de la florida primavera



Drawn by J. Browne

Engraved by [illegible]

Portugal — Las Labradoras

¡ Ay ! ¿ Quién no te adora ?
¿ Quién en tus verjeles deleitosos,
Si una hora de vida le ha corrido
Olvidará esa hora ?

El gran poeta Gil Vicente llamó á la romántica sierra de la Lua, que se prolonga hasta el mar, *dama polida, brava e doce,* contemplacion de amores, y la amada del estío, pues por su dulce temperatura es frecuentada en esta estacion por todas las gentes de la córte. Y no solo en suavidad del clima fué natura pródiga con esta tierra, sino en dotarla con los más ricos dones, porque rebosando su seno de abundantes minas de hierro y canteras de mármol y alabastro, florecen en ella los castaños, que entretejidos forman deliciosos bosques, los limoneros y naranjos que ostentan en la misma rama flor y fruto y llenan el ambiente con la fragancia de sus aromas, el madroño que alegra la vista con la color bermeja de su fruto, y los frutales de toda especie que á los mercados de Lisboa llevan en grande abundancia las graciosas moradoras de Collares.

Flora no fué menos espléndida que Pomona con esta comarca de Cintra, á quien llamó Byron paraíso en su *Childe Harold,* y á quien el pintor de sus bellezas saluda diciendo: «¡ Oh, sitio de delicias, donde las flores bellas en colores, aromas y figuras hacen una alfombra de estas campiñas, que el pié no se atreve á hollar encantado con su hermosura ! »

Pero no es solo este territorio el que tiene el privilegio de encantar al viajero. El Algarve con sus distantes colinas, valles y montañas; Alemtejo con sus vastas y floridas llanuras; las riberas del Lima, á quien llamaron los romanos el *rio del olvido,* porque en efecto, en estos campos elíseos, encantados los guerreros con su hermosura, se olvidaron de la honra militar y rehusaron seguir á los cónsules, y la comarca desde Braga hasta Arcos y el Outeiro son de una belleza sorprendente, y la vista desde la altura de esta montaña, que abraza los valles de Vez, Lima y el Minho, el Océano Atlántico, muchas leguas de territorio de España, y, en dias serenos, hasta la cúspide de la montaña de la Estrella, no tiene que envidiar á otra alguna de los más celebrados montes. Demas de esto, los portugueses despliegan particular gusto en sus casas de campo ó deliciosas quintas, de las que hay gran número en las cercanías de las ciudades y pueblos, y no es menos digna de elogio la gentileza y buena voluntad con que se prestan á admitir las visitas de los forasteros en estos encantadores lugares. Son celebradas entre estas la de Oeiras, del marqués de Pombal, á cinco leguas de Lisboa, cerca de Cascaes, patria del famoso piloto Alfonso Sanchez, las cinco que embellecen los alrededores de Oporto, y en una de las cuales acabó sus dias el infortunado Cárlos Alberto; la llamada *das Figueiras,* la del marqués Loulé, en Cintra, donde la convencion de este nombre fué

firmada en 1808, evacuando los franceses á Lisboa en número de veinte y cuatro mil hombres, y otras infinitas pertenecientes á nobles ó á ricos labradores. Pues si vamos á enumerar recuerdos históricos gloriosos asociados á estas comarcas, Aljubarrota nos dirá su gran victoria, y Campo d'Ourique nos ofrecerá el Marathon lusitano, que allí el conde de Portugal Alfonso Henriquez, con solos trece mil hombres, derrotó á un ejército de doscientos mil moros, mandado por cinco reyes, y dió nacimiento á la monarquía portuguesa.

Pero el más bello y romántico de estos lugares es el conocido por ser la escena de la tragedia de la hermosa reina Inés de Castro, á saber, la fuente de los amores y la quinta de las lágrimas en las inmediaciones de Coimbra, riberas del Mondego, uno de los mayores rios que bañan el Portugal. La perspectiva de la ciudad construida en la falda de un monte es pintoresca, y desde ella, al menos desde la parte más antigua, se goza de un agradable panorama en las montañas vecinas, sembradas de pinos, encinas, olivos, cipreses y naranjos, y coronadas por templos y conventos. Del antiguo de Santa Clara, donde estuvo la heroina, aun quedan algunos muros ruinosos en la márjen del rio, y pocos viajeros dejan de visitar estas cercanías y contemplar el árbol que acompaña á la fuente de los amores, en cuya corteza se halla grabado este verso:

«Yo dí sombra á Inés hermosa.»

Como es tan popular este episodio de la historia portuguesa, uno de los más extraordinarios de las edades modernas, cantado por Camoens en su tercer libro de de las *Luisiadas*, é introducido como sugeto de drama en todas las literaturas, dirémos algo de él al hacer una visita con nuestros lectores á la quinta de las lágrimas. Esta quinta fué la residencia de los antepasados de doña Inés, hoy solo conservada por la veneracion que profesan á la religion del lugar los estudiantes de Coimbra. En ella está la fuente que tomó su nombre á mediados del siglo XIV, en que las autoridades de la villa publicaron un edicto condenando á un mes de prision á cualquiera que hiciese daño al acueducto ó cañería que desde dicha fuente conducia las aguas al convento de Santa Clara, y las cuales eran fieles mensajeras de los billetes amorosos del infante don Pedro.

Las hijas del Mondego, canta la poesía popular, largo tiempo lloraron conmemorando la muerte alevosa dada á la reina, y para memoria eterna, transformaron las lágrimas lloradas en cristalina fuente. Pusiéronle el nombre de los amores de Inés, que todavía dura, por haberse allí muchas veces reunido con su amante.

«Ved cómo frescas aguas riegan flores,
Que lágrimas son agora, en nombre amores.»

A creer las narraciones más autorizadas, doña Inés de Castro nació en Galicia hácia principios del siglo XIV, y fué hija de don Pedro Fernandez de Castro, ante-

cesor del ilustre conde de Lemos. Dícese que aunque la esposa de éste era una gran señora, hija del *fronteiro mor* Lorenzo Soares de Valladares, no quiso ratificar su casamiento, cuyos detalles se encuentran sin embargo en algunos nobiliarios, como en el del conde de Barcellos. Como quiera que sea, los poetas no han tenido duda acerca de su legitimidad, puesto que la hacen bajar del cielo, y la pintan como el mayor prodigio de nobleza y de hermosura. Pasó los años de su infancia entre el esplendor y magnificencia oriental de los castillos, y se cree que en la córte de don Juan Manuel, duque de Peñafiel y marqués de Villena, al lado de Constanza Manuel, su prima, hija de este duque, que entre la oferta de varios monarcas aceptó la del infante don Pedro de Portugal, y con Inés fué á habitar en Coimbra. El infante, aun viviendo su esposa legítima, se enamoró de su prima, y esta pasion ocasionó su desgraciado fin en la quinta de las lágrimas, á donde por lugar seguro la habia llevado. La leyenda no menciona causa alguna por la cual esta desgraciada princesa, casada secretamente con el infante despues de la muerte de Constanza, se hubiese atraido el odio de la córte; antes la reviste de un carácter elevado y de un alma grande y noble. Es de suponer que los cortesanos, celosos del influjo de la familia de los Castros, levantaron la tempestad de que fué víctima la inocente Inés. El gran cantor lusitano dice así:

«Estabas, linda Inés, puesta en sosiego,
De tus años cogiendo el dulce fruto;
Del alma en el engaño ledo y ciego
Que fortuna no deja durar mucho:
Por los hermosos campos del Mondego
En tu rostro divino nunca enjuto,
Revelando á la selva y al collado
El nombre que en el pecho está grabado.
De tu príncipe allí te respondian
Los recuerdos que el alma le llenaban;
Que siempre ante sus ojos te traian,
Si de tus bellos ojos se apartaban:
De noche en dulces sueños que mentian,
De dia en pensamientos que volaban,
Y cuanto en fin pensaba y cuanto via
Eran todo memorias de alegría.»

El rey Alfonso IV vaciló antes de consentir en la horrible sentencia, y más cuando llegado á la quinta de las lágrimas, vió á la desgraciada princesa arrodillarse á sus piés y presentarle los hijos como medianeros para alcanzar misericordia; pero tres caballeros que le acompañaban, entraron cuando el rey salia, y como verdugos la asesinaron á puñaladas. Su cadáver fué enterrado en el monasterio de Santa Clara, y cuando el infante don Pedro, que casi perdió el juicio al saber esta nueva, subió al trono de Portugal, le hizo los honores fúnebres con una grandeza fabulosa. Pedro de Mariz nos refiere que desde Coimbra hasta el convento de Alco-

baça, en donde fué despues depositada, llenaban el camino que pasa de diez y siete leguas dos filas de hombres con hachas encendidas, y la mayor parte de las leyendas y crónicas mencionan que el cadáver fué coronado con todas las ceremonias y homenajes como si estuviese viva la reina.

Otro de los recuerdos que al mencionado monasterio se asocian es el de Santa Isabel, por uno de cuyos actos con los pobres conservaron las puertas principales el título de *Puertas da Rosa*, pues como le preguntasen qué llevaba en sus manos para repartir á los pobres, respondió: *solo rosas*, y en este instante se transformaron en rosas las monedas.

Si no temiésemos extendernos en digresiones, diríamos tambien alguna cosa sobre otra mujer célebre, que en Portugal fué muy cantada por los poetas, y dama del rey don Sebastian; pero como tal vez hablemos de algunas de las poesías que existen dedicadas á esta hermosura, nos limitamos á un epítome de su historia: siendo en extremo curioso, que estas dos damas, tan celebradas en Portugal, y queridas de dos de sus reyes, hayan sido españolas de orígen. Llamábase Paca de Aragon, y era hija del duque de Villa-Hermosa. Criada en un convento y monja profesa, á lo que se entiende contra su voluntad, halló modo de escaparse y tomar refugio en el vecino reino, donde sin duda causó mucho estrago su hermosura, pues el rey le envió órden de que saliese de sus estados. Ella no se opuso ni resistió á este deseo, pero segura tal vez del triunfo de la belleza, suplicó al rey que antes de partir le concediese una audiencia. La entrevista se verificó, y no solo revocó el monarca el decreto, sino que quedó perdidamente enamorado de la *ex-profesa* y hermosa forastera. Don Sebastian, que segun sus biógrafos fué siempre casto, y murió soltero, no por eso dejó de conocer el amor platónico, como se deja entender por el cancionero de poesías que dedicó á doña Francisca de Aragon, la señora de sus pensamientos. Hé aquí la dedicatoria:

«Francisca fermosisima, onra e gloria
Do Real sangue e nome d'Arãgao:
Qu'uida q'tem clarissima memoria
Mais clara com teu nome inda a terão:
Se estes meus versos podem ter victoria
Da morte e tempo, em ti certa acharão
Pois de tua fermosura são nacidos,
E a tua fermosura offerecidos.»

Tambien se colige que iba dedicado á ella por varios epígramas en que se la nombra, y especialmente el que sigue, que ponemos en español por ser la version muy fácil:

«Volando vas amor por mar y tierra,
Acompañado vas de clara fama,

Do quiera pregonando paz y guerra,
Que el mundo todo su hermosura inflama:
Su hermosura divina, do se encierra
Cuanto en el mundo se honra, cuanto se ama.
Esta es Francisca noble, clara y pura,
Que da á los reyes de Aragon ventura.

Esta mujer tan celebrada excitó con gran entusiasmo á los portugueses contra el duque de Alba, y viendo que iba á ser hallada por sus compatriotas y tal vez de nuevo reducida á clausura, se retiró á los Paises-Bajos, donde finó sus dias, esperando aun ver á don Sebastian sobre el trono, es decir, al don Sebastian verdadero, puesto que falsos hubo de sobra, ya ahorcados, ya mandados á galeras.

Y pues de don Sebastian hablamos, no dejarémos de notar con qué eficacia se imprimen en el ánimo de los pueblos todas las relaciones ó tradiciones que tienen aire de maravillosas y aun de imposibles. Nosotros no damos mucho crédito á la asercion de algunos que manifiestan existir en Portugal un partido que se llama de *sebastianistas*, que seria lo mismo que decir, que existe en Inglaterra un partido de *arturistas*. Las circunstancias son idénticas. Dícese que el rey Arturo no murió en la batalla que tuvo con otros Pendragones y caballeros, sino que se convirtió en cuervo y que todavía ha de volver en carne y hueso á ocupar el trono; pero ya se comprende que esta creencia flota y vive más en la region legendaria, y es más bien motivo de chiste que de asentimiento formal, y seria muy cándido el que se imaginase, por ejemplo, que Cervantes y otros escritores creyeron lo que refirieron sobre este caso. En Portugal hubo tambien la circunstancia de perderse este monarca en la fatal batalla de Alcocer-Quivir, y tan posible se creyó su hallazgo, que el cardenal Enrique gobernó el reino como regente. La creencia se robusteció cada dia más, congeturándose que se hallaria aprisionado, ya en Africa, ya en Madrid, y abrigándose la esperanza de que lograria escaparse y volver á subir al trono. Esta fué la época y coyuntura de los impostores, entre los cuales fueron famosos el que apareció en Madrigal y el que engañó á los venecianos, con el testimonio, entre otros, de don Juan de Castro, que habia peleado en la batalla de Alcocer y aseguraba que era el verdadero rey; siendo lo particular del caso, que nada se sepa con certeza del fin de este pretendiente, si así puede llamarse, pues unos creen que fué condenado á galeras, y otros que se escapó de Venecia y nunca más se volvió á oir hablar de él.

Estos son los hechos. Despues que pasó tiempo suficiente para que don Sebastian, hombre mortal, hubiese pasado de esta vida á la otra, la creencia debió solo quedar entre las gentes vulgares, como quedan otras muchas disparatadas. Todo lo que se cuenta del zapatero Bandarra y de sus profecías no implica otra cosa que el natural deseo de la imaginacion de hacer en el teatro de la comedia humana

lo que los poetas hacen en el escenario, y es aprovechar del argumento de un personaje extraviado en circunstancias en que su presencia es necesaria, como por ejemplo, en la invasion francesa, en que el pueblo se entretenia diciendo unos que el *Encoberto*, como llamaban á don Sebastian, estaba oculto en una isla al sud del cabo de San Vicente; otros que habian visto la isla con un telescopio, otros que con la simple vista, y que la venida estaba fijada para 1808. Pero hay gentes que se pintan solas para hacer de un grano una montaña, como un escritor que refiere el paso siguiente, asegurando que há treinta años un tercio de la poblacion de Portugal era *sebastianista*.

«Hace tiempo, dice, tuve un diálogo con un labrador rico de la más elevada clase, cuya fé era inquebrantable. Afirmó enérgicamente que un miércoles de una semana santa vendria una niebla sobre Lisboa y la embocadura del Tajo, cual nunca se ha conocido; que en el viernes Santo se disiparia de repente por medio de una luz brillante y milagrosa; que en el momento de desvanecerse se veria la flota de don Sebastian viniendo de la isla entrar por la boca del rio; que el rey entonces en el trono resignaria con gusto la corona y seria recompensado con una alta dignidad, y que don Sebastian volveria á ocuparlo y á hacer de Portugal el centro de un universal imperio; y esto, continuó, aunque usted no lo crea ahora, usted y yo lo hemos de ver.»

Lo que aquí se ve es la credulidad del narrador, pues si á un inglés instruido se le pregunta, si cree que volverá Artus el convertido en cuervo, no dejará de dar un poco de desahogo á su buen humor, aun á trueque de que lo tome el preguntante por lo sério.

Este tema no se agotará nunca en Portugal, como otros muchos que hay en cada país; pero jamás se puede decir que sea firme creencia entre personas ilustradas. En los lugares y aldeas, entre los rústicos solamente puede unirse á la série de preocupaciones y supersticiones que forman su caudal á falta de otros conocimientos. Entre estas son notables la creencia en las brujas, que sirve á muchos protestantes residentes en Portugal de motivo de observaciones, sin pensar que no há cinco años ha perseguido el pueblo en Escocia á un anciano por *hechicero*, llegando hasta á arrojarlo al rio. En España tenemos tambien quien cree en las brujas y en los duendes, como en todas partes; pero son gentes que no han de influir mucho en el progreso humano, y en punto á sí mismas antes les es un bien que un mal esta creencia, pues por lo menos ayuda á avivar imaginaciones muertas, así como es producto de las imaginaciones vivas.

Por el nombre de *Lobis homen* se designa una supersticion, que consiste en creer que un jóven ó una jóven aparece con continente triste y desolado, mediante

un encantamento que le obliga á convertirse de noche en caballo y galopar velozmente hasta la llegada del dia. Esta fé cunde con especialidad en las aldeas y cabañas de la provincia de Tras-os-Montes, en donde se dice que cuando oyen galopar á un caballo de noche, se santiguan y dicen: «Dios ayude al pobre Lobis homen.» Pero esta supersticion, ni la cura de esta enfermedad ó melancolía es privativa de Portugal, puesto que la vemos en todas partes con cortas diferencias de nombre y de detalles, lo mismo que la llamada del *Escolar*, que no es más que la *lycanthropia*, conocida en muchos países y en Francia con el nombre de *loup-garou*.

Si alguna es más local, es la conocida con el nombre de *la Moira encantada*, que por su poesía, antes debe conservarse que destruirse. Creen los tramontanos que los castillos ruinosos de esta provincia están rondados por una dama mora de singular belleza y de expresion apacible y melancólica, cual si recordara los tiempos en que fué desterrada de la que fué su patria. Esta no puede llamarse buenamente supersticion, y si lo es, pertenece á una de las clases menos ofensivas y repugnantes á un entendimiento ilustrado. Nada más natural que el sentimiento poético evoque á vista de las ruinas lo que podemos llamar *geniloci*, y crea ver al lado de los castillos de la edad media las hermosas Arlajas y Lindarajas que embellecian las córtes moras, retenidas por medio de encantamentos. Por lo demas, esta *moira encantada* es moro de paz. Su apariencia no asusta como la de los trasgos y vestiglos ó almas en pena, que en otras partes suponen guardar los escombros y restos de los palacios arruinados, vestidos de cadenas y haciendo ruidos espantables. La dama solitaria más bien convida á una *saudosa* reflexion, dando de vez en cuando tiernos suspiros entre las soledades, y convidando al alma poética á venir á morar entre los restos de la pasada grandeza y á abismarse en profundas reflexiones.

Pero dejemos esta materia que ofrece pocas variedades, pues la imaginacion parece no tener más que un molde con leves variantes en todos los pueblos, y vamos á tratar de otras peculiaridades del carácter portugués.

Una de las cosas que hemos visto celebrar Cervantes con insistencia es la cortesía de los portugueses, que atribuye á su discrecion, y que es sin duda notable entre todas las buenas cualidades que pueden adornar á un caballero, especialmente en su trato con las damas. Un viajero inglés, Lord Carnarvon, á quien no se le puede tachar de sospechoso en este punto pues pertenece á una clase que profesa ser la más bien educada en toda Europa, tuvo mucho que aprender de las maneras de los portugueses en sociedad, como se desprende de las siguientes observaciones que al pié de la letra copiamos.

«En Portugal ningun caballero deja un salon en donde hay señoras sin volverse y saludar al llegar á la puerta, no obstante que ya se ha despedido, y tan invariable es esta práctica, que el olvidarla se consideraria como falta de buena crianza. El hábito es tan segunda naturaleza, que al volver á Inglaterra, despues de una larga residencia en Portugal, no podia abstenerme de hacer lo mismo, y hasta que las costumbres inglesas me fueron borrando poco á poco este recuerdo, no podia dejar de sentir, al ver á mis compatriotas dejar el estrado sin este saludo, esa impresion desagradable que se experimenta al ser testigo de una violacion grosera de las formas convenidas en buena sociedad.»

Este trato bien lo reclama la singular hermosura y atractivos de las portuguesas, sobre lo cual recordarémos la peregrina opinion de Macedo, quien refiere, que habia en un tiempo en Lisboa una señora de fealdad tan extraordinaria, que era la burla de toda la ciudad. Mortificada por esta singularidad de ser fea, donde todas las demas eran hermosas, se encomendó con gran fervor á San Antonio, patron de la villa, que oyó sus súplicas; y cuando menos se lo pensó, hallóse una mañana al mirarse al espejo la mujer más hermosa que habia en Portugal. Digo, continúa el escritor, que el Santo obra muchos milagros semejantes, y lo que me convence es, que sin la intervencion de un poder milagroso, las mujeres portuguesas no podrian ser tan hermosas como son.

En efecto, las portuguesas son lindas, y sus ojos tienen por lo regular una expresion de dulzura que arrebata, no siendo extraño que inspiren á los amantes tan tiernos sentimientos en las poesías en que desahogan los temores ó esperanzas de su corazon. En esta clase de composiciones amatorias, llenas de delicadas imágenes y bellos pensamientos, pocas naciones podrán competir con la portuguesa.

Esta cortesía se manifiesta asimismo en el lenguaje. A las señoras se les da el tratamiento de *excelencia*, particularmente en Lisboa, lo mismo que á las personas de alto rango. A las de la clase media de ambos sexos el de *senhoría;* el de *vossa mercé* á los criados y menestrales, teniendo la contraccion de *vossé* para los campesinos y hostaleros, y corresponde al *usarcé* antiguo de los españoles. Dícese *senhor* á un caballero en el sentido comun de esta palabra, pero por énfasis se usa la de *cavalleiro*. Los portugueses emplean generalmente la tercera persona, cualquiera que sea el rango ó categoría de aquella á quien se dirigen. *¿Cómo está hoje? ¿El Senhor quer passeiar?*

Este lenguaje es suave y dulce en extremo, y posee voces cuyo equivalente no se halla en los demas europeos. Una de las producciones donde más brillan sus excelencias, es el *Palmerin de Inglaterra*, de Francisco de Moraes, para cuyo libro pedia Cervantes una caja como la que diputó Alejandro para guardar las obras del

divino Homero. Los portugueses dicen tener su lenguaje nueve excelencias, entre ellas la flexibilidad para adaptarse á toda clase de estilo, la brevedad y concision con que expresa los conceptos, la armonía de la pronunciacion, la ortografía perfecta y su semejanza con el latin.

Esto último es muy cierto, y ninguna mejor prueba que el ejemplo de composiciones en prosa y verso, que leidas como latin, son latinas, y como portuguesas, portuguesas, y aunque iguales las tenemos en lengua española, la conservacion de los pronombres en la forma latina, que tan frecuentemente se ocurren en el discurso, la hace aparecer más análoga que otra á la lengua del Lacio. Jorge de Montemayor, compuso asimismo el siguiente soneto, que como puede ver el lector, es al par español y portugués, excepto la ortografía:

«Amor con desamor se está pagando,
Dura paga pagada extrañamente,
Duro mal de sentir estando ausente
De mí, que vivo en pena lamentando.
¡Oh, mal! ¿por qué te vas manifestando?
Bastábate matarme ocultamente,
Que en fé de tal amor, como prudente,
Podiais esta alma atormentando.
Considerar podia, Amor, de mí
Estando en tanto mal que desespero
Que en firme fundamento esté fundado.
Ora se espante Amor en verme así,
Ora digo que paso, ora que espero,
Suspiros, desamor, pena, cuidado.»

La cortesía de los portugueses tiene tanto mayor atractivo, cuanto que está muy léjos del artificio y la ficcion, y nace de un exceso de sentimiento.

Un portugués siente repugnancia á herir el de los inferiores, por humilde que sea su condicion, y procura no usar de expresiones que puedan producir tal efecto, no solo porque esto desdice de la buena crianza, sino porque le es en sí desagradable. Del mismo modo, aunque esté dotado de gran talento epigramático, rara vez lo empleará ni aun indirectamente contra los que están en su presencia, y para decir una verdad desagradale, recurrirá al empleo de circunloquios. Este exceso de cortesía podrá alguna vez ser molesto, pero el influjo de estos sentimientos de delicadeza y consideracion producen beneficio en lo general á la sociedad, que semeja á una nave impulsada por un viento favorable sobre un mar tranquilo, y á la cual no perturba ninguna desigualdad ni violencia de movimiento.

La sociedad portuguesa se distingue principalmente por la ausencia de esa loca sujecion á los caprichos de la moda, y por la falta de vanidad y presuncion en la expresion de las ideas. Nadie habla con el solo y único fin de producir efecto, sino porque se siente verdaderamente impulsado á tomar en la conversacion una parte

activa. El *dandismo* es desconocido entre los hombres, así como la *coquetería* entre las mujeres. Estas son afables en su trato, apasionadas en extremo, pero sin exceso alguno de romanticismo, ni ínfulas de doctoras. Un extranjero no hallará en Portugal preciosas ridículas ni bachilleras insoportables con quienes disertar en forma; pero si desciende á su verdadera esfera, se admirará al ver su penetracion y viveza y el conocimiento que muestran tener de los caractéres y sentimientos en el ordinario trato social.

La etiqueta de la córte es en general más severa que la de todas las naciones de Europa. Jamás un súbdito, cualesquiera que sean su dignidad ó nacimiento, se sienta delante de su soberano, ni se le acerca sino haciendo una profunda genuflexion. Hasta en las antecámaras ó corredores de la más pequeña oficina, es preciso tener la cabeza descubierta; ni más ni menos que en el palacio ó en el templo. Pero esta especie de culto que se da al jefe del Estado, no le hacen inaccesible al más humilde de los vasallos. Siempre está dispuesto á recibir á todos, y á oir las quejas del pobre y las solicitaciones del rico. Todos los dias, á hora determinada, escucha en el palacio donde reside, á todos los que quieren hablarle. Además de estas audiencias particulares, tiene una general semanalmente. El dia se fija desde el principio del año y se anuncia en el almanaque, y si por causas especiales hay que variarlo, se da la debida noticia al público. La audiencia tiene lugar comunmente en Lisboa, en uno de los palacios reales. Las puertas se abren á todos indistintamente. A la puerta se ven algunos guardias, no para impedir la entrada, sino para poner un poco de órden en el gran número de los peticionarios. El príncipe, acompañado de un secretario del Estado, de un canciller y algunos otros jefes de palacio, recibe todos los memoriales y peticiones que se le presentan, escucha con atencion todas las quejas y solicitudes que le dirigen, consuela á los unos, anima á los otros, á éste da esperanzas, al otro hace promesas, y ni la rusticidad de maneras, ni la prolijidad de sus relaciones le enojan ni le cansan. Parece olvidar que es señor para convertirse en verdadero padre, y un cierto aire de natural bondad esparcido en su persona y sus palabras templa la fria austeridad del trono, da valor á los tímidos y reanima á los que se desconciertan. Acabada la audiencia, se retira el príncipe, y al salir de su palacio encuentra la clase más humilde de sus vasallos, esa clase que no tiene de quién quejarse sino es de la fortuna que les negó todo, y que no tienen qué pedir, porque no saben por dónde empezar, careciendo, como carecen, de todo. Estos son los mendigos, que se precipitan á sus piés, le abrazan las rodillas y le besan las manos. El monarca los acoge con indulgencia, y tolera sonriendo esta efusion de su amor y respeto, haciendo que el limosnero que le sigue les reparta algunos socorros, y volviendo á subir en el carruaje que le ha conducido, se retira

cubierto de bendiciones de su pueblo. Si algunos soldados á caballo le preceden, no es por velar por la seguridad de su persona, sino para apartar los coches y demas embarazos que puedan presentarse en el camino.

El número de pobres y de ciegos que en las capitales se encuentran no deja de ser considerable y de dar una prueba de la hospitalidad de los portugueses. Algunos podrán tachar esta costumbre de dar limosna, diciendo que para remedio de la pobreza están los hospitales y casas de beneficencia. No obstante, los que más blasonan de filántropos, los que tienen en su nacion más adelantado el fomento de esta clase de instituciones son los que ven morirse de hambre á sus semejantes en el seno de la riqueza. Hay que convenir que en muchos casos, el remedio más expeditivo es el de apelar á la caridad pública, pues el hambre no tiene espera, y puede sucumbir el cuerpo mientras se llenan las formalidades prescritas para obtener un socorro oficial. En Portugal, por ejemplo, si un trabajador ó padre de familia está privado de recursos por enfermedad ú por otro accidente, uno de sus parientes, de sus amigos ó vecinos, despues de apurados sus propios recursos, va á implorar humildemente la caridad pública, provistos de una cesta, llevando su sombrero en una mano y en la otra un papel, en el que está escrita la causa que le mueve á pedir. De esta manera se pasea por las calles gritando: *Huna esmola para hum pobre doente*, y por lo general sus clamores no son desoidos, pues la mayor parte de los que encuentra responden á esta voz de la humanidad en favor de la miseria, y aun tales hay que dan su óbolo, que más están para recibirlo que para darlo, pues pocas naciones habrá donde las gentes sean más compasivas.

No se crea por esto que los enfermos están descuidados, ni que se abandona así al acaso el remedio de las necesidades, pues hay en las poblaciones excelentes hospitales. Lisboa cuenta siete de estas instituciones benéficas. En el de San José, situado en el campo de Santa Anna, pueden acomodarse en caso necesario nada menos que mil y ochocientos enfermos, y tiene en sus inmediaciones una escuela médica y un museo de anatomía. Existe tambien el hospital de San Lázaro, el de la *Estrellinha*, para los militares, el llamado de la Marina, en el campo de Santa Clara, el de Belem para los que padecen de la vista, y la real Casa Pia, ó de expósitos, con talleres de varias clases y departamento para sordo-mudos, y finalmente el asilo de mendicidad para los ancianos de ambos sexos.

El número de ciegos es notable en las calles de Lisboa, debido esto, se dice, además de las causas generales, á otras especiales de localidad. Muchos de estos se situan en las puertas de las iglesias, como en Madrid y demas capitales de España é Italia, ó se colocan en las esquinas y rincones de las calles, ó bien

recorren la ciudad conducidos por lazarillos ó guiados por un perro fiel é inteligente. No es solo en Portugal, Italia y España donde los ciegos tienen esta manera de ganar la vida, sino en otras muchas partes. En Lóndres, á pesar de su organizacion de asilos, mantenidos por contribuciones voluntarias, están las vias públicas frecuentadas por ciegos, unos cantando, otros guiados por perros, y otros sentados leyendo la Biblia al tacto por medio de impresiones de relieve, sin que basten los trabajos que ya estos hacen y las manufacturas que han logrado producir con estos miembros antes inútiles.

En Portugal los ciegos han servido como entre nosotros de promulgadores de noticias, decretos, libros de devocion, y de vendedores de almanaques, canciones populares, romances y coplas divertidas. Durante las guerras son los correos de la fama y los que proclaman los gloriosos triunfos militares, no dejando de ir siempre provistos de sus guitarras, pues siempre fueron grandes aficionados á la música, debido esto en parte á que faltándoles un sentido, se les refinan más los restantes.

Pero no son solo los pobres los que imploran la caridad. Muchas veces una mujer, ya en enfermedad peligrosa, ya por la conservacion ó regreso de una persona querida, alguna vez, quizás, por hallar un objeto precioso perdido y para lo cual no basta el responsorio á San Antonio, ó por último, en expiacion de alguna de esas faltas que nacen de sobras del corazon, ha hecho voto á la vírgen, ó á algun santo, de mandar decir una misa con el producto de las limosnas recogidas en la calle, á donde sale vestida segun su rango, pero con los piés desnudos, y con un pañuelo blanco en las manos, en el cual echan algunas monedas los transeuntes á la voz de *limosna para una misa prometida*, y generalmente los que la dan se quitan el sombrero con muestras de gran respeto.

Estas prácticas serán miradas por algunos á no muy buena luz; pero es hecho cierto, que en los países católicos se socorre no solo con dinero, pues no solo de pan vive el hombre, sino con humildad, y que el pobre es digno de tanta consideracion y respeto como un magnate. Si el monarca mismo se ve importunado por el pobre y no puede socorrerlo, le apartará de sí, llamándole hermano, y pidiéndole que le perdone, si no le es posible favorecerle. En otras partes se responde, como ha dicho muy bien Lord Carnarvon de sus compatriotas, *mandándolos al diablo*, y si dan limosna es acompañando la accion con maneras ofensivas y humillantes.

Aun se conserva en algunas partes de Portugal la costumbre de *Rezar ó Terco*, cuyo orígen es antiquísimo. Cuando la campana toca la oracion, los habitantes de cada calle, sin salir de sus casas, guiados por aquellos que tenian pulmones más vigorosos, y voz más sonora, cantaban en coro, ya las letanías, ya parte del rosario; costumbre difícil de aclimatar en un país frio, pero que en Portugal favorecia la

recorren la ciudad conducidos por lazarillos ó guiados por un perro fiel é inteligente. No es solo en Portugal, Italia ó España donde los ciegos tienen esta manera de ganar la vida, sino en otros muchos países. En Lóndres, á pesar de su organizacion de asilos, [illegible], están las vias públicas frecuentadas por ciegos, [illegible] por perros, y otros sentados leyendo la Biblia [illegible], sin que basten los trabajos que [illegible] producir con estos miembros [illegible].

En Portugal los ciegos [illegible] de promulgadores de noticias, decretos, [illegible], canciones populares, [illegible] correos de la fama y [illegible] de ir siempre provistos de [illegible] á la música, debido esto en parte á [illegible] los restantes.

Pero no son solo los [illegible]. Muchas veces una mujer, ya en enfermedad [illegible] de una persona querida, alguna vez [illegible] perdido, y para lo cual no basta el [illegible] expiacion de alguna de esas faltas que [illegible] á la virgen, ó á algun santo, de mandar decir una [illegible] recogidas en la calle, á derecho vestida [illegible] pies desnudos, y con un pañuelo blanco en las manos, [illegible] los transeuntes á la voz de *limosna para una* [illegible] los que la dan se quitan el sombrero con [illegible].

Estas prácticas serán miradas [illegible] buena luz; pero es hecho cierto [illegible] dinero, pues no solo [illegible] digno de tanta con[illegible] se ve importunado por [illegible] hermano, y pidiéndole [illegible] responde, como [illegible] *mandándolos al diablo*, y [illegible] y humillantes.

[illegible] de *Rezar ó Terço*, cuya [illegible], los habitantes de cada [illegible] tenian pulmones más [illegible] parte del rosario; costumbre [illegible] Portugal favorecia la



by J. Browne. Engraved by W. & F. Holl.

Portugal — La Plegaria.

temperatura suave, permitiendo tener las ventanas abiertas y oirse unos á otros desde sus respectivas casas. Esta costumbre no existe en Lisboa desde hace años, aunque todavía restan algunos vestigios, pues no es raro encontrar al caer la tarde algunos grupos de hombres vestidos con los uniformes ó insignias de sus hermandades, siguiendo un estandarte ó sin pecado, con faroles en las manos ó puestos al hombro.

Por lo general van cantando en coro como en España, y muchas veces les acompañan violines y clarinetes, lo cual de por sí fuera agradable, si á estos acordes no se unieran los gritos desaforados del postulante, que con una linterna y un cepillo, acude á las ventanas y puertas, con las voces de: «Hermano (ó hermana), para el culto de la Santísima Vírgen.» El producto de estas limosnas se suele destinar á la conservacion de la capilla y cofradía y á la fiesta que anualmente se celebra con gran emulacion entre las diversas cofradías, pues se trata de rivalizar en magnificencia, y desde la víspera la anuncia el repique de las campanas, y proclama en la region del aire una nube de cohetes á la *congrewe* para que sea notorio á los ojos de los que por la distancia no pueden oir las acompasadas melodías de los bronces. En efecto, en ninguna capital hemos visto que la campana no ejerza el privilegio de ser el más constante y exclusivo de los ruidos, y siendo esto así, creemos que nadie aventaja á los portugueses en gusto y delicadeza de oidos, pues al paso que en otras capitales del mundo civilizado la campana ó las campanas producen un desconcierto de sonidos intolerables, en las poblaciones de Portugal se regala el oido con una suave y melodiosa música, estando los bronces acordados y dispuestos de manera que se ejecutan en ellos composiciones agradables y de un efecto sorprendente para el que por primera vez las oye. En suma, si los campaneros en general han de ser simplemente hombres forzudos ó muchachos traviesos, en Portugal han de tener algo de artistas.

Las iglesias son magníficas en las poblaciones de Portugal. En Lisboa son notables la catedral, San Vicente de Fora, donde están depositados los restos de los soberanos de la casa de Braganza, San Antonio da Sé, cuyo patron, llamado de Lisboa, llaman en España é Italia de Pádua, sin justo título, pues nació en la capital de Lusitania, y murió en la dicha ciudad de Pádua, honrándole aquel dia su patria con tocar todas las campanas sin que hubiese nadie en las torres, segun dice el padre fray Antonio de Santa María en la vida de este santo.

Tambien es digna de mencion la que tiene por advocacion Nuestra Señora de la Peña de Francia, título exactamente igual al del santuario que poseemos los españoles, tan renombrado en otros tiempos. Dícese entre los portugueses como proverbio á uno que ha olvidado una cosa importante: *Foi á Penha e não vio*

o lagarto. La leyenda que ha hecho conservar este reptil en la sacristía de la iglesia, como se conserva uno de madera á la entrada de la puerta del *Perdon* de la catedral de Sevilla, cuenta que un peregrino que se dirigia á este santuario se quedó dormido á un lado del arrecife, en donde apareció un gran lagarto, dispuesto á tragárselo como á Jonás la ballena; pero el reptil echó mal sus cuentas, porque oportunamente apareció la Vírgen, despertó al peregrino, y el lagarto llevó el pago de su mal deseo.

Dirémos ahora algo acerca de otras particularidades de usos y costumbres en las poblaciones y territorios de Portugal.

Nada más curioso que los coches de plaza usados por los portugueses. Tienen la forma de una calesa andaluza, aunque no con los colores vistosos que éstas, y en vez de dos varas tienen una lanza extremadamente larga para dos caballos, en uno de los cuales va montado el cochero. Generalmente el que alquila el coche deja correr una cortina de bayeta negra que cubre todo el frente de la caja, lo cual le da un aspecto grave y sombrío.

En las provincias del lado allá de Coimbra, al norte del Mondego, donde el terreno es escabroso, se recurre todavía al uso de la litera, tan comun en Europa en otro tiempo, llevada por dos mulas en vez de hombres. Caben en ella dos personas, la una frente á la otra, cuya posicion, el balance suave de la silla y la lentitud misma del movimiento, incita á los viajeros á los placeres de la plática. Así era este vehículo por excelencia para los amigos y los amantes, á quienes nunca falta que decirse. Los aparejos de las mulas están sobrecargados de campanillas y cascabeles, que si al principio ofenden el oido, poco á poco llega á acostumbrarse y no puede pasar sin tan extraña música. Este ruido sirve tambien para advertir al conductor del compás del movimiento, y avisar á los demas carreteros y traginantes la aproximacion de una litera, á fin de que se aparten y la dejen paso, por ser los caminos en algunos lugares tan estrechos, que no podrian volver grupas.

La abundancia de las lluvias durante el invierno ha hecho necesario para los viajeros y gentes del campo el uso de capas con capucha; pero los habitantes de algunas provincias han introducido los capotones de paja llamados *croças*, medio muy económico y por demas seguro contra las aguas, cualquiera que sea su duracion y violencia, pues los colocan como en las chozas, y son por añadidura muy ligeros.

El uso de mantos y capas es muy general entre los portugueses. Las damas usaban antes un gran velo negro terminado en la cabeza con una punta larga, de que se servian con arte para ocultar más ó menos el rostro, segun sus

atractivos ó su modestia. Las mantillas se usaban tambien, y aun se usan en algunas partes. En Lisboa, antes del terremoto, llevaban un manto de seda negra, ceñido con un cinturon, y que dejaba arrastrar por tierra una larga cola. Este traje fué sustituido por el gaban ó capote y el pañuelo blanco en la cabeza, y á su turno estos han sido reemplazados por los sombreros á la francesa, de modo que las damas de alguna distincion visten hoy en Lisboa lo mismo que en Lóndres y en París, y aun en muchas ocasiones saben perfeccionar las modas que pecan contra el buen gusto. Por lo general salen en coche, pues las penosas cuestas que hay en muchas calles no les permiten afrontar la fatiga de subirlas, y si salen á pié, no van solas. Las de altas clases llevan uno ó más lacayos, y las de las inferiores son acompañadas por criadas ó parientes ó alguna anciana que hace el papel de las dueñas antiguas, sin que se observe ya la añeja práctica de ir unas detrás de otras formando una fila, con un órden invariable, á saber: las hijas primero, despues las madres y detrás las criadas, y si los maridos acompañaban á las familias, habian de ir algunos pasos delante de la fila de las damas.

El teatro de San Cárlos de Lisboa merece especial mencion y con ella una breve historia del arte dramático, puesto que habria mucho que decir al reseñar sus vicisitudes desde 1502, en que Gil Vicente representaba como Lope de Rueda sus famosas pastorales. Bien podemos tomar por guia respecto á esta época la relacion que en el prólogo de sus comedias hace Cervantes del estado del teatro en la Península en los tiempos de Torres Navarro y de Juan de la Encina, pues poca diferencia habria entre ambos países en lo que toca al local, vestuario y decoraciones, aunque algunas veces no fueron cobertizos, sino extensas salas de las universidades ó salones de reales castillos los que sirvieron para las representaciones de las eruditas obras de Antonio Ferreira y de Sá de Miranda. La docta hija de don Manuel, que dispensaba amistad íntima á Paula Vicente, la actriz más hábil de su tiempo, no dejaria de proporcionarle ocasiones de lucir su talento en la córte. Entonces tambien el noble príncipe don Luis, á quien llamaban la delicia de Portugal, se dedicaba á la poesía dramática, haciendo representar sus composiciones en un palacio con todo lujo y magnificencia. Despues decayó el gusto á causa de acontecimientos varios, religiosos y políticos, y aunque al advenimiento de la casa de Braganza ocupó el trono un príncipe verdadero artista, no se sabe que hubiese en Lisboa un teatro permanente durante este período. Hasta el siglo XVIII no comenzaron á construirse en Portugal coliseos consagrados á representaciones dramáticas, que como las de Antonio Jozé, requerian gran pompa teatral. Cuando en el reinado de don José llegó á Portugal la famosa cantatriz

Zamperini, cuya voz melodiosa fué celebrada por todos los poetas sus contemporáneos, se notó la necesidad de un vasto teatro, y formada una compañía de capitalistas, se erigió el teatro de San Cárlos en el corto espacio de seis meses, bajo la direccion del hábil arquitecto Costa e Silva, que habia estudiado en Italia estas construcciones. Fué abierto en 1793 para celebrar una solemnidad de la córte, y puede decirse que compite con los mejores de Europa. Todos los corredores y escaleras que conducen á ciento noventa palcos en cinco órdenes ó pisos son abovedados. Las salidas están de manera distribuidas, que en un instante puede quedar desocupado en caso de algun accidente, y el escenario tiene un fondo tan espacioso, que permite maniobrar en él á ochenta ó cien ginetes.

En Portugal duró más que en parte alguna la prohibicion de parecer las mujeres en el teatro; pero ya á principios de este siglo se abandonó esa preocupacion, sin que sepamos se dictasen medidas como en Madrid, á fines del pasado siglo, para que el público no pudiese ver los piés á las actrices.

Puesto que hablamos del teatro de la ópera, notarémos el carácter de la música nacional, llamada *modinha*, que por sus rasgos particulares y modulacion se distingue mucho entre todas las melodías populares. Estos aires portugueses son notables por su belleza y sencillez, así en las palabras como en la composicion. Por lo general expresan algun sentimiento tierno, melancólico, *saudoso*, segun diria un lusitano, y su efecto es tan grande cuando se oye bien acompañado con la guitarra, y expresado por una voz dulce en las serenas y calladas horas de la noche, que siempre hace asomar las lágrimas aun á los más acostumbrados á oirlas. No terminarémos nuestra reseña sin notar, que cuantos viajeros han escrito extensamente de esta nacion, dándose por grandes observadores, la han calumniado mucho, y especialmente los ingleses. Leyendo sus narraciones y confrontándolas con las de los franceses, se creeria que hablan de naciones distintas, lo que no puede dejar de achacarse en gran parte á los defectos que un escritor inglés nota en el siguiente relato, tocante al carácter de los portugueses.

«Al llegar mi regimiento á Santarem fuí alojado en una casa particular, cuyo dueño, de edad de sesenta años, bien vestido y de porte y maneras refinadas, salió á recibirme á la puerta con extremada cortesía. Me guió incontinente á dos habitaciones muy limpias y á un lindo dormitorio. Como yo estaba cubierto de polvo y derrotado, rehusé aquel hospedaje por demasiado bueno; pero mi sorpresa subió de punto al ver que el mismo señor de la casa me trajo agua para lavarme en una fuente de plata, mientras su señora me ofrecia chocolate que ella misma traia en una bandeja. Creí que me juzgaban de alto rango al ver mis dos charreteras, y les dije que era un simple oficial de corta graduacion. Aunque supieron mi cate-

goría, no por eso dejaron de mostrarme las mismas atenciones. Perfumaron el aposento con agua de rosas; me quitaron el capote que llevaba con sus propias manos, y despues me dejaron solo para que me vistiese y me recobrase del asombro que me habia causado tan cortés y cordial recepcion. Tal fué el trato que hallé y las maneras que ví en mi primer alojamiento en Portugal, y tal fué el carácter general del de todas las clases con el ejército inglés, así pobres como ricos, clérigos como legos, plebeyos como nobles, pues todos se apresuraban á porfía á servirnos y á honrarnos y obsequiarnos. En nuestras primeras marchas, las casas, los monasterios, las chozas, todo estaba abierto para nosotros, y lo mejor de ellas puesto á nuestra disposicion con alegría; pero con dolor debo confesar que la conducta y maneras de mis compatriotas pronto operaron un cambio en la excelente disposicion de este pueblo. Cuando vió que muchos creian tener por derecho lo que era por cortesía, y que recibian esas atenciones respetuosas y cordiales servicios como expresion de homenaje debido al valor, riqueza y poder de la nacion británica; cuando la sencillez de las costumbres portuguesas, su frugalidad y sobriedad, y las peculiaridades de sus trajes y ceremonias y creencias religiosas fueron asunto de befa y burla; cuando los portugueses presenciaron escenas de brutal embriaguez, y se vieron expuestos á groseros insultos por parte de ingleses mal educados ó mal sufridos, empezaron á examinar los títulos individuales que teníamos á su estimacion, y esto les causó un gran desencanto, que luego se manifestó por desprecio, rudeza y aun resentimiento. Los ingleses son admirados como libres, ilustrados y bravos, no solo en Portugal, sino en toda Europa; pero no logran hacerse querer. No se contentan con ser grandes; quieren que así lo piensen todos y así se lo digan. No se plegan con buen humor á las costumbres de otras naciones, ni quieren tolerar, ya que no adular, el amor propio natural en todo pueblo. A donde quiera que van se muestran con aire altanero como de superiores, y se creen que sus costumbres, hábitos y opiniones han de sustituir ó por lo menos alterar las de los países que visitan. Entre ingleses bien educados y tolerantes, habrá algunas excepciones, y serán los primeros en confesar que este retrato de mis compatriotas no tiene tintas exageradas.»

No hay, pues, que dar crédito á las pinturas poco misericordiosas que se han hecho de este país, que no tiene más ni menos defectos de gran bulto que los que se ven en todas partes. Por el contrario, vemos que otros más justos observadores le alaban de ser esencialmente bueno y tranquilo, servicial y obsequioso, sin exceptuar el vulgo, que si bien exige muchos miramientos, tambien los paga con grande solicitud y muy buena voluntad. Si el pueblo es en general devoto, tiene en su favor que no es fanático. Los portugueses tienen gran aptitud para las ciencias y

las artes; la poesía constituye sus delicias, y hay entre ellos, como en Italia, excelentes improvisadores. Tambien son buenos soldados é intrépidos marinos, y á la fama que de antiguo han tenido de osados navegantes y exploradores, se añade hoy el nuevo laurel de deberse á un portugués el descubrimiento de la Australia, que se habian apropiado los holandeses. [1]

[1] En 1861 publicó el autor de estas líneas en el «Porvenir» de Sevilla un artículo-reseña de la memoria presentada á una sociedad de Lóndres por Mr. Henry Major, demostrando la prioridad de los portugueses en el descubrimiento de la tierra austral.

TURQUÍA.

I.

Despues de haber hablado de la Albania, Tesalia, Islas Jónicas y Egeas, al tratar de Grecia, nada más natural que penetremos en la Turquía europea, y tomando asiento en Constantinopla hagamos excursiones por este imperio, yendo si es necesario hasta algunas partes de la Turquía asiática como Siria, Palestina y otros lugares dignos de mencion. El imperio turco data solo desde el siglo XIII, ó mejor dicho, de la conquista de la ciudad de Prusa en la Bithinia, hácia 1326, y toma su nombre del genérico de una gran familia de naciones desde tiempo inmemorial dueñas del occidente del Ásia y de las provincias europeas limítrofes. La raza es caucásica, aunque modernos turcos eruditos han demostrado que si hay entre ellos rasgos físicos de esta rama, es por haberse mezclado con ella en sus invasiones y conquistas; pero que originalmente los turcos pertenecieron á la raza mongólica. Como quiera que sea, ello es lo cierto que su aproximacion á Europa no ha sido nada favorable á la civilizacion de Occidente, á la cual más de una vez puso en peligro con su cimitarra, en tiempo en que salia, por decirlo así, de mantillas, y aunque con el desarrollo de las demas naciones fué disminuyendo su poderío, todavía es ocasion de alarmas y de guerras, de celos y de temores.

Constantemente el europeo civilizado habla de este imperio como término opuesto á la ilustracion, como sinónimo de barbarie. No obstante, si en refinamiento de la inteligencia los turcos están muy atrasados, no es tan detestable el cuadro que presentan sus hábitos y costumbres, y hay entre ellos cualidades que son ciertamente de admirar, y de que carecen los que tan sin piedad los juzgan, debido esto tal vez á que su vida entera está tallada y modelada por su religion, y que la religion rigorosamente observada suple en ellos la falta de otras ciencias y otros principios políticos y sociales. Para juzgar en un solo y rápido golpe de vista de las ventajas de su barbarie sobre la civilizacion, baste notar que la hospitalidad es uno de sus caractéres distintivos en todos los rangos y categorías, desde el Pachá hasta el beduino, y así en la ciudad como en el desierto; que la abstinencia del vino les libra de muchos daños ocasionados por el enardecimiento de las pasiones; que desconocen la prostitucion que tanto afea á las naciones de Europa; que elevan á privilegio y dignidad el ejercicio de los deberes filiales, y que se muestran más humanos que nosotros con los animales, aunque no con los semejantes, cuya vida por preocupacion y fanatismo tienen en muy poco. Una cosa importante es de notar en estos pueblos que obedecen la ley de Mahoma, y es que son lo que su fundador quiso que fuesen. La máxima principal entre ellos es el mantenimiento de la fé, y no como entre nosotros que creemos que la fé es cosa muerta sin las obras, no obstante que los dominicos condenaron esta proposicion verdaderamente cristiana. Al contrario, creen que basta la fé en la mision de su profeta para alcanzar su paraíso sin la ayuda de buenas obras, y si alguno sostiene otra opinion, buen cuidado tiene de guardarla en secreto. «Cualquier cosa que suceda durante esta vida, Dios lo ordena. La vida significa tantas bocanadas de tabaco, tantas circasianas y tantas horas de voluptuoso baño. Si mañana viene la muerte, Dios lo ordena; hemos guardado la fé y cenarémos inevitablemente en el paraíso, con mejor tabaco, mujeres más hermosas y más voluptuosos baños.» Con semejante prospecto, puede calcularse que el pueblo turco no será muy aficionado al libre exámen y que producirá pocos libres pensadores. Para un pueblo indolente y sensual por naturaleza, destinado á la obediencia de un poder en la tierra, poco amigo de pensar en el dia de mañana y enemigo declarado de ejercitar su actividad para influir y dirigir la marcha de los humanos sucesos, tal atractivo, tal religion y tal disciplina son admirables y vienen como anillo al dedo. El principal objeto de Mahoma fué establecer un poder cuya fuerza y prestigio se perpetuase en sus sucesores, y para este fin tuvo cuidado de consagrar el mayor despotismo y santificar la más ciega obediencia, juntamente con la inculcacion de un odio implacable hácia las demas sectas. Siguiendo en cierto modo el principio del legisla-

dor Licurgo, los musulmanes no pueden comprender que sea susceptible de cambio lo que una vez se cree conveniente y justo; pero esta inmovilidad solo puede producir algun bien en el aislamiento de las naciones. Los chinos, separados del comercio con el resto de los países, pudieron mantenerse inmobles en sus leyes, usos y costumbres; pero desde que se han puesto en comunicacion con el mundo, no han podido menos de sentir el influjo de una civilizacion más refinada. En Turquía, el gobierno militar y despótico, y el fanatismo religioso, han sido una como especie de muralla, más impenetrable que la del celeste imperio, que la separó de la Europa. Cuando tuvo príncipes valientes, naturalmente se elevó; pero desde el momento en que faltaron estos hombres y estas calidades, sintió la superioridad de otro poder más espiritual, en el que se fundan las naciones modernas.

Apesar de la firmeza é intolerancia de los musulmanes en materias de religion, que lo es todo en sus instituciones políticas, civiles y sociales, no ha dejado de haber sectas disidentes de la doctrina del Koran, y la más visible y formidable fué la que se formó en el pasado siglo en la Arabia por Abdul-Wajab, habitante del desierto, á quien siguieron una porcion de los principales vagabundos que vivian del saqueo y del pillaje, poniendo en consternacion á la Puerta y á su supremo consejo de los Ulemas, porque decian los disidentes á los doctores: «La religion de Mahoma será buena para cierto número, pero no para nosotros: ¿cómo hemos de hacer abluciones, si no tenemos agua? ¿cómo dar limosnas, si carecemos de riquezas? ¿á qué santo ayunar en el mes del Ramadan, si todo el año estamos en ayunas?»

Pero si tal religion conduce al sensualismo y á la inmolacion de la voluntad, para el imperio basado en la fuerza ha sido utilísima, en cuanto comunica un valor sin límites al soldado. Sus creencias hacen considerar toda guerra como guerra santa, negocio de religion. El Koran les dice: matad y exterminad á todos los adoradores de muchos dioses. Su espíritu es más de conquista que de proselitismo. El mahometano rehusa el convencer á nadie: «Cree ó muere, ó por lo menos paga tributo.» Este es su principio, y su creencia la de que todo el que muere en esta santa guerra va inmediatamente derecho al paraíso. Así hemos visto en nuestra reciente guerra con los marroquíes actos de un valor salvaje, imposibles de explicar sin esa fé íntima: «No lavad sus cuerpos, dice el profeta, cada herida que lleven esparcirá aromas en el dia del juicio.»

Fiel al principio político del fundador, la religion mahometana está subordinada en todo al poder civil, y el Sultan tiene entre otros títulos el de *sombra de Dios* y *pontífice de los musulmanes*. Además es llamado *matador de hombres*, para denotar el absoluto poder que sobre todos tiene en virtud de su comision divina, y

cualquiera que se somete sin resistencia á la muerte por órden suya, se considera dichoso y seguro de alcanzar la eterna y suprema felicidad reservada á los mártires. Para pintar esta veneracion á las órdenes del protector de la fé, se ha dicho que el pueblo obedeceria al emperador, aunque á éste se le antojase ordenar á ejércitos enteros que se precipitasen de una elevada roca, ó mandar construir un puente hecho todo de montones de sus cuerpos, ó que se matasen unos á otros para darle gusto y pasatiempo.

El Sultan es soberano pontífice en virtud del Califato, así como es doctor supremo de la ley, y en su nombre ofician los predicadores, los lectores del Koran, los Imanes ó recitantes de oraciones, y los Muezines, que cantan en las torres ciertas preces á determinadas horas. Pero todos estos actos pueden ser ejecutados por los magistrados civiles y por los particulares. Los ministros de la religion tienen entre los turcos poco predicamento y autoridad, á no ser entre la plebe, y en las ocupaciones de su vida se distinguen muy poco de los demas ciudadanos, porque todos tienen derecho á ser ministros y oficiar por sí en materias de religion, que son por lo demas bien simples, y consisten en media docena de formalidades y ceremonias. La influencia del sacerdocio en la sociedad depende solo de la reputacion individual en punto á instruccion, talentos, gravedad ó moralidad. Rara vez son maestros de los niños, y mucho menos de los hombres, y su ocupacion es cantar en las mezquitas y celebrar oficios que, como ya hemos dicho, cualquier padre de familias ó anciano en cualquiera asamblea puede celebrar como ellos.

En medio de esto, tambien hay una clase de fanáticos enteramente consagrados al servicio de su Alá, hombres de gran crédito entre el vulgo, que los cree y los llama santones. Entre estos hay dos clases: los llamados Derviches y los Emires. Los primeros son verdaderos puritanos consagrados á la rigorosa observancia de los deberes prefijados en el Koran. Hay treinta y dos órdenes diferentes de ellos, y se parecen en sus ceremonias á los antiguos magos ó hechiceros. Unos dan vueltas sin cesar haciendo una especie de danza desenfrenada; otros pronuncian en ahullidos el nombre de Alá, hasta que se accidentan, y caen echando espuma por la boca, y otros hacen varias extravagancias de este género con que son admirados por el ignorante vulgo. Los Emires son los descendientes de Fátima, la hija favorita de Mahoma, y como tales son muy honrados y considerados en todo el imperio por cuyo territorio andan esparcidos.

Ya hemos indicado que la legislacion turca no viene á ser más que los preceptos del Koran, las máximas ó preceptos orales de Mahoma y las decisiones de los precedentes califas y doctores. Estas leyes hacen referencia á todas las materias

y negocios de la vida y del gobierno político; pero el Sultan es el único intérprete y juez de su aplicacion, y los casuistas le revisten de un carácter de santidad y beatitud que no puede empañar ningun pecado. En fin, es tal la idea de su elevacion, que segun ellos puede matar todos los dias *catorce* personas sin dar la menor cuenta ni razon de ello, pues claro es que entonces obra por divino impulso, y en ese caso nadie ha de atreverse á examinar ni criticar muy de cerca sus acciones.

Siendo, pues, señor de las vidas, evidente es que lo será de las haciendas de sus vasallos, y así lo es en efecto de todas las propiedades, menos de aquellas destinadas á usos piadosos. Tambien es la fuente de todo honor, y sin su nombramiento no hay dignidad ni rango, ni vale el adquirido por compra ó transmitido por herencia.

Es ley de los turcos que las hembras no pueden subir al trono; así es, que á la muerte ó deposicion de un sultan, aunque sea producida por la insurreccion más violenta, ha de sucederle otro miembro de la familia. Los hermanos menores del monarca están siempre custodiados y tenidos en guarda con la desconfianza y suspicacia propias de los turcos y en general de las córtes orientales; aunque la educacion de los príncipes es la más adaptada para alejarlos de todo negocio que no sea el de la pereza y voluptuosidad, y léjos de animarlos á desear gobernar, los inclina á ser gobernados por toda clase de vicios y de caprichos. Con todo, á juzgar por la narracion del moderno esplorador del Nilo, acerca de la suerte de los príncipes en algunos estados, como tuvo lugar de verlo en el de Uganda, no es una bendicion del cielo entre estas gentes el nacer en ricos palacios y doradas cunas. La ley Sálica está tan en vigor en Turquía, que no solo no pueden subir al trono las hembras, sino que sus hijos varones están igualmente privados de todo derecho. Las *kadinas*, ú *odaliskas* escogidas en el harem imperial, son las que tienen el privilegio de dar herederos al trono; el número de éstas excede rara vez de siete, y á la muerte del Sultan han de guardar viudez perpétua y pasar la vida en solitario retiro; y como el emperador puede abandonarlas cuando le plazca, la suerte de estas princesas no es más envidiable que la de los príncipes. En cambio, uno de los personajes más dichosos por su influjo y consideracion es el jefe de los eunucos negros, que gobierna el ejército femenino, y mediante este cargo sabe congraciarse con el jefe de los creyentes, obtener su favor, y ser poderoso, ya como amigo, ya como enemigo de los altos dignatarios del Estado. En un tiempo gozó de tanta consideracion como el gran Visir, especie de segunda persona del Sultan y editor responsable de sus actos. Este primer ministro tantas veces sacrificado, va perdiendo de sus atribuciones, desde que la córte turca se va organizando *á la euro-*

pea, no sin haber dado en cambio pernicioso ejemplo á sus maestros, pues no hay duda que la invencion de editores responsables de los periódicos es una institucion *á la turca.*

En efecto, al lado del gran Visir ó jefe del ministerio, está el gran Muftí, jefe de lo judicial y lo religioso, que corresponde á nuestro ministro de Gracia y Justicia; el Reis Effendi, al de Estado ó de Negocios exteriores; el Seraskier Pachá al de la Guerra, el Capudan Pachá al de Marina, y el Kiaya Bey, al de Gobernacion. Estos, en union con otros dignatarios hasta el número de trece, constituyen lo que se llama el *Divan* ó consejo privado y supremo; y con todo esto, Chateaubriand dijo del gobierno turco, que no era ni más ni menos que un despotismo absoluto, templado por el regicidio.

En Turquía no se conoce aristocracia ni hay estímulos para sobresalir. La elevacion de un turco depende del capricho ó del acaso, y así es que los altos puestos están por lo comun en manos de hombres sin instruccion. La ambicion de los Ulemas, que son rábulas y sacerdotes al mismo tiempo, impide con sus leyes el desarrollo de la riqueza. El Sultan consume anualmente un quinto de las rentas del Estado, inclusos los oficios que vende, y de cuyo gasto se resarcen los empleados sacando el jugo á los que gobiernan. En punto á milicia, aunque son valientes, no tienen jefes ilustrados, y segun los adelantos de la ciencia de la guerra hechos de mucho tiempo á esta parte, y en especial en el presente siglo, claro es que han de llevar siempre la peor parte en los conflictos belicosos.

Por otra parte, uno de los daños mayores es la hetereogeneidad de razas que forman el imperio turco, las cuales no se han mezclado ni hermanado en intereses, antes se odian cordialmente, y el todo forma un abigarrado imperio próximo á una disolucion inevitable. Fórmanle en Europa la Valaquia y Moldavia con su poblacion oriunda de los romanos establecidos en la Dacia, su religion griega y su dialecto latino, y su terrible hado de estar siempre bajo el dominio extranjero desde que fueron conquistadas por Trajano; la Servia, antes reino independiente, conquistado por los turcos en el siglo XIV, y vuelto á emanciparse en cierto modo á principios de este siglo, aunque todavía paga tributo á la Puerta en reconocimiento de su supremacía, y ve las armas turcas en Belgrado y otras fortalezas; la Bosnia, comprensiva de la Croacia turca y la Herzegovina, con sus pobladores de raza slava, mitad mahometanos, y la otra mitad griegos y latinos en religion, y en lenguaje rama de la slava lengua, aunque su dialecto no es comparable con el de los servios cuyo refinamiento y poesía descuellan en la literatura de esta numerosa raza: la Bulgaria, cuyos moradores, de orígen tártaro, se han asimilado en costumbres y lenguaje á sus vecinos y pueden llamarse slavos; la Tracia, que incluye

á Constantinopla; la Albania, Tesalia y Macedonia, de que ya hemos hablado al tratar de Grecia, y finalmente, el Montenegro, cuyos moradores, nominalmente vasallos del Sultan, mantuvieron siempre su ruda independencia.

Estas son las partes que la monarquía del Sultan abraza en la Europa; pero en el Ásia posee sus más ricos y grandes territorios de los cuales nos ocuparémos brevemente.

El Ásia menor es una de las porciones más bellas del imperio otomano, y en un tiempo fué el emporio de las riquezas y de las ciencias, como colonizada por la poblacion redundante de la Grecia antigua. Hoy toda ella está llena de vestigios de antiguas y grandes ciudades; la mayor parte de la península está por cultivar; la poblacion es escasa, y nadie conocerá á los descendientes de los griegos en costumbres y en idioma enteramente confundidos con los turcos.

A más del Ásia menor, posee la Armenia con su gran cordillera de montañas de que el Kurdistan viene á ser el tronco, si bien el famoso monte Ararat, donde los cristianos creen que dió fondo el arca de Noé despues de retirarse las aguas, pertenece hoy al imperio ruso. Los armenios andan dispersos por toda la Turquía, principalmente en las ciudades de importancia, pues son grandes feriantes y activos mercaderes. Su poblacion es de cerca de dos millones, pero casi la mitad está distribuida entre Rusia, Persia y la India, y tras de la ganancia muchos se van al África, y no menos de diez mil recorren la Hungría y la Polonia.

Por último, posee la Mesopotamia, donde estuvo el paraíso que por culpa de Eva perdimos y no hemos vuelto á encontrar acá en la tierra; posee Bagdad, en cuyo territorio está hoy apareciendo á la admiracion de los civilizados todo un mundo de maravillas de otra civilizacion, encerrado en la gran ciudad llamada Ninive, y tiene bajo su dominio el Kurdistan turco que hoy divide á éste del imperio de los persas.

Con tal variedad de razas, atraso en su civilizacion y vicios y abusos de su organizacion social, puede congeturarse que no obstante la ciencia del gran astrólogo del serrallo, cuya mision es determinar el momento favorable para poner en ejecucion las grandes medidas políticas, no está muy léjos el fin y acabamiento de la potestad del turco.

II.

EL ASIÁTICO Y EL EUROPEO.

Gracias á los modernos adelantos en el sistema de locomocion, un viajero colocado en cualquiera de las capitales modelos de cultura europea se ve trasplantado en un soplo á otra capital famosa, centro de la cultura asiática, como si dijéramos, á otro nuevo mundo, donde todo ofrece contraste, y donde hay tal vez más que admirar que en la más celebrada de nuestras córtes. Quien quiera que pueda disponer de un corto espacio para dedicarlo á excursiones, nunca lo empleará mejor que tomando el camino para Viena, y allí los vapores por el Danubio y el mar Negro le llevarán en siete dias á la gran ciudad de Constantinopla, haciendo escala en Galatz; ó bien desde Trieste, visitando á Corfú, Syra, Smirna y los Dardanelos, ó bien desde Gibraltar, haciendo escala en Malta. Verá la gran ciudad de las siete colinas, que en esto no tiene que envidiar Bizancio á Roma, y si la perspectiva del Bósforo y la espléndida Stambul, situada entre el Euxino y el Mediterráneo y las costas del Ásia y de la Europa, le dejan evocar sus recuerdos, traerá á la memoria la brillante série de hechos y vicisitudes por que ha pasado esta gran ciudad, digno centro de una gran monarquía, y cómo fué defendida contra Filipo, cuando apareció el semicírculo luciente misterioso, que despues ha sido la divisa del imperio con el nombre de la media luna; cómo cayó bajo el poder de Roma, fué hecha córte por Constantino, embellecida por Justiniano, sitiada por los persas, y sucesivamente por los árabes, rusos y venecianos; recobrada por los griegos, y finalmente conquistada y rendida al poderoso Mohamed II, á mediados del siglo XV, desde cuya época ha permanecido en poder de los turcos.

La entrada en el Bósforo ó canal de Constantinopla en uno de los vapores que recorren sus márgenes, llenas de verdura y cuajadas de elegantes palacios y vistosos jardines, es de un efecto sorprendente, cuya grandeza se aumenta al surcar las aguas de la pintoresca bahía, llamada *cuerno de oro*, y que separa á Stambul de Pera y de Galata, sus celebrados arrabales. En esta bahía, llamada así por las riquezas que de todas partes venian en busca de seguro refugio, ó por su

semejanza con el cuerno de Amaltea lleno de frutos de todas clases, sobrenada un número tan inmenso de ligeros y elegantes *kayiks*, que casi ocultan las aguas donde se reflejan millares de casas construidas como un anfiteatro sobre las colinas rodeadas de jardines y coronadas de magníficas mezquitas con imponentes cúpulas y ligeros minaretes.

Una vez desembarcado en el muelle de *Top-hanéh*, el forastero se ve sorprendido al notar el extraño conjunto de magnificencia y de miseria, de majestad de la naturaleza y grandeza del arte con el abandono de un pueblo sensual, fanático y poco ilustrado. Por una parte le llamarán la atencion las hermosas riberas del mar de Mármora y las cumbres del monte Olimpo, cuyas nevadas cimas ilumina un brillante sol; por otra suspenderán su vista las marmóreas cúpulas de Santa Sofía, y los dorados remates del Serrallo que en la opuesta banda del canal se destacan sobre un fondo de verdura, ya los inmensos y continuados arcos de antiguos acueductos, ya los minaretes de millares de mezquitas. Aquí le aturde el laberinto de estrechas y bulliciosas calles del arrabal comercial de Pera, oscuro, húmedo, miserable; allí la voz del Muezin, anunciando la hora de la plegaria con su eterno *Alá, ilahalá, Mohamed re sul ilah;* acá un café lleno de soldadesca turca, que entre bocanadas de tabaco y jugando al ejedrez escucha los licenciosos y picantes cuentos de hadas de los dervíches; allá transeuntes de todas clases y naciones, judíos, griegos, armenios, albaneses, tártaros, mujeres veladas en largos caftanes, emires cubiertos con turbantes verdes, nobles vestidos de ricas túnicas bordadas, marineros, traficantes, y todos moviéndose con singular silencio é indiferencia de los unos para con los otros, en medio de un hormiguero de canes que pueblan las calles, como los cuervos y palomas llenan las de la córte rusa.

En efecto, Constantinopla ofrece á cada paso una perspectiva, así por su admirable situacion topográfica como por la muchedumbre de edificios y apariencia de tráfico, notándose tanta diferencia en el aspecto y carácter de cada una de las tres poblaciones que la componen, que parecen tres ciudades distintas. Galata es la mayor de estas y el asiento del comercio, desde que en el siglo XIII vino á establecerse allí una colonia mercantil de genoveses, la cual ha dejado restos de su acrecentamiento é importancia, y aquí viven la mayor parte de las familias europeas, á quienes los turcos dan el nombre genérico de francos, como el pueblo inglés el de franceses á todos los que no son bretones. Aquí sobran los almacenes y faltan los templos turcos; pero en cambio hay infinidad de iglesias griegas y armenias, y frailes dominicos y capuchinos.

El arrabal de Pera es el cuartel general de la diplomacia y la residencia de los dragomanes; por lo tanto no tiene pizca de carácter oriental, aunque es admirable

su situacion en la cumbre de una colina, desde la cual se divisan al otro extremo del dorado cuerno, ó sea la bahía, la pintoresca Stambul, el nuevo puente que la une con Galata y Pera, y los innumerables botes dispuestos á transportar pasajeros de uno á otro lado. Aquí vienen los habitantes de todos los arrabales á gozar de esta amena vista, y en su recinto tienen lugar las ferias y festejos, y do quiera se ven puestos, tenduchos y chozas de madera, se ve bailar, se oye cantar y recitar más cuentos que encierran las *Mil y una noches*.

Stambul es tal vez la menor, pero la más famosa de las tres partes en que Constantinopla se divide, por ser la que ostenta el Serrallo, las imperiales mezquitas, entre ellas la celebrada de Santa Sofía, los baños, las fuentes, los bazares, las oficinas públicas, el Fanar, y finalmente, los más notables monumentos de la antigüedad, pues está fundada sobre el promontorio que en otro tiempo formó por sí sola la imperial Constantinopla, y aun están en pié las extensas murallas que construyó Constantino el Grande, y que se computan tener cerca de catorce millas de longura. Las calles están en esta parte más limpias que en el resto de la poblacion, y los edificios, por de contado, son de una arquitectura más oriental. Segun la costumbre de todas las ciudades turcas de alguna importancia, hay en Stambul una parte ó barrio separado para cada una de las diferentes clases de habitantes. El principal lo habitan los otomanos, y casi ningun cristiano reside en él. Poco más ó menos sucede lo mismo en los barrios de los judíos, armenios, y en el del Fanar, residencia de las familias griegas más ricas y distinguidas.

La parte más animada, sin embargo, la constituyen los otros dos arrabales, donde está el muelle de desembarco de los forasteros, y desde la cual y en la altura del cementerio de los francos, lugar de recreo de la sociedad elegante, se disfruta de uno de los más bellos panoramas que puede soñar la imaginacion. Por lo demas se echa mucho de ver la distancia que aun separa á este pueblo de la general cultura europea, pues falta el aseo y alumbrado en las calles, los títulos y numeracion de ellas y otros muchos perfiles, pareciendo que los turcos y extranjeros que allí viven consideran la ciudad como un campamento en donde han de estar solo temporalmente y por eso se curan poco de policía exterior.

Como de antiguo, tampoco ponen los turcos gran cuidado en el exterior, sino en el interior de sus viviendas. Los edificios públicos y dependencias del Estado, los palacios, fuentes, mezquitas, puertas, bazares, mercados, conventos y demas son vistosos y magníficos; pero en las moradas el exterior es irregular, desproporcionado, y no se mira á causar efecto. Por el contrario, en el interior cada aposento ha de ser fabricado con sujecion á ciertas reglas y formas, así para su estructura, como para sus condiciones de luz, etc.

Procuraremos dar una breve idea de lo que es el teatro doméstico en Turquía. La cámara, salon ó aposento es lo principal en la arquitectura turca, y todo en la casa se le subordina. Cada pieza se compone de un espacio cuadrado, al cual, como apéndice, está unido un rectángulo, de modo que su forma es oblonga. No ha de haber paso por medio de él, ni romperse la continuidad por tres de sus lados. La puerta, ó puertas, han de estar en un solo lado, que es el pié, y las ventanas en el lado opuesto, que es la cabecera. El número usual de las ventanas es el de cuatro, y han de estar casi unidas. Las habitaciones que tienen ventanas en los costados se llaman kioskos. Detrás del cuadrado hay un espacio, cuyo piso es más bajo, y en algunas casas separa una balaustrada, donde se hallan los criados que constantemente están á las órdenes de los turcos y se relevan como guardias. Alacenas para ropas y nichos para vasos con agua, naranjadas ó flores, y tazas de mármol para fuentes, abundan en los aposentos que dan salida al gran patio ó salon central, llamado *Divan Hanée*, y que da un gran sello de dignidad y grandeza á las mansiones orientales. La parte cuadrada del aposento está ocupada en sus tres lados, por un ancho sofá, con cojines contra las paredes, que se elevan hasta las mesetas ó umbrales de las ventanas, siendo el objeto de este arreglo, que la persona sentada tenga siempre la espalda á la luz y el rostro hácia la puerta. La continuidad de las ventanas, sin que se interponga objeto alguno, da una hermosa vista, y desde el interior de la casa se está en contacto contínuo con las bellezas de la naturaleza. La luz penetra tambien en masa, y desde lo alto, causando un efecto pintoresco. Encima de las ventanas hay una cornisa que da vuelta al aposento, y de la cual caen ricas cortinas y pabellones, y en el espacio que queda desde la cornisa hasta el techo, la pared está pintada representando flores, frutos y otros varios objetos, y dejando hueco á ventanas más pequeñas, sin cortinas, pero con cristales de color que templan la fuerza de la luz. El techo está muy adornado y lleno de colores segun vemos en todas las construcciones de los árabes. Los ángulos son los lados de preferencia entre los turcos, y el rincon de la derecha el puesto principal; pero tal es el respeto de estas gentes hácia los hombres de distincion, que si un huésped de alto rango se sienta en otro lugar, cambia la posicion y categoría relativas de lós demas sitios del aposento: combinacion que, aunque parecerá intrincada, se hace con la mayor facilidad é uniformidad.

En las visitas de los turcos se observan, entre otras, las ceremonias de anunciar un criado, no en alta voz como entre nosotros, sino por medio de señas, el rango de la persona y aun tambien su nombre, cosa que puede ser fácil, teniendo la costumbre de ponerse motes y de conocerse particularmente por algun defecto

físico ó moral. Así, por ejemplo, el tuerto, calvo, el avaro, el goloso, el colérico, el perezoso, etc., pueden ser muy fácilmente reconocidos por símbolos y modales. El dueño de la casa, segun la categoría, le sale á recibir, ya al pié, ya á lo último de las escaleras, ya á la puerta del aposento ó en el medio de él, ó finalmente, solo baja del sofá, ó hace demostracion de querer bajar.

Como las ceremonias de las visitas se diferencian en tanto de las nuestras, dirémos á nuestros lectores cómo se practican.

El primer saludo corresponde al extraño, ó sea al que visita, el cual se inclina como si fuera á cojer polvo del suelo con la mano derecha, que acto contínuo lleva á los labios y á la frente pronunciando las palabras: *Selam aleikum*, que quiere decir: tengais paz y salud. El amo de la casa devuelve inmediatamente el saludo, diciendo: *Aleikum selam*, acompañado con la misma accion. Hecho esto con presteza, sin pausa alguna y sin intervalo, en lugar de señalar el camino y disputar quién ha de ir primero, el dueño inmediatamente le precede y le lleva á la sala, y entonces, dando vuelta, le hace lugar para que pase al rincon. Todo este ceremonial se hace con la mayor soltura, sin equivocarse, con una regularidad invariable, lo cual evita las torpezas y las equivocaciones, y la vacilacion y los trances ridículos en que á cada paso se ven los que se llaman civilizados. No hay peleas sobre quién ha de entrar primero, ni ofrecimientos, ni gracias, ni movimiento en busca de sillas, ni dificultad en la eleccion de lugares, ni reverencias y cortesías al despedirse, teniendo al prójimo un cuarto de hora como cigüeña, ni, en fin, esos embarazos y apuros que resultan de no saber qué hacer, faltando un código de etiqueta. Entre los turcos todo es llano, todo se hace tranquilamente, con conocimiento y deliberacion, sabiendo cada uno cuál es su lugar y lo que ha de hacer. En esta parte creerán algunos que los turcos son más civilizados que otros pueblos, y tal vez no se engañen, pues no hay cosa más intolerable que el tiempo que se pierde en saludos y en movimientos y expresiones inútiles en el trato de nuestras córtes.

Una vez sentado el recien venido, el huésped le saluda con distintas palabras, segun que es vecino ó extraño. Inmediatamente ordena el amo que traigan las pipas con un signo indicativo de su calidad, y si es superior en rango, el dueño le pide permiso para ordenarlas, y despues de las prácticas que tienen lugar cuando los criados las traen y las encienden, presentan el café, para servir el cual hay otro reglamento y ceremonias, así para tomar, como para beber y entregar las tazas á los criados; siendo de notar que no obstante su hechura y aptitud para volcarse, y á pesar de que los *fámulos* turcos tienen que pasar con sus túnicas y mantos talares y flotantes por entre tubos de pipas y las vueltas laberínticas del *narghileh*, rara vez tropiezan ni echan abajo ninguna taza de su numeroso servicio, aumentándose

más lo prodigioso de su destreza, en el hecho de tener que andar siempre de espaldas, para no volver el rostro á sus principales.

Ya que hemos hablado de estas costumbres particulares por notar el contraste que ofrecen con las nuestras, no parecerá mal que mostremos otros diversos puntos y materias en que esta nacion se distingue de las europeas.

Por ejemplo, nosotros conmemoramos la colocacion de la primera piedra de un edificio; los turcos conmemoran ó solemnizan la colocacion de la última que cubre el techo. Entre los turcos la barba ha sido siempre marca ó signo de dignidad, y una de las garantías de su fé es jurar por la barba; entre nosotros ha sido significativa de mil cosas contrarias las unas á las otras. El afeitarse la cabeza es *costumbre* entre ellos, y entre nosotros *castigo*. Nosotros nos quitamos los guantes en presencia de los soberanos, y ellos cubren sus manos con sus mangas. Al entrar en una habitacion, nosotros nos descubrimos la cabeza; los turcos se descubren los piés. Entre ellos, los hombres llevan la garganta y los brazos desnudos; entre nosotros los llevan las mujeres. Los colores llamativos y alegres son entre los europeos usados por las mujeres, y los opacos y oscuros por los hombres; entre los turcos es completamente al revés. Entre nosotros los hombres enamoran á las mujeres; entre los turcos, éstas á los hombres, y la vergüenza y modestia de aquellas en nuestra sociedad es en Turquía propia de los hombres. En Europa, una señora no puede visitar á un caballero; pero sí en Turquía, donde, por el contrario, un caballero puede visitar á una señora, cosa que en Europa está mal visto. En Turquía, las mujeres usan siempre pantalones y los hombres algunas veces enaguas. En nuestras habitaciones el techo es blanco y las paredes de color; en las suyas el techo es de color y las paredes blancas. En Turquía hay grados de categorías sin privilegios; en Europa hay privilegios sin distinciones sociales correspondientes. Entre europeos, la etiqueta está sobre las afecciones y lazos domésticos; entre turcos, la etiqueta del parentesco está sobre la social. Entre nosotros el maestro apela á la autoridad del padre; entre ellos el padre recurre á la autoridad y responsabilidad del maestro. Sus niños tienen los hábitos y maneras de hombres; nuestros hombres tienen los hábitos y maneras de niños. Nosotros nos informamos de las cualidades de los criados; los criados turcos se informan de las de los amos. En Europa el baile es un recreo de buena sociedad; en Turquía de la mala. La religion refrena entre ellos la imposicion de contribuciones; entre nosotros los gobiernos levantan impuestos para la religion. En Turquía la religion proteje la propiedad de los sectarios contra los impuestos del gobierno; en Europa los gobiernos exigen tributos de los sectarios para mantener la religion del estado. Los europeos se asombran de que el gobierno turco carece de crédito; los turcos se

espantan de la enorme deuda de los gobiernos de Europa. Aquellos tendrán á los turcos en poco por no tener organizacion que facilite el cambio; éstos se admirarán de que gobiernos ilustrados tengan leyes que impiden el comercio. El turco no comprende el gobierno en medio de partidos; el europeo no puede creer que sin la oposicion exista un estado. En Turquía puede haber conmociones sin descontento; en Europa suele haber descontento sin conmociones. Un europeo juzgará imperfecta la administracion de justicia en Turquía; un turco considerará injustos los principios legales de Europa. El primero dirá que en Turquía la propiedad no está segura contra la violencia; el segundo dirá que en Europa la propiedad no está segura contra la ley. El primero creerá imposible que se pueda administrar justicia sin abogados; el segundo creerá un milagro que con abogados se pueda administrar justicia. El primero dirá que el turco es infeliz porque no tiene distracciones públicas; el segundo que el europeo es harto desventurado cuando tiene que buscarlas fuera de su casa. El europeo calificará de falta de gusto la aversion de los turcos á la pintura; el turco creerá que es falta de sentimiento la indiferencia con que aquel mira la naturaleza. La prostitucion horrorizaria á los turcos; á los europeos les parece repugnante la poligamia. Aquellos no podrian tolerar el tono altanero del civilizado con sus inferiores; éstos no pueden sufrir la compra de esclavos entre los turcos. Finalmente, unos á otros se llamarán recíprocamente fanáticos en religion, y se echarán en cara defectos tales, que al fin de cuenta no se sepa quién es el civilizado, y se halle ser cierto el proverbio de que en todas partes cuecen habas.

El traje de los turcos varía segun su posicion social, con algunas excepciones, y hasta los colores de que se ha de componer fueron objeto de prescripciones y prohibiciones del profeta. Al modo que casi todos los mahometanos, se afeitan la cabeza, menos la coronilla, y la cubren con un gorro de lana encarnada en derredor del cual lian el turbante. El Sultan, los ministros, los grandes dignatarios y los jueces llevan barba; pero el resto de la nacion se contenta con el vigote. En sus casas predomina lo comodidad sobre la elegancia; pero no es una comodidad á nuestro estilo. Nosotros necesitamos mucho mueblaje para conseguirla, mientras que el turco está satisfecho con tener su pipa en la boca y reclinarse sobre el divan. En la confeccion de éste y en la riqueza de la tela con que lo aforran, así como en la magnificencia de las alfombras, consiste el principal lujo de las casas turcas, y en esto muestran los medios de fortuna que poseen.

Estufas y chimeneas son desconocidas entre ellos, y se abrigan con braseros ó *mangals* de ajófar ó barro, puestos bajo una mesa redonda cubierta con una manta que cuelga por los lados y encierra y guarda el calor. Un asiento circular con

espaldares rodea esta mesa que llaman *tandur* y es exactamente lo que nosotros usamos y conocemos con el nombre de *camillas*.

El harem ó habitacion de las mujeres forma una parte separada de la casa, y comunica con la de los hombres por medio de una galería. Esto hace distribuir el terreno en gran número de piezas, cosa que es muy de su gusto. Además de la casa en que ordinariamente reside el turco, todo aquel que es persona pudiente y de distincion posee tambien su kiosko ó pabellon de verano. En Constantinopla los construyen en las umbrosas márgenes del Bósforo, desde donde pueden contemplar la entrada y salida de las embarcaciones del mar Negro y de la capital. La forma de estos kioskos es esférica ó cuadrangular. Son hechos de madera, cuidadosamente pintados interior y exteriormente, y con celosías en las ventanas. Dentro no hay más adornos que el divan y la alfombra.

La libertad que tienen los turcos de tomar muchas mujeres no ha perjudicado á su moral. El Koran inculca castidad y decencia en todas sus páginas, y la organizacion del harem muestra que los mandamientos religiosos no han sido letra muerta para los musulmanes. Las mujeres ocupan sus habitaciones con tanta reclusion como si estuvieran en un claustro. En su concepto, es un lugar sagrado, seguro contra toda intrusion. Los más próximos parientes son únicamente admitidos en ciertas ocasiones, como en las dos fiestas de *Bairam*, y en alguna otra solemnidad. Una mujer no puede hablar á ningun hombre con el rostro descubierto, y si los médicos las visitan, siempre en presencia del marido ó de una esclava, no pueden tomarle el pulso á menos que no esté el brazo cubierto con una gasa. Con tales leyes, difícil es á la mujer desviarse de la senda del deber y de la virtud. Si van al baño ó á visitar á un pariente, ó al mercado, van acompañadas de otras mujeres y de esclavos. Las damas de distincion rara vez son vistas en las calles, pues se considera de mal gusto el dejar la casa, excepto por necesidad. Salir á azotar las calles por pasatiempo ó por vanidad, es considerado como vulgar práctica y propia de gente baja. Por esto no se ven en las ciudades sino mujeres del pueblo, y aun éstas llevan cubierto el rostro.

La más importante, y tal vez la única fiesta doméstica que conocen, es el casamiento. La ley permite á los turcos la union con la mujer en tres distintas formas: por casamiento, por contrato y por compra. El casamiento solo puede celebrarse en un dia de la semana, que es el viernes, y corresponde á nuestro domingo. El segundo modo, llamado *capin*, no requiere más formalidad que ir ante el juez ó cadí, y prometer y estipular que la ha de guardar y mantener por cierto espacio de tiempo. El padre y dos parientes del varon deben confirmar este convenio. Por él se obliga á mantener los hijos y á pagar cierta suma á la mujer si

la despidiese antes de cumplirse el plazo. Los hijos de tales uniones tienen el mismo derecho que los que son fruto de verdadero matrimonio, y el padre ha de mantenerlos indispensablemente; mas esta forma no es muy frecuente. La tercera es la compra de una esclava, y los hijos que nacen de ella son libres y tienen derecho á los bienes del padre.

Ya que hablamos de esclavos, conveniente será decir cuál es su suerte entre los mahometanos, muy diferente de la que tuvieron entre los romanos y griegos, pues aquellos no imprimen en su frente el sello ignominioso que hacia de los esclavos de la antigüedad una clase de séres degradados hasta el punto de considerarlos como cosas. La idea de que en Turquía hay mercado de esclavos, ciertamente repugna á las demas naciones europeas, así como el considerar la triste situacion de la mercancía animada y el temor que tendrá de caer en manos de un amo cruel y avaricioso; pero esclavitud, tal como se entiende en Occidente, no existe en el Oriente, donde esclavo significa la compra de una persona para ser adoptada por hija por el comprador. Además de esto, el mercado de los esclavos blancos no existe ya en Turquía, y el tráfico de traer niños y niñas de Georgia y Circasia para educarlos con destino al harem, se practica por los especuladores en sus propias casas; y como han de ser comprados por turcos opulentos, su suerte no es más digna de lástima que de envidia para ellos. La educacion es esmerada para lo que se puede esperar de turcos. A las niñas las enseñan á cantar, danzar y tocar algun instrumento, como asimismo á bordar y tejer, y los niños, susceptibles de más comprensiva educacion, llegan por lo general á tener privanza y gozar de favores, no siendo mancha ni obstáculo su condicion para que lleguen á los primeros puestos del imperio.

El único mercado que actualmente se halla abierto es el de los negros, principalmente de la Nubia, y atento el grado de civilizacion de los turcos, no es muy extraño que tengan semejantes ferias todavía. Más nos asombra que á fines del siglo pasado se anunciasen todavía en los periódicos de Inglaterra ventas de negros.

Las mujeres ofrecidas á la venta se distinguen, y forman, por decirlo así, dos clases: unas se destinan para esposas, y otras para criadas. Las primeras, pertenecientes á las más ilustres familias georgianas, circasianas ó de las provincias, están encargadas y recomendadas por sus padres á los empresarios ó especuladores, quienes son responsables de cualquier daño ó avería que resulte al género, así como de cualquier afrenta ó insulto que reciban. Por su parte estas mujeres tienen el derecho del *veto*, es decir, la facultad absoluta de rehusar al comprador que no les guste. Al fin y al cabo esta condicion no es tan mala como por acá se pinta. Una vez compradas, se consideran por la ley esposas de sus señores, y



[illegible] uniones tienen el mismo derecho que los [illegible] y el padre ha de mantenerlos [illegible]. La tercera es la compra de sus [illegible] son libres y tienen derecho á los bienes del padre.

[illegible] suerte entre los [illegible] y griegos; [illegible] de los esclavos de la antigüedad [illegible] de considerarlos como cosas. La idea de [illegible]os, ciertamente [illegible] la triste situacion de la [illegible] de un amo cruel y [illegible], no existe en el [illegible] por hija [illegible] no existe [illegible] para edu[illegible] propias casas; [illegible] más digna [illegible] que se puede [illegible] algun instru[illegible] de más com[illegible] de favores, no [illegible] primeros puestos [illegible].

[illegible] de los negros, prin[illegible], no es muy [illegible] que á fines del [illegible] ventas de negros.

[illegible] decirlo así, dos [illegible] primeras, pertene[illegible] provincias, están [illegible] especuladores, quienes son [illegible] al género, así como de cualquier [illegible] mujeres tienen el derecho del [illegible] al comprador que no les guste. [illegible] como por acá se [illegible] de sus señores, y



Drawn by E. Stone. Engraved by R. A. Artlett.

Turquia _ La Circasiana Cautiva.

su dote se señala tambien legalmente, y segun hemos apuntado tienen indemnizacion segura en caso de divorcio.

En cuanto á las otras, se destinan para sirvientas; pero no de los hombres, sino de las mujeres, y aunque aquellos no tienen sobre ellas propiedad alguna, están no obstante obligados á protejerlas y contribuir á colocarlas segun su rango.

Los esclavos varones se elevan en condicion á proporcion que se elevan sus dueños. Halí-Pachá, el yerno del anterior Sultan, era esclavo, y fué comprado por otro esclavo tambien, natural de Georgia, y que subió á grandes dignidades. Como estos ejemplos pudieran citarse muchos, no teniendo los turcos preocupacion alguna acerca de orígenes ni prosapias como las tienen los europeos; bien que europeo fué quien compró hácia fines del pasado siglo á la bella esclava que luego llevó el título de condesa Potocka, nombre que heróicas acciones han ilustrado aun más en las contínuas guerras de los polacos. Esta jóven se hallaba expuesta en el bazar de Constantinopla, y fué comprada por un noble francés, el cual á poco determinó regresar á Francia con su tesoro. Llegado á Kaminiek fué obsequiosamente acogido por el conde de Witt, holandés al servicio de Rusia y gobernador de la ciudad. Tenia el conde solo treinta años, y al contemplar la extraordinaria belleza de la esclava, quedó tan enamorado, que le ofreció su mano, y aceptada por ella, dejó á su primer dueño y pasó á ser la esposa de aquel noble, de alto rango en la milicia, y favorito además de Catalina II. Dos años despues de la boda, pidió licencia y visitó varias córtes de Europa, empresa arriesgada con una mujer linda, á quien más bien debiera guardar bajo siete estados de tierra, pues le avino en Hamburgo el encuentro con el generalísimo de la república de Polonia, el conde Félix Potocki, el cual, no pudiendo resistir á los encantos de la bella oriental, la obligó á divorciarse, y se casó con ella, de suerte que la linda esclava vendida en el bazar de Constantinopla fué sucesivamente querida de un noble francés, esposa de un general, y al postre mujer de uno de los más ilustres personajes de Polonia.

Habiendo hablado del bazar de los esclavos, dirémos algo de los bazares de mercancías ó géneros de comercio tan comunes en Turquía y en Persia, famosa por su bazar de Ispahan, que entra en la categoría de maravilla, y tambien hablarémos de los *khans* ó posadas turcas, y de sus baños, hoy extendidos en las capitales principales de Europa.

El gran bazar de Constantinopla parece una ciudad cuyas calles están cubiertas por bóvedas elevadas, y gracias á la altura del techo se disfruta de una luz opaca y una temperatura fresca. Son tan inmensos por lo general estos edificios, que es muy factible el perderse en el laberinto de sus travesías á no tener á la vista el

plano. Los almacenes ó tiendas no tienen más que seis piés de largo y cuatro de profundidad, no siendo muy desemejante la apariencia, excepto la elevacion, al aspecto que presenta el túnel del Támesis, y dando la idea de una hilera de puestos más bien que de una calle de tiendas. Mas con todo, el arreglo y la manera de exponer á la vista sus variados artículos sorprende y llama la atencion, aun á aquellos más familiarizados con el esplendor y elegancia de las tiendas de Lóndres y de París; debido el efecto en parte á la acumulacion de géneros de una misma clase en cada pasaje ó travesía; así es que en una calle atrae las miradas del curioso una série de pieles de colores por uno y otro lado, por la distancia de trescientos piés; en otra no se ven más que chales de la India; en otra paños, ó chinelas, ó sedas, ó muselinas, presentando en medio de la multiplicidad cierta armonía y unidad de contornos y colores que no deja de ser agradable. Es cosa de ver la tranquilidad y reposo de los musulmanes mercaderes, sentados dentro de aquel pequeño espacio, y fumando su pipa con toda gravedad, mientras un muchacho, por lo comun armenio, está al frente del mostrador, ó sentado en el banco exterior enseñando los géneros á los compradores. Mustafá es imperturbable: carece de la charla de los europeos, y no se digna levantarse ni mezclarse en los tratos, á no ser para decir lacónicamente el precio. Cuando menos se piensa, héle que se esconde en la pequeña trastienda, hace sus abluciones, vuelve á salir, y se prosterna con el rostro hácia la Meca para recitar sus oraciones, importándosele un bledo lo que pasa en derredor suyo. Los bazares cubiertos solo se destinan á tiendas, y se cierran y quedan desiertos antes de ponerse el sol. Tienen sus guardas, y cada entrada sus puertas de hierro. En el centro está el lugar destinado á la venta de armas y objetos de gran valor, que por añadidura están resguardados por una gran puerta en cada una de las avenidas que le sirven de entrada. Allí están los alfanjes damasquinos, los fusiles guarnecidos de oro y plata, las telas bordadas, los ricos pebeteros, las perlas, brazaletes, ajorcas, ámbar para las pipas y bastones ó tubos de cerezo, expuestos por los mercaderes más ricos y principales y que más crédito gozan en la ciudad, por lo general musulmanes rancios, apegados á las antiguas costumbres y espíritu de los mahometanos, amigos siempre de santificar el tráfico. En efecto, si prueba se quiere de esta veneracion al comercio, basta echar una mirada sobre esos inmensos edificios de piedra llamados *khans*, que además de almacenes y establos en el piso bajo, tienen tres pisos ó galerías con infinidad de aposentos alineados á guisa de celdas, y preparados para recibir á los forasteros gratis y sin más retribucion que una propina al criado que los limpia y custodia. La generalidad de estas posadas en Turquía están hechas para mercaderes ambulantes, y son obra de los sultanes ó de otras personas generosas

y espléndidas. Allí son admitidos los hombres de cualquiera clase, condicion, religion y país que sean, y mientras permanecen en la ciudad son dueños de su aposento, del cual guardan las llaves; cosa que se echa de menos en las capitales cultas y que habla muy en favor del carácter de los turcos, bien que ya hemos visto que la hospitalidad es todavía en el Oriente un deber sagrado. Además, el musulman considera la construccion de una fuente y una caravanera en los desiertos como un acto de devocion, y ama al camello, favorito del profeta, y venera y mira con interés todo cuanto directa ó indirectamente tiende á promover el tráfico, y mucho más si es con lejanos países. Mahoma fué un gran político en haber santificado á la Meca y establecido la peregrinacion, pues esta necesidad en el creyente de dejar su alfombra y su pipa, testigos de su indolencia, para emprender una larga jornada y ponerse en contacto con otros pueblos y viajeros, era un medio de regeneracion y de vitalidad contínua. Con solo unos pocos dias que la visita de los peregrinos duraba, la feria de la Meca se hizo la más célebre y famosa sobre la tierra. ¿Quién ha creado ese tipo antiguo é ideal del mercader trashumante sino el génio de la religion mahometana? El mercader es el favorito y el amigo del islamismo, y la caravana uno de sus instrumentos de progreso que no ha degenerado, sino acrecentado con el progreso de la navegacion. Por medio de caravanas venian á los bazares los chales de Cachemira, las muselinas de Bengala, los marfiles de Siam y el oro del sur del Africa, y los mismos que antes y en la misma forma llevan la porcelana de China á Grecia, el azufre de Persia á China, de la India á Alepo el acero, de Alepo á Yemen el cristal y de Yemen á Persia los tejidos estampados de algodon.

Como las abluciones son artículo religioso, y el agua símbolo de vida, no es de admirar que sean tan abundantes los edificios destinados á baños en el oriente. En la capital de Turquía no baja su número de ciento y treinta, muchos de ellos construidos de mármol. Están divididos interiormente en multitud de aposentos de forma circular, con cúpulas por remate adornadas de pintados vidrios. Las piezas son bastante espaciosas para admitir varios bañistas al mismo tiempo. El salon exterior es el más notable por sus dimensiones, y siempre se vé en él porcion de hombres recostados en los divanes, reposando despues de sus abluciones. Los francos ó europeos pueden entrar en cualquiera de estos establecimientos, no siendo el dia destinado para las mujeres. Al bañista le hacen entrar en una especie de vestuario, en donde se desnuda. Un *tellak,* criado de baño, le envuelve en seguida la cabeza y el cuerpo en lienzos de admirable blancura, y le pone en los piés unas sandalias de madera, provistas de dos pernos ó tacones de dos á tres pulgadas. De aquí pasa á otra pieza en que la temperatura es más elevada, y por último á una sala enlosada,

puesta por las estufas á treinta ó más grados de calor. Cuando ha llegado á producirse una transpiracion abundante, el *tellak* se acerca al bañista y le frota, haciendo crugir con maña y sin dolor alguno las coyunturas y mover las articulaciones, despues de lo cual le jabona y le inunda por medio de duchas de agua perfumada, alternativamente caliente ó tibia, hasta que concluye en temperatura fresca, causando una reaccion agradabilísima y fortificante. Hecho esto, le envuelve en una sábana de algodon; pónenle una tohalla en la cabeza, y vuelve al vestuario, donde, tendido en mullidos almohadones, pasa gran parte del tiempo fumando el *chibou* ó el *narghillé*, y saboreando el exquisito vapor del tostado Moka.

Las mezquitas, lugar de adoracion de los turcos, merecen una particular mencion. En Oriente se designa por la voz *medched*, de la que se deriva mezquita, unos pequeños templos con una sola torre, muchas veces construida de madera, y donde los turcos tienen la costumbre de hacer sus devociones ordinarias; pero se dá el nombre de mezquita, como el de basílica entre los cristianos, á los *djamis* ó grandes templos consagrados á las solemnidades de los viernes y dias de fiesta. Estos edificios suntuosos, en los que el arte de los árabes ha desplegado tanta gracia y belleza, se distinguen generalmente por una cúpula cubierta de plomo, de un efecto imponente, y por algunos minaretes ó torrecitas angostas y elevadas de varios cuerpos y casi siempre de forma octógona. Estos minaretes tienen balcones del lado que mira á la Meca ó ciudad del profeta. La mayor parte de las mezquitas son cuadradas, y tienen exteriormente una muralla y á su entrada un gran patio plantado de árboles. Las primeras que tuvieron los turcos y árabes fueron templos ya consagrados á la religion de los pueblos que sometian, tales como el templo de Jerusalem, Santa Sofía, el templo de Minerva en Atenas, las catedrales de Famagosta y de Nicosia y otros muchos en España, en Ásia y en Egipto; pero luego que llegaron á consolidar su poder, construyeron mezquitas notables, como lo es la de Córdova, hoy convertida á su turno en catedral. Llámanse *reales* las construidas por los emperadores, como la Solimania de Constantinopla, erigida por Suleyman el Magnífico, la del sultan Ahmed, única en el imperio otomano que tiene seis minaretes, pues no llega á este número ni aun la de la Meca, y la del sultan Mahomed II, con otras varias, puesto que por la ley de Islam solo se concede este privilegio á los príncipes conquistadores, á los cuales se les permite aplicar á este piadoso intento los bienes de sus vasallos y los de los conquistados.

Ya que hemos nombrado la mezquita de Mahomed II, dirigida por el famoso arquitecto griego Cristódulos, referirémos una anécdota que circula acerca de estos dos personajes. Este arquitecto construyó la mezquita más baja que la iglesia de Santa Sofía, y achicó dos de las mayores y más hermosas columnas que para

el templo se habian traido, y lleno de rabia el sultan le hizo cortar las manos en castigo. Al dia siguiente, el arquitecto, acompañado de su familia, compareció en el tribunal ante el juez, y demandó al sultan por indemnizacion. El juez ordenó á Mahomed que compareciese, cuya órden obedeció; pero no sin prevenirse de su alfange que llevaba oculto bajo su traje. Iba á sentarse, mas el juez le advirtió, que las partes, segun la ley, debian alegar en pié de su derecho. Presentada la demanda por el arquitecto, y respondido por el sultan, que la mutilacion de las manos era justo castigo por haber mutilado las dos columnas, el juez reconoció que, no obstante ser la mezquita más baja que la de Santa Sofía, con todo, era á pesar de eso un lugar apropiado y decoroso para el culto, y que por caras que hubiesen costado las columnas, al fin era piedra, y no carne ni sangre. Considerando, pues, que de aquella manera el arquitecto habia ya perdido su profesion, y que solo podria comer, beber y multiplicar su familia, debia caer como un gravámen sobre el sultan, á menos que éste no consintiese que le cortasen las muñecas por via de compensacion. El sultan se multó en la cantidad de veinte *ásperos* diarios, á lo que se conformó Cristódulos que, ó no debia ser muy exigente, ó costaba muy barata la vida en Constantinopla, y concluido el juicio, el magistrado hizo los honores al sultan, rogándole le dispensara si en su ministerio de juez le habia tratado sin ceremonias, como á simple musulman.

—Has hecho bien, respondió Mahomed. Si hubieras fallado en contra del arquitecto y en favor mio, te hubiese matado con este alfange.

Y diciendo esto, sacó de debajo de su vestido el mencionado instrumento.

—Y si mi soberano señor, replicó el juez, se hubiera rebelado contra mi sentencia, habria llamado en mi ayuda á este ejecutor de justicia.

Y esto diciendo, levantó la alfombra, y descubrió una gran serpiente venenosa que allí tenia enroscada. El juez la acarició, y la sierpe se volvió á esconder bajo la alfombra, y entonces el sultan, besándole la mano, se retiró á su serrallo, dispuesto á acomodar en adelante sus acciones á la justicia y á la elevada idea que de ella tenia su magistrado.

Esta es la tradicion vulgar, aunque se tiene por cierto que el sultan, en premio de sus servicios, le remuneró dándole la propiedad de una calle entera de las cercanías, lo cual está más en armonía con el carácter del gran conquistador que no tal crueldad, ni la muerte que se le imputa de su amada Irene. Pudo ser que el arquitecto, por un sentimiento de amor propio, no quisiese que las dimensiones de su obra fuesen superiores á las de la iglesia de Justiniano, y que una vez medida y hecha la confrontacion, causase algun disgusto en el sultan, y de aquí tomó el vulgo

materia para forjar su historia, añadiéndole retazos de otras anécdotas de jueces puros é incorruptibles, en lo cual ponia un ejemplo á los corrompidos y venales jueces que tanto abundan en Turquía.

A la entrada de casi todas las mezquitas, generalmente en los patios, hay sobre un suelo de mármol una gran fuente con abundancia de agua para la ablucion. El musulman no ha de entrar en el templo sin inclinar la cabeza, gracias á unas cadenas bajas que ciñen el edificio; sin lavarse en la fuente las manos, la cara y muchas veces los piés, y sin quitarse los zapatos, que los van dejando á la puerta al cuidado de un guardian ó portero. En la iglesia de Santa Sofía, la fuente está en el primer patio y es de alabastro, pero los ministros tienen otro lavatorio particular muy suntuoso, al lado de la galería de las mujeres. Los patios tienen claustros ó galerías á donde dan muchas habitaciones destinadas á los imanes, muezines y otras personas dedicadas al culto, y asimismo escuelas para estudiantes, hospitales, casas de locos, y aun cocinas para la alimentacion de los pobres. Todos los que allí llegan pueden estar tres dias comidos y vestidos. Los turcos, y en general los musulmanes, tienen mucha fé en la virtud de la limosna: lo que hoy das en dinero, mañana te dará Dios en paraíso, acostumbran á repetir los turcos. Así se ve por los puentes y las calles turbas de ciegos y mendigos que se aprovechan de esta buena disposicion.

Las mezquitas no ofrecen por adorno en sus muros ninguna especie de imágen en escultura ni pintura, pues esto les está prohibido absolutamente por el profeta. Tampoco se ven bancos, ni tarimas, ni mesas. Solo el suelo está adornado y cubierto con una alfombra, sin duda por la costumbre de entrar con los piés desnudos. En un rincon, del lado del oeste, hay un asiento donde se coloca el iman para leer las oraciones; y al lado correspondiente á la situacion de la Meca, hay un armario ricamente adornado que sirve de archivo y custodia de algunos libros santos. La gran mezquita situada en esta *madre de las ciudades* es célebre por su *Kaaba*, y más aun por la famosa piedra negra, traida, segun ellos, á Abraham por el arcángel Gabriel, en su principio blanca, pero ennegrecida despues por los pecados de los hombres. Hácia esta piedra principalmente se dirige la contemplacion de los mahometanos en sus preces. Por supuesto, no pueden orar con fruto, ni su súplica va derecha al cielo, si no rezan vuelto el rostro á esta casa de Dios, y siempre despues de un lavatorio de manos, rostro y piés, y si no tienen agua á mano, han de refregarse con arena, para que esto no sea motivo de poner en duda la discrecion de Mahoma, de la cual dudó el moderno cismático del desierto. Por supuesto que estas abluciones que limpian el alma, ante todo limpian el cuerpo, condicion higiénica necesaria en estos climas. De aquí la abundancia de fuentes, que es lo que más sorprende al

viajero al recorrer las poblaciones turcas y árabes, y la profusion de baños públicos. El agua es para el Oriente el símbolo de vida: *por el agua vive todo,* dice el Koran, admirador del elemento húmedo, y esta sentencia está siempre esculpida en las fuentes públicas, con otras varias del sagrado libro y otras denominaciones alegóricas, como *pozo del paraíso,* etc. En Constantinopla las fuentes constituyen uno de los principales ornamentos de la ciudad. Varias de ellas, particularmente la que se halla delante de la gran puerta del Serrallo, de donde toma el imperio el nombre de Puerta otomana, son de magnífica estructura, y todas alegran la vista y satisfacen la sed de los transeuntes y de los pobres que no pueden regalarse con los refrescos que á cada paso se hallan de venta.

Así como ningun *infiel* puede entrar en las mezquitas sin un *firman* del Sultan, que le cuesta un buen porqué, en la Meca no pueden acercarse más que hasta el rádio de nueve leguas; bien que, pagando, logran penetrar en ellas, pues los mahometanos tienen tambien composicion para todo. Los musulmanes tienen el deber de hacer á este lugar santo una peregrinacion, al menos, en el curso de su vida, por sí ó por poderes que dan á otros peregrinos, y despues que la han hecho, se engalanan con el pronombre de *hadji,* esto es, peregrino, y se llaman *hadji* Mustafá, *hadji* Mahomed, etc. No obstante, los que habitan comarcas cercanas al santuario no usan este título que adoptan orgullosos los creyentes apartados del país de Mahoma, para hacer entender que han desafiado los peligros y penalidades de una larga romería. Abd-el-Kader, usa despues del nombre de Señor, el de peregrino, y los más de los musulmanes que pueden costear sellos, hacen gravar en las piedras ó metales la palabra *hadji,* que tienen á título de gloria, como otros las cimeras y demas figuras heráldicas.

En otros tiempos, llegaban á este lugar numerosas caravanas de todas las partes de Oriente, cargadas de ofrendas ricas que depositaban en la Kaaba. Hoy no se observa tanto esta costumbre, ni tal vez pase de cincuenta mil el número de los peregrinos que van al monte Arapha, porque los cismáticos Wahabis, ó protestantes del islamismo, que viven en la Arabia desierta, se han pronunciado, como hoy se dice, contra esta superticion que puede conducir á la idolatría. Segun ellos, el mercado que con esto se hacia es contrario á los preceptos y espíritu de Dios promulgados por Mahoma, y particularmente las ceremonias que allí se practicaban, una de las cuales consistia en tirar cuarenta y nueve piedras para ahuyentar los malos espíritus. La piedra de que ya hemos hecho mencion, tiene una cabidad hecha con los labios de tantos creyentes como la han besado. Para entrar en la Kaaba, que solo se abre tres veces al año, hay que ir arrastrándose de rodillas, pues no merece menor acatamiento el primer templo que, segun su opinion, fué elevado al verdadero

Dios sobre la tierra, en el lugar donde Adan y Eva descansaron y vivieron despues de la salida del paraíso. La Meca es, pues, la primera ciudad que se construyó en el mundo, antes de las de Cain y las de Nenrod, como creen los turcos, los cuales afirman que una vez arrojados del eden nuestros primeros padres, se separaron y se pusieron á recorrer el mundo en busca de un paraje agradable, pues en efecto, debian tener el gusto muy delicado acostumbrados al paraíso. No se sabe si vinieron por estas partes y vieron los tartesios campos; pero sí que un dia se encontraron los dos esposos sobrė la misma montaña de Arapha, y que los dos gritaron al mismo tiempo como Arquímedes: *¡Eureka!* ¡ya la encontré! Abraham é Ismael, porque los musulmanes no le conceden más que un hijo, vinieron á esta montaña para dar en ella culto á Jehova, y en el camino sucedió lo del sacrificio y la voz del ángel, en reconocimiento de cuyo favor edificó el patriarca un templo donde hoy está situada la Kaaba, y como los descendientes de Abraham se impusieron el deber de ir á orar á esos lugares, de aquí provino el regularizarse las romerías y visitar este templo, donde se cree por los europeos que el sepulcro de Mahoma está suspendido, y el vulgo afirma que se mantiene en el aire en medio de una capilla, en razon á ser los muros de piedra iman y la caja que contiene el zancarron, de acero. Las cenizas de Mahoma reposan en la forma ordinaria en una capilla de la mezquita principal de Medina.

En los sepulcros de los musulmanes abunda mucho el ciprés, árbol cuya melancólica verdura le hace propia decoracion de los campos santos. Usase en todos los cementerios de cristianos, como si su forma de aguja, llama, obelisco ó pirámide fuese la más adecuada para representar la aspiracion del alma de volar rápidamente al cielo, sin revolotear ni perderse en laberinto de curvas sobre el polvo de la tierra, creencia que tuvieron los antiguos filósofos, y es hoy muy del gusto de los espiritistas. Pero entre los mahometanos es extraordinaria la profusion de cipréses, pues fué costumbre de los islamitas en los tiempos de más puro y ardiente celo por la religion de Mahoma, plantar un ciprés para conmemorar no solo la salida sino la entrada de todo nuevo creyente en este mundo, semejando así sus cementerios espesos y dilatados bosques lúgubres. Hablando de Stambul, dice un humorístico y gongorístico viajero, que si se coloca una persona en los puntiagudos cuernos de la dorada media luna que sirve de solideo á la cúpula de Santa Sofía, y tiene en aquella posicion bastante ánimo para mirar abajo, verá el constantinopolitano panorama rodeado de un *cupresino* cinturon ó negra faja á manera de una gran procesion fúnebre, cual corresponderia para hacer las exequias á una dinastía imperial destruida, una raza extinta ó una religion disuelta. La esfera podrá aparecer azul, dorada ó carmínea, pero la ciudad del Sultan está

obligada á sufrir contínuamente el bloqueo de estos lúgubres centinelas, y á no ser por la constante sonrisa del mar y del cielo lograrian dar al cuadro un tinte sepulcral. No hay modo de librarse de la vista de estos árboles saturninos, que parecen otras tantas repeticiones de la palabra «muerte,» escrita con negra tinta en arábigos caractéres por toda la extension de la ciudad del Bósforo.

Los turcos y árabes, fundados en una de las infinitas tradiciones semi-rabínicas tan propias del génio oriental, creen que cuando uno va á morir aparece Azrael, terrible ángel de la muerte, y se acerca al lecho con su espada desnuda, en la punta de la cual hay tres gotas de hiel, que traga el moribundo. La primera le torna pálido, la segunda le mata y la tercera le pudre y descompone.

Otra creencia de los turcos es, que luego que el fiel ha pasado al mundo del silencio, dos ángeles aparecen, y sentándose uno junto á la cabeza y otro junto á los piés, comienzan á averiguar sus opiniones y á hacer un exámen de su conciencia respecto á la unidad de Dios, la mision de Mahoma y la verdad del Koran. Si contesta bien, los ángeles negros, Monkir y Nakir, se ahuyentan y él cae en un delicioso sueño en que respira ya la brisa del cercano paraíso; pero si tiene puntas de impío ó ribetes de judaizante, los ángeles le golpean con mazas en las sienes hasta que sus gritos se oyen en toda la redondez de la tierra; los pecados mortales se convierten en dragones y los veniales en sabandijas, y es arrojado entre ellos para que le ciñan y muerdan y torturen hasta el dia de la resurreccion.

Por supuesto, entre los turcos hay diferentes opiniones acerca del inmediato rumbo del alma despues de abandonado el cuerpo. Muchos creen que queda rondando á su antiguo compañero, otros que se convierten en pájaros verdes en los jardines del cielo, ó ya que son puestas en la trompeta del arcángel si son de los buenos, y si de los malos en la quijada inferior del diablo. Pero dejemos estas opiniones, que no son otra cosa, y vamos á lo cierto de sus ceremonias y ritos funerales.

Los turcos practican la obra de misericordia de enterrar á los muertos, que los civilizados relegan á sepultureros. Los amigos llevan el cadáver de su amigo sobre sus hombros con la mejor voluntad y diligencia, pues creen que su alma está sufriendo hasta que no pase el exámen, y además les dice el Koran, que el llevar el cuerpo de un verdadero creyente, siquiera cuarenta pasos, tiene por recompensa la expiacion de muchos pecados. Como fatalistas, lamentan poco la muerte y no la llaman una desgracia: «Estaba ordenado, dicen: era la voluntad de Dios, y él sabe lo que se hace.» Cuando muere un turco arrojan alcanfor sobre su frente, rodillas, manos y piés, y le lavan. Despues le envuelven en un lienzo donde están impresos versículos del Koran, y le exponen á la puerta de la casa, al modo que

hacian los antiguos, y de ahí el nombre de *Protesis* (exponer á la vista), que aun conserva un lugar de los modernos templos de la Grecia. Esta exposicion dura algunas horas hasta la llegada del iman, quien despues de rociar el cuerpo con agua, se dispone á conducirle al lugar del reposo. Llegado allí le deposita en la tierra con el rostro vuelto hácia la Meca, y pronuncia esta profesion de fé: «Creo en un solo Dios todopoderoso y no adoro más que á él: creo que Mahoma es el enviado de Alá sobre la tierra y el profeta de los profetas: creo tambien que Alí es el verdadero jefe de los fieles, que esta tierra es suya y que los verdaderos creyentes le deben obediencia.» En seguida, dirigiéndose al inanimado cuerpo, continúa: «Ten bien entendido que el Dios que adoramos es grande y glorioso, y que nada ni nadie está sobre él; que la muerte es verdadera; que la visita que van á hacerte Monkir y Nakir, los dos ángeles de las tinieblas y mensajeros de Alá, es verdadera; que el cielo y la tierra existen; que el infierno y el dia del juicio son verdaderos. Ten la mayor confianza en estas cosas, porque son verdaderas. Entretanto, que el Dios tu señor, que el Dios grande y glorioso que vendrá un dia á sacar á todos los muertos de sus tumbas, sea bueno y misericordioso para contigo, que acoja tus respuestas y te conduzca por la via de la salvacion; que te conceda la gracia de acercarte á su divinidad y á sus profetas, y que sean sus mercedes contigo por todos los siglos.»

Al llegar aquí, el iman se retira unos cuarenta pasos, y clama con voz fuerte: «Monkir y Nakir, acercaos; ved aquí un creyente: venid, que os está esperando.» Vuelve en seguida al pié de la tumba, y concluye diciendo: «Dios grande y glorioso, humildemente te rogamos que sea la tierra ligera á este tu siervo, y halle gracia y misericordia cerca de tí, amen.»

Sabidas estas ceremonias, no se extrañará que los turcos solo salgan de su paso y mesurado continente en la ocasion de los funerales; que no entierren los féretros, ni pongan encima losas pesadas, y que apresuren asimismo la inhumacion, cosa que más de una vez habrá llevado al hoyo á un Mustafá vivo. Los armenios acostumbran á figurar en las losas la profesion y el género de muerte del que bajo ella descansa, viéndose en muchas ocasiones la horca, que graban allí sin escrúpulo de conciencia, pues ellos dicen, que ninguno de su raza fué jamás castigado ó ejecutado por un verdadero delito. Esta opinion no es tan infundada como á primera vista puede parecer. Los armenios se dedican al tráfico, como ya digimos, y para ellos es cuestionable que haya verdadero pecado en engañar al prójimo.

Entre los Yezidis, habitantes de la parte del Ásia que un tiempo fué la celebrada Babilonia, las mujeres visten de blanco á la muerte de sus maridos, que colocan en la tumba con el rostro hácia la estrella polar, y la viuda ha de salir

danzando al encuentro de los dolientes, llevando en una mano el escudo de su esposo y en la otra una larga trenza de sus cabellos.

Las tribus árabes que habitan casi todo el sur de la Mesopotamia merecen especial mencion en este lugar. Los turcos las consideran como las más salvajes é ignorantes que se pueden hallar en el Ásia, y tal es la opinion de los modernos viajeros. En cambio estos árabes consideran al turco y á su gobierno como el más indigno y falto de fé, sinceridad y honor. Su religion procede de la secta Sheeah de los musulmanes. Cada tribu tiene innumerables divisiones con distintos nombres y jefes independientes. Viven en pobres chozas y en pequeñas tiendas, y su principal riqueza consiste en búfalos, con cuya propiedad exceden, á pesar de todo, á las demas tribus árabes en punto á bienestar y opulencia, pues de su leche hacen gran cantidad de manteca que exportan con gran provecho. Algunos distritos parecen hormigueros de estos animales, inofensivos y domésticos de ordinario; pero sujetos como el perro á una especie de rabia si huelen el jabon, no pudiendo estar seguras de sus ataques las personas que acaban de usar de este artículo. Su hospitalidad es tan grande, que el decir de un árabe que *ha vendido pan*, es inferirle uno de los mayores insultos; pero es más, que el dar un pedazo de pan por dinero no solo deshonra y degrada al perpetrador de este gran crímen, sino que cae la deshonra sobre toda su familia, y por lo tanto el pan no se vende en los mercados de comestibles, que son bazares, al uso de todas las ciudades orientales, formados en los campamentos ó coleccion de chozas, que por pequeño que sea ha de contener una casa de huéspedes donde se alberguen los que tienen que discutir los negocios públicos y los viajeros. Éstos son mantenidos, y asimismo sus caballos, sin que tengan que dar retribucion alguna. No obstante su comercio con europeos y su comunicacion con viajeros, todavía no han aprendido á recibir dinero de ellos por ningun oficio hospitalario. Estas casas de hospedaje están establecidas y suplidas por dueños particulares. El extranjero entra en ellas y puede vivir tres dias, comiendo y bebiendo sin que nadie le diga una palabra, ni le pregunte cosa alguna. Concluido el término, se sale de una y se va á otra, y así puede estarse hasta recorrerlas todas.

En las fiestas de estos árabes, la danza y la música es lo principal, la primera muy parecida á la de los albaneses, que al hablar de Grecia hemos descrito, al menos en la excitacion y los gestos de los danzantes; y lo particular es, que las mujeres, generalmente cubiertas solo con una camisa, se ponen para bailar un gran manto de tela gruesa que impide notar la gracia de sus movimientos. Mucha admiracion nos han hecho tener los viajeros y poetas por estas hermosas *huríes* vivas; pero lo cierto es que cuando ven á una mujer europea se quedan los árabes extáticos y la creen bajada del cielo. En la relacion de un viaje por estas partes hemos

leido los siguientes requiebros é hiperbólicas alabanzas de un sheikh ó jefe, á una dama francesa que asistió á una de sus danzas de espadas: «Wallach, exclamó, esta es la hermana del sol: ¿qué mayor hermosura puede darse? Si yo tuviera cien talegos, los daria todos por tal mujer: miren; sus ojos son como los ojos de mi yegua, su cabello como el betun, y su piel se parece á los más finos dátiles de Busrah; cualquiera moriria por una *hurí*, como esta.» Hemos copiado estos requiebros, por que se vea la semejanza que tienen con los que se oyen aun en las gentes del pueblo en Andalucía, y cómo viene de sangre árabe prorumpir en alabanzas á la vista de una belleza, como prorumpió Sancho en una sarta de rústicos elogios al ver la hermosura de Quiteria.

Tras de este lenguaje de amor, bien será que digamos algo de sus prácticas y costumbres sobre relaciones mútuas entre ambos sexos. No hay duda que las jóvenes árabes son hermosas, no obstante el embelesamiento del dicho sheikh ante una parisiense, y bastaria ver la alta y poética idea que tienen del amor para convencernos de que parte de un sólido fundamento de hermosura. El amor de un árabe, como chispa que cae en estopa, luego nace de repente á la vista de cualquier mujer que llama su atencion por su hermosura. En esto nos parecemos todavía á pesar de la diferencia de civilizacion. El amor es electricidad entre los españoles, y no necesita para tomar sér y llegar á lo más alto del termómetro, sino la aparicion del objeto hermoso. El árabe, como el caballero español, está pronto á morir, á hacer y á acontecer, á desesperarse y acometer imposibles á primera vista, ó como decia don Quijote, *en seco*. Para adquirir la posesion de la bella tienen ciertas prácticas que muestran la refinada idea del honor, tan apreciado entre ellos, pues no pueden tolerar que la pasion de un hombre sea desdeñada, y si sufre repulsa, porque no están siempre de acuerdo las voluntades, ha de ser esta derrota tan secreta, que solo el cielo y las dos partes la sepan. El amante busca á un pariente de la jóven ó á un miembro de la tribu que tiene entrada en el harem de la tienda que ella ocupa, y despues de exigirle juramento de guardar eterno secreto, le confiesa su amor y ruega á su confidente que arregle una entrevista. Si éste consiente en ser medianero, busca ocasion en que la doncella esté sola, y tomando una flor le dice: «Jura por Aquel que hizo esta flor y que nos hizo á nosotros, que no revelarás á persona viviente lo que voy á comunicarte.» Si no está dispuesta á amar, lo que rara vez sucede, sigue su camino; pero nunca revelará lo que entre ambos ha pasado. Si al contrario, repite la fórmula del juramento, y el confidente señala el dia y lugar de la entrevista.

En las montañas del Kurdistan, hay unas tribus que se llaman Yezidis ó adoradores del diablo. Esta es una secta extraordinaria que odian los musulmanes más



Drawn by Miss E. Corbaux. Engraved by E. Finden.

Arabia. La doncella Arabe.

que á otra alguna, y celebran una gran romería al sepulcro de su santo y jefe Sheikh Adi. Entre turcos y cristianos se han levantado fábulas que confunden las prácticas de los Yezidis con las de Ausyri de Siria, y les han atribuido sesiones y orgías nocturnas diabólicas, poco más ó menos como las que la inquisicion atribuyó á los brujos y brujas de Logroño en el prado de Zugarramurdi famoso. Por esto les llaman *apagadores de luces*, y creen que sus misteriosos ritos provienen del culto introducido por Semiramis en las mismas montañas que estos ahora habitan; pero su porte y continente, la limpieza de sus pueblos y lugares, que contrasta mucho con la inmundicia de las de musulmanes y cristianos, no parece autorizar creencia alguna torpe y poco limpia. Hace algunos años eran estas tribus muy poderosas; pero sufrieron una horrible matanza en las cercanías de Mosul, porque los mahometanos, que pueden tratar con judíos y cristianos por fundar su fé en libros inspirados, no pueden sufrir á los Yezidis, privados de un libro; así es que ni aun tributo quieren de ellos, y los obligan á convertirse ó á morir á los filos de la espada. Con todo, la mayor parte de los harems del sur de Turquía están llenos de jóvenes Yezidis; bien es verdad que las cautivan pequeñas y las enseñan la fé de Mahoma antes de exponerlas á la venta pública en los mercados. Por de contado que estos sectarios han tomado represalias sobre los turcos, hasta tal punto, que hizo necesaria la reciente invasion de Mehemed Reshid con la cual quedaron sometidos y resignados con su adversa estrella.

Estos sectarios, segun revelaciones de un sheikh de sus tribus, reconocen un sér supremo, pero no le dirigen preces ni sacrificios, y creen que Satanás ha de ser restablecido al fin en su gerarquía como jefe del ejército celeste, de lo cual deriva gran parte de lo extraño de sus prácticas. Nunca nombran al diablo, ni aun siquiera las palabras que tienen con su nombre alguna semejanza, y tienen una reverencia tal al sol, que acostumbran á besar aquel objeto que ante su vista recibe los primeros rayos. Al modo que los Sabeos, tienen por abominacion el color azul, y jamás le usan en sus vestidos ni en sus casas. Cuando hacen sus oraciones tienen el rostro vuelto hácia la parte del cielo en que sale el sol, siguiendo en esto la general costumbre de todas las religiones orientales, las cuales tienen un punto á donde vuelven el rostro sus adeptos, como los judíos á Jerusalem, los Sabeos á la estrella del norte, los primeros cristianos al oriente y los islamitas á la Meca. No comen la lechuga ni el cerdo; pero beben vino. El número de sus mujeres es ilimitado, y no tienen ritos religiosos para el casamiento. Basta que el hombre y la mujer se presenten ante el jefe, quien se informa de su mútuo consentimiento. Entonces recibe la novia un anillo, ó algunas veces monedas, y se fija un dia para los regocijos y festejos.

Los Yezidis tienen una cronología particular, y segun ellos se hallan hoy próximamente en el año 1570. Conocen cuatro órdenes religiosas, que son los Pirs, Sheikhs, Cawales y Fakires, y lo más extraño, segun Layard oyó de boca de un sheikh, es que sus oficios ó dignidades sacerdotales son hereditarias y se transmiten á las mujeres, quienes son tratadas con la misma consideracion que los hombres.

Los Pirs, ó ancianos, tienen la virtud no solo de rogar por el pueblo, sino de curar enfermedades y la locura; cosa no muy extraordinaria, pues nosotros hemos tenido dinastías que poseyeron virtudes análogas. Los Sheikhs son especies de cantores, y han de vestir todos de blanco, á excepcion del turbante, que debe ser negro, y el cinturon rojo ó amarillo. Los Cawales, ó predicadores, son los más activos. Andan en misiones, y tienen el privilegio de tocar la flauta y el tamboril, que juzgan instrumentos sagrados y á los cuales besan cuando acaban de tocar y los presentan para que hagan lo mismo á los que se hallan cerca de ellos. Su túnica es negra.

Los Fakires son el órden inferior. No llevan túnica, sino vestido de lienzo negro ajustado á las formas, y un gorro ó turbante negro, muy parecido á la figura de Felipe II, como le retrató Pantoja, salvo la capa de este, y el pañuelo rojo que aquellos atan á la caperuza. Está entre ellos prohibido el aprender á leer y á escribir, y solo hay uno ó dos entre todos que sepa lo uno y lo otro, para en caso que sea necesario referirse al libro de sus ritos y ceremonias.

Hemos dicho que entre estas tribus no hay ceremonias religiosas en los casamientos; pero en las profanas hay algo digno de mencion, y es la extraña costumbre que practican al entrar la novia en casa del esposo, vestida con los colores más vivos y rodeada de los vecinos y de los músicos. Apenas ha entrado, la cubren de piés á cabeza con un espeso velo, y la meten tras de la cortina que ponen en el rincon de un cuarto oscuro, y allí ha de estar tres dias mientras el marido se está festejando. Ya vimos que los griegos trataban á la infeliz novia con algun rigor en caso análogo. ¿De dónde habrá procedido la idea de usar de esta severidad extraña y rigoroso recogimiento, tan opuesto á la latitud que se concedió á las novias en otros países? Cuando el marido al cabo de aquel castigo tiene libertad para acercarse á su esposa, es traido por la mañana en triunfo en brazos de sus amigos por todas las casas, y en todas recibe algun regalo. Despues se le coloca dentro de un círculo de bailarines, y los huéspedes y espectadores comienzan á mojar monedas y á pegárselas en la frente, al modo que hemos visto hacian los pastores de la Arcadia. La diferencia que hay en la colecta nupcial entre aquellos griegos y estos árabes, es que entre los primeros recibe la novia las monedas en la falda, y entre

los segundos el novio en la frente. Pero aun nos queda que mencionar otro uso en las bodas, y es, que una parte ó destacamento de los jóvenes que han apadrinado al novio, entra de repente, se lanza sobre el concurso, hace prisioneros á los individuos más notables por su riqueza, los llevan á un cuarto oscuro, y no les dejan salir hasta que consienten en pagar un rescate por su libertad. Este acto de vandalismo doméstico se ejecuta con grande y recíproca alegría de bandoleros y víctimas, y la cantidad recogida sirve para aumentar la dote de la recien casada.

Habiendo hablado de Sofuk, jefe de Shammar y rey del desierto, darémos algunas noticias del carácter, ingenio y costumbres de las tribus de beduinos que habitan este distrito, visitado á menudo por curiosos extranjeros, para conseguir lo cual, y prometerse algun seguro no hay más sino buscar por medio de los cónsules, ya en Mosul, ya en Bagdad, á uno de los jefezuelos de tribus pequeñas, que teniendo el salvoconducto y proteccion del cónsul, se determina á recorrer territorios de pachás, sin miedo á las caravanas de bandoleros turcos, aunque expuesto siempre á ser atacado por tribus con quienes está en guerra, pues en el desierto la vida es un pillaje contínuo, y el que es más fuerte no deja pasar mucho tiempo en hacer sentir al débil su superioridad. El viajero un tanto aficionado á expediciones arriesgadas verá muy luego á su servicio á un hijo del desierto, notable por la brillantez de su rostro, la blancura de sus dientes y el aire de dignidad y de caballerismo que resalta en medio de lo escaso y sucio de su traje, subido sobre una excelente yegua y seguido de tres ó cuatro pajes ó soldados sobre dromedarios trotadores provistos de armas tales como lanzas, pistolas, fusiles y otros instrumentos ofensivos.

Cuando los beduinos en corto ó en grande número caminan por el desierto, nada hay que iguale á su circunspeccion y á lo penetrante de su mirada, tan experta en aquel mar seco como la del marino en el húmedo elemento. Al modo que en las naves hay siempre una guardia vigilante, así en el peloton de beduinos hay siempre uno encaramado en el camello como especie de vigía, y cuando á la más larga vista de un europeo no apareceria más que inmensa soledad por todos costados, el beduino lanza un grito de alarma que pone á todos en movimiento, apercibiendo sus armas, y montando sus fusiles y pistolas. *¡Aial!* es su grito, que quiere decir caballería ó ginetes, y ya preparados, el jefe se adelanta á reconocer. Si son amigos, se detiene y los invita á que se reunan, cosa á que no se niegan, pues llevan el mismo objeto que es saquear á cuantos encuentren. En caso de ir uno solo y encontrarse con otro, son infinitas las precauciones y muestras que da de su sospecha y curiosidad en sus movimientos, ya acercándose lentamente, ya parando el caballo, ya corriendo en derechura y torciendo de repente

al rumbo opuesto. Si pueden sostener la lucha por ser igual ó inferior el número de los enemigos, luego la emprenden; pero de lo contrario, tornan grupas, como diciendo: sálvese el que pueda.

Al llegar á un campamento de beduinos, que de léjos se presenta como una negra faja, se ven siempre exploradores y centinelas avanzadas, que acompañan al extranjero corriendo, trotando, y ejecutando grandes primores de equitacion con la lanza en ristre, á fin de excitar su admiracion, y asimismo entreteniéndose en simulacros de batallas con sus enormes y tremebundas lanzas. Las tiendas se forman, ya diseminadas en la llanura si los pastos son abundantes y no hay peligro inminente de ser atacados por tribus enemigas, ya en líneas paralelas y cercanas, ocupando el jefe la más avanzada, y haciendo frente al camino por donde han de venir el huésped ó el enemigo, para ser el primero en ejercitar la hospitalidad ó la hostilidad. Sin embargo, esta posicion varía durante el invierno, estacion en que las tiendas deben colocarse segun el viento predominante, de modo que á cada cambio de aquel, todo el campamento da vuelta, y la última tienda viene á quedar la primera. Ninguno puede entrar en él por la espalda, ni saltando por las cuerdas, ni dirigirse al harem que colocan siempre al lado derecho de la tienda. La del Sheikh se distingue desde larga distancia por su tamaño y por las lanzas que hay clavadas delante de ella. Si un extranjero quiere hospedarse en la del jefe y no va directamente hácia ella, debe salirse del camino y hacer un gran rodeo para acercarse á la tienda derecho, sin pasar por delante de otras, pues es un insulto para ellos pasar por la tienda de un hombre sin entrar en ella y comer de su pan, y el dueño tiene el derecho de reclamar como su huésped á todo aquel que pase por enfrente al entrar en el campamento. ¡Tal es la noble y elevada idea de la hospitalidad entre estas tribus incultas que mútuamente se saquean!

Las mujeres beduinas son por extremo hermosas, y sus talles son esbeltos y graciosos; pero su belleza es solo compañera de la juventud. Poco despues de cumplidos los veinte años, ó del nacimiento de uno ó dos hijos, la pierden y solo queda de aquel completo naufragio el rayo de luz de sus brillantes ojos negros. Las hembras son tenidas en el desierto como orígen de poder y de fortuna por los enlaces que pueden hacerse con jefes de tribus poderosas, siendo esta la manera de aquietar contiendas que han durado largos períodos. Por el contrario, en las ciudades son consideradas como una tacha en la familia, y la muerte de una niña deliberadamente cometida, casi nunca produce escándalo.

El traje de las beduinas es la acostumbrada y larga camisa azul de las mujeres árabes, un manto listado, con una cofia negra atada con una cinta de espuma de lana de camello, sin faltar por de contado gran número de anillos con perlas ó

piedras colgando de las narices, orejas, piés y manos, bien que todos estos diges los llevan las señoritas beduinas ó las mujeres casadas que son más jóvenes y lindas. Al salir de sus tiendas ó en jornadas, las damas beduinas se ponen un pañuelo negro por la cara que oculta su colorcillo de aceituna, y deja solo á la vista sus ojos de almendra negros como una endrina. Su cabello azabachino y sedoso cae en bucles por sus espaldas, y puestas sobre sillas de camello, cubiertas con alfombras que les ocultan los rayos del sol, acompañan las principales al ejército beduino, y no se están ociosas si son atacadas, que tambien toman parte en la refriega, usando de piedras por proyectiles.

En sus banquetes, cada cual come cuando le llega el turno segun su categoría, pues el jefe lo ofrece todo primeramente á los huéspedes y á los jefes más principales; luego comen los personajes notables, y así por este órden van hasta los niños, que arremeten á los despojos, y como su traje es el que les dió la naturaleza, parecerá un cuadro del hambre la última tanda de los convidados. Los manjares por esta razon han de servirse frios, porque estando otros esperando el turno hay que comer de priesa y no hay lugar de soplar. Rara vez puede comer carne el beduino plebeyo, y su alimento consiste en pan, espárragos, cebollas, ajos, manteca fresca y requesones. Solo el Sheikh mata diariamente un carnero, del que comen sus huéspedes y parientes. Las mujeres preparan los manjares y comen siempre despues de los hombres, los cuales no usados á gran política, por milagro les dejan con qué satisfacer el hambre. Las tribus de Shammar y Aneiza no poseen vacas ni bueyes, considerando estos animales representativos de hombres que han perdido su independencia y degradado su dignidad cultivando la tierra. Por lo tanto, se abstienen de ordeñar á una vaca ó á una cabra, cuya leche no beben, y sí solo la del camello, agradable al gusto, espesa y excesivamente alimenticia.

Sea por su régimen frugal, sea por su aficion á comer dátiles secos, con requesones agrios como especie de levadura, los beduinos conocen pocas enfermedades, y aun de las epidémicas se han visto libres, como del cólera, cuando otras tribus lindantes con el desierto se han visto diezmadas por esta plaga. En cambio padecen de la viruela, cuya inoculacion desconocen, y del reumatismo, que curan de un modo original, y es aplicando á la parte afectada un hierro caliente, ó bien matando un carnero y colocando al paciente dentro de la piel aun humeante. Conocen pocas medicinas, aun cuando el desierto produce muchas. Oyendo un doctor europeo de los labios de un jefe beduino que no conocian narcóticos, le preguntó: «¿Qué hacian con los que no podian dormir?—¡Toma! ¿qué hacemos? respondió el Sheikh, nos sirven para vigilar los camellos.»

No hemos de dejar de hablar de otra de las bellas cualidades de los beduinos,

además de la hospitalidad, que ya hemos visto ser virtud por excelencia entre estas tribus, muchos de cuyos cantos tienen por argumento la liberalidad y magnificencia de sus jefes. Nos referimos á su extremado cariño hácia sus caballos, y al cuidado que tienen de consignar su procedencia y casta, cuando uno se compra ó vende, ó es capturado en las batallas. Es cosa admirable ver cómo entre dos tribus enemigas que acaban de trabarse en combates sangrientos, se mandan recíprocamente embajadores para averiguar el linaje de los caballos cogidos en el botin. Esta es costumbre de todos los árabes, quienes lo primero en que piensan cuando cae un caballo en sus manos, es en averiguar su descendencia. Si el dueño es desmontado en la batalla, ó está á punto de recibir el golpe fatal de manos de su enemigo, le dirá: «¡Oh, tú, quien quiera que seas! sabe que el caballo que la suerte te depara es de noble sangre, es de tal casta, y el Sheikh tal oprime el lomo de la yegua que le parió.» Por nada del mundo dirá una mentira acerca de la raza de su caballo. Conocen cinco, procedentes de los cinco caballos favoritos del profeta, y los que tienen tradicion pura y son reputados de legítima sangre, los estiman tanto, que pagan por ellos enormes cantidades. Para comprender cómo un beduino es capaz de quedarse sin pan para sí ni para sus hijos por comprar un caballo de noble sangre, baste saber que además de su afecto hácia este animal, á quien considera como miembro de la familia, mira en él los orígenes de su gloria y el apoyo de su existencia. Poseyendo un caballo sin rival en la ligereza y en la resistencia, puede desafiar al mundo y cree tener una mina, confiado en las palabras de Mahoma: que las nobles razas de caballos son verdaderas riquezas. Y en efecto, con un buen caballo puede robar, saquear, pelear, ir de aquí para allí como se le antoje, mientras que sin él, todas las riquezas serian de poco ó ningun valor, expuestas á venir á las manos y ser la presa de otro más poderoso ginete; porque el beduino, verdadero y legítimo árabe lleno de amor á la independencia y semejante á aquellos caballeros de las leyendas que no tenian más en el mundo que una lanza y un caballo, considera que el robar es una de las señales de gran capacidad y mérito en un jóven. Layard refiere la historia de un jóven beduino, cuyo padre era tan pobre, que no habia podido proveerle de armas y caballo, y de edad de doce años se habia escondido en las orillas del Eufrates, viviendo de raices y yerbas, con el solo objeto de acechar de noche las tiendas de los Aneizas y cojer cualquier caballo que se extraviase ó estuviese poco vigilado, y durante su excursion oyó hablar de un beduino de gran renombre por haber robado á aquella fecha no menos que cien caballos. Nosotros le llamaríamos cuatrero, y ellos le llaman héroe.

Parecerá increible que puedan vivir estos aventureros con tal género de vida,

siempre en guerra unos con otros y sin la menor proteccion y seguridad contra una fuerza mayor; pero estas tendencias y vicios entre los beduinos están neutralizadas por otras virtudes, calidades y costumbres propias de su carácter poético y romántico. Así, por ejemplo, un nómada no puede robar en la tienda de aquel en que ha comido pan, y ya por ciertos actos ó por fórmulas se establecen deberes y obligaciones, que llaman las leyes del Dakheel, cuya violacion constituye la ignominia y la mancha más odiosa y execrable entre los árabes. Si un hombre logra coger la punta de una cuerda cuyo extremo opuesto está en manos de su enemigo, se convierte en su protegido, lo mismo que si toca el lienzo de la tienda ó arroja dentro de ella una de sus armas, ó puede tocar con los dientes algo que le pertenezca. La mujer, segun estos verdaderos idólatras del bello sexo, puede proteger un número ilimitado de personas y de tiendas, y llega hasta tal punto su admirable concepcion de la idea de hospitalidad, que ningun beduino se atreve á robar á una caravana á vista de su campamento, pues cree que con solo mirarlo los extranjeros han adquirido derecho á su proteccion. Al encontrarse dos enemigos, como lleguen á saludarse, aunque sea por equivocacion, ya no pueden pelear, y si uno persigue á su adversario para matarlo, salva su vida con solo gritar Dakheel, á menos que no haya corrido sangre entre ellos. El árabe que ha dado su proteccion á otro, ya formalmente, ya por medio de actos que confieren este noble privilegio, está obligado á defender á su protegido en todas las circunstancias, aun á riesgo de su propiedad y sacrificio de su vida. Innumerables ejemplos se podrian citar de actos de abnegacion de individuos y aun de tribus enteras, envueltas en guerras con poderosos enemigos, en defensa de este deber sagrado. Aun los mandarines turcos, en cuya fé no hay mucho que esperar, respetan esta ley á la cual algun dia pueden deber la vida, pues más de un Pachá altanero ha encontrado refugio en la pobre tienda de un Sheikh, á quien en los dias de su prosperidad habia humillado é insultado, y con todo eso, antes desafiará el beduino á todo el imperio turco y expondrá cien veces la vida, que entregar al huésped acogido en su tienda.

El sentimiento caballeresco de los beduinos se revela aun en los actos que nos parecen más reprensibles. Cuando sorprenden ó capturan caravanas, el beduino no matará ni atormentará al prisionero si éste no ha hecho resistencia, ni se permitirá jamás robar á una mujer, antes bien si hiciesen alguna prisionera entre sus enemigos, le darán un caballo para que se vuelva á su tienda. Bien considerado, el saqueo de las caravanas no es resultado exclusivo de propension de los beduinos al robo, sino de la creencia en que ellos están de ser hostilidades permitidas contra los que van á sacar riquezas de sus tierras, pues un Sheikh nómada se considera dueño absoluto del territorio que ocupa; así es que los turcos, que envian regularmente

caravanas á la Meca, se han sometido á pagar cierta suma á las tribus acampadas en los territorios cercanos, como en reconocimiento de su señorío.

Los beduinos que viven en tiendas en el desierto, jamás han sido sometidos por ningun conquistador. Algunos más aficionados á mayor regalo y envidiosos de la vida sedentaria, que han acampado en territorios fértiles ó cerca de poblaciones, están en algun modo bajo la dependencia de los gobernadores de éstas; pero sacuden el yugo y se libran de estas exacciones siempre que quieren, volviendo á la vida nómada. Los hay en los confines del desierto en donde conservan todavía más fuertemente el amor á la libertad y la primitiva pureza de costumbres: los hay, como hemos visto, en la Mesopotamia y en la Asiria, mezclados con árabes agricultores á causa de la tentacion que les ofrece la fertilidad del país; pero estos labradores son en mucho menor número: los hay en la Siria, en los territorios de Damasco y Alepo, así como en la Arabia Petrea y en la Palestina. En esta última comarca parecen ser los peores, segun los pintan los misioneros, tal vez por el odio que tienen á los monjes.

Estos árabes, como todas las razas semi-salvajes y guerreras, son muy susceptibles de afectarse con la música y la poesía, y al oir de los labios de sus poetas, sin educacion alguna, pero verdaderamente formados segun la opinion del latino, los versos en que celebran las hazañas de un jefe ó sus amores, se excitan de una manera incomprensible para los europeos de educacion refinada, y quien pueda formarse una idea del efecto de las poesías homéricas en las edades heróicas, y aun en los tiempos en que admiró Terpandro con su lira, comprenderá el mágico efecto de ciertos cantares marciales ó de los versos eróticos entre los beduinos, que parecen nacidos con el don de la improvisacion.

Despues de los beduinos, debemos hablar de los turcomanes, una de las tribus más notables entre las nómadas, ó mejor dicho, los nómadas por excelencia entre todas las variedades indígenas del continente asiático; pues aunque hay estas *hordas* de bagabundos en África, y especialmente en su territorio del norte, y en la América del Norte y del Sur, solo en Ásia está llevada á su mayor extension esta existencia volante, y solo en ella se ven grandes y numerosas tribus pastorales.

La Turcomania, nombre que se confunde con la admiracion ó pasion por los turcos, su gobierno, costumbres, etc., de lo cual quiera el cielo librarnos, era la denominacion que en otros tiempos se daba á la Armenia turca y hoy á la poblacion nómada diseminada en la Tartaria independiente, la Persia y la Turquía asiática, puesto que fijar sus límites en el mapa seria imposible, á causa de que no los tiene. Sin embargo, aunque caminando del norte al oriente de las fronteras de Persia, se hallarian á cada paso turcomanes y se oiria hablar de sus latrocinios, el

lugar habitual que recorren es la costa oriental del mar Caspio en su inmenso desierto hasta el rio Amon.

El orígen de esta raza, tan odiada por los turcos, es incierto; pero es notable la semejanza de su color con el del indio americano, y la blancura de los niños recien nacidos semejante á la de los persas, y el color trigüeño de las jóvenes, lo que demuestra cuánto influye en la piel la constante exposicion á las inclemencias y variaciones atmosféricas. La organizacion política de los turcomanes es patriarcal. Como errantes, están obligados á vivir en pequeñas aglomeraciones, que llaman *saetas*, tal vez por la celeridad con que se mueven de un punto á otro. Cada una de estas tribus ó saetas obedece á un jefe, semejante al *sheikh* de las tribus árabes, con los que tienen más de un punto de contacto, así como se parecen en mucho á los kabilas de Marruecos y de las provincias de la Argelia. Sus trajes, á usanza de las naciones orientales, son ricos y pintorescos, de donde les ha venido el ser llamados salvajes *vestidos de seda* en lugar de pieles. En efecto, si bien las galas varían y el vestido es segun el rango de cada uno, la verdadera moda turcomana es una túnica de seda y algodon, que desciende hasta la rodilla, y que aunque abierta por delante, está hecha para abotonarse hasta el cuello. Un cinto de vivos colores da animacion al traje; bajo la faldilla se ven calzones de la misma tela, y unos envoltorios de paño hacen el papel de botas ó polainas, concluyendo el atavío con babuchas al estilo persiano.

Como la túnica es de tela fina y hecha con seda de varios y vivos colores, rojo, azul, púrpura y verde, ofrece un aspecto muy pintoresco, á lo que ayuda el adorno de la cabeza que es un cucurucho de piel de Astracan, negra, gris ó encarnada, con el pico truncado y vuelto como monterilla de soldado ó gorra de cuartel. La pobretería turcomana lleva solo una camisa de lana, corta y tosca, y calzones del mismo pelaje, mientras otros, en vez de la camisa, llevan una como bata hecha de pelo de camello. El traje de las mujeres es aun más pintoresco y vistoso, y especialmente el adorno de sus cabezas, pues llevan un gran capirote con una chapa como la de los morriones de los militares. Sobre este cucurucho echan un pañuelo de seda de muchos colorines que cubre el pico y cae por los lados á guisa de velo. El frente del capirote está cubierto de adornos de oro y plata de varias hechuras, de monedas y collares con campanillas de plata y botones y cadenillas pendientes de ellos, de suerte que el turumbaco mirado en conjunto parece el frontal ó frontil que en algunas partes llevan los bueyes uncidos á la carreta. Tan alto es el capirucho, que tienen que hacerlo de madera ligera y cubrirlo despues con tela, dándole así consistencia. El velo que le echan encima les cubre hasta la boca y aun desciende hasta el pecho. Los zarcillos no pueden faltar. El cabello, que de ordinario le tienen largo,

está dividido en cuatro trenzas, dos que caen en los hombros y dos en las espaldas, con profusion de dijes, agatas, cornerinas, turquesas y otras piedras, segun los medios de cada una. El resto consiste en la inevitable camisa, ó bata suelta, que las cubre de arriba abajo, abierta en el pecho y cerrada con botones en la garganta, hecha de seda ó algodon, pero de colores vivos, en listas, dibujos ó cuadros. Bajo esta llevan el *zere-jamech* ó pantalones, asimismo de seda ó algodon, y en los piés las babuchas persianas.

Las tiendas en que viven las puede llevar un camello, bien que en algunas partes en que el suelo es fértil, suelen ser de carácter más permanente, aunque esta es la excepcion. Tales campamentos vienen á ser entonces el cuartel general en donde guardan sus mujeres, mientras los hombres se ausentan á expediciones vandálicas. Sus rebaños, que contienen variedad de animales, especialmente camellos de los que poseen tres especies, les acompañan por lo comun. Usan del camello, del dromedario y de la mula, producto del cruzamiento de estas dos especies de cuadrúpedos. El dromedario tiene contornos más afinados y es más ligero, pero no tan poderoso como el camello, y como no puede llevar mucha carga, lo estiman poco. El camello-mulo es más fuerte que sus padres, más dócil y de una resistencia extraordinaria, así como lo es su corpulencia. Es huesoso y grueso de piernas y peludo en las ancas, pechos y cuello y aun en la cabeza, lo cual le da un extraño y fantástico aspecto. Pero la joya de estos nómadas, como la del beduino, es el caballo, del cual poseen una de las razas más celebradas en el Ásia oriental, sobre todo por infatigables y ligeros, pues en cuanto á la apariencia son bastante feos, y así los prefieren estos bandoleros, quienes acostumbrándolos al regalo y al buen pienso, pudieran modificarlos, rivalizando en belleza con el caballo árabe; pero como no van á bodas en sus excursiones, sino á pasar muchos peligros y sufrir muchos trabajos, se curan poco de su aspecto, con tal de que sean carne de hierro. Antes de emprender una expedicion lejana, los ejercitan, haciéndolos correr muchas millas, dándoles á comer solo cebada en cantidad muy corta, y usando de otras prevenciones para enjugarles la carne y hacer que pierdan todo el sebo ó gordura, despues de lo cual quedan más ligeros que el viento y hechos carne de perro, siendo tan prodigioso el número de millas que pueden andar fácilmente sin descanso, que apenas pareceria creible si tantos escritores no lo atestiguaran. Estos guerreros, que como los beduinos, acostumbran á esconderse en la batalla entre el cuello y la cola del caballo, enseñan á sus corceles á pelear con sus herraduras, ayudando así al ginete en las batallas. A más de esto los enseñan á coger con los dientes cualquier objeto que el ginete les indica, inclusos hombres y animales, cosa que les es muy útil en sus latrocinios.

Cuando en ellos no se emplean, se dan los turcomanes á la caza, que ejercitan de un modo peculiar tambien á los persas. Se sirven de una especie de halcon, que llaman *goorkh*, y está enseñado no solo á hacer presa de perdices, abutardas y otras aves, sino de la cabra oriental y del asno montés que se encuentran en abundancia en sus llanuras. Parecerá increible que un ave del tamaño del halcon pueda hacer presa de cuadrúpedos; mas es muy sencillo con el procedimiento ingenioso que ponen en uso. Enseñan al halcon á volar hácia el cuadrúpedo y á clavarle las uñas en la frente, hecho lo cual, comienza á aletear no tanto por conservarse en su posicion cuanto por batirle los ojos y quitarle la vista, de suerte que el animal, fatigado con aquel abaniqueo y no sabiendo por dónde ir, cae pronto en manos de los cazadores.

El asno silvestre que así cazan es el tipo del caballo *hemionus* del Tibet ó region del Ásia central. Los árabes lo cogen cuando jóven, pues es imposible cuando crece. Tambien los beduidos cazan con halcon y estiman mucho esta ave bandolera y de instintos análogos á los suyos. Hay halcon que es una mina, pues trae diariamente á su dueño media docena de abutardas, que es un ave allí de muy regular tamaño y de carne muy apreciada. Los mejores halcones se encuentran en las orillas del golfo pérsico, y los Yezidis, de quienes hemos hablado, conservan cuidadosamente sus nidos como propiedad, y venden las crias á beduinos y turcomanes por altos precios, siendo los nidos de más ó menos reputacion como las razas de los caballos. El nido más noble es el *shakeen*, y su cria ha sido tema de las poesías de los persas, porque siendo de menor tamaño, es el más atrevido, ataca á su presa en el aire y se lanza contra las águilas más poderosas.

Esta caza y la del jabalí, solo les ocupa cuando no tienen que pelear ó desbalijar, que sucede pocas veces, pues si los rebaños les dan para satisfacer sus necesidades primeras, los turcomanes necesitan del robo para satisfacer su deseo de tener excelentes caballos, ricos trajes y buenas armas. Usan, entre éstas, de la lanza, el alfange, la flecha, el mosquete ó fusil y la pistola; mas principalmente del alfange y de la lanza. Su campo favorito de devastacion es la parte norte de la Persia, y con preferencia la provincia de Korassan, en donde hallan gran número de poblaciones llenas de pacíficos habitantes y mercaderes que trafican y pasan desde Teheran á Bokara, Herat y otras ciudades del Oriente. No pocas veces han osado penetrar hasta el interior de la Persia, en un tiempo poderosa, pero hoy obligada á sufrir con paciencia irrupciones de estas razas nómadas, en las que vé un inminente peligro y tal vez su próxima destruccion. Aunque estos foragidos son cobardes, los persas tienen cuidado de construir en las ciudades y pueblos, y aun en las haciendas de cada labrador, una fortaleza en que se guarecen y desde

la cual pueden hacer daño impunemente con sus mosquetes. Los turcomanes no conocen máquinas de sitiar, ni tienen tiempo para poner cercos, aunque alguna vez se aventuran, si saben que son tres para uno y que les espera un gran botin de ganados y de prisioneros, á los cuales despues de maltratarlos los llevan á cambiarlos por camellos, armas ó telas de seda en Khiva ó en Bokara.

Tal es lo que nos parece digno de mencion al tratar de las razas y gentes que componen el imperio turco, teniendo en cuenta que no podemos extendernos á tratar de todas, porque hay otras naciones que nos reclaman su correspondiente parte de atencion y espacio.

III.

EL HAREM.

Para hacer una descripcion de la voluptuosa morada de las bellas del Oriente, tienen que prestarnos su pluma las curiosas viajeras que, gracias á su sexo, han podido fácilmente penetrar en estas mansiones llenas de lujo y magnificencia asiática, al menos en aquellas partes donde con escrupulosidad religiosa se conservan en toda su pureza las antiguas costumbres, ó en las familias de aquellas que aunque viven en grandes ciudades tienen apego á estas tradiciones y ceremoniales. No de otra suerte pudiéramos amenizar la lectura con una breve reseña de este santuario de la poesía y la belleza, donde bajo pena de muerte está prohibida la entrada á los hombres. Preciso es no confundir la palabra *Harem* con la de *Serrallo,* como generalmente acontece, pues el harem, que pudiéramos traducir reservado ó *prohibido,* es el nombre que dan los árabes y turcos á los aposentos destinados exclusivamente á las mujeres, aun en las tiendas del nómada en el desierto, en las cuales ya hay una division formal ó especie de apéndice que sirve de harem, ya destinan un rincon del espacio para que en él estén separadas las mujeres; mientras que el nombre de serrallo se da indistintamente á los palacios, haya ó no mujeres en ellos, y por él se conoce lo que diríamos nosotros el palacio del Sultan y los turcos llaman *Serai Bournou.* Además, la palabra harem no solo sirve para designar la morada de la esposa, sino las mujeres mismas, en lo que se



Drawn by T. Uwins, R.A. Engraved by H. Egleton.

Georgia — La Bella Mercancia

la cual pueden hacer daño impunemente con sus mosquetes. Los turcomanes no conocen máquinas de sitiar, ni tienen tiempo para poner cercos, aunque alguna vez se aventuran, si saben que son diez para uno y que les espera un gran botin de ganados y de prisioneros, á los cuales despues de maltratarlos los llevan á cambiarlos por camellos, armas ó telas de seda en Khiva ó en Bokhara.

Tal es lo que nos parece digno de mencion [illegible] razas y gentes que componen el imperio turco, teniendo en cuenta que no podemos extendernos á tratar de todas, porque hay otras naciones [illegible] su correspondiente parte de atencion y espacio.



Para hacer una descripcion [illegible] de las bellas del Oriente, tienen que prestarnos su [illegible] gracias á su sexo, han podido fácilmente penetrar [illegible] lujo y magnificencia asiática, al menos en aquellas [illegible] religiosa se conservan en toda su pureza las [illegible] de aquellas que aunque viven en grandes ciudades [illegible] y ceremoniales. No de otra suerte pudiéramos [illegible] de este santuario de la poesía y la belleza [illegible] prohibida la entrada á los hombres. Preciso es [illegible] la de *Serrallo*, como generalmente [illegible] traducir reservado ó *prohibido*, es el nombre [illegible] á los aposentos destinados exclusivamente á las [illegible] en el desierto, en las cuales ya hay [illegible] que sirve de harem, ya destinan un [illegible] separadas las mujeres; mientras que el [illegible] á los palacios, haya ó no mujeres en ellos [illegible] nosotros el palacio del Sultan y los turcos [illegible] la palabra harem no solo sirve para designar la [illegible] las mujeres mismas, en lo que se



Drawn by T. Uwins, R.A. Engraved by H. Egleton.

Georgia _ La Bella Mercancia.

muestra la excesiva susceptibilidad de los musulmanes, retratada tambien en la arquitectura que en ellos emplean, pues no se halla un pórtico ni hueco que permita al curioso lanzar una mirada en el interior. Aun aquellos más ávidos de novedades, que han hecho construcciones un tanto á la europea, han conservado las celosías, ó bien fabricado el harem segun el modelo tradicional. Generalmente la entrada es angulosa, y tiene dos puertas entre las cuales hay un vigilante noche y dia, y si el edificio recibe luz de la calle, las ventanas son tan altas y tan llenas de enrejados que nada se puede ver del interior.

La escalera que conduce al harem está de ordinario en el fondo de un gran patio, y la puerta tiene además un tapiz ó colgadura ante la cual pasea sin cesar un eunuco, como indicando con la accion y la mirada que es preciso apartar la vista de aquel lugar recóndito y misterioso. Asimismo en los vestíbulos que preceden á las cámaras donde se hallan las mujeres, hay una doble guardia de eunucos y criadas, dispuestas á dar el grito de alarma si algun temerario osara penetrar en aquel retiro.

El pueblo no tiene apartamentos especiales para guardar sus mujeres como los grandes señores, ni tampoco tienen los pobres muchas mujeres que guardar, pues las gollerías solo son propias de los favorecidos por la fortuna, en Turquía como en todas partes. El pobre turco se contenta con una mujer, y gracias; bien es verdad, que aun para esta, si no tiene un salon, ó por lo menos un cuarto oscuro que le sirva de harem, ha de colgar de su choza aunque sea una servilleta para sustraer á su *mara* de las miradas indiscretas: tal es la raiz que los celos tienen entre los musulmanes, y á este tenor va el respeto que todos tienen á la mujer del prójimo, de la cual apartan los ojos en vez de perseguirla como hacen los civilizados. Cuando un árabe va á una casa en donde hay mujeres, lo primero que hace es comenzar á dar voces desde la calle, y no entra sino con mucha lentitud y haciendo ruido para que se quiten de en medio. Si nadie le responde, queda sobre el umbral diciendo unas palabras del Koran: costumbre que tomada de los orientales, todavía se observa entre los españoles, los cuales cuando van penetrando por una habitacion gritan: *Ave María.*

Entre los ricos y los pobres, cuando un médico ú aguador, únicos individuos que algunas veces penetran en el harem, invaden aquel recinto, el eunuco ó el marido les precede, como ya se ha dicho, advirtiendo á las mujeres que se oculten, al modo que hacen en nuestros conventos, que van tocando en igual caso una campanilla, para que las monjas se escondan en sus celdas. Si algunas son sorprendidas, antes de taparse el rostro, le vuelven contra la pared y quedan sin movimiento hasta que se hallan fuera del alcance de las miradas.

Dicho se está que en estos lugares acumulan los turcos y árabes cuantas riquezas de adornos y de comodidades les es posible, así como los sultanes cuantas variedades pueden de esclavas de Grecia, Georgia, Circasia, Nubia y Abisinia, pues ninguna mujer, si no es esclava, puede entrar en el número de *Odah-lic*. El número depende solo de la voluntad del sultan; pero siempre es muy considerable, porque tanto su familia como sus vasallos de distincion le están á cada paso obsequiando con dádivas de esta naturaleza, y donde quiera que hay una esclava de extraordinaria hermosura todos la destinan para presente ó regalo al gran señor. No obstante, los pachás y demas turcos de distincion han renunciado á tener muchas mujeres, por los grandes dispendios que los celos y envidias les ocasionan; pues cada una ha de tener su aposento separado, sus baños, sus eunucos y esclavas que la sirvan y que no han de obedecer sino á ella, y su principal ambicion no es tanto alcanzar la preferencia del marido, cuanto poseer tantas joyas y trajes y chales como la más pintada de entre sus rivales. Así es que solo se casan con una, y tienen esclavas concubinas, un poco más moderadas en sus pretensiones y sumisas á la sultana. No así el sultan, que escoge siete mujeres con el título de *cadinas*, aunque el profeta no le permite más que cuatro; pero allá van leyes, dice el refran.

Para hacer una visita á uno de los principales harems de Constantinopla, se necesita de un dragoman femenino, á causa de que las lenguas europeas rara vez se estudian en tales lugares. La *setti*, ó señora de la casa, hace á las damas que la visitan los mismos honores acostumbrados en Europa, con la excepcion de no sentarse en el sofá con ellas, sino en un colchon cubierto de rica tela bordada, pues nada es capaz de quitar á una mujer turca la costumbre de encojer los piés y sentarse sobre ellos. Inmediatamente que se entra por la puerta del harem, cierto número de esclavas enseñan el camino hácia donde se halla la *setti*, y acuden á tener por los brazos y ayudar á andar á cada una de las recien venidas. Al fin de la escalera recibe á los extraños algun pariente cercano de la sultana, y los acompaña hasta la puerta de su morada, donde ella estará ya de pié, si es que gusta recibir á los huéspedes, que sí gusta de ordinario, pues la monotonía con que pasa la vida no le permite otra cosa. Muchas veces el marido mismo viene á hacer los honores de su casa, si conoce el francés como suelen conocerlo muchos de los pachás. La sultana saluda tocando con su mano derecha sus labios y frente, y sin detenerse se acerca al divan y les ofrece asiento. Despues continúan las salutaciones, entre las que son usadas las frases de: «Bien venida: ¿cómo está su ánimo?» Sin faltar á cada momento el «Dios es grande y misericordioso,» en el sentido en que los ingleses dicen: «Dios me bendiga,» y nosotros el «válgate Dios,» entremezcladas con interrogaciones sobre su estado, condicion y asuntos domésticos. Tras esto vienen las

pipas, no sin haber antes procurado que las huéspedas se quiten sus sombreros y adornos, para examinarlos y reirse de los disfraces y ridiculeces de la moda francesa. Las consabidas pipas miden la friolera de seis á ocho piés, y aunque la ceremonia de encenderlas y aplicarlas á la boca es capaz de promover la risa, es preciso mantener la circunspeccion á toda costa, pues la risa es la mayor ofensa que puede cometerse contra la buena educacion en concepto de los turcos. Despues traen el café en pequeñas tazas con bordes de oro, y á veces adornados de brillantes. Las esclavas permanecen entretanto formadas en fila en un extremo del salon, en actitud humilde y observando los movimientos á fin de ir á tomar las tazas cuando estén vacías. Su traje es lindo, suelto y flotante, con calzones anchos que caen sobre sus lindos piés calzados con chinelas; pero sus rostros están notablemente desfigurados con la pintura de varios colores, por ejemplo, de blanco y rojo en sus mejillas, de negro en sus cejas y párpados, y de amarillo en sus uñas. Pero esto no es nada en comparacion con las invenciones diabólicas de las mujeres árabes, cuyo empeño parece el de afear con ridículos artificios la belleza de que han sido tan liberalmente dotadas. Así como en el traje de una sultana hay gracia y majestad, que no perjudican ese prurito de los orientales por lucir piedras y metales preciosos, en el aderezo de la mujer de un seikh, acostumbrada á vagar con la tribu en las riberas del Tigris y el Eufrates, donde la naturaleza se presenta en su austera y primitiva belleza, hay más arte y composicion más caprichosa que en el de una cortesana vieja. Es más, en el harem de un turco, la señora de la casa deja para las esclavas las perlas, collares, brazaletes, cintillos, manillas y ajorcas, y pone su principal atencion en vestir de rica seda y con hechura un tanto á la europea, dejándose una cola enorme en que se enredan y embarazan sus piés no usados al ejercicio; mientras que en el harem de un jefe árabe, la señora, que solo viste una sutil y estrecha camisa, oculta la cortedad del traje con mil pinturas y aderezos. El viajero Layard, á quien se debe la resurreccion de la antigua Ásia, nos ha dado una descripcion de la tienda y harem de Sofuk, temido jefe de tribu, á quien llamaban el *rey del Desierto*, y en ella es notable la pintura que hace de su pintada mujer, una de las más hermosas de la Mesopotamia. Es de advertir, que cuando este viajero le visitó, estaba en el ocaso de su grandeza, y el gran Sofuk, que habia sido el terror de las pachalías de Mosul y de Bagdad, vivia enteramente como un beduino, y aun llegó el caso de tener que vender parte del aderezo de su mujer, la bella Amsha, para sustentar su córte; pero todavía quedaba gran porcion de dijes á esta favorita, celebrada en los cantos por su nobleza y hermosura, segun verá el lector por la descripcion siguiente.

Vestia una ligera camisa que dejaba ver su esbelto talle y bien trazadas formas.

Era alta, blanca, de facciones regulares y ojos negros, grandes y brillantes. Todos los recursos se habian apurado para embellecer la obra de la naturaleza, ó mejor dicho, para estropearla. Figúrense nuestros lectores una hermosa con los labios teñidos de azul turquí, las cejas prolongadas con masa de añil hasta unirse con la nariz, las mejillas y frente salpicadas de lunares postizos, hechos con corcho carbonizado y las piernas y los pechos pintados de infinidad de flores y adornos fantásticos, que á guisa de festones se dilataban como una malla ó red por todo el cuerpo. Agréguense á esto dos enormes zarcillos de oro que llegaban á la cintura, terminando en una plancha del mismo metal, cincelada y adornada con cuatro turquesas; numerosas y pesadas hileras de sartas y collares con cilindros asirios, fragmentos de coral, agata y otras piedras de colores colgando de su garganta; pulseras y gargantillas en sus muñecas y tobillos, y para remate, pendiente de la nariz, un anillo lleno de joyas, tan grande que le cubria la boca y tenia que desviárselo para comer, formando todo esto un repiqueteo cuando andaba ó se movia, como los estandartes que llevan nuestras hermandades en las procesiones. Hé aquí una víctima, un mártir de la riqueza oriental, una mujer convertida en guacamayo. Sin duda esto es la perfeccion para los árabes, que ya que no pueden pintar ni esculpir ídolos, se entregan en revancha á pintar cuerpos vivos; pero con perdon del gusto del señor Sofuk, creemos que la señora Amsha, reina del Desierto, pareceria mejor con el coral de los labios, la boca desembarazada, las cejas divididas, y el cuerpo bien enjabonado y libre de esos caprichos pictóricos que la harian parecer un jarro de porcelana florentina. Finalmente, amen de la sutil camisa, solia ponerse en las grandes recepciones un manto listado y lleno de colorines y una toca negra sujeta con una trenza hecha de pelo de camello.

Ya que hemos pintado á la sultana, y como ellas visten y se pintan las mujeres de los árabes distinguidos de aquella comarca, describirémos su harem en las llanuras del desierto. La tienda la forma una inmensa sábana de cañamazo sujeta por doce á catorce palos gruesos no muy desemejante al pabellon que se vé en los elíseos campos de Madrid, con la diferencia de estar completamente abierta por un lado. Entre los árabes de baja ralea tienen en un extremo una division hecha para recibir los huéspedes, por no haber en ellas harem; pero en las de los grandes señores, en que las mujeres tienen su departamento reservado, no existe division para los huéspedes. Generalmente se sitúa el harem en el centro, y junto á los palos que forman como el eje, se amontonan los sacos de arroz, café, cebada, trigo y demas provisiones para sustentar á la familia y séquito, igualmente que á los animales que en gran número llevan consigo, y estos sacos, así colocados, sirven á las señoras trashumantes de alfombras y divanes, y sobre ellos se sientan



Drawn by J. Brown.

Engraved by W. H. Egleton.

Arabia _ La Partida.

para inspeccionar y dirigir las haciendas de sus numerosas doncellas esclavas, que se ocupan en moler trigo, cocer pan sobre planchas de hierro calentadas al fuego á falta de horno, ó ya en mover zurrones llenos de leche entre tres estacas para hacer manteca; por supuesto que como la lona ó lienzo no tiene respiradero, ni chimeneas las hornillas, siempre está el espacio cubierto de humo, respirando las damas un ambiente nada agradable ni salutífero. Es privilegio de la mujer principal el preparar en su tienda las comidas para los huéspedes del jefe, costumbre que es tambien privilegio en la civilizada Inglaterra, enemiga de todo lo que viene de fuera por juzgarlo ofensivo á los fueros de la domesticidad y á su autoridad y ciencia de gobierno. En efecto, una mujer inglesa se honra con haber dirigido y confeccionado los manjares que han de comer los huéspedes de su marido, y la mejor recomendacion de todo artículo, aun en los establecimientos públicos, es la frase: *Hecho en casa;* virtud que no comprenden otras naciones en donde gusta todo lo que viene de la calle, quizás por no parecerse á los beduinos. Antiguamente era una deshonra no tener fuego en nuestras casas; pero hoy nos vamos pareciendo á aquel rico herrero que labró una casa sin fogon, por no tener á la vista este testigo de su oficio.

Pero volvamos á las *settis* nómadas, verdaderas señoras de su tienda y á quienes no distraen las vecinas de la calle. Es tal la idea de su autoridad, que nada han de tocar las manos de sus doncellas si antes no pasa por las suyas, y para robustecerla suelen emplear sartas de improperios y gran riqueza de epítetos insultantes, tales que escandalizarian al hombre más depravado entre nosotros. Pero entiéndase que esto solo sucede entre los árabes. Las mujeres de los turcos tratan en su harem á las esclavas con grande amor y dulzura, y esas historias de alfilerazos y atenaceamientos con que nos pintan á la esclava sufriendo con paciencia el mal humor de su señora resentida de las preferencias de su señor, son fábulas. Llega á tal punto el extremo opuesto, que ni aun odio tienen á los hijos de las concubinas, cosa que entre los civilizados, donde la madrastra generalmente aborrece á los hijos de una esposa legítima, debe parecer extraordinaria. Entre los árabes, el marido que sospecha de la fidelidad de su mujer y obtiene suficientes pruebas de su crímen, puede matarla, como lo permitian entre nosotros las antiguas leyes, y como lo hacen los turcos, aunque sea como Otelo por la prueba insegura de un pañuelo. Sin embargo, mucha diferencia existe entre la nocion de honor de algunos pueblos civilizados y la que tienen los árabes, y la ventaja parece estar de parte de éstos. Baste la breve comparacion siguiente: pueblos hay que blasonan mucho de civilizados, y en los cuales el marido que se juzga agraviado no usa del puñal ni del veneno, ciertamente; pero acude á los tribunales y se satisface con una indem-

nizacion, sin pensar que nadie puede indemnizarle de lo que ha perdido con una exposicion pública de su agravio, segun una teoría estricta y rigorosa de la palabra honor. El turco no pide justicia, sino se la toma, y se cree tanto más lavado de toda mancha cuanto más cruel y ruidoso es el castigo. Tan propio es de su nocion acerca de la mujer y de su recato abandonarse á los impulsos de una atroz venganza, que hemos visto á principios de este año correr por la prensa de toda Europa y de América la historia de un marido engañado que imitó en pleno siglo XIX á aquellos implacables verdugos que se deleitaron en poner las cabezas de los culpables en los banquetes á que convidaban á sus mujeres antes de matarlas. La anécdota, repetimos, fué acogida por todos los periódicos sin repugnancia, aunque el mismo inventor, corresponsal de un periódico desde Constantinopla, asustado de su obra, creyó en conciencia deber rectificarla: tal es la idea que se tiene de la severidad de los turcos en estas materias. Pero el resultado es, que su conciencia queda satisfecha tomando la justicia por su mano, aunque supiesen que el orbe entero habia de conocer el agravio y el castigo. No así entre los árabes, y muy principalmente entre los nómadas, los cuales prefieren el secreto, á trueque de no parecer deshonrados á los ojos de su tribu.

Pero volvamos á nuestras odaliscas.

El harem del Sultan comprende una gran parte del palacio, en razon á que cada una de las siete cadinas ó *khatinas*, sus mujeres, ha de tener habitacion separada con su jardin correspondiente, y acomodo para sus esclavas ú odaliscas, y además para las mil ó más concubinas que en él encierra; y para este número, y aun más, hay espacio en el serrallo cuyos muros forman una anchísima cintura. No obstante este modo de vivir en prision, donde parece que las rivalidades y los celos han de hacer insufrible la vida á las mujeres, la suerte de éstas es preferible á la de los hombres en la familia imperial. Sufren dependencia y esclavitud; pero esclavitud suntuosa, voluptuosa, cuyas cadenas no tienen otro objeto que formar en torno de la belleza un mundo de placeres, un teatro de goces dignos de ella. La vida de una mujer en el serrallo es la realizacion de cuanto puede imaginar la mente más poética en materia de sensasiones; es el paraíso de los sentidos, siquiera sea la degradacion del alma, y rara vez se ha visto que alguna quiera romper estos dorados hierros, puesto que si grande y temible es el castigo que les vendria, este temor no influye tanto para resignarlas como la tranquilidad y el bienestar que de contínuo gozan en sus fantásticas mansiones y jardines.

Las mujeres orientales no guardan esa reclusion contínua que se cree y aun se exajera por muchos viajeros. Aun las del harem imperial, si han llegado á cierta edad en que no es necesaria la guarda escrupulosa del eunuco, léjos de estos argos

y en libertad absoluta, se retiran muchas á vivir en apacibles y deleitosas quintas, donde son dueñas absolutas de su voluntad. Las otras hacen frecuentes visitas á sus amigas, aunque no salen sin el *bourgo* que les tapa el rostro y no les deja descubrir más que los ojos. Este velo no se lo pueden quitar sino en sus casas ó en las de las amigas donde hay seguridad de que ningun hombre las vé. A favor de este traje, comun á todas las *settis*, pueden dirigir sus saetas sobre el sexo libre, que responde volviendo púdicamente los ojos, por miedo de dar muestra ó señal alguna que indique codicia de mujer agena. A un europeo no puede menos de causar admiracion la libertad que las mujeres turcas tienen con los francos ó extranjeros, cosa que no hace arrugar el entrecejo á Mustafá, quien está satisfecho con que esté tapada. En los mercados y en las plazas es muy frecuente ver á las mujeres acercarse á los hombres y examinarlos de arriba abajo con la mayor llaneza y la curiosidad más infantil, la cual llega hasta poner la mano en sus rostros si les llama la atencion alguna de sus facciones. El punto principal en el Oriente, es que una mujer no sea vista sino por su legítimo y verdadero dueño y señor, pues cualquier otra mirada se entiende que la deshonra. Así es, que cuando van á visitar á sus amigas, como podria suceder que en el entretanto entrasen sus maridos ó señores, sin aviso, y viesen descubierto el rostro de la que pertenece á otro hombre, la que visita tiene la costumbre de dejar sus chinelas á la puerta del harem, y sirven de señal de que hay una persona extraña.

Si los hombres no pueden bajo ningun pretexto tener entrada en el harem, tampoco puede la *setti* presentarse en el lugar en que acostumbra el marido á recibir y hablar á sus amigos; pero en el caso en que ellas deseen la compañía de su esposo, fuera de las horas en que los turcos visitan el harem, el eunuco ó la esclava se lo hacen saber por el medio indirecto de cojer las sandalias, que habrá dejado antes de sentarse en el divan, y presentárselas en silencio. No hay, por supuesto, eunucos sino en las casas de los grandes, por ser la clase de esclavos más costosa, en razon á que más de la tercera parte de ellos perece, y á que está introducido el uso de tratarlos con grande generosidad y magnificencia.

Los eunucos, ó *guardianes de lecho*, como su nombre significa, han servido desde tiempo inmemorial para custodiar las mujeres en los serrallos del Oriente, y desempeñar ciertas tareas ó cargos domésticos en los palacios de los soberanos ó magnates de los países del Ásia. Tan antiguos son, que ya en el libro de Job se habla de ellos, y aun se cree que la reina Semiramis fué la primera que pensó en establecer esta segura é inofensiva guardia en los palacios. En efecto, en las esculturas y lápidas que hoy se ven en el Museo británico, traidas de las ruinas de ciudades asirias, se representan eunucos los oficiales de los reyes, así en tiempo de paz como

de guerra, y colocados en las más altas dignidades, y tan inmenso era su número, que la voz eunuco se confundia con la de grandes funcionarios del estado. En dichas lápidas y esculturas los hay ya en carros ó en caballos en medio de las batallas, recibiendo los prisioneros y las cabezas de los muertos en la refriega. Tambien se empleaban como escribas y como sacerdotes, y todo indica que en las asirias ciudades córtes de los reyes, gozaron del influjo y preponderancia que siempre han tenido en el Oriente, donde hasta han llegado á alcanzar el poder soberano, como sucedió á Agha Mohammed, khan de Persia.

Estos séres ambiguos, ministros de los placeres del gran señor en Turquía, llegan á ganarse las voluntades de sus amos en fuerza de adulacion y de disposicion á la esclavitud doméstica. Desprovistos de grandes pasiones, fomentan las pequeñas; faltos de energía y de carácter, necesitan la proteccion del poderoso, que éste les concede de buen grado, no teniendo celos de un sér á quien considera inferior, *semivir*, como los llamaban los romanos. Por más que á nosotros nos parezca esta condicion horrible y repugnante, la poligamia la hace indispensable en el Oriente. El turco reposa tranquilo en el ministerio de este guardian inofensivo de su tesoro, azote del vicio y columna de la fidelidad; de este rey esclavo, porque en la constitucion del harem, el eunuco es el poder ejecutivo que lleva á rigorosa y constante práctica las leyes del serrallo; pero al mismo tiempo, como siervo humilde, ha de obedecer y sufrir ciegamente hasta el último de los caprichos de las mujeres. El refinamiento oriental parece que ha tratado de acrecer el encanto de los sentidos por contraposicion, poniendo al lado de las más delicadas formas y más seductores rostros estos humanos vestiglos, quienes la menor imperfeccion que tienen es la de ser eunucos. Pero no es menor la contraposicion de los ánimos y de las pasiones entre las odaliscas y sus carceleros, de resultas de ese flujo y reflujo de sumision y de imperio. Montesquieu ha pintado admirablemente la vida del serrallo, los celos que devoran al marido sin amor á sus mujeres, las venganzas é intrigas con que recíprocamente satisfacen sus resentimientos los eunucos y las favoritas, que solo existen en tanto que saben obedecer. No obstante, hay quien considera la vida de las mujeres turcas envidiable, porque el lujo y el esplendor son capaces de contentar la mayor de las ambiciones del bello sexo.

Bajo este punto de vista no hay duda que la condicion de la mujer es más ventajosa, y el ideal de los orientales más poético. Al menos no habrá un Balzac turco que diga que son *ménageres* en lugar de mujeres. Por el contrario, el harem con sus baños, jardines, divanes, alfombras y perfumes es la mansion propia de la belleza; la mujer está en su puesto, indolente, voluptuosa, no pensando más que en aumentar sus atractivos, en acrecentar sus seducciones, en pasar de un placer á

otro, en vivir muellemente entre flores, perlas y brocados, sin que el sol hiera y lastime la blandura de sus carnes, ni sus lindos piés se fatiguen con la hermosa carga de su cuerpo. En Oriente, el clima, las costumbres y la religion conspiran á divinizar la materia en fuerza de idolatría de la belleza física. La ciencia del bienestar se ha perfeccionado allí, como dice el *turco-filo* Jules David, y los turcos nos han dado en cambio las abstractas, para que nos demos de calabazadas mientras ellos fuman su *chibou* y condenan á muerte al eunuco blanco, que se ha atrevido á entrar en el aposento de sus esposas. La pluralidad de mujeres los salva de la tiranía del amor. Esta pasion no los turba ni enardece, sino les produce una languidez precursora de la más completa calma. ¿Es esto una ventaja ó un inconveniente? La verdad es, que si los turcos no sufren el infierno del amor, tampoco conocerán su gloria, como las mujeres no conocen el valor ni el mérito de la virtud en su castidad forzada. Ninguna de las Susanas del harem es elogiada por su recato, aunque vive como reliquia que nadie toca, y todo el precio con que á nosotros nos aparece la honestidad y la modestia es nada para el turco, que sabe que en tanto dura en cuanto duran las guardas y los cerrojos. Con todo, el sensualista musulman no alcanza á este refinamiento, y por no ser tan escrupuloso tal vez queda más satisfecho con que la virtud consista en el harem y no en las mujeres, y con tener esposas fieles por estado de sitio. La *aprension* de fidelidad debe ser un goce inestimable, aunque provenga de un sistema de coaccion. Sabido es lo que el buen celoso extremeño ideó para poseer una garantía de la virtud de Leonora: hizo más que un harem, y fué convertir su casa en un castillo, y al modo que los sultanes, no consentir que su mujer saliese sino de mañana y cuidadosamente velada; pero se le olvidó llevar delante de ella los batidores que ponen los turcos cuando salen las abejas de su colmena, gritando á todos los transeuntes que se aparten ó vuelvan el rostro. Posible es que á pesar de su sistema haya Loaisas que penetren en el santuario del placer, porque los eunucos indiferentes á los encantos de la belleza no lo son á las tentaciones de la avaricia, y un cequin ó piastra les parece tan brillante y sólido como á cualquier hijo de vecino; mas al fin la culpable es castigada y sacada la ponzoña del harem para que no contamine á las demas con su impureza, quedando el ideal y la creencia en toda su fuerza y plenitud. Más de un marido civilizado quisiera introducir esta usanza turca; pero la mujer europea, que al paso que vamos pronto tendrá asiento en los congresos y senados, tiende á proclamar la igualdad de derechos y la reciprocidad de garantías. Solo una turca, que no sabe leer ni escribir, es capaz de resignarse á la humillacion del harem.

No concluirémos sin añadir una reseña de la vida íntima de las odaliscas, ó digamos, de las *cadinas*. Las odaliscas, que nos parecen entidades poéticas del mayor

calibre, no son más que *femmes de chambre*, que nosotros, en español rancio, diríamos: *criadas de cuerpo de casa*.—«¡Es posible! dirá algun poeta dispuesto á hilvanarles un soneto: ¡con que esas ninfas, personificacion y compendio de todas nuestras doradas ilusiones y bellísimos ensueños, friegan, y barren, y... Este es el inconveniente de no saber turco ni griego: hemos estado adorando un nombre, sin hacernos cargo de la cosa.» De aquí en adelante, pues, sepan los poetas á qué atenerse, y hagan la cruz al nombre de odaliscas para no empañar el lustre de sus versos.

Hecha esta advertencia importante, y para que se dé fé á la pintura de un interior que no hemos visto, dirémos que la siguiente descripcion no es más que un comento ilustrativo de las magníficas láminas de Melling, que se refieren nada menos que al harem del serrallo del gran turco, y está hecho de manera, que perjudicaria su efecto cualquiera alteracion que en él hiciésemos. El serrallo de Constantinopla, como es sabido, está edificado á orillas del Bósforo, en donde se destacan entre extensos muros y baterías las azoteas y jardines que ocupan una parte del primer recinto.

Todos los recursos del arte y de la industria están allí prodigados para reunir en un solo punto las más variadas riquezas de la naturaleza. Allí los altos cipreses, árboles favoritos del musulman, mezclan su melancólico ramaje con el de mil árboles vistosos y agradables por sus flores y sus frutos, produciendo una espesa sombra inaccesible al calor del dia y á las brisas húmedas de aquellos mares; y allí puede pasear la sultana indolente apoyada en los brazos de sus esclavas, reposando su vista en la risueña costa del Ásia, *cortina de esmeralda* esmaltada de palacios, ó extendiéndola sobre la animada bahía, donde se mecen en argentadas olas los altos navíos del Sultan y los infinitos *caiques* ó *kayiks* que brujulen lijeros llevando pasajeros de Stambul al muelle opuesto de Top-hané.

El serrallo, se ha dicho con razon, es un mundo aparte, y como en él se puede entrar mediante un *firman* ó decreto del Sultan, pagadero segun tarifa, vamos á hacerle una visita en la época del Bairam, que es cuando está más animado y aparece en toda su grandeza y magnificencia de lujo; pues este palacio es verdaderamente el centro de las artes y civilizacion orientales, y no solo la arquitectura, sino el idioma, las formas, la etiqueta, las maneras, tienen allí el sello de un carácter particular más refinado, más persa que turco.

Las habitaciones del serrallo han sido construidas en diferentes épocas, y segun el capricho de los príncipes y sultanas, y su apariencia es como la acumulacion de muchas casas, que en algunas partes están unas sobre otras. Los apartamentos son espaciosos, cómodos y ricamente adornados, así con elegantes

muebles, como son baños, fuentes de mármol y preciosos saltaderos que colocan aun en los pisos altos, y si bien no tienen estátuas ni cuadros, en su lugar adornan los aposentos con pinturas á la usanza turca, que son flores sobre fondo azul y oro, palmeras, paisajes, caprichos muy semejantes á los remates que vemos en las páginas de los libros, y rótulos ó targetones con sentencias del Koran, como se vé en las casas particulares de Constantinopla, amen de profusion de espejos de Francia y de Venecia, tapices de Persia y vasos de Oriente. Con todo eso, el exterior del palacio no tiene nada recomendable, y á juicio de un viajero, debia ser demolido para fabricar otro con los mismos ricos materiales, aunque de forma mucho más regular y agradable.

Cualquiera puede entrar en el primer patio del serrallo, donde están los sirvientes y esclavos de los *pachás* y de los *agas* esperando á sus amos y teniendo cuenta con sus caballos; pero es admirable que con tanta muchedumbre sea tal el silencio, que se puede oir volar una mosca, y si alguno se atreviese á levantar la voz ó á mostrar la menor falta de respeto á la casa del emperador, llevaria en el acto un contingente de palos. Los caballos mismos parecen conocer el lugar en que se hallan, y andan allí más suavemente que en las calles. Este patio está guardado por cincuenta *capigis*, ó porteros, y á él se entra por la famosa *Puerta* principal del palacio, que usamos para designar el imperio ó nacion turca. Allí están las enfermerías para los empleados de la casa, que son sin número, y dícese que á los tales hospitales se van algunos buenos y sanos solo por reposar y beber vino; pues aunque este licor está prohibido á los mahometanos, es tolerado en las enfermerías, á condicion que se introduzca en ellas sin que lo vea el eunuco que está de centinela, pues en tal caso se vierte por tierra el vino, y los porteros son condenados á sufrir trescientos palos.

El segundo patio del serrallo, guardado tambien por cincuenta *capigis*, sin armas y con solo una varilla en las manos, es más elegante y está mejor cuidado, y lleno de fuentes que destacan sobre el césped que le cubre. Allí están las tesorerías y las caballerías del gran señor, y aun se enseña la fuente en que en otros tiempos se decapitaba á los pachás. Tambien están allí las nueve oficinas culinarias, la primera destinada al Sultan, la segunda para la primera sultana, la tercera para las cadinas ó sultanas subalternas ó supernumerarias, la cuarta para el *Capi-Aga*, ó comandante de las puertas, la quinta, donde se prepara de comer á los ministros que asisten al Divan, la sexta para los pajes del gran señor, la séptima para los oficiales del serallo, la octava para las mujeres y odaliscas que sirven en el palacio, y la novena para todos los que están obligados á concurrir al Divan en los dias de justicia. El número de las personas que se alimentan de los pucheros del Sultan

en las nueve cocinas sin chimeneas, puede calcularse sabiendo que diferentes contratistas han de proveer diariamente con doscientos carneros, cien corderos ó cabritos, diez terneras, doscientos pollos, doscientos pares de pichones, doscientas gallinas y cincuenta gansos, verdadero *menu* de unas bodas de Camacho.

En derredor de este patio, donde solo el Sultan puede penetrar á caballo, hay una galería baja, sostenida por columnas de mármol, y en el frente, hácia la izquierda, está la sala donde se celebra el Divan ó consejo, extensa y cubierta de plomo y dorada con bastante sencillez á la morisca. Por único adorno se vé una gran alfombra sobre el estrado en que se colocan los supremos consejeros, y donde el gran visir juzga sin apelacion los negocios civiles y criminales. En ella comen los ministros y embajadores en los dias de audiencia. Los negocios políticos se tratan en el edificio del pabellon ó pórtico de las ocho ventanas, llamado la *sublime Puerta*, hoy casi inhabitado á excepcion de algunos guardas y algunas mujeres del anterior Sultan, obligadas por la etiqueta de la córte á vivir en la más rigorosa clausura.

Hasta aquí únicamente puede penetrar el forastero y un paso más podria costarle la vida. Sin embargo, nosotros que ya hemos prometido llevar al lector á lo reservado, vamos á acabar con la pintura de lo público antes de irnos al harem.

El exterior del palacio hácia el lado del puerto no tiene de notable más que el kiosko ó pabellon que mira frente de Galata, y está sostenido por doce columnas de mármol. Allí suele ir el Sultan á espaciarse curioseando la vida marinera que presenta la bahía, y como desde la altura de Galata se divisa una buena parte de los jardines del serrallo, buen cuidado han tenido de plantar un gran cordon de cipreses y otros árboles para que los indiscretos y profanos no puedan ver á las sultanas paseando en sus vergeles. Hay otro kiosko ó pabellon que mira al Bósforo, construido sobre arcadas y que tiene tres cuerpos coronados con doradas cúpulas. En los muelles que forma el serrallo hay muchos cañones sin montar, puestos al nivel del agua, y éstos son los que anuncian al turco la terminacion de su Ramadam ó cuaresma fatigosa. Dícese que los ranúnculos constituyen el principal adorno de los jardines del serrallo; pero los cipreses y los pinos es lo que más abunda en ellos, despues de los melones y los pepinos, donde se muestra el buen gusto de los señores turcos. Verdad es que familias enteras hay que no se alimentan más que de esta última hortaliza durante más de seis meses en el año, comiéndoselos crudos y sin pelar, ó mojados en leche ágria si los cortan en ruedas. Tal es el valor que les dan, que Mahomet II hizo abrir el vientre á siete pajes de su palacio, por ver en cuál de ellos estaba el gran tesoro de un pepino.

Así como los melones y los pepinos abundan en los jardines y se estiman en

mucho, así los sordo-mudos y los enanos se aprecian en el palacio. Los sordo-mudos sirven para divertir al gran señor, y para no turbar el reposo del príncipe han inventado un idioma tan inteligible á la luz como á las tinieblas por medio del tacto, lengua que aprenden los cortesanos y ponen en práctica cuando se hallan cerca del Sultan, pues seria muy feo á sus ojos el hablarse unos á otros al oido. Los enanos hacen el papel que antiguamente desempeñaban en nuestros palacios, y cuando se encuentra uno que es sordo-mudo, y por añadidura eunuco, se le admira más que al hombre más hermoso del mundo.

Ya es tiempo de volver á nuestras damas, que como espíritus puros son invisibles y no caen bajo la jurisdiccion de los sentidos. El cuidado que en esto se ponga en el serrallo del Sultan, es congeturable por el que se observa en las casas particulares de los turcos en la ocasion en que tienen que visitarlas los médicos. «Yo no sabia qué partido tomar, dice un médico francés, cuando era llamado á las casas de los grandes señores y atravesaba el departamento de sus mujeres. Estos apartamentos están hechos como las celdas de nuestras religiosas, y en cada puerta de dichas celdas me encontraba un brazo que, cubierto con gasa, asomaba por un agujero hecho expresamente para aquel objeto. En mis primeras visitas me creí que estos brazos eran de madera ó de bronce, destinados á servir como de candeleros para colocar una luz; pero quedé muy sorprendido cuando se me dijo que era preciso curar á las personas cuyos eran aquellos brazos.» Si el médico se atreviese á decir á una de estas damas que le enseñase la lengua, ó á tocarla en cualquiera parte del cuerpo, allí seria su hora. El eunuco, que está guardando el lecho, castigaria con el puñal el atentado inaudito. Ha de ser un Hipócrates consumado con aquellos hipócritas consumidos, y por la delgadez del brazo que asoma, ya por las gateras de las puertas, ya por una estrecha abertura de las cortinas del lecho, ha de congeturar y adivinar los males que el cuerpo padece, pues cubierta la muñeca, apenas puede darse cuenta de si toca las arterias ó los tendones.

Ahora bien, si es un crímen capital ver á las mujeres que guarda el harem, poca fé debemos dar á lo que se ha escrito acerca de ellos. Nuestro ya citado doctor, con todos sus privilegios, dice: «Aun cuando se encontrara el medio de penetrar en él, ¿quién querria exponerse á la muerte por una mirada indiscreta? Así, pues, si estas bellas entran por los piés del lecho, como algunos afirman, ó por los costados, no seré yo el que lo decida. No es cierto tampoco que los judíos puedan entrar en todos los aposentos del serrallo para vender alhajas á las mujeres, porque no les está permitido á éstos adelantarse hasta la sala en que se hace este comercio por los eunucos, sin que antes las hayan visitado y escudriñado estos guardianes. Cualquier hombre disfrazado en traje de mujer, seria degollado al punto

sin más averiguaciones, y aun las mujeres cristianas no tienen fácil acceso. Los eunucos son los que van y vienen, y transmiten las demandas y las ofertas de compradores y vendedores, llevan las alhajas y traen el precio de ellas, haciéndose pagar bien sus puntadas y comision, pues magüer que eunucos, son codiciosos los mancebos, y dicen que el dinero lo guardan para salvar su vida, si despues de la muerte del Sultan ocurren las revoluciones que por mucho tiempo han acompañado tales sucesos.

Una vez que no nos es posible hacer milagros, ni describir siquiera el harem de verano, la fiesta de los tulipanes, los banquetes, los baños, las danzas circasianas y las conversaciones al lado del *tandour* ó camilla, finalizarémos con una breve noticia de los pajes que en crecido número habitan y son educados en el serrallo, no solo para servir al príncipe, sino para llenar en lo futuro los más altos puestos del estado. Era costumbre en Turquía no hacer las dignidades hereditarias, ni elevar á ninguna familia que pudiese llegar á constituir un gran partido. Con este principio, léjos de dar pensiones ó cesantías á las viudas ó hijos de los visires y los pachás, se iba hasta el punto de prohibir que aquellos llegasen á subir á mayor categoría que capitanes de galeras. En ciertas épocas fué extraordinario este recelo, y el Sultan solo se servia de personas que no tenian parientes ni amigos en el serrallo, traidas de provincias lejanas, especialmente niños cristianos cogidos en la guerra, y de ellos escogian los de mejor apariencia y los que revelaban tener más sutil entendimiento y nobles pasiones. En seguida se anotaban sus nombres, edades y países, y era como un segundo nacimiento que les daba la patria en el serrallo y padre en el Sultan, y por poco génio que tuviesen sabian que debian agradar á aquellos que tomaban á su cargo su educacion, á fin de hacerse dignos de las mercedes de la córte. El emperador mismo los escogia muchas veces á medida que se le presentaban, ó bien ordenaba que pasasen revista ante los principales eunucos blancos, que son grandes fisonomistas. Estos niños son enseñados á una modestia ejemplar, y castigados severamente por los eunucos, que observan de cerca su conducta y los educan durante catorce años. En lugar de disciplina, el castigo consiste en palos en las plantas de los piés, y hay ciertas faltas cuya expiacion es tan terrible en este género de castigo, que muchos mueren en él; pues los eunucos son hombres crueles, deseosos de desahogar en malos tratamientos á los que juzgan más dichosos, la rabia que les produce su impotente estado. Estos niños están condenados á sufrir todos sus caprichos é impertinencias, y desgraciadamente no salen del serrallo hasta que ha concluido el término, si ya no es que renuncian á la carrera; pero entonces pierden su porvenir, y solo obtienen una bien escasa recompensa.



Drawn by J. Browne. Engraved by E. Scriven.

Italia — El Pirata.

ITALIA.

I.

Por fortuna, la historia de esta gran nacion, centro en otro tiempo del mundo civilizado y silla de un colosal imperio, es harto familiar para que nos detengamos en ella un solo instante. Baste saber, que no en balde aspiró y mereció el alto honor de maestra del Occidente, y que en legislacion, en poesía, en el arte dramático, en pintura, escultura, arquitectura; en música, en la guerra y en el comercio, en cuantas empresas, profesiones y ejercicios puede ocuparse la actividad humana, dió siempre muestras de ingenio, de habilidad y disposicion extraordinarias. Ni posible fuera, aunque lo deseáramos, dar una somera idea de los grandes y poéticos recuerdos que se asocian al nombre de Italia, ni enumerar los héroes y génios de gran talla que en todos tiempos ha producido, ni los monumentos que posee, ni sus espléndidas ciudades, ni menos las bellas regiones que la forman, y la variedad de productos que se engendran en su agradable clima y bajo su hermoso cielo.

Tampoco irémos á Italia con el catálogo del anticuario á vivir entre ruinas de templos gentiles y ciudades paganas, buscando las huellas de vias, acueductos,

anfiteatros, columnas y arcos triunfales, ó monedas del alto ó del bajo imperio; ni como artistas á recrearnos solo en los museos de Roma, Nápoles y Florencia, en los frescos del Vaticano, y demas maravillas de sus monumentos; ni como eruditos y curiosos á ver la tumba de Virgilio, visitar los archivos de la Crusca, la casa de Rafael, las quintas de Varron y Séneca, ó averiguar quién fué la Beatriz amada de Dante, el gran padre *della italiana favella;* ni como excursionistas ingleses á asomarnos al cráter del Vesubio ó á la boca del famoso Montgibelo, ni en fin, como naturalistas á ver si hay canillas de gigantes en las grutas de Sicilia, ni finalmente, como epicuros y gastrónomos á comer las celebradas ostras del lago Fusaro, ni á vivir en el *Vittoria* junto á la *Villa reale*, que domina la encantadora bahía de Nápoles, ó gozar del *dolce far niente*, del sabroso *maccaroni*, y del trato amable y dulce de las hermosas italianas.

Muy al contrario, sin pretensiones ni preocupaciones de ningun género, harémos nuestra excursion lisa y llanamente, procurando tomar acta de lo que sea digno de noticia, sin miramientos á si entra ó no en la órbita del repulgado clasicismo, ni á los consejos del *ciceroni* que, como de costumbre, no nos dejaria ver nada con su eterno: *non c'e niente da vedere.* Por otra parte, si un viajero debe ir bien y préviamente informado al país que visita, con mayor razon á las partes de Italia, donde cada grano de arena es un monte de históricos recuerdos. No faltan, á dicha, obras instructivas bajo el punto de vista histórico, literario y monumental. Desde la obra maestra de Miguel Angel, hasta la microscópica antigualla, todo ha sido minuciosamente examinado y descrito, sin que por esto se haya agotado la materia, porque cada dia se descubren en Italia bellezas nuevas y nuevas maravillas.

No obstante, hay personas que se desengañan al ver la gran ciudad. «Antes de ver á Roma, dice una romántica escritora, existia en mi imaginacion; ahora Roma no existe para mí.» «El paisaje de Italia, dice otro, no tiene nada de poético, á excepcion del paso de los Apeninos; la rica llanura de Lombardía fatiga á la vista, y el país, desde Sienna á Nápoles, es desagradable. El clima es lo único bueno y lo que presta encanto á todo.» Por de contado, en punto á maravillas, hay gentes á quienes la basílica de San Pedro les parece chica, fea la torre de la catedral de Florencia, á la que solo falta un estuche para guardarla, é insignificantes las puertas del baptisterio hechas segun Miguel Angel para puertas del paraíso. «¿Qué es el Corso tan celebrado de Roma? Una calle no más ancha que la del Príncipe, de Madrid,» exclama otra tourista; y á todos podríase responder con la siguiente parodia de unos versos de Lope de Vega:

«Donde hay alma, siempre sobran
Maravillas que observar.»

Así, fácil nos es juzgar de la que tendria el que, preguntado qué le habia sorprendido más en Italia, respondió que *el empedrado.*

Si de las cosas pasamos á las personas, no hallarémos mayor discrecion entre los peregrinos al país de la poesía y de las bellas artes. Italia les parece un país desierto de vivos y habitado solo por estátuas, pórticos, obeliscos y columnas. No hay término medio: los *latinófilos* parece que cierran los ojos para todo lo que no es monumental, y si los abren es para decirnos que hay mucha basura por las calles, muchos pobres y holgazanes en las puertas de los templos; que todos son frailes, sacristanes, hosteleros, *ciceronis* ó *lazzaronis*, pidiendo constantemente *buonamano* ó propina por no trabajar; y si de las ciudades van á los campos, *tutti sono briganti.* ¡Medrados estamos!

Quizás no haya nacion en el mundo más visitada que la Italia, ni de que más libros se hayan escrito, especialmente en nuestros tiempos, y á pesar de eso es la figura más *desfigurada* que entre naciones existe. El ánimo se cansa al ver tantas descripciones del *Forum*, del Panteon, del Vaticano, del golfo de Nápoles, de los museos y galerías, Tivolis y Villas Borghese, y de tanto adjetivo de grandioso, magnífico, bello, soberbio y estupendo, con otras frases hiperbólicas con que el curioso quiere hacer sentir al lector sus *impresiones;* y en vez de hablar de los vivos, salen á la escena Rómulo, Appio Claudio, Bruto, Neron y Trajano entre los antiguos, y Dante, Boccacio, Petrarca y el Tasso entre los modernos, sin acordarse más de los actuales pobladores, que si fueran los guardianes de un panteon.

Quizá con la vista de tanta belleza y el recuerdo de tanta grandeza, el narrador no distingue á los italianos modernos, de quienes, cuando se ha hablado, se ha hecho una pintura poco favorable. «El tiempo y los romanos modernos, exclama un tourista, han vengado y satisfecho á la rival Cartago. En Roma, mucho más que en parte alguna, es donde se vé lo que son la nada de las vanidades humanas. Si al pasearme por la via triunfal, pensaba en la pompa que rodeaba á los cónsules salvadores de la república, me interrumpia en las meditaciones una procesion de penitentes. Si mi memoria se entretenia con Caton, mi vista se iba tras un fraile cortejando á una jóven. Si pensaba en Mucio Scévola quemando su mano para castigarla por equivocar la víctima, veia á un soldado desplegando un paraguas para resguardarse de los rayos del sol. Donde se elevaba la tribuna de las arengas, está un bufon tal vez divirtiendo á ociosos con chocarrerías; una vieja halduda y barbuda regatea favores entre amantes en la casa de la casta Lucrecia, de quien se dijo: *mentem peccare, non corpus*, y otras Canidias como la Claudia de Salamanca, ó tia fingida, recomponen doncellas para venderlas allí donde Virginio arrancó á su hija de las garras del decemviro. El pueblo rey no ofrece más que el vergonzoso espectáculo de un pueblo

de mendigos, y la prostitucion reina hasta en las ruinas del templo de Vesta. ¡Ah! no vayais á Roma, si quereis conservar hácia ella el santo respeto que todavía inspira este nombre mágico. Si buscais romanos, escudriñad en los sepulcros; evocad las grandes sombras de los dominadores del mundo, y gozaréis de ese encanto indefinible que se asocia á los menores recuerdos de su historia.»

Por este ejemplo que hemos puesto, cuyo estilo *visant à l'effet*, revela ser obra de un galo, se puede juzgar de lo que se piensa generalmente de los italianos por los huéspedes que los visitan; mas al fin, hay cierta nobleza y fundamento en estas reflexiones tristes sobre la decadencia de un pueblo. Oigamos ahora á otra clase de touristas, que no tienen chispa de gracia poética, ni un grano de filosofía perdido entre los escondrijos del cerebro. «Los italianos son papistas, el pueblo saca los cuchillos cuando pelea, los caballeros no dan comidas, y escupen en el suelo; en la conversacion se toleran ciertos términos que hieren las castas orejas del norte, y ciertos hábitos que lastiman la teutónica delicadeza. Las señoras tienen voz de tenor, el vulgo está lleno de supersticiones, la aristocracia se mezcla demasiado con las otras clases: los criados se entrometen en las conversaciones de los amos, mientras los sirven á la mesa, y éstos llaman á aquellos, hijo mio, criatura, ó *caro amico*. Un príncipe se pone á comer en mesa redonda en una posada, al paso que un mercader inglés con su esposa pide *comedor reservado*.»

Por la naturaleza de las observaciones y la profunda filosofía de estos *touristas*, ya se comprenderá que son anglicanos. Aun era peor antes de la revolucion. Los italianos no tenian valor, ni dignidad, ni moralidad. En Roma se cometia un asesinato por dia, y en los caminos un despojo por hora. No parece sino que los modelos que tenian delante eran venteros, carreteros ó pícaros de cocina, ó gente de la peor laya.

El haber sido Italia tan grande en lo pasado hace exagerar mucho la pequeñez de su estado presente, sin considerar que no en todas las épocas puede abrirse paso el poder ni el génio de un pueblo, y que la constitucion y situacion de la Italia moderna no son para atraer á su seno grandes hombres de todas partes á gozar del derecho de ciudadanía. Es notable preocupacion, además, creer que exista un carácter nacional perfecto, y que éste haya de ser el de los italianos. Tal vez la imaginacion ardiente, el refinamiento de la inteligencia, la adoracion del ideal que ha producido tantas obras bellas del arte, ha sido la causa de su desgobierno y degeneracion política en los últimos tiempos; pues en la vida real y prosáica, las creaciones no valen tanto como las modificaciones y restauraciones, ó mejor dicho, más vale reformar que quitar y poner de nuevo, segun la opinion de los que se llaman prudentes y experimentados. No ha faltado quien achacase la situacion á que vinieron á parar, civil y políticamente, al culto y persecucion de la pura belleza, que se



Drawn by T. Uwins A.R.A. — Engraved by W. Finden

Italia _ La Imajen Milagrosa.

aviene mal con la aspereza y rudo temple de espíritu indispensables para el éxito en la dura labor del campo político. Los italianos han sido grandes artistas y dotado al resto de Europa de los instrumentos y materiales en las liberales profesiones; pero han hecho poco para sí en la alta filosofía de la política y la moral, no obstante que en las físicas ciencias tienen tantos nombres ilustres, y pueden gloriarse con el de Galileo. «Acostumbrados con frecuencia, dice Mme. Staël, á profesarlo todo y á no creer nada, se han adiestrado más en el arte de agradar que en el de razonar. Se burlan de sí mismos, y cuando quieren renunciar á su natural talento, al espíritu cómico, para ensayarse en la elocuencia oratoria, caen casi siempre en la afectacion. Tendrian dignidad si la melancolía fuese el fondo de su carácter; pero cuando los sucesores de los romanos, privados de todo esplendor nacional, son todavía uno de los pueblos más alegres de la tierra, no pueden tener ninguna elevacion natural. Si se exceptúa cierta parte de hombres ilustrados, son en religion como en el amor y en la libertad: quieren la exageracion en todo, y no experimentan el sentimiento verdadero de nada. Son esclavos de las mujeres, y sin embargo, desconocen los sentimientos profundos y durables del corazon. Son supersticiosos en las prácticas del catolicismo; pero no creen en la indisoluble alianza de la moral y la religion. Se burlan de aquellos mismos que los tienen esclavizados, y si atacan los abusos no es por deseo de que se reformen, sino por divertirse tanto más, cuanto más grave es el asunto. Sus opiniones son opuestas á todos los géneros de autoridad á que están sometidos, pero este espíritu de oposicion no pasa de la manifestacion del desprecio. Son como los niños con sus maestros: les obedecen, á condicion que les dejen burlarse de ellos.»

La pintura de esta dama no es más favorable que la de los precedentes; pero tiene el defecto que como las de éstos, es exagerada. Tal vez Mme. Staël no podia perdonar á los italianos que miren el amor como un juego, y no como una pasion séria y formal. En cuanto á los otros, podríamos decir con un profundo observador: la Roma presente es tal como la quieren su cielo y su tierra. Esta misma pluma que tan severamente los juzga, escribe en otro lugar: «Los pueblos meridionales están llenos de contrastes. Uno de los caractéres de los italianos es pasar de la mayor agitacion al mayor reposo. La pereza está unida en ellos á la actividad más infatigable. Son hombres á quienes *debemos guardarnos de juzgar á primera vista*, porque las dotes como los defectos más opuestos se reunen en su naturaleza. Si los veis prudentes en una ocasion, puede ser que en la misma den muestras de ser los más audaces del mundo. Si son indolentes, es que tal vez descansan ó se preparan á ejercitar su actividad. En fin, no pierden ninguna facultad del alma en la sociedad, y todas se reunen en ellos en las circunstancias decisivas. Así lo ha manifestado Italia en varias ocasiones.»

Lo admirable de este país es la independencia social en que se vive. No hay regla de etiqueta que seguir, ni traba que sufrir, ni ordenanza á que ajustarse. Nadie quiere que por causa suya esté otro molesto, y si así parece que debe sufrir algo el respeto mútuo, por lo menos no existe la hipocresía. Cualquiera que sea la opinion que se forme de la libertad, ó mejor dicho, licencia en ciertos usos y costumbres, cualquiera que sea el concepto que del bello sexo se forme por no respetar, al parecer, los derechos del marido, bien puede asegurarse que las mujeres no ocultan sus sentimientos.

II.

EL AMOR, ENTRE OTRAS SALSAS.

«Ya estoy en Roma:» es la frase de ordenanza de todos los peregrinos que visitan la ciudad eterna, como si el ir hoy á Roma fueran los trabajos de Persiles y Segismunda. Esta expresion tiene para los viajeros más sublimidad concentrada que un verso de Pindaro. Pero todavía hay otra más clásica, debida á otra moderna doña Urraca.—*Desperté en Roma.*—Y ¿para qué? para decir si despabila bien los ojos: «llegué, ví y lloré.» «No, exclama un poeta: esta ciudad no es Roma, es su cadáver: este campo en que yace es su sepulcro, y este populacho que hormiguea en su centro son gusanos que la devoran.»

¿En qué se distingue este gusano moderno del Fénix antiguo? ¿Ha variado el clima? ¿Es otro el cielo y diverso el suelo? ¿Es el hombre un Herculano ó Pompeya por donde ha pasado tambien la lava destructora de un Vesubio? ¿En dónde está hoy el *civis romanus?* «Yo soy, responde una voz con orgullo en las islas británicas: más me parezco yo al pueblo de los tribunos, que los que se agitan al lado del Forum y del Panteon.»

Es decir, que los romanos de hoy tienen la misma configuracion física, la misma inteligencia, el valor mismo y las mismas cualidades que en los tiempos de la mayor grandeza de la Roma republicana y cesárea. Sí, y por añadidura un Dante, un Ariosto, un Galileo, y descendiendo más, Vico, Lagrange, Galvani, Volta, Torricelli, y Filangieri, y Tiraboschi, y Metastasio, Alfieri, Manzoni, Lanci, Canova, Cimarosa,

Bellini y Rossini; y remontando un poco, un Rafael, y un Miguel Angel, y un Cellini, y volviendo á bajar, un poeta como el Tasso, y un Cincinato como Garibaldi; y si continuásemos remontando y descendiendo nos faltaria espacio para abarcar las grandes figuras y los ilustres génios que en filosofía, ciencia, historia, poesía, artes y guerra se han elevado á la mayor altura. ¿Qué es, pues, lo que le falta para completar el parecido? ¿Son los monumentos del arte? No: la cúpula del panteon de los dioses ha sido un juguete para Fontana y Miguel Angel, y San Pedro no tiene que envidiar á ninguna maravilla, ni en la altura cede á las Pirámides. ¡Le faltan los esclavos! ¿Dónde están las panteras y leones del África, para devorar once mil séres humanos en un festejo ante el impávido César y la indiferente matrona? ¿Dónde las murenas que han de ser cebadas con carne y sangre de esclavos? No vemos estas grandezas por fortuna. Desapareció de la frente del hombre el hierro ignominioso. Hasta el mismo imperio turco, apellidado bárbaro, enaltece hoy la dignidad del racional, y ha dado así principio á uno de sus decretos: *Por cuanto el hombre ha nacido libre*... Y con todo eso, lo que ha faltado á los italianos es la libertad. Sin haber en Roma la esclavitud vergonzosa del cuerpo, ha habido la presion intolerable del espíritu. La lava que ha pasado por este pueblo es la misma que asoló y destruyó la grandeza de su hermana gemela y distingue tanto al español de hoy del español de los tiempos de Padilla. Por lo demas, el romano del *Corso* es el mismo del monte *Aventino*, como se verá cuando llegue á la Italia el momento de *far da se*.

Pero dejemos estas reflexiones que inspira ese gran teatro, «donde la naturaleza humana fué lo que podrá ser, hizo lo que puede hacer, se ennobleció con las más heróicas virtudes y se manchó con los vicios más repugnantes; subió hasta Bruto, descendió hasta Neron, y volvió á elevarse á Marco Aurelio.» Si Roma es un cadáver, es de los más agradables y seductores: si el campo es un sepulcro, es de los más pintorescos, y si los pobladores son gusanos, son de los más amables de cuantos forman nuestra gran familia de insectos. La via más bulliciosa de Lóndres parece un desierto y el silencio de los sepulcros, comparada con cualquier calle de Roma, Nápoles, Milan ó Florencia. El aspecto de las ciudades de Italia en punto á poblacion es como el de inmensas colmenas ú hormigueros: tal parece la acumulacion, y tal es la apariencia de actividad de sus moradores. Una de las cosas que distinguen el carácter del italiano, es su aficion *allo estarsene fuori*, en público. Todos corren, se apiñan, se atropellan, se agitan, van de aquí para allí: ¿con qué objeto?—¡Ah! *¡corpo di Bacco!* ¿es poco el disfrutar del hermoso cielo, recrearse en monumentos, jardines, palacios, templos, museos, en fiestas, y en conversar unos con otros? Un exceso de libertad social compensa en la sociedad italiana las faltas que hayan

podido notarse en política. Esta facilidad, amenidad y cariño en las relaciones, no solo es debida al deseo de expansion propio de la raza latina y de un clima seductor, sino á causas especiales. La nobleza italiana, en vez de complacerse bajo el amparo de un nombre ilustre, en una ignorancia presuntuosa, ha tenido por lo general grande aficion á las bellas artes y á las letras, y este cultivo introduce siempre espíritu de igualdad, robustecido en no poca parte por la Iglesia, pues el trono pontifical es el único electivo en Europa. Además de esto, en las córtes de Italia, y especialmente en Roma, muchos de los favores de la fortuna vienen por camino secreto y con intervencion de individuos *minorum gentium*, digamos, frailes, secretarios, criados, mujeres, etc., y esto les da la importancia y consideracion que por otros conceptos de rango ó de nobleza puedan faltarles. Un noble inglés, por ejemplo, se desdeña de hablar familiarmente con un criado, porque sabe por su astrología social y política, que es y será siempre su inferior, que nació con el signo de la subordinacion, y que á menos que no haya un gran cataclismo, no encontrará á su nivel á sus lacayos. En Italia no es así. Tal vez el sacristan de hoy, será dean mañana y prelado al dia siguiente; y tal pobre diablo que hoy pide limosna ocupará un alto puesto. En esa duda, todos se tratan bien, se prodigan palabras afectuosas, expresiones lisonjeras, sonrisas de proteccion, apretones de manos y títulos honoríficos como si se dijesen para sus adentros: «Arrieros somos y en el camino andamos,» ó como Sancho: «De los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras, y debajo de ser hombre puedo llegar á ser papa.»

Cierto que hay un poco de vanidad en las salutaciones pomposas y exageradas que acostumbran. El menor de los títulos que se dan es el de *eccellenza*, manía que les dió tal vez para ocultar con estos títulos de grandeza su degeneracion. Nada más comun que ver á un saltimbanqui descubrirse humildemente, saludar con una reverencia á un grupo de obreros, labradores, rústicos y mendigos, y dirigiéndoles el título de *nobilissimi signori*, ofrecerles ver en su linterna mágica la imágen de sus ilustres abuelos, ante cuyo tratamiento hasta el mendigo se hincha bajo sus harapos.

Antes de proceder á la pintura de algunas costumbres peculiares de los italianos, hablarémos de rasgos característicos generales en esta nacion. Estamos en Roma, desde donde podemos ir á todas partes, así como desde todas partes se va á Roma.

Sea porque el pueblo es sóbrio, porque el comercio y la industria tienen poco desarrollo, por la embriaguez que produce la belleza del clima, ó por otras causas, el hecho es que la mendicidad está muy desarrollada en Italia. En todas las ciudades, y especialmente en las de Toscana, se observa un número prodigioso de pobres

comparado al de su poblacion. Se les vé en los porches de las iglesias, en los pórticos de los palacios, en los vestíbulos de las grandes casas, en los muelles, en las murallas, en las calles y las plazas, junto á las fuentes, cafés y posadas. Entran en todas partes, suben hasta los altos pisos, penetran, si pueden, en las habitaciones, y piden limosna como si fuese la pobreza una de las profesiones ó instituciones sociales. En verdad, el trabajo no es muy apetecible á un pueblo que prontamente satisface sus necesidades. Un escritor ha hecho curiosas observaciones acerca de lo que entiende el romano moderno por felicidad, las cuales nos parecen discretas, aunque en algunos puntos ha variado la situacion de Italia modernamente. Es cierto que bajo una temperatura tan templada, el hambre no fatiga, y que basta una colacion al dia, aunque sea de fruta, legumbres y pescados, como al propio tiempo la sed pide otra clase de bebidas que no el vino. En cuanto al vestir, con tapar las carnes se considera suficiente, y respecto á otros placeres hay la mayor laxitud y facilidad. No hay entre los italianos ese excedente de actividad, que despues de la satisfaccion de las primeras necesidades es como un remedio contra el aburrimiento, y lo poco que tienen lo gastan en amor, en vanidad, en disputas teológicas y en procesiones. Se pasa de la comida al sueño: se duerme la siesta, y llegada la noche todos los trabajos se interrumpen y los talleres se cierran. Hombres, mujeres, jóvenes, todos toman el portante hasta las altas horas, y emplean el tiempo en los corsos, en las fondas, en conversaciones y galanteos, porque cada dia es una fiesta pública en que el amor preside. Éste no es muy refinado. Los sentidos hablan á los sentidos, y se comprenden al vuelo, ó bien la vanidad á la vanidad. Rara vez la imaginacion y el corazon se mezclan. En esto no hay variedad de juicios en los que conocen la patria de Boccaccio, y no es de extrañar que se quiera ver en la Laura del Petrarca y en la Beatriz del Dante una idea más bien que una mujer. Pero volvamos á los mendigos. Si en otras partes la mendicidad conduce al robo, en Italia no tiene este inconveniente. Es un estado lucrativo. No hay pobre á quien la pobreza no alimente y aun enriquezca. Cualquiera no tiene más que proveerse de unas muletas, en las calles de Roma principalmente, ó poner á la vista algunas llagas, y ya tiene asegurada su pitanza. La piedad de los romanos no se mete en razonamientos, y en esta parte proceden como verdaderos cristianos. «Haz bien y no mires á quién.» Otro motivo aleja del robo á los pobres, y es la falta de lujo desordenado. Donde todos se tratan y se conocen, no hay necesidad de imponer con apariencias de fausto; por lo tanto el lujo no es necesario ni los crímenes que engendra. La miseria, si así puede llamarse la mendicidad rolliza, la pereza, la ambicion, y aun el amor, pueden pasar sin apelar al robo.

Entre los italianos es el amor de tal elasticidad, que no está de más consagre-

mos aquí algun espacio á tratar de las relaciones amorosas entre ambos sexos.

Como el sugeto del amor es la hermosura, digamos algo de las bellas italianas, de quienes se ha dicho: «La naturaleza no sabe completar más que su rostro y su mano. *Bosqueja* su talle y no concluye su seno, y, sobre todo, el pié se le olvida por lo comun.» Por ventura, ¿no sucede lo mismo con las flores? No todas las especies están igualmente acabadas en todas las partes del mundo.

Dícese que suple á esta negligencia ó falta de industria con la perfeccion de las espaldas y los hombros; pero no hay necesidad de otro sustituto, porque todo lo redime el semblante, y una hermosa cabeza romana admira siempre y toca al corazon. Podria tener esa gracia que cautiva en las españolas y en las francesas, y que hacen ciento de una mujer amable; pero es difícil que una mujer muy sensible sea muy hermosa, por la razon sencilla de que la sensibilidad perjudica con sus impresiones y movimientos á la serena y constante regularidad de un rostro hermoso. Así, no hay que maravillarse de que aunque maravillen no interesen, ni se encuentre alma en sus cuerpos.

El amor es en ellas lo que inevitablemente debe ser no hallando obstáculos que lo fortifiquen, ni preocupaciones que lo eleven, ni ideas morales que lo embellezcan, ni trabas que lo aumenten, ni circunstancias que le conviertan en una felicidad, un triunfo ó una virtud. Es una diversion, un pasatiempo, un capricho, un negocio: rara vez una necesidad. El amor es entre las italianas un tópico de conversacion agregado á los de la lluvia y el buen tiempo, de la procesion de la tarde, ó de los milagros de *Gesu Bambino*. Se habla de él á las jóvenes en presencia de sus madres, y las madres mismas hablan de él sin reparo ante las hijas. Con la mayor naturalidad dice una madre: —Mi hija no come, no duerme, está pálida: *tiene el amor*. Esto es, como si dijera: *tiene un resfriado*. Otras veces responde el criado á una visita:—No se puede ver á la señora: está *innamorata*.

El lenguaje es muy libre, y no se usa de miramientos. Las palabras más disonantes no hieren los oidos, antes se tienen como una expresion más clara de los pensamientos y de las acciones. Un campesino, un letrado, el jóven más refinado en educacion, hablan de sus aventuras más que galantes de un modo que escandalizaria en otras naciones. Las italianas, añade otro observador, usan proverbios de una crudeza que espantaria á los franceses. Y no obstante, son celosas de su honor cual ninguna, sin la capa de la hipocresía que en otras partes cubre muchas flaquezas, así como los italianos, á condicion de esto, tienen manga ancha en punto á la pureza del alma. Por esto, las jóvenes, desde su más tierna edad, aprenden lecciones de amor, y las ponen en práctica para pescar un marido; y luego que lo tienen y antes de tenerlo, la galantería no afecta á la reputacion.

De aquí el nombre de caballeros *serventes*, personajes conocidos por de primera necesidad en la vida doméstica conyugal. Los hombres han apreciado las ventajas admirables de esta *servidumbre* honorífica, y la tranquilidad y descanso que deja á los maridos, distraidos á su turno en los hogares de sus amigos ó vecinos, porque la más estricta reciprocidad se observa entre los cónyuges. Pero, ¿y los celos? ¿No dice el proverbio: celoso como un siciliano? Es que aquí no há lugar á celos. Al marido le sirve como de seguridad la reunion y número de *i caballieri serventi de la sua moglie*, los cuales se vigilan entre sí y están como en un círculo, cada cual de sus rayos es testigo de lo que pasa en el centro y conservador del buen tono y del decoro.

Las italianas, en efecto, establecen una distincion entre el amor y la amistad, persuadidas de que á no tenerla con los hombres jamás sabrán lo que es este sentimiento, del que decia Voltaire:

«Amitié, *don du ciel*, plaisir des grandes ames,»

porque, si es verdad que un buen amigo es rara cosa en el mundo, por lo menos ese milagro queda para solo los hombres, que entre las mujeres escasean los ejemplos hasta en las fábulas. La amistad entre las mujeres es la más rara de todas. Los intereses del amor, el disputado imperio de la hermosura, la emulacion ó rivalidad de las conquistas, son otros tantos obstáculos que aumentan la mala direccion de su educacion, y el mal efecto de la importancia que dan los hombres á los encantos físicos con exclusion casi total de las cualidades morales y espirituales. «Si la mujer, dice un escritor, no tuviera que disputar más que la belleza de las virtudes, no olvidaria la indulgencia, que da encanto á todas y de la cual nace la amistad.»

Persuadidas de esto, las italianas sostienen que puede haber entre los dos sexos amistad, sin convertirse en amor, siempre reservado á aquel con quien las une el lazo indisoluble. Estas son cuestiones que debieran decidirse en un concilio ó en una Sorbona. Cuando de esto se ha tratado, se han citado ejemplos por los que sostienen la afirmativa, entre ellos el de Lafontaine y Mme. La Sablière; pero tales relaciones no son posibles sino cuando la vejez ha entronizado la calma de la razon sobre el agitado mar de las pasiones. Entonces se experimenta un sentimiento, tanto más encantador, cuanto que la diferencia de sexos, que no se puede olvidar, presta á la amistad más ternura y le da cierta tintura de vaguedad y de ideal seductor.

Tratando de esta cuestion el elegante Mr. de Jony, dice como órgano de las italianas: «¿Por qué exigir que la amistad no ha de ser sino exclusiva entre hombres ó entre mujeres? ¿Se ven muchas clases de estas? La sociedad está obligada á

lamentarse de que son tan raras que casi se ignora si existen. *Eh bien, nous les trouvons, ces vrais amis*, á pedir de boca, y á discrecion en punto al número. Nosotras unimos los dos sexos por un sentimiento dulce y admirable que no es el amor que lo turbaria todo. ¿Por qué el amor ha de excluir la amistad? No desechemos un afecto tan puro, de que nuestros maridos conocen el encanto inocente. La amistad exige muchedumbre de atenciones, de relaciones casi exclusivas, que no produce jamás entre hombres y hombres, mujeres y mujeres. Hé aquí lo que da precio á nuestra amistad, y lo que las preocupaciones de las damas francesas, inglesas, alemanas y de otros muchos países no les permitirán nunca gustar.»

Con estos antecedentes y nociones se comprenderá el papel que representan los *intendios* ó *caballeros del entendimiento*, por oposicion á señoras del pensamiento, y que en Génova y otras partes de Italia llamaban *sigisbés* y hoy llaman *patitos*, que viene del verbo sufrir, porque en realidad el caballero sirviente ó suspirante sufre una especie de esclavitud. Los *intendios* eran antiguamente lo que los amantes paladines y trovadores en las córtes provenzales. Una mujer casada no era reprendida porque escogiese ó fuese escogida para llenar esta necesidad del corazon. En Génova se recuerda aun el triste fin de Tomasina Spinola, ejemplo de una union de esta especie con un rey de Francia. Cuando Luis XII fué á Génova con sus caballeros, Tomasina no fué insensible á la hermosura varonil y á las gracias naturales del monarca, y le rogó fuese su *intendio*. El rey consintió, y á pesar de haber dejado á Génova, continuó el entendimiento ó *entente cordiale*, que por otra parte, fué muy útil á la república. Tomasina se complacia tanto con este comercio epistolar, y tenia á tanto orgullo el haber á un rey de Francia por *intendio*, que le amó con toda la intensidad de que era capaz su corazon sensible. De repente, se esparce un dia en Génova la noticia de la muerte de Luis XII, y á esta nueva Tomasina comienza á desfallecer y enfermar, de tal modo, que en vano son los esfuerzos de amigos y de médicos: la desesperacion la llevó al sepulcro. Pero, ¡oh, desventura! la noticia era falsa: habia sido propalada por sus amantes desdeñados, y tanta prisa se dió en morir la infortunada, que ya no existia cuando llegaron cartas de su querido *intendio*. La república le hizo erigir un soberbio mausoleo, y el monarca componer un epitafio por su historiógrafo Juan Danton.

Tan arraigada y natural es esta costumbre, cuanto lo demuestra la anécdota siguiente, que se da por auténtica y verídica.

Un caballero francés asistia á un convite de una dama genovesa, en cuya compañía encontró á una señora de Pisa. Durante la comida aquella preguntó á su amiga:

—¿Cuántos amantes tienen las señoras en el país de V.?

—Uno, respondió la toscana.

—¡Uno solo! exclamó la genovesa: ¡qué soledad! ¡qué aburrimiento! eso es casi lo mismo que un marido.

Fourier no se engañó al establecer en su sistema el principio de que es compatible un amante y un amigo con un esposo, pues vemos su realizacion en extensa escala en una sociedad bien distinta de sus falansterios. Hasta el nombre de *patito* coincide con las ideas de este revelador y reformista, respecto á los amantes polilla de los matrimonios.

Pero es más: así como en Francia decia el autor del *Espíritu de las leyes*, que el no tener un amante la mujer casada era de *mauvais gout*, así en Italia miran las damas con desprecio á la que entre el círculo de sus adoradores y amigos, no ha dado á uno el diploma de caballero *servente* con ejercicio. Llaman libertinas á las que miran á todos por igual, y no tienen una persona con quien exclusivamente cultivar el delicado sentimiento de la amistad, sin mancha; y sostienen que la educacion, ó sea la preocupacion que prohibe á las jóvenes una sociedad íntima y delicada con hombres corteses y galanes, es la causa principal de las flaquezas y deslices, privadas de esa expansion inocente que en el goce celestial que hace experimentar al corazon, rechaza hasta la idea del amor, demasiado turbulento y borrascoso para ser preferido á tan dulce calma.

Segun esta metafísica, las damas de otras naciones son novicias, que no pudiendo resistir á la necesidad de cultivar la amistad, ó haciéndolo con timidez y secretamente, acaban por extraviarse confundiendo los dos afectos que las italianas saben tan lindamente distinguir.

Y ¿cómo, se preguntará, han nacido y se han desarrollado estas peregrinas ideas entre el bello sexo? La razon parece ser, que el casamiento es en Italia, y mucho más en la mercantil Génova, un negocio de especulacion. Se arregla entre los padres ó parientes, que muy á menudo extienden el contrato sin que los contratantes se conozcan ni se hayan visto, y solo unos pocos dias antes del enlace es cuando el futuro marido es presentado á la que ha de ser su eterna compañera. Hay, por lo tanto, agentes de matrimonio con manuales llenos de nombres de jóvenes casaderas de diversas clases, rango y fortuna, que andan al husmo para concertar las partes, mediante dos por ciento de comision.

De aquí la razon de la existencia del *chichisbeo*, como antiguamente se decia, cuyas obligaciones y derechos vamos á reasumir á continuacion.

El caballero *servente* es ante todo y profesa con toda solemnidad ser humilde esclavo de su soberana.

Tiene el derecho de acompañarla á la iglesia, al paseo, á las comidas y saraos, al teatro, á las visitas; en suma, ha de ser su cola y su sombra, y el ministerio ó

poder ejecutivo para la satisfaccion de todos los caprichos y necesidades de su dama, principalmente las que consisten en *petits services*.

En cambio de estos actos serviciales, que comprenden hasta calzar el chapin, el caballero tiene entrada libre en su casa y un cubierto en la mesa.

Le está prohibido elogiar ni requebrar á ninguna dama, en presencia ni en ausencia de su señora, que ha de ser invariablemente el fondo de todas sus conversaciones.

Muchos más detalles pudiéranse añadir, que nos prestarian las comedias de Goldoni, particularmente la *Avventuriere* y la *Villegiatura*, y si no tuviéramos otros asuntos de qué tratar, el poeta Pignotti nos daria la historia del *Origine del cavaliere servente*.

La obligacion de estar junto á la dama es tan sagrada, que aun excluye los miramientos y cortesía en el trato general con el bello sexo. En la *Corina* se lee una escena curiosa tomada del natural: «Íbamos á cenar, dice la autora, y cada *cavaliere servente* se dió prisa á sentarse junto á su dama. Llegó una señora, y no hallando asiento desocupado, ningun hombre, excepto lord Nelvil y el conde d'Erfeuil, vino á ofrecerle su lugar; pero el romano, al hacer esto, ni era impolítico ni egoista, puesto que las ideas de los grandes señores en punto á honor y deber, es de no abandonar un solo instante á sus damas. Algunos, no hallando asiento, se mantenian de pié tras de la silla de sus señoras, dispuestos á servirlas á la menor señal. Las damas, por su parte, no hablaban sino á sus caballeros. Los extraños vagaban de una parte á otra sin tener quién les dijese una palabra, porque las mujeres no saben en Italia lo que es coquetería, ni tienen interés ni deseo de agradar sino á los que aman.»

Sin embargo, los que no hayan estado en Italia no se escandalicen de que aun hoy se toleren tales prácticas. En la mayor parte es cosa que no pasa de ceremonial, resto de un sentimiento caballeresco. Mientras los maridos están ocupados en sus especulaciones mercantiles, la esposa encuentra una persona muy útil en su *patito*, que á su vez disfruta de una sociedad agradable, no siendo este cortejo en suma más que una manera de matar el tiempo. La prueba es, que en el pueblo, entre los campesinos, entre quienes la mujer es incapaz de ese elevado sentimiento y pureza de amistad, no se conocen los *chichisbeos*.

Ya que nos hallamos en Génova *la superba*, cual la llamaban en los tiempos de su gran esplendor, no nos irémos sin echar una ojeada sobre la poblacion y sus habitadores. Todavía es esta capital eminentemente comercial, tanto por su situacion en la costa del Mediterráneo, como por el carácter de sus moradores, sóbrios, industriosos, inteligentes, nada altaneros y vanos como los naturales de

Venecia. Hoy dia se halla en un floreciente estado, aunque es algo cara la vida, y lo que es más particular, siendo puerto escasea mucho el pescado, por donde se dijo de Génova: *Mare senza pesce.* Es un puerto franco utilísimo para el comercio. Los géneros pueden ser almacenados y reexportados libres de derecho, y es el canal para las industrias y producciones de Suiza, Lombardía y Piamonte. Las peculiares suyas son de platería, terciopelos, flores artificiales y aderezos de coral.

En punto á edificios, Génova es una ciudad de reyes, tal es el número de sus palacios en las *stradas,* sobre todo en las llamadas *Balbi, Nuova* y *Nuovissima.* Las posadas son magníficas y celebrados sus manjares, y las damas genovesas, aunque no educadas con mucho esmero, son consideradas las más hermosas de toda Italia, así como los genoveses son los peor formados y de más vulgar apariencia. En esto es Génova el reverso de Nápoles, donde los hombres son generalmente bien hechos y las mujeres no muy favorecidas por la naturaleza, bien que si á una napolitana le da por ser hermosa, alcanza todo el abecedario de las perfecciones.

Y pues de Nápoles hablamos, á quien llamó Horacio *Otiosa,* porque la fecundidad del suelo y las riquezas de su comercio no dejaban nada que hacer al voluptuoso habitante, vamos á detenernos un breve rato en echar una ojeada sobre la ciudad y sus moradores.

La ciudad, aunque más antigua que Roma, no obstante significar ciudad nueva *(Nea-polis),* no contiene ruinas ni vestigios de su remota magnificencia; pero le bastan y le sobran los modernos edificios para ser una ciudad de primer órden, pues nada es comparable á su riqueza, y hoy dia es seguro que eclipsa en este punto los mejores tiempos de su historia. ¡Quién tuviera espacio para describir este lugar en que Virgilio colocó su Eliseo, y San Genaro protege y hace famoso con un nuevo prodigio cada año! Nápoles es tan bella, su situacion tan pintoresca, sus palacios tan vastos y su cielo tan embriagador, que con razon escribia Burton, que se debia tolerar á sus habitantes cierta laxitud y el privilegio de ser ociosos.

Los *lazzaroni* forman una gran parte de la poblacion de Nápoles, y su número se eleva á cuarenta mil. Éstos son gentes que no tienen hogar ni lugar, que pasan las noches acostados en las calles bajo la suave temperatura de tan buen clima, y cuando llueve, se ponen á cubierto en *Capo di Monte,* ó bajo las arcadas y portales. Son vigorosos y de gran musculatura, y van vestidos muy á la lijera y descalzos. Cuando ganan, ya en la ciudad, ya en el muelle, alguna calderilla, compran *macaroni,* legumbres ó arenques, y el sueño viene á interrumpir su banquete. Su vida es comer, digerir y dormir; porque el trabajo que les da para alimentarse es tan corto como la cantidad que necesitan para satisfacer el hambre de un dia. Los *lazzaroni* no se casan ante la faz de la Iglesia ni ante la del prefecto ó gobernador.

Ellos allá se gobiernan, pues como no tienen casa, no tienen dónde guardar á sus mujeres. Si no fueran tan ociosos, habria que temer de ellos; pero es tal el gusto de no hacer nada, que ni aun de robar se acuerdan. Tampoco trata el gobierno de concluir con ellos, porque es fenómeno climatérico, y si destruye los *lazzaroni*, saldrá otra lepra semejante que habrá que bautizar con el mismo nombre ú otro que revele su desnudez. Si por la mañana han ganado lo poco que necesitan para vivir, no hay cebo que les haga volver á trabajar: por nada del mundo dejan su *macaroni* ó su reposo.

Los italianos modernos son excesivamente sóbrios comparados con los antiguos. En arte culinario, es verdad que han sido los maestros, y que aun es punto de orgullo tener encomendada la cocina á un napolitano; pero los franceses, que fueron sus discípulos, han ganado ya á los maestros. En punto á vinos, que Plinio nos celebra los muchos y buenos que se producian en el territorio de Nápoles, solo ahora celebramos el *Lachryma Christi*, que producen las viñas en las inmediaciones del Vesubio. Los antiguos eran muy amigos de festejos conviviales, y amaban el vino como medio de goce intelectual y estímulo de conversacion. No de otra suerte podemos explicarnos que con las mismas tierras y condiciones llegasen los néctares á tan alta excelencia como se cuenta del *Falerno* y del *Pucinum*.

Con todo eso, los napolitanos no necesitan del vino para ser conversadores y grandes mímicos, y amar los banquetes, el juego, los bailes, y sobre todo las fiestas, que son muchas y á veces las prolongan por semanas y meses. No son amigos de viajar, porque gustan demasiado de su propio suelo, tan benéfico y tan poco exigente, y si tienen necesidades son las que les crea la ambicion ó la vanidad. Los grandes, por ejemplo, tienen una multitud de criados que no se ocupan en nada, si no es en seguirlos como una larga cola. Su aspiracion es tener un carruaje, y tras él por lo menos dos lacayos que durante la noche llevan teas encendidas, de suerte que el forastero que entra de noche en la capital goza de un espectáculo extraño, como es el de ver tantas antorchas discurriendo veloces por todos los ámbitos, pues no obstante la molicie y pereza de los moradores, en ninguna ciudad se marcha con más rapidez por las calles, y siempre van los coches al vuelo.

En sus fiestas religiosas son muy pomposos, y las decoraciones, los adornos y la música atraen á los templos la poblacion, aunque no guardan en ellos la devocion y el recogimiento que de su fé debia esperarse, pues se saludan y hablan, y se preguntan de noticias ó se pasean por las naves como si fuesen las plazas. No contentos con los templos, construyen durante el verano especies de altares tapizados delante de las casas, donde colocan imágenes, y cantan y tocan músicas y hacen fuegos artificiales, pagándose los gastos á escote entre dueños, inquilinos



Drawn by T. Uwins. A. R. A.

Engraved by W. Holl.

Napoles — Fiesta Campestre.

y vecinos, y aun los *lazzaroni*, que no tienen hogar, quieren entrar á la parte en estos cultos al aire libre.

Cuando se celebra el milagro de la liquefaccion en la iglesia de San Genaro, que siempre es señal de abundancia de cosecha, repican todas las campanas, y hombres, mujeres, niños, viejos, cojos, mancos, ciegos y enfermos vienen á venerar el vaso y á poner su ofrenda en el plato ó batea que lleva el sacerdote. Éste examina el concurso, por ver si hay alguna fisonomía extranjera, y en tal caso, invita á que se acerquen y vean el prodigio. Las señales y actos de devocion con que atestiguan su fé los napolitanos, son besar la tierra antes de besar el vaso, ó tenderse en el suelo con la frente en tierra mientras rezan largas oraciones. Unos vienen con rosarios de enormes cuentas y se dan golpes de pecho; las damas, acompañadas de sus *servienti* que las llevan del brazo, se arrodillan, reciben las gracias ó indulgencia de San Genaro, se levantan, vuelven á tomar el brazo del caballero, y se retiran. Tras éstas vienen los *lazzaroni*, los pobres, estropeados, mancos y enfermos, y todos sin excepcion, pobres y ricos, depositan su óbolo en el plato que tiene en sus manos un acólito.

Como todos los países donde el clima es hermoso, y todas las capitales favorablemente situadas, Nápoles no podia dejar de tener su proverbio de ordenanza: *Napoli*, se dice, *odorifera e gentile, ma la gente cattiva.*

III.

FIGURAS DEL CARNAVAL.

Como antes en Venecia, el carnaval es ahora notable en Roma. El placer de esta fiesta es el bullicio y la confusion: es como un recuerdo de las saturnales. Toda la poblacion se disfraza, y apenas quedan espectadores en las ventanas para mirar á los enmascarados de las calles. La alegría comienza tal dia, á tal hora, indefectiblemente, como si fuera cosa oficial, y ni acontecimientos públicos, ni sucesos privados impiden que el ánimo tome ese desahogo en determinada época del año. En ésta es donde se puede juzgar de la imaginacion del pueblo. El romano es encantador hasta en el lenguaje: *lingua toscana in bocca romana*, es una expresion

ya proverbial. Roma tiene la misma ventaja que Florencia, en cuyos mercados públicos gustaba pasearse Alfieri para oir buen italiano, y estas dos ciudades se tienen por las únicas en que el pueblo habla un lenguaje escogido. Esto es de notar en una nacion donde hay tantos dialectos. Pasan de quince los principales, aunque el veneciano es el más rico en producciones literarias, y se distingue por lo muelle de su pronunciacion, que no parece sino hecha para niños, mujeres y viejos, por el horror que tienen á consonantes fuertes y secas, que dulcifican ó mojan, convirtiéndolo en la lengua de los gondoleros y de los enamorados. Pero ya sus góndolas cuajadas de oro y de relieves y llenas de máscaras no cruzan los canales de la *serenísima* ciudad, ni ondean las banderas en las astas, ni luce en las torres el leon alado, ni flotan ricos tapices en las ventanas y balcones de sus palacios en esta época alegre del año. Ya no se ven más que rostros sombríos de tudescos, en vez de la altiva y magestuosa fisonomía de la aristocracia veneciana, que cruzaba el Adriático en el famoso Bucentauro, templo lujoso y tálamo de sus nupcias con el mar. Con todo, la alegría ha transmigrado á Roma, y todavía se hace notar en esta fiesta favorita el génio creador de Polichinela y Arlequin, Scapin y Scaramouche, de los cuales, tratando del carnaval, no podemos dejar de describir sus caractéres, verdaderas creaciones que se han aclimatado en todas las zonas de la farsa y pantomima, y una de las cuales mereció el honor de entrar en el teatro francés, introducido al público nada menos que por Molière.

Dícese que la patria de Polichinela es Nápoles, y que en las ruinas de Herculanum se le ha hallado en una pintura, bajo la cual está la inscripcion de *Civis Atellanus*. Atella fué, en efecto, la ciudad donde antiguamente tomaron orígen las fábulas llamadas *atellanas*, al principio rústicas y sencillas y llenas de chistes grotescos y parodias del refinamiento de costumbres de las ciudades, y luego convertidas en verdaderas farsas apropiadas á determinados personajes, entre los cuales se contaba al dicho ciudadano atellano, cuya postura y gesto verdaderamente son la personificacion de lo cómico. Es raro, por otra parte, que el pueblo de Acerra, de donde han salido los más famosos polichinelas italianos, esté construido, ó mejor dicho, sea hoy el lugar que representa la antigua Atella. El moderno pueblo de Acerra puede ser famoso por el génio y ocurrencias chistosas de sus moradores, puesto que la tradicion refiere, como habiendo llegado á él una compañía de cómicos de la legua, fueron acogidos con burlas y sátiras picantes de sus vecinos, especialmente de un tal Pulci d'Aniello, del cual prendados, lo contrataron y llevaron en su compañía. Al principio pareció sobre la escena con una gran sotana, ó túnica blanca y gran peluca, y en los teatros de Nápoles agradó tanto al público, que determinaron perpetuar en la escena el carácter *Pulci-niello*. Como quiera que sea,

es lo cierto que siempre fué favorito de los italianos, y como si se honraran con ser sus compatriotas, los napolitanos le patrocinaron siempre decididamente, siendo de notar que los polichinelas de Italia son ante todo glotones, como borrachos en Francia, aunque la sobriedad es uno de los caractéres de los italianos; bien que más le conviene el nombre de *friand*, que dan los franceses á los que prefieren el gusto y la calidad á la cantidad y la sustancia, pues lo que regularmente forma el *menu* de polichinela son *macaroni*, menestras, *ravioli* y mucha agua helada y sorbetes, con otras chucherías de poco alimento. Por supuesto, siendo napolitano, era imposible dejase de deleitarse con el sorbete. En Nápoles, los helados y refrescos no son superfluidades del rico, sino artículos de primera necesidad del pobre. En la calle de Toledo y en los alrededores del palacio no se ven más que cafés y neverías, atestadas de gentes de todas clases, y en las esquinas de las calles y callejuelas, infinidad de puestos ambulantes refrigeran al pueblo con helados, por los cuales se priva de las cosas que nosotros consideramos más necesarias á la vida.

De polichinela, entrado en Francia con sus dos jibas, patas zambas, sombrero de tres picos y traje de mil colores, y en Inglaterra con igual uniforme y nombre de *Punch*, pasarémos á Scaramouche, italiano de orígen, aunque muchos creen que es oriundo de España, tal vez por el traje negro y los espesos vigotes que le distinguen; pero el nombre no tiene nada de español, ni su ocupacion principal, que es hacer gestos y contorsiones, desdice de la mímica de los italianos. En efecto, es extraordinaria la ayuda de la accion y la expresion que los italianos dan á la palabra. Cualquiera creerá en sus movimientos, y se dejará persuadir por la expresion de sus fisonomías, cambiantes á voluntad, segun la situacion en que se hallan y materia de que se trata. Si quieren prometer, aunque sea un imposible, es muy fácil confiar si uno se guia por el acento, la expresion de la fisonomía y la accion eficaz con que se acompañan; pero como esto es tan general y ordinario, ya han perdido el crédito entre ellos mismos, y unos á otros no se creen, ni se atienen más que al hecho. En punto á la diversidad de expresiones del semblante, pareceria increible á muchos la multiplicidad de matices que instantáneamente toman. Un viajero notó cinco afecciones en el rostro de un magnate que visitaba á otro de su categoría, desde la puerta hasta la cámara de recibo. En el primer salon hizo un saludo á los criados de escalera abajo, sin alterar en nada su fisonomía: en el segundo saludó y dió la mano á los sirvientes, haciendo resaltar en ello cierta familiaridad: en el tercero, saludó, dió la mano y añadió una sonrisa: en el cuarto, saludó, dió la mano, sonrió y dirigió la palabra con entrañable afecto á los secretarios y oficiales, y en el quinto, frente á frente con su rival, á quien abrazó, puso tantas caras cuantos diversos aspectos tomó la cuestion que dilucidaban.

Pero volvamos á Scaramouche, y referirémos una anécdota de su vida real, por donde se vé, que aunque vestia de negro de piés á cabeza como el que iba en la compañía de comediantes que siguió á Cárlos V en Italia, su verdadero país fué éste. La tal anécdota tiene de peculiar una excelente moraleja para los ambiciosos, y esta razon más nos mueve á transcribirla.

Scaramouche habia dejado su villa natal por ver el mundo, resolucion que le acredita de hombre de provecho; pero salió de sus casillas ó su aldea sin una blanca, ni como acá decimos, ni por dónde le viniese, á no ser como á ciertos caballeros, por su industria, al modo que al milano por sus uñas y al gitano por su pico. Llegó á Nápoles, cual es de presumir, sin recomendaciones ni cartas de crédito, lo cual le dió mucho qué hacer y grandes sinsabores que pasar, cosa que el narrador no se detiene en probarlo por ser sabido. Púsose á pasear, recurso de filósofo, y á observar, por si mañana se le ocurria, como á los ingleses, escribir sus *impresiones de viajes*, y al cabo de una buena pieza que volvia y se revolvia sobre una plaza, vió que de la tienda de un perfumista, que vendia tabaco, no hacian más que entrar y salir compradores con sendas tabaqueras de rico de Macuba, aunque no sabemos si en aquella época se conocia el tabaco, ni si estaba al menos prohibido como en Rusia, pena de nariz cortada. Scaramouche, que bajo el signo de constelacion del hambre habia visto aguzarse su ingenio y crecer en filosofía como el español pobre, decia en sus adentros con el Sganarelle del convidado de piedra, que por más que afirme Aristóteles, nada hay comparable al tabaco, y más si es sorbido por la nariz, desaguadero ó chimenea del cerebro; que el tabaco es la pasion de los hombres de bien, y que quien vive sin tabaco no es digno de vivir, pues no solo regocija y purga, sino que instruye á las almas en la virtud y las enseña el camino de la honradez. ¿No veis, desde que se toma, qué cortesía se emplea con todo el mundo, y qué comezon de liberalidad entra por todos los poros del cuerpo? Ni aun se espera á que lo pidan, sino que se adivinan los deseos: tan cierto es que el tabaco inspira sentimientos de honor y de virtud á cuantos lo toman.

Lleno de esta fé y estos pensamientos, Scaramouche se llega bonitamente á uno de los marchantes, y solicita con toda cortesía y urbanidad que le deje tomar un polvo. Apenas dicho, la caja se abre liberalmente, y toma *une pincée* con gran modestia. La escena se repite con otro consumidor que sale, y encuentra la misma favorable acogida. El juego sigue tan favorablemente, que Scaramouche, que en lugar de sorberlo lo iba guardando en un papel, se halló al llegar la noche señor de cuatro onzas de tabaco. Hombre de grandes instintos comerciales, llegóse al mismo mercader que lo vendia, y se lo cedió por la mitad del precio, y el perfumista, que no le iba en zaga, dió en volverlo á vender á doble precio, bajo el título de *tabago*

delle cinque fiori, que no se le ocurriria al mismo César Birotteau. Los negocios de Scaramouche iban de bien en mejor. Los marchantes sufrian con gusto la contribucion, á trueque de ver la cortesía y finura con que Scaramouche introducia los dedos y les saludaba, doblado el cuerpo, *more turquesco.* Con el producto de la venta vivia lindamente en Nápoles, donde los comestibles abundan, y disfrutaba sobre todo del *dolce far niente* tan caro al italiano. Pero semejante á aquellos conquistadores que lo pierden todo por no poder pararse en su carrera de conquistas, á esos avaros que no se contentan con diez ni veinte millones, habiendo salido de sus tierras con el petate de don Fermin ó el equipaje de Adan, Scaramouche rompió el saco de su fortuna con el peso de la avaricia: extendió sus deseos, y calculó que si dos dedos metidos sin pretensiones le daban tanto al dia, tres, que forman un decente receptáculo, le darian el doble sin trabajo alguno. La concupiscencia le dominó, y en vez de aplicar delicadas pinzas como un caballero, comenzó á meter groseramente tres dedos en la tabaquera como un gañan. ¿Qué sucedió? Que se le cerraron todas las cajas desde aquel punto, y hasta un suizo le aplicó el pié á cierta parte, creyendo que queria dársela de cuco. ¡Pobre Scaramouche! Hé aquí á dónde conduce la ambicion. Si hubiera sido más prudente habria llegado á ser un razonable capitalista.

Pero, ¿quién es aquel, vestido de librea, con capa corta y daga al costado, que dice haber hecho grandes juramentos de no mezclarse en los asuntos del prójimo? Es nada menos que Scapin, uno de los personajes, invencion del génio italiano, cuyo carácter semeja al de los esclavos en las comedias de Terencio y Plauto. Justamente su oficio es mezclarse en los negocios de todos, particularmente en los de amores, y servir en todas las intrigas de los jóvenes libertinos, por poco que le unten la mano. Tiene una filosofía *á soi,* una especie de optimismo encantador, y es no entrar nunca en su casa sin ir aparejado á afrontar la cólera de sus amos, las reprimendas ó pelucas, los dicterios, los puntapiés y los palos, y si algo de esto falta, lo tiene á gran ventura y da las gracias al cielo.

Tras de Scapin viene Arlequin, otro que tal, de la familia de los *planipedes,* de las cabezas mondadas como *mon ami Pierrot.* Los escritores toscanos apellidaban antes á estos dos con el nombre de Zanni, análogo al que daba Ciceron á los bufones de imprudente sátira, como lo eran los arlequines en Italia antiguamente; pero su merced el señor Arlequin se ha ido civilizando con el progreso de los tiempos. Antes y ahora, su puesto legítimo era lo que se entiende por *comedia dell'arte,* especie de tela ó asunto general de una composicion, cuyos detalles se dejan á la imaginacion del actor que ha de improvisar el diálogo. Hé aquí la razon de haber florecido en Italia, donde los *improvisatori* son tan comunes, y tan propia para el actor la ocasion de dar á conocer al público sus talentos. En esta facilidad de

improvisar en prosa, y especialmente en verso, los italianos no reconocen rivales, si no es en los griegos, debida esta cualidad en ambos pueblos á la influencia del clima. Donde el cielo es risueño, el aire templado, la atmósfera embalsamada con el perfume de las flores, ¿quién no se siente poeta, ni qué poeta necesita otro estímulo para cantar que el paraíso que le rodea? De muy antiguo ha habido improvisadores en Italia y en Grecia, como los ha habido y hay en España; y si no tantos y tan famosos, es porque nuestra lengua es menos flexible y menos musical, de suerte que necesita más gravedad de fondo y no le gusta servir de adorno al aire sino á ideas sustanciales, las cuales no vienen en la improvisacion por lo comun. Así, el pueblo español es admirable en esas improvisaciones de un solo pensamiento envuelto en la forma popular llamada redondilla, y no en largas composiciones donde se echaria de ver la flaqueza en muchos pasajes. Quizás por este amor propio cayó en desuso la glosa, en que el poeta se veia obligado á adelgazar demasiado el ingenio.

Otros pueblos han tenido tambien improvisadores, como Francia, Polonia, Holanda, aunque nada se dice de Inglaterra. El Egipto parece haber sido la cuna de estos ejercicios poéticos. Despues tuvieron este don los rapsodas griegos. De Homero se dice que improvisó los mejores pasajes de la *Iliada*, y es muy probable que los Tirteos, Alcéos y Stesicoros no estuviesen privados de esta dote. Que los romanos se dieron mucho á este entretenimiento, se vé en el hecho de que convidaban á los poetas á los banquetes á condicion de que improvisasen. Pues, ¿quién duda de que los trovadores provenzales no fuesen un torrente en dándoles por hablar de amor? Estos tal vez fueron los introductores de la costumbre en Italia, que gracias al lenguaje flexible, suave y melodioso, y á la viveza y ardiente imaginacion de sus pobladores, ha producido mayor número y es famosa por sus improvisadores. Uno de los más antiguos fué Serafino de Aquila, que floreció á fines del siglo XV, y tuvo por émulo al llamado *único Aretino*. Tanta era su habilidad, que cuando se anunciaba que iba á recitar versos en público, todos los negocios se interrumpian, los mercados quedaban desiertos, y sábios é ignorantes acudian en tropel á escucharle y aplaudirle.

En esta época fueron famosos tambien Leoniceno, Saffi, Strozzi é Hipólito de Ferrara, y Marone tuvo la honra de ser alojado en el Vaticano por Leon X, gran protector de las letras. Cuéntase que otro improvisador desempeñaba el papel de juglar en la mesa del pontífice, y que éste le permitia beber vino en su mismo vaso, con tal que compusiese por lo menos dos versos latinos sobre cualquier asunto que se le designase, y si los tales versos eran malos, habia de beber el vino aguado, cosa que era insufrible al alumno de Apolo.

Como este es un don especial de los italianos que caracteriza su ingenio, nos parece bien detenernos á dar de los *improvisatori* noticia más minuciosa.

Roma puede gloriarse de uno de estos poetas favorecidos con gran viveza de fantasía, el cual, de nacimiento oscuro, llegó á elevarse nada menos que á cardenal, aunque el obtener este principado no es tan dificultoso en Italia como otras menores dignidades seculares en otros países, pues el colegio de cardenales se compone en su mayoría de personas de orígen humilde y popular. Cuéntase de éste, llamado Silvio Antoniano, que hallándose una tarde de primavera en el campo, improvisando ante una sociedad numerosa, un ruiseñor, atraido por lo melodioso de la poesía, vino á posarse sobre su cabeza, y comenzó á cantar con el mayor ahinco, estableciendo una competencia extraña que admiró á los espectadores. Silvio, dejando el asunto ó pié de su composicion, se dirigió al ruiseñor, y le hizo tales elogios de su voz y las gracias de su canto, con tan hermosos versos y expresiones tan armoniosas, que conmovió al auditorio y le hizo derramar lágrimas.

Tambien fué especialísimo en este arte el ruiseñor de Sena, el caballero Perfetti, protegido por la princesa Violante de Baviera, recompensado por el papa Benedicto XIII con la corona de laurel, que solo habia ceñido hasta entonces las sienes de Petrarca y del Tasso. Este improvisador recitaba siempre cantando, y acompañándose con una guitarra, y al finalizar su improvisacion quedaba rendido y medio desmayado, como le sucedia á Metastasio, al cual era menester llevar al lecho por el abatimiento que la fatiga de la improvisacion le causaba.

Pero no solamente á los hombres está reservado este don ó facultad de expresarse en verso, sino que las mujeres les han hecho competencia y aun superado muchas veces. Quadrio, en su *Storia e ragione d'ogni poesia*, menciona tres célebres poetisas, y la más aplaudida de todas fué Magdalena Morelli Fernandez, de Pistoja, coronada en el Capitolio en 1776 y condecorada por el senado romano con el título de *nobile cittadina*. La academia de los Arcades la recibió en su seno con el nombre de Corilla Olimpica; Francisco I la colmó de favores en su córte de Viena, y Catalina II deseó verla en su palacio de San Petersburgo. El viajero Dupaty, en sus *Cartas sobre Italia*, refiere su entrevista con Corilla, cuando vivia en Florencia, ya el sol en su ocaso, y apagado el volcan de su imaginacion. A su parecer, nada es más fácil que improvisar en un idioma donde cada frase puede ser un verso y cada palabra una rima, puesto que no se exige gran contribucion de ideas á los improvisadores. Verdad es, que si se leen muchas de estas composiciones parecen escasas de pensamientos, y que todo es engaño de dulzura y melodía, lujo de palabras y de frases; pero no por esto debemos juzgar mal del gusto de los oyentes, pues presta mucho encanto y mágia el tono de la voz, la expresion de la fisonomía, las

miradas, los acentos apasionados, y en suma, la accion del improvisador; y si tal vez en otros tiempos cojeaban estas poesías del pié de insustanciales, debemos decir que han progresado, segun los elogios que hoy se les prodigan. Sgricci, que aun vivia en 1836, llegó á improvisar un drama completo, cuyo asunto le sacaban á la suerte de una urna, y en nuestros dias ha florecido Rosa Taddei, ni más ni menos que entre nosotros la *Ciega del Manzanares*, prodigio de la naturaleza, que á su facilidad en improvisar reune conocimientos en latin para disputar con cualquier escolástico. Al modo que ésta se dió á conocer á los pasajeros en la Mancha, acuden muchos improvisadores por los pueblos y posadas de Italia, para dar entretenimiento á los caminantes. Eustace, en su *Viaje clásico*, refiere así su encuentro con uno en las cercanías de Foligno:

«Estando en la cena, tuvimos un buen pasatiempo con la entrada de un improvisador, que despues de haber cantado una oda, composicion suya, en honor de Inglaterra, prorumpió en un torrente de versos, recitados con voz enérgica y extremada rapidez, admirándonos sobre todo la armonía de las palabras. Despues pidió le diesen un asunto: dímosle *la prosperidad de Italia*, sobre el cual se extendió largamente, uniendo un estribillo á cada *stanza* con el que finalizaba preguntando: ¿Cómo puede esperar Italia prosperidad, estando abierta á dos *bárbaras* naciones como la Alemania y la Francia? Cuando hubo terminado, le hicimos un obsequio que agradeció, y se fué muy satisfecho de nuestra liberalidad. Estos hombres, con sus hábitos de vagabundos, precario modo de vivir é interesantes ejercicios, tan semejantes á los bardos antiguos, se cree que no son en tanto número desde la invasion francesa, en parte por la depresion del espíritu nacional, en parte á causa de la pobreza de sus primeros patronos y la ausencia de extranjeros ricos. El espectáculo fué completamente nuevo para nosotros, y mientras gozábamos de él, no pudimos menos de convenir, que tal facilidad y versatilidad de talento, bien dirigidas, podian producir grandes resultados.»

En esta digresion hemos hecho conocer las cualidades y caractéres que más se prestan á dar animacion á la popular fiesta del carnaval, pues, en efecto, en estos dias reina el chiste, triunfan la viveza de imaginacion, la exageracion, la caricatura, las escenas cómicas y la alegría que brilla en las arlequinadas y en las óperas bufas. Mme. de Staël ha hecho una pintura tan exacta de lo que es Roma en el carnaval, que con gusto le concedemos la palabra:

«Los italianos manifiestan en la eleccion de sus disfraces un conocimiento tan singular de la mitología, que no parece sino que las antiguas fábulas y mitos son todavía populares en Roma. En estas ocasiones sus máscaras representan una delicada burla de los diversos estados de la sociedad. La lengua italiana se presta á



Drawn by F. P. Stephanoff. Engraved by C. E. Wagstaff.

Italia. La Cancion.

todos los matices de la alegría con una facilidad que solo requiere una ligera inflexion de la voz, una terminacion un poco diferente para acrecentar ó disminuir, ennoblecer ó vulgarizar el sentido de las palabras. Podia decirse que es un idioma activo, que expresa sin que el hombre se mezcle en la expresion, y que parece siempre tener más alma que el que le habla.»

No hay lujo ni buen gusto en la fiesta del carnaval. Una especie de petulancia universal la hace asemejarse á las bacanales de la imaginacion, pero de la imaginacion solamente, porque los romanos son en general muy sombríos, y aun más que demasiado sérios, excepto en los últimos dias del carnaval. En el carácter de los italianos se hacen descubrimientos súbitos de todo género, y es lo que contribuye á conquistarles la reputacion de astutos. Sin duda que en este país se acostumbra á fingir mucho, resultado de haber sufrido yugos diferentes; pero ese rápido cambio de una manera de ser á otra, no es siempre resultado del disimulo, sino en la mayoría de los casos, resultado de una imaginacion ardiente. Los pueblos que no son más que razonables ó espirituales pueden fácilmente estudiarse y comprenderse; pero lo que depende de la imaginacion siempre es repentino é imprevisto. Ella salta de extremos á extremos, y así puede afectarla una bicoca, como ser indiferente á aquello que debiera conmoverla.

No se comprende de qué se origina el gran placer que encuentran los señores romanos en pasearse en coche de punta á cabo del Corso horas enteras, tanto en los dias del carnaval como en el resto del año. Nada hay que les quite esta costumbre. Tambien hay entre las máscaras hombres que se pasean lo más aburridamente que se puede imaginar, con el traje más ridículo posible, y que, tristes arlequines y taciturnos polichinelas, no despliegan sus labios en todo el dia; pero están satisfechos en su conciencia de que cumplen con el carnaval, cuando han hecho lo necesario para divertirse.

En Roma hay una clase de máscaras que no se conoce en parte alguna, á saber, la imitacion de las estátuas antiguas, y que de léjos imitan una belleza perfecta. No obstante, esta inmoble imitacion de la vida, estos rostros de cera ambulantes, por lindos que sean, causan miedo.

Los grandes señores despliegan mucho lujo en los carruajes los últimos dias de carnaval; pero lo principal del festejo es el alboroto y el bullicio. El placer para el pueblo no consiste en los espectáculos, ni en los festines, ni en la magnificencia de que es testigo, ni en cometer excesos en las comidas y bebidas, sino pura y simplemente en verse en libertad en medio de los grandes, que á su vez se divierten en hallarse entre los pequeños. Cierto que en todos los dias del año están mezcladas y confundidas las clases. En Italia, si hay una barrera entre ellas, es el

refinamiento y la delicadeza de los placeres; por lo demas, los rangos no están marcados de una manera visible y sensible, y el país se distingue más por la imaginacion y el talento natural de todos, que por la cultura de las altas clases. Por lo tanto, en el carnaval es notable la mezcla de categorías y de maneras, y la muchedumbre, los gritos, los chistes y la lluvia de confites con que inundan indistintamente los coches que pasan, hacen iguales todos los séres como si no hubiese gerarquía social.

En esta época hay carreras de caballos, pero no como las de Inglaterra. Allí han de correr caballos pequeños, sin ginetes. Este espectáculo atrae mucho la atencion de los romanos. En el momento de empezar, las gentes se retiran y se dividen en ambos lados de la calle. La plaza del Pópolo, atestada de vivientes, se despeja de improviso. Cada cual procura subirse en los tablados y andamios que rodean los obeliscos, y un Océano de cabezas y ojos negros están vueltos hácia el lugar de donde deben partir los caballos. Éstos llegan sin brida y sin silla, y solamente cubiertos con una manta de tela brillante, conducidos por palafreneros bien vestidos y excitados con el entusiasmo y el deseo del éxito. Colocan á los caballos tras de una valla, y es cosa de ver su ardor é impaciencia por saltarla. Es preciso retenerlos á cada instante, porque todo es levantarse de manos, deseosos de una gloria y aplauso que van á obtener por cuenta propia y sin que el hombre los dirija. Esta impaciencia de los caballos y los gritos de los palafreneros en el instante en que la valla desaparece, es verdaderamente un cuadro. Los caballos parten al fin, en medio de las voces que dan sus conductores con toda la fuerza de sus pulmones, acompañando en su carrera á los animales todo el tiempo que pueden seguirlos, y con los gritos en tanto que no los pierden de vista. Los caballos rivalizan entre sí como los hombres. Las piedras brotan chispas; sus crines flotan al viento, y su deseo de ganar el premio es tal, que algunos caen muertos á su llegada al término de la carrera. Se admira uno de ver estos caballos libres, así animados por pasiones personales, y aun da miedo, como si se viera el pensamiento bajo esta forma de animal. Luego que los caballos han pasado, la gente en tropel les sigue. Llegan al palacio de Venecia que es el término, y allí tienen que oir las exclamaciones y las caricias de los dueños de los caballos vencedores. No es la primera vez que se han hincado de rodillas delante de sus caballos, dándoles las gracias y encomendándolos á San Anton, patron de los animales, con un entusiasmo tan sério como cómico para los espectadores. Esto no es extraño, pues se cuenta que un postillon italiano, viendo morir á un caballo, rogaba por él diciendo: *¡Oh santo Anton, abbiate pietá dell'anima sua!*

Las carreras concluyen con el dia, y entonces empieza otra clase de diversion



Drawn by J. Browne. Engraved by M. Gibbs

La Dama Veneciana

menos pintoresca, pero más animada. Ilumínanse las ventanas, y aun las guardias abandonan sus puestos y se mezclan en el general regocijo. Cada cual toma entonces una pequeña tea ó hachon llamado *moccolo*, y procura apagar el de su prójimo, repitiendo la voz de matar con una rapidez maravillosa: *¡Che la bella principesa sia ammazzata! ¡Che il signor abbate sia ammazzato!*—¡Que maten á la hermosa princesa! ¡que muera el señor abate! gritan de un extremo á otro de la calle, precipitándose en todas direcciones, sin buscar más placer que el tumulto y la confusion. En tanto la noche avanza: el ruido cesa gradualmente; sucede un profundo silencio, y no queda de la noche más que la idea de un sueño confuso que ha hecho olvidar por un momento los trabajos al pueblo, los estudios al sabio y la ociosidad á los ricos y á los nobles.

Tal es la fiesta del carnaval en Roma, la única que se puede considerar inimitable, por lo bien que se adapta á ella el carácter nacional.

PERSIA

Y OTROS PAISES DEL ASIA.

I.

Al hablar de este reino, uno de los famosos sitios que ocupó en lo antiguo la familia humana, y á cuyos moradores llama los franceses los *parisienses orientales,* no tratarémos de su historia, porque nos ocuparia demasiado espacio, que queremos reservar á la reseña de sus notables usos y costumbres. Basta notar que la Persia moderna no es en territorio una sombra del imperio fundado por Ciro y extendido por sus sucesores, y que en punto á su estado político y social se necesita ser muy orientalista para extenderse en alabanzas y recomendaciones, sin que esto sea oprobio para la nacion que fué el asiento del saber, de la riqueza y de los adelantos, cuando la mayor parte de las naciones no habian salido apenas de la barbarie. Si Persépolis, la metrópoli del Oriente, es un monton de ruinas magestuosas, aun quedan los magníficos monumentos literarios, religiosos y filosóficos donde hay mucho que admirar. La literatura persa es riquísima en poemas, apólogos, cuentos maravillosos, novelas, odas y epígramas, y en medio de la decadencia del imperio, en medio de un gobierno que puede calificarse de despotismo puro, todavía Persia conserva ese espíritu refinado y deseoso del cultivo literario de que carecen muchas naciones modernas que se jactan de civilizadas. Por mecánica que sea su profesion, apenas

hay un individuo que no reciba educacion literaria. Todos los persas son entusiastas en su aficion á la poesía, y el más infeliz de los artesanos puede leer y repetir los bellos pasajes de Rondeggi, Pilpai, Firdansi, Hafiz, ó cualquiera otro de sus celebrados poetas. No hay poblacion que no tenga sus escuelas, donde vayan á educarse los hijos de los vecinos más pobres en los rudimentos de las lenguas persa y árabe, en la lectura del Koran, en las fábulas persas y en la escritura manual en que son excelentes. Así los literatos son en gran número, y su rango muy elevado y lleno de consideracion en la república. En Persia, un hombre instruido es distinguido en todas las sociedades que honra con su presencia, reservándosele un puesto de honor. Esta distincion á las letras, las artes y las ciencias hace que los persas sean más cultos y sociales que los turcos. Sin embargo, en ninguna de estas tres ramas han hecho grandes adelantos, á causa de su sistema de gobierno y de sus preocupaciones. La luz de la ciencia no puede brillar donde existe la tiranía, donde el jefe del Estado considera á sus vasallos como instrumentos que puede manejar á su gusto; así que en punto á verdades morales les es preciso la alegoría de la fábula que las cubra para que no hieran, y en punto á ciencias físicas son dados á la astrología y la alquimia. El astrólogo es un gran personaje en Persia. El rey, que á su vez es esclavo por las muchas ceremonias y deberes que ha de cumplir, no puede hacer cosa alguna sin consultar al real astrólogo, que á su vez consulta á las estrellas. Apenas puede uno tomar un astrolabio, recitar frases ó términos técnicos, conocer los nombres de algunos planetas y entender los almanaques astrológicos, ya se considera cualificado para dar consultas, y como los grandes no hacen nada sin este prévio paso, están en gran predicamento. La alquimia es una de las ocupaciones favoritas de los hombres instruidos, deseosos de hallar la piedra filosofal.

Hemos dicho que el rey está sujeto á muchos ceremoniales, siguiendo uno de los caractéres peculiares del país, que es la observancia de un cúmulo de prácticas rutinarias en que se hace consistir la finura y aparente cortesía de los persas. Esto en cuanto á los actos, pues en lo que toca á las expresiones, son un tejido de hipérboles verdaderamente orientales, no desconocidas á los europeos del Mediodía. Estas expresiones, ya convencionales, hinchan el discurso sin darle peso en proporcion al volúmen, y se usan en cualquier trato por frívolo que sea. Un extranjero creerá al oirlos hablar, que van á derramar su sangre, gastar su fortuna y perder la vida en su servicio. Este lenguaje no es solo peculiar de los cortesanos, sino hasta del último menestral, quien no tiene escrúpulo en ofrecer al forastero la ciudad de Sheeraz con todos sus arrabales como un pequeño regalo, cual si le perteneciesen y fueran propiedad suya.

Cierto es que un pueblo dotado de viveza de imaginacion, y en donde, como en otras épocas sucedia entre nosotros, se teme caer en delitos de lengua al modo que hay delitos de imprenta, la conversacion ha de viciarse de algun modo. El persa es amigo de conversar, y carece de libertad en su discurso. Natural es que confinado á ciertas materias y lugares comunes, se adelgace y alambique, y se vicie por querer llegar á la elegancia. Demas de esto, como siempre están recitando trozos elegantes de poesía, les son familiares las imágenes y las expresiones que á los del Norte podrán parecer pedantescas. La falta de libertad hace tambien que los persas se deleiten mucho en el chiste y en el epígrama, con que se tirotean y hostilizan mútuamente con mucha gracia é ironía.

Gracias á esta viveza de imaginacion y cultivo de las letras, hay ciertas profesiones en Persia, como los narradores de historias y de cuentos, los bufones ó *lootes*, los historiógrafos y poetas reales, que son peculiares á este país. El historiógrafo, al modo que en los tiempos de Esther, escribe los anales, y el poeta celebra en sus versos las virtudes y cualidades del príncipe. El narrador ó fabulero está siempre en la córte para entretener al rey y á los ministros con sus cuentos dramáticos. Debe ser hombre de gran talento y disposiciones personales favorables para representar él solo las partes de todos los personajes interlocutores, y cambiar los episodios dándoles siempre novedad y originalidad. El fabulero, como médico del ánimo del rey, ha de estar observando su talante para escoger en el surtido de sus historias, ya las tristes, ya las alegres, segun convengan al temperamento en cada ocasion.

Sucede con éstos como con los *improvisatori* en Italia, y son tan numerosos como los poetas errantes, que poeta llaman en Persia á cualquier simple autor de versos por malos que sean. Todo el reino está lleno de estos hombres, que han recibido educacion literaria, y no saben cómo emplearla, prefiriendo vivir de limosna, á ocuparse en ejercicios productivos, por la fatalidad de que todo el que sobresale en algun ramo de la industria, halla la recompensa de ser empleado en las córtes y ciudades por altos personajes que no pagan sus servicios. Los persas no retribuyen á sus criados tampoco, y la única utilidad que éstos tienen son las propinas que reciben de los presentes que se hacen los amos.

Que los persas, capaces de sostener la conversacion con ingenio y gracia, amen la sociedad, y que ésta sea agradable bajo el punto de vista de la instruccion en conocimientos generales, no hay duda ninguna; pero este agrado se neutraliza por el fastidioso apego á la ceremonia y á la etiqueta, á la cual dan mucha importancia, aprendiendo desde niños cómo se han de poner y qué han de hablar á los superiores, á los iguales y á los inferiores; aunque no aprenden á ser sinceros,

y este afan de llenar solo las apariencias, les hace ser hipócritas y maliciosos, y dar larga rienda á la conciencia.

Si su poesía y su lenguaje son bellos, la arquitectura es sencilla, la escultura casi desconocida, y la música detestable, aunque no falta quien alabe los cantos persas de dulces y patéticos, con mayor razon que los que les censuran. En medicina están poco adelantados y llenos de preocupaciones, y á esta ignorancia se agrega la prohibicion que los mahometanos tienen de hacer autopsia de los cadáveres, con lo cual no pueden adelantar en la anatomía. Su preocupacion es tal, que estando á menudo afligidos por plagas de viruelas, resisten cuanto pueden la introduccion de la vacuna. En cuanto á su modo de curar, no conocen más que cuatro orígenes de enfermedades y cuatro géneros de remedios: reduciéndolo todo á frialdad, calor, sequedad y humedad. En cambio son famosos industriales, y fabrican hermosas telas de seda, de lana, de algodon, brocados, tapices, pieles; dan excelentes tintes; trabajan el oro y la plata con gran habilidad, y á más de artefactos en cobre, surten los mercados con sus celebradas espadas y alfanjes.

Los persas y armenios, que forman una gran parte de la poblacion del reino, son muy dados al comercio, particularmente al de caravanas por la India, la Arabia y la Turquía asiática, pues en todo tiempo han tenido aversion al mar, y solo por el mar Caspio han comenzado en no lejana época su comercio con la Rusia.

En punto á cualidades personales, los persas son hermosos, robustos, activos, de imaginacion viva, comprension fácil y de gran memoria. Es esta en ellos tan extraordinaria, que les basta oir una oda para retenerla, y una vez aprendida, jamás se les olvida. No conocen lo que son distinciones, ni títulos, ni tratamientos, excepto el que se da al primer ministro; ni visten con el lujo y afeminacion que se vé en otras partes: por lo menos las joyas solo las luce el soberano, y eso en las ceremonias de oficio. La religion mahometana prohibe el uso de la seda; pero se escapan por la tangente, mezclando con ella un poco de algodon, y así pueden gastar brocados.

Entre las mujeres persas, las de Sheeraz son las más notadas de hermosas, por ser altas, bien hechas y de ojos más negros y brillantes, bien que ayudan á perfeccionar el rostro, segun ellas dicen, pintándose las pestañas y las cejas con polvos de antimonio. La hermosura entre los persas consiste en unos ojos grandes, negros, tiernos y melancólicos, que difunden una especie de veladura dulce y amorosa sobre todas las formas, y por cierto que no tienen mala teoría los señores persas. De aquí viene el uso del antimonio, porque la negrura de las pestañas y cejas, añade brillantez á los ojos y comunica cierto género de poética melancolía y voluptuosidad.

Por supuesto que las persas llevan de rigor el manto con escrupulosidad oriental cuando salen á la calle, y de tal modo, que solo deja dos agujeros para los ojos; pero preocupaciones extrañas las hacen ser muy cautas en ocultar el rostro, al paso que son muy negligentes en cuanto al resto de su hermosura. No solo es imposible ver el rostro de las persas, que se consideraria una afrenta, sino que se tiene por insulto hasta que un amigo pregunte por su salud. Tampoco se tolera llamarlas por su nombre, y tienen que andar con rodeos y circunloquios. De esta esclavitud en que entra la mujer casada, particularmente en todos los países mahometanos, se vengan cuando solteras, teniendo al amante bajo una extraña tiranía, pues como no pueden verse los novios, una novia hace estar al amante todo un dia á la puerta de su casa recitándole versos en loor de su hermosura y sus buenas prendas.

Hé aquí como celebran sus casamientos.

Cuando los padres de un jóven han determinado casarlo, miran si entre sus parientes ó amigos encuentran una pareja, y hallada, el padre, la madre ó hermana junta á varios amigos y va con ellos á la casa de la elegida, en donde en el discurso de la plática se propone el enlace. Si el padre de la muchacha se conforma, incontinenti hace traer dulces, que es la señal de aceptacion, y por entonces se despide la comitiva. Dias despues, las hembras de la familia del novio se reunen en la casa de la futura esposa, para estipular los términos de la boda y los regalos acostumbrados. Éstos, en medianas circunstancias, consisten en dos trajes completos, un anillo, un espejo y una cantidad de dinero efectivo, para el caso en que ocurra divorcio. Tambien proveen de ciertos muebles, como alfombras, etc. Hecho y sellado el contrato de boda, que guarda el padre de la mujer para hacerlo cumplir en todas sus partes, se celebra el casamiento á los tres dias. En la primera noche de las ceremonias se lava la novia, se unta las manos y los piés con la yerba llamada *hinna*, y se pinta las cejas y la frente con antimonio, esto es, se une las cejas, que consideran un aumentativo de la hermosura. De lo que sobra de la yerba se le manda al novio, para que se unte del mismo modo. La procesion de la boda lleva el órden siguiente: primero la música y las bailarinas, que hay muchas en la Persia, y ejecutan unas danzas muy provocativas acompañadas de canciones nada limpias y de actitudes indecorosas. Pero esto no es de extrañar: donde quiera que la mujer es esclava, la acompaña todo género de degradacion. Despues van los criados con teas encendidas, llevando los regalos en bandejas, y más de una vez suelen llevar cofres vacíos para ostentar riqueza, cosa muy conforme con su prurito por apariencias y fausto, en lo que es muy notable la córte persa. En seguida vienen los parientes y amigos, las mujeres vestidas con sus mejores galas y con velos de

seda rojos, ó de muselina estampada que llamamos *persia*. La novia, sostenida por dos mujeres si va á pié, ó guiada por un eunuco si á caballo, va enteramente cubierta con un velo, como estátua almacenada para que no le caiga el polvo. La costumbre de taparla toda en esta ocasion es para evitar que los envidiosos la hagan mal de ojo; porque los persas tienen, además de las supersticiones que conservan de los antiguos magos, las que les comunicaron los mahometanos. Para ellos no hay dias indiferentes, sino, ó son fastos ó nefastos; y para hacer la mayor friolera han de consultar, si pueden, el momento más propicio. De aquí viene que los astrólogos, aun inferiores en saber á los poetas, salen mejor librados y logran hacer fortuna. Para empezar un viaje tienen el libro de los augurios, cuyos capítulos empiezan con una letra del alfabeto, bien afortunada, ó bien siniestra. El entrar en nueva casa, poner nuevo vestido y hacer otras cosas insignificantes, son materias muy premeditadas, y por supuesto la hora de firmar el contrato y la de salir en procesion, ha de ser escogida astrológicamente por el primer charlatan que se encuentra á mano.

Despues de la novia van muchas gentes á caballo, y todos dando voces y haciendo ruido hasta llegar á la casa del novio, y llegados que son, el novio abraza á la estátua, se celebra el banquete nupcial, separados los sexos, sin duda para que el novio no la vea la parte del rostro que tendria que descubrir para comer. Terminados los festejos se retiran los recien casados á oscuras, y el marido no sabe qué cara tiene su mujer hasta el dia siguiente, porque nunca la ha visto, sino como Don Quijote á Dulcinea, *de oidas,* por la relacion y pintura que sus parientas ó amigas le hacen; pues en el punto y hora que una niña llega á la edad de siete años, ya la encierran donde no la vea la luz, y si sale ha de ser velada de piés á cabeza. Esto, por de contado, se entiende hablándose de personas, segun decimos los europeos, respetables. Mujeres de cierto rango, rara vez se ven en las calles; pero las pobres no están rigorosamente encerradas. En ciertas partes, como en Bouschir, ellas son las que hacen el oficio de nuestros aguadores. Asimismo, las mujeres de las tribus nómadas persas no tienen inconveniente en mostrarse á los extranjeros sin velo, y aun las de Ispahan, Sheeraz y Teheran, que son las principales ciudades, si van á las casas de las amigas no rehusan quitarse el manto para que las vean los *feringi,* que así llaman á los europeos, y son más que demasiado curiosas en preguntarles por su vida y milagros, y por la suerte de las mujeres, cuya libertad envidian. No así los hombres, segun refiere Malcolm, del rey á quien visitó en 1800 como embajador inglés.—«Hablarémos más adelante de negocios, le dijo: entre tanto, es preciso, capitan Malcolm, que me deis algunos informes sobre una cosa que me han dicho, y que yo no puedo creer. ¿Es verdad que el rey de Inglaterra

no tenga más que una muger?» Yo respondí que era verdad, y que ningun rey cristiano podia tener más que una.—«Entonces, replicó, tendrá concubinas.»—«El rey de Inglaterra, contesté, es muy estricto observador de sus deberes, y no tiene ninguna.» Entonces el príncipe se echó á reir con todas veras, y dijo que no querria ser rey de un país en donde hubiera tales usos.

Ya hemos dicho que el marido no vé á su esposa sino al dia siguiente de la boda; pero tiene el derecho de repudiarla y divorciarse aquel mismo dia, si se le antoja, cumpliendo antes las condiciones del contrato, y pudiendo volver á casarse con la misma y divorciarse hasta tres veces. De la costumbre mencionada nace la práctica de estipularse lo que llamamos en España esponsales, muchos años antes del matrimonio, cuando la mujer no ha llegado á los siete años, y entonces puede verla el jóven su futuro marido. El divorcio, que se efectúa por la menor causa, solo lo piden los ricos, que pueden pagar en el acto el dote ó compensacion convenida. Los pobres no se divorcian, pero si quieren deshacerse de sus mujeres, las tratan mal, á fin de que ellas entablen la demanda. Los que viven en poblaciones pequeñas, ó forman parte de las tribus, no recurren á este espediente, porque las mujeres les son muy útiles por los servicios que les prestan. No es esto decir que en las ciudades estén las mujeres mano sobre mano, ociosidad solo reservada á las jóvenes y hermosas del harem del rey. Las de los particulares hilan, cosen, bordan, hacen sus vestidos y los de su marido, y se ocupan en los negocios domésticos.

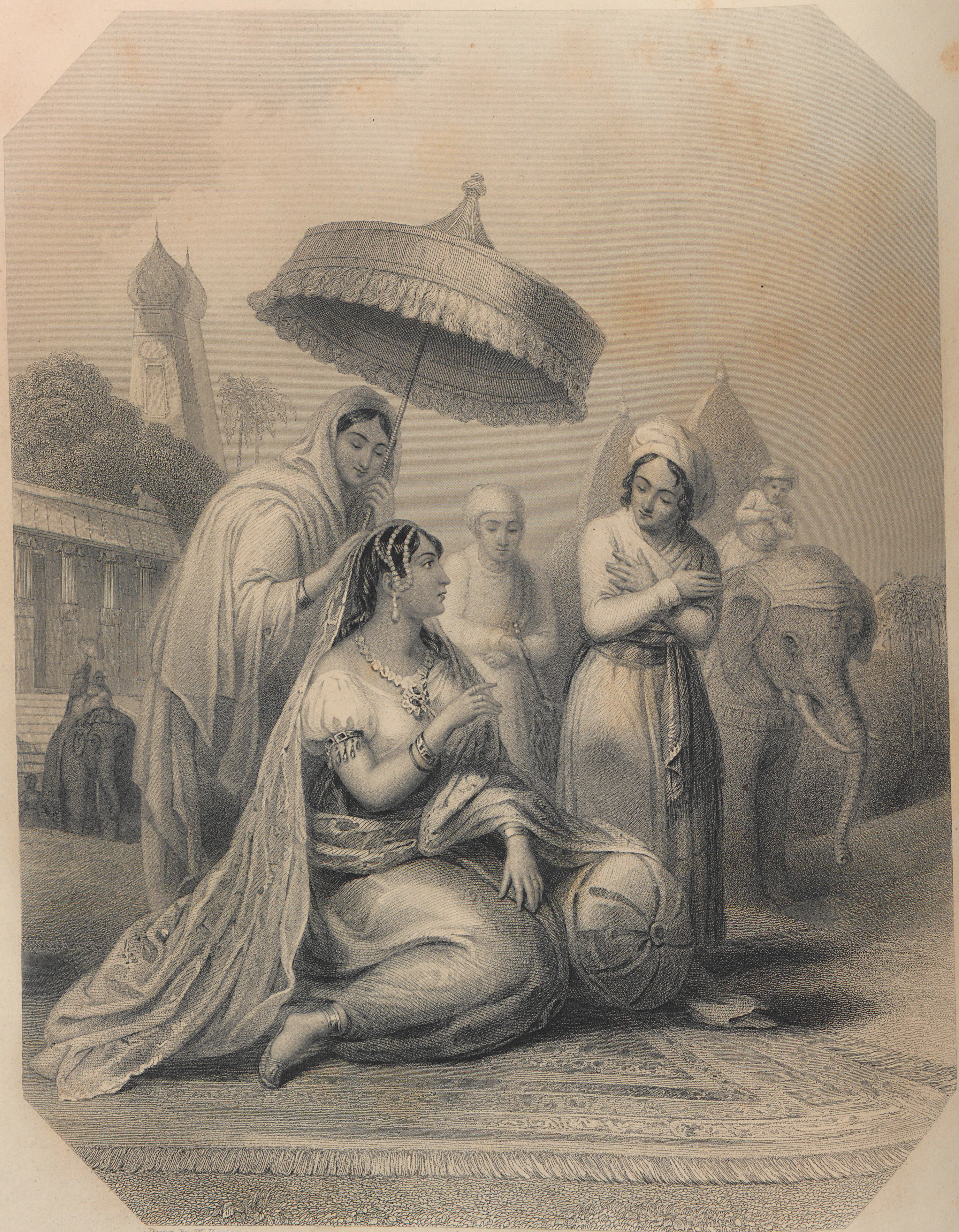
El uso de talismanes es general. Consisten en una sentencia de Mahoma, ó algun dicho de su profeta Alí, escrito sobre papel ó grabado en una planchita de metal, que atan en las muñecas, brazos ó cuerpo, y los de más alto rango, las inscriben en rubíes, esmeraldas ú otras piedras preciosas. Las mujeres nobles tienen pequeñas medallas de plata en que graban sentencias y atan á sus brazos con un cordon ó cinta de seda encarnada ó verde, y las creen remedio infalible contra fascinaciones del diablo ó de los malos espíritus que andan por el mundo procurando hacer todo el daño que pueden. Es cierto que si la religion de Mahoma permitiese las imágenes, no habria mucha diferencia en la forma, ya que no la hay en el fondo, entre estas creencias y las de los europeos. En Italia hormiguean estas supersticiones, y por temor de los *getattori*, casi siempre llevan las manos en forma de cruz. Contaba uno de nuestros ministros diplomáticos en Roma, á quien su ilustracion debia poner por encima de estas preocupaciones, que tal era la fé y seguridad con que se le afirmaba el poder de dañar con las miradas, que en una ocasion en que tuvo que hablar con uno de estos fascinadores, no pudo menos de, *por sí ó por no*, hacer la señal de la cruz, con mucho disimulo, ocultándola bajo el faldon de la levita, y así la tuvo mientras duró su entrevista con él.



Drawn by J. Browne.

Engraved by H. Egleton.

Persia_La Rosa de Cachemira.



Drawn by W. Perring. Engraved by J. Posselwhite.

India — La Perla Preciosa.



En Persia, aun los más ilustrados, creian que el errar de una estrella era ocasionado por los golpes dados por los ángeles en las cabezas de los diablos que intentaban penetrar en los nueve cielos, dos menos que los que contábamos los europeos. Seria un estudio curioso el de flaquezas comparadas de la humana especie, y veríamos tal vez que no estamos tan distantes de los pueblos que llamamos incultos y tratamos con desprecio. En el siglo XVI, todo un doctor en medicina escribia en la *Crónica del hombre*, que el infierno estaba á doscientas noventa y pico de leguas.

Los persas tienen muchas leyendas de sus *mollahs* ó sacerdotes sobre las hazañas de los doce *Imauns;* pero no son tan fanáticos como los turcos, únicos á quienes aborrecen. En Turquía no es permitido aun el color verde á quien no sea descendiente del profeta, so pena de ser apedreado, y en Persia este color es el más favorito hasta en las pieles de los zapatos. Tambien se diferencian en que los turcos rezan con las manos juntas y puestas delante, y los persas las extienden y abren; bien que estas prácticas devotas casi son desconocidas en las tribus, cuyos individuos no tienen instruccion religiosa, ni observan las prohibiciones de beber vino y comer carne de cerdo, ni ayunan en el Ramazan, ni hacen oracion; y si un *mollah* viene á predicarles, se muestran impacientes y no hacen caso de sus exhortaciones.

Como extravagante referirémos una costumbre que tienen en los campos cuando celebran el matrimonio, y es la que distingue estas ceremonias de las que hemos referido de las ciudades. La mañana del dia en que la desposada debe dirigirse á la casa del marido, los amigos de la familia, y si es hija de un jefe, todos los que están bajo la dependencia del esposo, se juntan y forman una escolta armada. El cortejo se adelanta con las bailarinas y músicos, y cuando el marido, que va delante á caballo, está ya cerca de la novia, le tira una naranja ó manzana con toda su fuerza, tanto que el mayor ó menor vigor que use al arrojarla se tiene por agüero más ó menos efectivo de su felicidad. Todos los circunstantes, que han estado mirando silenciosos, se envuelven en una general confusion, cuyo objeto es atrapar al marido que, á carrera abierta, va procurando ponerse en salvo, y ellos asimismo le persiguen con sus ligeros corceles, pues el que logre cogerle tiene derecho á su caballo, su silla y su traje, y si es pobre á algunas monedas de plata; aunque rara vez tiene esto lugar, á causa de que el desposado lleva el caballo más ligero y sus amigos protegen su retirada.

II.

BIRMAN.

Las ceremonias que hemos visto usan los persas en sus matrimonios, las hallamos tambien entre los birmanes, imperio situado en la península oriental de la India, cuya capital es Ava, y cuyas provincias meridionales, cedidas á los ingleses, ponen á su emperador en la dependencia que los príncipes de aquel territorio respecto á la famosa *Compañía de las Indias*. En el norte de este imperio habitan tribus salvajes, y tanto los hombres como las mujeres son celebrados por su buena apariencia física, aunque es costumbre de estas últimas pintarse el rostro de azul.

Entre los usos particulares y preocupaciones de este pueblo, mencionarémos los siguientes.

Su culto es el de Buda, y sus templos al *Supremo dorado* son piramidales y de una grandeza extraordinaria. Los sacerdotes visten de una manera análoga á los de nuestros países, con sola la diferencia de que no pueden usar más color que el amarillo, símbolo del oro. Pero hay entre ellos una raza sometida, agricultora y pacífica, que llaman *Carianes*, los cuales no tienen idea alguna de religion escrita, explicando su ignorancia porque Dios escribió sus leyes y mandamientos en la piel de un búfalo, y llamó á todas las naciones á que tomaran una copia. Todos obedecieron, excepto ellos, que por estar ocupados en las labores del campo no tuvieron lugar, y quedaron desde entonces en ese estado de ignorancia.

Es otra particularidad de las gentes de este imperio, el que los trajes, las casas, los muebles, los aparejos del caballo, y todo cuanto sirve para el uso de una persona, denota por algun modo su distincion ó categoría social.

Entre los habitantes de las montañas, las mujeres, á cierta edad, se graban en la cara una porcion de semicírculos, que destruyen completamente su belleza, y dan por razon de este uso, que ha existido desde tiempo inmemorial. En punto á su culto y creencias, con decir que niegan la existencia del pecado entre ellos, se comprenderá que gastan poco tiempo en aquel, y no se quiebran la cabeza con respecto á estas. Lo único que creen es que al morir volverán á convertirse en niños, por el ministerio de *Mounzing*, que es el padre y la madre del mundo.

En la ciudad de Pegahmore, capital del Pegú, y en otras muchas, los birmanes que han cometido un robo y son indultados, son marcados con dos círculos negros en las mejillas, y con un letrero en el pecho que dice, ladron de tal ó tal género, y hecho esto, los emplean en oficios de policía y seguridad entre los vecinos.

En el distrito de Rangoon y en otras partes del imperio echan mano en los juicios de la prueba del agua. Un testigo ocular refiere un caso de esta manera: «Dos mujeres de la clase media litigaban sobre la pertenencia de una pequeña propiedad ante un tribunal de justicia, y como los jueces viesen ser muy dificultoso decidir la cuestion de derecho, se determinó por consentimiento de las partes poner el negocio á prueba. Las litigantes, acompañadas por los magistrados, sacerdotes y un gran concurso de pueblo, fueron hácia un pozo ó estanque, situado en las inmediaciones de la ciudad. Despues de hechas algunas ceremonias preliminares, las dos mujeres entraron en el pozo, y se fueron sumergiendo hasta que el agua les llegaba á los pechos. Junto á ellas se colocaron tres hombres, uno de los cuales puso á las mujeres juntas, mientras los otros dos colocaban sobre sus cabezas una tabla. A una señal dada, empujaron con gran fuerza esta tabla, sumergiéndolas en un instante. Las mujeres desaparecieron, y no se las vió durante cerca de minuto y medio, al cabo de cuyo tiempo, una de ellas, casi sofocada, asomó la cabeza, mientras que la otra continuaba en el fondo del pozo, y fué inmediatamente sacada por los hombres, visto lo cual, un magistrado pronunció solemnemente el fallo en favor de esta última, de suerte que la justicia está de parte de quien tiene más resuello.

Este uso de juicios de Dios es extensivo á todos los pueblos de la dicha religion.

Los birmanes no conocen la pasion de los celos, que impulsa á los demas pueblos de Oriente á encerrar á sus mujeres y ponerles guardias de vista; así es que tienen tanta libertad como la civilizacion las permite en Europa. Verdad es, que en medio de esto las consideran no pertenecientes á la misma escala que los hombres en el órden de la creacion, y aun en las leyes establecen una diferencia degradante entre ambos sexos. El dicho de una mujer tiene menos fuerza y valor que el del hombre, y si tiene que dar una declaracion en los tribunales, lo ha de hacer desde la puerta por la cual no se la permite entrar. Consecuencia de esto es que se vendan las mujeres, sin que esto se tenga por deshonra, pues sufren resignadamente la condicion á que se las rebaja.

Una de las leyes de los birmanes prohibe la emigracion de las mujeres, y si un marido tiene que ir fuera del país, en ningun caso puede llevar consigo á su esposa. Todo buque antes de salir de los puertos, es registrado cuidadosamente por los aduaneros para cerciorarse que no va mercancía femenina en él, y si alguno eludiera

esta ley, le seria confiscado el buque é impuesto un castigo severo. Tampoco las jóvenes nacidas de madre birmana pueden salir de su nacion, pues creen que la expatriacion de las mujeres empobreceria el Estado, disminuyendo las fuentes de la poblacion y del tráfico comercial, que es inmenso en su territorio, pues tienen una actividad extraordinaria y un suelo fertilísimo y abundante en ricas producciones, como maderas, oro, plata, ambar, piedras preciosas y excelentes granos, en particular el arroz.

A pesar de que los birmanes creen que la castidad no se guarda cercándola de muros y centinelas, tienen eunucos en la córte; pero son más bien que otra cosa, recuerdo de su conquista de Arracan, cuyo príncipe habia adoptado esta repugnante costumbre de los mahometanos; puesto que la infidelidad no es defecto característico de las mujeres birmanes, en parte debido á que tienen bastante ocupacion, para impedir que ande vagando la fantasía.

«Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupadas,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias:»

dice Cervantes. En lo antiguo el tejer é hilar era ocupacion de princesas, y como entre las damas griegas, las más distinguidas de las birmanes, y aun la reina, fabrican en casa las telas necesarias para el uso doméstico.

Por último, para completar la pintura de este pueblo, dirémos que presenta caractéres correspondientes así á una sociedad inculta como civilizada. Con sus enemigos son vengativos y crueles: si conquistan, no perdonan sexo ni edad, y llevan por todas partes la desolacion y exterminio; y en medio de esto, manifiestan gran benevolencia entre sí, y mucha caridad con los enfermos, los ancianos y los pobres, aunque no conocen los mendigos, pues si alguno se halla en necesidad le buscan trabajo, y si está imposibilitado le sustentan.



[illegible] un castigo severo. Tampoco las [illegible] de su nacion, pues creen que la [illegible] disminuyendo las fuentes de la [illegible] su territorio, pues tienen una [illegible] abundante en ricas producciones, como maderas [illegible] y excelentes granos, en particular el arroz.

[illegible] no se guarda cercándola [illegible] pero son más bien que otra [illegible] habia adoptado esta [illegible] infidelidad no es defecto [illegible] á que tienen bastante ocu-[illegible]

[illegible] de princesas, y como [illegible], y aun la reina, fabri-[illegible] necesarias para el [illegible]

[illegible] para completar la [illegible] dirémos que presenta [illegible] correspondientes así á [illegible] civilizada. Con sus ene-[illegible] vengativos y crueles [illegible] sexo ni edad, y llevan [illegible] partes la desolacion [illegible] esto, manifiestan gran [illegible] entre sí [illegible] los ancianos y los pobres, [illegible] en necesidad le buscan [illegible]



Drawn by Brown. Engraved by H. Egleton.

India _ Ensueños de Amor

III.

SIAM.

Altas montañas separan de Pegú, Ava y Laos á este país, muy conocido en sus límites marítimos, pero no en el interior. El carácter de los siameses participa mucho de la naturaleza del clima, que es enervante, y parece que hacen consistir su felicidad en la insensibilidad y la indolencia, llegando á considerar bajo y deshonroso todo trabajo que requiere el empleo de la fuerza, y que por lo mismo relegan á las mujeres. Su placer es gozar de una calma deliciosa, de la que no salen sino por impulso ageno, pareciendo verdaderos instrumentos, y así no es de extrañar que este reino, como otros del Ásia, estén gobernados despóticamente. Tienen pocas necesidades, y son ricos en medio de su indigencia, al menos en medio de la privacion de los goces ficticios que los pueblos cultos se han creado.

Siam, que así se llama la capital real, está pintorescamente situada entre un archipiélago, y ella misma forma una isla en donde lo más visible y grande es el palacio del rey y los establos de los elefantes, que pasan por ser los más hermosos y más inteligentes de la especie, particularmente los blancos, que son raros y muy buscados, y entre los siameses objeto de un culto casi divino; porque como todos los pueblos budistas, creen en la metempsicosis, y se imaginan que despues de su muerte han de pasar á los cuerpos de estos animales, aunque por su aparente satisfaccion y aficion al reposo, el siamés debia ir á habitar los cuerpos de los gatos, segun la doctrina de Sócrates.

Consecuencia de este culto es que los elefantes tengan los títulos de príncipe, duque, marqués, conde y par, que los civilizados se dan á sí mismos y con tanto afan ambicionan, y hasta el príncipe de los elefantes tiene un palacio solo para él. Las casas de los siameses son en cambio chiribitiles sin gusto ni acomodo.

En Siam reina el despotismo más monstruoso. El rey es el propietario del territorio, y el dueño absoluto de la vida y la libertad de sus vasallos. Todos los labradores tienen que trabajar para él un tercio del año, y en sus manos está el monopolio comercial de los principales productos del país. Los altos dignatarios se

llaman como en la China *mandarines*, y éstos y los *talapoins*, ó sacerdotes, y el resto de los habitantes del imperio, se arrastran todos como reptiles ante los piés del soberano.

En lo antiguo los reyes de Siam celebraban la ceremonia de labrar ellos mismos la tierra al comenzar cada estacion del año, para ennoblecer la agricultura; pero como despues los monarcas degeneraron y miraron con menosprecio á los labradores, no quisieron en persona asistir á esta solemnidad, sino delegaron á un representante, por lo general un bufon, á quien en vez de llamarlo rey, le llaman el *Gran señor del arroz*. Este, montado en un buey, y seguido de mandarines y cortesanos, labra la pequeña porcion de tierra que le señalan, mientras los colectores van recogiendo los diezmos, que pertenecen al príncipe, el cual, si se avergüenza de esta práctica, no tiene reparo en ser el primer usurero del reino, y tener un tesoro aparte, con el cual presta al ciento por ciento.

La indolencia de los siameses es tal, que aun los centinelas no pueden estar en pié, y se les vé cumpliendo su deber echados en el suelo. El andar les es penoso, y el rey por no hablar, da sus órdenes por signos. Se dejan crecer las uñas hasta una longura prodigiosa, con lo cual se distinguen las personas elegantes entre ellos, y las damas que quieren agradar nunca se muestran sin uñas postizas de cuatro pulgadas de largo. Los hombres se arrancan las raices de la barba, que les molesta mucho en su clima cálido, y éstos y las mujeres ponen tanto empeño en ennegrecer los dientes, como los europeos en blanquearlos. Con todo eso son muy aficionados á la limpieza; se perfuman el cuerpo, y nadie va á visitar á otro sin haber tomado préviamente un baño.

Con los criminales usan una crueldad extraordinaria. El gobierno no los alimenta, y se ven forzados á salir por las calles á pedir limosna. Van atados de siete en siete, y metidos los cuellos en tablas de madera de seis á siete piés de largo, de modo que su suplicio no tiene reposo. Durante la noche los encierran en una especie de redil y los obligan á que griten por turno: «Yo, fulano, de tal ciudad, estoy aquí por tal crímen;» y si no lo hacen, el verdugo los obliga á latigazos. Verdad es que con esto y otros castigos más horribles para los asesinos, dan una prueba grosera de su aversion á los delitos. Los siameses detestan el robo, que por otra parte es innecesario teniendo pocas necesidades, pues en vestir gastan poco, yendo todos medio desnudos, y en comer no emplean mucho, estando los comestibles muy baratos y siendo la frugalidad virtud del clima. Tan opuestos son al robo, que los más avaros ponen sus tesoros en los sepulcros de sus parientes, y los creen allí tan seguros como en el centro de la tierra, y nadie se atreve ni aun á levantar del suelo un objeto perdido.

En los juicios conocen tres clases de pruebas ó juicios de Dios: la del agua, la de la píldora y la del fuego. Esta última consiste en cavar un hoyo en la tierra en donde colocan carbones encendidos, rellenando el hueco. Por encima de ellos ha de pasar el criminal tres veces con los piés descalzos, y despues de haber estado algunos dias sin andar, á fin de que la piel no se endurezca y sea más sensible á la accion del fuego. La prueba del agua ya la hemos visto entre los birmanes, teniendo solo que añadir, que los siameses creen que hay en el fondo del agua un diablo que atormenta al criminal, y le hace subir más pronto para huir de sus garras, mientras que el inocente, estando en paz, no se da tanta prisa á salir.

La de la píldora ó vomitivo va acompañada de muchas ceremonias, y mientras hace efecto, los *talapoins* pronuncian muchas imprecaciones contra el delincuente.

En caso de asesinato, extienden una cuerda formando un círculo en derredor del lugar del crímen, de cien varas de rádio, y todos los que viven en ese circuito han de pagar una multa, mayor ó menor, segun la distancia á que se hallen del centro.

Por lo mismo que la naturaleza ha negado á los siameses un agradable órgano vocal, el canto es su pasion dominante, y aun en algunos tiempos, las audiencias que los reyes daban á los embajadores era cantando. Si pasean en sus botes ó góndolas, hechas del tronco de un árbol, y á pesar de eso larguísimas y capaces de contener muchos remeros, van cantando para medir la bogada, y al encontrarse con otro barquichuelo se saludan lanzando una copilla, que tiene su respuesta *in promptus*, del otro barco. Al templo van y vuelven cantando, y en sus ceremonias de lavatorio de ídolos, todo es cantar desde que empiezan hasta que acaban. La pasion por el canto es tan general y dominante, que los primeros misioneros se vieron obligados á convertir los rudimentos en sones latinos, á fin de imprimirlos en sus discípulos. Su música posee piezas concertantes que ejecutan con gran precision, con la particularidad que las mujeres hacen la parte del bajo. No obstante, el sonido áspero, fuerte y discordante de los instrumentos que usan, destruye la armonía y belleza de su concierto. Entre sus instrumentos hay uno en forma de cocodrilo, hueco por dentro y con cuerdas en el vientre, semejando á los violines nuestros en la forma y en el son á un harpa ó guitarra. Es muy curioso que un pueblo tan indolente haya inventado una danza en que los bailarines aparecen con alas y colas para simbolizar la velocidad del ave. No es tampoco menos extraño, que las leyes prohiban á las mujeres actuar como parte en las comedias, y las permita presentarse al público como bailarinas.

Los siameses son apasionados de toda clase de juego, menos de las cartas, y

no es raro que para satisfacer esta pasion vendan hasta sus mujeres é hijos. El del ajedrez goza de preferencia en estas partes de la India, como que, segun los eruditos, en la India tuvo su cuna; pero no lo juegan á la manera que en Europa, sino que aumentan las dificultades y complicaciones de los movimientos, por la ausencia de una pieza que equivalga á la reina. En el Oriente, donde la mujer está subordinada siempre, no se permite ni aun en el ajedrez que la reina sea la más libre y principal en el juego.

Éste, la piedra filosofal, el ópio, el tabaco y el canto son los placeres de los siameses, que ni conocen el lujo, ni cultivan las artes y las industrias. Especialmente en pintura, están muy atrasados, teniendo por principio que el arte no ha de imitar la naturaleza, sino, como decia Vidriera, vomitarla. Es muy frecuente ver en sus representaciones pictóricas un hombre más alto que una montaña en primer término, y junto con esta ausencia de perspectiva, hay una presencia de infinitas figuras fantásticas, que son las que más celebran. Solo en trabajar el oro son excelentes artífices, y con él acostumbran á revestir estátuas y objetos que estiman. Dícese que el rey escribe á los otros soberanos en hojas de oro.

El número de elefantes que en este territorio se encuentra, nos induce á hablar de este el mayor en categoría entre los cuadrúpedos por su volúmen, utilidad é instinto, cuyo recato es tanto, que no se sabe se haya unido con la hembra sino en lo apartado y escondido de los bosques. De la inteligencia de este mismo género de la familia *proboscidea* se ha hablado mucho, y en particular de los nacidos en el Ásia, aunque el baron Cuvier afirma, que despues de haberlos estudiado mucho tiempo, no halla que exceda á la del perro y á la de otros animales. Otros dicen que su sagacidad aparente se debe á su admirable trompa, con la cual puede hacer cosas imposibles á la raza canina. Por ejemplo, el elefante, al echarse, limpia con ella un pedazo de terreno, con tal arte, que parece que un hábil barrendero lo ha limpiado con una escoba. La trompa, formada de infinitos miles de pequeños músculos, es susceptible de infinita variedad de movimientos, y sobre tener un tacto muy sensible, termina con un apéndice *digitali-forme*, por medio del cual puede recoger del suelo una aguja lo mismo que levantar un buey con la *proboscis* enroscándola.

Con todo eso, en las épocas modernas no se saca el partido que en otras se sacó del elefante. En África, por ejemplo, donde se crian muchos en los bosques del interior y en las partes entre Senegal y el Cabo, apenas es útil al hombre cual lo fué en otros tiempos, aunque el usarlos los cartagineses da indicio de que los africanos se servian de ellos. La razon de esto no es que hayan degenerado en fuerza ó en docilidad, sino que es diversa la condicion social y política de los habitadores de estas regiones, é inferior el estado de su civilizacion. En las guerras,

donde antes prestaban tantos servicios, y en las que muchas veces decidian la suerte de las batallas, no pueden prestar ninguno con la introduccion de la pólvora. Este animal, que en medio de su gigantesca y espantable estructura tiene un no sé qué de tímido y de blando, parece que fué hecho para la guerra, tal como se hacia en lo antiguo. En la India tenian los reyes un número prodigioso. El rey del territorio que hoy es Indostan, y antes fué llamado Palibotra, tenia nada menos que nueve mil elefantes, al decir de Plinio y de Solino; aunque no hay que dar mucho crédito á estos dos escritores, y menos al segundo, que difundió muchos embustes y exageraciones. Que Poro opusiese doscientos á las legiones de Alejandro, es ya más llevadero. Este uso lo introdujo Pyrrho en el Occidente, y sabido es que en la derrota de Asdrubal en Sicilia, el proconsul Metello le tomó ciento y cuatro elefantes, que hizo llevar cautivos á los piés del Capitolio.

Si con la inteligencia y fuerza del elefante se combinara la malignidad, seria el terror de los hombres; pero al contrario, es de los más sencillos y fáciles de manejar. No obstante su altura de doce, catorce y aun quince piés, y sus seis á siete mil libras de peso; no obstante que si caminando por el bosque con algun objeto determinado parecerá su marcha la de la locomotora echando abajo cuanto por delante se encuentre, con un sencillo y delgado cordel se le ata, y es tan gentil y bien mirado, que si encuentra un rebaño de ovejas, las va dispersando suavemente con la trompa, temeroso de hacerlas tortilla con su enorme peso. ¿Y este es el animal que, sin ferocidad alguna natural, penetraba en las falanges, aplastaba á los soldados con su trompa, los atravesaba con sus colmillos, los hacia trizas á sus piés y espantaba á los caballos? Cosa rara: el ruido del trueno y del cañon le enfurecen, y en medio de su rabia la voz del guardian le calma, ó en su defecto, la sola aparicion de la hembra.

La carga del elefante en Siam no es proporcionada á su fuerza. Solo lleva de peso mil doscientas libras, y aun con ellas no se le puede hacer andar mucho, pues á lo mejor hincha el vientre tomando resuello, y en un momento rompe cuerdas y cinchas, y echa la carga á tierra, tal vez guiado por el ejemplo de los perezosos siameses. El rey y los personajes de rango generalmente montan en elefantes, y los enseñan desde pequeños, como en Europa se enseñan á montar á caballo. Para subirse en él, usan de una escalera, ó bien lo acostumbran á extender una de sus patas, por lo cual se suben, manteniéndose en la misma posicion hasta que se sientan.

Ya dijimos que en Siam se les idolatra. En efecto, los pertenecientes al rey son tenidos en la consideracion y categoría de personas, y nobles por añadidura. Tienen sus esclavos, en más ó menos número, segun la opinion que se forma de su ins-

tinto y sagacidad. El elefante blanco, que es el primero en dignidad, es servido por cien esclavos: las paredes de su palacio están doradas, y los mandarines no se desdeñan de consagrarse á su servicio. Este respeto tiene su orígen en la creencia de la metempsicosis, pues están persuadidos de que las almas de los reyes y héroes pasan á los cuerpos de elefantes. Esta creencia les hace tambien anatematizar las riñas ó combates gallísticos, y propagar la idea de que el que expone á muerte su gallo, será azotado con garfios de hierro en el otro mundo. A pesar de esto, es uno de los placeres mayores de los siameses, lo cual prueba el caso que hacen de los *talapoins* ó teólogos.

Entre los usos á que aplican las fuerzas del elefante, uno es el de echar abajo los edificios con la trompa en caso de fuego, cosa no muy difícil, porque las casas son de madera y muy pequeñas, y si hay edificios de ladrillo y piedras, ellos mismos se están cayendo faltos de cimientos. Tambien los usan para echar al rio barcos.

La caza del elefante es la más noble, y solo se reserva para el rey y los príncipes, aunque los bosques están llenos de estos animales. El macho siempre va á la cabeza de un gran número de hembras, lo cual excita entre ellos celos y batallas. Las hembras nunca se mezclan en estas peleas; pero llenas de admiracion y respeto hácia el ánimo y la valentía, abandonan al que huye y siguen al vencedor. Como en estas cacerías el rey y los príncipes cogen muchos, eligen los mejores para su uso, y envian los demas á Mergui, á venderlos á los mercaderes que vienen de la costa de Coromandel para traficar con ellos, trayendo en cambio las más ricas telas de Bengala, Surate y Persia. Este comercio constituye la más abundante fuente de riqueza de los siameses, que por la venta de ellos y del marfil de sus colmillos y dientes se procuran los productos extranjeros.

Por supuesto que el rey se reserva para sí este comercio, y nadie puede hacerlo sin exponerse y exponer al comprador á severas penas. Hay además labradores arrendatarios obligados á pagar al tesoro cierto número de dientes, lo que los obliga á ir á cazarlos, siendo éstos los únicos á quienes está permitido; pero suelen esconder el producto de la caza, con riesgo de ser condenados á cortar yerba para los elefantes, castigo que se prolonga en su familia y descendientes, á menos que no consigan perdon especial del rey.

La manera de cazarlos es muy curiosa. Conocen tres modos de caza. Uno consiste en enlazarlos cuando corren por el bosque; otro en ponerles trampas en donde son cogidos por un pié, y otro, que es el más divertido, llevarlos á un círculo del cual no pueden salir sin ser apresados. Para atraerlos á este lugar emplean como reclamo á las hembras. Para enlazarlos se necesita mucha maña, y en este ejercicio son instruidos los jóvenes nobles de Siam. Hay escuelas para enseñar este

arte, y salen tan diestros que, caballeros sobre elefantes domesticados, atan al elefante silvestre por el pié, aunque no lo levanta de la tierra más de seis ó siete pulgadas. Cuando el animal está enlazado, lo dejan correr por el bosque, en el cual prontamente se enreda la cuerda en las raices y troncos de los árboles. Entonces le acercan elefantes domesticados, le atan á ellos cuando comienza á sentir el hambre, lo sacan del bosque, lo conducen á la ciudad, y en pocos dias se domestica y se hace tan tratable y manso como los otros.

El segundo modo de caza con trampa es usado por aquellos que tienen la obligacion de proveer al rey con determinado número de colmillos. A ciertas distancias ponen lazos en la tierra por los sitios donde presumen que ha de pasar el elefante. Los lazos, que están hechos con cáñamo y pellejo de búfalo, solo tocan en la tierra por un lado, y por el otro levantan hasta la altura de un pié. Al extremo de la cuerda, cuyo largo suele ser de doce ó quince piés, atan un pedazo de madera en forma de áncora. Al meter el pié en uno de estos lazos, lo arrastra por algun tiempo, hasta que se engancha, y tirando cuanto puede se aprieta más y más hasta que le causa un gran dolor, y se vé precisado á estar quieto. Entonces come cuanto puede alcanzar con la trompa, y concluido el alimento, sin poder hallar otro, se debilita y muere.

El tercer modo es más parecido á una cacería. Para esto tienen hecha una plaza con estacas y puertas levadizas, como en los toriles ó chiqueros se usan en España, y junto á ella hay varios patios ó corrales, y asimismo barreras para el objeto que ahora verémos. Cuando quieren traer elefantes silvestres á aquel recinto, mandan á los bosques diez ó doce hembras, delante de las cuales va uno bien enseñado, llevando sobre sus lomos una porcion de ramas de árboles, y dentro de ellas un hombre escondido para hacer las señales oportunas. Apenas llegan al bosque, vienen algunos machos á hacerles compañía, y entonces el hombre hace la señal al elefante para que vuelva hácia el circo. Todos vuelven muy despacio, comiendo por el camino las hojas de los árboles que se encuentran. Los elefantes machos siguen á las hembras, y éstas procuran como los cabestros llevarlos en el centro formándoles la centinela, hasta que les siguen ya por instinto, pues esta cacería dura á veces un mes, y en este tiempo se acostumbran á seguirlas. Al llegar al circo, entra el elefante conductor, y tras él machos y hembras, bajándose entonces la puerta levadiza y quedando todos encerrados. Entonces, por otro lado comienzan á sacar poco á poco las hembras, y cuando percibe el elefante que su número disminuye, se enrabia, embiste á las que quedan, y corre de un lado á otro á buscar escape, el cual encuentra en una puerta que da á un chiquero ó jaula, á través de cuyos hierros le enseñan un elefante domesticado, y apenas le vé, corre hácia él para embestirle,

y cerrada la puerta en seguida, queda encerrado sin poder moverse, pues solo hay el espacio suficiente para que quepa el cuerpo. Entonces le echan un lazo en cada pié, atando las cuerdas á las estacas que están más cerca y corresponden á cada uno. Hecho esto, el elefante domesticado se retira, y abriéndose otra puerta frontero de aquella por donde entró, el enjaulado se esfuerza por seguirlo y embestirlo, y á este punto van dando gradualmente suelta á los lazos, y en el punto en que todo el cuerpo está fuera de la jaula, vienen dos grandes elefantes domesticados y se le colocan á los costados como guardias de seguridad, atándolos á los tres fuertemente. Una vez atados, los dos alguaciles le dan golpes con sus trompas para hacerlo andar, y si por acaso se resiste ó anda despacio, otro elefante viene por detrás, le punza con los colmillos y le hace andar más que de prisa. En esta conformidad le llevan al rio para que se bañe y refresque su cólera, que ya está muy subida de punto, y ya lavado y refrescado, le traen al establo y le atan cuello y patas á un torno que le hace dar vueltas, y con este ejercicio y el poco alimento que le han dado, á propósito para que se debilite, se va sosegando y domesticando.

Estos animales profesan grande afecto á los que los cuidan, y mil anécdotas se refieren de extraordinarias muestras de gratitud, por beneficios que les han hecho, así como de venganza cuando les han tratado mal. Viven en la mejor armonía con los monos, que los siameses colocan donde quiera que tienen elefantes, persuadidos de que cualquier mal aire que atraviese, pasará por los monos y no dañará á los elefantes. En cambio aborrecen á otros animales. No pueden sufrir la vista de gallinas y pollos, y cuando los embarcan cuidan mucho que no se escape una de estas aves de sus jaulas, pues si las ven, se vuelven ingobernables y en su furia intentan destruirlo todo. No es este aborrecimiento tan comprensible como el que tienen á los tigres y cocodrilos, con los cuales pelean, siendo esta una de las principales diversiones de los siameses. En estos combates, los elefantes llevan cubierta la cabeza con una piel fortísima, donde pueden esconder la trompa y protegerla contra las garras del tigre. El elefante se precipita sobre él, y trata de atravesarlo con sus colmillos ó pegarle con la trompa, la cual esconde inmediatamente dentro del cuero; porque si el tigre logra cojerla entre sus uñas, no tiene salvacion. Por el contrario, si el elefante puede poner su pié sobre el enemigo, inmediatamente le hace tortilla.

Del mismo modo pelea con el cocodrilo, á quien trata de herir por el vientre, ó tomarlo con su trompa, lanzarlo por los aires y aplastarlo con la pezuña al caer á tierra; pero su formidable enemigo es una especie de tigre, muy pequeño y muy activo, que se le sube sobre el espinazo y le desuella hasta que lo mata, por donde se vé cuánto más vale la maña que la fuerza.

En Delhí y otras partes de la India oriental, la córte celebra á menudo fiestas en que la principal diversion es la lucha de elefantes unos con otros. Para ello levantan en una gran plaza una valla ó muro de tierra, de tres á cuatro piés de espesor y cinco ó seis de altura. Los dos elefantes que han de pelear, se encuentran frente á frente, el uno á un lado y el otro al opuesto de la muralla, llevando cada uno encima dos hombres, á fin de que si el delantero, montado casi sobre el cuello y llevando un rejon en las manos para guiarle á derecha é izquierda, cae al suelo en la pelea, el otro pueda ocupar inmediatamente su puesto. Estos cuatro ginetes ó guias animan á los elefantes al combate y á que caigan con vigor sobre el contrario, ya acariciándolos, ya golpeándolos fuertemente. Despues de haber estado algun tiempo con estos preliminares, los elefantes se acercan á la muralla, y por encima de ella se asaltan furiosos dándose tan crueles golpes con los colmillos, cabeza y trompa, que parece que con cada uno de ellos va á quedar muerto uno de los contendientes. La pelea dura algunos minutos: despues cesan, y vuelven á pelear de nuevo muchas veces, hasta que la muralla viene abajo, en cuyo caso el más fuerte cae sobre el otro, le hace volver la espalda, le persigue á colmillazos y trompazos, y le agarra de manera, que no hay modo de separarlos sino con *cherkys*, ó fuegos artificiales quemados entre ambos, pues son muy temerosos del fuego, y por eso no hacen cosa de provecho en las batallas desde la invencion de las armas de fuego. Cierto es que algunos no son tan tímidos; pero de éstos se encuentran pocos, y aun eso despues de haberlos acostumbrado á la pólvora, tirando mosquetazos delante de ellos y arrojándoles buscapiés. Esta lucha de los elefantes no seria desagradable si no fuese cruel, pues sucede á menudo que los guias caen al suelo y son aplastados, porque los elefantes tienen la malicia de procurar echar abajo al conductor ó guia del adversario: así es que el dia en que va á tener lugar la pelea, se despiden de sus mujeres é hijos como si estuviesen condenados á muerte cierta. Lo que los anima y estimula es que si escapan con vida y hacen su deber, el rey les aumenta la paga y les da además una buena recompensa pecuniaria, y si mueren, la paga va á su viuda ó herederos. Hay otro daño en estas fiestas, y es, que como los espectadores se afanan por acercarse y presenciar lo mejor que pueden la contienda, siempre hay personas atropelladas por los elefantes, ó pisadas por los caballos y gentes que de improviso corren todas á la vez y caen unas sobre otras cuando los elefantes están enfurecidos y el uno persigue al otro.

IV.

TIBET Y MOGOL.

Vamos á hablar de estos dos reinos, tratando especialmente de sus creencias y hábitos religiosos por lo notables que son.

Los tibetanos habitan la parte más meridional y elevada del interior del Ásia, y profesan la religion llamada *Camaica*, que es tambien la de los mógoles y kalmucos budhistas. El jefe ó pontífice se nombra *Dalai-Lama*, ó *Gran Lama*; reside en L'Hassa, capital del imperio tibetano; extiende su dominio espiritual hasta en la Tartaria, y aun los chinos ambicionan el título y traje de *lamas*, que en el Tibet se da á los príncipes como los títulos de nobleza y condecoraciones entre los europeos.

El principal objeto de adoracion en este país es *La*, el mismo que los chinos llaman *Fó*, quien pretende ser un príncipe en apariencia y un dios en esencia, el cual no murió, sino se retiró por un breve período, y aparece y se perpetúa en determinados tiempos; de manera que no es el vicario visible en la tierra, sino el dios mismo en carne y hueso, vivo y efectivo, en la persona del Gran Lama. Sus adoradores no ponen dificultad en esto, por estar muy conforme con la doctrina de la transmigracion de las almas, y creen que la de Buda, ó Chakia-mouni, ó el La, al dejar el cuerpo de un Gran Lama, toma posesion al momento de otro cuerpo, no habiendo cambio en la esencia sino en la forma. Esta divinidad habita alternativamente dos conventos situados en las cercanias de L'Hassa, capital del Tibet, y tiene doscientos discípulos, sacerdotes ó Lamas, además de una gran gerarquía, en tanto número, que apenas hay familia sin Lama; y si se considera que el *lamismo* es quizás, segun afirman varios escritores, una de las religiones más extendidas que existen, se podrá formar una idea del ejército de subalternos de este *dios vivo*, cada uno de los cuales tiene un bonete expresivo de su dignidad y categoría. El traje de los Lamas es encarnado, y asimismo el sombrero que generalmente usan. El jefe está siempre rodeado de sacerdotes, y se prohibe absolutamente que ninguna mujer pase la noche en el recinto donde se halla el Gran Lama. Todos se condenan

al celibato, renuncian los bienes mundanos, asisten á los servicios de las iglesias y monasterios ó van como misioneros á otros pueblos.

El pontífice, sentado con las piernas cruzadas sobre un lujoso almohadon puesto sobre un altar, recibe las adoraciones de sus sectarios. El dios terrestre no se levanta nunca, ni se descubre, ni saluda á nadie, contentándose con poner la mano sobre la cabeza de los fieles, quienes creen recibir así la remision de sus pecados.

El poder del Gran Lama era mucho mayor en otros tiempos. Hoy depende en parte del emperador de la China, aunque éste reconoce su autoridad en materia religiosa. Dos mandarines con una guarnicion de mil hombres ocupan la capital de L'Hassa para protegerlo, y en Pekin hay un vice-Lama ó nuncio enviado del Tibet. Los chinos que profesan su religion le llaman *Ho-Fo*, que quiere decir el dios viviente. Cuando muere, los Lamas buscan la persona más parecida bajo todos aspectos, para hacer creer que es una resurreccion. Sin embargo, Bernier y otros relatan, que antes de morir, junta un concilio y designa el niño á cuyo cuerpo va á pasar su alma.

Un viajero tuvo una entrevista con un niño Lama, encarnacion de *Fo*, á pesar de que por órden del emperador de la China estaba de incógnito, y se prohibia absolutamente la entrada en su residencia hasta á los mismos fieles que venian de luengas tierras, en especial los tártaros. Este Lama se llamaba Teeshoo-Lama, y vivia en el monasterio de Terpalin, en un palacio que hay fabricado en el centro, de una milla de circunferencia y rodeado de una muralla. Las demas dependencias de dicho monasterio sirven de alojamiento á trescientos sacerdotes, escogidos para celebrar los servicios divinos con el pontífice. Como es rara esta narracion, la transcribimos á seguida con toda fidelidad.

«Cuando entré me lo hallé sentado en su cogin. A la izquierda estaban su padre y madre, y á la derecha el personaje destinado particularmente para acompañarle. El cogin ó *musnud*, está formado con varias almohadas de seda puestas unas sobre otras hasta la altura de cinco piés. Una manta de seda bordada cubre la parte superior, y por los lados cuelgan como adornos pedazos de telas de seda de varios colores.

»Me adelanté, segun es costumbre, y entregué un pañuelo blanco de seda, una sarta de perlas y corales, y puse otros presentes á sus piés. Hecho esto, tomé asiento á la derecha de Teeshoo-Lama.

»Una multitud de personas que formaban mi séquito fué admitida, y se les permitió que hicieran sus reverencias. El niño Lama se volvió hácia ellas, y las recibió con una mirada significativa y complaciente. El padre me habló en el

lenguaje tibetano, traducido por el intérprete, diciéndome que Teeshoo-Lama se levantaba tarde todos los dias; pero que en aquel se despertó más temprano, y no hubo modo de hacerle dormir porque decia que esperaba visita.

»Durante mi permanencia en el salon, los ojos de Lama no se apartaron de nosotros, y cuando se nos acabó el té, parecia inquieto mirando nuestras tazas vacías, y echando la cabeza hácia atrás y arrugando la frente, comenzó á hacer ruido hasta que las llenaron, pues él no puede hablar. Despues tomó de una taza de oro azucar tostada, y extendiendo el brazo, hizo señal á sus servidores de que me la diesen. Aunque era un niño, yo me ví en la necesidad de decir algo, pues se me habia dicho que aunque no podia replicar, no por eso dejaba de comprender, y la criaturita, mientras estuve hablando acerca de mis deseos sobre la prosperidad de su país iluminado con su presencia, me miraba con gran fijeza y atencion, como si entendiera todo y no pudiera replicar. Los padres miraban á su hijo afectuosamente y con una sonrisa de satisfaccion al ver lo bien que se conducia. En efecto, su mirada siempre estuvo fija sobre nosotros, sin permitirse volverla hácia sus padres, y aunque mucho trabajo debe de haber costado enseñarlo, en aquella ocasion su conducta y movimientos parecian naturales y espontáneos, y no dirigidos por ninguna accion ni signo de autoridad.

»Teeshoo-Lama tiene diez y ocho meses. No habla, pero hace signos muy expresivos, y se condujo con gran decoro y dignidad. Su color es trigueño, sus facciones bien hechas, los ojos negros, la fisonomía animada, y me pareció uno de los niños más hermosos que habia visto en mi vida. Con el padre conversé muy poco. Díjome que tenia órden de obsequiarme tres dias por cuenta de Teeshoo, y que estuviese otro dia más por hacerle placer, á lo cual no pude negarme. Entonces me convidó á una diversion para el dia siguiente, que habia de tener lugar á corta distancia del monasterio, y habiendo aceptado, nos despedimos y retiramos.

»Durante la tarde fuí visitado por dos personajes del palacio de Lama, que tienen los principales empleos cerca de su persona, y me dijeron cuán dichoso era por haber merecido ser objeto de su especial atencion, y aun añadieron que habia hecho algunos esfuerzos como para pronunciar el nombre de mi nacion.

»Dos dias despues volví á visitarlo y á llevarle algunas curiosidades que habia traido para él desde Bengab. Le llamó la atencion un reloj pequeño, y lo tenia en las manos observando por largo tiempo el movimiento de la manilla que marcaba los segundos. Lo admiró, pero con gravedad, y sin ninguna emocion infantil.

»Los fieles de Teeshoo-Lama comienzan á venir á millares á prestarle adoraciones. Pocos son todavía admitidos á su presencia. Los que vienen, tienen por gran felicidad si se lo enseñan por una ventana y pueden prosternarse antes que lo

retiren. Hoy vino una bandada de tártaros kalmucos con propósitos devotos y para hacer ofrendas al Gran Lama. Al volver de mi visita, los ví de pié á la entrada de la plaza que hace frente al palacio, todos con los sombreros quitados y las manos elevadas. En esta actitud permanecieron sobre media hora, fijos los ojos en las habitaciones de Lama, y mostrando en sus semblantes una viva ansiedad. Al fin, creo que lo vieron, porque comenzaron á agitar las manos: uniéndolas sobre sus cabezas y volviendo á ponerlas sobre los rostros, las bajaban hasta el pecho y despues las separaban. Para ayudarse á postrar y levantar, se ponen de rodillas, y así bajan con la cabeza hasta el suelo. Todo esto, con los mismos movimientos, fué repetido por nueve veces. Despues se adelantaron á ofrecer sus presentes, que consistian en monedas de oro y plata y frutos del país, los que recibidos por el colector, se retiraron muy satisfechos.»

Puesto que de religion hablamos, darémos algunas noticias acerca de supersticiones y creencias entre los indios, contrayéndonos principalmente á las que se refieren á la transmigracion de las almas, que es general en estos pueblos creyentes en la religion de Boudha, la cual cuenta nada menos que doscientos millones de sectarios. Esta creencia ha traspasado los límites del Ásia. En América hay vestigios de ella. Los egipcios la comunicaron á los africanos. Pitágoras fué el maestro de ella en Europa, y la estableció entre los druidas, que la tenian por base de su religion. Los generales acostumbraban á animar á los soldados y hacerles despreciar la muerte, diciéndoles que apenas dejasen sus almas de habitar sus cuerpos irian á otros, y en el principio de nuestra Iglesia la adoptaron muchos sectarios como los gnósticos, maniqueos, valentinianos, marcionitas y otros. Entre los judíos tambien penetró, y en el *Talmud* se lee que el alma de Abel pasó al cuerpo de Seth y luego al de Moisés, y San Gerónimo da á entender que algunos judíos, y Herodes entre ellos, creian que el alma de San Juan habia ido á habitar el cuerpo de Jesus. Respecto á su orígen, hay diversas opiniones, pues unos la creen originaria de la India, y otros que Pitágoras fué el inventor de tal sistema y lo comunicó á los *bramas* en un viaje que hizo á las Indias, de donde pasó al Egipto por el comercio regular de comunicaciones que habia entre estos dos territorios.

Los indios tienen en sus diez y ocho libros llamados *Pouranas* una porcion de narraciones á su parecer concluyentes sobre la verdad de la transmigracion, y análogas á las que refieren los pitagóricos de su maestro. Sabido es que á éste le preguntaron sus discípulos si se acordaba de haber vivido en otro tiempo. «En otra época, respondió, he aparecido yo en el mundo bajo el nombre de Etalide, hijo de Mercurio, á quien pedí la gracia de acordarme de todos los cambios y vicisitudes que pudieran sucederme. Despues nací en la persona de Euphorbo, y fuí muerto en

el sitio de Troya por Menelao. En seguida animé otro cuerpo, y fuí conocido con el nombre de Hermotimo. Más tarde fuí un pescador de la isla de Delos, que se llamaba Pyrro, y últimamente soy Pitágoras.»

Pues bien, en los Pouranas, muchos grandes hombres cuentan las diferentes figuras que han tomado en diversos reinos, y entran hasta dar los menores detalles, como, por ejemplo, decir que en tales y cuáles partes y en ciertos parajes hallarán tesoros, armas, instrumentos de hierro, etc., que les pertenecian, por donde prueban que se acuerdan de sus hechos en las precedentes vidas. Por supuesto que antes de las transformaciones de los hombres están las de los dioses, y las metamórfosis de Vichnon, con la que aun esperan bajo la forma de caballo.

El alma, dicen, está en el cuerpo como un pájaro en su jaula. Como el hombre en una casa que habita y cuyas partes débiles tiene cuidado de reparar, así el alma está en el cuerpo y estudia cómo conservarlo y reparar las fuerzas cuando desfallecen.

La analogía sigue de este modo. A la manera que el hombre cuando la casa no es habitable sale de ella y va á alojarse en otra, lo mismo el alma sale del cuerpo cuando éste se destruye, y va á tomar posesion de otro.

Pero hay más: así como el hombre sale cuando quiere de su casa, y vuelve cuando se le antoja, hay grandes hombres cuyas almas tienen el privilegio ó facultad de desprenderse de sus cuerpos, dar una vuelta ó paseo y volver á ellos cuando les place, despues de haber recorrido diversas parte del universo.

Hé aquí el extraño suceso de una de estas escapatorias, referido en la vida de uno de los príncipes más poderosos de la India. Éste rogó á una diosa que le enseñase una súplica que tiene la virtud de separar el alma del cuerpo y hacerla volver cuando lo desee. El príncipe la obtuvo; pero por desgracia, un criado que le acompañaba y que quedó á la puerta del templo, la oyó, la aprendió de memoria y se propuso servirse de ella en una ocasion favorable. Como el príncipe tenia gran confianza en el criado, le comunicó la noticia del favor que habia recibido, aunque teniendo buen cuidado de no revelarle los términos del *Mandiran*, que así se llamaba la oracion. Sucedia á menudo, que el príncipe se ocultaba en lugar retirado, en donde daba salida al alma, y antes recomendaba mucho al criado que guardase cuidadosamente el cuerpo hasta que estuviese de vuelta. Un dia que este hacia la centinela al cuerpo de su amo, se le antojó recitar la oracion, y saliéndose el alma de su cuerpo, tuvo por conveniente entrarse en el de su amo el príncipe. La primera cosa que hizo este falso príncipe fué cortar la cabeza á su primer cuerpo, para que no le diese la tentacion á su amo de entrarse en él, y así el alma del verdadero príncipe fué obligada á animar el cuerpo de un loro, en

cuyo pelaje regresó á su palacio, haciéndose una completa *mutatio animarum.*

No es de extrañar que esto crean los indios. Plinio refiere en su historia natural, que un hombre tenia este admirable secreto de dejar su cuerpo cuantas veces se le antojaba, y que su alma, así libre, se paseaba por varias regiones de la tierra, y volvia á su cuerpo á contar las cosas que habian pasado en lugares muy remotos.

Otra de las comparaciones de que se sirven los indios para afirmar la metempsicosis, la toman de la nave y del piloto. El piloto, dicen, es el jefe del navío; lo gobierna á su voluntad, lo conduce á los países apartados, le hace entrar en los rios, y recorrer todos los puertos que en el mar se encuentran. Si se deteriora en algunas partes, luego lo repara; mas cuando la madera se pudre y amenaza naufragio, luego le abandona. Lo mismo el alma en el cuerpo del hombre. Ella le conduce á todas partes, le hace emprender largos viajes, le lleva á las ciudades, le hace bajar y subir, andar y reposar, y cuando está enfermo, busca los remedios propios para reparar sus fuerzas; pero cuando el cuerpo llega á perecer ó naufragar, ella la abandona y busca otro cuerpo á quien gobernar como el primero, ni más ni menos que un piloto busca otra nave cuando se le ha perdido la primera.

Finalmente, tambien comparan las almas en los cuerpos á un hombre en prision, lo cual supone que las almas que ocupan diversos cuerpos sucesivamente, son retenidas en ellos para expiar los pecados que han cometido en otras vidas. No solo los hombres sino los dioses subalternos, se ven obligados á animar cuerpos para expiar pecados cometidos en vidas precendentes.

Sobre esto hay infinidad de historias. Elegirémos la de Arichenen, uno de los cinco reyes hechos famosos en la India.

Este rey tenia un hijo llamado Abimanien, á quien queria extremadamente, y el cual vino á morir despues de aventuras varias. El suceso casi hizo desesperar al padre, tanto que Vichnon, la segunda persona de la trinidad indiana ó *trimourti,* tuvo piedad de él y le llevó á uno de los cinco paraísos en donde Arichenen vió á su hijo todo resplandeciente de gloria. El padre quiso abrazarlo y permanecer con él; pero le retiraron, y Abimanien le habló de esta suerte: «En otro tiempo, dios y todo como soy, caí en un gran pecado, y para expiarlo fuí condenado á prision en un cuerpo humano. Ya que he satisfecho á la justicia por mi crímen y que estoy enteramente purificado, me veis lleno de gloria como estaba en un principio.»

Ahora bien, dicen los indios, si los mismos dioses deben animar cuerpos para purificarse y hacer penitencia en tales prisiones, no se puede dudar que las almas, despues de haber cometido pecados en la primera vida, estén obligadas á permanecer en los cuerpos que animan como en otras tantas prisiones. Si los cuerpos

nacen de castas despreciables, si no son favorecidos por su naturaleza, si están sujetos á enfermedades y dolores, todo esto sucede para que purguen faltas de la pasada vida.

El Vichnon que aquí se nombra, es el famoso de las transformaciones, *avataras*, ó sean bajadas y encarnaciones, el cual tiene diversos sobrenombres y llena con sus metamórfosis la mitología de estos pueblos.

Las diosas, mujeres de los tres principales ó *trimourtinos*, están sujetas asimismo á semejantes cambios. Los de la mujer de Vichnon son extraordinarios. Ésta nació cuando los dioses y los gigantes hicieron voltear en el mar la famosa montaña de Merona, de donde salieron cosas prodigiosas, y entre ellas, como Vénus de la espuma, salió Lakehoumi, encanto de hermosura, que fué dada á Vichnon. Despues volvió á nacer de un fruto, cuyo olor en extremo dulce y gradable se esparce en diez leguas á la redonda, y siendo niña fué educada por un penitente llamado *Veda-mamouni*, el cual la enseñó todas las ciencias; pero como excedia en belleza á todas las de su sexo, el maestro quiso que se desposase con Ramen, que era Vichnon bajo la forma de un rey. Por entonces fué conocida la princesa por el nombre de Sida, y hacia una ruda penitencia á orillas del mar, la cual consistia en ponerse sobre un palo, en cuya base habia un vivo fuego. La reputacion de su belleza llegó á oidos de un gigante, rey de Ceilan. Éste se transportó al lugar en donde habia fijado su residencia, con intento de desposarla; pero no viniéndola en pensamiento casarse con ningun gigante, por grande y desaforado que fuese, y desagradándola aquella proposicion, se arrojó en el fuego, y fué reducida á cenizas. La penitencia no dejó de ser útil. Veda-mamouni recogió sus cenizas, las encerró en una caña de oro enriquecida de piedras preciosas, y así fué llevada á los tesoros del gigante Ravanen. Poco tiempo despues salió de la caña una voz semejante á la de un niño, y habiéndola abierto, se hallaron á Sida convertida en una niña. Consultados los astrólogos sobre este prodigio, respondieron que la dicha niña seria la causa de la ruina de Ceilan, por cuyo motivo la encerraron en un cofre de oro y la echaron al mar; pero el cofre, en vez de irse á fondo, sobrenadó por los mares de Bengala y se entró por uno de los brazos del Ganges hasta un campo, en donde hallada por unos labriegos, la llevaron á su rey, fué educada, y por último dada en matrimonio á Ramen, que era Vichnon en persona por aquella época.

De otros pueblos vecinos y sus costumbres hablarémos en otro lugar, para no extender demasiado este capítulo.

CHINA.

I.

El orígen y la historia de la civilizacion chinesca ha sido y es un problema que confunde á historiadores y anticuarios. Sábese que este imperio data desde una época remotísima, y posible es que llegase rápidamente al estado en que por siglos se ha mantenido; pero lo cierto es, que al llegar á ese punto y grado quedó su civilizacion estacionaria.

Los chinos han conocido, mucho antes que los europeos saliesen de las tinieblas de la barbarie, las más notables invenciones humanas, por lo menos las más influyentes en el progreso de las naciones. Conocian la aguja, la imprenta y el modo de fabricar la pólvora, y sin embargo, ni con su aguja adelantaron proporcionalmente en el comercio y la navegacion, ni con su imprenta formaron una literatura filosófica ni científica, ni emplearon la pólvora más que en juegos artificiales. Conocian la circulacion de la sangre siglos antes de que Harvey existiese, y tienen de anatomía y medicina las nociones que se pudieran hallar en los pueblos más rudos y salvajes. Teniendo sumo refinamiento en las artes y manufacturas, como en la seda y la porcelana, sus artefactos son hoy los mismos que ahora tres mil años, y no han contribuido en nada al progreso general de su sociedad.

Notables rasgos característicos distinguen este antiquísimo pueblo. El más particular parece ser la desemejanza, la poca ó ninguna analogía con los demas pueblos del universo. Tan *sui generis* parece el chino con su civilizacion, como el hotentote con la ausencia de ella. Si á propósito se hubieran empeñado en separarse de la forma comun de las sociedades humanas, no habrian llegado á crear una especie tan distinta, en el lenguaje, en su política celosa de aislamiento, en sus extravagantes costumbres y maneras.

Otro rasgo no menos visible es la tenacidad é intensidad con que éstas se imprimen y quedan en ellos estereotipadas, al modo que los caractéres fijos de su tipografía; porque es de advertir, que aunque la imprenta entre ellos es muy antigua, todavía no han hecho tipos movibles, siendo un paso tan fácil y sencillo.

Los chinos dan más importancia que los persas y cualquiera otro pueblo á las formas. Los ritos y las ceremonias, los usos y etiquetas son el todo para su entender. Las fórmulas más vetustas se conservan, aunque ya no tengan significacion y se haya perdido el conocimiento de sus orígenes, y las instituciones se guardan inalterables, aunque su espíritu ó vitalidad no existan desde mucho tiempo. Esto no va con la política, pues quizá no hay nacion que haya sufrido más conmociones ni tenido más rápidos cambios de dinastía.

Dada esta breve general idea del carácter de los habitantes, hablarémos del territorio.

La China comprende un territorio inmenso, casi la quinta parte de la tierra habitable, y está atravesada por rios y canales y por altas montañas. Su poblacion es inmensa y excede de trescientos millones de almas. Lo primero que llama la atencion del viajero, ya recorra las llanuras, ya las montañas, es este exceso de poblacion. Por lo demas, este imperio le cautivará más que ningun otro en el viejo mundo, por la extraordinaria novedad que presenta en todo. Las ciudades y pueblos, rodeados de altas murallas, se suceden unos á otros casi sin interrupcion. Los grandes rios, unidos por canales artificiales, llenos de embarcaciones cuajadas de traficantes y mercaderías, dan bien á entender la actividad de su comercio y de su industria. Como la poblacion hormiguea, hasta en los menores islotes de los lagos y los rios se ven lindas casas de labor y de recreo. Si se penetra en la ciudad sabia de Nankin, ó sea *reposo del rio*, ó bien se visita á Pekin, la córte de diez y ocho leguas de circunferencia, se cree estar en un vasto campo al ver las casas en forma de tiendas, coronadas con tantas astas y banderas y pabellones. En ellas verá pagodas infinitas, torres de porcelana, oro y colores vivos por todas partes; el famoso templo del cielo, de forma circular, coronado por un techo de tres órdenes hecho con un lienzo barnizado y adornado en lo interior con columnas

doradas y azuladas. Por do quiera linternas y faroles de muselina ó de papel, pintados con colores brillantes; teatros, fondas, baños públicos, casas de prostitucion, masas de hombres que se mueven en mil direcciones; aquí una procesion que conduce á una desposada, allí un séquito que prorumpe en lamentaciones conduciendo un cadáver: en todas partes músicas, comediantes, farsantes, saltimbanquis, charlatanes de toda especie; mandarines seguidos de esclavos y criados llevando banderas, linternas, quitasoles y varias insignias de su rango y dignidad: industriales trabajando en las calles ó llevando talleres ambulantes; títulos extravagantes en las tiendas, y trajes vistosos y raros adornando cuerpos de mediana talla que coronan cabezas de forma jónica y semblantes triangulares con cejas unidas y levantadas y color de ocre.

Sobre este pueblo que tanto se admiró recientemente, y á quien llamó Linneo *monstruoso*, reina un monarca absoluto, que pasa por hijo del cielo y único soberano del mundo, pues á los demas los considera como vasallos. El primer principio gubernamental de la China es elevar el emperador á una altura muy elevada sobre el comun de los hombres; colocarlo á una distancia tal, que no sea posible comunicacion alguna con él. Los chinos no solo le llaman hijo del cielo por título honorífico, sino creen que realmente el cielo lo ha engendrado. Por esto adoran su persona, se hincan de rodillas ante él, y hacen ofrendas á su imágen, á su trono, etc. Si se muestra en público, es rodeado de dos mil soldados con hachas, cadenas y otros muchos instrumentos simbólicos de despotismo, para que no le vean entre la muchedumbre de su escolta.

Pero si sus vasallos no le ven, ni él escucha jamás la voz del pueblo, el pueblo le tiene siempre presente por medio de la *Gaceta* de Pekin, hoja que sale diariamente, y que circula en todas las provincias y es leida en todos los lugares públicos. Por ella se saben en China todos los actos del soberano, aun los más insignificantes. Así el diario narra cómo ha pasado la noche, qué alimentos ha tomado y á qué hora, etc.

El emperador no puede tener más que una mujer legítima que participe de su rango supremo. Las otras, que ordinariamente no pasan de tres, llevan el nombre de reinas, ó *fuschines*. Su residencia es en Pekin, en cuyo centro se eleva el palacio imperial formando un cuadro inmenso, rodeado por supuesto de una muralla, y antes pasaban el verano en el palacio de Dche-Hol, que destruyeron y saquearon no há mucho los ingleses.

El poder imperial es al mismo tiempo pontifical, pues no hay otro medianero entre el cielo y el pueblo que el emperador, y él es el que oficia en las grandes festividades cuando hay que aplacar á la divinidad con sacrificios. La gloria, el

honor y el mérito de la prosperidad solo pertenecen á él, como en cambio se juzgan las calamidades resultado de alguna culpa, falta ó entuerto que ha cometido. Dominado él mismo por esta idea, cuando acontecen turbaciones, hambres, pestes, inundaciones ó terremotos, aparenta la mayor humildad; deja los ricos trajes y viste los sencillos; quita los mejores adornos de su palacio, y hace suspender los festejos en la córte.

Sin embargo de este absolutismo, la voluntad suprema del jefe está templada por las censuras de los magistrados y letrados, regularmente mogoles y chinos, y segun algunos escritores apasionados de la *chinería*, la fuerza está moderada por la ciencia, el capricho enfrenado por la moral, y la gerarquía entra hasta en la precipitacion y el desórden. A más de esto, la China es tolerante en materia de cultos. Hay en ella tres religiones principales: la primera es la de Confucio, ó de los letrados, que es el culto nacional ó la iglesia chinesca restablecida por este grande hombre. Esta religion reconoce un sér supremo; pero no ministros. Un templo hay en Pekin en la parte que llaman barrio tártaro, donde se hacen sacrificios á este filósofo, y además un colegio para sus descendientes. Solo el emperador en su calidad de pontífice oficia en el dicho templo, para lo cual se prepara con ayunos, abstinencias y obras de caridad. Los grandes sacrificios se celebran en los equinoccios, y durante su celebracion se suspenden todos los negocios.

Los primeros deberes de esta religion son la piedad filial, el respeto á la vejez y el culto de los muertos, sobre lo cual dirémos, que cada familia de rango elevado y que no carece de fortuna hace construir un pequeño templo en honor de sus antepasados, y toda persona por poco devota que sea visita los sepulcros de sus padres por lo menos una vez al año. Con los difuntos tienen tal cuidado, que si la tierra en que están les parece estar demasiado húmeda, sacan la caja y la ponen en la superficie de la tierra en otro paraje, viéndose así muchas por todas partes, por no encontrar sus parientes sitio á su gusto que las guarde. Es más: gran número de chinos tienen en sus casas su propio ataud, y en él se meten á menudo, ensayando el paso de la muerte ó contemplando filosóficamente el angosto, estrecho, duro y apocado lecho en que han de echar el sueño largo.

El segundo culto ó religion es el de *Tao-tsé*, ó de la *razon primitiva*. En su orígen, esta religion reconocia á la razon como sér supremo, y prescribia el amor al prójimo y la moderacion consiguiente en las pasiones. En los tiempos modernos ha degenerado en una especie de politeismo, y es el culto de los espíritus, de los génios y de los séres intermediarios. Los sacerdotes y las sacerdotisas son célibes, y se ocupan en la mágia y en la astrología.

El tercer culto es el *boudhismo*, que llaman los chinos religion de *Jo-tho*, y por

abreviatura *Fó*. La creencia en la transmigracion de las almas, que hemos visto ser dogma de los boudhistas, les hace abstenerse de matar animales, aunque no echan de ver que con solo respirar ó beber una gota de agua matan y se tragan millones de insectos, que tienen su vida, su organizacion y sus pasiones como las puede tener un elefante. Esta religion tiene gran número de templos y conventos llenos de imágenes sagradas, cada una de las cuales posee alguna virtud eficaz. Los sacerdotes son célibes.

Independientemente de estos cultos, los chinos se entregan á toda clase de supersticiones absurdas, de las que hablarémos más adelante, pues creen en la existencia de génios malos y buenos, adoran las divinidades tutelares de los rios, montañas, puertas, casas, etc., y les consagran ofrendas de vino y té. Además, hay en la China judíos, persas, mahometanos y cristianos, ya de antiguas familias convertidas por los jesuitas, ya de nuevos catequistas hechos por los misioneros recientemente enviados. Los protestantes han hecho tentativas varias con poco éxito. Su tráfico de biblias no ha sido ventajoso, y los chinos, pueblo astuto por excelencia, han desconfiado de estos predicadores que les tendian la mano, y no querian regenerar las almas, sino en tanto que les sacaran provecho.

En las ciencias han hecho los chinos pocos progresos. Apenas conocen los primeros elementos de las matemáticas. Los cálculos más sencillos los hacen por medio de una maquinilla, ó contando por los dedos como nuestras viejas. Esta falta de adelantos se explica por la índole de su lengua, por la ignorancia de los demas idiomas, y sobre todo, por su obstinacion en no querer comunicar con los extranjeros. Ahora que los europeos han salvado las murallas y abiértose el comercio y comunicacion con Pekin, se irá conociendo el influjo provechoso del trato con países más ilustrados. Como entre los chinos no se conocen los alegatos ni defensas en los negocios civiles y criminales, no tienen abogados, ni necesidad de decir como Pedro el Grande al ver tanto rábulo en Lóndres: que él tenia dos en San Petersburgo, y á su regreso iba á ahorcar á uno. Los médicos andan en poca estimacion para que los hombres de talento quieran estudiar la ciencia de Esculapio, pues el arte de curar lo profesan solo los charlatanes y los sacerdotes de *Fó* y de *Tao-tsé*. Ignorantes de la anatomía y de la economía del cuerpo humano, pretenden descubrir la localizacion de las enfermedades inspeccionando la nariz, los ojos y las orejas del paciente, ó estudiando el son de la voz, etc. Hecho esto, ordenan con expedicion y al modo de aquel que sacando al acaso recetas del bolsillo, decia: *¡Dios te la depare buena!*

En cambio de esto, superan en varias artes á las naciones civilizadas. Nadie como ellos ha perfeccionado el arte de teñir y el de extraer materias colorantes

de las sustancias animales, vejetales y minerales. Ellos enseñaron á los europeos el método para hallar la proporcion exacta en la mezcla de los metales. Del cinabrio no podemos sacar el vermellon tan brillante que ellos, aunque le traemos de su mismo país. Su color azul en la porcelana es más vivo y transparente que el fabricado en Europa. Son nuestros maestros en el arte de tallar el marfil, el nácar y la concha, de que hacen obras de admirable finura y delicadeza, como se vé en sus abanicos, cestas, etc. En grabar sobre piedras finas nadie les aventaja, ni ha podido imitar sus grandes linternas redondas, diáfanas y sin tacha. En obras de filigrana y ebanistería no conocen rivales, ni en las de cobre aligado con estaño de que hacen muchos objetos. Sus tejidos, bordados y perfumería son famosos é inimitables, y su *tinta de China* conocida en todo el universo.

La música de los chinos no merece el nombre de arte, puesto que no reposa en principios científicos. Nuestra manera de notar les es desconocida. Escriben la música de alto abajo por columnas, y sin indicar el valor de las notas ni el compás, cosa que por imitacion aprenden. Sus cantos son por lo comun lamentaciones con medida muy lenta, que acompañan con una especie de guitarra. En cuanto á armonía, no tienen idea. Todas las partes están al unísono, y sus instrumentos de viento y de percusion se distinguen por sonidos chillones y duros.

En la pintura no están más adelantados. Ellos no entienden de sombras, ni perspectivas, ni de nada que dé á un cuadro alma, expresion y movimiento. Dícese que no tienen disposiciones naturales para este arte; mas el hecho es que copian con grande exactitud todo lo que se les da, y en casi todos los objetos que fabrican ponen plantas, pájaros, insectos, peces y flores, fielmente representados y con una profusion de detalles que asombra.

Los monumentos de escultura son poco numerosos en China. Algunas de las estátuas colosales de barro cocido que se ven en sus templos no carecen de mérito, lo mismo que las de piedra que adornan las fachadas de los palacios, las puertas de las ciudades y otros edificios. Sus figurillas de madera, raices de árboles, metal y porcelana no son despreciables ni dejan de imitar bien la naturaleza, aunque se observa que huyen de representar el desnudo.

En punto á la arquitectura chinesca, el tipo es la tienda, cosa no extraña en un pueblo originariamente nómoda. Las casas de los ricos tienen tres divisiones para ellos, sus mujeres y sus criados. Las damas chinescas viven aisladas en una especie de harem. Los techos de las casas, de telas de varios colores, están sostenidos por columnas, y los edificios no reciben la luz de la calle, sino de los patios ó jardines á donde dan las ventanas con cristales de Moscovia, ó con papel. Acostumbran á hacer las habitaciones muy pequeñas, y las adornan con telas de seda y

curiosos objetos de oro, sándalo y otras maderas preciosas. Entre los muebles es notable una especie de divan de mármol, con almohadones rellenos de algodon y guarnecidos con cortinas, el cual calientan en el invierno. Las casas de las personas de mediana fortuna, y aun de las pobres, son de la misma forma en pequeño y con menos ornamentos.

En los caminos de la China abundan monumentos en honor de los personajes que se han distinguido, y generalmente en todas partes se ven estos testimonios de veneracion, erigidos por cuenta del Estado, así como en Inglaterra es por cuenta de los particulares. Una de las cosas notables en este país son los canales artificiales que lo cruzan, y pasan de trescientos. Entre estos el mayor, llamado rio del emperador *Yun-Ho*, recorre una estension de seiscientas leguas, y une la ciudad de Pekin con la de Hang-Tcheu. No obstante lo extraordinario de estas construcciones, la arquitectura naval ha quedado estacionaria. El mismo género de buques tienen hoy que los que vió y descubrió Marco Polo en el siglo décimo tercio. Estos buques llevan anclas de madera, y velas y cuerdas de bambú. El número de ellos en los canales, y sobre todo en el gran canal, es prodigioso. Solo pertenecientes al emperador hay diez mil, tripulados con doscientos mil remeros y marineros, que no cesan de llevar á la capital bastimentos y provisiones. La marina militar es insignificante, y se compone de una flotilla destinada á transportar tropas, perseguir piratas ó impedir el contrabando. Los chinos conocen que sus buques son imperfectos, y admiran la construccion de los europeos; pero cuando se les exhorta á imitarlos, se escandalizan de que se les haga tal proposicion.—«Es la construccion chinesca, responden con orgullo.—Pero no vale nada, se les dice.—No importa, basta que sea del imperio y seria un crímen variarla.» El ejército chino se compone de cerca de un millon de soldados, cuyo uniforme no es nada militar y convendria mejor á un payaso en un sainete. No hay fortalezas en China, pero todas las ciudades tienen murallas con torres, y además hay por una parte la gran muralla famosa que tiene de largo mil y doscientas leguas.

La gran muralla de la China fué hecha para proteger el imperio contra las invasiones de los tártaros, y ciertamente aparece á la imaginacion de los europeos una de las maravillas del mundo. El padre Gerbillon, que pasó muchos años en la nacion celeste, la llama una de las obras más sorprendentes y admirables que en el orbe se han construido. Los viajeros, sin embargo, han magnificado sus dimensiones, considerándola en toda su extension semejante al gran trozo que se vé en las partes cercanas á Pekin, ó en los lugares donde están sus principales puertas, en cuyas partes es altísima y espesa, fuerte y bien construida. Desde el Océano oriental hasta las fronteras de la provincia de Chan-si, esto es, en una

línea de doscientas leguas, está fabricada con piedra y ladrillo, con fuertes torres cuadradas bastantes para la defensa, y además fortalezas contiguas de apariencia formidable. En ciertos parajes de esta misma línea, la muralla es doble y aun triple; pero desde la entrada en la provincia de Chan-si hasta su confin occidental, es solamente de tierra, y en ciertos sitios tan baja, que los misioneros han podido cruzarla á caballo. Hay tambien muchas torres en este distrito, pero son asimismo de tierra.

La muralla sigue, por supuesto, todos los accidentes del terreno, y en ciertos lugares sube por encima de las más altas y escabrosas montañas, y sorprende en verdad, cómo los chinos han podido llevar piedras á tal altura, y cómo han construido baluartes y fortalezas donde los arquitectos europeos no se atreverian á levantar una choza. La gran muralla, que tiene ahora aun en sus mejores trozos muchas aberturas y brechas, está formada por dos lienzos de piedra sillar y de ladrillo, á distancia de varios piés, cuyo intermedio está lleno de tierra, haciendo aparecer un anchísimo muro de piedra sólida. Su altura media es de veinte piés, y la de las torres, de cuarenta, anchas en su base y disminuyendo en sus remates, en forma semipiramidal. Para subir á ellas y á la muralla hay escaleras de piedra ó de ladrillo, y cómodas rampas por las cuales pueden subir á caballo y colocarse seis ginetes de frente.

Cerca de todas las puertas practicadas en la muralla hay una gran ciudad ó poblacion de mediana importancia. En una de las que abren sobre el camino hácia la India está situada Siningfu, ciudad de extension prodigiosa y poblacion inmensa. En esta parte hay uno de los mejores trozos de la muralla, cuya anchísima esplanada es el lugar de recreo de los habitantes, tanto por la pureza del aire que allí respiran y la vista agradable que gozan, como por los juegos y ejercicios que celebran. Por encima de ella emprenden una jornada que dura diez y ocho dias, recorriendo el espacio que media desde la puerta de Siningfu, hasta la puerta de la ciudad de Sucien, que mira á un desierto, y se dice que muchos viajeros por mera curiosidad han hecho esta excursion mural, provistos de comestibles y demas bastimentos. El contraste entre el país *intra* y el extramuros, es en ciertos puntos interesantísimo. Por un lado se ven desde las altas torres y baluartes construidos en las cimas de las montañas, países cultivados cuajados de vivientes, y por el otro la aridez y soledad de los desiertos, donde no hay huella de planta humana, y no viven más que fieras. Agrégase á esto la diversidad de impresiones que causan, aquí una torre en el llano, resistiendo á la injuria del tiempo; allí otra medio arruinada en una roca; allá la muralla abierta en innumerables brechas; acá cubierta de plantas silvestres y adornada de árboles, cuyas raices serpentean en

sus intersticios, y lo que no es menos imponente, la línea recta que parece no terminar sin haber dado la vuelta al globo, y el melancólico aspecto que le da una antigüedad de más de dos mil años. Calcúlase que el material empleado en dos millones de casas, suponiendo que formen dos mil piés cúbicos de fábrica, apenas corresponde ni equivale al volúmen de material sólido de la gran muralla chinesca, sin incluir en este cálculo el de las torres, las cuales por sí solas representan más que todo el ladrillo y la piedra que forman la gran ciudad de Lóndres.

No es menos admirable la obra que la rapidez con que fué ejecutada. El todo se dice que fué hecho en cinco años, por muchos millones de trabajadores; porque el emperador obligó á que de cada cien hombres trabajasen en ella treinta. Fué concluida doscientos cinco años antes de Jesucristo. A pesar de esta antigüedad, dice Kircher, que en su tiempo, ni las vicisitudes del imperio, ni los cambios de dinastía, invasiones, asaltos de los enemigos, ni las tempestades violentas, diluvios y huracanes, habian logrado causar el menor deterioro en tan estupenda y fortísima fábrica. Los pasajes á través de la muralla están hechos con arcos como puentes, ya sobre la tierra, ya subterráneos. Las torres y muralla están guarnecidas por delincuentes ó forzados, ó ya por mercenarios extranjeros, lo cual explica la poca resistencia opuesta en las invasiones. Cuando el enemigo aparece, encienden fuegos en las torres, para indicar al pueblo á dónde ha de acudir á la defensa.

Contra la antigüedad de esta muralla, se alega el testimonio del veneciano Marco Polo, quien no menciona en sus viajes tal maravilla. Por otra parte, la fecha de su conclusion es uno de los hechos más auténticos que los anales de reinos antiguos han transmitido á la posteridad; pues desde trescientos años antes de la era cristiana, los sucesos del imperio chino han sido regularmente consignados en sus documentos oficiales y en las obras de sus escritores contemporáneos, no habiendo nacion en donde la historia haya sido objeto de mayor interés que entre los chinos.

Con todo eso, que Marco Polo no dijese una palabra acerca de tal maravilla, parece increible. Unos han preferido no creer en sus viajes, á negar la existencia de la muralla; pero como seria imposible que hubiese podido describir un país sin verlo, han conjeturado algunos, bien que penetró en la China por el mar oriental hácia el sud de la muralla, donde no está continuada, bien que en las partes que tuvo que atravesar, el dicho muro era de tierra y de poca altura, y no le llamó la atencion, ni menos se la llamaron los chinos, para los cuales solo hay curiosidad y mérito en la novedad de un objeto, y como la muralla era vieja la miraban con indiferencia. Esto es muy probable, puesto que Lord Macartney y su comitiva en la embajada á la China, atravesaron la muralla por un sitio que ni les llamó á ellos

la atencion, ni á los chinos de su escolta, y solo por la fama y noticia que de ella tenian, se detuvieron y dieron rienda á su curiosidad con mil preguntas y exámenes. Sin este prévio informe, no hubieran escrito en su diario, sino que en tal paraje habian atravesado un muro, sin decir más de la gran muralla que Marco Polo, quien nunca oyó hablar de ella. El mismo viajero refiere, que le costó mucho trabajo el detenerse á examinarla, por el mal gesto y oposicion que halló en sus guias, espantados de tal curiosidad, y aun creyeron que llevaba ocultas intenciones y proyectos sospechosos.

Tan cierto es esto, que hay en la China mandarines que jamás vieron la muralla, y geógrafos persas y árabes, solícitos en informes de todo género, que podian tenerlos de los mahometanos mercaderes entre Bokhara y China, y no obstante, ninguna indicacion hacen de tal muro construido para defender los confines del Catai.

Siendo la China un país fértil y rico, y excediendo la magnificencia de la córte á todo cuanto puede imaginarse, es, no obstante, el más pobre y miserable de todos, al decir de algunos misioneros que en él han vivido muchos años. «La tierra, dicen, no basta para alimentar á los que la habitan. Seria preciso que fuera cuatro veces mayor para que viviesen todos con algun bienestar. Solo en la ciudad de Canton hay más de un millon de almas, y en una poblacion inmediata, que apenas dista tres ó cuatro leguas, hay mayor número de vecinos. ¿Quién puede contar los habitantes de esta provincia? Un tercio de este pueblo se tendria por dichoso con poseer siquiera el arroz que necesita para alimentarse. Sábese á qué términos conduce la extrema miseria. Pues bien: cuando uno vé las cosas por sus propios ojos en este país, no se sorprende de que las madres maten ó expongan muchos de sus hijos; de que los padres vendan á sus hijas por una bicoca; de que las gentes sean interesadas, y de que haya grande abundancia de ladrones. Lo que admira es que no sucedan cosas peores, y que en las épocas de escasez, que no son raras, se vean perecer de hambre millones de personas, sin recurrir á actos de extrema violencia, de que hay tantos ejemplos en nuestros pueblos de Europa. Por lo demas, no se debe echar en cara á los pobres de la China que son holgazanes, y que podrian ganar la vida si quisiesen trabajar. El trabajo y los esfuerzos de estos infelices exceden á toda ponderacion. Un chino pasará dias enteros removiendo la tierra á fuerza de brazos, muchas veces con el agua hasta las rodillas, y por la tarde se juzga dichoso si puede comer un poco de arroz y beber el agua insípida en que lo cuece. Este es su alimento. Con esto, muchos se acostumbran á sufrir viviendo resignados, y si pudieran suprimirse los deseos, tan naturales en los pobres, la inocencia de sus costumbres seria igual á su pobreza y á la carga pesada de su trabajo.»

Acerca de la poblacion desmedida de la China, se ha observado que depende en parte de alimentarse con pescados más que con carne, siendo los icthiophagos más aptos que los carnívoros para la reproduccion de la especie. Además de esta causa, hay la de que un padre se deshonra si deja hijos solteros, y la de que, como entre los judíos, son *fillii corona senium* y cumplen su deber dejando una posteridad que perpetúe su familia. De aquí las concubinas, y por resultado la indigencia, que imposibilita á los padres el alimentar á sus hijos, viéndose precisados á abandonarlos, lo que tiene lugar en las grandes capitales, y en los lugares de gran comercio, y aun en las pequeñas, y en el campo. En las provincias mueren muchos expósitos, porque los mandarines avaros hacen que solo una nodriza lacte á muchos. En Jao-Tchou, y en las poblaciones inmediatas, es donde tienen mejor suerte. Sucede á menudo, que un chino, pobre de bienes de fortuna, va á un hospicio ó casa de expósitos y pide una niña para criarla y darla por esposa á un hijo suyo. De este modo ahorra la cantidad que debiera destinar para la compra de una mujer. Por otra parte, se persuade que una hija así adoptada será más sumisa. Es raro que antes de las bodas tenga lugar ninguna violacion del más rigoroso decoro entre los jóvenes así criados, pues además de la vigilancia, el pudor que muestran los chinos en las relaciones entre los dos sexos, es la fianza mayor. Tal es el temor que tienen de no dejar sucesion, que hay maridos que hacen fingir á sus mujeres que están en cinta, y van por la noche con todo sigilo á buscar un niño expósito, al cual hacen pasar por hijo.

El crímen más general es el infanticidio, resultado de la pobreza. Los que apenas pueden alimentarse, menos podrán dar de comer y educar á sus hijos, y desesperados, y no queriendo resolverse á dejar morir dos personas por salvar una, acontece que las madres quitan la vida á sus hijos por conservar la de su marido. El modo es echarlos en un rio, para que la corriente se los lleve y les quite en un instante toda esperanza de vida.

Viniendo á los usos y costumbres de los chinos, aquí es donde podemos dar á manos llenas detalles y descripciones curiosas, pues á causa de ser pueblo antiquísimo, apegado á las prácticas por solo el mérito de la antigüedad, y apartado de toda comunicacion con los demas del mundo por muchos miles de años, tienen un carácter peculiar que las distingue en gran manera. La formalidad ó modalidad es el todo entre los chinos, y reduce á los hombres á la condicion de autómatas vivos. Un chino de esta condicion, se levanta, se acuesta, se viste, habla, obra, se pasea, come, hace y recibe visitas segun ciertas y determinadas reglas de las cuales no se aparta nunca: tal es el apego á las leyes, maneras y formas que les han sido transmitidas desde tiempos inmemoriales. Desde los cimientos hasta la cúspide del

edificio social chinesco, todo es peso, medida, compás, ceremonia, etiqueta, prácticas convencionales y ridículas con fuerza de ley ineludible. En punto al carácter, ya se deja entender que todo este juego de artificio produce necesariamente la falta de sinceridad. En efecto, se les tacha de falsos, y tan hechos están á esto, que en los títulos de sus tiendas suelen poner por excepcion: *Aquí no se engaña*. La frialdad es otro de los distintivos en sus tratos, pues no es posible calor ni entusiasmo en esas puras formalidades, hechas la mayor parte de las veces contra el temperamento y con violencia del humor. Otros muchos defectos notan en este pueblo, aunque redimidos por una piedad filial excesiva, gran respeto á la ancianidad, sobriedad en sus mesas, y afabilidad extremada. Quizás hay pocos pueblos que le aventajen en máximas excelentes sobre moral y sobre conducta en los negocios de la vida, máximas envueltas en oportunas metáforas, á fin de que hablen á la imaginacion y al entendimiento. Como esta clase de manjar no se indigesta nunca, trasladarémos aquí algunas, para que nuestros lectores conozcan algunos proverbios ó sentencias chinescas, sacadas así de los libros de Confucio como de otros sabios:

«El sabio no dice todo lo que hace; pero no hace nada que no pueda decir.»
«El cuidado de las cosas pequeñas es la economía de la virtud.»
«El epígrama es el relámpago de la calumnia.»
«La virtud no da talentos; pero suple su falta. Los talentos no dan virtud ni hacen sus veces.»
«El que halla placer en el vicio y dolor en la virtud, es un novicio en lo uno y en la otra.»
«La ceremonia es el humo de la amistad.
«Cultivar la virtud es la ciencia del hombre; renunciar á la ciencia es la virtud de las mujeres.»
«Cuando se juntan hombres, se oyen unos á otros; cuando mujeres, se miran.»
«El árbol tronchado por el viento tiene más ramas que raices.»
«Recibe á tus pensamientos como huéspedes, y trata á tus deseos como á niños.»
«Las prisiones están cerradas dia y noche, y sin embargo, siempre llenas. Los templos están abiertos noche y dia, y sin embargo, siempre vacíos.»
«Por la sombra se miden las torres, y á los grandes génios por sus envidiosos.»
«¿Quién es el mayor embustero? El que más habla de sí mismo.»
«Nunca hace más falta el juicio que cuando se trata con locos.»
«Siente el perro las moscas en la casa; pero no en la caza.»
«No hubiera personas ricas, si comprendiesen el placer que hay en dar.»
«El placer de hacer bien es el que más dura.»

La tolerancia en materias religiosas en la China es llevada hasta un grado que puede servir de reproche á los protestantes, que entronizan la libertad del pensamiento, y persiguen á los que no piensan como ellos con anatemas y burlas, procurando además hablar lo menos que pueden de materias religiosas. Este liberalismo religioso de la China es admirable. Si se encuentran discípulos de Confucio, de Tao-tsé ó de Boudha, léjos de temer la exposicion de sus doctrinas por la enemistad ó pasiones que pudieran suscitar, cual sucede entre nosotros, las manifiestan con la mayor expansion y entusiasmo, declarando al mismo tiempo, que la opinion de cualquiera otro es igualmente buena. Despues de preguntarse entre muchos cumplimientos *á qué sublime forma de religion pertenecen*, y de obtener

la respuesta, dicen: «Todas las religiones son buenas. Las religiones son muchas; pero la razon es inmutable.»

Acerca de la literatura de los chinos poco podemos decir, no siendo bien conocida; pero sí que en este país hace el gobierno cuanto puede por fomentar el cultivo de las letras, que en esta nacion es el único medio y camino para subir á los altos puestos y á los honores y distinciones sociales. Los mandarines, voz derivada de la palabra india *mantri*, que significa consejo, son todos letrados. Entre nosotros se han traducido muy pocas obras, más se sabe que poseen poemas y novelas de todo género. En cuanto al teatro, las pocas piezas que se han publicado en francés prueban que han tenido autores distinguidos. Como en todas partes tuvo su edad de oro, su época en que dominaba la sencillez y la elevacion, y en qué léjos de pretender hablar á los sentidos y apelar á formas groseras, se dirigia al alma. Despues ha degenerado, y la música y las palabras, las decoraciones, los bailes, las evoluciones y las figuras hacen de su teatro una cosa parecida al Circo Olímpico de París. Los dramas y las tragedias están llenas de combates y de otros episodios de gran espectáculo, animado por una música estrepitosa. Las comedias y sainetes están cuajadas de canciones en que abundan los equívocos, á que recurren los autores, para eludir las leyes sobre la moral pública. La vida real se representa en la escena con prolija exactitud, y los asesinatos y las borracheras, suplicios, etc., se exhiben al desnudo, completamente á la europea. En una misma representacion se vé á los héroes nacer, casarse, tener hijos, correr aventuras, perecer en ellas, y enterrarlos á son de campanas. Los animales de toda especie, tigres, pájaros, serpientes y ballenas actúan entre los cómicos, gracias al poeta y al maquinista, y no hay intriga buena como no acabe con lo mágico y maravilloso, enteramente á la europea.

Tambien tienen los chinos danzas y pantomimas; pero las mujeres no son permitidas en la escena. Sus papeles se representan por niños ó por eunucos. Cuando hemos dicho teatro, no ha de entenderse que posean asimismo un edificio regular para sus representaciones. Los cómicos, de los cuales hay en Pekin más de cien compañías, representan en las casas de los ricos que los llaman y los ajustan á tanto por dia ó por semana, de donde viene la costumbre de alojarse los actores en los vapores que recorren el rio, á fin de pasar prontamente de un punto á otro con sus lienzos y trebejos.

Los barberos acostumbran á recorrer las calles en las ciudades de la China, llamando con una campanilla á los parroquianos. Van provistos de una silla, una fuente, tohalla y un anafe con fuego. Cuando alguno los llama, corren hácia él, y plantando la silla en un lugar conveniente en la del Rey, comienzan su operacion, que consiste en rapar la cabeza, limpiar las orejas, teñir las cejas, y frotar los

hombros, todo por un módico precio, equivalente á ocho maravedís. Hecho esto, recogen sus bártulos y se agarran otra vez á la campanilla.

Entre los chinos, la corpulencia se considera una belleza en los hombres y una fealdad y deshonra en las mujeres. Éstas tienen por lo general unas cejas muy arqueadas, tanto por naturaleza como por arte. La expresion del rostro es casi nula, y en lo que más paran la atencion las altas clases es que tengan un pié excesivamente pequeño, por la presion en que los tienen desde que son niñas, metidos en pequeños zapatos de madera. ¿Por qué esta costumbre tan singular? Oid, lectores, la razon. Hace muchos siglos, gran número de mujeres se reunieron, amotinaron y formaron un cuerpo ó partido político para derribar el gobierno del país, y con el objeto de evitar en lo sucesivo insurrecciones semejantes, se las condenó á meter desde niñas los piés en breve cárcel de madera, tan breve, que las imposibilitara de hacer uso de ellos. Esto, de castigo, pasó á costumbre, y de costumbre á rasgo característico de belleza, pues se considera entre ellos el pié menudo como uno de los mayores atractivos que puede poseer una mujer. Admírese la sabiduría de los chinos, que han llegado á hacer materia de amor propio y motivo de vanidad lo que constituye el suplicio del bello sexo. Las mujeres chinas practican sin excepcion la máxima de la mujer honrada, la pierna quebrada. El calzado chinesco y la forma á que reduce el pié, equivale á romperle la pierna; porque las infelices chinas no pueden tenerse en pié, y para moverse necesitan de auxilio. Esta es la razon de no verse en sus ciudades sino hombres por las calles, y esta la razon tambien de que las chinas, confinadas en sus casas y cortas de piés, sean largas de lengua, segun el proverbio de este país que dice: «La lengua de las mujeres aumenta á medida que disminuye su pié:» lo cual será cierto en la China, pues en Europa no hay impedimento para que el pié y la lengua crezcan en razon directa.

La dificultad de andar no es solo defecto peculiar en las mujeres. Hay gran parte de poblacion en la China, que cuando intentan tal ejercicio semejan á un ébrio, ó á un buitre que acaba de refocilarse en un gran banquete. Esto sucede á todos los que nacen, viven y mueren en los botes que pueblan los rios. Los pobres se puede decir que son animales acuáticos, y que no salen de sus habitaciones flotantes sino rara vez, ni pisan la tierra sino cuando una gran necesidad les compele á ello. Como pasan años y años en tan reducido espacio, y casi nunca sobre las plantas de los piés, sino sentados, les es muy difícil moverse y guardar el equilibrio cuando se levantan.

Comparados con otras naciones tienen las siguientes diferencias y semejanzas en lo físico. En lo pequeño de los piés y las manos, y en general de los huesos del cuerpo, son semejantes á la generalidad de los asiáticos. En los que no están

expuestos á las inclemencias del tiempo, el color se acerca mucho al de los portugueses. En sus cabellos hay la misma negrura y lustre que en los indios del norte de América. Aunque los chinos son en lo general semejantes á los mogoles, aquellos tienen sus principales rasgos menos marcados. Se parecen á los negros en lo grueso de los labios y en lo aplastado de la nariz; y los del sur no tienen la fisonomía tan angulosa como los de Pekin. Hasta la edad de veinte años, ó algo más, son bien parecidos; pero de allí en adelante los pómulos sobresalen y destruyen la redondez del rostro. Al llegar á viejos son feos, y las mujeres feísimas.

Volviendo á las costumbres, citarémos un ejemplo para que se vea hasta dónde ha ido en la China la pasion por lo convencional, lo ceremonioso y etiquetero. El amor filial, que es como la piedra angular de su política social, no está dispensado de sufrir la influencia de esta pasion y de mezclarse con formas grotescas, porque en la China, hasta la expresion de los afectos tiene medida y molde, de modo que un niño cariñoso puede enviar una afectuosa carta á su madre, á quien no ha visto por muchos años y que vive á centenares de leguas, para expresarle su ardiente amor, la cual carta, sin embargo, no solo no la ha escrito, sino que ni la ha leido. Puede ser escrita por un cualquiera versado en las más aplaudidas máximas de Confucio y otros sabios, diestro en las sublimidades de la retórica chinesca, que tenga buena letra, y sepa dónde comenzar y dónde acabar y cómo envolverla en el más perfumado papel. Un viajero refiere así lo que vió apenas llegado á la China:

«El primer año de mi residencia en China, fuí testigo de un hecho que me proporcinó el medio de apreciar el valor de una carta en este país. Vivia con un literato, natural de Pekin, quien hacia ocho años se habia separado de su familia para ejercer la profesion de maestro de escuela en una de las ciudades del sur. Por muchas conversaciones que con él habia tenido, formé el concepto de que no era tan frio é insensible como sus compatriotas. Sus maneras eran elegantes, y las facciones parecian revelar un corazon entusiasta. Un dia estaba yo á punto de enviar un propio á Pekin, y le pregunté si queria aprovechar la ocasion para enviar alguna cosa á su familia ó amigos. Despues de una pausa exclamó:—Oh, sí: creo que debo escribir una carta á mi anciana madre. No sé de ella hace cuatro años, y ella ignora dónde estoy. Puesto que hay esa oportunidad, no seria malo escribirle unas pocas líneas. Estas palabras me hicieron comprender que su amor filial no era muy ferviente, y por respuesta le dije, que si pensaba que no seria malo, que se diese prisa, puesto que el mensajero iba á partir con brevedad.—En seguida, en seguida, replicó: tendrá usted la carta dentro de unos minutos. Y diciendo esto llamó á uno de sus discípulos, que estaba recitando su leccion en el aposento contiguo: probable-

mente algun bello pasaje de Confucio sobre el amor que los hijos deben tener á los padres. El discípulo se presentó con el aire de modestia correspondiente.

—Deje usted su leccion por un momento, dijo el maestro: tome la pluma, y escríbame una carta para mi madre: pronto, que el correo se va: aquí hay papel.

Y en efecto, el discípulo obediente, se dispuso á escribir la carta á la madre del maestro. Es de advertir, de paso, que los chinos usan siempre de papel muy lujoso para las cartas, sobre el cual se ven estampadas, con colores rojo y azul, figuras de pájaros, ó flores, ó mariposas, ó personajes mitológicos, y como la tinta es muy negra, no se pierden ni confunden las letras entre estos adornos.

Cuando el discípulo se retiró de la estancia, pregunté al maestro si aquel jóven conocia á su madre.

—No tal, replicó el maestro. Creo que ni aun sabe siquiera si vive ó ha *saludado ya al mundo*.

—Entonces, ¿cómo puede escribir la carta? Usted no le ha dicho lo que ha de poner.

—¡Pues qué! ¿no sabe él perfectamente lo que ha de decir? Por más de un año ha estado estudiando composicion literaria, y sabe una porcion de frases elegantes y escogidas. ¿Cree usted que ignora cómo un hijo debe escribir á su madre?

Yo no supe qué replicar; pero ví la gran diferencia que existe entre la piedad filial, tal como se practica en la China, y la que tan magníficamente está descrita y comentada en sus libros.

El discípulo, obediente al mandamiento, no perdió tiempo. Poco despues volvió con su carta en un elegante sobre, que habia tenido la amabilidad de sellar, de modo que este laudable hijo, ni aun se tomó el trabajo de leer las delicadas expresiones de ternura y de respeto que habia dirigido á su madre. Sin duda las habia aprendido de memoria desde mucho tiempo, y él mismo las habia enseñado á su discípulo. Quiso, sin embargo, escribir el sobre de su puño y letra, lo cual me pareció cosa supérflua; porque la tal carta podia muy bien servir para cualquiera otra madre en el celeste imperio.»

Algunos han observado que esta falta de sentimiento moral en los chinos proviene, no solo de los vicios que causa el influjo del gobierno sobre el pueblo, sino de estar sobrecargados de máximas predicadas por los magistrados, impresas en los libros y pintadas en las paredes, y del contraste entre la letra de la ley y su ejecucion: entre lo que oyen, ven y leen y lo que están acostumbrados á sentir.

Ya que hemos citado la anécdota de este maestro de escuela y el estudio de composiciones literarias, esto nos lleva á hablar algo del extraordinario lenguaje de la China y de los extraordinarios caracteres de la escritura.

Es indudable, que los más entendidos entre ellos, deben emplear toda su vida en entender las letras, y saber á primera vista el nombre y la significacion de diez, veinte, treinta y aun cien mil caracteres, formados por infinitas combinaciones de unas pocas líneas y comas. Éstas no son más que seis por junto, pero tan variadas en la composicion, que cada una se puede escribir de cincuenta y seis modos distintos. El total de los vocablos ó figuras del diccionario chinesco es de ochenta mil, clasificados en doscientos catorce caracteres particulares, que se llaman claves ó raices del lenguaje. Estas llaves se dividen en diez y siete clases. La primera clase se compone de una sola línea ó coma de las seis que hemos dicho. La segunda de dos líneas ó dos comas, ó de coma y línea, y así sucesivamente hasta la diez y siete, que parece ya un *chalet* suizo, con su enrejado, ventanas y techumbre, y significa *flauta*.

Una particularidad del lenguaje es, que no puede haber monógrama que no contenga una de las doscientas catorce llaves, de modo que no hay pasar adelante, ni saber leer en China sin tener un perfecto conocimiento de las tales llaves, para saber en qué parte del monógrama se encuentran. Pero lo bueno es, que hay caracteres que tienen dos, tres y hasta cuatro llaves, y la dificultad de encontrar la principal se aumenta por no haber lugar fijo para colocarla, ya dentro ó al lado del monógrama, pues en unos está á la derecha, en otros á la izquierda, en otros arriba, muchas veces en el centro y no pocas debajo. Las llaves, mano, árbol, agua, yerba, corazon, boca, verbo, fuego, carne, mujer, etc., pueden ser unidas á trescientos ó cuatrocientos caracteres ó monógramas.

Hay caracteres metafóricos en extraordinario número, quizás una quinta parte del lenguaje. Hé aquí unos ejemplos:

Un hombre y una palabra—significan, fiel.

Agua y fuego—calamidad; y lo mismo fuego y espada.

Corazon y puerta—opresion.

Oido y puerta—escuchar.

Corazon y esclavo—luchar.

Corazon y cuchillo—afliccion.

Corazon y muerto—olvidar.

Una mujer y alegría—galantear.

Una jóven y un diablo—mal negocio. (El diablo dicen que podia suprimirse).

Mujer y pensamiento—inconstancia.

Boca y lamer—adulacion.

Dos perlas iguales (que por rareza se hallan),—amistad.

Hablar, y á uno mismo—recordar.

Palabra y negacion—balbucear.

Corazon bajo punta de espada—paciencia.

Corazon y campo—meditacion.

Palabras y hermoso ó grande—engaño.

Corazon, verdad y palabra—sinceridad.

Palabra y un clavo—contrato.

Boca y el número 10—antigüedad.

El monógrama de tiempo repetido dos veces—eternidad.

Mujer é hijo—agradable, porque la falta de ellos es una infamia.

Mujer, repetida dos veces—disputa: repetida tres veces, concupiscencia, falsedad.

Mujer y el aposento más interior de la casa—quietud, silencio.

El telar se expresa por el carácter rueda de un coche y el carácter real, por alusion á la mujer de Hoang-tic, el inventor del arte de tejer la seda.

Boca y sabio—virtud, provecho y felicidad, etc.

Bien se vé que este régimen es excelente; pero el sistema del lenguaje chinesco está perfectamente calculado para tener al pueblo en un estado completo de ignorancia, pues en fuerza de ser tan filosófico, complicado y sublime, no pueden llegar á saberlo sino los letrados. Baste decir, que con uno de los caracteres simples, compuesto de cuatro líneas y dos cuadrados, se hace un cumplimiento de pésame á alguno, sobre la pérdida de parientes ó de alguna dignidad; cosa que á nosotros nos costaria muchos renglones.

Otra hemos de observar, y es que el lenguaje es característico de la nacion en estas alusiones ó metáforas; pues, por ejemplo, el monógrama mujer combinado, casi siempre lo emplean sarcásticamente y en mala parte; cosa muy natural en un pueblo en que las mujeres están en poca consideracion. Así, esclavitud, pelea, disputa, engaño, mentira, falsedad, están todos arreglados sobre la clave de mujer, mientras que tranquilidad, quietud y reposo, es una mujer encerrada, y felicidad, comodidad y satisfaccion, se expresan por una mujer bajo una cubierta que significa ó alude á la losa del sepulcro.

De esta forma de la escritura nace la imposibilidad de tipos movibles en sus imprentas, por la dificultad de que el cajista pueda arreglar los tipos como se arreglan entre nosotros las letras del alfabeto, y dar por resultado el carácter ó monógrama que se requiere, pues el compositor que no conoce la muchedumbre de partes y sus infinitas combinaciones, cometeria gran número de erratas y consumiria gran cantidad de tiempo sin adelantar gran cosa. Además de esta dificultad, existe otra mayor, y es que no hay componedor donde puedan colocarse las partes que forman el monógrama, las cuales se cruzan en todas direcciones.

Hay otras peculiaridades del lenguaje, que pueden llamarse locales é ilustran acerca de sucesos y de costumbres del país. Así, por ejemplo, el nombre propio ó la palabra *apelativo* de un hombre, se compone de *luna* y *boca*. La causa de esta analogía entre el nombre de una familia y la combinacion de boca y luna, nace de la circunstancia de que el último dia de cada luna, al relevar las guardias, se proclaman los nombres de los que han de guardar los puestos en el mes siguiente.

Por el mismo estilo, al expresar la voz casamiento, se usan los dos caracteres de *vino* y *sello*, porque el vino presentado en esta ocasion por el novio á la novia se considera como el sello de la union. Los caracteres *tigre* y *fuego*, significan cazar el tigre, por ser su costumbre hacer esta cacería con antorchas. Una concubina se denota con las voces *muchacha* y *en pié*, porque las segundas mujeres no pueden sentarse delante de sus maridos.

Estos ejemplos muestran la conexion íntima que existe entre muchos de los caracteres compuestos y los sentimientos, costumbres y tradiciones del pueblo: conexion que tienen tambien otras lenguas, pero en la chinesca llega á mayor grado que en otra alguna; tanto, que su lenguaje ha sido con bastante acierto llamado alfabeto de los humanos pensamientos, y álgebra pintoresca de las ciencias y las artes.

La prensa es libre en China para todos. Allí no hay censura, ó prévia licencia, ó pasaporte para que un libro recorra el orbe celeste, ni menos hay ley de imprenta, ni restriccion alguna, en lo cual están más adelantados que los franceses mismos. Solo el vendedor y el impresor han de cuidar de no ofender al emperador, que es el padre y la madre de la nacion.

El contrapeso de esta autoridad imperial, por la cual ha sido llamado el gobierno chino despótico, es la aristocracia letrada, ó corporacion de literatos, antigua institucion establecida sobre bases sólidas, por lo menos once siglos antes de la venida de Jesucristo. La administracion pública recibe el impulso y cede al influjo de esta oligarquía literaria, de la cual se ha dicho que tiene como en tutela á los emperadores. Ello es lo cierto, que éstos no pueden escoger para desempeñar los cargos públicos sino á miembros de esta corporacion literaria, y en conformidad á sus estatutos. Todo chino puede presentarse á ser examinado para entrar en la tercera categoría, y los que la obtienen, son ya candidatos para la segunda, que abre el camino á los empleos. Las primeras dignidades del imperio no se obtienen sino en la competencia, oposicion ó certámen para entrar en la primera categoría literaria. Ni aun los mismos parientes del emperador pueden pretender ningun alto puesto, sin haber precisamente tomado su grado literario en Pekin ó en Mokden.

Esta corporacion de hombres de letras, reclutados anualmente por medio de

exámenes, constituye la clase privilegiada, y casi la única nobleza reconocida en China, y es al mismo tiempo la fuerza y nervio del imperio. Los títulos hereditarios, la nobleza de pergaminos, solo existe para la familia imperial y los descendientes de Confucio.

En punto á decoraciones y títulos honoríficos, ninguno de los concedidos en China es hereditario; pero en cambio, si no descienden á los hijos, suben á los padres. Esta costumbre fué introducida con referencia á las ceremonias funerales y á los títulos que dan los chinos á sus parientes difuntos. Un empleado á quien el emperador ha subido en rango, no puede celebrar convenientemente los ritos funerales de su familia, si sus antepasados no han sido condecorados con un título parecido. Suponer que el hijo es de un rango superior al padre, es un contrasentido entre ellos; es desquiciar el órden gerárquico, y atacar el principio fundamental del imperio. Una nobleza que retrograda á los abuelos en vez de pasar á los nietos, debe parecer á los europeos cosa muy rara; pero está muy de acuerdo con el sentido comun.

Antes de pasar á otra materia, y puesto que hablamos en particular de lo concerniente á la literatura, hablarémos de la famosa academia imperial de Pekin, compuesta de literatos graduados. Ésta surte de oradores las festividades públicas, y de examinadores y promotores del saber. Contiene un cuerpo encargado de la edicion de los documentos oficiales, y otro para la revision de las obras publicadas á expensas del gobierno. Pero los principales cuerpos ó secciones son los de historiógrafos y analistas El primero se ocupa en escribir la historia de tal ó cual época ó reino notable, y los analistas, en número de veinte y dos, escriben dia por dia los anales de la dinastía reinante, que se publican cuando otra le sucede. Están de guardia por turno como los taquígrafos en los parlamentos, cuatro cada vez, y permanecen cerca de la persona del emperador para anotar todas sus acciones y palabras.

Finalmente, la gaceta de Pekin, de que ya hemos hablado, es tambien uno de los órganos de la administracion, y da á conocer al pueblo y á los mandarines el estado de los negocios públicos. En este periódico, de sesenta ó setenta páginas diarias, y de módico precio de suscricion, que puede llamarse el periódico oficial por excelencia, además de la noticia de los negocios públicos y los sucesos notables, se inscriben los memoriales y peticiones presentadas al emperador, y las *respuestas* dadas á ellas; sus instrucciones á los mandarines y al pueblo; los procesos y pleitos; las condenas impuestas y los indultos y gracias concedidas, y un sumario de las deliberaciones de las córtes supremas. Con semejante publicidad no puede decirse que sea despótico este gobierno, y mucho menos cuando sus literatos gobernantes han sabido extender el sufragio á trescientos

millones de habitantes en las elecciones municipales, y hacer accesibles á todos las profesiones y oficios que en Europa constituyen privilegios. En efecto, la organizacion comunal chinesca es un modelo casi perfecto. El alcalde, prefecto ó mayor, llamado *Sian-yo*, es elegido por universal sufragio, sin que los mandarines presenten candidatos, ni busquen el modo de influir en las elecciones.

Todo chino es elector y elegible para este cargo, aunque generalmente eligen á los de avanzada edad, que por su honradez, su carácter y fortuna, ocupan un buen lugar en la poblacion.

Pero volvamos á sus rituales, ceremonias, usos y costumbres. Los europeos se imaginan á los chinos, por las noticias que han dado los viajeros, moviéndose grave y solemnemente, saludando con arreglo á la ley, y cumplimentándose con fórmulas aprendidas de memoria, y aun á los palanquines ó mozos de carga, hincándose de rodillas y pidiéndose perdon mil veces uno á otro, despues de haberse roto las costillas. Si en esto hay alguna exageracion, es disculpable al tratarse de un pueblo cuyos legisladores recomendaron mucho la observancia estricta de los preceptos establecidos en las relaciones sociales. Confucio dijo que las ceremonias son símbolos de virtud, destinados á preservarla, á recordarla y muchas veces á suplirla. Estos principios son inculcados por los maestros desde la infancia, y por esto no es extraño que el refinamiento y la observancia de las maneras sea como la base de su vida social.

De aquí no puede menos de resultar algun abuso, y mostrarse la faz grotesca ó corrompida de lo que en sí es útil y conveniente. En sus funerales han de llorar y lamentarse á tiempo y hora fija; en sus relaciones han de deshacerse en protestas de afecto hácia los que más aborrecen, y muy á menudo hacen convites apremiantes bajo condicion de que *no han de ser aceptados*, que es cuanto puede ocurrirse al génio de la etiqueta; mas, en fin, ellos dicen, que en punto á ceremonias, más vale pecar por carta de más que por carta de menos, no obstante la máxima de su Confucio de que es preferible economizarlas cuando el corazon no interviene ni significan nada.

No se ha de colegir por esto que los chinos anden siempre con tiesura y remilgos y afectaciones. Una vez quitados los bonetes oficiales, son muy tratables é ingénuos en el interior de sus casas, y hacen poco más ó menos lo mismo que nosotros.

Es costumbre entre los chinos manifestar su respeto á los dignatarios cuando pasan por las calles y caminos con las insignias de su oficio. A ninguno se le permite continuar sentado. Los que van en palanquines, han de pararse: los que á caballo, apearse: los demas quitarse su sombrero de anchas alas, y dejar ver el

nacimiento del rabo que por la espalda les cuelga, guardando silencio y poniéndose en respetuosa actitud filial ante quien llaman *padre* y *madre*. El pueblo está habituado á pagar este homenaje; pero de vez en cuando se insurrecciona y se los niega á aquel mandarin de quien tiene alguna justa queja. El rango y categoría de los mandarines se conoce principalmente por una bola puesta en la parte superior del bonete, de distinto metal y color, segun su grado. Los príncipes de la familia imperial son los únicos que tienen derecho á llevar un cinturon amarillo, y una pluma de pavo real en el sombrero, pudiendo llevar seis, ocho ó doce palanquines en su litera.

En lo que son muy raros, al parecer de los europeos, es en sus comidas y la manera de servirlas: bien que si tal nos semeja el empezar con los postres, acabar con la sopa, beber el vino humeando, servir la carne siempre cortada en pedacitos, cosa general en el Ásia, y comerla con dos palillos en lugar de cuchillo y tenedor, á ellos les parece extravagante y peligroso el uso del trinchante, con el cual temen sacarse los ojos al acercar el bocado, y al ver las nueces y las frutas con cáscaras en las mesas, preguntan porqué no las pelan antes y les sacan los huesos.

Abel Rémusat, en sus memorias, trae el pasaje siguiente acerca de las comidas entre los chinos, con lo que se muestra su apego á la inmovilidad, y á la observancia de sus antiguos usos. «Hace algunos años, dice, los miembros de una embajada europea que volvia de la China, creyeron conveniente favorecer á los lectores de la *Gaceta* con la descripcion de un banquete que les habia dado un mandarin de una ciudad fronteriza. Nunca, segun su relato, se habia obsequiado á huéspedes más espléndidamente. La calidad de los manjares, la abundancia y excelencia de la vajilla, la comedia representada en el intervalo, todo fué descrito y produjo un efecto admirable. Pero sucedió que algunos eruditos lectores de antiguos libros sobre la China, tenian cierta idea vaga de haber leido cosa muy parecida, é investigando, hallaron que hacia más de cien años que la misma comida, compuesta de los mismos manjares, servida con igual vajilla y de la misma manera, se habia dado á algunos jesuitas, quienes dejaron de ella minuciosa descripcion. Personas hubo, para quienes la reseña era completamente nueva, y aunque es verdad en general que comida recalentada no sirve para nada, en este caso particular surtió bien su efecto, y el público, siempre ávido de noticias sobre usos y costumbres, en particular sobre detalles culinarios, se curó poco de cual de las comidas era la original. Cualquiera que fuese, halló el mismo recreo en las singularidades de las etiquetas chinescas, y en la gravedad con que los convidados, al comer el arroz, ejecutan maniobras y evoluciones que honrarian á un regimiento de veteranos.»

Entre las singularidades de sus usos mientras toman la pitanza, no debe dejarse en el tintero, que en lugar de servilletas, ponen al lado de los platos un rimero de pedacitos de papel de seda de colores, los cuales, apenas usados, los quitan de en medio los sirvientes. Para dar á entender que han acabado la comida, levantan los palillos hasta la frente, y luego los colocan horizontalmente sobre la taza.

Todos los habitantes del celeste imperio tienen gracia particular para la ciencia *coquinaria*, de suerte que el buscar cocinero allí no es dificultoso. Se toma al primer chino que se encuentra, y tras unos dias de práctica, sale cocinero hecho y derecho, pues los manjares se hacen notar por extremada sencillez de ingredientes y de instrumentos, pues con solo una cacerola ó caldero ejecutan prontamente las más dificultosas combinaciones. Los mandarines son por lo comun glotones, y amigos de gollerías. Éstos tienen á su servicio cocineros que poseen un gran surtido de recetas y secretos para variar los manjares de mil maneras y hacerles cambiar su natural sabor.

Los chinos son aficionados al tabaco, que cultivan en grande escala en el imperio y al cual llaman *humo*. El cultivo y el tráfico son enteramente libres, y como le consumen tantos millones de aficionados, puede calcularse la cantidad que allí se produce y la que viene á sus mercados de la Tartaria y del Tibet. El tabaco en polvo lo usan solo los tártaros *Mautchoo*, los mogoles, y entre los mandarines, la clase letrada. Esta costumbre de tomar polvo la introdujeron en China los antiguos misioneros que residieron en la córte. Ellos llevaron polvo de Europa para su uso, y habiéndolo probado algunos mandarines, les pareció bueno. Luego se extendió esta costumbre, y las personas que querian estar de moda, gustaban de que las viesen tomar *humo por la nariz*, de tal modo, que Pekin es hoy por excelencia el centro de los tabaquistas.

Ya hemos visto por las combinaciones del lenguaje la idea que los chinos tienen del bello sexo. La condicion de la mujer no es nada envidiable en este país. Sufrimientos, privaciones, desprecio, toda clase de miserias y degradacion, la acompañan desde la cuna hasta el sepulcro. El nacer una mujer se considera como una desgracia en la familia y un signo evidente de la cólera del cielo. Si no es ahogada inmediatamente, se la reserva para ser objeto de desprecio, cual si no perteneciese á la raza humana. Aun ellas mismas han contribuido á esta creencia, pues una escritora, (que tambien hay en China literatas), se expresó en estos términos: «Cuando nace un niño, duerme en la cama, se le ponen vestidos, juega con perlas, y todos obedecen á sus gritos. Cuando nace una niña, duerme en el suelo, se la lia en un trapo, juega con una teja, y es incapaz de obrar virtuosa ni viciosamente.» Luego dirémos por qué.

En los tiempos antiguos, léjos de regocijarse cuando nacia una hembra, la ponian en el suelo sobre un monton de harapos, y la familia no daba muestra alguna de mirar con interés tan insignificante acontecimiento. Pasados tres dias, celebraban una ceremonia trivial, que contrastaba singularmente con la solemnidad de regocijos que tenia lugar, si era varon el recien nacido. La escritora ya citada, que por cierto tiene el chusco nombre de *Pan-houi-pan,* menciona esta remota costumbre, y alaba su oportunidad y sabiduría, pues preparaba á la mujer para reconocerse inferior al hombre.

La servidumbre pública y privada de la mujer, servidumbre que consagran la legislacion, la opinion y las costumbres, es como la piedra angular de la sociedad chinesca. Las jóvenes viven encerradas en la casa-prision donde han nacido, ocupadas exclusivamente en el cuidado doméstico, y tratadas por sus parientes varones como séres á los cuales se les puede exigir los trabajos más penosos y degradantes. Los placeres y distracciones les son absolutamente desconocidos, aun en la edad infantil. Su educacion se reduce á conocer el uso de la aguja, prohibiéndoseles el aprender á leer y á escribir; de suerte, que su vida es una condenacion á vejetar en la más completa ignorancia, en la cual viven sin que se acuerden de ellas hasta que llega el tiempo de casarlas; y aun en este punto, la idea de la nulidad de la mujer es tal, que en el negocio más importante no se la consulta para nada, y el averiguar su opinion ó buscar su consentimiento se tendria por la diligencia más supérflua y absurda, en razon á que creen que no tienen alma.

Por via de ilustracion de esta creencia tan ofensiva, transcribirémos la siguiente anécdota que leemos en la narracion de un viaje al celeste imperio.

Tiene la palabra un marido chino:

—Al dejar á Leang-chan, pasé por una calle donde habia muchas mujeres reunidas. Oí decir que eran cristianas. ¿No es esto un disparate?

—No, por cierto, responde un europeo: es verdad, eran cristianas.

El chino quedó como estupefacto; lanzó una mirada en que se retrataba la sorpresa y el asombro, y dejó caer los brazos, diciendo:

—No entiendo esto; he oido decir á los europeos, que las gentes se vuelven cristianas para salvar sus almas. ¿No es así?

—Así es.

—Entonces, ¿para qué se vuelven cristianas las mujeres?

—¿Para qué? Para salvar sus almas, lo mismo que los hombres.

—¡Pero si no tienen alma! exclamó dando un paso atrás y cruzándose de brazos. ¡Las mujeres no tienen alma! Usted no puede hacerlas cristianas.

Despues de esto, fuéronle hechas varias observaciones, que por cierto no le

convencieron mucho, y al fin de los razonamientos, soltó la carcajada y exclamó:

—Cuando vaya á mi casa, le diré á mi mujer que tiene alma, y va á quedarse atónita.

Con tales ideas, no es extraño que su condicion sea precaria y digna de lástima.

Siguiendo el hilo de nuestro discurso, en que tratábamos de la ninguna necesidad de su consentimiento para el matrimonio, añadirémos que la jóven es simplemente un objeto de tráfico, una mercancía que se ofrece al mejor postor, sin que ella tenga derecho á informarse lo más mínimo de la edad, figura ó cualidades del comprador. En el dia de la boda hay gran solicitud en adornarla y embellecerla. Vístenla entonces con ricas telas de seda salpicadas de oro y perlas. Sus hermosas trenzas de negros cabellos son adornadas con flores y piedras preciosas, y de este modo y con gran pompa es llevada en lujosa litera, donde se sienta como reina en su trono. Cualquiera creeria al ver esta pompa y regocijo, que empieza para ella el período de su felicidad; pero no es más que adornar la víctima para el sacrificio. Deja un hogar, en donde, aunque descuidada, estaba en sociedad de personas á que se habia acostumbrado desde la infancia, y es llevada jóven, débil é inexperta, entre extraños, para sufrir privaciones y nuevos desprecios, y estar á la merced y capricho del comprador. En su nueva familia tiene que obedecer á todos sin excepcion, y segun el dicho de un antiguo escritor chino, *la recien casada no debe ser en la casa más que una sombra y un eco.* No tiene derecho á comer con su marido, ni aun con sus hijos varones. Su obligacion es servirlos á la mesa, estar de pié silenciosa, escanciarles el vino, y cargar y encender sus pipas. Su comida la ha de tomar despues sola y en un rincon. Su alimento es corto y grosero, y no se le permite tocar ni aun á las sobras de los platos de sus hijos.

Esto, por de contado, no se acorda bien con el cacareado principio de piedad filial; pero ha de tenerse en cuenta, que la mujer en China no tiene importancia alguna, ni se cuenta con ella para nada. La ley ignora su existencia, y si se acuerda de ella, es para sobrecargarla de cadenas, completar su servidumbre y confirmar su incapacidad legal.

La poligamia, tolerada en China, hace mucho peor la condicion de la mujer casada. Cuando pasa su juventud, es estéril, ó no tiene hijos varones, el marido toma otra esposa, de la cual viene á ser criada en cierto modo. La casa es entonces el teatro de una guerra contínua de celos, odios y disputas, y cuando están solas, harto tienen con llorar los males que les ha reservado el destino.

De esta condicion humillante resultan consecuencias desastrosas aunque lógicas,

de que están llenos los anales de la China. Así como en otros países un régimen contrario lleva á atentados contra la moral, en el celeste imperio impulsa á las mujeres al suicidio. Los anales judiciales chinescos están llenos de sucesos trágicos, provenientes en línea recta de tan rudo despotismo. El número de mujeres que se ahorcan ó suicidan de varios otros modos es imponderable, y cuando esta catástrofe ocurre, el marido manifiesta alguna emocion por la pérdida que sufre, pues se vé en la necesidad de hacer gastos para comprar otra mujer.

Solo las chinas que han abrazado el cristianismo gozan de mejor condicion, y por el casamiento sacuden el yugo de las costumbres chinescas, y entran en el goce de los derechos y privilegios de la familia humana. Aunque el poder de las preocupaciones y de los hábitos no les permite aun manifestar sus inclinaciones de un modo esplícito, ni escoger por sí mismas al destinado á participar de sus penas y alegrías, sus deseos, no obstante, se cuentan por algo, y más de una vez se han visto ejemplos de jóvenes, que por su resistencia enérgica han inducido á sus padres á romper compromisos ya contraidos. Tal hecho se mira, por supuesto, por los demas, como absurdo é imposible.

No son solo las mujeres las que se suicidan por las causas ya apuntadas. El suicidio es muy comun entre los chinos, los cuales hacen *tirteafuera* de esta vida con la mayor facilidad y por el menor motivo. Cualquiera friolera, una palabra muchas veces, es causa bastante para que un chino se ahorque ó se zambulla en un pozo, que son las dos maneras más de moda de hacer el *exodo* de esta tierra de Egipto. En otros países, cuando un hombre tiene resentimiento contra otro y quiere vengarse, lo mata. En la China es al revés: el ofendido es el que se mata.

Esto parecerá extraño á primera vista, y además incomprensible; pero deja de serlo si se pone la atencion en las ideas y en la legislacion bajo las cuales viven.

En primer lugar, el matar un hombre á otro en la China, expone á su familia y amigos á grandes vejaciones é injurias, los deshonra, los reduce á la pobreza y les priva de los honores fúnebres, que es una gran cosa entre ellos, y á la cual dan más importancia que á otra alguna. En segundo lugar, la opinion pública, léjos de censurar el suicido, lo aprueba, lo honra y lo glorifica. La conducta de un hombre que atenta contra su vida para vengarse de un enemigo á quien no puede dañar de otra manera, es reputada como magnánima y heróica. En tercer lugar, la ley chinesca arroja toda la responsabilidad de un suicidio sobre aquellos que se supone haber dado causa á él. Síguese de aquí, que si uno quiere vengarse de su enemigo, no tiene más que matarse, y está seguro de que le pone en trabajos y en persecuciones, pues cae inmediatamente en manos de la justicia, que le atormentará y se encargará de arruinarlo, si no le cuesta el pellejo. La familia del

suicida suele tambien obtener en estos casos indemnizaciones pecuniarias, de suerte que no es raro ver que un pobre se entre y suicide en la casa de un rico, por motivos de afeccion familiar. Cosa parecida pasaba no ha mucho entre los rusos.

A los ingleses se les ha tenido por hombres eminentemente utilitarios y prácticos, pero como se vé, no hay pueblo que esceda en esto al de la China. En este país, fuera de los hombres que han escrito los libros clásicos y sagrados, no se tiene por génio sino á aquel que sabe ordenar bien su familia segun sus hábitos, hacer fructificar su tierra, traficar con ganancia, y realizar grandes provechos. Los demás hombres, por más habilidades que tengan en las ciencias, artes é industrias valen poco á sus ojos. Los chinos se asombrarian al saber que un escritor puede hacer gran fortuna en Europa, escribiendo dramas, novelas, ú otra clase de composiciones en prosa y verso; lo mismo que si supieran que un hombre de talento adquiere gloria y fama, y que una bailarina ó un funámbulo, no dá una pirueta, ni hace un equilibrio sin que miles de periódicos extiendan la nueva por todos los reinos de Europa. El empleo en las artes es para ellos de poca importancia. «Fulano, dirán de un artista, se divierte con su pluma, su pincel ó buril, como con un pandero: todo es cuestion de gusto.» Así es que la literatura, aunque muy fomentada por el gobierno y la opinion pública, no es bastante para proporcionar medios de vivir á los autores. Nadie enriquece allí escribiendo libros, especialmente libros como novelas, romances, dramas y comedias. Por buenas que sean, les dan muy poco valor. Los que son capaces de apreciarlas las leen por supuesto, pero solo por via de distraccion. Nadie piensa en el autor, quien por su parte tampoco piensa en que lo conozcan y lo admiren.

Sin embargo de esto, no hay nacion donde más libros se impriman, ni circulen á precio más módico, ni donde haya más entusiasmo por representaciones teatrales. La China es una nacion de actores, á lo que los predispone la necesidad de fingir y llevar á efecto las ceremonias y etiquetas de que están plagados sus menores actos en la vida. El espíritu y el cuerpo de los chinos están dotados de una flexibilidad y electricidad tan extraordinaria, que pueden transformarse á su gusto y expresar sucesivamente las pasiones más opuestas. Hay algo del mono en su naturaleza, como se vé cuando se les dá á copiar alguna cosa, que lo hacen con tal exactitud, que han de copiar hasta los defectos y deterioros del original. En prueba de esta facilidad de imitacion, se refiere la anécdota de un armenio, que llevó á China una piedra preciosa de gran tamaño y valor, con objeto de venderla. Llevábala en una caja y la expuso varios dias á los que quisieron examinarla. Despues tuvo proposicion de algunos de los que la habian visto, y concertada la suma y pedida la piedra, el armenio no tuvo inconveniente en enviarla antes de recibir el dinero,

con la precaucion de sellar la caja en que la tenia. Pasó algun tiempo sin recibir el importe, al cabo del cual le fué devuelta la caja, sintiendo el dueño que se hubiese deshecho el contrato, pero consolándose con que tenia allí su mercancía. Poco despues, se partió de una ciudad á otra, y abriendo la caja para ver su joya, conoció que se la habian sustituido por una falsa, imitando con perfeccion y gran minuciosidad así el contenido como el continente.

Volviendo á su disposicion teatral, baste decir, que el celeste imperio parece una gran feria donde entre el flujo y reflujo de contratantes, se ven por todas partes cómicos de toda especie trabajando incesantemente en divertir al público. En toda la extension del país, ya sea en ciudades de primero, ya de segundo y tercer órden, ya en los pueblos ó en los campos, todos los chinos, sin excepcion, se dan al pasatiempo de las representaciones dramáticas. Por do quiera no se ven más que teatros y actores representando noche y dia. Teatros permanentes ó no los hay, ó no son bastantes, y en este caso los chinos se dan mucha traza y presteza para construirlos provisionalmente de bambú. Bien es verdad que sus salas son muy sencillas y sus escenarios de poca complicacion y sin pretensiones de formar ilusiones ópticas. Las decoraciones, malas como son, duran desde el principio hasta el fin de la obra; y como no se sabria que significaban en ciertos pasos, los actores explican de palabra lo que es tan defectuoso á la vista. El único arreglo que tiene algun aire de teatral es la introduccion de una especie de trampilla ó puerta disimulada en el frente, que sirve para la entrada y salida de los personajes fantásticos, y se llama: Puerta de demonios.

El repertorio cómico-dramático de los chinos es muy abundante, en especial el de la dinastía del Mogol, del cual han traducido los eruditos europeos. En cuanto al mérito literario citarémos el juicio de Biot. «El argumento de estas piezas es sencillo. Los actores mismos anuncian el personaje que representan, y rara vez hay conexion entre la escena y lo que representan en ella, mezclando los detalles más ridículos entre los asuntos más graves. En general no parece que estas representaciones excedan á las de cobertizos, y realmente el arte en China está todavía en su infancia, si damos crédito á los viajeros que han visto representaciones en Canton y en Pekin. Puede ser que este imperfecto estado dependa en gran modo de la condicion degradada de los actores chinos, que son meros criados á quienes se alquila, y tienen que divertir á la muchedumbre. Con todo, si hallamos poco mérito intrínseco en estas producciones, son curiosas para los europeos en lo que toca á estudios de usos y costumbres, y por tanto debemos agradecer el trabajo á sus traductores.»

Que la literatura dramática no séa sublime en la China, desde luego se comprenderá teniendo noticia de la condicion de los escritores y del poco premio que

alcanzan en honor, fama y gloria por sus trabajos en el arte. Faltando este estímulo no puede llegarse á producir obras maestras.

Por via de amenidad, darémos aquí el extracto de una comedia china, intitulada:

VENGANZA DE LA HIJA DEL ESTUDIANTE.

ARGUMENTO.—PRIMERA PARTE.

Una vieja poseedora de gran fortuna, tiene un hijo de ocho años de edad. Un pobre estudiante, que tiene una hija de siete, pide prestada á la vieja, una pequeña suma de dinero, que no le puede pagar. En vez de metálico dá su hija á la vieja, para ser afianzada como la mujer futura de su hijo.

SEGUNDA PARTE.

Trece años despues, la hija del estudiante, ya de veinte años de edad, sigue viviendo con la vieja, aunque el matrimonio no ha tenido lugar por haber muerto el jóven. Un dia va la vieja á un boticario á pedirle el pago de una deuda. El boticario, bajo pretesto de que va á pagarle, la lleva á un lugar apartado y trata de matarla; pero llegan dos hombres, padre é hijo, y le salvan la vida. Estos, en recompensa de su servicio, piden, el viejo á la vieja, y el jóven á la muchacha, por sus mujeres respectivas. La anciana rehusa al principio; pero los dos hombres la amenazan, y al cabo consiente y los lleva á su casa. La hija del estudiante, al saber lo que han contratado, se opone por su parte á cumplir tal contrato. No obstante la anciana se casa con el más viejo, y recibe á los dos en su hogar, con la esperanza de que la oposicion de la niña podrá ser vencida con el tiempo.

TERCERA PARTE.

El jóven huésped, viendo que es imposible obtener en matrimonio á la hija del estudiante, imagina que podrá conseguir su objeto, matando primero á la anciana mujer, y con este propósito en su mente, se dirije á casa del ya mencionado boticario á comprar un veneno. El boticario, al principio, resiste y le hace objeciones; pero recordándole el jóven su tentativa de asesinato y amenazándole con descubrirle, cede al fin. El jóven toma su veneno, y lo pone en un caldo preparado para la vieja. Por una equivocacion, sin embargo, el padre del jóven, toma del caldo y muere inmediatamente. Viendo el jóven frustrado

su intento, vuelve á insistir en querer por esposa á la hija del estudiante, amenazando acusar á las dos de ser autoras de la muerte de su padre, si no complacen sus deseos. Apesar de esta amenaza, no puede alcanzar el consentimiento de la muchacha, y por lo tanto, el jóven, deseando vengarse, las acusa y trae á las dos ante el tribunal como autoras de un asesinato. El magistrado manda dar tormento á la hija del estudiante para obligarla á hacer su confesion; pero la jóven resiste con firmeza, hasta que ve á la pobre anciana, á quien van á torturar tambien, y á fin de evitarle este suplicio, se acusa de un crímen de que está inocente. El juez, al recibir esta confesion, se manifiesta satisfecho y pronunciada sentencia de muerte contra la jóven, el falso acusador les da las gracias por su recto fallo.

CUARTA PARTE.

La hija del estudiante es llevada hácia el patíbulo. Al pié de él protesta de su inocencia y pide gracia de la vida, pero en vano. Antes de morir, declara que en testimonio de su inocencia, nevará, no obstante de ser entonces el rigor del verano; que su sangre se levantará y manchará las insignias del tribunal, y finalmente que habrá escasez por tres años en el distrito en que va á sufrir la pena de muerte: todo lo cual sucede al pié de la letra.

QUINTA PARTE.

El pobre estudiante de quien se hizo mencion en la parte primera, padre de la jóven, llega con el tiempo á ser un gran mandarin, y el desempeño de su oficio le acontece á menudo revocar las sentencias de los inferiores. Un dia, por casualidad, lee la memoria del proceso y sentencia seguido y dictada contra su hija, de la cual no habia tenido noticias desde que la enagenó siendo niña, y durante la lectura, su espíritu se le aparece, relata la injusticia cometida y le pide ejemplar venganza. El mandarin cita acto contínuo á todos los que intervinieron en el juicio, á que comparezcan ante su presencia, entabla un nuevo proceso, y rectificando la sentencia, aplaca al espíritu. El falso acusador, que era el verdadero asesino, es sentenciado á que le descuartizen y hagan de su cuerpo diez mil pedazos, el pícaro boticario es desterrado por toda la vida, y el magistrado que pronunció la injusta sentencia es condenado á sufrir cien palos y á ser destituido del oficio.

Superior á esta composicion es la tragedia ó drama (porque los chinos no hacen distincion entre ellas), que lleva el título de *Han-Koong-Tsen* ó *Las Tristezas*

de Han. En la anterior, aunque el autor procura que se cumpla la justicia, se inculca un terrible y sistemático espíritu de venganza. En el drama de las tristezas, la moral es exponer las malas consecuencias del lujo, la afeminacion y la ignorancia en un monarca, y su argumento, extrictamente histórico, se refiere al período en que la debilidad del gobierno chino alentó á los tártaros á hacer sus incursiones, que al fin produjeron la caida del imperio y el establecimiento del poder del Mogol. En esta composicion se observan unidad de lugar y de accion y el más fanático admirador del teatro griego no encuentra mucha razon para hincar el diente de la crítica.

Los chinos muestran tambien mucha aptitud para los cuentos ó novelas, en las cuales no falta ingenio y sentimiento. En punto á poesía, no sabemos que tengan composiciones épicas, ni que conozcan el género pastoral. Las primeras tal vez por nuestra falta de informes; pero en cambio poseen muchos poemas morales ó didácticos, cuyo objeto es comentar y enseñar las doctrinas de los grandes sabios de su país, son muy dados á la sátira y al libelo, sin que escapen los más altos dignatarios del dardo del anónimo y descuellan sobre todo en la poesía descriptiva, por abundar su lenguaje en espresiones figurativas, derivadas de los objetos más agradables y de los fenómenos más notables de la naturaleza, sin que les falte tambien la ayuda de lo mitológico y sobrenatural que emplean sin medida. Cada elemento de la naturaleza, con todos los fenómenos que presenta, cada montaña, bosque, ó arroyo tiene su espíritu protector y presidente. Ellos tienen un monarca del fuego, el dios trueno, el espíritu del otoño, etc., y una interesante divinidad llamada *Yuelaon*, ó el viejo de la Luna, cuyo ejercicio consiste en atar con una cuerda invisible desde su nacimiento á los jóvenes de ambos sexos que están predestinados á unirse, hecho lo cual, la ausencia más prolongada y los obstáculos más fuertes no son bastantes á impedir la union. Tambien conocen las hadas, seres misteriosos, que, á su sentir, se convierten cuando quieren en mugeres hermosas ó en mónstruos de infinita variedad. Se emplean estas en frustrar las tentativas de los devotos de *Fó*, ó *Boudha*, para alcanzar un estado sobrehumano.

En las novelas y cuentos, como ya hemos dicho, es donde sobresalen, y Voltaire no se desdeñó de modelar su Zadig sobre una de ellas. Por ser curioso el argumento, lo darémos en breve extracto:

Un discípulo de la secta de Jao-tsé, doctor de la razon, estaba un dia meditando entre los sepulcros, cuando observó á una jóven sentada en uno de ellos, y muy atareada en abanicar la losa. Acercándose á ella y viéndola derramar lágrimas, se atrevió á preguntarla de quien era aquella tumba y por qué era el afan de tanto

abaniqueo. La jóven, con gran sencillez, respondió: aquí yace mi marido, á quién quise con delirio y él me amó con igual extremo. Afligido con la idea de perderme, sus últimas palabras fueron estas: «Mi querida mujer, si alguna vez piensas en casarte de nuevo, te ruego que esperes á lo menos, hasta que la argamasa que cierra mi sepulcro se haya secado.» Ahora bien, como la masa está todavía húmeda y no tiene apariencias de secarse muy pronto, creí que seria bueno echarla aire á fin de ahuyentar la humedad. Esta mujer, pensó el filósofo, tiene una priesa atroz. Dicho esto y llegando á su casa, contó el suceso á su mujer, con la cual se habia casado recientemente. ¡Ah malvada! exclamó esta: ¡oh mónstruo de insensibilidad! ¿Cómo puede pensar en segundo marido una mujer virtuosa? Si por desgracia yo te sobrevivo, te aseguro que permaneceré viuda el resto de mi vida.—El prometer cuesta poco, se dijo para sí el filósofo, pero ya veremos. En seguida cayó repentinamente malo. Sucedió una tierna escena, en la cual la esposa le juró eterno recuerdo y repitió su resolucion de quedar viuda...—Basta, dijo el filósofo, mis ojos se cierran para siempre, y esto diciendo, dió su espíritu. La desconsolada viuda, prorumpiendo en lamentaciones, abrazó muchas veces el inanimado cuerpo y lo tenia estrechado contra su seno.

Entre los dolientes que en tan melancólica ocasion se reunieron, habia un jóven de gallarda apariencia, que dijo habia venido de muy léjos para ser discípulo del difunto sabio. Con gran dificultad pudo obtener que se le permitiese ver á la viuda, la cual, no bien lo hubo visto, cuando quedó prendada de su exterior. Díjole que volviese al dia siguiente á visitarla, convidóle á comer y á cenar y cambió con él tiernas miradas y expresiones. El jóven medio derretido, y la viuda no menos, pronto concertaron un casamiento, poniendo el futuro marido tres condiciones, una de las cuales fué, que la viuda habia de sacar de su casa la caja que contenia los restos de su primer esposo. En esto consintió sin réplica, y en su consecuencia el féretro fué depositado en un lugar apartado del jardin.

Los preparativos del matrimonio comenzaron, cuando de repente fué el novio acometido de convulsiones y cayó al suelo. La novia se alarmó; pero los criados la dijeron que no se asustase, porque aquellos ataques eran conocidos y frecuentes, y habia un remedio, un solo remedio para ellos, pero eficaz é infalible, á saber: los sesos de un hombre recien muerto, tomados en vino caliente.—Oh, dijo la dama, mi marido hace pocos dias que falleció: dénme un hacha y yo misma iré, abriré el ataud y traeré el remedio. Provista con su herramienta, salió al punto y se dirigió al rincon apartado del jardin, y dando en la caja un gran golpe para abrirla, hé aquí que la tapa se abre y vé con horror que el muerto se incorpora y dice con mucha calma: «querida esposa, dame la mano para levantarme.» La infeliz

enamorada, viendo su falsía descubierta é incapaz de sobrevivir á aquel golpe, se ahorcó de las ramas de un árbol, en donde la halló el filósofo, y satisfecho de que no era una burla, sino que estaba ahorcada bien y en regla, cortó la cuerda con la mayor frialdad, mandó componer el ataud, la metió en él y determinó no tomar más mujer en los dias de su vida.

Volviendo á tratar del teatro, de que nos ha apartado el dar una breve noticia de la literatura ó poesía chinesca, dirémos que los actores chinos, no estando ajustados para un teatro particular, viven en un todo como los antiguos cómicos de la legua, yendo de aquí para allí con sus caravanas, segun los alquilan los mandarines ó personas particulares por uno ó por muchos dias, aunque lo ordinario es que los pagan asociaciones formadas en varios barrios de una ciudad.

Siempre hay pretexto para dar un espectáculo; ora la promocion de un mandarin, ora una buena cosecha, ó bien especulaciones lucrativas, ó un peligro evitado, en suma todo suceso, venturoso ó desdichado es ocasion de solemnidad teatral. Entonces los principales del distrito se reunen y decretan que habrá espectáculo durante tantos ó cuantos dias, y que cada individuo tiene que contribuir á los gastos en proporcion á sus fortunas. Ocasiones hay tambien en que los gastos son pagados por una sola persona que desea complacer á sus vecinos ó alcanzar la fama de generoso.

Las clases pobres son siempre admitidas gratuitamente en el teatro, y nunca dejan de aprovecharse de esta permision. En las grandes poblaciones siempre suele haber un teatro abierto noche y dia, al cual vienen hasta de poblaciones distintas y distantes y se andan seis y siete millas por gozar de la fiesta, aunque no es muy cómoda la situacion del espectador, puesto al aire libre y en asientos sin numerar. Allí no hay sitios de preferencia. Cada uno escoje el sitio que gusta ó que encuentra en la calle, sobre los tejados de las casas, ó en la copa de un árbol, de suerte que la vista y el oido tienen en que deleitarse con aquella perspectiva, vocería y confusion que no puede menos de resultar de semejante acomodo, y mucho mas cuando la concurrencia come, bebe, fuma y charla á su antojo, y los vendedores pregonan á gritos sus géneros; de modo que mientras los actores están representando los pasos más patéticos é interesantes, los mercaderes atruenan con sus gritos de caña dulce y otros confites y chucherías; verdad es que en cambio ni se silva ni se aplaude en los teatros de la China.

Las costumbres y supersticiones que los chinos tienen en sus funerales son dignas de que les consagrémos algun espacio.

En primer lugar, véase de qué manera *teorizan* sobre la separacion del espíritu y la materia. Los chinos creen, como los católicos, que la muerte es la separacion

definitiva del alma de su prision el cuerpo, pero creen asimismo que el grado ó intensidad de la enfermedad está en razon directa del número de tentativas que hace el alma para escaparse; y cuando el paciente experimenta la terrible crísis que pone á su vida en peligro, es una prueba de que el alma se ha ausentado por unos instantes, que se va hasta cierta distancia y luego vuelve. Siendo la distancia tan corta, todavía es capaz de ejercer considerable influjo sobre el cuerpo y mantenerlo vivo, aunque sufre mucho por esta momentánea separacion. Si el paciente cae en la agonía, es señal evidente de que el alma se ha ido con resolucion de no volver. Sin embargo, no está el pleito muy perdido aun en este caso porque hay un medio de convencerla á que vuelva á habitar su antigua casa ruinosa. El primero es la persuasion ó sean las buenas razones, oraciones y súplicas para que la señora alma cambie de resolucion. Corren tras ella, la conjuran que regrese, pintándola el miserable estado en que los dejará si no tiene á bien complacerlos. Le dicen que la felicidad de la familia depende de ella, la hostigan, la adulan, la agovian con importunaciones: «Vuelve, vuelve, le gritan; ¿qué te hemos hecho? ¿Qué motivos tiene usted para irse de ese modo? Vamos, vuelva usted, por vida de Confucio.» Y es lo bueno, que como ninguno sabe por qué camino ha tomado el alma el portante con gentil compás de piés, corren en todas direcciones, y hacen evoluciones sin cuento en la esperanza de topar con ella y ablandarla con oraciones y lágrimas.

Si el alma no entiende por la buena, si permanece sorda, y persiste impasible en seguir su camino adelante, apelan á otro recurso que es asustarla. Entonces empiezan á dar grandes gritos, y á quemar cohetes y ruedas giratorias simultáneamente hácia todos lados en que se imaginan puede estar, abren los brazos para impedirla que corra, y empujan con las manos el aire como obligándola á ir á la casa y á meterse otra vez en el cuerpo. Entre estos cazadores de almas, por supuesto, hay como en todo, unos que descuellan en habilidad y humo y en gracia particular para dar tras la fugitiva. En tal caso llaman á los demás para que les ayuden, clamando: «¡aquí está, aquí está!» é inmediatamente todos corren hácia él. Entonces unen sus fuerzas, forman un plan de operaciones, suspiran, rujen, lamentan, echan buscapiés y culebrinas, arman una confusion espantosa en torno de la primera alma, de tal suerte que si no se conmueve y retorna ha de ser un alma de mala ralea.

Al hacer estas cacerías, no olvidan por de contado ir provistos de linternas para alumbrar al alma en su regreso; tanto más cuanto que estas ceremonias se hacen de noche, porque el alma, dicen los Chinos, se aprovecha de lo oscuro para tomar las de Villadiego, á que llaman «saludar la época,» «dar gracias al

mundo,» ascender á la esfera, y otros muchos circunloquios,» pues decir lisa y llanamente morir no lo harán si los matan, y la eleccion de la frase, más ó menos delicada ó elegante la determina la categoría del difunto. Si es el emperador el que muere, entonces usan de la frase *precipitarse, hundirse,* porque la muerte de la cabeza del imperio se considera tal catástrofe, que la comparan á la caida de una montaña.

El luto en la China es el color blanco, y hasta el calzado y la cinta de seda con que se atan el cabello ha de ser de este color. Hay quien dice: «por supuesto, los europeos lo llevamos negro, y como las costumbres de los chinos han de estar en oposicion siempre, ellos lo usan blanco.» Esto lo que prueba no es oposicion, porque tal costumbre es antiquísima é ingénua en el país, sino lo arbitrario y convencional de esta costumbre, pues entre los mismos europeos hay varios colores que se usan como luto y entre ellos el grana. Lo que sí debemos notar es la correspondencia que hay entre las ideas que de la muerte se tienen y las ceremonias y colores del luto. En Europa, donde el catolicismo ha hecho espantosa y horrenda la idea de la muerte por el temor de eternos y aterradores castigos, hasta los cadáveres horrorizan y en el luto se usa del color negro melancólico y sombrío. En la China es al contrario, la muerte no causa horror alguno, y los cadáveres se conservan por largo tiempo en las casas con el objeto tambien de tributar al finado los honores que es el gran negocio entre ellos, y la gran aspiracion de toda su vida. La muerte es una bicoca; nadie se alarma, ni se cura por tal cosa; pero sí del material del ataud, de las ceremonias del funeral, de la eleccion del sepulcro, y del lugar en que ha de abrirse, que son cosas de gran momento y consideracion. El cuento es celebrar las ceremonias en grande, de modo que sean sonadas, y que el vecino sobrepuje al vecino en vanidad y ostentacion. Los mayores gastos no les acobardan, ni se detienen ante ningun sacrificio. Son capaces de vender hasta los clavos de las paredes y arruinar á sus familias, más bien que dejar de tener un gran funeral.

La verdad de lo que antes hemos apuntado se demuestra por la manifestacion artística y disciplinada del sentimiento en sus duelos por los padres y parientes. Los más cercanos del difunto y los amigos han de reunirse á ciertas horas y llorar juntos, donde se ve lo maestros que han llegado á ser en el arte del disimulo y la hipocresía. Es muy curioso ver á los hombres en un aposento y las mujeres en otro, esperando la hora de juntarse para llorar y hacer extremos, y mientras tanto están fumando, bebiendo té, charlando y riendo, y todo esto con un talante que nadie pudiera imaginarse que son dolientes. Cuando la ceremonia va á comenzar, el pariente más cercano informa á la asamblea que ya es la hora, y salen todos y se

colocan en torno del ataud. La conversacion cesa de repente y comienzan las lamentaciones, y los semblantes, poco ha risueños, toman la más lúgubre, doliente y desconsolada expresion imaginable. Entonces se dirijen al difunto las más patéticas oraciones fúnebres. Cada cual debe decir su monólogo sobre el caso, interrumpiéndolo con gemidos, ayes y suspiros, y lo que es más con abundantes lágrimas. Cualquiera supondria que estaban inconsolables en su pena; pero no son más que hábiles actores, y todo este sentimiento y lamentacion es solo una exhibicion de talento histriónico. A una señal dada, la escena cambia de repente, las lágrimas se secan, y sin siquiera aguardarse para concluir un suspiro, le entre-cortan, toman sus pipas, y hé aquí de nuevo á estos incomparables chinos riendo, charlando y bebiendo su té.

Cuando toca el turno á las mujeres, la farsa se hace todavía con mayor perfeccion. La pena tiene en ellas tal apariencia de sinceridad, los gemidos son tan agonizantes, tan abundantes las lágrimas y la voz tan interrumpida por sollozos, que quien las oye, aun sabiendo que es fingimiento, no puede menos de afectarse.

Los chinos opulentos convidan á muchos á sus funerales á fin de formar una grande é imponente procesion. Los vestidos de toda la comitiva son á su costa y asimismo está á su cargo el mantenerlos por cierto número de dias, con espléndidos banquetes.

Para esta ocasion se alquila un gran número de músicos y de plañideros, pues aunque casi todos son consumados en el arte de verter lágrimas, hay llorones de profesion que son mucho más perfectos é inimitables en gemir y sollozar, de suerte que hay una especie de *claque* en estos teatros fúnebres. Los llorones van detrás del ataud con largas túnicas blancas, ceñidas con cinturones y mesándose los cabellos, acompañando sus lamentos con el discordante sonido de rudos instrumentos de música y disparos de fuegos artificiales; porque la explosion y el olor de la pólvora creen que es lo único para asustar y quitar de en medio á los demonios ó espíritus, y evitarles el atrapar el alma, que nunca deja de ir detrás del ataud. Hay más, y es, que como estos demonios tienen fama de ser algo codiciosos y amigos del dinero, los chinos les siguen la corriente de su flaco, y dejan caer por el camino gran porcion de billetes de banco, que se lleva el viento en varias direcciones, pero como los demonios no deben ser en China tan astutos como los hombres, caen en la trampa con una sencillez encantadora, pues los tales billetes no son más que pedazos de papel blanco, y mientras se entretienen en correr trás ellos, va el alma del difunto siguiéndole con toda tranquilidad.

Los chinos tienen la costumbre de ofrecer á los muertos viandas y muchas veces espléndidos festines. La duracion del luto por los padres es de tres años, y

durante este tiempo el doliente no puede desempeñar las obligaciones de ningun cargo público. Un mandarin está obligado á dejar su puesto, y un ministro de Estado á renunciar á los negocios, viviendo en completo retiro, sin hacer visitas ni tener relacion alguna con el mundo. Una vez al año, por lo menos, ha de celebrar conmemoraciones en el sepulcro de sus antepasados, en las cuales toman parte todos los descendientes de la familia. Por grande que sea, pues, el escepticismo de los chinos, parece que estas prácticas tuvieron por base alguna fé en futura vida. «Casi todos los hombres, dice Bossuet, sacrifican á los manes, esto es, á las almas de sus pasados, por lo cual se vé cuán antigua es la creencia en la inmortalidad del alma, creencia que debe considerarse como una de las tradiciones mas primitivas de la raza humana.

En todas estas ordenanzas concernientes á los funerales, es fácil distinguir la consagracion del gran principio de piedad filial, base de la sociedad de los chinos. En efecto, apenas tienen una costumbre, que bien examinada no tienda en algun modo á inculcar respeto á la autoridad paternal.

Esta tendencia se observa en las numerosas ceremonias que acompañan á los casamientos de los chinos. Desde luego es un hecho indisputable que padres y madres, y en su defecto los abuelos ó los parientes más cercanos, tienen una autoridad completa y arbitraria sobre la juventud en materia de matrimonios, y de la cual no pueden eximirse. Los chinos actualmente se casan muy jóvenes, aunque esto es contrario á los usos de la antigüedad y á lo ordenado en el *Libro de los Ritos:* documento canónico que establece del siguiente modo la division de las edades del hombre:

«El hombre, á la edad de diez años, tiene el cerebro tan débil como su cuerpo, y á lo más se puede aplicar al estudio de los primeros elementos de las ciencias.»

«A los veinte años no ha adquirido toda su fuerza: apenas percibe los primeros rayos de la razon. No obstante, como empieza á ser hombre, se le debe conceder el sombrero varonil.»

«A los treinta años, el hombre es verdadero hombre; robusto y vigoroso, y esta es la edad apropiada para el matrimonio.»

«A un hombre de cuarenta años se le pueden confiar magistraturas de poca responsabilidad, y á un hombre de cincuenta, los mas graves y elevados cargos.»

«A los sesenta años, el hombre es viejo, y no le queda más que prudencia sin vigor, de manera que no deben hacer nada por sí mismos, sino simplemente decir lo que desean que se haga.»

«Un hombre de setenta años, cuya energía de cuerpo y de espíritu están gastadas, debe dejar el cuidado doméstico á sus hijos.»

«La edad decrépita de ochenta á noventa años, vuelve al hombre á la condicion de niño y por lo tanto no sugeto á las leyes.»

«Si llegan á cien años, no deben ocuparse en más que en aventar la débil llama de vida que les queda.»

Segun, pues, el Ritual, los antiguos fueron de opinion de que la edad conveniente para contraer nupcias es la de treinta años; pero los chinos modernos han abandonado este precepto y costumbre. Sobre casarse á la mitad de esta edad, nada más comun que verse arreglar casamientos aun antes de nacer las partes interesadas. La solemnidad de este compromiso estriba en un juramento, que se consagra y ratifica cortándose cada uno un pedazo de la túnica y cambiándolo recíprocamente.

En la China, las mujeres no solo no llevan dote, sino que sus padres esperan recibir una suma de dinero estipulado de antemano. Una parte de ella es pagadera al firmarse el contrato, y la otra algunos dias despues de la boda. Amás de esto, los padres del novio regalan á los de la novia telas de seda, arroz, fruta, vino, té, etc.

Todos los casamientos se hacen por procuradores ó medianeros por ambas partes: personas que toman á su cargo el hacer gratuitamente todos los preparativos y diligencias; lo cual es considerado como una honra, muy al revés que en Europa se entiende.

Aunque la poligamia se permite en China, no es en lo legal sino con muchas restricciones. En lo antiguo solo estaba permitido el tomar segundas mujeres ó mujercitas como el chino las llama, á los mandarines y á los hombres de cuarenta años de edad que no habian tenido hijos. «El culpable de concubinato, dice el *Libro de los Ritos*, será castigado con doscientos palos en los hombros.» Pero estas leyes subsisten solo en los libros. Un chino puede tomar segunda mujer cada y cuando le venga á cuento sin tener otra cosa en cuenta que su fortuna.

Los lectores presumirán que un pueblo tan ceremonioso y etiquetero habrán cargado la mano de firme en este acto importante del matrimonio, que respetan hasta el punto de que todo el que encuentre una procesion nupcial en las calles, sea rico ó pobre, mandarin ó simple vasallo, ha de detenerse y hacer la debida reverencia á los recien-casados. Por ser tantas y tan prolijas, solo diremos los diferentes actos de que consta el poema del bodijo. El primero, consiste en contratar la alianza. El segundo, en preguntar el nombre y el mes y dia del nacimiento de la jóven. El tercero, en consultar adivinos sobre las resultas del

casamiento, y llevar una respuesta favorable al futuro suegro. El cuarto, en ofrecer telas de seda y otros regalos como prendas de que se desea matrimoniar. El quinto, en fijar el dia de la boda. El sesto, en ir por la novia y conducirla á casa de su marido. Todo esto se hace con tantos requisitos, genuflexiones, reverencias y prescripcion de maneras, que deben quedar molidos todos cuantos intervienen en el asunto. Una sola cosa notarémos en esta série de ceremoniales, por el contraste que ofrece con el modo de obrar de los europeos. Cuando el padre del novio pregunta por la edad de la novia y su nombre, el padre de esta ha de responder: «He recibido con el mayor respeto las pruebas de vuestra bondad. La eleccion que usted se digna hacer de mi hija para esposa de vuestro hijo, me hace ver que estima mi *pobre y fria* familia en más de lo que se merece. Mi hija es *grosera y estúpida,* y yo no me he sabido dar trazas para criarla bien: con todo, tendré á grande honra el obedecerle en esta ocasion. En otra página hallará usted escrito el nombre de mi hija y el de su madre, y el dia de su nacimiento.»

Al recibir los regalos y la noticia de haberse fijado dia, el padre replica en estos términos: «He sabido su última resolucion. Usted desea que tenga lugar esta boda, y yo siento solamente que mi hija tiene muy poco mérito y que no ha recibido la educacion que debiera. Temo que no valdrá para nada. Con todo, puesto que los agüeros son favorables, no me atreveré á desobedecerle. Acepto sus regalos, saludo á usted y cuidaré de hacer los debidos preparativos para el dia fijado.»

Como se tiene buen cuidado de que no se vean los novios hasta que están casados, no es extraño que el número de matrimonios infelices sea fabuloso, aunque por la condicion de la mujer, esta es generalmente la víctima. En muchas partes del imperio está muy en moda el apelar á la violencia y á los golpes contra ella, y muchos maridos siguen la moda, porque dejar de hacerlo seria perder la dignidad marital y proclamarse por un simple que no sabe cuáles son sus prerogativas.

Un viajero refiere haber presenciado una escena matrimonial, ó mejor dicho tragedia, resultante de esta creencia; y preguntando al marido que habia hecho su esposa para tratarla tan cruelmente no dejándola parte sana en el cuerpo y en el rostro, respondió llorando: «Nada, nada: nunca mereció castigo alguno. Hace dos años que nos casamos y hemos vivido dichosos; pero desde hace dias he tenido una grande aprension, creyendo que las gentes se reian de mí porque no la he pegado, y hoy caí en la tentacion.»

En otra parte hemos dicho, que solo el temor de incurrir en gastos nuevos es lo que retiene al esposo en su conducta para con un sér que vive en la abyeccion y en la esclavitud, cálculo que ilustra perfectamente la siguiente anécdota doméstica.

En una poblacion de las inmediaciones de Pekin residia un matrimonio fecundo

en disensiones y guerras. Un dia llegó á lo sumo el calor de los combatientes, y despues de haberse insultado y aun arrojado recíprocamente algunos tolerables proyectiles, creciendo la rábia en ambos, empezaron á romper todo lo que encontraban en la casa. Varios vecinos acudieron á los gritos y al ruido de destruccion universal del mobiliario, y procuraban en vano contenerlos. El marido logró apoderarse de una gran losa que arrancó del pátio y con ella se precipitó á la cocina donde la muger estaba desahogando su rábia en las cacerolas, pucheros y demas trastos de la batería, y llenando el suelo de despojos. Cuando el marido bajó con la enorme piedra, todos corrieron trás él sospechando alguna venganza sanguinolenta, pero no hubo tiempo, porque ya la lágrima de Moisés volaba con furia, ¿contra quién? contra la enorme cafetera de hierro fundido que hizo dos pedazos. La mujer viendo que no podia superar esta extravagante ruina, se dió por vencida, y cesó la disputa. Uno de los presentes, dijo entonces riendo:—«Hermano, sois un loco: ¿por qué no rompisteis la cabeza de vuestra mujer, en vez de romper la cafetera? Entonces hubierais tenido paz en vuestra casa. Ya pensé yo en eso, respondió con mucha calma el marido; pero habria sido una tontería. El componer la cafetera me cuesta mucho menos que el comprar otra mujer.»

En medio de esta triste condicion de las mujeres, la religion viene á prestarles un extraño modo de resignacion y consuelo. Hay una secta, llamada de *abstinentes*, que crece cada dia, la cual cree que en la transmigracion las tocará en suerte ser hombres, y vengarse del mal trato y despotismo sufridos, tiranizando á su vez y como en revancha á los maridos convertidos en mujeres. Todo es tener fé: las chinas se contentan con saborear el placer de su futura venganza, y tal vez cuando sus maridos las oprimen ó degradan creen que se está verificando un acto de reparacion por alguna víctima de su sexo.

Debiendo hablar de otros paises de costumbres semejantes al que estamos describiendo, pondrémos fin á este tratado, con la siguiente observacion que naturalmente se ocurre al considerar el carácter de tan extraordinario pueblo. Los europeos siempre se han afanado por conocer las instituciones del celeste imperio, los hábitos y maneras de sus habitantes, y hasta los menores detalles de su vida privada, mostrando particular admiracion hácia todos ellos, por lo mucho que divergen y se diferencian de los de otras naciones. ¿Qué hace en cambio el chino? Mirar el orbe todo como si no existiera, ó como si fuera compuesto de seres inferiores, incapaces de hacer nada digno de su curiosidad: creen que su situacion es inmejorable, y de consiguiente no les aguija deseo alguno de investigar, ni de hallar esa perfeccion, trás de la que camina el resto del mundo civilizado. Bajo este aspecto los chinos son los verdaderos antípodas de los franceses.

ANNAN.

I.

Al sud de la China hay un imperio que comprende varias comarcas, á saber; Tonquin, Conchinchina, Tsiampa, Cambodje y Laos. Este territorio tiene trescientas y setenta leguas de extension, de sud-este á noroeste, está atravesado por una cadena de montañas y le baña por tres partes el mar. Evalúase su poblacion en veinte y tres millones de habitantes, que originariamente mogoles, parecen venidos de la China segun su semejanza en su físico y en la religion, hábitos y costumbres. Sin embargo, como pueblo de menos cultura, reune rasgos, si cabe, más característicos, y por esto creemos interesante alguna noticia de ellos, con lo cual se completará el retrato de los chinos.

De los pueblos mencionados los más importantes son Tonquin y Conchinchina; pero como el rey de Tonquin, logró á principios de este siglo reconquistar á esta provincia, y la reunió á su reino con el nombre de Annan, concretarémos nuestras observaciones á los tonquineses.

La religion de estos es la de Confucio, y la de Buda un tanto modificada es la que más se extiende entre el pueblo, más al decir de los misioneros su religion

no es otra cosa que un tejido de fábulas tomadas de los chinos. Los sábios ó letrados, que son aquí en menor número, siguen á la letra la doctrina de Confucio, y lo que es más particular, que apenas hay una poblacion en Tonquin donde no exista, por lo menos, un templo elevado á este filósofo. En el lugar más preeminente de ellos se vé la estátua de este grande hombre venerado como Dios, y las de sus discípulos, que gozan de la misma consideracion, puestos en actitud reverente ante su maestro. Los magistrados se reunen los dias de luna nueva y luna llena para darles culto que consiste en llevar ofrendas ante el altar, quemar perfumes y hacer genuflexiones.

Pero todos los años, en los equinoccios, hay una gran festividad y sacrificios solemnes, á los cuales han de asistir todos los letrados. El sacrificador, que es de ordinario un sábio, se dispone para la ceremonia con ejercicios de mortificacion y abstinencia. El altar se adorna con ricas telas de seda, se preparan las mesas y se prueban los animales, ceremonia que consiste en echarles vino caliente en las orejas. Si mueven la cabeza se destinan para el sacrificio, y si quedan impasibles se desechan. Una vez inmolados guarda la sangre, y al dia siguiente muy de mañana, reunido con los letrados en el templo, procede á la invocacion del espíritu de Confucio, celebrando varios ritos, y ya descendido el dicho espíritu, el pontífice toma un vaso lleno de licor que derrama sobre la cabeza de una figura hecha de paja, exclamando: «Tus virtudes son grandes, excelentes, admirables, oh Confucio. Si los reyes gobiernan á sus vasallos con equidad, es por la ayuda que le prestan tus leyes y tu doctrina incomparable. Te ofrecemos este sacrificio; nuestra ofrenda es pura. Que tu espíritu venga, pues, sobre nosotros y nos regocije con su presencia.»

Hecha esta invocacion, el sacerdote letrado, toma un pedazo de seda, lo ofrece al espíritu del filósofo, y quemándolo en una urna de bronce, dice estas palabras: «Desde los primeros hombres que nacieron en el mundo hasta nuestros dias, ¿quién es el que ha podido exceder ó igualarse en perfecciones y virtudes con Confucio? Lo que te ofrecemos es indigno de tí, el sabor y olor de estos manjares no tiene nada de exquisito; pero lo hacemos á fin de que tu espíritu nos escuche.»

Acabada la oracion, se distribuyen las viandas, creyendo los que las comen que Confucio les concederá toda clase de bienes, gracias y honores, y les librará de todo mal, y termina el sacrificio reconduciendo el Espíritu de Confucio al lugar de donde se supone que ha descendido.

Los tonquineses adoran además tres ídolos principales, entre los muchos que ha forjado el pueblo. Llaman al primero, el *ídolo de la cocina;* al segundo, el *maestro de artes,* y al tercero, el *señor del hogar.*

Trae el primero su orígen de la siguiente historia. Habiéndose una mujer

separado de su marido por causa de algunas contiendas, pasó á segundas nupcias, lo cual causó tanta pena á su primer esposo, que se arrojó sobre un brasero ardiendo y en él acabó su vida. Apenas se esparce la nueva y llega á los oidos de la esposa infiel, esta se arrepiente y se arroja sobre el mismo fuego que habia hecho cenizas al marido. Informado su segundo esposo de la muerte del primero, se traslada al lugar de la catástrofe, y al ver á su esposa hecha cenizas, siente tan gran dolor, que loco se precipita sobre el mismo brasero, y en un instante es devorado por el mismo fuego. Tal es el orígen del ídolo de la cocina. El espíritu de esta divinidad anima tres piedras, que son de las que se sirven los tonquineses para guisar sus manjares, y estas tres piedras son las que adoran el dia primero del año.

El segundo, *maestro de las artes*, es la imágen de un chino, que los idólatras del país creen haber sido el hombre más ingenioso, el más prudente y el más sabio de los hombres. Los mercaderes y tratantes le invocan antes de hacer sus tratos y contratos, los pescadores antes de tender sus redes, los artistas antes de comenzar sus obras, y los cortesanos antes de ir á tributar homenaje al príncipe.

El *ídolo del hogar*, no es menos venerado que los otros. Cuando alguno quiere hacer construir una casa, comienza por persuadirse de que el terreno pertenece no solo al rey, sino á algun otro dueño, quien, aun despues de su muerte, conserva el mismo derecho que tuvo en vida. Acto contínuo hace venir á un mago, que, tambor batiente, convida al alma del dueño difunto á venir á morar en un paraje que se le señala y en el que se le ofrece papel dorado, aromas, y mesas pequeñitas cubiertas de manjares, á fin de que tolere á su nuevo amo.

Ademas de estos tres ídolos, los tonquines adoran el cielo, la luna y las estrellas. Algunos dividen la tierra en diez partes y hacen á cada una su reverencia. Otros dividen el globo en seis porciones iguales, la última de las cuales está en el centro, y se visten para adorarlas de colores particulares. Cuando miran al septentrion, se visten de negro, y usan en sus sacrificios de instrumentos negros. Cuando al mediodia, de encarnado; cuando al oriente, de verde; cuando al occidente, de blanco, y para adorar la parte céntrica, visten de amarillo.

Entre estos pueblos hay oráculos que se consultan á cada paso, fingiendo estos ser ciegos, para dar á entender que solo escuchan la verdad. Hay asimismo adivinos ó magos que hacen profesion de decir el estado de las almas en el otro mundo. El que ha perdido un pariente ó amigo y quiere saber lo que por allá le pasa, va á uno de estos magos, el cual empieza por tomar un tambor y dar en

él golpes desiguales, como para llamar el alma del difunto, y hecho esto le informa de su situacion, que es tanto más dichosa cuanto más generosamente le pagan.

Los adivinos solo se consultan en casos de enfermedad, por medio de sus impostores ministros. Estos le preguntan de quienes procede el mal. Si responde que de los espíritus malos, los llaman y los encierran en una especie de cántaros ó ánforas. Si viene del demonio, convidan á este autor de la mentira á un gran festin que se dá á costa del enfermo. Se le dá el lugar preferente, se le suplica y acaricia, se le hacen ofrendas, y si el mal no disminuye, se vuelven las tornas, y le tiran mosquetazos, y le llenan de improperios hasta arrojarlo de la casa. Si es el dios de los mares el autor de la enfermedad, vánse muchos á las orillas, y le hacen sacrificios para aplacarle, convencerle y obligarle á dejar la casa del enfermo, y acojerse otra vez á sus aguas.

Antes de emprender un viaje no dejan los tonquines de mirar varios signos y observar las aves. Otros, ya en marcha, vuelven grupas si les acontece haber estornudado una vez: pero si estornudan dos veces aprietan y redoblan el paso hasta más no poder.

Cuando hay eclipses de luna se imaginan que un dragon hace la guerra á este astro y quiere devorarlo. En su consecuencia se reunen para ver de socorrerle, ármanse las tropas, dan gritos espantosos, y al cesar el eclipse, se retiran tan satisfechos como si hubiesen alcanzado una victoria.

En las etiquetas y maneras sociales los tonquines se parecen á los chinos, y aun llevan más adelante su pasion por las ceremonias. Describirémos la manera que tienen de hacerse visitas, y lo que de ellos digamos es extensivo á los chinos.

Cuando un tonquinés va á visitar á otro, se detiene á la puerta y dá al portero un cuaderno de ocho á diez páginas en el cual están escritos en caractéres grandes su nombre, sus títulos y el objeto de su visita. Este cuaderno es de papel blanco y cubierta encarnada, aunque varian los colores segun el rango de las personas. Si la persona está ausente, se deja el cuaderno recomendado al portero, como la tarjeta entre los europeos, y se considera la visita hecha y recibida. Si es un magistrado el que visita, ha de ir con el traje ó uniforme de su empleo. Otros que sin ser empleados tienen algun rango y consideracion en el pueblo, usan tambien de ciertos vestidos destinados á las visitas, y de los cuales no pueden dispensarse. El que la recibe ha de ir á la puerta á encontrarse con el que le favorece. Al acercarse unos á otros, juntan las manos y se hacen una porcion de cortesías mudas. El dueño de la casa, indica al huésped la entrada y siempre le guarda el lugar preferente, aunque haya en ella personas distinguidas por su edad ó dignidad, y este lugar preferente es el más cercano á la puerta, cabalmente lo contrario que

entre los europeos. Ya sentados, el huésped manifiesta de nuevo el objeto de su visita. El dueño de la casa le escucha gravemente y se inclina de vez en cuando, segun está advertido en sus ceremoniales. En seguida los principales criados traen una bandeja triangular, sobre la que colocan dos tazas de té para cada persona de las presentes, y en medio de ellas pipas y tabaco.

Acabada la visita, el dueño de la casa acompaña á su huésped hasta la mitad de la calle, y allí vuelven á comenzar las reverencias, inclinaciones y elevaciones de manos, y los cumplimientos. En fin, cuando ya está un poco léjos el amigo ó extraño, el dueño de la casa le envia un criado para cumplimentarle de nuevo de su parte, y poco tiempo despues aquel le corresponde enviándole otro para darle las gracias.

Los tonquines tratan de sus negocios en la mesa. Usan como los chinos de palillos de marfil ó ébano con remates de oro, en lugar de tenedores y cucharas. No tocan jamás con las manos ningun alimento, ni antes ni despues de la comida. Durante esta parecen una banda de música comiendo con cadencia y medida, y sujetando el movimiento de sus mandíbulas y manos á ciertas reglas ya establecidas.

En sus mesas no hay manteles ni servilletas. Cada uno tiene una pequeña, y solo se ven dos cuando el número de los convidados es excesivo. A todos se les sirve igualmente y al mismo tiempo, llenándolos de pequeños platitos, porque prefieren la variedad de combinaciones de manjares á una abundancia supérflua.

El que quiere convidar á otro á comer, le envia la víspera un cuaderno de convite en que va especificado el *ménu* ó lista de manjares. Su redaccion es de esta manera: «Kong-ting, por ejemplo, ha preparado una comida de algunos vejetales, limpiado sus vasos y barrido su casa, á fin de que Chao-ki venga á amenizarla con el encanto de su conversacion y la elocuencia de su doctrina, y por tanto le ruega guste concederle esa divina satisfaccion.» Sobre la primera hoja del cuaderno, se escribe en forma de sobre el nombre mas honorífico de aquel á quien se convida, dándole los títulos correspondientes al rango que ocupa.

El dia del festin, el anfitrion envia por la mañana otro cuaderno semejante al primero para recordar al ó á los convidados la súplica del dia anterior, y cerca de la hora de comer le vuelve á enviar otro con un criado, quien ademas le ha de acompañar expresándole la impaciencia que su amo tiene de verlo.

Llegados los convidados y dispuestos ya á sentarse en sus respectivas mesas, el dueño toma una copa de oro ó de plata, llena de vino, la eleva con las dos manos, saluda al que tiene mayor rango entre los presentes, y saliéndose al patio, se dirije hácia el mediodía, ofrece el vino á los génios tutelares de la casa y lo derrama en forma de sacrificio. Despues de esta ceremonia cada cual se sienta á

su mesa, no sin antes haber pasado una granizada de cumplimientos, entre cada uno y el dueño. Al beber se renuevan los cumplimientos y ceremonias.

Sucede casi siempre, que durante la comida hay actores que representan, uso que hemos notado al hablar de la China. A la representacion acompaña una música detestable y solo buena para oidos chinescos, pues los instrumentos son de cobre y tienen un sonido agudísimo y penetrante. Los actores de estas comedias son jóvenes de poca edad que llevan empresarios de un punto á otro, y que gozan de poca ó ninguna consideracion. La memoria de estos actores es sorprendente, pues recuerdan sin necesidad de apuntadores cuarenta ó cincuenta comedias de las cuales la más corta dura cinco horas. Lo más curioso es que como andan errantes de una parte ó otra, y no usan de decoraciones ni cambian mucho de trajes, presentan al amo de la casa el repertorio de sus comedias, y una vez elegida una la representan en el acto, sin mas preparacion ni ensayo.

Mediado el festin, uno de los comediantes va recorriendo las mesas y pide á cada uno una recompensa. Los criados hacen lo mismo y llevan al amo lo que han recaudado. En seguida, en presencia de los convidados, se dispone otra nueva comida destinada para los sirvientes.

La terminacion del convite corresponde con los ceremoniales antecedentes. Los convidados se deshacen en elogiar menudamente cuanto han visto y saboreado, y ponen por las nubes la cortesía y generosidad del dueño de la casa. Este se inclina, se humilla y les pide perdon por no haberles tratado segun se merecian.

Los habitantes de las montañas, que son agrestes y libres de todo yugo político y social, forman un tipo aparte á causa de su profunda ignorancia y rusticidad. Estos forman una especie de república entre las escarpadas rocas y miran á su sacerdote como á su jefe, el cual para conservar su autoridad entre ellos ha inventado una religion curiosa. Hace creer al pueblo, y los tonquines son madera bien cortada para creerlo todo, que los oráculos habitan su casa, ó á lo menos, vienen allí á dar sus respuestas. Un gran ruido anuncia siempre su llegada. Los montañeses, que pasan su tiempo en beber y en danzar, interrumpen sus placeres, y dan gritos de alegría que más parecen ahullidos que exclamaciones: «Padre, prorumpen hablando al principal de sus dioses: ¿habeis venido ya?» Entonces oyen una voz que les responde: «Hijos, valor, continuad empinando el codo, comed, divertios; que yo soy quien os procuro las ventajas de que gozais.» Despues de esta contestacion que escuchan silenciosos, vuelven á sus placeres. Pero los dioses tienen sed á su turno y piden de beber. En seguida se preparan vasos adornados de flores, que el sacerdote recibe para llevarlos á los dioses, porque solo él es su confidente y el que tiene el encargo de servirlos.

Á uno de estos dioses lo representan de semblante pálido, cabeza calva, y horrenda fisonomía. Éste no entra en el templo como los otros para recibir en él los homenajes de los hombres, porque está contínuamente ocupado en conducir al otro mundo las almas de los muertos. Algunas veces, particularmente si es el alma de un jóven, la impide que salga fuera del país, la arroja en un lago, y allí la deja en remojo hasta que se purifique.

Cuéntase de estos silvestres, que al volver de una cacería, y hallando sus cavernas llenas de serpientes, se dirigieron á su sacerdote para que preguntase á Dios cuál era la causa de aquellos males. El pontífice, despues de preguntar, les dió por respuesta que al llevar al cielo el alma de un jóven, cuyo padre aun vivia, la tal alma le faltó al respeto al Dios conductor, el cual, amigo de conservar su autoridad y sugeto de malas pulgas, la echó al fondo del mar.

El paraíso en que creen, no puede satisfacer á un hombre medio razonable. Lo mejor que hay en él, es una clase de árboles que destilan cierta goma con la cual se alimentan las almas, amen de la miel y grandes pescados. Creen tambien que en el paraíso hay monos para entretener á los muertos, y un águila tan grande, que con sus alas cubre y da calor á todo el eden.

II.

EGIPTO.

Acerca de esta comarca, tantas veces nombrada por antiguos y modernos, hay abundantes noticias, especialmente en lo que toca á tradiciones, religion, historia, monumentos y topografía; pero del Egipto moderno y de la poblacion que diseminada en este notable territorio vive entregada al ejercicio de la agricultura, apenas se tiene nocion que á la verdad se aproxime; porque los viajeros, ó son eruditos y anticuarios que han considerado al hombre de poco valer al lado de una estátua, columna, esfinge ó geroglífico, ó bien meros excursionistas y exploradores que han ido á buscar las fuentes ó bocas del celebrado rio, en una palabra, *á hacer el Nilo*, segun la expresion adoptada, y á escribir despues sus trabajos y aventuras personales.

Nosotros, al hablar de este país, prestarémos mayor atencion á la vida y costumbres pastoriles de los *fellahs*, así llamados los rústicos y los labradores;

pues si tanto papel han representado en la historia los sacerdotes y sabios, justo es que salga á la escena la gente llana y rústica, que vive entre restos de antiguos templos y monumentos colosales sin saber de la teogonía, misterios, ni política de sus autores.

Y en efecto, si se va á preguntar á un moderno egipcio harto de ver la aguja de Cleopatra, las pirámides, las antigüedades de Carnac y sus esfinges, ó la famosa Roseta, de cuya piedra grabada tanto se ha hablado, acerca de lo pasado, dirá mil fábulas y leyendas, y hablará de reyes que no existieron, de dinastías que nunca empuñaron cetro, de razas que jamás le poblaron, y de hechos inventados por la fantasía en presencia de tan extraordinarias tradiciones mudas. Por citar un ejemplo, nos referirémos á la impresion é influjo de la vista de las pirámides sobre el pueblo. Su grandeza le hace imaginar que en el tiempo en que se construyeron habia gigantes, y que sus abuelos lo fueron, y al considerar la diferencia de estatura de los hombres de ahora y de los del tiempo de Cheops, todavía se consuelan con creer que la raza humana irá de mal en peor y en disminucion de estatura, hasta la época en que diez de nuestros descendientes cabrá en un zapato de los pasados.

El Egipto ocupa una de las posiciones más notables del globo, pues colocado en una de las extremidades de África, une este continente al Ásia, y sus puertos sobre el Mediterráneo le hacen tocar en cierto modo con la Europa. Su clima es uno de los más cálidos, y no precisamente por su vecindad al Ecuador, sino por la disposicion del suelo muy poco elevado sobre el nivel del mar y cubierto de arenales movedizos, que reciben, concentran y despiden los rayos del sol casi perpendiculares durante los meses del verano, reverberándose en montañas pequeñas y en llanuras áridas. De aquí la extremada sequía de este país, fuera de las tierras que se avecinan al Mediterráneo y los desiertos situados entre el valle del Nilo y el mar Rojo.

Sin embargo, uno de los caractéres distintivos de este clima, es la abundancia de rocíos, que sostienen la fertilidad del suelo en la época en que las aguas del Nilo están bajo el nivel de la tierra. Estos rocíos purifican el aire además de refrescar la temperatura y humedecer la tierra. El excesivo ardor del sol y la direccion de los vientos determinada por la forma del valle son las causas de la sequedad, porque las nubes son arrojadas por la impetuosidad y fuerza de sus corrientes hácia las partes de la Nubia y la Etiopía, donde se amontonan y se convierten en lluvia por la proximidad de comarcas montañosas cubiertas de arbolado.

Como el Nilo ha formado el suelo y el modo de cultura, tambien ha establecido



Drawn by J. Brown. Engraved by E. Finden.

Egipto_La Inundacion del Nilo.

pues si tanto papel han representado en la historia los sacerdotes y sabios, [illegible] es que salga á la [illegible] la gente llana y [illegible], que vive entre restos de [illegible] templos y [illegible] colosales sin saber de la teogonía, misterios, ni [illegible] sus autores.

Y en efecto, si se va á preguntar á un moderno egipcio harto de [illegible] de Cleopatra, las pirámides, las antigüedades de Carnac y sus esfinges [illegible] famosa Roseta, de cuya piedra grabada [illegible] se ha hablado, acerca de [illegible] dirá mil fábulas y leyendas, y hablará de [illegible] que no existieron, de [illegible] nunca empuñaron cetro, de razas que jamás [illegible], y de hechos [illegible] la fantasía en presencia de tan extraordinarias tradiciones mudas. Por [illegible] ejemplo nos referirémos á la impresion é influjo de la vista de las [illegible] sobre el pueblo. Su grandeza le hace imaginar que en el tiempo [illegible] construyeron [illegible], y que sus [illegible] lo fueron, y al [illegible] que [illegible] de los hombres de ahora y de los del tiempo [illegible] que la raza humana irá de mal [illegible] de estatura, hasta la época en que diez de nuestros [illegible] cabrá [illegible] de los [illegible].

El Egipto [illegible] una de las [illegible] notables del globo, [illegible] en una de las extremidades de [illegible] continente al Asia, [illegible] sobre el Mediterráneo le hac[illegible] con la Europa [illegible] uno de los más cálidos, y no preci[illegible]dad al E[illegible] la disposicion del suelo muy poco elevado s[illegible] del mar [illegible] arenales movedizos, que reciben, concentran y [illegible] rayos perpendiculares durante los meses del verano, reverber[illegible] ñas y en llanuras áridas. De aquí la extremada sequía de [illegible] tierras que se avecinan al Mediterráneo y los desiertos situados [illegible] Nilo y el mar Rojo.

Sin embargo, uno de los caractéres distintivos de este clima, es la a[illegible] de rocíos, que sostienen la fertilidad del suelo en la época en que las agu[illegible] Nilo están bajo el nivel de la tierra. Estos rocíos purifican el aire además [illegible] refrescar la temperatura y humedecer la tierra. El excesivo ardor del sol y la direccion de los vientos determinada por la forma del valle son las causas de la sequedad, porque las nubes son arrojadas por la impetuosidad y fuerza de sus corrientes hácia las partes de la Nubia y la Etiopía, donde se amontonan y se convierten en lluvia por la proximidad de comarcas montañosas cubiertas de arbolado.

Como el Nilo ha formado el suelo y el modo de cultura, tambien ha establecido



Drawn by J. Brown. Engraved by E. Finden.

Egipto _ La Inundacion del Nilo.

pastores y guerreros habitadores del desierto. En cuarto lugar, los coptos cristianos, que todavía conservan en su lengua escrita y en su color mulato semejanza con las razas del antiguo Egipto, y finalmente, los judíos y los armenios, que en todas las partes del mundo andan diseminados.

En religion no es menor la mezcla de cultos y sectas. Solo de mahometanos hay cuatro, que son la de *Hanafy*, creencia de la córte constantinopolitana; la de *Cháfey*, religion del pueblo, y la más extendida en el Cairo; la de *Melky*, y la de *Hanbaly*; siendo lo admirable que estos sectarios ó cismáticos viven en la mayor paz y armonía.

Entre los cristianos se cuentan las religiones ó sectas siguientes:

La católica de los coptos, sometida al papa. La que reconoce por jefe á un patriarca griego y sigue las opiniones de Eutyches y Nestorio, aunque con notables diferencias. Los católicos sometidos á un patriarca en el Líbano. Los cismáticos griegos sometidos á cuatro patriarcas. Los armenios obedientes al Papa, y cismáticos dependientes de un patriarca. Los maronitas católicos sometidos á un patriarca en el Líbano, y las dos de los judíos, principalmente la de los *Karrayn*. Hay otras muchas sectas en diversas partes de Egipto; pero nosotros hablamos de las conocidas en el Cairo y en el resto del valle.

A esta poblacion ya tan mezclada, se unen los esclavos traidos de la Abisinia y del interior del África, asi como esclavas venidas de la Circasia y la Georgia. En las grandes ciudades se conocen tambien las clases de los *francos*, al modo que en Turquía, y las componen los franceses, italianos, ingleses, alemanes y demas comerciantes extranjeros ó excursionistas que la sola curiosidad mueve, ó varios motivos allí conducen, y entre estos se cuentan los renegados, tan sospechosos para los que siguen la religion de Cristo como la de Mahoma.

Si el viajero, en fin, llegado á Alejandría, despues de haber atravesado y examinado todo el Egipto, quisiese indagar qué causas le constituyen uno de los países más extraordinarios y únicos en el mundo, hallaria que todas se relacionan con un hecho tambien extraordinario y único, que es la posicion geográfica, la constitucion física de una comarca situada entre dos grandes continentes, su clima tropical, su aislamiento entre el mar y los desiertos y las inundaciones regulares y periódicas de su rio. Esto explica el por qué la existencia de las naciones bárbaras que viven únicamente de la caza, de la pesca ó del cuidado de los rebaños no fué posible en Egipto, y por qué el hombre, favorecido por la fecundidad del suelo y el riego natural, debió entregarse á la agricultura, y cómo con la agricultura se originaron las sociedades, y se desarrollaron las ciencias, las artes y todos los prodigios de que son capaces las naciones sólidamente constituidas.

Habiendo hablado del territorio, de sus moradores y religion, dirémos algo de su carácter en general. El egipcio es naturalmente tímido, y evita, si puede, el peligro; pero una vez en él, demuestra una energía, impasibilidad y resignacion admirables. La influencia perniciosa de la administracion de los *beys* y los *mamlouks*, ó mamelucos, ha hecho degenerar la moral de los individuos, proviniendo de aquí la avaricia que reina en las clases inferiores, y el hábito del disimulo que es característico de todas. El egipcio es servil para con los grandes cuya vanidad y poder sin límites conoce. En la prosperidad toma la revancha, y hace sentir á los que de él dependen el peso de su orgullo y despotismo. Sin embargo, estos son defectos hijos del estado político en que viven. Si un egipcio es generoso, se expone á que creyéndole rico, le vejen con exacciones contínuas sus dominadores implacables. Cuando están libres de este temor, viven con magnificencia, y son por extremo expléndidos y liberales con los pobres.

A pesar de la codicia que muestran, los egipcios no hacen muchos esfuerzos de actividad, ni se conoce apenas entre ellos el robo, ya sea por la vigilante policía que tienen, ya por la severidad de los castigos que temen. Las casas y los almacenes, llenos de mercancías de gran valor, apenas tienen resguardos de cerraduras, y muchas veces grandes partidas de géneros se ven en los muelles ó vias públicas sin más custodia que la buena fé y probidad del público.

Los mamelucos tienen hábitos apropiados á su carácter y educacion. Nunca se les vé sin armas, aun cuando vayan á un convite de sus amigos. Las traiciones frecuentes entre ellos les obligan á usar de esta precaucion. Por otra parte, los grandes banquetes han sido allí frecuentes escenas de venganzas y asesinatos. Verdad es que la costumbre de ir siempre armados es casi general entre los orientales, por considerarse tambien las armas como objetos de lujo.

Los egipcios son de complexion seca y biliosa. Solo entre los coptos, ó entre los cristianos llamados *levantinos*, se encuentran hombres gruesos y de complexion sanguínea. Los coptos son los más tímidos entre todos, y al mismo tiempo los más indolentes.

La frugalidad es una de las virtudes de este pueblo, que come solo para vivir. El carnero es su manjar predilecto, aunque para el pueblo es un regalo de que solo puede gozar en los dias de grande solemnidad, pues por lo comun vive de legumbres, pescados, raíces y granos diversos, dejando aun el pan de trigo como cosa de lujo para los ricos, contentándose con suplirlo con variedad de plantas mucilaginosas. Herodoto, hablando de sus alimentos, nota la facilidad con que se los procuran, particularmente el *loto*, que recogen de las aguas en las inundaciones, del cual, puesto á secar al sol, toman el grano, y hacen una especie de pan

que cuecen al fuego. Tambien comen la raíz de esta planta que es redonda, del tamaño de una manzana, y de un gusto agradable y dulce.

La penitencia de ayuno á que se condenan puede ser efecto de la escasez de combustibles en Egipto, ó de la pereza y odio á los trabajos coquinarios. Lo cierto es, que adoptan con preferencia por alimentos las sustancias que pueden comerse crudas y sin preparativos, ó que se cuecen al por mayor por gentes que á esto se dedican, y que podrian llamarse cocineros económicos del pueblo. Los pescados los comen crudos, despues de secarlos al sol, y asimismo varias aves, sin más condimento que la salazon. Diodoro de Sicilia al hablar de los antiguos egipcios, dice que en los principios no comian más que yerbas que encontraban en los pantanos. Despues entró á formar parte de su nutricion el pescado de que el Nilo provee con una abundancia prodigiosa, dejando las tierras cubiertas cuando sus aguas se retiran. Este escritor refiere, que todavía en su tiempo, llevaban los egipcios en las manos al hacer sus oraciones en los templos, la planta llamada *agrostis* en memoria de la utilidad que sacaron de ella sus hervívoros abuelos.

Los *fellahs* consideran el sebo de los animales el alimento más delicado, y los coptos tienen una decidida aficion por el aceite, que lo mezclan en todo, aunque este abuso es causa de muchas enfermedades á que están particularmente sujetos. Sus bebidas consisten en sorbetes, y en una especie de licor en que entra el opio como principal elemento. Los ricos se embriagan con este brebaje, puesto que beben tambien el vino, á pesar de la prohibicion de Mahoma. El uso del opio es, por lo demas, general en todos los pueblos del Ásia.

En cuanto al traje, los egipcios no saben lo que son caprichos de la moda. La forma de sus vestidos no varía jamás, y en punto á colores prefieren siempre los más vivos. La ampulosidad es la cualidad distintiva de sus trajes, de acuerdo en esto con el gusto de todos los orientales, que no pueden sufrir nada ajustado ni estrecho, y por esto se refiere de uno que al ver por primera vez á un francés con el pantalon ajustado, exclamó: «¡Hola, poco paño tenia usted cuando ha hecho esa funda!»

Nosotros no describirémos minuciosamente el traje. Baste decir que es muy complicado, y que los hombres tienen á gala el llevar á la cintura un rico puñal guarnecido de piedras. El lujo de los mamelucos está confinado á la belleza de sus pistolas y cimitarras, como la ambicion de los ciudadanos se cifra en poseer magníficas pipas, y todos sin excepcion en llenarse los dedos de sortijas más ó menos valiosas, para los hombres montadas en plata, y para las mujeres en oro.

Por supuesto, que si los ricos tienen este equipaje tan complicado, el de los pobres forma contraste por lo sencillo, y tanto, que bien puede decirse que

hombres y mujeres van desnudos, segun ya dirémos al hablar de los labradores.

La poblacion de los *fellahs*, ó labradores, es originaria de los coptos, mezclados á su conversion al islamismo con los árabes y con los habitantes de los desiertos cercanos á los valles del Nilo, donde principalmente viven, por supuesto en una condicion política deplorable, pues á los ojos del presente gobierno son siervos, y tan frutos de la tierra como la palmera. De aquí que el labrador, cuando se vé muy oprimido, busca su refugio en el Cairo y Alejandría para perderse en el tumulto y muchedumbre de las ciudades populosas. Bien es verdad, que en cambio están libres de las rapiñas de los árabes nómadas del desierto, sus declarados enemigos, los cuales los obligaban á una manera ruda de fortificacion, construyendo sus aldeas en forma de círculo, y poniendo las puertas de las casas hácia el centro, ni más ni menos que los caballos, que cuando el lobo se acerca, reunen socialmente sus cabezas y presentan al enemigo las espaldas.

La fisonomía y traje de estos labradores son notables. El *fellah* tiene el color de la tierra y parece hecho con barro del Nilo, aunque hay variedad segun las provincias. Los habitantes del Delta son casi blancos, así como los que moran cerca de las cataratas son negros como los de la Nubia. Las facciones son toscas, pero no repulsivas. En lo general denotan sencillez. Uno de los rasgos característicos es la largura de las pestañas, que protegen, y casi cierran sus rasgados y expresivos ojos. La reflexion de los rayos del sol les induce tambien á exagerar este defecto y á habituarlos á guiñar, aunque esta costumbre parece ser propia de la raza. En calma de pasiones este hábito da á la mirada languidez y dulzura, y así no es de extrañar la grande transformacion de sus fisonomías bajo el influjo de la cólera. Entonces las pestañas se arquean, se redondea el ojo, y parece salir afuera la pupila; y es esto de tal modo, que un egipcio no dice de otro *se encolerizó*, sino *se le pusieron los ojos redondos*. A más de esto, la nariz y la boca, plácida como la de la esfinge de que fué modelo, se plegan á la expresion de todas sus pasiones, contrayéndose y dilatándose con facilidad y rapidez, al modo que con rapidez y facilidad desaparece el nublado y tormenta del rostro, y vuelve á su natural é infantil expresion.

Su traje consiste en una bata ó túnica larga de algodon, con mangas anchas, de color azul, la cual le baja de la rodilla y está ceñida á la cintura con una cuerda. Los que pueden, llevan calzones de lienzo y una especie de jubon de color con hileras de botones pequeños y babuchas; pero en lo general, el labrador va descalzo, y lleva un sombrero puntiagudo con una porcion de arambeles como semejando un turbante.

Las mujeres usan la transparente camisa ó túnica azul de las árabes, y tan transparentes, que si tuvieran las nociones del pudor que las europeas, se absten-

drian de pasar al trasluz ante los hombres. En la cabeza llevan un manto, uno de cuyos picos asegurado con las manos ó con los dientes, sirve para tapar tres partes del rostro, dejando solo un ojo descubierto. Por lo comun no llevan adornos; pero algunas se cargan de collares de alambres gruesos, pulseras, zarcillos, y aun se cuelgan anillos de la nariz y monedas del pico del manto, á más de grabarse con varias líneas y figuras la frente, las mejillas, los brazos y el pecho, en donde se colocan una estrella azul, no para guiar, sino para perder á los que la contemplan. Esta práctica es muy general en el Ásia, aunque los sacerdotes la condenan como pecaminosa; pero las hechiceras, la llevan adelante, pretendiendo que con ella libran á los niños de muchos daños y encantamientos. El rostro de las mujeres es de forma ovalada, y en sus ojos parece estar escrita una promesa del cielo, y si se agrega á esto una exquisita morbidez de formas, una mano que realiza el ideal de un escultor, y un pié como nunca en más estrecha prision fué calzado, se tendrá solo una aproximada idea de la hermosura de las egipcias labradoras. Verdad es que estas Vénus no son nada limpias, y se mudan de ropa una vez en la vida, de suerte que es preciso ser un admirador muy en abstracto, y tener un olfato cosmopolita para aventurarse á estar junto á ellas.

Egipto ha sido muy celebrado por sus bailarinas públicas, las más famosas de las cuales forman una tribu llamada *Ghawazi*. Éstas danzan en las calles, sin velo, para divertir á la plebe. Lo característico de su baile es un movimiento rápido de las caderas. Los primeros pasos van revestidos de cierto decoro; pero muy luego, la expresion de las miradas, el ruido de las castañetas, y la energía creciente de los movimientos constituyen un espectáculo muy parecido al que describen Marcial en sus epígramas y Juvenal en sus sátiras de las bailarinas de Gades. El traje que visten para danzar es el que llevan las mujeres de la clase media en lo apartado del harem, que consiste en el pantalon bombacho, y en una túnica corta, abierta por el pecho y con mangas perdidas. No les falta la pintura en los ojos, formada de colirio negro, ni el baño de *henna* ó rojo en las yemas de los dedos, palmas de las manos, y otras partes del cuerpo, segun la general costumbre de las mujeres de mediana y alta clase. Por lo comun van acompañadas de músicos de su misma tribu con dos instrumentos: uno el pandero ó pandereta, y otro una especie de violin tosco de una sola cuerda.

Estas bailarinas divierten á las gentes, ya en las calles, como hemos dicho, ya en los patios de las casas ó en las puertas, en ciertas festividades del harem, como el matrimonio ó el nacimiento de un hijo, y aun son admitidas en las casas de hombres libertinos donde la danza toma su más repugnante carácter.

Ocioso es advertir que estas jóvenes son las más abandonadas de todas las

cortesanas egipcias; pero visten con lujo extremado, y muchas de ellas son extraordinariamente hermosas y tal vez las más bien formadas en todo el Egipto. Mujeres y hombres son muy aficionados á presenciar sus bailes, formando en torno suyo numerosos corrillos.

Los *Gaguacis* no se mezclan con otras razas ni tribus, sino se casan entre ellos como los gitanos ó egipcios, á quienes se parecen mucho, y éstos últimos se honran con decir que pertenecen á una rama de este linaje. Todas las hembras de la tribu son criadas para la vida alegre por sus padres, y en sus relaciones sociales y domésticas ofrecen muchos contrastes con las prácticas y usos del pueblo en general. La mayor parte de ellas se casan despues de haber comenzado su carrera, y en vez de estar sujetas al marido, éste sufre la dependencia de la mujer, quien le tiene como sirviente ó procurador, y si es bailarina, por lo comun su marido hace de músico acompañante. Los *Gaguacis* no son nada descontentadizos, y reciben y complacen al más humilde por la cantidad más insignificante. Su lenguaje es el comun á los egipcios; pero tienen un dialecto particular que usan cuando les viene á cuento. Su religion es la mahometana, ó al menos, la que profesan de público, pues muchos de ellos acompañan á los peregrinos á la Meca. Hay gran número de ellos en todas las ciudades y villas del Egipto, y habitan en el barrio ó arrabal destinado en ellas á las mujeres públicas, aunque su más ordinario modo de vivir es en tiendas ó cobertizos, pues su vida tiene poco de estabilidad, y andan siempre de pueblo en pueblo para animar sus fiestas religiosas y ferias, de las que son á juicio del público los mejores atractivos. Entre estas mujeres las hay que unen á la habilidad de danzar, la de cantar, emulando á la clase de las *Almeh*, ó *Agualimas*, mujeres cantoras de profesion, ó mujeres sabias, que asisten á solemnizar las bodas y penetran en los harems para distraer á las esposas de los ricos.

Ya que hablamos de estas cantatrices, no dejarémos de notar la gran estimacion que de ellas se hace y las grandes sumas con que recompensan el placer que reciben al escuchar sus cantos. Viajero hay que manifiesta sin rebozo su preferencia por el canto y la música de las *Almeh*, considerándola superior á cuanto han oido en las córtes civilizadas: cosa que no parecerá muy exagerada si se considera que se asemeja en mucho á los cantos populares de Andalucía, impregnados del carácter melancólico propio de la música de los árabes, que no menos la cultivaron en España que en el Egipto. Una de las cosas que contribuyen á prestar particular dulzura y delicadas inflexiones al canto, es la division tercia de sus tonos, desconocida al arte musical europeo.

Volviendo á las bailarinas, ó á la tribu de que forman parte, hay bastante oscuridad y duda acerca de su orígen, aunque sus miembros se glorían de

descender de la famosa familia de los Baram-Keh, ó Barmekes, objeto de los favores y tiranías de Haroon-Er-Rasheed, de quien se habla en muchos de los cuentos de las *Mil y una noches;* pero es evidente por lo menos, que en los sepulcros antiguos de los egipcios se ven representadas danzas de mujeres al son de instrumentos semejantes á los que hoy usan, y vestidas más licenciosamente que hoy acostumbran, pues están en completa desnudez en presencia de hombres y mujeres de alto rango. Esta manera de bailar, se vé por los monumentos mencionados (muchos de los cuales llevan el nombre de reyes), haber sido muy comun en Egipto en los remotos tiempos, quizás antes de la salida de los israelitas; y bien puede ser que los *Gaguacis* sean descendientes legítimos de la clase de bailarinas que divertian á los egipcios en los tiempos de Faraon. Alguna semejanza hay entre el baile llamado *fandango* y el de estas egipcias, por donde pudiera inferirse que lo introdujeron los árabes en España, si no supiésemos que las gaditanas fueron famosas por tales danzas en la época de los primeros emperadores romanos. Hay quien opina, en efecto, que el *fandango* fué introducido por los fenicios, y por la impresion que produce, conjetura que no fué otra danza la que ejecutó la hija de Herodias.

Los egipcios son en general muy aficionados á la música, arte que juntamente con el de danzar, llaman fascinador, y por lo tanto muchos de ellos lo consideran impropio de ocupar un instante de la vida de un hombre sensato, como demasiado influyente sobre las pasiones y estimulante á la alegría desordenada, á la disipacion y al vicio. Por estas razones la prohibió el profeta; pero se usa, sin embargo, en las ceremonias religiosas, y especialmente la cultivan los dervises. La inclinacion natural de los egipcios á la música se revela por el hábito de acompasar sus movimientos, y ahuyentar la monotonía de sus ocupaciones por el sonido de la voz. Los marineros, barqueros y rústicos durante las inundaciones; los mandaderos, los trabajadores, sean hombres, niños ó niñas, que ayudan á los alarifes, y en general todos los artesanos, cantan sin cesar, á lo que contribuye la práctica de cantar el *Koran* desde niños en las escuelas.

Tienen los egipcios varias clases de instrumentos, uno llamado el *kanoon,* de la palabra griega *Kanon,* significativa de regla, el cual semeja una arpa, ó más bien la mesa armónica de un piano, y le tocan poniéndolo sobre las rodillas, con una especie de uñas postizas hechas de cuerno de búfalo. Este es el instrumento más refinado que conocen. Tienen asimismo el *lut,* ó laud árabe; el *kemenge,* ó violin de mango y pié desmesurados, caja redonda y pequeña y solo dos cuerdas hechas de cerdas; el *nay,* ó flauta de los dervises; el *rabab* árabe, semejante á un *banyo* americano, por tener descubierto el fondo de la caja, y ser de pergamino

la tabla armónica, con sola la diferencia de ser de forma cuadrada, no tener más que dos cuerdas y tocarse con arco. Este es el instrumento de los pobres, á que llaman violin de los cantores, á diferencia de otro *rabab* de una sola cuerda que llaman el de los poetas, y se usa para cantar el romance de Abu-Zeid.

Estos puede decirse que constituyen, con la pandereta, el instrumental de la música privada. En la pública entran un oboe y varias clases de tambores y timbales por extremo ruidosos. Los harems están provistos de tres clases de intrumentos, que no nos son desconocidos. Uno es las castañetas, que las egipcias usan, no de granadillo, sino de puro bronce. Otro es el *darabukeh*, equivalente á una zambomba sin carrizo, aunque muy elegante en su construccion, pues por lo comun se hace de nogal ó de otra madera fina y se incrusta con nacar, concha, plata, etc. Hay tambien *darabukés* de barro, de que usan los boteros del Nilo y los decidores de buenaventura. Finalmente, el tercer instrumento de harem es el llamado *tar*, á que nosotros apellidamos pandereta.

Entre las fiestas más notables de los egipcios figura la que tiene lugar en su capital el Cairo, en el mes del Ramadhan, y se conoce con el nombre de Doseh. No hay viajero que no haya consagrado algunas páginas á la descripcion de este extraño espectáculo, que solo puede presenciarse en esta poblacion. Hé aquí cómo lo refiere Bayle Saint John en su obra intitulada: *Vida campestre en Egipto.*

«Hay períodos en el año en los que las calles del Cairo, tristes y solitarias por lo comun, tan luego como el sol desaparece, rebosan luz y vida hasta el amanecer. En el mes del Ramadhan, especialmente, apenas el cañon de la ciudadela ha anunciado que los últimos resplandores de la luciente órbita se ocultan tras las pirámides, cuando una nueva corriente de vitalidad parece infundirse en las venas de la gran villa. Un coro de piadosas exclamaciones atruena el espacio, y cada cual se sienta á la mesa á quebrantar el rigoroso ayuno. Las tiendas permanecen abiertas é iluminadas con profusion de lámparas de aceite. Los mercaderes se sientan y encienden la pipa, más dispuestos á recibir visitas de amigos, que á tratar de compras y ventas, y aun en calles no destinadas al tráfico, se ven constantemente bandadas de jóvenes, provistos de linternas ó faroles de papel de colores, vagando en busca de placeres; porque la mortificacion y la disipacion, la devocion y el libertinaje se mezclan en este período característico de la vida oriental. Con todo, yo creo que aun ahora obedecen los egipcios los preceptos de la religion con gran dósis de buena fé. Hipócritas hay sin duda, y Tartufas musulmanes como Tartufas cristianos; pero en general, el más ínfimo *fellah* no se considera autorizado ni aun para tragar saliva antes del ocaso, con achaque de que un cocinero francés prepara el desayuno del virey en la mitad del dia.»

Algunas de las escenas nocturnas más curiosas que tienen lugar en el Cairo pueden observarse durante la fiesta del Profeta. Es imposible adquirir una nocion correcta del singular estado de la civilizacion egipcia, y de la gran diferencia que existe entre su espíritu y el de la europea, sin haber presenciado esta festividad. Una hora de paseo en el Eskebiyeh puede abrir los ojos á muchos que sueñan en *europeizar* á los orientales en pocos años por medio de constituciones, escuelas normales, caminos de hierro y otros específicos. El Eskebiyeh es como los campos elíseos de la capital del Cairo, y le forman espaciosos jardines cruzados por calles de acacias y sicomoros y por un ancho arrecife. Las principales fondas europeas dan vista á este verjel ameno, y la mayor parte de los extranjeros viven en sus cercanías. Ahora bien, el hecho de continuar celebrando muchas de sus más extrañas ceremonias en presencia de millares de personas que saben que se burlan de ellos y los ridiculizan, prueba lo impenetrables que son por influjos externos.

Muchos dias antes de la fiesta se comienzan los preparativos en grande escala, entre los cuales figura el *kayim*, que son cuatro enormes mástiles sostenidos por un complicado sistema de cordelería, apropiado para que cada devoto cuelgue su lámpara ó farol, formando el conjunto una iluminacion brillante. A cierta distancia hay dos largas hileras de tiendas, de varias dimensiones, que en la noche del tercer dia del mes están ocupadas por dervises de todas clases, y en union comienzan sus farsas ante los ojos del público, pues las tiendas están abiertas más ó menos y alumbradas. Los espectadores son numerosos y parecen mostrar gran interés, murmurando de rato en rato algunas jaculatorias, aunque mezcladas con algun picante requiebro dirigido á las vírgenes que van á perder esta categoría en aquella solemne ocasion.

Figurémonos uno de tantos en aquella capital, vagando por sus calles y recorriéndola desde su extremo norte, una hora despues de anochecer. Al acercarnos al *kayim*, miles de luminarias nos permiten distinguir un mar de turbantes y tarboshes movibles. En diferentes direcciones, resplandeciendo á través del ramaje de los árboles, se ven aproximarse antorchas y linternas, y sartas de faroles colgadas de picas y astas, y por el ruido del tambor y las exclamaciones se advierte que alguna compañía de dervises va caminando gravemente para comenzar su culto nocturno. Una vez en el centro de la muchedumbre, si bien es difícil dar un paso, extrañas perspectivas se ofrecen y llaman la atencion por todas partes. Aquí se divisa una pequeña tienda, en donde dos ó tres entusiastas están haciendo zalemas y contorsiones con agilidad prodigiosa. Allí se vé otra, donde ya fatigados, sudando y sin aliento, yacen por el suelo bajo mantos y cobertores. Más allá en un gran kiosko, brillantemente iluminado con un candelero de madera, se divisan treinta ó

cuarenta santones preparándose para repetir sus devociones. Detengamos el paso y observémosles. Todos están sentados á la redonda, charlando sobre cosas indiferentes, á excepcion de uno, que con luenga barba blanca, se vé en el centro, al parecer absorto en contemplaciones. De improviso siente movimiento en su espíritu, y empieza á cantar, en voz baja y mesurada, alabanzas al criador. El auditorio se torna en recogido y silencioso, bebiendo religioso fanatismo á grandes tragos hasta sentirse ébrio, aunque saben gobernar y dirigir sus efectos. A una señal todas las cabezas se vuelven hácia la derecha, y describiendo círculos, miran por encima del hombro izquierdo. La primera sílaba del nombre de Dios, *Al*, es pronunciada al principio en tono bajo, acompañando á cada movimiento: *Al* torciendo á la derecha, y *lah* torciendo á la izquierda: «Al-lah, Al-lah, Al-lah.» Conforme con la animacion que va desplegando el bien barbado del centro, los oyentes van aumentando su entusiasmo, y muy luego cada cabeza voltea como un molino, y la rápida pronunciacion de Al-lah se torna en un ladrido prolongado. La excitacion se acrecienta de tal modo, que no les permite ya permanecer sentados en el suelo. Levántanse moviendo las cabezas y gruñendo cada vez más acelerada y furiosamente, cayendo de sus rostros gruesas gotas de sudor, y girando las órbitas de sus ojos como si fuesen presa de un delirio. Muchos de ellos arrojan sus turbantes y caperuzas, y como frenéticos, sacuden sus afeitadas cabezas gruñendo el nombre de Dios entre espumantes labios. Muy luego se nota un vacío en las filas. Es alguno que ha caido en esta furiosa carga del paraíso. Acto contínuo le sacan arrastrando por los piés, y le colocan en un rincon, para que pase á solas su paroxismo, en tanto que sigue la maniobra, llegando ya el movimiento de las cabezas hasta tocar con la nariz en las rodillas, y la pronunciacion de Al-lah á ser un solo sonido, que parece proceder, no de los labios, sino del estómago. Difícil es dar con palabras una idea de esta extraordinaria escena, y quizás valdria más decir simplemente que los dervises oran con el fervor de dementes y con la regularidad de autómatas.

A primera vista, este plan de comunicar con Dios por medio de gimnástica parece ridículo; pero el resultado es un alto grado de entusiasmo, y una maravillosa lucidez de inteligencia, de modo que puede colocarse entre las diferentes clases de maceracion de las carnes, y merecer cierta indulgencia, como uno de los medios de subyugar la materia para dar libertad al espíritu. Hay climas en que los hombres parecen necesitar de tales procedimientos, y en los cuales la torpeza mental, como los efectos de veneno soporífero, solo puede ser combatida por medio de danzas convulsivas.

Pero la más notable y característica escena, es el Doseh, que se verifica

durante el dia de la fiesta del Profeta. Es una suerte de prueba ó juicio de Dios, á que los dervises y otros se someten para demostrar la pureza de sus vidas. Como entre los escépticos se tiene esto por una farsa, quise colocarme en buen lugar cerca de la tienda principal, á fin de observar cuidadosamente. Millares de personas se habian ya reunido, ocupando muchos la parte superior de un gran muro, otros las ramas de los árboles, éstos las azoteas de las casas, y los demas el espacio que dejaban las tiendas. Mujeres y muchachos habian logrado plantar aquí y allí puestos para la venta de naranjas, confites y refrescos, que venian muy á cuento en un dia caluroso y polvoroso, y en el largo espacio de tiempo que tardó en principiarse la ceremonia. Al cabo, y despues de algunos minutos de agitacion insólita en las masas, vimos venir de la parte de la Puerta de Hierro gran número de banderas y estandartes, de color verde, en los cuales se veian inscritos versos del Koran. Los abanderados ó portaestandartes, precedidos de maceros, pronto lograron penetrar por entre la apiñada muchedumbre, y formar una calle ó pasaje como de seis piés de anchura. Aun estaban ondeando al aire las banderas, cuando apareció un gran cuerpo ó columna de jóvenes dervises, de dos en dos, agarrados unos de otros. Al moverse parecian un solo hombre, segun la uniformidad y exactitud con que marchaban, pronunciando la palabra Allah, con entonacion grave. Unos llevaban los ojos cerrados, mientras que los de otros brillaban hasta poner espanto, y todos tenian los rostros pálidos y sudaban copiosamente en su embriaguez causada ya por el fanatismo, ya por el *hashish*. En sus cabezas no llevaban turbantes, sino capirotes ó tarboshes, y el total de ellos montaba á doscientos en número. Cuando hicieron alto, sin más ni más, se tendieron de boca, cuan largos eran, tocando los costados del uno con los del otro, y formando un pavimento de carne humana. Muchas personas, con aire oficial, empezaron entonces á correr arriba y abajo para observar la línea, metiendo aquí una pierna que salia demasiado, tirando allá de una cabeza, colocando un brazo y alineando perfectamente aquel pasaje, y cuidando que no quedase hueco alguno entre los costados de los dervises, quienes entretanto tenian una especie de movimiento convulsivo en todo el cuerpo, y refregaban violentamente sus narices contra el polvo, al mover la cabeza pronunciando el nombre de Allah, cada vez más fuerte, á medida que se iba acercando la hora de la prueba. Los espectadores apenas respiraban, movidos por la curiosidad, y observé que uno de ellos sacó por los piés á un niño de diez ú once años, para colocar en su lugar á un muchacho de diez y seis. Yo mismo me sentia excitado, y comprendia perfectamente el impulso que movia á muchos de los presentes á tenderse y contarse entre el número de las víctimas. Al fin, se levantó una especie de murmullo que vino á terminar en grito, y fué seguido por un silencio sepul-

cral. Los que estábamos delante casi perdimos pié, y entonces comenzó la homicida carrera de un hombre grueso, sobre un poderoso caballo, precedido, acompañado y seguido por una docena de ayudantes, que á paso vivo atravesaron la línea por encima de los cuerpos de los dervises. Aquí no habia engaño ni escapatoria. Cada una de las víctimas recibió su correspondiente racion de herradura, y muchos de ellos levantaron las cabezas y piernas como si les hubiesen arrancado el alma.

Apenas pasó la comitiva, que presidia el *Sheik* á caballo, los amigos y parientes de las víctimas se abalanzaron en tropel para levantarlas y decirles al oido: *Wahed,* esto es, declara la unidad de Dios. Muchos de los infelices, aunque medio muertos, murmuraron la respuesta, echando sangre y espuma por la boca: otros respondieron con un ronquido, y la mayor parte no respondieron nada, insensibles como estaban sobre el suelo. Su apariencia general era como de borrachos sacados de debajo de las ruedas de un carruaje. Algunos pacientes tuvieron ataques semejantes á los de epilepsia, y un corpulento árabe atrajo la atencion y la admiracion por la violencia de sus contorsiones. Cada vez que sus amigos le tocaban en el pecho, saltaba en el suelo como un pescado. Esto duró como unos diez minutos, al cabo de los cuales se enderezó de improviso, limpió su frente y comenzó á ponerse el turbante con el mayor sosiego.

Habiendo hablado de esta fiesta peculiar de la capital del Cairo, dirémos algo de esta poblacion, que despues de Constantinopla es la primera ciudad del imperio otomano, tanto por su extension, como por su comercio y los monumentos que la embellecen.

La distribucion interior, por de contado, no se parece en nada á la de las capitales europeas, en razon á ser sus calles irregulares, estrechas, cortas y llenas de revueltas, callejuelas y pasajes cerrados con puertas que sus moradores abren cuando les acomoda. La estrechez de las calles, que hay algunas de solo tres cuartas de ancho, es una defensa contra el calor, y no es raro ver casas cuyos balcones se tocan en travesías cubiertas, á fin de que absolutamente no penetren los rayos del sol. Una de las plazas mayores, la llamada Eskebiyeh, de que ya hicimos mencion, se convierte en el mes de setiembre, cuando llega al máximum la crecida del Nilo, en una especie de lago de muchos piés de profundidad, cubierto de barcas iluminadas durante la noche, que constituyen una vista muy pintoresca. Esta plaza la forman por una parte el barrio de los Coptos, por otra el antiguo palacio de Elfy-bey, y el resto las casas de los Sheiks más opulentos, los cuales poseen tambien jardines próximos á la ciudad, que llevan sus nombres. Los jardines públicos dentro de la capital son numerosos y grandes, contándose veinte y dos principales, donde el pueblo reposa á la sombra de naranjos,

limoneros, moreras, acacias, plátanos, granados, mirtos y bananeros, fumando aromáticos tabacos y respirando un aire dulce y embalsamado en todo tiempo, pues el trabajo, por no decir el placer del paseo, es desconocido á los egipcios.

En el Cairo se distinguen los mercados periódicos ó temporales, y los permanentes, contándose cincuenta y seis de una y otra clase. En cuanto á los monumentos, descuellan entre ellos las mezquitas en número de doscientas treinta y tres, además de ciento cincuenta y ocho mosquezuelas ó capillas, cada una con uno ó varios elevados minaretes, ya cuadrados, ya circulares, donde los *muezines* suben cinco veces al dia para llamar á los musulmanes á oracion con cantos graves y armoniosos.

Otros monumentos públicos notables son los baños, que en Egipto, así como en todos los países orientales, es uno de los mayores deleites. Por supuesto, los moradores de las poblaciones pequeñas, ó las personas que no pueden sufragar el gasto, aunque pequeño, de estos baños públicos, se bañan en el Nilo, en donde se ven las mujeres como Evas antes de salir del paraíso. Los ricos tienen baños en sus casas; mas á pesar de esto, concurren á los públicos, y entre las damas es objeto de convite un dia de baños como entre nosotros un dia de campo.

En el Cairo habrá de sesenta á setenta de tales establecimientos, de cuyas dulzuras se goza por una retribucion módica. Muchos de estos son para hombres solamente; otros para mujeres y niños pequeños, y algunos para los dos sexos, para los hombres por la mañana y por la tarde para las mujeres.

Creen los egipcios que el baño es residencia favorita de génios, y por lo tanto, al entrar, todos ofrecen una plegaria para que éstos les protejan contra los malos espíritus. Para las mujeres no hay mayor diversion que el baño, puesto que allí tienen ocasion de desplegar el lujo de sus alhajas y vestidos á las amigas y extrañas que encuentran. Las fumadoras llevan consigo sus pipas, y en muchas ocasiones suelen pagar *Al-mehs*, ó cantadoras, para que las acompañen y diviertan en el baño. Los hombres de distincion tambien acostumbran á comprometer para sí el uso de los baños por cierto número de horas, y llevan músicas, ordenan banquetes y se entretienen en juegos hasta la caida de la tarde.

Otra de las particularidades del Cairo es el número de cafés que encierra, que pasan de mil. Por de contado, estos establecimientos solo tienen de comun con los que llevan el mismo nombre en Europa, el consumo del café, pues están desprovistos de muebles y adornos elegantes. Una especie de sofá circular, algunos ruedos de hojas de palmera, ó tapices groseros en los más encopetados, y un mostrador de madera ordinaria, constituyen la decoracion interna del café del Cairo. Los parroquianos se sientan sobre las alfombrillas ó esterillas que cubren el

suelo de madera, y allí aspiran, que no beben la pequeña taza de café hirviente que les sirven, para lo cual se necesita cierta práctica. Ninguno endulza el café con azúcar, costumbre que ridiculizaron cuando la vieron en los franceses. Hay muchos cafés donde se vende opio, y una suerte de pasta mezclada con yerbas. La plebe se embriaga con estas drogas, aunque la religion se lo prohibe, y cuando la embriaguez pasa á ser ruidosa y molesta en algunos, la policía los prende y castiga; pero nadie se mete con los dichosos comedores de opio, cuyo efecto es muy diverso del causado por el vino. Los que tienen sus sentidos bajo el influjo de este narcótico, propenden generalmente á la risa, y su delirio es extraordinariamente alegre. Ya están sumergidos en agradables ensueños; ya entreteniendo á los que escucharlos quieren con la relacion de su felicidad, pues uno se cree sultan, ó *sheik*, se imagina que está á caballo, y quiere que todos se prosternen ante su presencia, ó se cree el Profeta en persona.

Por lo general hay en cada café una especie de orador que recita ó canta la verdadera ó falsa historia de algun personaje, cuyo nombre está consagrado en los fastos de la religion ó de la historia musulmana. Los recitantes se sientan sobre una pequeña silla en el *mastabah*, ó poyo construido junto á la puerta del café. Muchos de los oyentes toman asiento á sus lados, ó en los de los edificios opuestos, todos con pipa en mano, algunos aspirando el bullente líquido, y en lo general muy animados con la sustancia ó fondo del romance y con la manera cómica ó dramática del narrador, que recibe cierta cantidad por parte del dueño para que le atraiga parroquianos. Sus discursos son animados y llenos de energía, y sus cantos rebosan exaltacion ó fuego poético. El romance más celebrado se intitula: *La vida de Abu-Zeid*, fundado sobre hechos que tuvieron lugar tres siglos despues de la huida de los israelitas, y creen escrito no mucho despues de este período. Hállase este romance en diez ó doce volúmenes en cuarto, mitad en prosa y mitad en poesía, mitad narrativa, mitad dramática. Como composicion literaria tiene poco mérito, al menos, segun hoy se canta; pero como ilustracion de las maneras y costumbres remotas no deja de ser interesante. Los héroes y heroinas, generalmente oriundos del Yemen y de la Arabia central, expresan sus más vigorosos sentimientos en verso, no medido, bien que los eruditos del Cairo afirman que en un principio estaban metrificados, y que despues fueron muy alterados por los copistas. Cada parte empieza y concluye con una invocacion al Profeta. Esta poesía se canta, acompañándose el bardo con la viola del poeta, á que por antonomasía se la llama de *Abu-Zeid*. Estos Homeros se llaman *Shoará*, que propiamente significa *poetas*, y como la lira, se apellidan tambien *Abuzeides*, por el asunto ó héroe de su poema, y forman la primera clase de cantores populares

del Egipto. Despues vienen los llamados *Mohaddites*, ó recitantes de novelas ó cuentos, aunque el exclusivo asunto de sus narraciones es la *Vida de Ex-Zair*. La tercer clase de recitantes del Cairo, se llaman de los *Anatirehs*, de los cuales existe muy corto número, y derivan su nombre, que tambien dicen *Antareyehs*, del principal sugeto de sus narraciones, que es el romance de *Antar*. Éstos y los de la primera clase, recitan teniendo los libros á la vista, y la poesía del Antar, sin acompañamiento, por ser la más superior, tiene siempre auditorio más escogido. Los de la segunda clase recitan de memoria.

Hablando de los cafés, dirémos algo de sus juegos y demas espectáculos citadinos. Los juegos de los orientales van en armonía con su carácter grave. El de los dados ó *tric-trac*, el de las damas y el ajedrez son los favoritos entre los egipcios. El ajedrez, sobre todo, es objeto de delirio. Todas las piezas son de una extremada sencillez, no solo por la aversion que los musulmanes tienen á las figuras, sino porque los fabricantes ó artistas tienen poca habilidad, ó gastarian tiempo en balde en querer refinarlas. Verdad es que entre los grandes hay gran lujo en los tableros, así como por la inversa, entre las gentes del pueblo, el tablero es un trapo en donde están cosidos pedazos cuadrados de tela de los dos colores, y el cual sirve al mismo tiempo de caja donde guardar las piezas concluida la partida.

Los *ophiogenes*, ó encantadores de serpientes, y los jugadores de manos y demas charlatanes abundan mucho en el Cairo. No pocos escritores sobre el Egipto han dado noticias maravillosas de una clase de hombres en este país, que al modo de los antiguos *Psylli*, de Cyrenaïca, de quienes habla la Escritura, suponen poseer un arte que les libra del veneno de las serpientes. Los egipcios ilustrados, dícese que motejan á estos modernos *Psylli* de impostores; pero aunque, en efecto, su arte tenga algo de charlatanismo, ninguno ha dado una explicacion satisfactoria de la más comun é interesante de sus exhibiciones.

Durante la residencia del ejército francés en Egipto, muchos médicos hábiles quisieron certificarse de la fé que merecian las narraciones de viajeros respecto á los encantadores. Desde luego les fué muy fácil conocer el charlatanismo de algunos, por lo menos, en las prácticas extrañas y ridículas con que abusaban de la credulidad del vulgo. Para iniciar, por ejemplo, á un individuo, y ponerle al abrigo de las mordeduras de los reptiles, los encantadores echan un poco de agua en un vaso: despues añaden aceite y azúcar, y hacen una mezcla. Hecha, escupen en el vaso recitando algunas oraciones, y hacen tragar este repugnante brebage á los candidatos, á quienes acto contínuo les cuelgan de las orejas dos grandes serpientes. Aquí concluye la ceremonia, y el iniciado paga y se retira íntimamente persuadido que ya no tiene que temer sus mordeduras. Esta persuasion, es sin duda la mayor ventaja,

pues las serpientes pueden semejar á otros muchos animales, que solo son dañinos porque coligen por la timidez del hombre que va á hacerles daño. Así nos explicamos en cierto modo los resultados singulares de la iniciacion de los *ophiogenes*. ¿Cómo puede haber hombres que lleven en sus vestidos, en su seno mismo, reptiles varios escogidos al acaso, sin sufrir accidente alguno? ¿Cómo pueden colocar escorpiones bajo el lienzo que cubre sus cabezas calvas? Algunos han creido que les rompian los dientes y los aguijones; pero se ha tenido experiencia de lo contrario: otros han dicho que no hay reptiles venenosos en Egipto; pero ejemplos numerosos manifiestan ser esto un error. Pero dejemos esto, al parecer tan inexplicable como el ver á los muchachos cojer avispas en la seguridad de no sentir su aguijon, con tal de tener la lengua prendida entre los dientes, y hablemos del arte no menos maravilloso de evocar serpientes. El encantador profesa descubrir, sin percepcion ocular, si hay ó no serpientes en una casa, y si hay, atraerlas, como dijo el poeta americano:

«Cual indio que al sonido de flauta fascinante
Dirige á su capricho la trémula, ondulante,
Versátil en colores, enorme cascabel.»

Es costumbre de la serpiente buscar los lugares más oscuros para esconderse, y por lo tanto, el encantador, en la mayor parte de los casos, ha de ejercitar su habilidad entre tinieblas, donde fácilmente puede sacar del pecho un reptil y enseñarlo á la familia de la casa, cual si lo hubiera encontrado en la habitacion, puesto que nadie se atreve á entrar con él, sabiendo que hay en ella reptiles. Sin embargo, de estos encantos se han hecho en medio del dia y á presencia de incrédulos europeos, que han examinado préviamente al encantador. Éste, por su parte, no deja de darse aires de obrador de milagros, y de dar colorido á la forma de su evocacion, tomando expresion misteriosa, golpeando las paredes con una vara pequeña, haciendo varios sonidos con la lengua pegada al cielo de la boca, silbando y recitando á ratos: «Yo te conjuro por el nombre de Dios, que si estás arriba, ó estás abajo, que salgas; y si no obedeces, muere.» Una de las hazañas que hacen en ceremonias ó fiestas sagradas, es comerse serpientes venenosas vivas, cosa que espanta al pueblo curioso é ignorante.

Además de estos, hay en el Cairo gran número de charlatanes prestidigitadores, que hacen los mismos juegos que vemos hacer en los teatros y en las calles de las capitales de Europa, como el meterse espadas por la boca hasta la empuñadura, sacar piezas de cintas de varios colores, ponerse algodon y soplar fuego, etc. Las gitanas decidoras de buenaventura hormiguean en esta y otras poblaciones de Egipto, pues hay en este territorio crecido número de pequeñas tribus, que llevan el título colectivo de *Gagaris*. Estas mujeres visten como las del pueblo; pero llevan siempre

el rostro descubierto, y van pregonando su habilidad de adivinar lo futuro, grabar ó pintar la piel con agujas, y circuncidar.

Entre los egipcios, igualmente que en todos los pueblos del Ásia, hay gran temor al mal de ojo, supersticion que existe tambien en la civilizada Europa. No es extraño ver en el Cairo elegantes damas que llevan junto á sí á sus niños, medio desnudos, sucios, y segun dice un viajero, con infinidad de moscas pegadas á las lagañas de ojos que no se han lavado en muchos meses, por miedo de que no los encanten. En cuanto á no lavarles el rostro, es por conservar la vista, pues creen que las moscas que se les pegan extraen de ellos malos humores.

Pero la supersticion más extendida entre los modernos egipcios es la creencia en amuletos, fórmulas escritas que consisten en pasajes del Koran, nombre de Dios, de los ángeles, génios, profetas, santos eminentes, y todo esto mezclado y combinado con números y diagramas, á lo cual se concede grandes virtudes secretas. El más estimado de todos es el *mushaf*, ó acotacion del Koran, que hecho por cualquier dómine de aldea, y puesto en una caja de piel bordada, llevan turcos y árabes colgado en el costado derecho y con especialidad las mujeres. El amuleto ó preservativo en órden de categoría es un librito ó rollo en que están transcritos los capítulos 6, 18, 36, 44, 55, 67 y 78 del Koran. Hay otro que contiene los noventa y nueve nombres ó atributos de Dios, el cual, llevado por uno, le inclina al ejercicio de esas excelencias y virtudes, y puesto en una casa y repetido con frecuencia, libra á los dueños del diablo, de los génios malos, de pestes, enfermedades, mal de ojo, incendios, ruinas, ansiedad y toda suerte de accidentes desventurados. Iguales virtudes atribuyen al nombre de As-hab-el-Kahf, ó sean los siete durmientes y su perro, de que habla el Profeta en el capítulo 18 del Koran.

Los niños, además de las precauciones de tenerlos sucios y asquerosos mientras más hermosos son de rostro, llevan en la punta de la montera una cajita de forma triangular contra el mal de ojo, cuyas consecuencias imaginarias les intimidan. Cuando una persona expresa lo que ellos llaman impropia ó envidiosa admiracion, es reprendida por la persona alabada y alarmada, con las palabras: «Bendice al Profeta;» y si el envidioso obedece, no hay ya temor alguno. Cuando los padres ven que alguno observa con atencion ó parece envidiar á sus niños, cortan un pedazo de su túnica, la queman con un poco de sal, y los fumigan y esparcen luego sobre ellos las cenizas. A más de ciertas piedras, conchas y cuentas que cuelgan á los niños y á los caballos, camellos y otros animales para atraer la atencion del mal ojo, venden en las calles del Cairo, en los diez primeros dias del mes Moharram, una mezcla de varios ingredientes, y los vendedores, despues de hacer un conjuro, dicen al comprador: «Yo te preservo del ojo de la muchacha más penetrante que alezna; del ojo

de la mujer más agudo que daga; del ojo del niño más doloroso que el látigo; del ojo del hombre más incisivo que lanceta, etc.,» y á continuacion relatan cómo Salomon privó al mal ojo de su influjo, y acto contínuo enumeran los trastos, trebejos y muebles que forman el menaje de una casa, á los cuales preservan de todo encanto.

Tan arraigada está la supersticion de que hablamos en todas las clases, que acostumbrando las gentes nobles y de la clase media á colgar sus candeleros y lámparas en las calles delante de las casas de los recien casados, luego que ven á la muchedumbre reunida admirando la riqueza ó novedad de estos objetos, arrojan desde lo alto un gran jarro, que cayendo en medio de los curiosos y haciéndose pedazos, creen que sirve para llamar la atencion y evitar los efectos de la envidia. Ocioso es decir, que para continuar en la práctica de esta supersticion no les faltan cada dia ejemplos y razones que alegar. Cuando se quitó el monopolio de la carne y se permitió matar reses á los carniceros y colgarlas en sus tiendas, los egipcios se alarmaron. «Es muy peligroso, decia un ilustrado Masrée, ó vecino del Cairo, ver hermosos carneros enteros colgados á las puertas, á los ojos del público, de modo que cualquier mendigo que pase pueda envidiarlos, y exponernos á comer veneno, que es mejor que semejante carne.» En muchas casas hubo cocineras que iban á un extremo de la ciudad á abastecerse de carniceros, que mataban y ocultaban las reses á la vista de los transeuntes.

Prosiguiendo en la noticia de las cosas notables de la capital del Egipto, debemos mencionar el famoso *Mouristan*, ó casa de locos, de fundacion antiquísima, y en la cual, para honra de este pueblo, se trataba á los dementes con el mayor cuidado y regalo, y á ella concurrian de todas partes los más famosos médicos. Seria imposible dar aquí una idea de todos sus establecimientos de beneficencia; pero baste decir, que no hay la falta de filantropía que muchos suponen en los orientales. Antes que Luis IX estableciese en Francia hospicios para los ciegos, existian estos asilos en Egipto.

Igualmente debemos mencionar las cisternas ó fuentes del Cairo, que las hay en número de doscientas cuarenta y cinco, muchas de arquitectura notable, y construidas las más á favor de mandas y legados de príncipes y de particulares ricos, para ventaja y comodidad de los habitantes de la poblacion; pues en Egipto, como en todos los países vecinos á la zona tórrida, la sed es una de las fatigas más frecuentes é insoportables. El agua se lleva á grande costa del brazo más vecino del Nilo, y sin cesar se encuentran en las calles camellos destinados á este servicio. A más de estas cisternas ó depósitos de agua, donde el pueblo puede tomar la que quiere gratuitamente, colocan en la parte exterior de estos edificios una especie de

llave ó grifo, á conveniente altura, á fin de que los transeuntes puedan satisfacer su sed. En estos edificios se admiran columnas de mármol blanco, trabajadas en Italia, con ornamentos de bronce dorado, ricas esculturas, y las ventanas ostentan rejas de bronce de un trabajo exquisito. Las cisternas tienen tres pisos, y el primero, que es subterráneo, forma el vasto estanque donde se vacían los cántaros ó ánforas traidas por los camellos. Por lo general, el piso alto es una escuela gratuita establecida por el bienhechor que costeó la fuente, y cuyo nombre inscriben en las fachadas.

El cuidado de estos filántropos se extiende á la construccion de magníficos abrevaderos, generalmente cercanos á las cisternas, con columnas de mármol que sostienen graciosas cúpulas adornadas de nichos y esculturas.

Como el Cairo es una ciudad de mercaderes y comerciantes, dirémos algo acerca de estas profesiones. En Egipto hay especies de gremios: todos los artesanos que ejercen un mismo oficio forman un cuerpo subordinado á un *sheik* ó jefe, quien solo tiene el privilegio de conferir el magisterio á un obrero aprendiz, y no solamente los industriales, sino hasta los cantores, *gaguacis*, escamoteadores, y aun ladrones forman corporacion y están sujetos á un jefe particular. El paso de aprendiz á maestro es una de las grandes fiestas domésticas del Egipto, despues de las del nacimiento de un hijo, y de la circuncision.

Así como en Rusia se vé en el dintel de las puertas de los mercaderes una herradura enclavada, con los extremos al exterior, para que al entrar el diablo por uno, como dice el vulgo, se vea obligado á salir por el otro lado, cual la electricidad en un pararayo, los mercaderes egipcios cuelgan en las puertas y cerraduras de sus tiendas un papel en que está inscrito el nombre de Dios, ó cualquiera otra invocacion sagrada, la cual pronuncia el traficante al abrir su tienda, y los hay que ponen la primera moneda que reciben, ya en los labios, ya en la frente, como los católicos se echan cruces con ella, para asegurarse una buena venta durante el dia. Tan numerosos son los objetos que segun los egipcios tienen virtud para asegurar buena fortuna y evitar males de toda especie, que se pudiera escribir un volúmen con esta materia de sus supersticiones. Estas maneras de hechizar y conjurar, llaman entre ellos ciencia de las mujeres, si la práctica no tiene fundamento en la religion, en la astrología ó en la magia. Sobre las ya dichas, mencionarémos algunas observadas por un viajero que recientemente ha regresado del Cairo tras una larga residencia en Egipto.

Es costumbre en esta capital colgar una rama de aloe sobre las puertas de las casas, con el objeto de que vivan larga y próspera vida los inquilinos. Las mujeres creen que el Profeta visita las casas donde tal rama se suspende.

Cuando temen un mal de alguna persona, acostumbran á romper un tiesto á sus espaldas, lo que tambien hacen para conseguir completa ruptura de relaciones con tal persona. Como la *oftalmía*, ó enfermedad de la vista, es muy frecuente en Egipto, el pueblo ha hallado en la farmacopea de las supersticiones innumerables prácticas ridículas para su curacion. Algunos toman un puñado de tierra seca de la orilla del Nilo, cerca del Boolak, puerto principal del Cairo, cruzan el rio, y lo depositan en la otra banda, en Imbabeh, lo que creen que es ya bastante para curarse.

Otros se cuelgan en la parte anterior de la cabeza un cequí veneciano, cuyas figuras en el anverso y reverso correspondan perfectamente, esto es, piés con piés, y cabeza con cabeza; pero, cosa rara, si uno que lleva esta moneda entra en la habitacion de otro que sufre tambien de los ojos, la enfermedad de éste se agrava. Las mujeres tienen otra costumbre más ridícula y repugnante para curarse los ojos y evitar la esterilidad. Hay en la ciudadela del Cairo una plaza llamada Rumeileh, donde además de una feria constante que hacen pobres mercaderes metidos en agugeros ó madrigueras formadas por el mismo desnivel de la plaza y su suelo accidentado, se conserva siempre en un estanque el agua sanguinolenta que ha servido para lavar los cuerpos de los que decapitan en la dicha plaza, ordinario lugar de las ejecuciones. Allí van las mujeres, dan una pequeña retribucion á un viejo, que con su esposa sirven de guardas del estanque y de la mesa donde son lavados los cadáveres, y creen que pasando siete veces por encima de ella y siete por debajo, y lavándose despues el rostro con aquella agua repugnante y fétida, alcanzarán el cumplimiento de sus deseos.

Este y otros lugares del Cairo y Alejandría, donde vive la poblacion acumulada, y los pobres juntos con las cabras y cerdos en habitaciones poco ventiladas y limpias, bajo un calor insoportable, explica perfectamente el nacimiento y desarrollo de las enfermedades epidémicas, que tantos estragos han causado allí y en toda la Europa. La peste es, en efecto, endémica en el Cairo, Alejandría, Roseta, Damieta, y puede decirse en todo el Egipto y la Siria, á causa de la manera de construccion de las ciudades, en las que abunda todo foco de infeccion; de estar el suelo de ellas bajo el nivel del mar y de los lagos cercanos; de reinar en el invierno los vientos del sud; de su sistema de inaccion general, y de sus malas prácticas con respecto á enterramientos.

Esto solo se entiende de los habitantes de las ciudades, pues los labradores, ó *fellahs*, viven muy de otro modo, y bajo ciertos aspectos más dichosos en medio de su atraso é ignorancia, que los de igual clase en diversas naciones que se llaman adelantadas.

Aunque las habitaciones de los pobres en Egipto, particularmente de los labradores, parecen colmenas, y carecen de toda comodidad, limpieza y ventilacion, no por eso se les ha de juzgar por más descuidados y repugnantes que sus iguales en otros países. Pobreza limpia y saludable miseria, dice un viajero, no se encuentra en Egipto, ni es fácil hallarla en parte alguna. Con todo, el *fellah* no es un sér desagradable, ni tiene que avergonzarse ante el extranjero, que está pronto á desmayarse cuando uno de ellos se interpone entre el viento y su nobleza. Admitiendo que la miseria con todo su séquito de males, no es una institucion creada por los que la sufren, sino por los que de ella se aprovechan, puede asegurarse que la europea civilizada es más repulsiva que la egipcia, y que hay miles de travesías y callejuelas en ciudades de Inglaterra infinitamente más llenas de pecados contra los sentidos, que la más miserable choza de un árabe. Éstos tienen en su situacion muchas ventajas, á saber, un carácter extremadamente sencillo, y deseos limitados á sus medios; un clima que les ahorra techo y vestido en la mayor parte del año; un rio pródigo de riquezas, y sobre todo, una religion que consuela sin iluminar, que promete sin amenazar, que les llena de fanatismo insolente y nunca les inclina á recogerse, ni lleva su espíritu á las regiones misteriosas de la contemplacion. Al *fellah* no le atormentan teorías, ni sueña jamás en cambiar ó remediar su condicion. Necesitaria de mayor grado de cultura de la que posee, para convencerse de que el peso que le oprime es de la tierra y no del cielo. No obstante, su inteligencia, aunque limitada, es la bastante para la batalla de su vida, y como su bello ideal embellece tan poco los contornos de la realidad, nunca desespera de alcanzarlo y realizarlo. De aquí su perseverante industria y la obediencia instintiva con que cumple sus deberes, sin despojarse de la dignidad natural del hombre. Muchas de sus costumbres son ridículas y desagradables; pero las sigue en comun con toda su raza, con el rico y con el pobre. En suma, el árabe de la clase más humilde, hasta un mendigo, está menos degradado por la pobreza que sus hermanos en la mayor parte de los países europeos.

Para conclusion tratarémos brevemente de algunas fiestas notables, públicas y privadas en el Egipto.

Entre las primeras, es de observar la que se celebra en el período de la creciente del Nilo.

La noche del 17 de junio es llamada *la noche de la gota*, por el pueblo supersticioso, pues cree que durante su curso, cae sobre el rio una gota maravillosa, la cual le hace crecer hasta inundar el país. Los astrólogos no dejan de calcular el momento preciso en que esta invisible gota cae en el Nilo, que se verifica siempre en la noche arriba dicha. Muchos de los moradores del Cairo y

sus cercanías, y de otras partes de Egipto, pasan esta noche en las orillas del rio, unos en las casas de sus amigos, otros al aire libre. Gran parte de ellos, y sobre todo, las mujeres, la emplean en prácticas supersticiosas para averiguar su ventura, y aun para adivinar la altura de la creciente. Ésta es diariamente anunciada por pregoneros, de los cuales hay número bastante para repartirse en los varios distritos. El pregonero del Nilo comienza su ejercicio desde por la mañana, y va acompañado por un muchacho, con el cual mantiene á voces un diálogo hablando de las excelencias y las bondades de Dios. Los egipcios pobres, y aun los de la clase media, delante de cuyas casas pregonan, les ofrecen pan; pero los ricos no les dan nada hasta la víspera de la apertura del canal del Cairo. Poca confianza hay que poner en los informes del pregonero sobre la altura de las aguas; pero el pueblo los escucha siempre con interés. Los pregones se repiten diariamente hasta la víspera del dia en que se abre el dique ó corta la presa del canal, para cuyos preparativos se reune gran gentío. En lo antiguo, refiere un autor, acostumbraban los egipcios á adornar con ricos trajes de vistosos colores á una doncella, y arrojarla al rio cuando empezaba á crecer, como sacrificio para obtener una abundante inundacion. En la dicha víspera, infinidad de lanchas y botes, alquilados por familias, se congregan en las inmediaciones de la boca del canal, en derredor de una gran barca llena de banderas y pintada con vivos colores, pero tosca y de anticuada forma, donde profusion de maromas sosteniendo millares de linternas y faroles están preparadas para representar en iluminacion varias figuras, y sirve dicha barca para evocar la memoria de la que usaban los egipcios antes de la conquista de los árabes para conducir á la vírgen que arrojaban al Nilo. Este bote monumental se hace al remo desde Boolak, á cosa de las tres de la tarde, conduciendo pasajeros, hombres y mujeres, y fondea en la isla llamada El-Rodah, frente á la entrada del canal. Los demas botes permanecen cerca de él toda la noche diseminados y extendidos sobre las playas de la pequeña isla, ó bien pasan y repasan el rio constantemente, cantando barqueros y pasajeros con acompañamiento del ya nombrado *Darabukeh*, ó ya divirtiéndose con músicos de profesion que alquilan para el efecto. La animacion que reina es indecible, pues nada hay para los egipcios más favorito que la muchedumbre y la confusion. Al caer la tarde comienzan los fuegos artificiales y las salvas de artillería, que se repiten cada cuarto de hora hasta el amanecer. Sin embargo, los fuegos por la noche se reducen á cohetes, y los mejores artificios los reservan para el dia, cuando en plena luz se verifica el corte de la presa.

Antes de despuntar la aurora comienza esta operacion, que verifican los enterradores musulmanes y los judíos, á quienes paga el gobierno; mas si toca á judíos

y acontece ser en sábado, tienen que pagar una razonable suma para evitar el pecado de la profanacion por aquel trabajo. Con una especie de azadones, estos trabajadores, van comiendo la espalda del muro, hecho de tierra, que sacan en espuertas á los bordes ú orillas, hasta que dejan el dique del grueso de un pié, operacion que generalmente viene á estar concluida una hora despues de salido el sol. En esto la muchedumbre se ha apostado en ambas márgenes, á las cuales van llegando el gobernador del Cairo y otras autoridades de la metrópoli, quienes se colocan en las tiendas y pabellones que les tienen preparadas, mientras un *kadí*, ó notario, extiende un documento, en el que certifica cómo las aguas del Nilo han subido lo bastante para que se abra el canal; documento que inmediatamente se envia á la córte de Constantinopla.

En el entretanto, las salvas de artillería continúan, así como los fuegos artificiales, que ya puede imaginarse que se oirán más que se verán ante un sol resplandeciente, y casi en el punto mismo en que va á ser derribado el resto del delgado muro y á pasar el primer bote donde va un funcionario público, el gobernador arroja una bolsa llena de monedas de oro á los trabajadores, los cuales forman uno de los principales *items* de la fiesta en la presteza y confusion con que se lanzan á arrebatarlas, con peligro de sus vidas, pues muchas veces ha sucedido morir tres ó cuatro en aquel asalto contra el oro. Una vez entradas las aguas en el lecho del canal, numerosos botes navegan por él todo lo largo de la ciudad, y algunas millas fuera de ella, regresando al mismo punto. Las aguas entran en el lago de Eskebiyeh, situado dentro de la ciudad, y siendo en esta época del año tan agradable su vista en una ciudad tan seca y polvorosa como el Cairo, sus moradores hacen especies de veladas en sus orillas, donde venden aguardientes, vinos y otras chucherías, y donde se ven al propio tiempo recitantes de romances y decidoras de buenaventura, gran número de bañistas, hombres y mujeres, completamente desnudos, lo que es muy extraño en un país donde éstas llevan la cara tapada hasta no dejar más que los ojos descubiertos: costumbre que los viajeros califican de más peligrosa que la exhibicion adamítica del lago, porque siendo los ojos la parte más hermosa de la fisonomía de las egipcias, su hermosura y expresion hacen formar del resto una idea infinitamente superior á lo que alcanza la realidad. Pero semejantes contradicciones no son peculiares solo de pueblos incultos, y en los civilizados vemos acaso mayor número de costumbres menos explicables. Todos los extranjeros habrán observado el rigoroso destierro en la conversacion del bello sexo en Inglaterra de toda palabra que remotamente pueda ofender el pudor, llegando la proscripcion hasta las inocentes, por un exceso de bien parecer, y sin embargo, hay costumbres entre las damas, que las egipcias considerarian opuestas al recato en su escaso refinamiento.

Al modo que la restriccion de las palabras no impide la libertad de los hechos, así la compostura exterior de las egipcias, y en general de todas las mujeres del Ásia guardadas en el harem, no impide la más repulsiva descompostura interna, el mayor desenfreno de lenguaje y de pensamientos. Las mujeres del Egipto son tenidas por las más licenciosas entre todas cuantas aspiran á ser consideradas como miembros del mundo civilizado, y así las califican los mismos egipcios, que no ponen empeño en ocultarlo á los extranjeros. Bien es verdad, que en punto á sensualidad, algo hay que perdonar á los naturales de climas cálidos, donde es permitida la poligamia y son fáciles los divorcios. Con todo, el Egipto sobrepuja en este punto á todos los países que le rodean y tienen iguales instituciones, y aun merece la calificacion de *asiento de la maldad*, que el Koran aplicó al antiguo, pues el gobierno tiránico é infame de los mamelucos, destruidos y extirpados por fortuna á principios del presente siglo, llevó la corrupcion de las costumbres y pasiones libidinosas á un grado que pudiera rivalizar con la Babilonia pintada por los profetas y las ciudades que consumió el fuego celeste. La conversacion entre personas de ambos sexos no reconoce límite puesto por el decoro, ni aun en los labios de la mujer reputada por respetable y virtuosa. Las expresiones que se oyen en los labios de los hombres y mujeres más bien educados, y los asuntos de su plática, y los objetos que nombran, sin la menor aprension, escandalizarian hasta á las mujeres abandonadas de otros países. En punto á libertad, si alguna tienen, luego abusan de ella, y la mayor parte no están seguras sino bajo llave. Dícese que las egipcias tienen cierto ingenio para llevar adelante sus intrigas amorosas, que el más cauto y prudente marido no puede descubrir ni prever, y por lo tanto, que rara vez se frustran sus proyectos, por grandes que parezcan los riesgos de la empresa que acometen, y en diferentes ocasiones, el marido mismo es instrumento para llevar adelante sus planes. Muchas de las historias ó cuentos de las *Mil y una noches* presentan fieles cuadros de ocurrencias diarias en la moderna capital del Egipto, y casi todos los hombres son de opinion que todas las mujeres intrigarian si pudieran hacerlo sin peligro. Si en esto no hay exageracion, pues sabido es que ninguna mujer de la alta ni la media clase puede recibir hombre alguno en la casa en que reside, ni visitar al que tiene harem en su propia casa, ni al soltero, sin que atraiga la atencion de los vecinos y se comente sobre el suceso, gran parte de la culpa recae en los maridos, que permiten á las mujeres, con tal que sea á través de celosía, oir cantares obscenos de hombres á quien ellos pagan á propósito, ver las danzas de las *Gaguacis* y de los afeminados *Ghaises*, musulmanes oriundos del Egipto, que imitan en sus movimientos indecorosos á las bailadoras. A más de esto, las bailarinas, que son prostitutas de profesion, van á los harems

de los ricos, no solo á entretener y divertir con sus bailes á las mujeres, sino á darles lecciones de sus artes voluptuosas.

Acerca de la vida privada, y como ilustracion del ingenio que hemos dicho tener las egipcias para intrigas amorosas, referirémos un reciente suceso, que bien puede pasar entre los mil y un cuentos de los árabes.

Un tratante de esclavos que habia hecho gran fortuna, y luego se vió medio arruinado, contrajo matrimonio con una mujer jóven y celebrada en el Cairo por su extraordinaria belleza, y por añadidura, poseedora de tantos bienes, que bien pudo reparar las pérdidas el esposo. Éste, sin embargo, comenzó á descuidarla y á no hacer caso de ella, y como estaba ya fuera de los confines de la juventud, la esposa fué mirándole con indiferencia, y trató de llenar el vacío de su corazon colocando su amor en un basurero que acostumbraba á ir á limpiar su casa, sin duda por las razones que movieron á la reina Madasima á elegir á Elisabat, ó porque con achaque de este empleo le pudo ver más libremente. Una vez prendada de su empolvado y sucio galan, trató de sacarle de su condicion abyecta y levantarle de la basura, dándole buenas cantidades de dinero, y comprándole una tienda contigua á su casa, donde pudiese entregarse al oficio de mercader. Al mismo tiempo le hizo saber que habia ideado un plan para que viniese á visitarla con toda seguridad. Su harem tenia una ventana, delante de la cual se elevaba una palmera, con cuyo auxilio podria su amante entrar y salir en su aposento, y una sola criada que tenia fué hecha luego al punto confidente de sus intentos. El dia antes de la primera visita nocturna de su galan vecino, Faradé, que este era el nombre de la adúltera, hizo que la doncella informase al marido de lo que iba á acontecer á la siguiente noche. Púsose éste en alarma, y determinó estar en acecho para sorprenderlos, diciendo con este fin á su mujer, ya que la noche venia á más andar, que iba á salir á ciertos negocios y no volveria hasta el dia siguiente: dicho lo cual, en vez de ausentarse, se escondió en un aposento que caia debajo del harem. Pasado algun tiempo, vino con cautela la doncella á advertirle que ya el jóven estaba en el harem. Corrió hácia este sitio, pero halló la puerta cerrada, y como tratase de abrirla, la mujer dió un grito, y escapó el galan por la ventana. Acto contínuo, se asomó á ella la esposa, y á grandes voces comenzó á implorar la asistencia de los vecinos, diciendo que habia un ladron en su casa. Á estas súplicas no dejaron de acudir muchos con toda presteza, y viéndola encerrada en su estancia y su marido por la parte afuera, la dijeron que no habia tales ladrones, y que solo estaban en la casa su marido y la doncella. Ella respondió que el hombre á quien llamaban su marido era el ladron, y que su esposo habia ido á ciertos negocios y aquella noche dormia fuera de su casa. Éste por su parte

les informó de lo que pasaba, insistiendo en que habia un hombre dentro del harem. Al cabo pudo lograr romper la cerradura, y entrando furioso, comenzó á escudriñar las habitaciones; pero como no hallase á nadie en ellas, sus vecinos comenzaron á motejarle y su mujer á reprenderle por embustero y forjador de calumnias. No paró en esto, sino que al siguiente dia, acompañada la mujer de los vecinos, testigos de haber sido acusada de una criminal intriga, fué al tribunal, y pidió que le juzgasen como calumniador de una mujer honrada y virtuosa, y acusador sin la propia evidencia ocular, ni la de testigos. El caso fué examinado, y convencido el juez de la ofensa inferida á la esposa, le condenó á ser castigado con ochenta azotes, segun la ordenanza del Koran. Preguntóle la mujer entonces si queria divorciarse, mas el esposo rehusó, y ella, que deseaba la separacion para vivir con toda libertad con su mercader, volvió á pensar en otra burla que le supiese más amarga.

Durante los tres dias que á este caso se siguieron, reinó la paz en la casa y vivieron en buena armonía; pero al cuarto, habiendo citado la esposa á su amante para aquella noche, ideó atar de piés y manos á su marido mientras estaba dormido; hecho lo cual, y llegada la hora de la visita, el mercader, por órden de la taimada, le despertó, y le amenazó con quitarle la vida si levantaba el grito. Como la situacion en que se hallaba no le permitia medios de defensa, hubo de callar y tragarse su despecho, y disimular la rabia todo el largo tiempo que el amante de Faradé estuvo de visita en su presencia. Acabada ésta y despedido aquel, Faradé se llegó al lecho, y desató al esposo, que en el arrebato de su cólera comenzó á golpearla violentamente y á llamar á gritos á los vecinos, haciéndole duo su esposa, que los llamaba tambien para que la socorriesen.

Cuado éstos llegaron al harem y vieron á aquel hombre tan enfurecido, luego dieron crédito á las persuasiones de Faradé, quien les decia cómo su marido estaba rematadamente loco; y tratando de apaciguarlo con buenas palabras y votos porque Dios le volviera á su sano juicio, consiguieron salvarla de sus uñas. Llegado el dia, pidió Faradé una órden al *kadí*, y con él, su esposo y muchos de los vecinos que habian presenciado la paliza, se fué ante el magistrado. La declaracion de los testigos oculares fué, que en conciencia, aquel hombre era loco rematado, y siendo tantos y tan acordes los testimonios, decretó el *kadí* que el marido fuese llevado al *Mouristan*, ó casa de dementes; pero la taimada Faradé, afectando la más tierna compasion, rogó que se la permitiese atarlo en uno de los aposentos de su casa, para que ella pudiese aliviar sus padecimientos cuidándole y regalándole. Accedió el *kadí*, loando la benevolencia de la mujer, y pidiendo á Dios que la recompensara por su buen corazon, é idos que fueron, se procuró Faradé un

collar y cadena de hierro del *Mouristan*, y ató á su marido en el aposento bajo donde la primera noche estuvo en acecho. Todas las noches, en su presencia, la visitaba su amante, despues de lo cual le repetia si queria divorciarse de ella; pero el marido permanecia en sus trece, y en vano eran sus propuestas. Por lo que hace á los vecinos, la única respuesta que daban á las quejas que oian contra su mujer, era la de: «¡Dios te sane, hijo! ¡Dios te vuelva el juicio!»

De esta manera continuó por espacio de un mes, y viendo su esposa que aun persistia en no divorciarse, mandó al *Mouristan* por un loquero, para que se hiciese cargo de él. A la salida de su casa, hallábanse presentes los vecinos condolidos, y uno decia: «No hay fuerza ni poder más que en Dios.—Era un excelente hombre,» exclamaba otro, y cada uno expresaba su sentimiento de diverso modo. Mientras estuvo confinado en la casa de locos, la mujer iba diariamente á visitarlo y á repetirle si queria divorciarse, y como respondiese que no, le juró que allí habia de vivir encadenado hasta morir, no impidiendo que su amante la viese constantemente. Esta razon hizo efecto en el marido, y viendo que era imposible luchar contra tanta astucia y firme deseo, vino á consentir en divorciarse al cabo de siete meses de encierro. Rotas las cadenas, el esposo cumplió su promesa; pero ella, á causa de la baja extraccion de su amante, no quiso casarse con él, sino siguió sus relaciones amorosas, admitiéndole en su casa cuando queria. No obstante, Faradé echó la cuenta sin la huéspeda, y esta huéspeda era la criada, que reveló toda la verdad del caso.

En general, en todas las partes en que la mujer está obligada á un forzado recato, y privada de ejercer el poderoso influjo que es anexo á la hermosura, el ingenio femenil ha de ser más agudo, y mayor el deseo de romper los lazos con que nécias preocupaciones las sujetan. El uso del velo es acaso más rigoroso en este país que en otro alguno, especialmente en las ciudades. Los antiguos egipcios no representan á la mujer con velo en sus pinturas, aunque este artículo del traje de la mujer es de una antigüedad remotísima. Cuando Rebecca preguntó al siervo de Isaac quién era éste, y le fué respondido: «Es mi señor, dice la Escritura, *ella tomó un velo* y se cubrió.» Al enumerar Isaías los adornos y partes de que se componia el vestido de las hijas de Sion, menciona los velos, y San Pablo, hablando á los corintios, recomienda que la mujer ha de tener la cabeza cubierta. Entre los europeos, las inglesas son las que más semejan á las indias, usando unos velos tan tupidos, que dejándolas ver como por tela de cedazo, impiden que se las vea el rostro, ni aun siquiera un ojo como á las limeñas y á las criadas egipcias, que aun dentro de las casas y sirviendo á sus amos, han de tener colgado el velo, especie de cinta de un palmo de ancho, á modo de escapulario de fraile.

Por de contado, que en Egipto se considera más necesario que una mujer tenga velada la parte superior y posterior de la cabeza que no el rostro, y más indispensable cubrir el rostro que cualquiera otra parte de su cuerpo. Así, una mujer á quien no se puede persuadir á que descubra su rostro, no creerá vergonzoso mostrar el seno. Hay algunas mujeres en las clases bajas que van constantemente sin velo; pero es por falta de medios para hacerse de un *burko*, que así llaman al manto que las cubre. Solo los eunucos y los niños pueden ver sus rostros descubiertos, y los hombres los de sus esposas y esclavas, y los de aquellas de sus parientas con las cuales les está prohibido casarse. En cambio, los hombres consienten la licencia extremada de los *morabutos*, ó santones, que van por las calles con suma ligereza de traje, y á los cuales permiten toda clase de extravagancias, y con especialidad á los locos ó imbéciles, objeto de culto entre los egipcios.

Por lo general, se observa en las naciones del Oriente la mezcla de un espíritu de veneracion al lado de la opresion en que vive degradado el bello sexo. Así, á una señora no se le escribe sin decirla: «La señora guardada y joya escondida,» que es como dicen en los juegos de prendas un favor y un disfavor, pues la esclavitud y encierro en que las tienen les honra poco. Verdad es, que esto depende en parte de la costumbre de contraer matrimonios de oidas, pues no pudiendo existir afecto, y sí en muchos casos motivo de despego y antipatía, solo por la severidad y el encierro puede existir la sociedad matrimonial entre los egipcios y los demas pueblos que guardan tales usos y costumbres. Tambien es cierto, que hombre degradado degrada á su mujer, y va el oprobio del gato al rato, á modo de carambola, como para desquitarse el hombre de la esclavitud política con la esclavitud de los que de él dependen en el hogar doméstico. Y sucede, que así como el egipcio cree que le sienta bien la servidumbre, la mujer se acomoda á ella, ni más ni menos, y juntamente con todas las guardadas en harem, no se les pasa por las mientes el variar de estado, antes creen que se deshonrarian si procurasen ser libres, mirando su encerramiento con cierto orgullo, como prueba del gran cuidado que sus maridos tienen de ellas y de la estimacion que hacen de sus personas cual si fuesen tesoros escondidos. Nada hay que más espante y escandalice á los orientales que las costumbres opuestas de los europeos, en que los maridos tienen á gala el lucir á sus mujeres. Preguntándole á uno que habia estado en París, qué era lo que más le habia llamado la atencion en esta *tierra de infieles*, respondió: «No ví nada más extraño, que ver á los ricos y á los grandes convidar á sus amigos y conocidos, hombres y mujeres, á una reunion en sus casas, donde todos se juntaron en salones brillantemente iluminados. Las mujeres sin velo, y hombres sentados junto á la esposa del vecino, á quien nunca habian visto antes, y

paseando, hablando y danzando con ella, en presencia de su propio marido, que ni se enfada ni tiene celos por semejante *ignominiosa* costumbre.»

Finalizarémos dando una breve noticia de los magos del Cairo.

Egipto ha sido siempre el país de los encantamientos y de la mágia. Ya en los tiempos de Faraon, los magos que este tirano llamó para detener á Moisés, lograron por dos veces imitar las maravillas que el legislador de los hebreos ejecutaba. En los tiempos presentes, á pesar del escepticismo que domina en esta materia, han llamado mucho la atencion las sesiones de Abd-el-Kader, el mágico del Cairo, descritas por un reciente viajero, y sobre ellas se ha hablado, ni más ni menos que de la filosofía preternatural de los hermanos Davenport, que há pocos meses alborotaron á los espiritistas.

La causa de venir en contacto y conocimiento con este mágico el referido viajero, dió más interés al asunto; pues fué para descubrir quién era el autor de varios robos que se notaban en la casa de un cónsul general europeo. El mágico respondió que él haria aparecer la imágen exacta del autor de los robos, á cualquier jóven no llegado á la edad de la pubertad; y como por ventura en aquel instante hubiese varios niños empleados en un jardin cercano, uno de ellos fué llamado para este objeto. El mago tomó la mano derecha del niño, é hizo con una pluma en su palma cierto diagrama, en cuyo centro derramó un poco de tinta, diciendo al muchacho que mirase fija é intensamente dentro de dicha tinta. Luego quemó incienso y muchos pedazos de papel en que habia algunas inscripciones, y al mismo tiempo hizo aparecer varios objetos dentro de la tinta. El muchacho declaró que él veia estos objetos, y el último de ellos, la imágen del delincuente. Describió su estatura, ademan, expresion y vestido: dijo que le conocia, y corriendo inmediatamente hácia el jardin, señaló á uno de los trabajadores, que conducido á presencia del amo, confesó ser el autor del crímen.

Hecha esta relacion á nuestro *tourista*, nada menos que por un cónsul europeo en cuya casa habia tenido lugar el suceso, estaba impaciente por presenciar otra maravilla del celebrado Abd-el-Kader, entonces residente en el Cairo, y valiéndose de un intérprete, le hizo venir á su casa. La hora convenida era la una del dia; pero desde su llegada comenzó á mostrarse inquieto y disgustado, mirando á cada instante por la ventana hácia las nubes, que eran bastante densas, y tanto por éstas como por el fuerte viento que reinaba, el dia era poco propicio para mostrar su habilidad.

«El experimento, dice el testigo ocular, fué hecho tres veces consecutivas con tres distintos niños. Con el primero tuvo un éxito parcial; mas con los dos segundos, fué un *fiasco*. El mago dijo, que no podia hacer más en aquel dia, y que vendria

otra tarde. En efecto, cumplió su palabra, y comenzó por declarar que la atmósfera era favorable. Mientras llegaba mi amigo el intérprete, tomamos café y fumamos pipas, y charlamos sobre distintas materias. El mago es un hombre de elevada estatura y constitucion bien hecha y musculosa; de color blanco y barba casi negra. Generalmente lleva un gran turbante verde, por ser descendiente del Profeta, y su traje es bastante pobre y raido. En su conversacion es afable sin afectacion. Me dijo que sus maravillas se efectuaban por la agencia de buenos espíritus; pero á otros ha dicho que su mágia era satánica.

»Al preparar el mágico espejo de tinta, con otras baratijas de análoga naturaleza, el mago me pidió una pluma, tinta, un pedazo de papel y unas tijeras; y habiendo cortado una tira de papel, escribió sobre ella una especie de invocacion, juntamente con otra fórmula de encantamiento, por medio de la cual declaró se conseguiria el objeto del experimento. Él no trató de ocultar estas recetas; antes al contrario, rogándole yo me diese copias de ellas, accedió al punto, y acto contínuo me las escribió, explicándome de camino, que el objeto que tenia á la mira, se conseguia mediante la influencia de las dos primeras palabras: *Turshum* y *Turyooshum*, que eran los nombres de dos génios ó demonios, sus familiares. Comparé las copias con los originales, y las hallé exactas, y la invocacion era la siguiente:

Venid, Turshum y Turyooshum:
Venid, presentaos. ¿A dónde han ido
El príncipe y sus tropas? ¿Do está El-Ahmar,
El príncipe y sus tropas? Sed testigos
Vosotros, ¡oh, siervos de estos nombres!
Esta es la hora: hemos quitado
De tu rostro el espeso, oculto velo,
Y tu vista es hoy clara, penetrante,
Clara, aguda, brillante.

»Escritas estas palabras, el mago separó cortando con las tijeras el trozo de papel que contenia la invocacion, y le dividió en seis tiras, diciéndome que el objeto de esta (parte del capítulo 30 del Koran), era abrir los ojos del muchacho de una manera sobrenatural, á fin de que pudiese ver en lo que para nosotros es mundo invisible. Yo habia preparado por indicacion del mago algun incienso y semilla de culantro, mezclada con un poco de benjuí, una fuente y un poco de carbon en ella. Ésto fué traido al aposento, juntamente con el muchacho que habia de ser empleado, el cual fué escogido por direccion mia de entre unos cuantos que regresaban de un taller, y tendria como de ocho á nueve años de edad. Preguntándole yo qué clase de personas podian ver en el espejo mágico, respondióme que cuatro: un niño no llegado á la pubertad, una doncella, una esclava negra y una mujer en cinta.

»La fuente fué colocada delante de ambos, y el niño puesto en una silla. El mago

rogó entonces que se echase en la fuente la semilla de culantro, y tomando la mano derecha del niño, dibujó en su palma un cuadrado con números, y en el centro de él vertió unas gotas de tinta, y dijo al niño que mirase atentamente y le dijese si podia ver su rostro reflejado en ellas. El rapaz respondió que veia su rostro con toda claridad; dicho lo cual, le volvió á repetir que no apartase los ojos de la tinta y que la mirase fijamente.

»Seguidamente tomó una de las pequeñas tiras de papel que contenian la fórmula de invocacion, y la echó en la fuente sobre el encendido carbon y los humeantes perfumes que ya habian llenado de humo el aposento, y mientras esto hacia, comenzó á murmurar algunas palabras que no dejó de gruñir durante todo el proceso de su mágia, salvo cuando tenia que hacer preguntas al muchacho, ó prevenirle alguna cosa; y el pedazo de papel que contenia las palabras del Koran, lo puso dentro de la montera ó gorra del niño en la parte anterior ó delantera. Entonces fué preguntado si veia algo en la tinta, y respondió que no; pero un minuto despues, el rapaz, temblando y pareciendo muy espantado, dijo, que veia un hombre limpiando el suelo.—Cuando acabe de limpiarlo, dijo el mago, avísame. —Ahora mismo: ya concluyó, repuso el niño. El encantador entonces, interrumpiendo su conversacion entre dientes, le preguntó si sabia lo que era una bandera, y contestado que sí, le rogó mandase á aquel hombre traer una, lo cual hizo el muchacho, y á poco dijo:—Ya trajo la bandera.—¿De qué color es? preguntó el mago.—Roja, contestó el niño. Tras esto le fué dicho que le pidiese otra bandera, que traida, pareció ser tambien roja, y del mismo modo le fué insinuado que pidiese otra y otra hasta siete, que describió sucesivamente, especificando ser sus colores blanco, verde, negro, rojo y azul. El mago preguntó á este punto, que cuántas banderas habia hecho ya traer ante sí, y respondido que siete, puso la segunda y tercera tira de papel, con el ensalmo de la invocacion, sobre el braserillo, que humeaba hasta fatigar los ojos con nuevo repuesto de inciensos y semillas.

»Acabada ya la descripcion de las banderas, se le rogó al muchacho dijese: «Trae la tienda del sultan, y ármala;» y hecho así, despues de un minuto de pausa, dijo:—«Algunos hombres han traido la tienda; una gran tienda verde, y la están armando: ya está armada.—Ahora, dijo el mago, manda á los soldados que vengan y levanten su campo en torno de la tienda del sultan. El muchacho hizo lo que se le mandaba, y seguidamente dijo:—Veo una porcion de soldados armando sus tiendas. Fuéle entonces dicho que ordenara la formacion de los soldados en filas, y habiendo obedecido, dijo que los veia ya formados. El mago habia ya puesto la cuarta tira de papel en el brasero, y muy luego hizo lo mismo con la quinta. Entonces dijo:—Dí á algunas de las personas que ves ahí, que traigan un toro. El niño comunicó la

órden, y dijo:—Veo un toro: es cárdeno: cuatro hombres tiran de él con una maroma, y tres le golpean con palos. El mago dijo entonces les rogara que lo matasen, descuartizasen, pusiesen en un caldero y lo guisasen: todo lo cual fué hecho, segun la descripcion que el niño hacia, cual si dichas escenas estuviesen pasando delante de sus ojos.—Dí á los soldados, continuó el mago, que se lo coman. La órden fué comunicada, y el rapaz prosiguió:—Ya se lo están comiendo: ahora concluyen, y se lavan las manos. Entonces el mago pidió que apareciera el sultan, y comunicada la órden, el muchacho dijo:—Veo al sultan que cabalga hácia su tienda en un caballo bayo, con un turbante rojo en la cabeza: en este instante se apea y se sienta en un divan que le tienen preparado.—Pide café para el sultan, interrumpió el mago, y que se reuna la córte. La órden fué repetida, y hecho todo como se mandaba.

»En esto, el mago puso en la fuente la última de las seis tiras de papel, y comenzó á murmurar las palabras de la invocacion escrita, repitiendo con frecuencia: «Si piden informes y explicaciones, informa y explica con toda verdad.» Acto contínuo se dirigió á mí, y me preguntó si deseaba que el niño viese alguna persona ausente ó difunta. Yo nombré á Lord Nelson, del cual no tenia el muchacho la menor noticia, ni en su vida le habia oido nombrar; porque solo el pronunciar su nombre le costó gran trabajo, y tuve que repetírselo muchas veces. El mago rogó al niño dijese al sultan: «Mi señor te saluda, y te ruega que traigas á Lord Nelson: tráelo ante mi vista, de modo que yo pueda verlo, y despacha pronto.» Repetido esto por el niño, casi inmediatamente añadió:—Un mensajero ha ido, ha vuelto, y traido un hombre vestido con traje negro europeo: el hombre ha perdido el brazo izquierdo. Aquí se detuvo un momento, y mirando á la tinta más de cerca y con mayor intensidad, prosiguió:—No, no ha perdido el brazo izquierdo, sino lo tiene colocado sobre el pecho. Esta correccion dió más valor á su reseña, puesto que Lord Nelson tenia la manga de la casaca sujeta en el pecho; pero no era el brazo izquierdo el que perdió. Sin decir que yo sospechaba que el niño se habia equivocado, pregunté al mago si los objetos aparecian en la tinta directamente, ó como en un espejo, en que lo derecho aparece izquierdo. El magó respondió que como en un espejo, lo cual hacia intachable la descripcion del rapaz.

»La segunda persona que llamé, fué un natural de Egipto, que ha residido mucho tiempo en Inglaterra y adoptado el traje europeo, y el cual estaba postrado en el lecho desde mucho tiempo antes que yo me embarcase para el Cairo. Presumí que su nombre, muy comun en Egipto, pudiera confundir al muchacho é inducirlo á error, aunque otro niño, en la primera visita del mago, habia descrito á esta misma persona, como vestida con el traje europeo con que yo la ví la última vez. En el caso presente dijo el muchacho:—Aquí está un hombre que han traido en una especie

de ataud, y envuelto en una sábana. Esta descripcion convendria, suponiendo á la persona en cuestion ya muerta de resultas de su enfermedad, ya postrada en la cama. El niño dijo que tenia el rostro cubierto, y le fué dicho que apareciese descubierto; hecho lo cual, continuó:—Su rostro es pálido: tiene bigotes; pero no barba. Estas señas eran exactas.

»Debo advertir, que cada vez que yo deseaba que el muchacho llamase á una persona, ponia particular atencion á lo que hacia el mago y el intérprete. Éste último no pronunció palabra, ni hizo signo alguno; y la verdad es, que las fisonomías de todas las personas conjuradas le eran desconocidas. Cuidé asimismo de que el mágico no tuviese prévia comunicacion con el niño, y he observado que han sido *fiascos* los experimentos en que pudo haber comunicado con el muchacho. En suma, es imposible imaginar precaucion que yo no tomase. Tambien conviene añadir, que el dialecto del mago era más comprendido por mí que por el muchacho; pues cuando yo lo entendia perfectamente, él se veia obligado á usar de circunloquios para hacerle entender lo que decia.

»Otras muchas personas fueron llamadas sucesivamente; pero las descripciones de ellas fueron imperfectas, aunque no del todo incorrectas. Representó cada objeto, cual si apareciese más confuso é indistinto que el precedente, como si su vista se fuese oscureciendo, y á lo último tardaba un minuto, ó más, antes que pudiese dar alguna idea de las personas que decia tener á la vista: por cuya razon observó el mago que era inútil proseguir con él más adelante. Entonces fué traido otro muchacho, y puéstole el cuadrado mágico en la palma de la mano; pero el muchacho no podia ver nada. El mago dijo que tenia mucha edad.

»Aunque completamente confundido y atónito, no quedé muy satisfecho de esta sesion, pues fué muy inferior en resultado á las maravillas que en muchas ocasiones habia hecho el encantador á presencia de amigos y compatriotas mios. En una de estas ocasiones, un inglés que se hallaba presente ridiculizó aquel arte, y dijo que nada le satisfaria sino una descripcion correcta de la apariencia y fisonomía de su padre, el cual estaba seguro que ninguno de los circunstantes conocia. El muchacho, acto contínuo, llamó por su nombre á la persona aludida, y describió á un hombre en traje *franco*, con la mano puesta en la cabeza, espejuelos en los ojos, un pié sobre el suelo y el otro levantado hácia atrás, como si estuviese bajando de un asiento. La descripcion fué enteramente exacta bajo todos aspectos. La posicion peculiar de la mano era efecto de su contínuo padecimiento de jaqueca, y la de la pierna, por paralizacion de movimiento en la rodilla, de resultas de una caida de un caballo. Me han dicho que en aquella sesion el muchacho describió con la mayor precision y verdad las cosas y personas evocadas. En otra ocasion, Shakespeare fué descrito con la mayor

minuciosidad de detalles, así en su persona como en su traje, y pudiera citar muchos casos en que el mismo mago ha dejado confusos á ilustrados europeos. No há mucho tiempo, despues de la representacion usual por medio de un niño, preparó el espejo mágico en la mano de una señorita que se hallaba presente, quien al mirar en él, dijo que veia una escoba barriendo el suelo, sin que ninguno la tuviese agarrada, y causóle esto tanto miedo, que no quiso volver á mirar.

»Que no habia inteligencia entre ellos bien lo puedo asegurar, pues yo mismo escogí el muchacho que tomó parte, entre muchos de los que pasaban por la calle, y ofreciéndole despues un buen regalo con la mira de inducirlo á que confesara que no habia visto lo que decia que vió, lo rehusó obstinadamente. De la misma manera puse á prueba la sinceridad de otro muchacho, con igual resultado. El experimento falla muchas veces; pero cuando el niño que se emplea acierta en un caso, acierta generalmente en todos. Cuando á las primeras de cambio da una respuesta equivocada, el mago lo despide, diciendo que es demasiado crecido. Los perfumes, la imaginacion exaltada, ó el temor, puede creerse que afecten la facultad visiva del muchacho que describe objetos como si realmente los tuviera delante dentro de la tinta. Pero si esto es así, ¿cómo se explica que vea exactamente lo que se le pide, y objetos de los cuales no ha podido tener antes la menor idea? Ni yo, ni otros, hemos podido descubrir la clave para penetrar en este secreto.»

Despues de publicada esta relacion por el ilustrado orientalista Mr. Lane, apareció en una de las primeras revistas de Lóndres, un juicio crítico acerca de estas artes, del cual extractarémos lo más curioso.

«Los agentes, dice el crítico, se reducen á tres: el mago, el braserillo con su contenido y el muchacho. Pudiérase añadir la gota de tinta, aunque, segun nuestro concepto de la operacion, es de poca importancia. Nuestra opinion es, que el mago poseia *pinturas* de los objetos vistos y descritos por el muchacho. Y ¿cómo podia el muchacho ver estas pinturas, toda vez que no se le permitia levantar la vista un solo instante de la tinta? Esto, entre paréntesis, explica por qué el niño elegido habia de ser de cierta edad: no muy jóven, que no pudiese dar cuenta de lo que veia, ni muy entrado en la juventud, de manera que pudiese ser indócil, ó llevado por la curiosidad echar una mirada demasiado inquisitiva, y ver más de lo necesario. El muchacho ciertamente no veia las pinturas, pero sí las imágenes de los objetos representados en los cuadros, y los veia por reflexion, como se prueba por la reversion del brazo de Nelson, y por la respuesta del mago, de que aparecian los objetos como en un espejo. Esta confesion debia desde luego haber guiado á encontrar la clave del misterio, que se explica de este modo. Los objetos reflejados de una série de cuadros, son proyectados de la superficie de un espejo cóncavo

en alguna parte del vestido ó atavíos del mago, y ocultados por la ampulosa vestidura exterior. La quema de los aromas y las tiras de papel en el braserillo, repetida de cuando en cuando, proporcionaban al par luz y una nube de humo junto al rostro del muchacho que recibia las imágenes, puesto que el mago, el braserillo y el niño formaban una línea y debian estar muy unidos, y la mano de éste asegurada por la de aquel para tener la gota de tinta en el foco, y el impedir que el niño levantara los ojos, era para estorbar que viese el punto de donde salian los rayos de luz. Los efectos producidos por el espejo cóncavo son bien conocidos, dice el autor de la *Mágia natural*. El espejo cóncavo es el instrumento principal del gabinete de un mago, y debe siempre representar la mayor parte en todas sus combinaciones ópticas. Para ser del todo perfecto, continúa este escritor, todo espejo cóncavo debe tener su superficie en forma elíptica, de manera que si se coloca un objeto en un foco de la elipse, se pueda formar la imágen inversa en el otro foco. Esta imágen aparece suspensa en el aire al espectador colocado enfrente, de suerte que si el espejo y el objeto están ocultos á su vista, el efecto debe parecer casi sobrenatural. Por este medio aparecian los dioses de los gentiles en los antiguos templos entre los vapores que despedia el fuego. Por el espejo cóncavo el exorcista pontífice Teodoro Santubaren mostró al emperador Basilio de Macedonia la imágen de su hijo, despues de su muerte, magníficamente ataviado y montado en un soberbio corcel, y de esta manera fué ejecutada la extraordinaria exhibicion descrita por Benvenuto Cellini, en la cual se hicieron aparecer legiones enteras de diablos entre la nebulosa atmósfera que produjo en una gran sala la combustion de inciensos y perfumes. En suma, por los mismos medios, no hace mucho tiempo, se hacian ver á las gentes en la ciudad de Lóndres, los amigos ó parientes muertos ó ausentes, en la fantasmagoría. ¿Por qué hemos de suponer que el natural de un país, celebrado en los antiguos tiempos por sus hechiceros y magos, fuese ignorante de los efectos del espejo cóncavo? Léjos de nosotros pensar que hemos descorrido el velo. Mucho queda que explicar. Acerca del modo con que se producia la apariencia exacta de personas oscuras, no podemos ni aun aventurar conjeturas, á menos que creamos que la imaginacion superó á la razon en las personas que lo presenciaron.»

Nosotros, que al dar esta noticia del mago del Cairo, creemos que no le darán más fé nuestros lectores que á los estupendos hechos de los charlatanes Davenport hermanos y otros *ejusdem furfuris*, cumplimos con nuestro principal objeto en esta obra, que es dar cuenta de los usos, costumbres y carácter de los pueblos, y el egipcio es muy dado á adivinaciones, mágias, astrología y alquimia. La astrología la estudian mucho todavía las naciones orientales. En el Egipto se emplea principalmente

para averiguar si un hombre y una mujer, que proponen unirse en matrimonio, harán buena pareja y vivirán en paz y armonía, contento el uno del otro: cosa que seria bueno ir introduciendo en Europa, si la astrología fuese un estudio sério. La geomancia, que consiste en pretender averiguar lo pasado, presente y futuro por medio de ciertas marcas ó líneas hechas en la tierra, está tambien fundada en la astrología. La alquimia, sobre todo, cautiva la atencion aun de las personas de talento, y no obstante lo que rien de sus experimentos personas sesudas, continúan hasta la vejez en sus trabajos infructuosos, porque en el estado de atraso en que la química se encuentra en este país, el ser alquimista denota por lo menos cierta superioridad.

III.

PIRÁMIDES Y ESFINGES.

Nuestros lectores nos agradecerán que hablando del Egipto, consagremos algun espacio á la historia y descripcion de las pirámides, y otros notabilísimos monumentos.

En un manual de arquitectura recientemente publicado leemos: «Todos los sistemas cronológicos, por mucho que difieran unos de otros, están de acuerdo en señalar las pirámides de Egipto como los objetos arquitectónicos más antiguos, ya entre los que existen, ya entre aquellos de que se conserva memoria.»

Y ¿cuál es esta antigüedad? Hasta ahora no ha podido determinarse, gracias á la confusion que reina en las nociones que se poseen sobre los pelasgos y otras razas pre-históricas, y á la arbitraria manera con que se fabricaban dinastías en Egipto, de tal manera, que ni aun se puede señalar cuándo reinaron y de dónde vinieron muchos de sus reyes más famosos. Segun la opinion de Niebuhr, que traza el curso de la civilizacion egipcia de Meroe, al través de la Nubia, á Thebas y á Memphis, y de allí á Tanis y Sais, las pirámides pertenecen ya á un período de decadencia del arte egipcio. Herodoto escribia que Memphis, en cuyo emplazamiento se ven las tres mayores pirámides de las conocidas, fué la parte más antigua del reino; no obstante que el distinguido crítico Grotes, en su excelente *Historia de la antigua Grecia*, y el mismo Niebuhr ya citado, demuestran que Thebas fué la capital más remotamente célebre é importante del Egipto, y que en tiempos del padre de la historia, ya esta ciudad estaba desierta y habia pasado la superioridad á la que

fué capital del imperio y centro de la religion y las instituciones egipcias. Sábese que se construyeron durante la vida de Choufou, ó Cheops, arquitecto tal vez de las pirámides; mas se ignora en qué época vivió este personaje. Diodoro dice, que segun algunos autores, tenian mil años cuando él visitó el Egipto, que fué sesenta años antes de la venida de Jesucristo, y segun otros, pasaban de tres mil cuatrocientos años de vida. Manethon las supone construidas durante la cuarta dinastía, segun su historia, ó lo que es lo mismo, cuatro mil años antes de la era cristiana, de suerte, que hoy cuentan la friolera de seis mil años. Poco hay que creer á este historiador; mas con todo, la sencillez de estos monumentos, consagrados al parecer al sol, nos hacen creer que fué en efecto obra de las primeras dinastías memphitas, anteriores á la invasion de los Hyksos ó reyes pastores.

Por de contado, que en punto á la antigüedad se han vertido opiniones extrañas, como no podia menos de suceder siendo materia de especulacion humana. Un árabe que hizo la descripcion de dos de ellas, afirma, que una fué construida por Schur, hijo de Schalvalvac, antes del diluvio, y la otra por Hermés, que es el Henoc de los hebreos, el cual habiendo previsto una inundacion universal, puso en la pirámide sus libros con todo aquello que poseia en preciosidades y rarezas. Otros han creido que fué Agathemon el que las construyó, y fué enterrado en una de ellas, y Hermés en otra, y esta es la noticia que trae el padre Atanasio Kircher. Lo cierto es, que de las maravillas del mundo es la única que se ha conservado hasta nuestros dias, pues aunque la de Artemisa se ha encontrado hoy, y muchas de sus partes se admiran en las galerías del Museo británico, solo se vé una sombra de su grandeza primitiva en las ruinas que ha ocultado el polvo, y la conservacion de las pirámides, perfectamente orientadas á los cuatro puntos cardinales, nos ha dado una prueba incontestable de que no han cambiado los polos de la tierra, prueba que, á no ser en estos monumentos, difícilmente se hallaria en nuestro globo.

Hemos dicho que las pirámides fueron monumentos consagrados al sol, segun aparece de varios geroglíficos hallados en ellas, y aun la etimología de la voz pirámide, de *pir*, fuego, porque la llama toma la forma piramidal ó triangular, parece tambien confirmarlo. Sin embargo, el nombre que en el idioma egipcio tenian no es desconocido, y el que hoy les damos, puesto por los griegos, creese que se deriva más bien de *piramis*, pastel de harina, que sin duda daban los intérpretes griegos á los monumentos dichos cuando los mostraban á los extranjeros curiosos, al modo que llamaban á los monolitos de Luxor *agujas*, y como llamaríamos por burla hoy, *pilon de azúcar*.

Estas tales pirámides, contadas entre las siete maravillas del mundo, no por el refinamiento de su construccion, sino por los procesos mecánicos y humanos,

conviene á saber: el número de hombres empleados en su construccion; el transporte de enormes masas de granito desde Syene [1], la moderna Assouan; el corte de las piedras á escuadra con una precision matemática que nadie ha podido sobrepujar; el modo de pulirlas hasta semejar el cristal por la lisura de la superficie, y por último, el elevarlas á una altura mayor que la de todos los edificios construidos en el mundo, fueron destinadas á guardar despojos mortales, bien que primeramente los peregrinos de la edad media las creyeron los famosos graneros en que Joseph mandó acopiar trigo para los años de hambre que profetizó; preocupacion que dió orígen á que los árabes, juzgándolas llenas de tesoros, procurasen destrozarlas, destruyendo los ángulos, por cuya buena obra se descubrió una como estrecha galería en la faz norte de la gran pirámide y al nivel de la décima quinta grada ó escalon, la cual conduce á dos estancias en el centro del edificio, en donde se ha hallado un sarcófago. Opiniones extrañas no ha dejado de haber acerca del objeto de su construccion y de sus autores. Unos, al ver que la disposicion de su forma corresponde exactamente á los cuatro puntos cardinales, han creido ver en ellas observatorios, opinion que ha refutado el caballero Herschel. Otros las han supuesto destinadas á un vasto sistema hidráulico, y diferentes suposiciones se han hecho además en este siglo positivista, incapaz de creer que tanta grandeza no tuviera otro objeto que guardar polvo y gusanos; pero tal práctica era comun en el Egipto. El laberinto, monumento de doce reyes egipcios, que no costaria menos que las pirámides, era un panteon, y los restos de sus artes nos muestran la suntuosidad con que construian sus sepulcros.

Un escritor moderno ha trazado ingeniosamente el orígen y desarrollo de la idea de la pirámide, refiriéndolo al tipo comun en todos los pueblos y épocas del montecillo de tierra que cubre una sepultura. Es de observar, que gran número de pirámides, así en Egipto como en Etiopía y en Méjico, no son perfectamente cuadradas, sino rectangulares, lo cual ofrece nueva analogía con la eminencia ó montecillo que se eleva en la tierra que cubre los restos humanos. Estos montecillos, más ó menos grandes, elevados sobre un solo cadáver, ó sobre muchos, son el orígen de todos los túmulos observados entre los pueblos antiguos, y muchos de los cuales subsisten todavía. Los túmulos, ya revestidos de yerba, ya engrosados y solidificados por pedazos de piedra aplicados en derredor, fueron, andando el tiempo, protegidos y asegurados con alguna argamasa, y más tarde se fué empleando construccion más sólida con la misma forma, hasta llegar á los magníficos monumentos que conocemos con el nombre de pirámides. Imposible, añade este escritor,

[1] Assouan está en el límite del Egipto; es famosa por sus canteras de granito, donde se encuentra un obelisco antiguo comenzado á cortar y aun no separado de la roca.

es dejar de reconocer en estos monumentos el túmulo originario, que entre los pueblos rudos y salvajes del Norte, aunque de tierra, se eleva muchas veces hasta cien piés de altura, y que entre los pueblos más civilizados del mediodía ha tomado la forma piramidal, regularmente construida en piedra, en proporciones colosales, como en Egipto y en Méjico.

Varios sabios antiguos, en medio de la opinion general que las calificaba de maravillas del mundo, no hicieron mucho aprecio de estas montañas sin gran simetría, llamándolas como lo hizo Plinio, ociosa y estúpida ostentacion de la riqueza de los reyes. Aristóteles, en su *Política*, las califica de obras de tiranía; pero admitiendo que la mayor parte de estas construcciones colosales han sido obras de servidumbre, y que más de una hermosa estátua de la libertad, de los tiempos de Pericles, fué esculpida por esclavos, la ciencia y la crítica moderna miran con distintos ojos estas *imponentes enormidades de la magnificencia antigua*, y si el político y el naturalista pueden mirarlas con indiferencia, no así el historiador, el matemático, el ingeniero, ni el filósofo, que cada uno por su parte halla en su edificacion mucho que contemplar.

Entre los egipcios, la pirámide fué símbolo de la vida humana, el principio de la cual representa la base, y el fin el ápice; por cuya razon las erigian en los sepulcros, particularmente en los de los reyes. Era una de sus creencias religiosas la de que mientras tanto que durase el cuerpo, el alma continuaba en él, y de acuerdo con esta idea de que el cuerpo no debia quemarse y reducirse á cenizas, ni menos á polvo por la putrefaccion, embalsamaban los cadáveres y los colocaban en estos suntuosos depósitos, donde podian estar eternidades, libres de la injuria del tiempo y de los hombres, y la razon de construir sus sepulcros en forma piramidal, á más de lo que acabamos de decir sobre la generacion de esta estructura, es porque la pirámide tiene grandes condiciones de permanencia, si ya no es que se propusieron representar á algunos de sus dioses, tal vez á Osiris, ó al sol con muchos rayos, pues en esta forma se hallan muchas estátuas de dioses. No obstante estas conjeturas, al parecer bien fundadas, se han hecho otras hipótesis sobre su destino, de que hablarémos cuando hayamos descrito estos monumentos para la mayor inteligencia de dichas teorías. Por lo demas, la perfecta orientacion de los lados hace plausible la conjetura de que no los reyes para vejar al pueblo, como dice Aristóteles, sino los sacerdotes, tuvieron más parte en su proyecto y edificacion, y que, como los obeliscos, ó agujas, pirámides de estrecha base, fueron dedicadas al astro que ilumina el universo. Como los lados corresponden á los cuatro puntos del globo, y por consiguiente marcan el verdadero meridiano del lugar, no es creible que fuese esto debido al acaso, sino hecho con arte y designio,

y fuesen consagradas á Osiris ó al sol, consistiendo la supersticion en que cayesen por igual los rayos en estos monumentos al llegar el sol al mediodía en los equinoccios. Por último, no falta quien crea que las dichas fábricas fueron hechas contra la voluntad de los sacerdotes, y que solo fué un testimonio de vanidad y soberbia, como si dijéramos: un desafío al tiempo; pues suponiendo que las pirámides meridionales de la llanura llamada de Cochome, que son infinitamente más antiguas que las cercanas al Cairo, tengan cincuenta siglos, todavía se cree que pueden durar otros cincuenta, y en efecto, tal duracion es un prodigio único en humanas obras así expuestas á la injuria de los elementos.

El número de pirámides conocidas hoy no deja ser razonable, aunque muchas de ellas han desaparecido completamente. Por ejemplo, las del lago Mœris, de que habla Herodoto, no existen. Las mayores que se conocen están situadas cerca de Memphis, y pueden ser tomadas como tipo de todas las demas; aunque las de Sakharah, elevadas á poca distancia, al norte, en lo que se llama la Necrópolis, ó *llanura de las momias*, tienen traza de ser las más antiguas. La ciudad de Memphis, de cuya grandeza no resta más que unos fragmentos de granito y un coloso, estaba situada en la orilla izquierda del Nilo, á unas diez millas del Cairo. Los reyes y el pueblo que allí vivian eligieron la parte más cercana del desierto para enterramiento de cadáveres, los vasallos en sepulcros abiertos en las rocas, y los monarcas en pirámides. Éstas se ven en grupos generalmente, y los grupos están á veces muy distantes unos de otros. Seria de ver la magnificencia de esta capital, segunda residencia de los Faraones, con su gran templo de Vulcano, que era el asombro de los viajeros; su palacio del buey Apis; su doble y dilatada fila de esfinges, que conducian al templo de Serapis; la red de canales que la hacian comunicar con el Nilo; el lago Mœris, y la laguna de Maréotis, y por último, con su arrabal de pirámides presididas por la Cheops, que mide 450 piés de altura y 728 de base, cubierta de mármol blanco, llamado arábigo, traido de las orillas del mar Rojo.

Desde la ciudadela del Cairo se obtiene una espléndida vista de todos los grupos de pirámides. Las más cercanas, un poco al Sur, son las tres llamadas de Djiseh, que son asimismo las mayores. Plinio refiere que para la construccion de la principal de este grupo de Djiseh, se gastaron veinte años y se emplearon 370,000 operarios. Mas allá se descubren las de Aboo-Seer, tambien tres en número, de menores dimensiones, y algo más léjos descuella la gran pirámide de Sakharah, ó por otro nombre, de los escalones, rodeada de varias pirámides pequeñas. Finalmente, á bastante distancia se ven las dos grandes pirámides de Dahshoor, que se acercan en tamaño á las grandes estructuras del grupo Djiseh.

Segun las tradiciones, Cheops, á quien unos creen rey y otros el arquitecto,

fué un príncipe que oprimió el Egipto durante cincuenta años; tuvo los templos cerrados en este espacio de tiempo, y obligó al pueblo á que le construyese este edificio para sepulcro. Diez años se dice que se consumieron en construir una via inclinada, por la que las piedras cortadas en las canteras de la cordillera arábiga, eran llevadas desde el Nilo hasta el lugar en que habia de levantarse la pirámide.

Segun Herodoto, la estancia sepulcral estaba cavada en la roca, y formaba una especie de isla rodeada de las aguas del Nilo, que conducia hasta allí un canal subterráneo. La pirámide, construida primeramente con gradas ó escalones, fué despues revestida de una piedra dura, y terminada comenzando por la punta. Los intérpretes refirieron á dicho historiador, explicando las inscripciones egipcias grabadas en la pirámide, las enormes sumas gastadas en cebollas solamente para alimentar á los operarios, por donde se puede formar una idea de los tesoros consumidos para llevar á cabo tan gigantesco monumento. Cuenta tambien este griego, que Cephren, hermano de este príncipe, hizo construir la otra pirámide del grupo Djiseh, que es más pequeña y mide 605 piés de base, por 398 de elevacion; y por último, que Mycerino, hijo de Cheops, príncipe recto y justiciero, se hizo construir la tercera, de menor tamaño, pues solo mide 280 piés de base, por 162 de altura; pero mucho más notable por estar en parte cubierta de granito. Los egipcios, por odio á los dos primeros príncipes, no querian ni aun pronunciar sus nombres, y atribuian algunas veces las pirámides al pastor Philitis, en quien los modernos quieren ver los filisteos. Otro autor antiguo añade, que para sustraer sus despojos mortales á las injurias del pueblo irritado, debieron ocultar en otra parte sus sepulturas. Ello es lo cierto, que en punto á sus autores hay muchas leyendas. Los mismos egipcios del tiempo de Diodoro de Sicilia no estaban de acuerdo en este punto, y muchos creian que la tercera pirámide fué obra de la cortesana Rodopis, y que una de las cinco pequeñas cercanas á la grande fué construida por una princesa hija de Cheops, con las piedras que hacia traer á sus amantes.

A los sabios de la comision de Egipto debemos hoy medidas exactas y descripciones detalladas acerca del estado actual de las pirámides. Parece ser que la altura de la gran pirámide tiene hoy 30 piés de menos que en lo antiguo, y su base tambien ha disminuido, á causa de que las piedras exteriores se han destruido. Como todos las demas, sus ángulos miran á los cuatro puntos cardinales. En la época de su construccion la superficie era tersa y bruñida; mas hoy ofrecen séries de grandes escalones, formados por las hileras de sillares, y en algunas partes, particularmente en los centros de los costados, están deterioradas. La gran pirámide tiene hoy 202 escalones, ó gradas, que dan una altura vertical de 139 metros; pero como se ha dicho, este no era su estado primitivo, pues

resulta de testimonios antiguos, que las pirámides estaban revestidas de piedra dura desde la base hasta la plataforma pequeña que las coronaba, de 6 codos en la mayor, cuando la midió Diodoro, y actualmente de 10 metros: lo cual prueba que los árabes han destruido la parte superior en busca de soñadas riquezas.

En el lado norte de la gran pirámide, á la altura de 45 piés, se encuentra la entrada de una estrecha galería de tres piés y cinco pulgadas de alto y de ancho, que desciende con una inclinacion de 26°, hasta dar con una masa de granito que la cerraba. A distancia de 63 piés de la entrada, se abre otro pasaje ó galería, aunque en direccion ascendente. La entrada á esta segunda galería estaba cubierta con pedazos de piedra de granito, y se abrió comunicacion excavando en derredor. La anchura y altura de la ascendente es igual á la descendente, solo que las piedras que forman el embovedado están toscas y sin pulir, señal de que la dejaron sin concluir. Despues que se sube como cosa de 35 metros, se llega á la gran galería, que, á causa de sus mayores dimensiones, presenta un aspecto imponente. La subida tiene la misma inclinacion, esto es, un ángulo de 26°; pero debajo de ella se abre otra horizontal que conduce á una estancia ó salon de que hablarémos más adelante. Dentro de la gran galería está la boca del pozo, concavidad irregular, en parte cavada en la roca, y que guia á la parte más baja de la primera galería descendente. Su objeto no fué otro probablemente sino dar salida á los trabajadores que habian estado empleados en cerrar el pasaje ó galería ascendente. Al fin de la grande comienza otra horizontal y más pequeña, de 22 piés de largo, que lleva á la gran cámara ó salon, llamado *cámara del rey*. Ésta, que es la principal sala sepulcral, está revestida de granito rojo. Es muy sencilla, y contiene solo un sarcófago de dicha piedra y del mismo color, asimismo desprovisto de adornos. Sobre esta sala hay otras cinco pequeñas, á manera de entresuelos, construidas evidentemente para disminuir la presion de la piedra de la fábrica. Cuatro de estas fueron descubiertas no há mucho por el general Wyse, quien á su costa llevó 250 operarios, y acometió grandes trabajos de exploracion, así en el exterior como en lo interior de las pirámides, y seguramente en dichas cámaras ninguno habia penetrado hasta entonces desde la época de su construccion. Las halló enteramente vacías; pero en sus muros se veian trazados en color rojo signos geroglíficos cursivos, que parecian haber sido señales para los trabajadores.

El agujero ó pozo de que se ha hecho mencion, no fué sondable al principio más que hasta el sitio en que le cruza la galería descendente, en cuyo lugar mide ya 155 piés. Los franceses penetraron despues hasta 207, de los cuales 145 están abiertos en roca viva. Estando la base de la pirámide á 164 piés sobre el nivel de

la menguante del Nilo, el fondo del pozo está á 18 piés sobre el rio; pero su verdadero fondo no se ha encontrado aun.

Herodoto fué informado que las cámaras abiertas en la roca fueron hechas antes de comenzarse la construccion de la pirámide. Parece evidente que la idea fué de que no se penetrase en ella despues de haber colocado el cuerpo ó cuerpos en el sepulcro, puesto que grandes trozos de granito estaban fijos en las entradas de los principales pasajes, de modo que no solo impidiesen la comunicacion, sino los ocultasen. Sin embargo, señales hay de haber entrado en la pirámide los romanos y los árabes, conquistadores del Egipto.

Como las pirámides constan de séries de plataformas, las superiores de menor dimension que las inferiores sobre que descansan, y ninguna de ellas se eleva más de cinco piés, disminuyendo más bien que aumentando esta altura hácia la punta ó cúspide, es probable que las piedras pudieron ser levantadas por trabajo manual, con ayuda de palancas, sucesivamente de escalon en escalon, completando una plataforma antes de comenzar á fabricar la superior; pero hay un pasaje en Herodoto respecto á la fábrica de esta pirámide, cuya inteligencia ofrece alguna dificultad. «La pirámide, dice, fué hecha del modo siguiente: en forma de escalones, que algunos llaman *crossæ*, muralla almenada, y otros *bómides*, altarillos. Luego que la hubieron construido de esta forma, levantaron las piedras restantes con máquinas ó ingenios de pequeños pedazos de madera. Las levantaron del suelo á la primera línea de escalones, y cuando las piedras habian llegado á esta hilera, eran puestas en otra máquina colocada sobre la primera fila, y de esta fila llevadas á la segunda. Habia tantas máquinas como escalones.» Sin embargo, una tradicion refiere que fueron levantadas con una sola máquina, la cual podia irse transportando de escalon en escalon tan luego como levantaba las piedras.

Las piedras restantes de que habla Herodoto, entienden algunos intérpretes ser las que formaban la capa exterior con que dejaron plana y recta la superficie de los lados; pero tanto acerca de la manera de construccion, como acerca del arrecife ó calzada de que habla este escritor griego, y que segun su opinion, fué tenida por otra maravilla, no hay que dar mucho crédito, pues los griegos y demas viajeros que á Egipto iban en los tiempos antiguos, estaban por lo comun á discrecion de *cicerones*, de los cuales habia un colegio establecido y se titulaban intérpretes. Esto no se entiende que sucediese á los filósofos que iban á Egipto á estudiar las ciencias y á iniciarse en sus secretos, como Pitágoras, Platon y otros, sino de los viajeros comparables á los *touristas* de hoy, que van de paso. Herodoto era uno de éstos, y por añadidura no sabia una palabra de la lengua del país, por lo cual tuvo que valerse de intérpretes, que conocian muy bien el génio y carácter de los

griegos y su pasion por lo maravilloso, y los divertian como á niños haciéndoles mil extrañas relaciones. ¿Qué dirán nuestros lectores de la opinion de un moderno escritor, que conjetura que las pirámides son rocas trabajadas y modeladas, ni más ni menos que la esfinge? Á nuestro parecer nada más natural y admisible que esta opinion, y esto explica la irregularidad de su situacion en los grupos. El doctor Bryant, que es el iniciador de tal opinion, la infiere de la estrechez y los atolladeros innecesarios en las galerías ó pasajes, y por la poquedad de cámaras ó estancias en una obra de tan inmensa estructura.

Esta conformacion es lo que tambien ha hecho creer que no fueron destinadas á panteon de reyes. Se ha observado, y con razon, que si Cheops, ó quien quiera que fuese el fundador de la pirámide, la destinaba solo para su sepulcro, ¿á qué venia el hacerle tan mísera y fementida entrada? Y por el mismo consiguiente, ni se explica la existencia del pozo, ni la estancia ó cámara inferior, ni otras estructuras especiales que allí denotan algun intento muy diverso. La disposicion de los pasadizos, su configuracion, ensanche, diminucion é interceptacion extravagante y sin arreglo á plan alguno, parecen indicar las grietas naturales en la roca.

Otra conjetura más plausible se puede presentar cual resultado de esa misma configuracion tenebrosa, considerando que la religion egipcia estaba envuelta en misteriosos emblemas y era amiga de lo secreto, escondido y tenebroso, y así es probable que esas vueltas y revueltas, esas estancias y secretos en arquitectura, estaban ideados con algun intento religioso. Un aficionado á sátira, dijera, que la pirámide, con su imponente exterioridad y su nada de fondo, es un emblema de los misterios á que tan aficionados fueron aquellos sacerdotes. La caja cuadrada de granito que se vé en la estancia ó aposento más elevado de la pirámide, indica haber tenido otro uso y ser hecha con otro designio que el de servir de ataud á Cheops: tal vez para guardar algunos idolillos, vestidos ó utensilios sacerdotales, ó bien haber sido la cisterna que contenia el agua bendita, usada en sus ceremonias. Su largura es la acostumbrada en los féretros; pero su altura y anchura exceden en mucho á las generales dimensiones. Además, los sepulcros de piedra de los egipcios se hacian de diversa forma, y tenian inscripciones geroglíficas. Tampoco está la dicha caja colocada en la disposicion en que solian serlo, pues las momias siempre las ponian de pié derecho, mientras que esta caja está tendida en el suelo. Por lo tanto, si no era sepulcro, claro es que la pirámide no pudo tomar el nombre de un sepulcro que no habia en ella. Cheops, y otros con él, pudieron haber sido enterrados en el recinto de esta ó de otras pirámides, y en ello no hacian usos nuevos, sino lo que practicaban en otros templos.

Finalmente, se ha mantenido con gran fuerza de argumentos, que la comuni-

cacion existente entre lo interior de la pirámide y otros aposentos contiguos á ella, denota ser construida en honor de la divinidad. El pozo era el conducto por donde elevaban el agua hasta la caja ó cisterna mencionada, y en aquellas mansiones oscuras, á que conducian pasadizos estrechos y tortuosos, era donde los sacerdotes, amantes de la oscuridad y del secreto, se reunian para sus ritos y lustraciones. En la segunda pirámide, comunmente llamada de Cephren, en la cual penetró el viajero Belzoni, halló varios pasadizos, y llegó tambien á una cámara central de 46 piés de largo, 16 de ancho y 23 de alto, en la que habia tambien un sarcófago de granito, sin geroglíficos y con huesos dentro; pero los tales huesos parece que no eran humanos, sino de un buey, lo cual favorece la opinion de que no eran panteones las pirámides, sino templos.

La ascension á la gran pirámide, aunque con dificultad y peligro, es practicable, y se ha verificado muchas veces aun por mujeres; pero la de la segunda pirámide, en la parte superior, es en extremo peligrosa. La tercera pirámide, llamada de Mycerino, aun no ha sido explorada interiormente.

Cerca de estas tres grandes pirámides está la gran esfinge. La esfinge parece haber sido una especie de símbolo geroglífico, comun á casi todas las naciones de la antigüedad. La idea asociada al símbolo era la misma en todas partes. Expresaba la dificultad y peligro de querer medir y conocer los distantes y prohibidos, aunque tentadores objetos, del deseo humano. Los cerberos, dragones, toisones y demas símbolos y guardianes, son otras tantas expresiones de la misma nocion. La voz *sphinx,* en griego, significa *devorador;* como *dracon,* vigilante; *kion,* el que tiene asegurado; *leon*, el que agarra, y todos estos nombres denotan el guardian de tesoros inaccesibles. Se ignora quién colocó la esfinge de Djiseh; pero no se puede dudar porqué se colocó allí; y por lo tanto, debe inferirse que fué erigida por los que sabian la completa significacion de las tumbas-pirámides, porque la esfinge, en lo general, denotaba un guardian, y en Egipto largas filas de ellas formaban los caminos que conducian á los templos. Los griegos hicieron el nombre de *enigma* sinónimo de esfinge, acaso por el que adivinó Edipo, y por eso Plutarco dijo que los egipcios colocaban esfinges delante de sus templos, para mostrar que su religion era enigmática.

Nuestro distinguido amigo Mr. Birch cree que la esfinge de Djiseh, representaba bajo el carácter del sol el monarca por cuyas órdenes fué construida, y funda esta opinion en las inscripciones descubiertas por Mr. Caviglia entre las garras del mónstruo, inscripciones que ha demostrado que pertenecen á tiempos posteriores á la ereccion de la esfinge, que debió ser tallada en la roca frente á la segunda pirámide, y como apéndice á ellas, poco despues de la construccion de éstas. Entre

las patas del mónstruo hay una abertura que, segun se dice, servia de entrada á la pirámide misma. Este coloso, segun Plinio, tenia 62 piés romanos de altura. Hoy se halla sepultado en la arena, á escepcion de la cabeza y cuello, de altura espantable.

La esfinge se representaba con cabeza y pechos de mujer, alas, garras de leon y el resto del cuerpo como de leon ó perro; mas parece cierto que los egipcios no la pusieron alas como hacian los griegos: al menos la grande de Menfis y las varias que aun existen están desaladas. Creese tambien que el orígen de la esfinge fué una vasta roca de diversos lechos, ó *strata*, la cual de una masa informe dió á los egipcios la idea de modelarla un tanto y hacerla objeto de veneracion. Tambien se cree probable que fuese recordacion de las periódicas inundaciones del Nilo, que ya hemos visto tienen los egipcios como una bendicion del cielo. Nada tendria de extraño que la cabeza de mujer y el cuerpo de leon, indicasen la creciente que tiene lugar cuando el sol pasa por los signos ó constelaciones Leo y Virgo, y por lo tanto, fuese un geroglífico del acontecimiento más importante para ellos, como es la creciente de las aguas que da la fertilidad al suelo, por lo cual el rio es una de las cosas para ellos más sagradas y sus aguas preciadas en extremo. Es dicho proverbial entre los egipcios, que el que una vez ha probado las aguas del Nilo, muere por probarlas otra vez, y que Dios no debia haberse llevado á Mahoma al paraíso habiendo en la tierra el Nilo. Por supuesto, que los mahometanos, enemigos de toda representacion de hombres y de animales, han procurado destruir, ó al menos desfigurar este colosal emblema, lanzando dardos al rostro de este órgano de los dioses, pues los antiguos dicen que esta esfinge pronunciaba oráculos. Muchos han dicho que por el pozo de la gran pirámide se comunicaba con este mónstruo, y que los sacerdotes iban allí en ciertas épocas á pronunciar sus oráculos.

Los egipcios usaron tambien de la esfinge en sus construcciones, de las cuales la tomaron los griegos, refinándola despues hasta convertirla en elegante adorno. Las de los griegos, segun las descripciones que se leen, y los modelos que aun se conservan, eran de diversa forma; pero siempre una mezcla de animal y racional. Las que son descritas en las primitivas leyendas de Tebas en la Beocia, son gino-esfinges, ó esfinges hembras; pero los egipcios tuvieron andro-esfinges, ó esfinges hombres, y no pocas kris-esfinges, ó sea con cabezas de carnero. En ambas naciones las colocaron reclinadas, reposando sobre la parte anterior del cuerpo y con las garras extendidas hácia fuera.

Winkelmann, en su *Historia del arte*, dice, que las esfinges del Egipto son hermafroditas, es decir, fisonomía y pechos de hembra, y el resto de varon. Otro autor afirma que las que representan el cuerpo de una vírgen, son imágenes de la divinidad, á la cual se representaba andrógina.

El orígen fabuloso ó mitológico de la esfinge, segun los griegos, es muy curioso. Nació de la union de Osthos con Chimœra, ó de Typhon con Echidna, al sentir de Herodoto, hablando de la famosa de Tebas, que hizo popular la historia de Edipo. La dicha esfinge, habia sido enviada á las cercanías de esta ciudad por Juno, que deseaba castigar á la familia de Cadmo á quien odiaba. Dicho mónstruo puso en consternacion toda esta parte de la Beocia con los enigmas que proponia, amenazando devorar á los pasajeros que no acertaban á explicarlos. En medio de esta consternacion, el oráculo dijo á los tebanos, que la esfinge se aniquilaria en el momento en que uno de sus enigmas fuese aclarado, y el propuesto fué, cuál era el animal que por la mañana andaba á cuatro piés, al mediodia en dos y por la noche en tres. Sabido esto, Creon, rey de Tebas, prometió su corona y su hija Jocasta, viuda del rey de Lains, á quien quiera que librase á la nacion de aquel mónstruo, acertando con el sentido ó alma del acertijo. Esto lo consiguió Edipo, quien declaró que el hombre era el tal animal, pues en la infancia, mañana de la vida, andaba á gatas ó en cuatro piés; derecho sobre sus dos piernas en la mitad y plenitud de su vida, y con una muleta, palo ó pié de añadidura en la vejez para sostener su flaqueza: dicho lo cual, la esfinge, llena de ira, en vez de devorar, empezó á darse de calabazadas por la roca y cayó hecha pedazos.

Pausanias trae otra version de su alcurnia y prosapia. Dice este escritor, que creian algunos ser la esfinge una hija natural de Lains, y que amándola su padre con delirio, la habia comunicado el secreto que Cadmo trajo de Delfos. Despues de la muerte de su padre, sus hijos se disputaron el reino, pues además de los legítimos, habia dejado tanta descendencia natural, que no habia sumista que la contase. Mas el reino, segun el oráculo de Delfos, no debia pertenecer sino á uno de los hijos de Jocasta. Todos, pues, se refirieron á la decision de la esfinge, la cual, para averiguar quién de entre sus hermanos poseia el secreto de Lains, les hacia á todos preguntas capciosas, y los que no tenian el secreto para poder responder con acierto, eran por ella condenados á muerte, como indignos de suceder en el trono. Edipo, instruido en sueños del oráculo, se presentó á la esfinge, resolvió la cuestion y fué declarado rey. Otros creen tambien, que la esfinge, hija de Lains, descontenta por no tener su parte en el gobierno, se puso á la cabeza de una partida de bandoleros, que cometian mil tropelías por aquellas comarcas, y por eso fué considerada como un mónstruo: lo que á ser cierto, mostraria cuán antigua es la gana de gobernar que tanto aguijoneaba hasta al buen Sancho.

La mejor opinion, en nuestro concepto, es la que emite el crítico ya mencionado, que supone las pirámides rocas modeladas en esa forma primitiva y sencilla, y cree que la esfinge tuvo igual proceso de generacion.

En las excavaciones que en la parte de la antigua Asiria se han hecho en las riberas del Tigris, donde la tradicion ha asociado el nombre del poderoso Nemrod, primer inventor de monarquías, se han hallado colosales monumentos algo parecidos á la esfinge. En la sala egipcia del Museo británico hay dos, cada uno de los cuales pesa diez y ocho toneladas. Representan leones alados con cabeza humana, semejantes en las alas á la esfinge griega, y en el cuerpo á las demas del Egipto. Al extraerlas de la tierra, ó mejor dicho, al descubrirlas en presencia de un sheik árabe que acompañaba al explorador, dícese que exclamó aquel: «Estos son los ídolos que maldijo Noé antes del diluvio.» Lo que es notable, sobre todo, considerada su remota antigüedad, es el estado perfecto de su conservacion, pues se perciben los más mínimos detalles en la figura de las plumas de las alas.

«¿Qué forma más noble, dice el explorador arqueólogo Layard, pudiera haber empleado el pueblo en los templos de sus dioses? ¿Qué imágenes más sublimes podian haber tomado de la naturaleza los hombres que, sin ayuda de religion revelada, idearon representar su nocion de poder, sabiduría y omnipresencia del sér supremo? No podian hallar mejor tipo del entendimiento que la cabeza del hombre; de la fuerza y poderío que el cuerpo del leon, y de la omnipresencia que las alas del ave. Estas esculturas no son engendros de fantasía ociosa. Su pensamiento estaba en ellas escrito, y han instruido razas que florecieron hace tres mil años.» [1]

Volviendo á las pirámides, es cosa de notar, segun las disquisiciones de Belzoni, que no se han hallado en ellas geroglíficos, ni en el exterior, ni en el interior de ellas, ni en los sarcófagos, ni en las cámaras. Un autor árabe afirmó, que en la piedra que cubria las dos grandes pirámides de Djiseh, habia escritura geroglífica bastante para llenar diez mil volúmenes; pero está fuera de duda que la mayor de todas nunca fué recubierta, que la segunda tiene una capa exterior de piedra cerca de la punta, y que al pié de la tercera solo se han encontrado enormes masas de granito, que probablemente formaban la cubierta, y ninguna de estas piedras tiene inscripciones. Cierto es que las pirámides pudieran ser anteriores á la invencion de todo género de escritura, pues á conocerla, los fundadores debieron haber dejado memoria de sus nombres; ó bien que aun no se ha descubierto ni una milésima parte de lo que aquellas vastísimas entrañas encierran.

Por el mismo consiguiente, cuando se medita sobre la opinion de que las perforaciones internas son grietas naturales, y se observa, por ejemplo, que todas las pirámides exploradas, hasta ahora en número de seis, tienen la entrada en el centro del lado que mira al Norte, y que todas las galerías que parten de ella son descen-

[1] Estos maravillosos monumentos del arte oriental están generalmente plagados de inscripciones de carácter uniforme, y para facilitar su conocimiento, se han hecho fundiciones de estos tipos, de manera que hoy dia se multiplican los ejemplares y se reparten á los orientalistas, quienes están sacando á luz la historia de remotísimos períodos, antes envueltos en oscuridad y confusion.

dentes con el mismo grado de inclinacion, no se puede colegir que esto sea casual coincidencia. No obstante que el célebre moderno astrónomo Herschel, refuta la idea de que fuesen observatorios, y en efecto, con el más alto bastaba, no se puede desechar la presuncion de que algo tenian que ver las pirámides con la ciencia astronómica en la cual estuvieron los egipcios muy adelantados, como lo prueban la posicion exacta de las faces de las pirámides, el haber marcado ellos los doce signos del zodíaco y nombrado y clasificado gran número de estrellas y constelaciones; sin contar con que el filósofo griego Thales aprendió en Egipto la ciencia que le ayudó á calcular los eclipses y determinar los puntos de los solsticios y equinoccios, y que bajo los Ptolomeos se midió un grado del meridiano, y de él dedujeron la circunferencia de la tierra con una exactitud extraordinaria por los infalibles principios de la geometría.

Dejando al tiempo la aclaracion de los muchos misterios que aun envuelven las pirámides, concluirémos calificándolas como la obra que nos da mejor idea de la grandeza de la civilizacion antigua. No hay duda que la vista de las pirámides es una de las perspectivas sublimes que pueden ofrecerse al hombre, porque la sencillez y la grandeza de las formas combinadas no dejan de abismar la mente en las más altas y graves meditaciones, transportando el pensamiento á la region de lo infinito. Ellas son los testigos más ancianos del tiempo, y su melancólico contorno parece un emblema de lo que es la vida: fuego que sube rápido y desaparece: grandeza que acaba en punta y en nonada.

IV.

JAPON.

Entre los grandes imperios del Ásia, ninguno ha entrado recientemente tan en contacto con las naciones civilizadas de Europa como el imperio japonés. Descubierto por los portugueses, sus costumbres y organizacion social han sido un misterio para los europeos durante más de dos siglos, gracias á la política recelosa de sus gobernantes y á la ciega obediencia de los gobernados; política que no está conforme con sus tradiciones escritas, pues se sabe que en lo antiguo, los habitadores de este archipiélago mantenian estrechas relaciones comerciales. Sin embargo, sin saberse la causa, en medio de su prosperidad y comercio vino como

rayo el interdicto que los metió, por decirlo así, dentro de su concha, despues de haber expulsado de las islas á todos los extranjeros. Quedó este imperio aislado, separado del resto de la humanidad, de tal modo, que la única comunicacion que tenian con el extranjero llegado á sus costas era para intimarle que se alejase, so pena de muerte si no obedecia. Pena de muerte tenia asimismo el japonés que intentase abandonar el país natal, y pena de muerte el que, arrojado por los elementos á un país extraño donde admitió hospitalidad, se atreviese á volver contaminado á la madre patria.

Los japoneses, mezcla de la raza mongólica y malaya, son entre los asiáticos el pueblo más superior; pero como en todas estas naciones, se hallan en ellos contrastes notabilísimos. Son guerreros, y aborrecen las conquistas. Esclavos obedientes á la autoridad, y turbulentos é intratables si la autoridad se extralimita en su ejercicio. Poco escrupulosos en la eleccion de mujeres, y con todo, más celosos de la fé conyugal que un puritano escocés, y más terribles en su venganza que un hidalgo español. No tienen sentimiento religioso; pero son devotos observadores de las prácticas del culto. Crueles en sus castigos, y sin embargo, enemigos de hacer daño ni infligir pena. Gentiles y corteses en su trato social; pero tenaces y vengativos. Deseosos de extender sus conocimientos en las ciencias y en las artes, y con todo, segun hemos visto, se apartaron de todo trato y contacto con las únicas naciones que les hubieran llenado las medidas en este punto. En esta parte, los japoneses no están tan adelantados como los chinos, de quienes sin duda son tributarios; pero tampoco tienen la nécia pretension de creerse los más ilustrados del mundo.

La historia del orígen de este imperio, al modo que las de casi todos, comprende su época oscura ó incomprensible con dominacion de dioses, despues de semidioses, y últimamente de hombres; pero la primera ocupa en el Japon un gran período de tiempo, durante el cual gobernaron sucesivamente siete espíritus puros, tres de ellos solteros, y los últimos cuatro casados. El postrero fué *Isanagi* y su mujer *Isanami*, y de su primogénito, que tuvo por nombre *Ten-Sio-Dai-Dsin*, parece que se deriva toda la gran familia japonesa, pues sus hermanos y hermanas no dejaron descendencia alguna. El actual gobernante fundó su derecho al trono en un árbol genealógico, en que por línea de varon se marcaba su procedencia de este Adan japonés, muy parecido á los árboles que Sandoval para Cárlos V y otros para otros monarcas hicieron, en que sin faltar un grado se les vé descender del Adan de Mesopotamia.

En el Japon hay tres religiones principales: la primera es la religion de *Sinto*, ó culto de espíritus celestes, entre los cuales el principal es *Ten-Sio-Dai-Dsin*, ó

el gran espíritu de la luz del cielo. Los templos de estas deidades están rodeados de pequeños templos consagrados á las tutelares, entre las que colocan las almas de los hombres virtuosos, á quienes los japoneses tributan culto, y en todos ellos hay un espejo para recordar á los fieles que Dios vé todas las manchas del alma.

La segunda religion es el *Boudhismo*, introducida allí hácia mediados del siglo sexto de nuestra era, y es hoy la más extendida en los dominios japoneses, y la que tiene más templos, entre ellos el célebre de Meaco ó Miako, donde se vé la campana de mayores dimensiones hasta ahora fundida.

Finalmente, existe la religion de *Soukdo*, que no es otra sino la doctrina de Confucio con algunas variantes.

Hay entre los japoneses gran número que cree que las preces á las divinidades son inútiles, por la razon de que los dioses inmortales conocen el fondo de sus corazones, y aun más, que no creen decoroso presentarse ante los dioses cuando está el alma afligida por infortunios; pues como estos séres inmortales gozan de un no interrumpido estado de felicidad suprema, y pueden penetrar en las más escondidas telas del corazon humano, las oraciones apasionadas de los que se hallan en el colmo de las aflicciones deben serles muy desagradables. De aquí proviene que los japoneses creen ganar mejor el favor de los dioses divirtiéndose en su presencia, persuadidos de que los dioses se alegran de verlos entregados á festejos é inocentes pasatiempos.

Este espíritu y creencia los predispone á apasionarse fuertemente de las bellezas de la naturaleza, y ciertamente se vé en la eleccion que hacen de los lugares para su culto, que existe bien arraigado este pensamiento en sus almas, pues solo en la hermosa perspectiva de Nagasaki se cuentan más de sesenta templos, y en ellos sus jardines contiguos que son el punto de reunion para sus solaces, á más de varios salones no consagrados al culto de las divinidades, sino tenidos á la disposicion de los viajeros, á quienes los alquilan los sacerdotes para banquetes y aun orgías.

Esta costumbre va algun tanto desapareciendo hoy. Las dichas salas de los templos sirven de asilo á los viajeros, y en particular á los religiosos, y si se alquilan para regocijos, es solo en las ocasiones de grandes fiestas. Por otra parte, son muy comunes en el Japon las *Cha-ya*, ó casas de té, que corresponden á nuestro café, y que están asimismo construidas en las inmediaciones de los templos.

Estas casas de té son famosas en el Japon por el comercio que además tienen los propietarios, de lo cual abundan ejemplos en ciudades europeas como en Bruselas y otras. Los dueños de estas casas contratan ó alquilan cierto número

de muchachas pobres, á quienes dan una educacion esmerada (y en esto son más ilustrados los japoneses), y las crian para cortesanas, no descuidando nada de cuanto puede contribuir á realzar su hermosura. Pero lo raro no es esto, sino que estando mal reputados estos especuladores, y bajo el peso del desprecio más universal y profundo, sucede todo lo contrario con las jóvenes así esclavizadas temporalmente, á quienes consideran víctimas involuntarias y tributan todo honor y estimacion. Verdad es, que semejantes á las cortesanas de la antigua Grecia, reunen á la gracia ó belleza de las formas, la elegancia de los modales y la finura más exquisita en su conversacion y trato; y así como los griegos conducian á sus esposas á la casa de la mujer de Pericles para instruirse con aquel modelo de conversacion ática, los japoneses acostumbran á convidar á las suyas á que los acompañen á estos lugares consagrados al placer, para que gocen del espectáculo de los bailes y de la música y conversacion de aquellas jóvenes, que aunque por su profesion degradadas, son notablemente distinguidas y realzadas por la superioridad de su educacion. Consecuencia de esta opinion que de ellas se tiene es, que como el tiempo de su compromiso es limitado, cuando concluye pueden volver al seno de sus familias y hallar ocupaciones que las rehabiliten y reconcilien con la sociedad. Gran número de ellas aumentan las filas de una órden particular que puede designarse como *órden de monjas mendicantes*, y muchas encuentran maridos y no ceden en nada á las esposas más respetables en el cumplimiento de todos sus deberes.

De todos modos, una vez libre de la esclavitud en que el interés de especuladores la tuvo por algun tiempo, la mujer es juzgada por los actos de su nueva vida, y nadie piensa en recordarle, ó por lo menos, nadie se permite hacer alusion á los de su vida pasada; en lo cual muestran los japoneses un espíritu de caridad y fraternidad de que están muy léjos los cristianos que se llaman civilizados. Cierto es tambien, que las *bayaderas* de la India, y las mujeres todas que en el Oriente siguen esta profesion, parecen tener una mision poética y religiosa que les permite conservar algunos derechos y prerogativas de su sexo, como lo muestra el famoso drama indio *Mrichchakati* en su heroina *Vasantasena*. Agrégase á esto, que la condicion de la mujer en el Japon difiere mucho de la que tienen en el resto del Oriente y que si bajo cierto aspecto se acerca á la de las asiáticas, en muchos puntos es análoga á la de las europeas, en razon á que, como éstas, ocupan las japonesas un rango distinguido en la sociedad, y participan de todos los placeres en union con sus padres y maridos. Tienen, en fin, más libertad; pero libertad de que no abusan. La conducta de las que pertenecen á las clases media y elevada es verdaderamente ejemplar, y una adúltera, si se encuentra entre ellas, es por rara excep-

cion. En lo antiguo eran frecuentes estos delitos; pero los castigos terribles que imponian á los culpables prueban el horror que inspiraban estas violaciones de la fidelidad conyugal, que en el dia apenas tienen lugar sino en la clase pobre.

En el Japon, que tanto ha recibido de la China, pues algunos creen que hasta el lenguaje es chinesco, la mujer participa de igual instruccion que los hombres. En el Dairi, ó córte japonesa, se cita gran número de mujeres entre los historiadores, moralistas y poetas más elogiados. Por lo general, las japonesas son alegres y amables sin afectacion: elegantes y aun *coquetas* en su vestir; distinguidas en sus maneras, y muy hechas á gobernar sus casas con facilidad. En el Japon, como en la China, una mujer bien educada debe saber leer de corrido, cosa muy difícil en su lenguaje, y escribir una carta con elegancia, esto es, con buen estilo y hermoso carácter de letra. Si compone versos sobre un tema cualquiera que le propongan, es una mujer completa. La música y el dibujo, forman, por de contado, parte muy esencial de una educacion esmerada. En las clases pobres no hay esta ilustracion en las mujeres; pero aunque por las exigencias materiales de su posicion se vean condenadas á vivir en la ignorancia, las clases inferiores en el Japon son menos ignorantes que las de los pueblos europeos. En punto á libertad, ya hemos dicho que están mejor que las mujeres del pueblo oriental menos celoso; y aquí el pueblo en masa puede ofrecer un ejemplo de la verdad contenida en *La escuela de los maridos*, de Molière, á saber: que la libertad y la confianza en la mujer, es el mejor medio de realzarla y alejarla de una traicion hipócrita.

En punto á usos y costumbres, los japoneses, como los persas y los chinos, son dados al ritual y á la ceremonia, no menos que á las supersticiones más ridículas. Aun antes de venir al mundo ya está el japonés sujeto á mil prácticas y ceremonias, pues apenas está una mujer en cinta, cuando ya le colocan con gran pompa un cinturon de crespon rojo, acompañando esto con ritos religiosos adaptados á las circunstancias. La eleccion de la persona que presenta el cinturon es un punto muy importante, y los sabios japoneses atribuyen á esta costumbre un orígen curioso, pues suponen que la viuda de un Mikado ó rey del Japon, que habia quedado en cinta á la muerte de su esposo, despues de ponerse la cintura tomó su lugar y acabó la conquista de la Corea. Sea cualquiera el orígen, lo cierto es que el uso del cinturon es por demas incómodo y fatigoso, pues ha de estar muy ceñido al cuerpo para sostener y fortificar á la madre, segun dicen, ó como cree el vulgo, para impedir que la criatura abuse de su posicion y le quite á la madre el alimento. Despues del alumbramiento, y muchas veces antes, las madres han de raparse las cejas, que tienen de esta guisa durante el resto de sus vidas.

Otra costumbre verdaderamente estúpida y cruel existe entre los japoneses,

y es que despues del parto han de sentar á la mujer entre tres sacos de arroz puestos en su lecho, y en esta posicion ha de estar nueve dias y nueve noches privada de alimento y sin dormir, porque el busilis de la costumbre está en no cambiar la posicion en lo más mínimo; cosa que á no verla referida por nada menos que un ayudante de campo del rey de Ouda, seria difícil darle crédito. Lo más extraordinario, añade, es que tal tormento no produzca desastrosas consecuencias en las que lo sufren. Sin embargo, se ha observado que las japonesas tardan más en restablecerse, á causa de esta costumbre cruel. Hasta la expiracion de cien dias, la madre es tratada como enferma, y no vuelve á ejercer sus actos de gobierno doméstico sino despues de esta larga cuarentena. Los pueblos son en este punto ingeniosos por extremo. Sonthey refiere la costumbre de un pueblo de América, en donde la mujer inmediatamente despues del parto, está obligada á hacer hasta la más mínima de las haciendas de la casa, en tanto que el marido ocupa su lugar en el lecho y recibe los regalos, felicitaciones y visitas de los amigos y parientes.

Los japoneses no oprimen ni fajan á los niños, sino el dia en que les ponen el nombre, ceremonia que se verifica á los treinta y un dias, si es varon, y á los treinta si es hembra. Los niños permanecen con entera soltura de sus cuerpos hasta la edad de tres años, en que reciben el cinturon acompañado de la consagracion religiosa, que se une á todos los cambios y épocas de la vida de los japoneses. Al darles esta banda les enseñan las primeras oraciones. A los siete años se les reviste con el manto de ceremonia, y no obstante la solemnidad que ha presidido á la eleccion de su nombre, léjos de confirmárselo se les da otro nuevo. Una vez en posesion del manto, ya son admitidos en los templos.

Los hijos son criados bajo un régimen de disciplina y de obediencia rigurosas, pensando los padres que este es el único medio de hacer inútiles los castigos y de formar los caracteres, en lo cual no van descaminados. Los niños de ambos sexos se reunen en las escuelas elementales, en donde les enseñan lectura, escritura y las nociones fundamentales de la historia de su país. Hasta aquí llega la instruccion que se da por lo general á las clases pobres; pero tambien es cierto, que no hay en todo el Japon un jornalero que no posea estos primeros elementos, lo cual constituye su sociedad una de las más agradables y refinadas, pues jamás se topa con un sér que por su profunda ignorancia semeje más á la raza de las bestias que á la de los racionales. Los hijos de los ricos pasan de allí á las escuelas superiores, en donde completan su educacion, aprendiendo las reglas de la etiqueta, la elegancia en las maneras y las nociones de los dias fastos y nefastos, cosa muy importante en estos pueblos del Ásia muy dados á la astrología, y en los que

nadie emprende un viaje, ó se casa, ó comienza alguna obra de importancia sin consultar el almanaque. La educacion comprende tambien los elementos de matemáticas, la gimnástica y el gran misterio del *Hara-Kiri*, ó arte de abrirse el vientre con todo ceremonial y heroismo, así como los casos en que un hombre bien educado debe apelar á esta forma nacional de suicidio.

A los quince años concluye la educacion, y el jóven entra en sociedad, prévia la tonsura á la moda japonesa y otro nuevo cambio de nombre, que no le dura mucho, puesto que á cada promocion en los oficios públicos (y el Japon es una nacion compuesta casi toda de empleados), está obligado á mudarse el nombre; y aun más, que como un subalterno no puede llevar el mismo nombre que su jefe, si á éste se le antoja tomar el de uno de sus dependientes, éste tiene que mudarse el suyo.

Los matrimonios tienen lugar en el Japon en edad muy temprana, y generalmente con las condiciones y usos que hemos visto en la China, Persia y demas pueblos orientales. Los sacerdotes no intervienen en ellos. El mismo inconveniente de unirse los esposos sin haberse conocido milita en el Japon, y en mayor escala, puesto que ha de sacrificarse todo á la igualdad de posicion y de fortuna. Si alguna vez tiene lugar la eleccion, se hace entender á la elegida colgando una rama de árbol en su casa, que si se recoje, es prueba de aceptacion, y si se deja, de repulsa. Por lo demas, una de las señales de que la jóven simpatiza con el futuro esposo, es ennegrecerse los dientes con una mixtura de carbon y óxido metálico. El arrancarse las cejas solo puede hacerlo despues de casada, y sin embargo, á la edad de veinte y cinco años todas las doncellas acostumbran á rapárselas y á darse tinta en los dientes, para que nadie se figure que han llegado á esa edad, como decia Cervantes, con toda su virginidad acuestas.

La circunstancia de que entre los japoneses los empleos y profesiones son hereditarios, quita muchos incentivos á la ambicion, que es una de las pasiones dominantes en las sociedades europeas. Lo raro es, que entre las profesiones haya una considerada como la clase de los *parias* en la India, y es la de los curtidores. Entre las ocho clases en que dividen la poblacion, unas tienen derecho á llevar dos sables y otras uno solo. El sable es uno de los instrumentos ofensivos más favorito de los japoneses, y todos saben hacer de él un uso maravilloso. Si el turco se ufana con partir la cabeza á un camello de un solo mandoble, el japonés se gloría con poder hacer con un hombre lo que se cuenta de los caballeros andantes, esto es, partirlo á cercen, como si fuera un nabo, de lo cual hacen experiencias en sí mismos.

En su trato, los japoneses son muy sociales, á pesar de las ceremonias y

rituales que mezclan en todo; pero por lo menos admiten á la mujer á la mesa, de la que está desterrada en otros pueblos del Oriente, y es parte necesaria de sus reuniones íntimas. La costumbre de hacerse regalos es general y sujeta á reglas rigurosas, y cuando no las hay, observan siempre que del superior al inferior las dádivas han de ser de alguna utilidad real, mientras que un subalterno solo puede ofrecer al superior objetos de arte ó de curiosidad. Entre iguales no se atiende al valor de los presentes. Muchas veces se regala la cosa más comun é insignificante, con tal de que vaya en una linda caja; liada con cordoncillo de seda; colocada sobre una bandeja elegante, y adornada con un nudo de papel de color, emblema de felicidad entre los japoneses. Además, es preciso que un regalo, cualquiera que sea, vaya acompañado de una tajada de pescado seco. Este pescado, de los más comunes, es un manjar indispensable en todas las mesas, y aunque no se coma, se presenta en ellas en memoria de la frugalidad y sencillez de los antiguos. Fuera de esto, el pescado es en las mesas del Japon lo que la carne asada ó cocida en las nuestras. No hay especie de ellos que no coman, hasta las ballenas, despues de extraido el aceite.

El órden y manera de sus banquetes difiere poco del de los chinos, siendo de notar, que tambien los japoneses tienen su dósis de vanidad y orgullo, y dan frecuentes convites solo para lucir sus vajillas y la profusion de sus manjares. Nada les es más lisonjero que oir á los convidados preguntar sobre el valor de los objetos que suntuosamente despliegan, siendo la general costumbre, que los huéspedes pongan en papeles lo que no pueden comer, y se los guarden en la manga, al uso de los frailes, pues no tienen otro bolsillo. Tan general y bien vista está la tal costumbre, que los criados de los convidados se plantifican en la casa, provistos de sendos canastos para llevarse las reliquias del banquete. A más del *Saki*, que es su bebida, toman té con todos los alimentos, hecho como lo usamos nosotros; pero hay entre ellos una manera de servir el té en las grandes ocasiones, que requiere inmensos gastos y se podria llamar el té por excelencia. La variedad consiste en el costo de las tazas y demas piezas del servicio; pero la confeccion tambien se diferencia por ser una mezcla de todas las clases superiores de esta planta, reducidas á polvo, del cual se echa una cucharada en cada taza, y vertiendo el agua hirviente sobre ella, se bate hasta que espesa y forma espuma, constituyendo una bebida agradable y en extremo estimulante. Dícese que el inventor de este modo de hacer el té fué el filósofo *bonze* Darouma, y que en la sala donde se toma ha de estar su retrato en honra y memoria de su invencion.

La música es una de las artes de que más se apasionan los japoneses, lo cual muestra la buena disposicion de sus temperamentos. En sus tradiciones la dan

orígen divino, suponiendo que la diosa Sol, irritada de la violencia de uno de sus hermanos, se retiró á una caverna, dejando al mundo preso de las tinieblas y de la anarquía. En aquel apuro, los dioses recurrieron á la música para hacer salir á la enojada de su escondite, y lo consiguieron, no obstante que segun la noticia que muchos dan de la armonía y melodía en el Japon, hoy dia se pondria el universo muy á pique de quedarse á oscuras. Con todo, la generalidad de la educacion musical prueba que no debe ser tan mala como se pinta. Las damas japonesas aprenden la guitarra, á que llaman *biwa* (y de aquí vihuela), como las europeas el piano, y cantan acompañándose con ella canciones improvisadas. Esta aficion á la música que les entretiene gran parte del dia, puede suavizar y componer el temple de estos hijos del sol, en quienes la venganza es una virtud. En sus dramas heróicos la venganza es el principal móvil de las acciones más dignas de elogio, y siempre es inseparable esta pasion del valor ó de la intrepidez. No podemos dar más que esta idea general del teatro en el Japon, añadiendo en cuanto al personal, que las mujeres no representan, sino jóvenes en su lugar, y que como en la China, andan por el territorio compañías ambulantes de actores, que representan á cortinas verdes donde quiera que les pagan. Su principal cuidado es exajerar la declamacion, elevando la voz y produciendo sonidos agudos y apasionados. Su gran triunfo está en la mímica, con la que saben pintar el progreso gradual de ciertas pasiones. En general, los actores son excelentes, aunque por seguir el gusto nacional introducen las contorsiones y la afectacion que vemos en sus pinturas. Solo hay que advertir, que la moral de los japoneses permite escenas en el teatro que dejan muy atrás á las de algunas comedias de Aristófanes, sin que pueda decirse que las mujeres no asisten á estos espectáculos en el Japon. Muy al contrario, ellas son la parte principal de los espectadores, y allí van á desplegar el lujo de sus trajes, llevando á sus doncellas provistas de abundante guardaropa para cambiar de trajes dos ó tres veces durante la representacion.

SATEISMO

ó

SACRIFICIO DE LAS MUJERES INDIAS.

No podemos despedirnos de los reinos del Ásia, sin consagrar un conveniente espacio al exámen del orígen y las ceremonias que acompañan á uno de los usos más extraordinarios introducidos en el mundo por la fuerza de la preocupacion y de las supersticiones. Nos referimos al sacrificio conocido en casi toda la India con el nombre de *Sati* ó *Sateismo*, que otros llaman el rito del *Saté*, y consiste en quemarse las mujeres sobre el cadáver de los maridos. Esta práctica ha existido por mucho tiempo, quizás desde tres ó cuatro siglos antes de la era cristiana, y donde con más celo se ha sostenido es entre los Rajpoots ó Rasbutas, pueblo del Indostan, cuyo nombre quiere decir príncipes, salido de la casta de los guerreros, los cuales divididos en tribus y constituidos en un régimen feudal, ocupan el territorio que se conoce con el nombre de Radjpootana ó Radjahstan, que significa en su lengua *País de los príncipes*.

La voz *Sati*, en el lenguaje sagrado de los indios, equivale á *puro*, y se extiende á los actos mismos de purificacion, y al más preeminente de todos que es la inmolacion de la viuda en la pira funeral de su esposo, y á la misma víctima.

Acerca de la introduccion de esta costumbre poco se sabe, y decimos introduccion, porque tales sacrificios no son peculiares de estos pueblos: su orígen verdadero se halla entre las tribus del Norte. Sobre los sepulcros de los reyes escitas eran inmolados con una de sus concubinas varios de los servidores, como el copero, el cocinero, el caballerizo y aun sus caballos. En una de las tribus de la Tracia, este sacrificio tenia toda la pompa y ceremonial de estado que se vé entre los indios. A la muerte de un marido habia una gran contienda entre sus numerosas mujeres por participar del honor del fuego, y la más querida era la que se sacrificaba sobre su tumba, considerando las demas como una de las mayores calamidades que podia sobrevenirles el no merecer esta distincion.

Entre los escandinavos, Nanna fué consumida en el mismo fuego que destruyó el cuerpo de su marido Balder, uno de los compañeros de Odin, y varios ejemplos vemos en la antigüedad de esta inmolacion de personas y objetos estimados sobre el túmulo de los héroes ó jefes, así de estados como de familias. En lo antiguo acostumbraban los japoneses á enterrar vivos á los criados con los cuerpos de sus amos, y se consignaba esta cláusula en sus contratos, que se habian de enterrar con ellos para estar más seguros de acompañarlos en el otro mundo. Pero lo particular es, que se haya introducido esta costumbre con el espíritu y letra del código de Manou, padre del género humano, en su mitología, en donde al hablar de las leyes relativas á las mujeres, no prescribe semejante deber á las esposas, antes al contrario, condena el suicidio y promete á las viudas que vivan castamente una felicidad eterna con sus maridos; y todavía es más extraño en creyentes en la transmigracion de las almas, y en pueblos donde hay sectas cuyo horror á toda clase de destruccion es singular, y llevando esta doctrina hasta las consecuencias más extremas, sus sacerdotes limpian con escobas el suelo que han de pisar, y cubren sus bocas con gasa para evitar el escándalo de tragarse á sus antepasados.

No obstante, en una comunicacion del príncipe de Kotah, respondiendo á las escitaciones del encargado de negocios de Inglaterra para que impidiese el sacrificio de la mujer de un brahma, que tuvo lugar en 1840, decia: «Dicha costumbre nos ha sido transmitida desde los primeros padres del género humano. Se ha arraigado en todas las naciones de la India, y especialmente en Radjpootana; porque siempre que un príncipe de estos estados ha partido de este mundo, las reinas se han hecho *Satis,* aunque los parientes hayan sido opuestos al sacrificio y hayan tratado de impedirlo. No está en manos de un mortal el anular un decreto divino, aunque misterioso.»

Es de suponer que la introdujeron los comentadores de los libros sagrados, aunque los brahmas, que asisten al rito, niegan que sea fomentada por persuasiones

suyas; pero hay sagrados libros que estimulan á esta práctica, pintando la alegría y gloria que inmediatamente recibe el alma purificada de la *Sati*, voz que aplicada á la mujer ó víctima, quiere decir *virtuosa*, y designa la mujer que completa una vida de no interrumpida fidelidad conyugal, uniendo sus cenizas á las del cadáver de su marido.

Considerada la organizacion doméstica de estos pueblos y la esclavitud de la mujer, ligada las más de las veces á su esposo por cualquier lazo menos el del amor, no es extraño qne se introdujese esta costumbre para prevenir todo atentado de la esposa contra el marido, siendo por otra parte muy propio del oriental llevar el refinamiento de los celos hasta ultra-tumba, de esos celos que no permiten que la esposa viva más que para el esposo. Si se quiere buscar orígen mitológico, el indio nos dirá que la diosa *Sati*, para vengar un insulto hecho á su esposo *Isvara* por el olvido de su padre en no convidarlo á un pasatiempo, se quemó delante de los dioses congregados.

La verdad de este punto es, que varias causas contribuyeron al establecimiento y continuacion de este sacrificio humano. A las dichas hay que agregar la indiferencia con que estos pueblos miran la vida, pues prescribiendo la religion de Brahma que esta inmolacion sea voluntaria, hubiera concluido luego por la repugnancia natural de las mujeres. Cierto es tambien que los príncipes que con ayuda de los sacerdotes la consagraron, supieron unir una gran recompensa, cual es la felicidad en la otra vida y la purificacion de las almas de su esposo y de sus antepasados, aunque la felicidad, por un capricho peregrino que no comprendemos, fué limitada á solo cuarenta y cinco millones de años, que es menos que un soplo. ¿Quién sabe si en la condicion oscura y humillada de la mujer, no le ofrece este sacrificio un medio de gozar de popularidad, ser objeto de la atencion y curiosidad de todos y conseguir que unos piés grabados en la sepultura del marido conserven el recuerdo de su existencia y abnegacion? Para la vanidad de la mujer, bien vale el sacrificio de una esclavitud contínua para morir suntuosamente entre la sagrada confluencia de dos rios, lugar preferido para las hogueras, pasando por entre el pueblo sin velo sobre el rostro, y alcanzando el nombre de mártir. La prodigalidad de la vida es rasgo característico indostánico, y de aquí procede el inmenso ejército de mártires y mortificados por causa de religion. Añádase á esto, que la viuda, si no quiere hacerse *Sati* voluntariamente, está obligada á hacerse *Brahmacari*, es decir, á vivir en entera castidad y practicando actos de piedad y mortificacion, tales como privarse del uso de adornos y de manjares delicados, comer una sola vez al dia y no dormir en cama, etc.

Se ha dicho que las *Satis* son víctimas del fanatismo bárbaro del pueblo; que

las embriagan con opio; las aturden con gritos y persuasiones, y les hacen ver lo ignominioso del resto de su vida si no se sujetan á esta atroz costumbre: mas por lo que vemos en relaciones modernas, y en épocas en que el influjo de naciones civilizadas ha hecho menos frecuente tal espectáculo, no hay exactitud en estas aserciones. Las mujeres son las primeras en resolverse firmemente á morir con toda la calma de un antiguo estóico, despreciando consejos y desoyendo amonestaciones. En la *Historia de la India inglesa,* escrita por el ilustrado Wilson, leemos el siguiente trozo que demuestra el fanatismo de estas heroinas:

«El 30 de agosto de 1838, la principal ciudad de Oodypore fué el teatro de una solemnidad aterradora. Hácia el mediodia una prolongada salva de la artillería del fuerte anunció la súbita muerte de Maharana Juwan Suigh, y como de costumbre en países tropicales, comenzaron en seguida los preparativos de sus exequias. La puerta del palacio estaba bloqueada por un populacho inmenso. La excitacion de sus voces y gesticulaciones profetizaba, sin embargo, un espectáculo más sério que la mera pompa de un funeral régio. No era solo el difunto el que se esperaba ver conducir en la procesion fúnebre. La abundancia de piés de mujeres esculpidos en los sepulcros de los príncipes, monumento característico de las *Satis,* hacia presumir que no se unirian las cenizas de un príncipe de Oodypore á las de sus padres, sin que una mujer ó una concubina pereciese en la hoguera. La cuestion era: ¿cuántas? Sabíase que la más jóven de las dos reinas procedia de una familia en la cual *rara vez* se practicaba este rito; mientras que lo repentino de la muerte de Maharana dejaba poco tiempo á sus mujeres inferiores para reflexionar sobre tan tremenda resolucion. Grande fué, por lo tanto, la admiracion de la muchedumbre cuando supo que ambas reinas y seis de entre siete concubinas habian resuelto perecer en el fuego. La sétima, una concubina favorita, se habia excusado alegando, «que no se sentia con la inspiracion necesaria para la santidad del sacrificio.» En seguida los principales nobles ejercitaron su obligacion, dirigiéndose á las señoras para disuadirlas; pero ellas pusieron pronto término á esta tentativa con actos que quitaban toda esperanza, como fué quitarse los velos de los rostros, desatar sus cabellos y presentarse ellas mismas ante el populacho. Toda oposicion á *sus deseos* cesó entonces: fueron miradas como objetos sagrados para el difunto monarca. Oraciones devotas salian de sus labios; sus movimientos tomaron cierta significacion misteriosa, y sus palabras eran escuchadas como proféticas. Entretanto se habia preparado la pira. Las ocho víctimas, vestidas con sus más ricos atavíos y montadas en caballos, fueron con la procesion al cementerio. Allí se quitaron sus adornos y joyas; hicieron regalos á los espectadores, y por último, subiendo al tablado, tomaron asiento junto al cadáver. Como el

príncipe no habia dejado hijos, el actual soberano, su sobrino, aplicó la tea. El estruendo de la música, el canto de los sacerdotes y los gritos del pueblo se levantaron simultáneamente y la tragedia fué consumada. El padre de una de las reinas estuvo presente durante la ejecucion, sumergido en melancólica contemplacion.»

Vése por este relato, tomado en parte de un historiador nativo, que hay familias más ó menos adictas á la conservacion de este ritual terrible, y que en el caso presente, una de las concubinas se evadió del sacrificio con una alegacion muy sencilla y característica de la virtud del acto, que toda mujer pudiera oponer si fuese forzada. Vése asimismo, que los principales de la córte intentaron disuadirlas, tal vez por fórmula, para probar la energía de su decision, pero por lo menos, hay completa ausencia de coaccion para inducirlas.

En la ciudad de Kotah, de cuyo príncipe hemos hablado, se celebró dos años despues el sacrificio de la mujer del brahmin Luchmun, causa de las comunicaciones mencionadas. Inmediatamente despues de la muerte del marido, la mujer, de *motu propio*, declaró su intento de quemarse viva con el cadáver. Como era necesario el consentimiento del príncipe, y este se hallaba comprometido con las autoridades inglesas á poner de su parte lo posible para desterrar esta práctica, se abstuvo de darlo, y fué enviado un alto dignatario para emplear, *como de ordinario*, todos los medios á fin de apartarla de tal resolucion, llegando hasta á prometerle una pension por el resto de su vida; pero la víctima, *como de costumbre*, se mostró inexorable. A la oferta de una pension, respondió que ella tenia centenares de parientes y que ese pensamiento no la fatigaba. «Estoy determinada, añadió, á obedecer la inspiracion divina.» Trajéronle su niño por ver si se conmovia; pero se mostró firme en su propósito, y por supuesto, una vez vista esta perseverancia, los sacerdotes se aprovecharon de todas sus artes para convencer al pueblo de que era la voluntad del cielo que el sacrificio tuviese efecto. En la nota que escribió el ministro de Kotah, disculpándose del suceso, decia al encargado de negocios: «Ha sido costumbre cuando se manifiesta esa vocacion al fuego, encerrar á la mujer en un aposento bajo llave, y si esta medida se frustra saltando y desprendiéndose por sí mismas la cerradura y la puerta, es señal segura de ser pura y sincera su intencion y de que es inútil oponerse á ella. En la ocasion presente se hizo esta prueba, y *la puerta y la cerradura se cayeron por sí propias*. Además, se sabia que las palabras de una *Sati*, sea para bien ó para mal, salen ciertas y verdaderas, y por eso ningun espectador quiso intervenir. Vuestro agente comisionado la trajo á palacio y la tomó por la mano, cosa que no debia haber hecho, estando ya considerada como muerta para el mundo y todas sus criaturas. Dijéronle que la pusiese un vigilante y la disuadiese si le era posible; pero no logró nada.»

En efecto, nada se consiguió, y se procedió á formar la hoguera. Veinte libras de madera de sándalo y otras veinte de cuerda de algodon, juntas con haces de leña y lino fueron puestas con toda prisa á la orilla del rio, y la procesion fúnebre estaba á punto de ponerse en marcha, cuando el encargado de negocios envió un subalterno para tentar de nuevo si podia convencer á la víctima. El mensajero la halló entre brahmines que la restregaban con alcanfor, y fué impotente para dominar la exaltacion natural y artificial que la mujer mostraba. Además, el pueblo se impacientaba ya al ver aquella pertinaz oposicion á la voluntad divina, y llevó á la mujer al palacio para pedir al soberano que prohibiese el empleo de nuevos medios de persuasion. El enviado tuvo valor bastante para acompañarlos, y admitido á presencia del príncipe, le recordó lo que habia prometido; pero un cortesano salió al encuentro con gran astucia, poniéndole por delante el temor de que si la *Sati* no conseguia su intento, podria proferir alguna maldicion ó imprecacion funesta al Estado: sobre lo cual su alteza se concretó á imitar á Pilatos, diciendo que se lavaba las manos; que era neutral en el asunto; que no consentiria ni prohibiria, y que el mensajero hiciese lo que pudiese. Los brahmines y la plebe, por supuesto, los escribas y fariseos, arremetieron á los emisarios, y aun prorumpieron en amenazas contra el ministro residente en caso de llevar más adelante su intervencion. En esto aparecieron los músicos que habian de asistir en la ceremonia, y trajeron un suntuoso vestido y ricos adornos para la mujer, que así ataviada y acompañada, fué conducida al lugar del sacrificio, en donde fué reducida á cenizas á poco más de tres horas despues de la muerte del brahmin su esposo.

Casos ha habido en que la mujer ha desmayado en el momento supremo, y retrocediendo y despojándose de sus adornos ha pedido misericordia; pero como la resolucion de una *Sati* se considera sagrada é irrevocable, los espectadores la han obligado á arrojarse en las llamas, ó si por intervencion de extranjeros se la ha rescatado, ha vivido para maldecir la flaqueza que la privó de cuarenta y cinco millones de años de gloria en cambio de un instante de pena. Pero esto es muy raro. La *Sati* admira por su energía y resolucion, por su entusiasmo y tono profético, que muestran la impresion que en su corazon causan la muerte del marido, y la vida que le espera. Vestida como de novia y paseada por las calles, va serena é impasible. Apenas mira á la muchedumbre que se agolpa á su paso. Sus labios se mueven como murmurando preces. Su mente está absorta en la contemplacion del paraíso, y vé á su esposo que la espera lleno de gratitud por el sacrificio que la vuelve á su compañía con el dote de la expiacion de sus pecados y ennoblecida con la corona del martirio. ¿Qué mucho que tales visiones y esperanzas le hagan dulce la muerte y ansiada la hoguera?

Cuantos han presenciado este rito están acordes en decir que las *Satis* practican todas las ceremonias que proceden á su sacrificio con una serenidad y compostura admirables, y que se sientan sobre la pira fatal levantando las manos, aparentemente en oracion, con la misma tranquilidad que si estuvieran haciendo sus devociones ordinarias. «La vista de este voluntario auto de fé, dice un historiador de la India, es penosísima; pero es difícil afirmar si en el espectador predomina la piedad ó la admiracion. La sobrehumana serenidad de la víctima y el respeto con que la tratan los que la rodean, se realza con la gentileza, magestad y cuidado que tiene en no omitir nada al distribuir regalos á los parientes y saludar cortesmente á los espectadores; al paso que lo cruel de la muerte que le espera se siente más al ver la aparente sensibilidad de quien va á sufrirla.»

Esta reflexion se encuentra corroborada en la descripcion interesantísima de un testigo ocular de varias *Satis*. Hay que advertir que no todas las veces ni en todas partes son las ceremonias iguales, pues varían segun la calidad del esposo y tambien segun la mayor ó menor presencia de ánimo de la víctima. Lo que no varía es la invocacion ó plegaria de la mujer, que á continuacion transcribimos de una traduccion de libros sanscritos.

La plegaria que pronuncia despues de haberse bañado, puestas en sus manos algunas yerbas y un poco de agua, y mirando al Oriente ó Norte, comienza con el monosílabo *Aum*, que en la nústica indostánica es de tanta significacion como Jehovah entre los judíos, pues de las tres letras que le componen, la primera es emblema de Brahma, la segunda de Vichnou y la tercera de Siva, y pronunciándolo con varios textos sagrados, reteniendo la respiracion, se considera una de las devociones más eficaces.

«*Aum*, dice la mujer, haciendo una reverencia: que yo (aquí se nombra ella y su familia) pueda en este mes encontrar á Arundhati y residir en Swarga. Que los dias de mi residencia puedan ser tan numerosos como el cabello en el cuerpo humano, y pueda yo gozar con mi marido la gloria del cielo, y santificar á mis abuelos paternos y maternos y á los ascendientes de mi marido. Que ensalzada por las Upsarasas, pueda yo ser feliz con mi señor, durante los reinados de catorce Indras. Que sean perdonados los pecados de mi esposo, ya sea que haya matado á un brahmin, roto los vínculos de la gratitud, ó asesinado á un amigo, por virtud de mi muerte por el fuego. Yo os invoco, ¡oh vosotros guardianes de las ocho regiones del mundo, sol y luna, aire, fuego, ether, tierra y agua; mi propia alma, dia, noche y crepúsculo! Y tú, conciencia, sé testigo, que sigo el cadáver de mi marido en la pira funeral.»

Tal es la invocacion, segun se encuentra en el texto del Bhagavata, y ahora

explicarémos algunas de las voces ó nombres de divinidades que en ella se encierran.

Arundhati, á quien la *Sati* desea encontrar, es la mujer de Vasisht'ha, personaje célebre de la historia y mitología de la India, uno de la clase llamada de los sabios, el cual representa gran papel en los poemas indianos, y corresponde á lo que llamaban los autores de libros de caballerías, el sabio Merlin, Alquife, ó la sabia Urganda: esto es, un mentor á quien se acudia en las cuitas y tribulaciones para que ayudase con obras ó consolase con palabras. Su mujer, llamada Arundhati, fué muy ejemplar en santidad y virtudes, y por ello transplantada á las esferas con su sapientísimo marido, ni más ni menos que Castor y Pollux, y se la cita y nombra en la India como sinónima de virtud y de constancia.

Residir en Swarga, equivale á decir, residir en el cielo de Indra, regente del firmamento. Los dioses tienen cada uno un paraíso celestial y otro terrenal, y Swarga parece ser la primera de las muchas mansiones que hay en su cielo, en donde los semidioses y santos pueden ser arrojados si no se portan bien, y condenados á nacer otra vez abajo.

Las Upsarasas en la mitología de la India son una raza de ninfas acuáticas, á modo de las sirenas de nuestras fábulas, y proverbiales asimismo por su belleza y fascinaciones. Éstas son las bailarinas de la córte de Indra, y corresponden á las hadas de los persas, y á las doncellas llamadas en el Koran', ojos de garza.

Finalmente, Indra es el principal de los semidioses, y sigue en categoría á la Trimurti ó triple imágen de los tres dioses simbolizados en el monosílabo *Aum*. Sobre él han escrito millones de versos los poetas de la India. En muchas cosas corresponde al Júpiter de los griegos y romanos, especialmente al Júpiter *Pluvius*, pues es el dios de la lluvia. Represéntanle con el rayo en las manos, y tambien como dios de la riqueza. Los indios se imaginan que los cielos visibles están bajo el gobierno de ocho génios llamados *los vientos*. De estos, Indra es el principal y gobierna la parte de Oriente. Puede ser considerado como una personificacion del firmamento que rige todos los fenómenos meteóricos y atmosféricos.

Despues de haber recitado esta invocacion, el brahmin pronuncia las siguientes palabras: «*Aum*, que estas mujeres, buenas esposas, adornadas con colirio y teniendo manteca derretida, se arrojen al fuego. Inmortal, no huérfana: excelente, no viuda; que pase al fuego, cuyo elemento original es agua.»

Pronunciado este texto del sagrado libro de *Rig-veda*, prosigue:

«*Aum*, que estas mujeres, puras y hermosas, se arrojen por sí mismas en el fuego con los cadáveres de sus maridos.»

Dicho esto y murmurando unas rústicas palabras, la mujer se arroja á las

llamas ó prende ella misma fuego á la paja y leña sobre que está sentada, ó bien su hijo ó pariente más cercano, que en esto y en otras ceremonias, cada raza, tribu ó familia tiene su libro de ceremonias ó ritual.

Antes de proceder á reseñar un *Sati,* reasumirémos la doctrina religiosa que en los libros sagrados de los indios se refiere á la exaltacion de este sacrificio.

«La mujer que se entrega á las llamas con el cuerpo de su marido igualará á Arumdhati y residirá en Suarga.

»Acompañando á su marido, residirá en Suarga tanto como son los 45 millones de cabellos del cuerpo humano.

»Mientras la hoguera se prepara, hablad á la esposa fiel del mayor de los deberes de una mujer: *aquella es solo leal y pura que se quema con el cadáver de su marido.* Oyendo esto y fortalecida en su resolucion y llena de afecto y entusiasmo consuma el sacrificio y sube al cielo.»

La descripcion siguiente de un viajero muestra la certeza del efecto que estas ideas producen en el ánimo de las esposas. La primera que vió quemar y á la cual acompañó, era una mujer jóven y hermosa, como de veinte y cinco años. Desde que llegó montada á caballo á la orilla del rio, acompañada de músicos, amigos, brahmines y espectadores, hasta el momento de encender la hoguera, pasaron dos horas, en las cuales mostró gran fortaleza de ánimo. Apenas el extranjero llegó junto á la hoguera que se estaba arreglando, la jóven *Sati* le hizo señas de que se acercase; visto lo cual, todos los presentes se retiraron é hicieron lugar con mucho respeto para que pasase, como lo hizo, guiado por un brahmin, que le llevó junto á ella. Habiéndole saludado reverentemente, la *Sati* le devolvió el saludo con una cortesía gentil y magestuosa, y mirándole frente á frente fué á regalarla un objeto que tenia en su mano. Al momento acudió el brahmin á detenerla, y rogó al extranjero que extendiese la mano para que cayese en ella lo que queria darle. La *Sati,* en efecto, puso su mano á cierta altura y dejó caer una pequeña granada.

«Despues que la *Sati,* continúa el viajero, se sentó en el montecillo de paja junto al cadáver de su marido, y poco antes de prenderle fuego, un venerable brahmin me agarró de la mano y me llevó cerca de la paja, la cual apartó de manera que pudiese yo observar muy de cerca, cosa que hice con la mayor atencion. La jóven tenia una luz encendida en cada mano, y parecia muy serena. Yo la estuve viendo durante su agonía, pues me hallaba á vara y media de distancia de ella, y no me retiré hasta que me obligó la intensidad del calor. Me parece increible haber presenciado tan triste escena sin derramar una lágrima cuando solo el acordarme ahora me las hace verter. Las cenizas de las víctimas, si son personas de

distincion se reunen y se arrojan al Ganges. Yo quise conservar algunas de mi interesante *Sati*, pero no pude lograrlo. Una guardia militar colocada sobre la plataforma me impedia recojerlas, y habiendo pedido este favor á uno de los brahmines que se hallaban de oficiantes, lo rehusó diciéndome que no podia imaginarse para qué pudieran servir las cenizas de una *Sati*, si ya no era para hechicerías.»

En las inmediaciones de los templos suelen colocar los indios una piedra en que están grabados ó de relieve dos piés humanos, monumentos que consagran á las *Satis*, y de los cuales se vé gran número en el Sangam, cerca de Poona. Representan la última huella terrestre que dejan en la piedra que les sirve para subir hasta el sitio donde se halla colocado el altar de su sacrificio. Mientras están sobre esa piedra, se despiden de sus familias y amigos, y reparten sus dádivas; pues luego que se bajan de ella dejan de ser humanas y considéranse sin participacion con el mundo, comenzando ya á gozar de antemano de la gloria.

Ya dijimos que este sacrificio es completamente voluntario, y hemos visto que en todos los casos se procura por los mismos naturales el disuadir á la viuda de su extrema resolucion. En efecto, los mismos libros que tratan del ceremonial del *Sateismo*, dejan á la fiel esposa la alternativa de hacerse *Sati* ó *Brahmacari*.

«A la muerte del esposo, dice un libro sagrado, la viuda tiene libertad para entregarse á las llamas ó vivir como Brahmacari.» (Texto de Vishnou).

Esta vida consiste en una série de abstinencias. Segun otro texto, el uso de adornos en el vestido, y de vasos de metal blanco le está absolutamente prohibido.

«La viuda, dice otro legislador, no comerá más que una vez al dia, ni dormirá en cama; si tal hace, su marido saldrá del Suarga.

»No comerá más que manjares simples, y si no tiene descendientes varones ofrecerá diariamente oblaciones por los manes de los antepasados hasta el tercer grado. Igualmente redoblará el número usual de oblaciones, limosnas y peregrinaciones.»

Una vez comprometida á ser *Sati*, si retrocede, incurre en las penas de la contaminacion. Se la juzga profanada y deshonrada, y solo puede rehabilitarse con el ayuno llamado Prajapatya, que dura doce dias. En los tres primeros solo se la permite una parca colacion cada dia. En los tres siguientes, solo una cada noche. En los tres sucesivos no puede comer nada, sino lo que le den sin solicitarlo, y en los últimos tres, nada absolutamente.

Compréndese por este tratamiento, que pocas serán las que retrocedan despues de tomada su resolucion, pues es preferible á esta muerte adminícula, la del fuego que pronto la lleva al descanso, y con la cual se hace acreedora á la veneracion.

El legislador Harita, y el Matsya Purana, ordenan reverenciar á las esposas leales, que son las que se entregan á las llamas, del mismo modo que se veneran los Devatas, pues por sus virtudes puede extenderse el imperio del príncipe sobre los tres mundos. El Mahabarata dice tambien: «Aunque el marido muera infeliz por la desobediencia de la mujer, si esta se arroja en el fuego, ya sea por amor, por disgusto del mundo ó temor de la viudez ó sentimiento, es acreedora á veneracion.»

Esta muerte no se considera suicidio por los comentadores sagrados, segun el Rigveda, pues estando prohibidos los funerales para los suicidas, como entre los católicos, este libro sagrado dice que despues de tres dias de duelo, se la pueden tributar los honores del Sraddha, ó rito algo parecido por su objeto á los sufragios por las almas del purgatorio. Es de advertir aquí una cosa particular en las costumbres de los indios, á saber, que el duelo es más honroso cuanto más corto. Para las personas de distincion no puede pasar de tres dias. La plebe es la que puede llorar á sus difuntos todos los que quiera.

En ciertas circunstancias, aunque la esposa lo desee, la ley no le permite ser *Sati*.

«Aquella, dice el teólogo Nareda, que tiene un niño pequeño, ó está en cinta, ó se presume que lo esté, ó no purificada, no puede ascender á la pira funeral. La madre no abandonará el cuidado de un niño por subir á la pira, ni tampoco subirá la que esté impura, ó cuyo período de purificacion no haya pasado.»

Igualmente, si el marido muere en país distante, la ley prohibe el sacrificio; bien es verdad que esto se entiende con los maridos de ciertas castas, pues Vyasa y Brahma Purana declaran: «La viuda, á la noticia de que su esposo ha muerto en país distante, debe quemarse inmediatamente para alcanzar perfeccion; y si fallece en un viaje, estreche sus sandalias contra su pecho y láncese á la hoguera.»

Lo que ha de repartir, y la persona que ha de prender fuego á la paja y leña y varias otras ceremonias interesantes, están minuciosamente descritas y reguladas por los comentadores sagrados, no quitando esto, que en cada territorio haya marcadas variaciones. En algunas partes, el cadáver del marido, despues de purificado en el rio, es colocado en la plataforma ó quemadero, y se le forma encima una como choza de paja en donde pueda entrar la mujer á la cual proveen de dos velas encendidas, y ella es la que le prende fuego. En otras partes se le aplica por el hijo mayor, ó el pariente más cercano, ó por los brahmines ó espectadores, quienes arrojan sobre la leña y paja sustancias resinosas, manteca derretida, madera, heno, ú cualquier otro objeto que ayuda á la combustion, pues se les ha hecho entender que haciendo esto, contraen un gran mérito, diez millones de veces mayor, que si sacrificaran un caballo. Estando ya la paja ígnita,

suenan instrumentos de metal que con sus tristes sones hacen más terrible la escena, y por supuesto, los músicos que acuden participan tambien de las indulgencias de los atizadores del fuego, de las que asimismo gozan los que se unen y acompañan á la procesion desde la casa de la *Sati* al lugar del suplicio voluntario.

La dominacion de los ingleses en la India y sus esfuerzos para poner término á estos sacrificios humanos ha hecho disminuir la suma anual de las *Satis*. En 1829, Lord Bentinck, gobernador general de las colonias, decretó su abolicion en los dominios de su mando, á pesar de que hombres verdaderamente filántropos, creyeron que tal decreto causaria más daño que provecho, porque daria márgen á que los sacrificios, en vez de ser públicos, como siempre lo fueron, se celebrasen en secreto y ocasionase muchos asesinatos. Lo particular es, que promulgada la abolicion, varios brahmines de Bengala enviaron un letrado á Inglaterra para que apelase de la dicha decision del gobernador ante el consejo de Estado, segun se lee en la *Revista de la India oriental*, periódico que hablando del rito del *Saté*, dice: «Esta costumbre fué introducida por los primitivos príncipes indios que, celosos en extremo, quisieron evitar que sus numerosas viudas formasen nuevos enlaces, y como tenian poder irresponsable, se aprovecharon de su omnímoda autoridad, y de concierto con los sacerdotes, ordenaron cual si fuese mandamiento divino, que las mujeres de los indios, de cualquier casta que fuesen, deseosas de futura gloria, habian de inmolarse al fallecimiento de sus maridos.»

La estadística muestra que en los últimos cinco años, á pesar de la consolidacion del dominio inglés, se han quemado en varias partes de la India 70 mil mujeres. Como un brahmin tiene el privilegio de casarse cuantas veces se le antoje, se ha dado el caso de que á la muerte de uno que tenia cien esposas, se hayan quemado veinte de entre ellas, estando la hoguera encendida durante tres dias, y poco antes de la prohibicion se dió el ejemplo de quemarse 28 mujeres de un *rajah*. Debe calcularse que la prohibicion solo se extendió á 37 millones de habitantes súbditos ingleses, quedando inefectiva para 40 millones de almas, en los que se comprendia la poblacion de los Rasbutas, encarnizados defensores del *Sateismo*, como raza fiera, marcial y caballeresca, y tanto, que al tener noticia de que se trataba de prohibirlo, redoblaron las mujeres el número de sacrificios.

Con todo eso se debe al filántropo coronel Ludlow, encargado de negocios en Jypora, la gloria de haber disminuido considerablemente estas horrorosas inmolaciones en los países en que el fanatismo religioso estaba más arraigado, valiéndose de argumentos teológicos, única manera de atacar á la creencia popular, y vencer á los pontífices de la ley.

El referido diplomático procuró tener varias conferencias con el sumo sacerdote de Jypore, y le arguyó que en el código de Manú no hay la menor mencion del rito de *Saté*, y que al paso que promete felicidad *eterna* á las viudas que vivan castamente, solo promete á las *Satis* la bicoca de cuarenta y cinco millones de años de gloria. Además de esto, le puso de manifiesto, que los doctores indios ó santos padres de su doctrina, afirman, no solo que el amor al bien, por ser tal, debe prevalecer sobre esperanzas de recompensa futura, sino que la menor mezcla de motivo interesado lo degenera. La devocion, pues, de la *Sati* fué representada como cálculo mercenario de provecho y ruina, de perdicion y salvacion, y burla hecha á Dios con un sacrificio egoista. Si su deseo es la corona del martirio, claro es que la perdia en el mero hecho de desearla. No contento con esto, Ludlow apeló al orgullo y vanidad nacional, diciéndoles que el *Sateismo*, no consagrado por Manú, era sin duda invencion de alguna raza degenerada, cuyas mujeres valian poco, y si sobrevivian, eran un baldon para la memoria de sus maridos; pero que el honor de los Rajpoots estaba más seguro, y que el pudor y la buena fama de sus mujeres se manchaba con la sola mencion de tan vergonzosa garantía.

El sumo sacerdote escuchó estas razones con sorpresa, y convencido de su verdad, las adoptó y consignó en un documento que podemos llamar especie de *pastoral*, en el cual declaró, *ex-cátedra*, que el sacrificio de las viudas era menos meritorio que el *Sateismo* vivo de la castidad y santas costumbres. La obra de abolicion, despues de este paso tan importante, siguió rápidamente, y en 1846 el consejo de la regencia en Jypore tomó la iniciativa entre los grandes estados independientes de la provincia Rajpootana en declarar criminal el *Sateismo* y todas las personas que interviniesen, ya como principales, ya como accesorias. En la actualidad, de los treinta y cuatro estados, diez y ocho son abolicionistas, y diez y seis le practican todavía; lo cual es un gran triunfo considerando que esta provincia del Indostan era la más fanática.

ESCOCIA.

I.

Al tratar del reino unido de la Gran Bretaña, hemos dejado de hablar de propósito acerca de Escocia é Irlanda, por ser dos países que, fuera de las relaciones políticas y comerciales, cuyos intereses los asocian, casi nada tienen de comun en raza, en religion, en lenguaje, carácter y costumbres. Es más, los ingleses, en general, tienen más conocimiento y exacta idea del carácter y de la vida de los pueblos del continente, que no de las islas que llama hermanas y cuyos representantes se sientan en el parlamento y contribuyen á confeccionar las leyes en la metrópoli. El pueblo inglés y la clase media, en su mayoría, saben que los escoceses usan un traje muy raro y pintoresco; que hay entre ellos *clans*, ó tribus; que son muy fanáticos observadores de la ley que manda santificar el domingo, y que tienen una danza muy popular que ejecutan con acompañamiento de gaita, aunque son sérios, graves y sombríos. De los irlandeses conocen el humor, el fanatismo supersticioso, la miseria y el famoso *wisky* ó aguardiente, á cuyas delicias se entregan como indios. Tal es al menos la queja de escritores indígenas de las respectivas islas *Martesia* y *Panopea*, como las llamó el publicista Harrington. Nosotros al hablar de



[illegible]

[illegible] del [illegible] dejado de hablar de pro- [illegible] acerca de [illegible], fuera de las relaciones [illegible] y [illegible] nada tienen de comun en [illegible] los más, los ingleses, en [illegible] y de la vida de los [illegible] hermanas y cuyos represen- [illegible] sancionar las leyes en la me- trópoli [illegible], saben que los escoceses usan [illegible] ellos *clans*, ó tribus; que son muy [illegible] el domingo, y que tienen una [illegible] instrumento de gaita, aunque son [illegible] el humor, el fanatismo supers- ticioso, la miseria y el [illegible] á cuyas delicias se entregan como [illegible]. Tal es al [illegible] de las respectivas islas *Martesia* y *Panopea*, como [illegible] Harrington. Nosotros al hablar de



Drawn by J. Browne.

Engraved by J. Holes.

Escocia _ El Cazador.

ellas nos concretarémos á indicar lo más culminante y de relieve que notemos en su carácter.

Para dar una idea comprensiva del pueblo escocés, debiéramos decir que Escocia es el pueblo *levítico* de la reforma. En lo antiguo, eminentemente poético y patriarcal, la doctrina calvinista cayó sobre él como una helada, y gracias á su carácter impetuoso, firme y enérgico, dejó la lira del poeta, el ravel del pastor, el sacerdocio de la cabaña, por ungirse con el óleo del sacerdote é intérprete de la escritura santa, haciéndose unos doctores, y otros escribas y fariseos. Los escoceses, por naturaleza y carácter inclinados á la democracia, adoptaron el credo reformista que les pareció que aseguraba más la independencia del creyente. Se hicieron presbiterianos, y acogieron con júbilo la doctrina del austero reformador que detestaba toda gerarquía, categoría y autoridad; pero, cosa extraordinaria, aunque muy lógica: huyeron de la autoridad ó tiranía de uno ó de varios superiores para caer en la autoridad ó tiranía de los iguales. El Kirk, ó asambleas, ó juntas parroquiales, ha llegado á ser en Escocia el yugo más insufrible que puede padecer un pueblo, porque no hay inquisicion, comisaría ó policía secreta más incómoda, intolerante y fastidiosa que el sínodo ó concilio parroquial escocés.

En medio de esto, se conservaban las costumbres patriarcales en los valles y montañas. El labrador, padre de familias, designado con el título del hombre bueno, era señor, padre, maestro y sacerdote de su familia, de sus dependientes y criados. Éstos se sentaban á su mesa y oian sus consejos y sus doctrinas. En el hogar reunidos, aquel cantaba las proezas de los señores castellanos, éste hacia resonar la lira fecunda de los bardos ó *minstrels*, que hizo la literatura popular escocesa una de las más ricas y variadas del orbe. El hombre bueno daba una biblia á cada uno de los presentes, hacia leer un pasaje y lo explicaba é interpretaba, comenzando y concluyendo el dia con una oracion en comun para dar gracias al cielo, y el afecto, la paz, la armonía que reinaban en las poblaciones agrícolas recordaban los tiempos de los patriarcas rodeados de pastores y agricultores; pero hoy dia ha cambiado la escena. El señor se cree ya muy civilizado y refinado para reunirse con los que cree inferiores; los arroja de su mesa, de su casa y de su presencia. No hay contacto alguno entre ellos, tal vez porque el buen intérprete ha encontrado en algun pasaje de la biblia, que el amo está hecho de otra masa distinta de la de aquellos que le sirven. El presbiterianismo se dice que ha hecho del pueblo un rey, porque convierte al pobre en *expositor* libre de la divina palabra: de manera, que viajando por Escocia, puede ver el extranjero á un labrador rico, que cree degradarse con el contacto y plática de uno de sus colonos, trabajadores ó criados, y á un criado en una sucia habitacion, entregado al único deleite de la bebida, discutiendo con claridad de

entendimiento y rigor lógico, como quien no dice nada, los grandes dogmas de sus ídolos Calvino, Socino y Arminio. Que esto es libertad, no puede negarse. Pero, ¿de qué diablos le sirve al pobre andar leyendo y disputando sobre si tal versículo ha de entenderse así ó asado? ¿No le vendria mejor la libertad social, que iguala y ennoblece á los de su condicion en otros países? Ese mismo despejo que se les supone para hacer el oficio de santos padres, les traerá buenas reflexiones cuando lean los proverbios y el Eclesiastes, burlándose y condenando la vanidad y la soberbia humanas.

Pero esa libertad, puramente de conciencia, está contrastada por un despotismo de que no se puede formar idea sin haber visitado la Escocia. El Kirk es un tribunal de cien ojos tanto más linces cuanto más descentralizado y local es este parroquial instituto, pues viviendo domiciliados los celadores con los celados, su inquisitiva alcanza á los menores detalles y prácticas de la vida. El pueblo vive entregado, guiado y sujeto á estos guardianes que en todo se entrometen, que todo lo arreglan y sobre todo deciden, de suerte, que nominalmente libres, son los más esclavos en sus movimientos, produciendo este órden de cosas un espíritu de intolerancia, un tinte sombrío y un fanatismo *religionero*, que son los rasgos dominantes de la poblacion escocesa. El clero disciplina á los escoceses como un capitan á sus soldados, y su supremacía es hoy mayor y de un carácter más ridículo que lo fué jamás en pueblo alguno católico de la edad media, pues establece una denominacion inacabable de lo que es pecado y de lo que no lo es en las acciones más inocentes é indiferentes de la vida pública, poniendo la sancion no en tribunal secreto, sino en la rechifla, murmuracion y criterio del vecindario. En tal estado de cosas, el ascendiente, la reputacion, la consideracion social se alcanzan por la sujecion más ciega y la obediencia más servil á estas prácticas exteriores. El vecino que dice más oraciones en comun, que vive el domingo dentro del templo, que lee más la biblia y que se muestre más estricto y fastidioso observador del reposo sabatario, es el gran hombre del barrio ó parroquia en que reside, siendo lo natural que la flaqueza humana no desaproveche ninguna via que conduzca á la satisfaccion de su vanidad y amor propio, siquiera sea la de la religion, y que haya por lo tanto muchos hipócritas en Escocia.

II.

FANATISMO DE LOS ESCOCESES.

Cuéntanse infinitas extravagancias del puritanismo escocés, y sobre todo del extremado celo por la santificacion del domingo, que en este país es intolerable no solo para los extranjeros sino para los mismos ingleses. El reposo lo llevan al punto de que no se ha de encender fuego en las cocinas, sino que las comidas han de prepararse el sábado y hacerse las camas y demas mecánicos oficios este dia, á fin de no trabajar en el festivo, enteramente dedicado á la contemplacion religiosa. Tocar el piano, silbar, fumar, hablar alto, pasear, leer un libro profano, jugar á las cartas, correr, reirse á carcajadas ó asomarse á un balcon ó ventana son pecados mortales entre los escoceses. Cuéntase de un puritano que mató á su gallo el lunes por haberse atrevido á cantar el domingo. Muchas madres consideran pecado el lactar á sus hijos en este dia, y aun el darles un beso. Las ciudades parecen cementerios, y los habitantes almas en pena, que á pasos lentos se deslizan de los templos para proseguir en el retiro de sus casas la lectura de la Biblia, y como esto va unido á un clima triste, á una atmósfera nebulosa y oscura, no es extraño que el forastero que amanece un domingo en Escocia, le parezca que la ira de Dios ha descargado en la poblacion y que sus moradores no piensan más que en aplacarla. Estos *sabatarianos*, que á buena cuenta debian llamarse *dominicanos*, son en cierto modo lógicos; porque dados á los negocios mundanos durante seis dias sin tregua, en los cuales piensan de contínuo en los intereses del cuerpo, quieren periódicamente consagrar uno al alma por entero; pues en estos países protestantes el culto de los templos no es diario y constante como entre los católicos, que para ir á la iglesia y adorar á Dios consideran todos los dias iguales. Los templos entre ellos están casi siempre cerrados, excepto los domingos, en que se repiten los mismos oficios tres ó cuatro veces y se hartan de divina palabra, de suerte que no es extraño que los más descuidados entre semana se muestren los más solícitos y fervorosos en el dia festivo. Un presbítero escocés refiere varias anécdotas ilustrativas del celo de los escoceses por la observancia del domingo.

En una ocasion visitaba las montañas un eminente geólogo, y preparado con

su pequeño martillo, que nunca le abandonaba, daba un paseo por las afueras de un lugar. Por acaso vió una piedrecilla que le llamó la atencion, y tomándola en sus manos comenzó á darle golpes con su martillito. Viólo un escocés, y adelantándose hácia él, le dijo: «Caballero, está prohibido partir piedras el domingo.»

En otra ocasion viajaba un artista inglés por el norte de Escocia, y le aconteció llegar en domingo á un pequeño lugar. Salió á dar un paseo por las cercanías, y á la vista de un pintoresco castillo se detuvo. Mientras le contemplaba con propósito de copiarla, pasó un rústico, y le preguntó cómo llamaban á aquel castillo. «Hoy no es dia de hablar de tales cosas, respondió el labriego.»

Cuéntase de una jóven escocesa que tenia un perro excelente á quien debia la vida, pues la habia librado de ahogarse en una ocasion. Como entrase un puritano un domingo y la viese acariciar al perro, le dijo, que aquello era irreligioso; que tenia seis dias en la semana para acariciarlo. «Si el animalito se hubiera echado esas cuentas, contestó cándidamente la jóven, hace tiempo que estaria yo muerta. —¿Por qué?—Porque justamente era domingo cuando me salvó.» El puritano no supo qué contestar, sino que alguna diferencia debia haber entre las personas y los animales.

La siguiente anécdota no es menos característica. Una señora habia ordenado comprar para su cocina una maquinilla de asar carne, de esas que voltean constantemente sin necesidad de darles cuerda. Un dia bajó á la cocina, y se sorprendió al verla parada; y preguntando á la cocinera qué habia sucedido que estaba descompuesta, respondió la Maritornes llena de indignacion. «¿Cree usted que voy yo á tener ese mueble dando vueltas en mi cocina los benditos domingos?»

En ciertas ocasiones, ya sea por motivo de la inclemencia del tiempo, ó por otras causas, las liebres abundan tanto en las cercanías de los pueblos, que muchas llegan á penetrar en ellos. Yendo un domingo á la iglesia, los vecinos de un lugar vieron en el camino una liebre tranquilamente posada en el rincon de una plaza, á cuya vista exclamó un viejo puritano: «Ah, bestezuela, bien sabes tú que hoy es domingo,» dando á entender con esto que ninguno tendria la audacia de ir á cogerla.

Una rica labradora tenia varias gallinas, excelentes *ponedoras*, como las palomas de don Timoteo. Preguntando un dia á su criada si ponian muchos huevos, respondió ésta: «Sí, señora, ponen *hasta los domingos*.»

Un escocés despreocupado, despues de haber salido de sus montañas y recorrido la Europa, escribia recientemente, que al llegar á Inglaterra y ver que en los domingos circulaban coches por las calles, y corrian trenes en las líneas férreas, *se asustó*. Qué al llegar á Francia y ver que las gentes seguian en su tráfico los

dias festivos, é iban á los teatros y á los paseos públicos, *se escandalizó*. Pero que al volver á Escocia y ver aquel marasmo, soledad y *nihilismo, se horrorizó*. El domingo entre los ingleses es insufrible para los continentales, y á pesar de las anomalías de su disciplina dominical, que cierra los museos y jardines y abre las tabernas; que prohibe bandas de música en una parte y las permite en otras; que prohibe las representaciones teatrales y abre los cafés cantantes solo para que en ellos se reunan á beber, todavía los ingleses se burlan á casquillo quitado de los escoceses, que ni aun siquiera permiten que se viaje en camino de hierro. Cuando recientemente llegó el primer tren en dia festivo á una ciudad de Escocia, los vecinos se admiraron de que los pasajeros estuviesen vivos, creyendo que la mano de Dios debia haberlos aplastado en el camino. El clero escocés celebró no há muchos dias reuniones para anatematizar á las locomotoras y carruajes que se atreviesen á silbar y hacer ruido en el dia del Señor, considerándolo como sacrilegio, y teniendo por impiedad que viniesen á distraer la atencion y el recogimiento de los fieles en sus meditaciones.

Entre los escoceses los casamientos se celebran en su mes favorito de diciembre y en el dia 31, por supuesto, si no cae en domingo. Ningun escocés empezará tampoco obra alguna en sábado, pues hay la creencia supersticiosa de que quien empieza algo en este dia, morirá antes de que lo acabe. Así, el sábado es para ellos dia siniestro, como para otros pueblos los martes y los viernes: creencias diabólicas y dañosas, porque siendo la vida de suyo corta, y larga la dósis de pereza de los hombres, todavía viene la ignorancia á atar las manos y á inutilizar la mitad de los dias de nuestra existencia. El escocés cree que de los que se casan en sábado, ó morirá uno de ellos dentro del año, ó si viven ambos cónyuges no tendrán frutos de bendicion; y tan arraigada está la supersticion, que puede asegurarse que ninguna boda tiene lugar en este dia. Ocioso es decir que en domingo tampoco se celebran. Durante muchos años se ha observado que el término medio de los matrimoniados en 31 de diciembre llega á la suma de 1100, excepto cuando la revolucion de las estaciones hace que caiga en sábado este dia, que entonces se olvidan de su aficion y solo algunos extranjeros van al altar. Igual creencia supersticiosa existe en Suecia, y en ambas naciones suelen anticiparse las bodas cuando el final del año es dia siniestro.

Este fanatismo dominical, tanto más incomprensible cuanto que los escoceses condenan todo atractivo, rito y ornamento en sus iglesias, indica lo que puede el férreo yugo del clero. Los templos han de huir de todo estilo de arquitectura que pueda llamarse artístico. Cualquier tendencia á ornamentacion se califica de *episcopismo* y se considera como herética. El cantar á coro en los templos es un pecado, un pecado el tener órgano en ellos, cruces, flores, velas, ni vestiduras para los

ministros. ¿Qué diferencia hay entre un cura inglés y un escocés, ó sea entre un episcopal y un presbiteriano? Que los presbiterianos, dice el escocés, llevan la camisa debajo de la levita, y los episcopales la llevan encima, aludiendo al roquete inglés. Los vidrios pintados en los templos es un crímen: el poner cruces en los sepulcros y flores sobre las losas es un pecado. Nada que se acerque á la belleza, nada que sea artístico es permitido al escocés anti-imaginativo. El ideal de un templo calvinista es la produccion del mayor grado de fealdad y mal gusto posibles, combinada con el menor gasto imaginable. Además, sus sermones, que son la parte principal del culto, no han de tratar de moral ni de aplicacion de sus principios á las acciones. El pueblo escocés cree que no es sermon, si no le hablan siempre de la caida de Adan, su rehabilitacion en Cristo, y la justificacion por la fé. Así es que oir un sermon verdaderamente nuevo es milagro en Escocia. Mientras más repetido sea un sermon viejo, más mérito para los puritanos. Así no es extraño que á pesar del fanatismo se conozca en los templos escoceses el pecado de *bostezar* y del dormir en las iglesias, no obstante las amonestaciones y censuras de los sacerdotes, dadas públicamente al que descubre durmiendo desde el púlpito.

Sobre esta estereotipia de los sermones presbiterianos se refiere una anécdota curiosa.

Fué un extranjero á un templo calvinista, y oyendo el sermon del cura, se imaginó que le habia oido en aquella poblacion en otro de sus viajes. Llevado de la curiosidad, preguntó al salir á un amigo escocés sobre el particular, quien respondió que tal vez le habria oido en otra ocasion: «Aunque á decir verdad, añadió muy sério, el sermon de hoy no es muy viejo, porque no hace más que *seis años* que lo está predicando.

Las congregaciones religiosas de los escoceses tienen un elemento desconocido en las protestantes de Inglaterra, y es el de la raza canina. La aficion de este pueblo á los perros es inexplicable, y entre los ejemplos que pudiéramos aducir bastaria citar á Walter Scott, cuyo cariño hácia su perro rayó en locura. En los distritos pastorales era práctica establecida llevar cada pastor á la iglesia á su fiel perro. En un distrito de Sutherland donde la poblacion es escasa, la concurrencia en el templo es mitad humana, mitad canina, pues cada cual ha de llevar su perro. Estos animales se sientan á los piés de los fieles, y oyen con recomendable paciencia el servicio, hasta el último salmo, en que hay general levantamiento y ruido y movimiento, como que todos se preparan para salir; de suerte que la bendicion final se recibe entre los ladridos de los animalitos, á quienes excita aquella confusion. La congregacion de una de estas iglesias resolvió poner remedio á fin de que los oficios concluyesen de una manera más decorosa, y se tomaron medidas con este



ministros. ¿Qué diferencia hay entre un inglés y un escocés, ó sea entre un episcopal y un presbiteriano? que los presbiterianos, dice el escocés, llevan la camisa debajo de la levita, y los episcopales la llevan encima, aludiendo al roquete inglés. Los vidrios pintados en los templos, es un crímen el poner cruces en los sepulcros y flores sobre las losas [illegible]. Nada que se acerque á la belleza, nada que sea artístico es permitido al [illegible] imaginativo. El ideal de un templo calvinista es la [illegible] de fealdad y mal gusto posibles, combinada con el [illegible]. Ademas, sus sermones, que son la parte principal del culto, no han de tratar de [illegible] aplicacion de sus principios á las acciones. El pueblo escocés cree que [illegible] si no le hablan siempre de la caida de Adan, su rehabilitacion [illegible] por la fé. Así es que oir un sermon verdaderamente [illegible]. Mientras más repetido sea [illegible] no es extraño que á pesar del [illegible] de *bostezar* y del dormir en las iglesias, [illegible] de los sacerdotes, dadas [illegible].

Sobre esta [illegible] se refiere una anécdota curiosa:

Fué un [illegible] el sermon del cura, se imaginó que [illegible] viajes. Llevado de la curiosidad [illegible] particular, quien respondió que [illegible] le habria [illegible] á decir verdad, añadió [illegible], el sermon de hoy [illegible] no hace más que [illegible] que lo está predicando.

Las congregaciones religiosas de [illegible] elemento desconocido [illegible] de Inglaterra, y [illegible] aficion de este pueblo [illegible] es inexplicable, y entre [illegible] podríamos aducir bastaria citar á Walter Scott, cuyo cariño [illegible]. En los distritos pastorales [illegible] á su fiel perro. En [illegible] concurrencia en el templo [illegible] su perro. Estos animales [illegible] paciencia el servicio, hasta [illegible] y ruido y movimiento, como que todos [illegible] la bendicion final se recibe entre los ladridos [illegible] aquella confusion. La congregacion de una [illegible] remedio á fin de que los oficios concluyesen de [illegible] tomaron medidas con este



Drawn by Mrs Seyffarth. Engraved by E. Scriven.

Escocia _ El perro fiel

objeto. Sucedió, pues, que hallándose oficiando un dia un clérigo nuevo, vió que los fieles continuaban sentados cuando él se preparaba á echar la bendicion. El cura vaciló, se detuvo, y esperó á que se levantasen, hasta que un viejo pastor, mirando al púlpito, dijo: «Siga, padre; nos quedamos sentados para engañar á los perros.»

Los escoceses en un tiempo se privaban de comer cerdos, y aun de criarlos, por haberlos escogido los diablos cuando salieron del cuerpo del energúmeno. Su antipatía hácia este animal era tanta, que si un ministro de la religion los nombraba en el templo, mostraban su repugnancia de distintos modos, y si á dicha leia el pasaje de la escritura en que se refiere que se precipitaron en el mar, se salian todos apresuradamente de la iglesia.

El fanatismo religioso escocés no encontraba nada censurable en la embriaguez. Los excesos á que se entregaban, y aun se entregan en este punto, son increibles, si no se tiene en cuenta que el beber es una virtud en Escocia, como en otros pueblos lo es la templanza. En todas las mesas, la señal de la retirada de las señoras, concluidos los postres, era el principio de escenas brutales y vergonzosas, porque no solo bebian sin medida, sino que obligaban á beber á los convidados, y esto llegaba á tal punto, que usaban vasos sin pié, á fin de que no pudieran colocarlos en la mesa sino vacíos y boca abajo. Cuéntase de un lord escocés, que habiendo convidado á un comerciante de Lóndres, le obligaron á beber tanto, que para librarse de más importunaciones no tuvo otro remedio sino proponer una apuesta á ver quién se atrevia á comer tres piernas de carnero asadas.—¿Quién diablos ha de comer ahora sin gana? prorumpieron los convidados.—Y ¿por qué me obligais á beber sin ella? respondió el huésped. Con todo, esta sensata observacion no produjo efecto, y tomó por partido escabullirse y esconderse debajo de una cama; y persiguiéndole el dueño y sus amigos con los vasos llenos en las manos, exclamó: —Caballero, esto no es hospitalidad: esto es brutalidad.

Era dicho tradicional en Escocia, acerca de la cerveza, que era bebida saludable no bebiendo más que *una docena* de botellas. Muchos escoceses tienen realmente lástima á los que no beben, creyendo que son los más desgraciados que viven sobre la tierra, y al buen bebedor se le considera por ello solo digno de ocupar los primeros puestos y de adelantar en su fortuna. Cockburn refiere una anécdota en que los personajes son Walter Scott y un viejo escritor gran libador de Baco. El novelista bebió y rivalizó con él, mereciendo que el viejo tonel le dijese por via de cumplimiento y elogio: «Walter, usted llegará á grande altura en su profesion.» Entre las recomendaciones que se dan unas personas á otras, no es raro hallar entre la enumeracion de cualidades, la de que es *un buen bebedor*. El que un

hombre se embriague no le hace más malo de lo que es. El poder de tragar aguardiente es una distincion, y la imposibilidad de hacer tercio en un convite es prueba de ánimo mezquino y carácter fútil. Estas son máximas escocesas.

Imagínense los lectores con tales máximas y costumbres el aspecto de un salon despues de un banquete. Tal vez, la naturaleza de los escoceses requiere estos estimulantes para dar animacion y chiste á sus conversaciones, pues segun el dicho de Sidney Smith, pocas veces se oye un chiste en boca de un escocés, y aun añade que si lo dicen, se necesita hacer en las cabezas de los oyentes una operacion quirúrgica para que lo comprendan. Lo regular, sin embargo, es que tales excesos concluyan por caer la mayor parte debajo de la mesa en un estado nauseabundo, lo cual dió orígen al chiste de un extranjero, que decia que los carpinteros escoceses labraban las mesas del comedor por el revés.

Estos excesos han sido comunes en los altos círculos de la sociedad inglesa hasta hace muy pocos años; pero el distintivo peculiar de las costumbres escocesas es la libacion compulsoria. El hombre que podia contemporizar con las reglas de esta hospitalidad era un personaje distinguido en Escocia, cuando en otras partes no pasaria de ser un gran borracho. Segun la capacidad del estómago, así llevaba cada persona su *alias* de *hombre de tantas botellas*. El clérigo Webster, por este poder de absorcion fué llamado el doctor *Magnum Bonum*, porque tenia fama de echar debajo de la mesa á todos los huéspedes, quedándose él triunfante. El doctor Carlyle, haciendo la biografía de hombres eminentes del clero escocés, habla de dos ministros muy respetados y estrictos, en los siguientes términos: «El doctor H... fué un hombre que tomó parte en todos los asuntos eclesiásticos, y fué muy venerado por la seccion evangélica de la asamblea general. *Siempre podia beberse sin dificultad sus cinco botellas de claret.* El doctor N... tenia gran influjo en la sociedad, y fué el jefe del partido opuesto en la asamblea, como era jefe en todas las sociedades y convites, *pudiendo beber como el que más y cumplir con todos los compromisos de la hospitalidad.*»

Para concluir con esta materia de intemperancia, referirémos un caso histórico que demuestra hasta qué punto se veneraba el exceso en las bebidas. El magistrado escocés Hermand iba á sentenciar una vez á un criminal, en favor del cual su defensor oponia como circunstancia atenuante, que cuando cometió el crímen estaba ébrio.

—¡Ébrio! exclamó Hermand indignado: si tal cosa pudo hacer estando ébrio, ¿qué no hubiera hecho estando sóbrio?

Para este magistrado la borrachera era el estado normal, y la sobriedad la excepcion.

De las escocesas, y particularmente de la generacion pasada, solo podemos decir elogios. En ellas se encontraba viveza de imaginacion, firmeza de caráter, corazon apasionado y levantado espíritu, junto con un entusiasmo exagerado por su dialecto y un amor decidido á sus hogares y á las costumbres antiguas. Jamás les pasaba por la mente el salir de su país, ni visitar á Lóndres, ni siquiera atravesar el Tweed. Indiferentes á las modas y á los hábitos modernos, seguian su modo peculiar, y hablaban, vestian y obraban como les parecia más escocés. Este amor al país no es propio solo del bello sexo. Los escoceses no son emigrantes, y sucede en este país lo contrario que en Irlanda. En Escocia emigran los ricos; en Irlanda los pobres.

Debiendo decir algo acerca de las costumbres populares, advertirémos que la poblacion de Escocia la forman dos razas: la germánica ó *llanera*, que habita el Sur, y la céltica que habita el Norte y se conoce con el nombre de *highlanders* ó montañeses. El lenguaje, el traje, los usos y costumbres son diversos entre ambas. Los llaneros se parecen más á los ingleses. Los montañeses á los irlandeses.

III.

COSTUMBRES POPULARES.

Los pastores y labradores escoceses celebran una fiesta popular el dia primero de mayo, á la cual llaman *Beltien*, ó sacrificio rural. Hacen una zanja cuadrada dejando la yerba en medio, y sobre ella encienden una hoguera, á cuyo calor confeccionan una especie de masa compuesta de yema de huevo, manteca, harina y leche. Cada uno ha de contribuir con algun comestible ó bebida, especialmente cerveza y aguardiente. El rito da principio derramando en la tierra parte de la masa por via de libacion, y hecho esto, cada uno toma una parte del pastel y le hace en él nueve prominencias dedicadas á nueve séres, los supuestos protectores de los ganados, ó bien á algun animal verdadero y natural enemigo de ellos. En seguida se acercan al fuego, y cortando con los dedos uno á uno los picos ó prominencias, los tiran por encima del hombro, haciendo un conjuro. La ceremonia concluye suplicando á la zorra, al lobo y á las aves de rapiña que respeten sus rebaños, peticion que les entrará por un oido y les saldrá por otro.

Otra costumbre tienen los escoceses en sus funerales, que es menester ser muy escocés para seguirla. A la muerte de un montañés se reunen en su casa los parientes y amigos para pasar la noche velándolo. Para esto se proveen de una gaita, y el pariente más cercano del difunto, sea mujer, hijo ó hija, comienza á danzar y á gritar con todas sus fuerzas al mismo tiempo. Esta danza continúa hasta el amanecer, y con tales piruetas y retozos entre los jóvenes de ambos sexos, que segun un viajero inglés, la pérdida experimentada la suplen con exceso las consecuencias de aquel velorio. Esta costumbre trae orígen de sus antecesores del Norte. Si el cadáver permanece sin enterrar, se vuelve á repetir la velada, y de esta suerte á manera de Scitas, se regocijan de que sus parientes y amigos hayan dejado esta vida de miseria en el valle de lágrimas. Los ingleses hacian esto tambien antiguamente.

Al modo que entre otros pueblos tienen á mal agüero que pase un perro por debajo de un ataud, los escoceses temen que pase por encima, y cualquier animal doméstico que lo hiciere es muerto sin piedad ninguna.

El canto de los funerales está en uso todavía en alguna partes. Son como los de los griegos, en alabanza del finado ó de los valientes hechos de sus abuelos. Sobre el cadáver ponen una batea que contiene un poco de sal y un poco de tierra: la sal, emblema del inmortal espíritu, y la tierra de la materia corruptible. Finalmente, no se ha de encender fuego alguno en la casa mortuoria.

Las supersticiones y creencias de los escoceses pueden rivalizar por lo muchas y extrañas con las de los pueblos católicos. La creencia en espectros y hechicerías ha sido muy comun entre ellos. Las madres hacen el paladar á los niños con aguardiente y tierra, por lo que no es extraño que que salgan buenos bebedores. Las panaderas hacen la cruz en la última torta ó postrero pan que amasan. La creencia en los zahoríes aun dura en algunas partes, así como la de las hadas, y los niños andan muy vigilados antes de acristianarse por miedo de que los roben ó los cambien. Los pedernales en forma de flecha de los antiguos habitantes de esta isla, creen que fueron proyectiles tirados por las hadas al ganado, al cual atribuyen las enfermedades que padecen. Para conseguir el remedio, la vaca ha de ser tocada con este pedernal, ó ha de beber agua en que se haya sumergido. El modo de librar los labradores á sus ganados de los hechizos, es poner en los establos un poco de madreselva el dia dos de mayo. Por el mismo estilo, en algunos lugares de Escocia los maridos creen evitar los malos pasos de sus mujeres atándolas hilos encarnados en la cintura. Las muchachas presumen la figura y estatura de sus maridos extrayendo vejetales con los ojos cerrados en una llanura, y en febrero son muy dadas al cambio de Valentinas, por las cuales pretenden adivinar su suerte en el estado matrimonial.

Cada gran familia escocesa tenia en otros tiempos su demonio ó génio, con sus peculiares atributos. La familia de Rothemurco tenia el Bodach ó espíritu de la montaña. La de Kinchardine, el espectro de la sangrienta mano. La casa de Gartinbeg estaba guardada por Rodach Gartin, y la de Tulloch por la muchacha de la mano peluda.

Los espectros pequeños ó de menor cuantía, que creen ser las almas de los niños no bautizados, y á los cuales llaman Tarans, se les aparecian, segun su confesion, en los bosques y lugares secretos, lamentando su triste hado.

La manera de cortejar y ajustar los matrimonios entre los escoceses es muy singular. Despues de obtener el consentimiento privado de la jóven, la pide formalmente á su padre. El amante y sus amigos se reunen en un monte que cada parroquia tiene señalado para este solo objeto, y despachan á uno de ellos para obtener permiso de acompañar á la hija. Si lo consigue, vuelve á ser enviado para convidar al padre y á sus amigos á que suban al monte y participen de un barril de aguardiente, que nunca se olvida. El amante se adelanta; toma de la mano á su futuro suegro; empeña su fé, y le es entregada la novia. Durante la ceremonia matrimonial tienen gran cuidado de que ningun perro pase entre ambos, y asimismo de que el zapato izquierdo del novio no tenga hebilla ni agujetas para prevenir ciertos encantos de los duendes. Entre los montañeses de la parte del Sur se acostumbró tambien hasta hace pocos años á colgar del cuello del marido, la mañana siguiente á la noche de bodas, una gran canasta donde las jóvenes habian de echar piedras hasta que estuviese en peligro de ser ahogado, en cuya situacion solo habia de aliviarle la novia cortando las cuerdas con un cuchillo que le daban para que lo usase á discrecion.

Acerca del instrumento músico nacional de los escoceses, divididas están las opiniones; porque unos creen ser el harpa, y otros la gaita; pero si se atiende al carácter de sus danzas y su música, no puede dudarse que la nacionalidad está de parte de la gaita. Los aires escoceses son muy animados, y apenas los puede escuchar un montañés sin despedazarse vivo danzando.

Por conclusion, dirémos, que los sentimientos y hábitos nacionales que han producido tan marcadas peculiaridades en el carácter escocés, van modificándose rápidamente con sus relaciones con Inglaterra y el continente. Ya se nota alguna relajacion en la rigorosa disciplina calvinista de la antigua escuela, especialmente en las clases altas. El dialecto se va olvidando. Los profesores ingleses dominan ahora en la enseñanza. En la arquitectura religiosa se va consultando en algo las reglas de la estética, como se vé en la restauracion de la catedral de Glasgow, y en algunas iglesias de Edimburgo, y las asociaciones religiosas no son como en otros

tiempos exclusivos cuerpos teológicos, sectas ó partidos, sino que abrazan objetos más prácticos y beneficiosos para la sociedad. La prensa, el influjo de la *Revista* que se publica en la docta ciudad de Edimburgo, notable por sus ideas liberales y despreocupadas, concluirán muy en breve con el fanatismo tan impropio en un país que posee la más célebre de las universidades para el estudio de las ciencias naturales, y que en la historia de la filosofía moderna representa un papel tan importante.

ALEMANIA.

I.

Parece extraño que los alemanes, en apariencia tan *macizos*, sean los más espirituales del orbe, y que el desarrollo físico no sea en ellos causa de alteracion del equilibrio que debe guardar con lo espiritual, en tal manera, que bien puede decirse de ellos que realizan el *desideratum de mens sana in corpore sano*. La salubridad y excelencia de su clima, propio para activar el ejercicio del cuerpo, la belleza de sus campos, la profusion de sitios verdaderamente amenos y pintorescos, el refinamiento del cultivo de sus tierras y la abundancia de frutos, el adelanto de su industria y su inclinacion natural al trabajo hacen que su educacion física no se descuide como en otros países indolentes, y corre parejas con la educacion moral que llevan al mayor grado de perfeccion posible sus sistemas de enseñanza, la libertad de que gozan, su amor al estudio, su pasion por los viajes, su inclinacion á la sociedad y su perseverancia y aplicacion en el estudio de todos los ramos del saber humano, y particularmente de las ciencias abstractas ó filosóficas.

Como las diferencias en este país son tales, que no pueden mirarse bajo un punto de vista religion, gobierno, clima y aun razas, solo algunos rasgos generales

convienen á toda la nacion alemana. La Alemania del Norte, dice *Mme. Staël,* es muy distinta de la del Mediodía; las ciudades mercantiles en nada se parecen á las literarias, ni los estaditos microscópicos á los grandes estados ó monarquías, la Prusia y el Austria.

Son los alemanes, en general, sinceros y leales, guardadores de su palabra á la que no faltan casi nunca, y agenos enteramente al engaño y la falacia. Esta raza puede decirse que es naturalmente literaria y filosófica; por lo cual dijo su historiador Richter, que «el imperio del mar pertenecia á los ingleses; los franceses dominaban la tierra, y los alemanes *el aire.*»

Quien ha pasado por la Francia y llega á Alemania, parece que encuentra hombres de plomo, y que acaba de dejar ardillas. El aleman no se apresura por nada, y encuentra obstáculos en todo. «Por una vez que se oye decir á los franceses: *es imposible,* se les oye á los alemanes ciento,» dice la autora citada.

En todas las clases se revela esa poesía del alma que caracteriza á los alemanes. Todos los moradores de ciudades ó campos, soldados y trabajadores, saben la música. En las casas más pobres se vé un piano, y personas que pueden improvisar en él, como los italianos improvisan un verso. La educacion musical es universal y viene de remota época, pues ya en los tiempos de Lutero se cuenta, que los estudiantes recorrian las calles los domingos, cantando los salmos. En Eisenach, pequeña poblacion de Saxe, aun se conserva esta costumbre en el pueblo, y los jóvenes salen á cantar melodías religiosas cuando nadie se atreve á transitar por las calles á causa del rigor del frio y la abundancia de la nieve.

Los pobres bohemios, cuando viajan, no dejan de llevar á cuestas un harpa de madera tosca, que produce, sin embargo, sonidos armoniosos, y la cual es su constante refugio en el camino; y en Austria, los pastores son extremados músicos en instrumentos sencillos que se acordan bien con las impresiones que produce la sencilla naturaleza.

Los alemanes son como nuestros vizcainos, que no conocen patria. Todo el orbe está plagado de esta raza buscavidas, ingeniosa y transhumante. Donde quiera que la civilizacion comienza á despuntar y á crear necesidades, allí están los alemanes para satisfacerlas; ya sean las de la ciencia, del arte y de la industria, ya sean las mecánicas ó domésticas. Es el aleman el pueblo más universalmente útil, y como persuadido de esta verdad, es por esencia emigrante y cosmopolita. Los campos en todas las regiones están llenos de colonos alemanes; las universidades é institutos de profesores alemanes; los teatros de instrumentistas alemanes; los mercados de uno y otro hemisferio de productos de la Alemania, con los cuales pocos centros de produccion pueden competir en la baratura. Los cafés, fondas, vapores, posa-

das, bazares, talleres, ferias; cuanto constituye un centro de recreo, de actividad, y presenta un prospecto de lucro, atrae á esta raza industriosa y perseverante, que gracias á estas cualidades y á su prodigiosa elasticidad y *acomodatividad*, halla cien caminos donde otros no encuentran una trocha.

Indudablemente la libertad de conciencia y de inteligencia era lo que más necesitaba este pueblo activo y pensador, á quien el autor del *Exámen de ingenios* solo consideraba apto para sobresalir en oficios ó industria, y luego que la consiguió supo elevarse y producir maravillas hasta merecer que se le llame *el cerebro de la Europa.*

Ningun pueblo hay más bien templado para la comunicacion y trato social que el aleman. Fuera de las nécias prescripciones de la política gubernamental, que han sido y aun son harto molestas en Alemania, el viajero que atreviesa sus fronteras puede decir que está en su elemento, que entra en su casa, y más especialmente si visita las ciudades libres, la aristocrática Baden y la *ciudadana* Hamburgo, sin que por esto se diga que viven en un estado de anarquía, ni se falte en el trato á lo que á cada cual se debe. Esto es resultado de la nativa seriedad y dignidad de sus personas, de la frecuencia del trato recíproco, y más que todo de la excelente educacion que reciben de libros y maestros. La libertad ha resuelto en ellas multitud de problemas irresolubles para la autoridad.

Con lo grave y flemático de los ingleses y su tendencia á lo positivo, reunen los elemanes varios caractéres del pueblo francés. Como éste, es amigo del recreo y de la vida en público. En ninguna poblacion se ven los hombres recreándose en comun como en Alemania. Los alemanes viajan en compañías, comen en compañía, y no pueden vivir sin que la conversacion sazone todos los placeres. El número de *mesas redondas* que existen en Alemania, á donde van á comer no solo los solteros y viajeros, sino los casados con sus familias, es incalculable, y donde quiera que se reunen, en los paseos, teatros, conciertos, mesas y casinos, está proscrita la etiqueta fastidiosa é intolerable que reina en otros países. Comparado un escocés, que tanto blasona de libertad, con un aleman, parece aquel medio hombre; así como los persas y chinos nos parecen autómatas en parangon con los europeos. Cierto que la libertad política de los escoceses no la tienen los alemanes, hasta ahora poco preocupados de tales cuestiones; pero en cambio gozan de mucha más libertad social y religiosa. Aquella vendrá con el tiempo, cuando la voz de la Alemania no sea una voz profética, pues parece excusable que los que dieron inmortalidad al pensamiento y se elevan á las altas regiones de la filosofía y de la ciencia, vayan más despacio en la resolucion de otros problemas prácticos. El pueblo que ha producido á Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Krause; á Goethe, Lessing y Schiller; á Strauss y Klopstock; á Haydn, Mozart, Bach y Beethoven y otros muchos explo-

radores de lo absoluto, bien merece indulgencia por no haber realizado su ideal político á que tiende la fuerza irresistible de las cosas, que es mera cuestion de tiempo, y que tal vez por su génio eminentemente dialéctico, y por su concepcion *á priori* de la unidad nacional y política, abandona á la corriente fatal de los sucesos que paulatinamente la preparan.

Las escuelas de Alemania son famosas en Europa, y con razon. El génio de la nacion germana es eminentemente escolástico, puesto que la paciencia requerida para ser excelentes pedagogos es una de las cualidades características de esta raza. Desde tiempo inmemorial han calificado los historiadores de pacienzudos á los alemanes. La superioridad de sus tratados de filosofía y demas libros de texto en sus institutos y universidades, así como la consagracion de toda la actividad y tiempo á un solo órden de conocimientos, ya sea el más abstracto, ya el más concreto; ya sea la más sublime metafísica, ya la filología; ya el mero estudio de una clase de insectos, ó la coleccion de curiosidades, es debido simplemente á ese afan de profundizar, á esa tendencia unilateral de su inteligencia. Este escolasticismo produce ilustres profesores, profundos filólogos y mitólogos, sistemáticos pensadores, incomparables metafísicos; pero en cierto modo es causa de dos inconvenientes: el de limitar la esfera de los conocimientos, y perjudicar á la originalidad é invencion. El jóven estudiante aleman está enseñado á tener tal respeto y obediencia al maestro, que es más fácil que ponga en duda cualquier verdad, que dudar de las reglas y cánones que ha aprendido del maestro de escuela ó de los críticos.

En Alemania, todo niño ha de ir á la escuela, sin que sea excusa la pobreza, puesto que las hay en cada parroquia con tales dotaciones y emolumentos que pueden soportar la educacion de los pobres. Ninguna persona puede contraer matrimonio sin presentar un certificado de haber asistido á las escuelas, á las que las normales proveen de competente número de maestros. La de Viena solo da de 1600 á 1700 anualmente.

La música se estudia asimismo en todas ellas, y contribuye á formar el carácter social y un tanto paradisíaco de los alemanes. El célebre Juan de Huss habia dicho, despues de un bello elogio de este arte: «Es preciso introducirlo en las escuelas. Todo maestro debe conocer y saber la música: de lo contrario, no podré estimarlo. Ni aun debiamos ordenar sacerdotes que no fuesen hábiles en este estudio, ni hubiesen practicado este arte.» Fiel á estas ideas, Lutero introdujo la música en todas las escuelas protestantes; instituyó en muchas ciudades las *músicas municipales*, y los repiques concertados de las campanas. Tal era su entusiasmo por este arte espiritualísimo, que no solo hizo poner en música los salmos, sino la confesion de Ausburgo, y hasta su catecismo.

Estos antecedentes, y la aparicion de Palestrina en Italia, prepararon la gran época de los famosos génios que comienzan con Haydn, el verdadero padre de la sinfonía, y acaban con Meyerbeer, por los cuales la Alemania lleva el cetro y la corona en este sublime arte, sin que la Italia pueda disputárselo, como ninguna otra nacion puede disputarle sus adelantos en la filosofía.

Hácia 1810 se establecieron en Alemania las sociedades musicales á semejanza de las que existian en Suiza, y todas las ciudades, pueblos y villas formaron la suya, unas para ejecutar grandes conciertos, y otras para perfeccionar la música popular; y así se vé con frecuencia en lugares pequeños, reunirse los obreros de ambos sexos en algun gran edificio, y pasar las noches ejecutando admirablemente los difíciles oratorios y magistrales obras de Handel, Bach, Haydn y otros maestros, como pudieran hacerlo consumados artistas en las córtes de Lóndres, París ó Viena.

Entre los estudiantes alemanes no se conocen los pasatiempos á que se entregan los ingleses en los períodos de asueto, y aun en medio de sus tareas. Un instituto de enseñanza inglés ha de comprender entre sus elementos y accesorios juegos atléticos, como remar, correr, saltar, montar á caballo, nadar, jugar al *cricket* y otros ejercicios que creen necesarios para una educacion completa. La distraccion ó diversion del estudiante aleman en las vacaciones ú horas de recreo, es el estudio bajo otra forma. En los dias que no hay clases se los vé, ya con una gran caja á guisa de morral puesta á la espalda, recorriendo los bosques y coleccionando plantas, ya cogiendo mariposas, ó ya con un palo, con una gran porra en un extremo, subiendo por las rocas y añadiendo fragmentos minerales á su reunion de muestras geológicas. Casi todos los jóvenes poseen algun museo en miniatura de esta ó de la otra especie, siquiera sea de escarabajos empalados, ó bien algun libro en folio de papel prieto, en el que cada hoja contiene alguna flor ó planta seca. Estas costumbres y método de educacion se llevan á tal extremo, que hasta sus viajes son escolásticos y científicos, y nada hay más comun que ver en Alemania, en Suiza, en Italia, y aun en más lejanos países, bandadas de estudiantes jóvenes con su maestro á la cabeza, el cual hace las veces de guardian, tutor, correo, *cicerone*, compañero y maestro, prosiguiéndose el curso al aire libre y transplantándose la escuela de la ciudad á los campos. De aquí proviene tambien el tinte unilateral del génio aleman, que llega hasta confundirse con una especie de monomanía confirmada. El aleman generalmente es muy ilustrado en el asunto que escoge por tema de sus estudios, porque lo profundiza hasta no más, y no deja rincon que no examine; pero por lo comun, càrece del conocimiento enciclopédico necesario en el trato social, y si lo tiene, no hace uso de él, considerándolo incompleto y frívolo. Hablen á un profundo filólogo de arte, de política, de química, de higiene, ó de las cosas más comunes de la vida, y guardará silencio

mientras no se trate de etimologías y de la afinidad de los idiomas con el sanscrito. Un profundo investigador de la especie molusca, no puede hablar cinco minutos con otro pacientísimo investigador de coleópteros. Si á cada cual le tocan en la cuerda, no dará cuartel á nadie, por aquello de *cave ab homine unius libri*. En efecto, considerada intelectualmente la nacion alemana, es una nacion de maestros y estudiantes. O están aprendiendo, ó están enseñando. Para un génio frívolo, versátil como el francés, Dios le libre de pasar una *soirée* con un verdadero y genuino profesor aleman, cualquiera que sea el ramo de sus conocimientos. Ni el estado social de su país, ni la marcha de la política, ni los intereses del progreso, ni cuestion alguna será para él interesante ni digna de ocupar su atencion, fuera de aquella que conoce de cabo á rabo. El dejará

Que el mundo, en tanto, sin cesar navegue
Por el piélago inmenso del vacío,

atento solo á su sistema; y cuando hableis de jurisprudencia, os dirá que hay tal mariposa que en el espacio de un segundo mueve las alas veinte y cuatro mil veces; y si tratais de civilizacion del Africa, os responderá que hay tal gusano que en una de sus patas tiene veinte millones de plumas imperceptibles á la vista natural; pero que las ha visto y contado con el auxilio del microscopio y la paciencia del pescador de caña, y finalmente, si le hablais de gobiernos, de principios políticos, etc., os responderá que hay pequeños pedazos de roca donde él ha descubierto cuarenta y cinco millones de especies diferentes de insectos, cada una de las cuales muestra en sus individuos, pasiones y necesidades, ni más ni menos que el gran insecto que se llama hombre; porque un naturalista ha de llamar al hombre, *infusorio* ó insecto, si ya no es que le apellida *troglodita refinado*.

Esta subdivision del trabajo mental, ¿es un mal ó un bien? Si en el ramo industrial se quejan algunos de que el operario que hace puntas á los alfileres en una gran fábrica, no sabe hacer cabezas, ni menos un alfiler entero, se quejarán de estas especialidades intelectuales de los teutones, entre los cuales difícilmente se hallan esos *Petrus in cunctis*, que tanto abundan en cualquier café de Francia ó de España; pero si consideramos la grandeza del arte, la brevedad de la vida, y que no *todos* lo podemos *todo*, deben parecernos muy discretos estos monógrafos con todos sus defectos y singularidades de carácter. Estos graves pensadores, si no son flexibles y agradables en sociedad, tampoco la buscan como un *causeur* francés: se contentan con la soledad de su gabinete y la comunicacion con algunos amigos ó discípulos, y viven solo para la ciencia, á la cual se han consagrado en alma y cuerpo. Se casan con sus estudios, y de este consorcio salen frutos que llenan de admiracion al mundo. El exámen y observacion de la vida privada de estos infati-

mientras no se trate de etimologías y de la [illegible] idiomas con el sanscrito. Un profundo investigador de la especie [illegible] hablar cinco minutos con otro pacientísimo investigador de [illegible] cual le tocan en la cuerda, no dará cuartel á nadie, por [illegible] *libri*. En efecto, considerada intelectualmente [illegible] de maestros y estudiantes. O están aprendiendo, [illegible] frívolo, versátil como el francés. Dios lo [illegible] y genuino profesor aleman, [illegible]. Ni el estado social de su país, si le [illegible] del progreso, ni cuestion alguna será [illegible], fuera de aquella que conoce de [illegible]

[illegible]

[illegible] de jurisprudencia, os dirá que hay tal [illegible] las alas veinte y cuatro mil veces; [illegible] que hay tal gusano que en una [illegible] imperceptibles á la vista natural; pero [illegible] microscopio y la paciencia del pescador [illegible] de principios políticos, etc., os [illegible] pequeños [illegible] donde él ha descubierto cuarenta y [illegible] de especies [illegible] cada una de las cuales muestra en [illegible] individuos, pasiones y [illegible] ménos que el gran insecto que se llama hombre; porque [illegible] al hombre, *infusorio* ó insecto, [illegible] nó es que le apellida [illegible]

Esta [illegible] mal ó un bien? Si en el ramo [illegible] que hace puntas á los alfileres en [illegible] un alfiler entero, se quejarán [illegible], entre los cuales difícilmente se [illegible] en cualquier café de Francia ó de [illegible] del arte, la brevedad de la vida, y que [illegible] muy discretos estos monógrafos con [illegible]. Estos graves pensadores, si no son [illegible] como un *causeur* francés, se [illegible] y la comunicacion con algunos amigos ó [illegible] á la cual se han consagrado en alma y cuerpo. [illegible] de este consorcio salen frutos que llenan de admiracion [illegible] observacion de la vida privada de estos infati-



Alemania — La Vision

gables operarios de la ciencia, puede dar ripio á la mano para delinear el ideal del carácter del verdadero hombre de letras, que no deja de tener curiosas extravagancias y manías, y aun contradicciones extrañas. De Beethoven, cuyas obras rebosan melodía dulcísima, se cuenta que era de un temperamento intratable por lo áspero, agrio y seco. Esto no quita que dijese, con el orgullo propio de un gran génio, que el que comprendiese y gustase de su música, se hallaria libre y exento de todos los dolores y miserias de la vida. De Kant, cuya vida pasó del gabinete á la cátedra, se refiere que no podia explicar filosofía sin tener la vista fija en el boton de la levita de uno de sus discípulos, y un dia que se le habia caido, cerró la clase y se fué á su casa, incapaz de dar la leccion. De Haydn se cuenta asimismo, que no podia escribir una nota de música sin tener puesto en el dedo el anillo que el rey le habia regalado por una de sus composiciones. Tales caractéres no son para plegarse al temperamento y convenciones de una sociedad, sino para vivir libres y seguir su camino y sus manías formando individualidades de gran relieve.

Los hombres distinguidos de Alemania, que no tienen un París, centro de reunion que todo lo absorbe y donde todos concurren, casi nunca se conocen y solo se comunican por escrito. Cada cual sigue su rumbo aisladamente, y descubre sin cesar nuevas regiones en el vasto mundo de la antigüedad, de la metafísica y de la ciencia. Lo que se llama estudiar en Alemania, significa quince horas diarias de soledad y de trabajo durante muchos años. La monotonía de la sociedad hace que los hombres superiores amen el retiro. Pensar y obrar, no tienen apenas relacion en este país. La verdad parece, segun el dicho de Staël, la estátua de Mercurio Hermes, que no tenia manos para asir ni piés para andar. No se dirá que los alemanes se elevan á teorías por interés alguno. El de la verdad pura es el que los mueve, y por eso son más respetables esas conquistas pacíficas de la reflexion que ocupan á tantos génios aislados, sin fortuna, sin poder y sin más comunicacion ni trato que la religion y el culto del pensamiento.

Pero dejemos á los alemanes y vamos á decir algo de las alemanas. Éstas tienen un encanto que les es peculiar, lo que unido al timbre de su voz, sus cabellos rubios y su tez blanca y sonrosada las hacen por extremo seductoras. Son más modestas, pero menos tímidas que las inglesas. Dícese por via de comparacion entre las mujeres de varias naciones europeas, que la mujer inglesa en las calles, *corre;* la francesa, *danza;* la española, *pasea,* y que solo la alemana *anda;* lo cual prueba que son muy naturalotas, y procuran agradar generalmente más por la sensibilidad y la imaginacion que por otros artificios. El amor es una religion en Alemania; pero religion poética, por ser la imaginacion superior á la pasion en esta raza.

En los pueblos y lugares pequeños, las alemanas llevan una vida muy activa y laboriosa, y tal, que solo su constitucion *maciza* pudiera resistirla. Un aleman que ha visto el mundo, se escandaliza de la ociosidad de las mujeres americanas é inglesas. En casi todos los pueblos de Alemania se sigue una costumbre muy parecida á la existente en Suiza. Las muchachas eligen sus *cameraden* ó amigas y sus *chichisbeos* entre los jóvenes. Durante cierta estacion del año, estos camaradas dan convites por turno á sus amigas y amantes cada domingo por la noche; pero cuando comienza la temporada del trabajo, las reuniones son diarias, y cada una trae á su amante y su rueca, y sentándose en rueda, pasan la noche cantando, hilando y cortejando. En esto se tiene gran cuidado que la edad de unos y otros sea proporcionada, y que no se mezclen ni reunen las parejas, siquiera sean de hermanos: y una de las prescripciones y estatutos de estas juveniles sociedades, es que si una hilandera rompe el hilo, al grito de *Ca-put* que da un observador, todos los jóvenes han de cobrar de ella la multa de un beso, que es la pena impuesta.

Las ceremonias matrimoniales en Alemania son muy sencillas, y tienen más de moral y social que de religiosas; y lo único que sobresale en ellas es el sermon que el cura pronuncia ponderando á los recien casados las ventajas y bendiciones de la vida conyugal, sermon que dura más ó menos, segun la condicion *financiera* de los esposos; pues, en efecto, á un matrimonio pobre, pocas venturas le puede pintar el orador más fecundo, ni menos puede extenderse en alabanzas sobre las gracias de la novia, que la pobreza oscurece, así como la riqueza pone de manifiesto.

En la noche del casamiento, al dar el reloj las doce, tiene lugar una costumbre algo supersticiosa, pero comun bajo diversas formas á casi todos los pueblos. Consiste en vendar los ojos de la novia con un pañuelo, y poner en sus manos el ramo que el novio lleva en el pecho, despues de lo cual las doncellas dan vueltas en derredor, esperando con ansiedad cada una de ellas que la suerte la haga colocar sobre su cabeza, porque entonces es signo y pronóstico seguro que en el término de un año se ha de ver casada.

Tras esto, se pone á la recien maridada un gorro ó capirote de muselina blanca, hecho por las madrinas para la ocasion, y como distintivo de que ya es señora. Al marido le engalanan tambien con otro cucurucho de algodon que termina en una borla, y tiene un nombre harto curioso, y así adornados, se sientan de nuevo á la mesa en que han estado bebiendo y brindando. Testigos de toda veracidad, refieren, que este momento uno de los convidados se desliza suavemente debajo de la mesa, y desata y quita una liga á todas las jóvenes y mujeres presentes, á cuyo fin es costumbre entre ellas el llevarlas lujosas, resplandecientes y bien bordadas. Las dichas ligas son expuestas sobre la mesa, cortadas á pedacitos, y distribuidas entre

los caballeros, que los colocan en el ojal de la levita, como si fuese la cinta de la Legion de Honor. Nosotros no hemos visto tal ceremonia; pero el verídico narrador insiste en afirmar que no solo se practica esto en las bodas de los rústicos y los plebeyos, sino en las de los ricos, y aun en los casamientos de príncipes en Alemania: á lo cual no hay responder, sino que *Honni-soit*, etc., y que tal costumbre se aviene bien allá con los alemanes, como otras que se ven en países del Norte, de peligrosa imitacion en los del Mediodía.

Antes de acabarse el banquete se pasan en derredor de la mesa tres platos.

En uno de ellos hay puesta una poca de sal y un pedazo de lienzo quemado. Esta es una indirecta de la cocinera, significativa de que se ha quemado el traje mientras preparaba la cena, y tácitamente suplica á la reunion se sirva contribuir con *qualche cosa* para comprar otro nuevo; súplica que no desoyen los galanes caballeros.

El segundo plato es para los coristas ó muchachos *currentes*, especie de cantores errantes de que hablarémos, y que se ven á cada paso en Thuringia y particularmente en su capital Eisenach, la patria de Martin Lutero, que fué tambien en su infancia uno de estos cantores mendigos. Varios de estos muchachos son asistentes obligados de las bodas, y despues que han cantado en coro sus himnos y poesías, pasan el plato para recoger donativos.

El tercer plato lleva unos palillos por emblema, y significa propina para el criado ó los criados. «En verdad, suele decir un aleman de esta parte de Sajonia, las bodas se van haciendo muy caras para el cuitado que asiste á ellas. Más vale ir á un bautismo, en donde solo los padrinos son los paganos.» No es esto de admirar en una boda en Alemania, sino que semejantes gabelas existan aun en Inglaterra civilizada para los concurrentes á una simple comida ó baile, pues todavía no se ha quitado del todo la costumbre en los criados y criadas de pedir un chelin, ó sean cinco reales, cada vez que entregan á los caballeros una prenda de su vestuario, como son el gaban, el sombrero, el baston y los guantes. Esto nos recuerda la anécdota de un verdadero John Bull, á quien pidiéndole una linda doncella el chelin correspondiente á los guantes, respondió: «Hija, eso es más de lo que valen.»

II.

SITIOS Y CIUDADES NOTABLES.

Una de las maravillas en la geografía física de Alemania es la famosa cueva de Adlersberg, quizás la mayor que existe en Europa, y la cual no deja de ser visitada por ningun extranjero que recorre Carniola. Esta gruta ha sido explorada hasta distancia de cinco millas, y aun no se le ha hallado el fin, creyéndose que son innumerables las galerías y espacios que contiene. Su situacion bajo un castillo arruinado, no muy distante de la gruta Magdalena, de la poblacion de Laibach y del castillo de Rosenbach, sitios á que se asocian muchas tradiciones, la hacen aun más interesante, y tan amoldada para excitar la imaginacion popular, como nuestra cueva de Montesinos, la cuesta Zulema y la sima de Cabra. De Laibach se dice que fué fundada nada menos que por Jason y los argonautas, que siendo perseguidos por los Colchios despues de la presa del vellocino de oro, desembarcaron en el Danubio y fundaron la ciudad á que dieron nombre de *Nauportus*.

Del castillo de Adlersberg se cuentan no menores prodigios que los que refieren de los encantados los autores de leyendas. En él habitó una dama, que segun unos, atrajo á un jóven príncipe cazador, no obstante las prohibiciones y los rumores de las gentes de las cercanías, y presentándosele y huyendo de su vista como fuego fátuo, le internó al fin en las soledades y laberintos del castillo, y nunca más se supo de él. Segun otros, y esta es la version más romántica y más cierta, el dicho castillo de Adlersberg pertenecia á una dama tan bella como orgullosa, de la cual se enamoró perdidamente un baron, y no pudiendo lograr su mano, reunió sus gentes, sobornó al senescal y demas personas de la servidumbre de la linda Ermengarda, que este era su nombre, y poniéndole cerco, cuando la hermosa castellana no tenia más guarda ni compañía que la de un fraile cisterciense, iba ya á alcanzar el objeto de sus ansias, cuando apareció como por ensalmo el hijo de su halconero, que de secreto la adoraba, y abierto el paso con la muerte del malandrin, se la llevó en sus brazos, la salvó del peligro y tuvo por recompensa la mano y los tesoros de la castellana.

Hamburgo es una de las ciudades más florecientes de Alemania, y por su

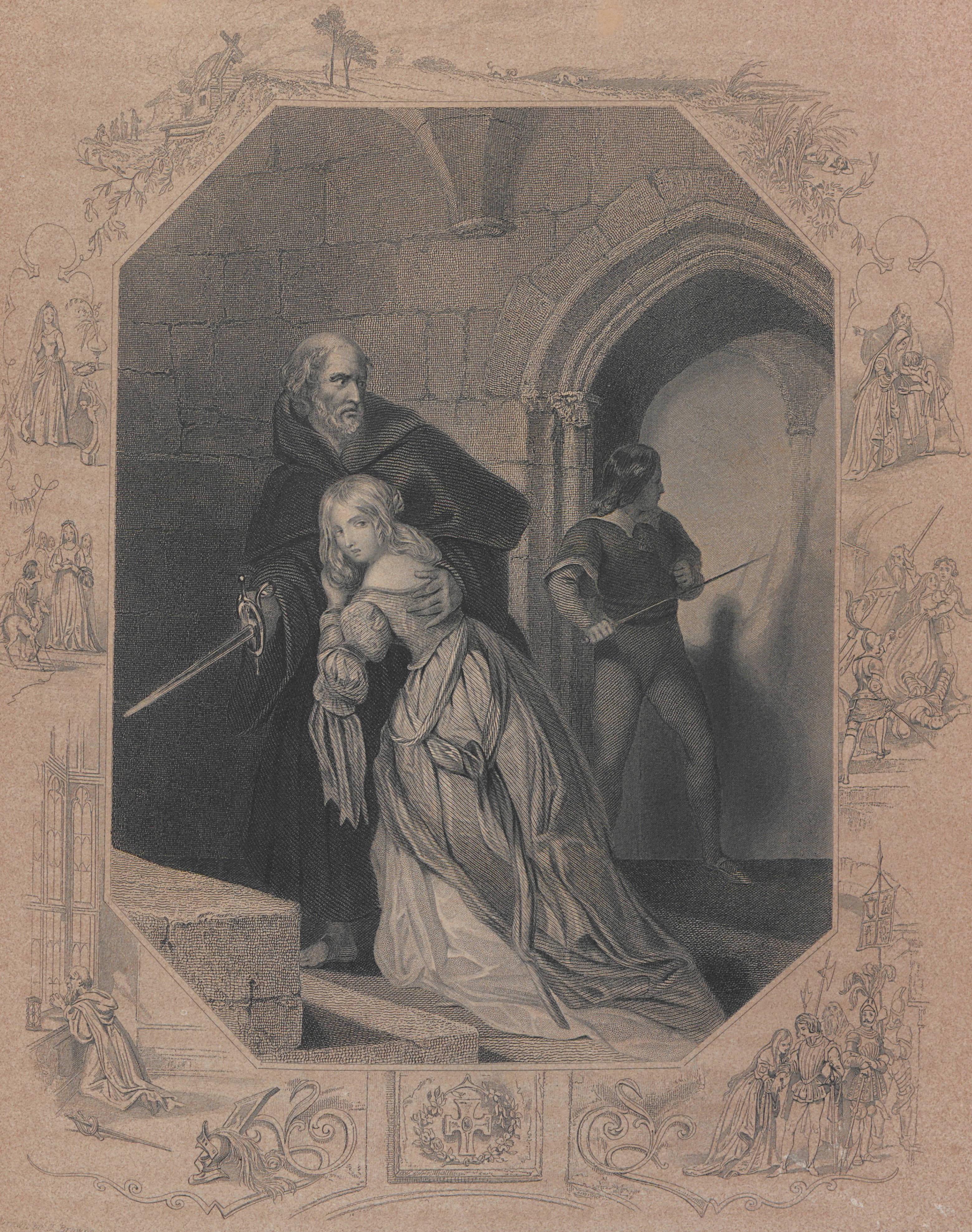
II

[illegible]

[illegible] es la famosa cueva de [illegible] la cual no deja de ser [illegible] ha sido explorada [illegible], creyéndose que [illegible] bajo un castillo [illegible] de Laibach y [illegible] tradiciones, la hacen [illegible] imaginacion popular, como [illegible] Montesinos [illegible] de Cabra. De Laibach se [illegible] fundada [illegible] argonautas, que siendo [illegible] por los Col[illegible] de oro, desembar[illegible] en el Danubio y [illegible] de *Nauportus*.

Del castillo de [illegible] que los que refieren [illegible] los encantados [illegible] una dama, que segun unos, [illegible] á un jóven [illegible] y los rumores de las gentes [illegible] de su vista como fuego [illegible] del castillo, y nunca más se [illegible] y más cierta, el dicho [illegible] como orgullosa, de la cual [illegible] su mano, reunió sus [illegible] servidumbre de la linda [illegible] cerco, cuando la hermosa [illegible] un fraile cisterciense, iba [illegible] como por ensalmo el hijo [illegible] el paso con la muerte del [illegible] y tuvo por recompensa la mano y los tesoros de la [illegible]

Hamburgo es una de [illegible] de Alemania, y por su



Alemania — El Castillo de Adlersberg

situacion y los hábitos laboriosos de sus moradores puede ser considerada con respecto á Alemania como Lóndres respecto á Inglaterra, con la diferencia de que en Hamburgo no existen esos capitales monstruosos y esa variedad de fortunas que escandaliza en la gran factoría del Támesis. Los productos del comercio están divididos con tan buena proporcion, que el número de familias acomodadas forma la gran mayoría, y apenas se hallarán cinco ó seis personas opulentas. El carácter mercader del hamburgués es muy distinto del mercader de todas las naciones. Como en esta capital el comercio es el orígen de la riqueza, el comerciante es el noble, el aristócrata y cuanto hay que ser. Apenas se vé con un sobrante de capital, ha de proveerse de una quinta ó casa de recreo en las cercanías y un carruaje. Su liberalidad proviene en parte del estado de fluctuacion y de la facilidad de conseguir lo que se llama allí una fortuna. En otras plazas, el temor de venir á pobreza y á no rehabilitarse jamás, hace á los hombres míseros y mezquinos; pero el hamburgués, que al menor contratiempo puede venir á la pobreza, al menor esfuerzo puede tambien volver á recobrar lo perdido.

Hamburgo, escribia Riesbeck hace algunos años, es verdaderamente singular como ciudad comerciante, pues en ella se encuentran personas que han hecho bancarrota cinco ó seis veces, y han vuelto á ser ricos. Un hombre con un capital de mil, hace más ruido y ostentacion que otros con un millon en otras plazas. De improviso, un cambio de su estrella le hace perder casa de recreo, casa habitacion, almacen, coches, jardines, criados; nada importa, al dia siguiente se le vé en la bolsa comenzando de nuevo su carrera, y apenas se han vendido sus propiedades para pagar á los acreedores, ya es dueño de otras y poseedor de otro tren como el anterior, hasta que otra vez vuelve á bajar y á subir y á quedarse como el aceite encima del agua. La certeza de que no se verá obligado á pedir limosna en su vejez, contribuye mucho á extender la liberalidad de los hamburgueses. Los quebrados ó náufragos del océano mercantil tienen una porcion de puertos seguros, si no quieren volver á probar los lances de la fortuna. Ellos tienen asilos, donde se ofrecen mútua proteccion y ayuda y empleos los que no pueden vivir cómodamente, á más de los fondos para el sosten de los *pobres ciudadanos*, palabra que equivale á *quebrados*. En efecto, como ellos se han hecho la ley, se han asegurado contra todo evento.

El gran capital de los hamburgueses es su industria y su ingenio, que lo tienen excelente para cálculos, especulaciones y proyectos oportunos, de tal modo, que se halla más teoría de comercio entre los corredores de Hamburgo, que puede hallarse en volúmenes escritos sobre la materia, y la viveza y prontitud con que se trafica, hace que comparativamente á la riqueza haya más metálico en circulacion, pues el

carácter de estos comerciantes no les inclina á hacerse ricos por economía, sino por lances afortunados hijos de su génio mercantil.

El gobierno establecido por esta comunidad es admirable. El poder legislativo está en manos de los ciudadanos, que han constituido una república entre democrática y aristocrática, evitando los inconvenientes de ambas. Los legisladores son elegidos en las cinco parroquias ó distritos de la ciudad, y cuando se trata de negocios importantes, han de aparecer ante una asamblea general, en donde todo propietario ó poseedor de cierta suma marcada puede aparecer y dar su voto. Las rápidas y constantes revoluciones de fortuna de los ciudadanos son un seguro de la paz y órden de esta ciudad libre, donde no se conocen los peligros de la oligarquía ni las ambiciones de familias poderosas, de las cuales no hay república segura.

Despues de Hamburgo, Francfort es una de las ciudades libres que conservan más su primitivo esplendor, pues Nuremberg, Ausburgo y otras muchas van declinando sensiblemente, y apenas son sombra de lo que fueron. La situacion de esta plaza es por demas muy ventajosa, pues está en el centro de la mejor parte de la Alemania, y tanto por su libre legislacion económica, como por su celebrada feria, y ser como el camino obligado de todos los bañistas que se distribuyen en las innumerables termas del país, es siempre muy frecuentado por extranjeros y nacionales, y por los príncipes de los pequeños estados adyacentes, habiendo ocasiones en que se reunen en Francfort cincuenta y sesenta príncipes, como pueden reunirse arrieros en la Mancha, particularmente de aquellos estados, cuyo ejército permanente puede hacer evoluciones militares dentro de un gabinete de palacio.

Pero la poblacion de recreo que puede servir de modelo es sin duda Baden-Baden. Sus baños, sus alrededores pintorescos, su casa de conversacion, que es al propio tiempo casa de juego á la *roulette* y al treinta y cuarenta, salon de baile y sala de conciertos, así como su feria y numerosos *hoteles*, son conocidos por todos los *touristas* ó *sportsmen*. Baden es la capital del placer, la córte cosmopolita de verano donde reina la elegancia, domina la franqueza, corre el oro á torrentes y se rinde vasallaje á los placeres. Allí van los reyes sin cortejo, los príncipes de *incógnito*, los plebeyos con boato, los pobres con esperanza de ser ricos, las *damas galantes* con prospecto de acomodo, los enfermos para convalecer, los artistas para triunfar, los grandes hombres para tratarse con los pequeños, los pequeños para medirse con los grandes. Es preciso ir á Baden-Baden, aunque no sea más que por una semana para dar fé de vida, porque aquel es el casino de ambos mundos y de ambos sexos.

En las mesas de Baden no se ofrece el espectáculo que generalmente caracteriza

las de todos los pueblos de bañistas, donde aparecen esqueletos y figuras pálidas que no hablan más que de sus dolencias y alifafes. Allí todos gozan de buena salud, y quién habla de sus paseos á Lichteuthal; quién de sus ganancias en el juego; éste de su encuentro con un personaje notable; aquel de la llegada de tal príncipe, y todos de los recreos y funciones del palacio encantado de Benazet.

El jugar en Baden-Baden no es vergonzoso ni mal visto. Mujeres y hombres, padres é hijos, nobles y plebeyos rodean las mesas y prueban su fortuna con más ó menos ahinco. Hay señoras que se mandan servir el almuerzo en la misma mesa de juego; que allí comen y allí se las vé desde las doce de la mañana hasta las doce de la noche, teniendo delante de sí varios montones de monedas de oro y plata y billetes de banco, y en la mano una pala para recoger sus ganancias ó colocar sus puestas. Junto á ella se vé á un lado un correo ó ayuda de cámara, y al otro un personaje condecorado, y más allá á una Lorette, y á su derecha un pollo que le sirve de mina y vé impasible la alta y baja de su cartera, segun los caprichos de la suerte. El silencio solo se turba por la voz del banquero, que repite á cada instante:—Haced el juego, señores, haced el juego.—Veinte mil reales al cero, dice uno de los circunstantes en tercera fila. El pagador, colocado en frente, le mira, haciendo señal de aceptacion. A la voz de *basta,* se suspenden las puestas, y cesa el ruido metálico, que sustituye el del globulillo corriendo por la esfera movible llamada *roulette.* Cae al fin, y se posa en un número.—Veinte y cuatro, rojo, par y pasa, canta el banquero, y en menos de veinte segundos se trasiega el metal esparcido sobre la mesa, de la banca á los bolsillos y de los bolsillos á la banca. En esta confusion ordenada suelen ocurrir escenas curiosas. Se ha dado el caso de abandonar un espectador un luis de oro sobre el tablero impar, y venir diez y seis ó veinte impares consecutivos que ha pagado la banca á la dobla, sin apercibirse que era moneda mostrenca; pero al fin, la banca, menor de edad, no habiendo quien reclame, extiende su guadaña ó pala y la lleva al fondo comun. En estas ocasiones suelen entablarse lindos diálogos entre dos *levanta muertos,* que bonitamente procuran apropiarse aquella cantidad, venciendo el más descarado como es consiguiente. Algunos jugadores han hecho saltar la banca varias veces, aunque las puestas no pueden exceder de seis mil francos, y otros se han saltado la tapa de los sesos, hartos de luchar contra la fortuna.

Entretanto, el exterior de la casa de conversacion presenta un aspecto brillante y animado. Las gradas ó galerías extensas que la dan acceso están cuajadas de extranjeros de todos los países del universo. El paseo rebosa de elegantes de ambos sexos, encantados con la suave y aromática brisa de las montañas y jardines que rodean la poblacion, y distraidos con la brillante música que alterna en los pabello-

nes. Otros, sentados en las numerosas mesas que provee el *restaurant*, beben exquisitos vinos en vasos de Bohemia de vivos colores y raras figuras, ó saborean las cervezas de Baviera ó de Inglaterra en empinadas y estrechas copas *more tudesco*. Aquí unos enamoran, otros ferian, otros hablan; y todos pasan de sorpresa en sorpresa con los repentinos encuentros de amigos y conocidos que á cada hora traen los trenes, viéndose pasear modestamente entre el concurso célebres literatos, filósofos, poetas, artistas, compositores y hombres ilustres en todo género de ciencias, inclusa la diplomacia y la política. Baden-Baden es el único museo vivo de las glorias y notabilidades de Europa, y su fama va siempre en aumento, gracias al buen gusto de Benazet, que es el verdadero gran Duque, señor y director de esta poblacion seductora.

Mucho espacio necesitaríamos para hablar de los diversos caractéres que ofrecen los reinos, provincias y ciudades de Alemania, en donde hay poblaciones antiquísimas, como Lubeck y Munster, que todavía ostenta la casa de Juan de Leyde, y otras construidas á la moderna, ofreciendo pintorescos contrastes; pero en esta rápida ojeada debemos ser concisos.

Bohemia, rodeada por una muralla circular de montañas con solo una abertura por donde pasa el Elba para desaguar en el mar, es pintoresca solo en las cercanías de las montañas. En Hungría, la atencion del viajero se fija más en los moradores que en el país, pues los *magiares*, ó la raza dominante, son totalmente distintos en fisonomía y lenguaje de sus vecinos los alemanes. De los valles pintorescos del Tirol ya hemos hablado en el lugar correspondiente. Viena es la capital imperial, la ciudad vieja y santa, la Moscou de Alemania, como Berlin es comparada á San Petersburgo: una de las córtes más alegres y disipadas; pero al mismo tiempo uno de los sitios más agradables en el continente europeo, por reunir los atractivos del placer con los más sólidos y sustanciales del arte, de la literatura y de la ciencia. En punto á esplendor arquitectónico, pocas capitales la superan, y rivaliza con muchas en los encantos de sus pintorescos arrabales. Styria y Carinthia son una continuacion de la Suiza germana, como puede llamarse el paisaje del Austria y el Tirol, y Carniola bien merece el nombre de país de las maravillas, siquiera sea por su famosa cueva de Adelsberg, digna de un viaje expreso para examinarla.

En el Sur son notables las poblaciones de Munich, la Florencia de Alemania, en las márgenes del Isar, por sus magníficos museos y galerías y monumentos, aunque las más de sus bellezas son de fecha muy reciente: Nuremberg, famosa por sus manufacturas y su castillo imperial: Ratisbona, cuna de don Juan de Austria, comerciante en lo antiguo, y política despues como sitio de las dietas imperiales: Carlsbad, la más aristocrática reunion de bañistas, donde mana el celebrado *Sprudel*,

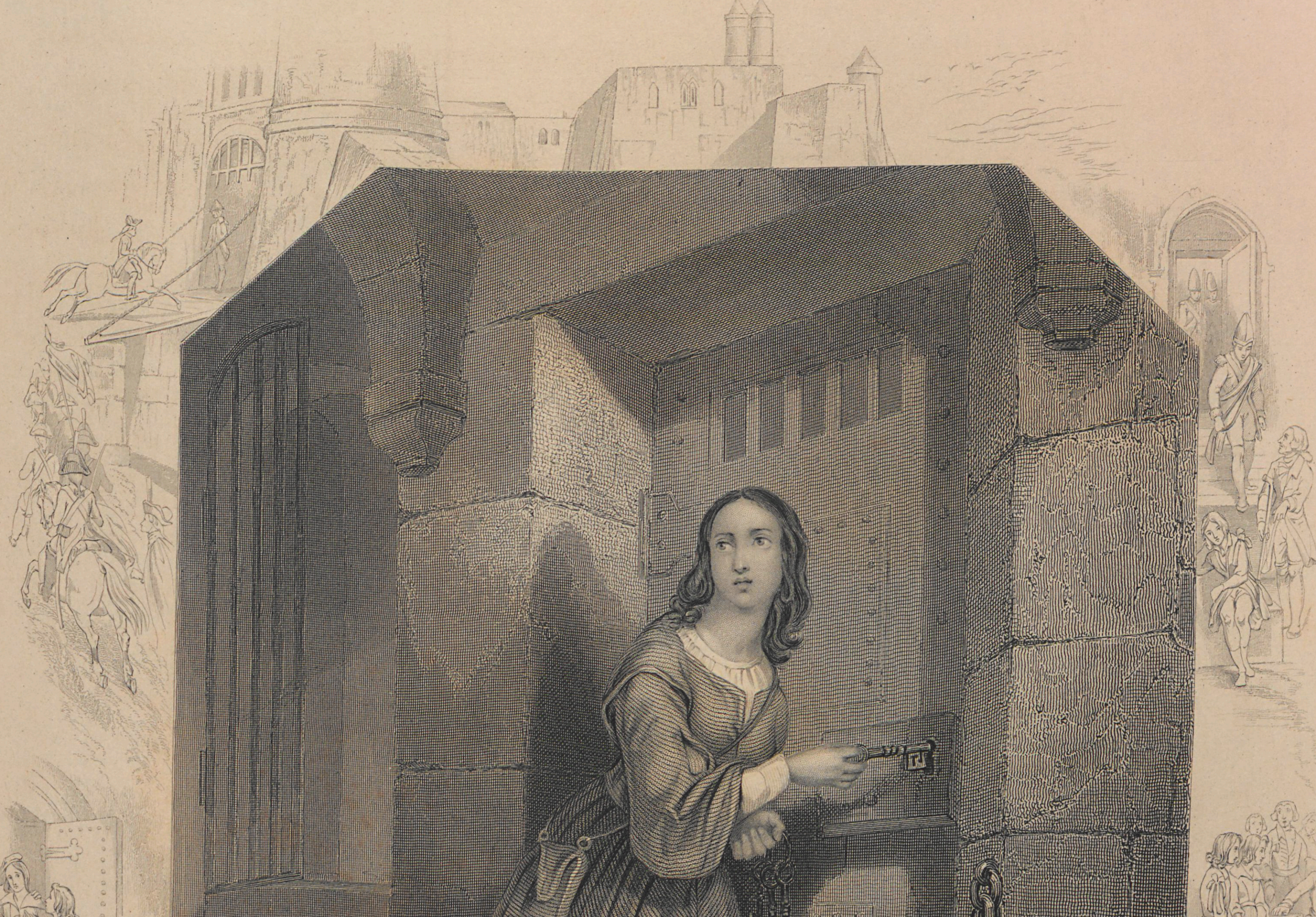


nes. Otros, sentados en las numerosas mesas que provee el *restaurant*, beben exquisitos vinos en vasos de Bohemia de vivos colores y raras figuras, ó saborean las cervezas de Baviera ó de Inglaterra en empinadas y estrechas copas *more tudesco*. Aquí unos cuchichean, otros rien, otros hablan; y todos pasan de sorpresa en sorpresa con los repentinos encuentros de amigos y conocidos que á cada hora traen los trenes. Vénse pasar modestamente entre el concurso célebres literatos, filósofos, poetas, artistas, compositores y hombres ilustres en todo género de ciencias, incluso la diplomacia y la política. Baden-Baden es el único museo vivo de las glorias y notabilidades de Europa, y su fama va siempre en aumento, gracias al buen gusto de Benazet, que es el verdadero gran Duque, señor y director de esta poblacion seductora.

Mucho espacio necesitaríamos para hablar de los diversos caractéres que ofrecen los países, provincias y ciudades de Alemania, en donde hay poblaciones antiquísimas, como Lubeck y Münster, que todavía ostenta la casa de Juan de Leyde, y otras construidas á la moderna, ofreciendo pintorescos contrastes; pero en esta rápida ojeada debemos ser concisos.

Bohemia, rodeada por una muralla circular de montañas con solo una abertura por donde pasa el Elba para desaguar en el mar, es pintoresca solo en las cercanías de las montañas. En Hungría, la atencion del viajero se fija más en los moradores que en el país, pues los magyares, ó la raza dominante, son totalmente distintos en fisonomía y lenguaje de sus vecinos los alemanes. De los valles pintorescos del Tirol ya hemos hablado en el lugar correspondiente. Viena es la capital imperial, la ciudad vieja y santa, la Moscou de Alemania, como Berlin es comparada á San Petersburgo: una de las córtes más alegres y disipadas; pero al mismo tiempo uno de los sitios más agradables en el continente europeo, por reunir los atractivos del placer con los más sólidos y sustanciales del arte, de la literatura y de la ciencia. En punto á esplendor arquitectónico, pocas capitales la superan, y rivaliza con muchas en los encantos de sus pintorescos arrabales. Styria y Carinthia son una continuacion de la Suiza germana, como puede llamarse el paisaje del Austria y el Tirol, y Carniola bien merece el nombre de país de las maravillas, siquiera sea por su famosa cueva de Adelsberg, digna de un viaje expreso para examinarla.

En el Sur son notables las poblaciones de Munich, la Florencia de Alemania, en las márgenes del Isar, por sus magníficos museos y galerías y monumentos, aunque las más de sus bellezas son de fecha muy reciente; Nuremberg, famosa por sus manufacturas y su castillo imperial; Ratisbona, cuna de don Juan de Austria, comerciante en lo antiguo, y célebre despues como sitio de las dietas imperiales; Carlsbad, la más aristocrática reunion de bañistas, donde mana el celebrado *Sprudel*,



Drawn by J. Browne. Engraved by Finden.

Prusia _ El Prisionero.

uno de los manantiales minerales más calientes, como que llega á los cincuenta y nueve grados de Reaumur: Marienbad y Teplitz, no menos celebrados centros de *touristas* afectados por la gota y el reuma.

Ni faltan en Alemania monumentos religiosos de gran nota, como la catedral de Colonia, donde es fama que murió Reinaldos de Montalban, ya recogido á buen vivir, y ayudando á su construccion como simple alarife, segun cuenta la fábula; y sitios de recreo, como Postdam, y residencias reales famosas, como Sans Souci, y orillas pintorescas, como las del poético Rhin, encanto de los viajeros, y castillos y prisiones de estado tenebrosas y sombrías, como la de Spandan, donde Federico el Grande encerraba á los prisioneros de estado, capaz de sostener parangon con la torre de Lóndres, la Bastilla y otras mazmorras célebres. En suma, Alemania, por su extension, su riqueza, su industria y comercio, sus bellezas naturales y el carácter de sus moradores, es una de las naciones más principales de Europa, valiente en la guerra, incomparable en su literatura, sin rival en el movimiento científico y filosófico, y primera y única en el divino arte que, comenzando por domar á las fieras, ha concluido por civilizar á los hombres, dándoles un idioma universal y mejorando sus sentimientos.

RUSIA.

I.

Esta gran potencia de Europa comprende la antigua Moscovia y sus dependencias, ó sea gran Rusia, la pequeña Rusia, la Rusia occidental ó báltica, con parte de la antigua Polonia; la meridional ó nueva Rusia, con Crimea, Caucasia y parte de la Moldavia; la transcaucásica, las Siberias occidental y oriental y la Rusia americana. Aunque realmente comienza su historia con el establecimiento de Rurik en Novgorod (ciudad nueva), hácia mediados del siglo IX, está tan llena de acontecimientos, guerras, cambios de dinastías, destituciones, crímenes y heroicidades, que no se podria en un breve compendio dar una reseña satisfactoria. Por lo demas, esta gran nacion, que cuenta sesenta millones de habitantes, puesta en los confines de Europa y del Ásia, separada del mundo latino á pesar de ser cristiana, inabordable siempre para las naciones del Occidente, libre por su cisma de la autoridad de los papas, de la influencia del derecho romano y del feudalismo, puede considerarse que entra en el mundo europeo ó civilizado solo desde la época de Pedro el Grande, sirviendo de muralla contra el engrandecimiento del otomano imperio, y esta época es tan breve y está tan á nuestra vista, que casi no es necesario ocuparnos de su exámen.

No obstante, faltaríamos á uno de nuestros principales objetos en esta obra, si no destinásemos siquiera un breve espacio á este moderno período en que tan gigantescos pasos ha dado este imperio, para hacer resaltar la figura del Rómulo del Norte, del príncipe que con más razon lleva el epíteto de Grande. Este hombre extraordinario, de un ánimo perseverante y una voluntad resuelta que desafía todos los obstáculos, en el soplo de una vida, organiza y disciplina un gran ejército: encuentra á Rusia sin una barca de pescar, y la dota de una marina, ante la cual baja el pabellon la de Suecia, por largo tiempo establecida. Construye la capital de San Petersburgo sobre lagunas, islas y pantanos, esa córte magestuosa que flota sobre las aguas del Neva; hace abrir canales y edificar infinitas otras obras de utilidad pública en varias partes de su imperio; funda colegios y universidades, y establece relaciones comerciales con la China y con casi todas las naciones del globo. El Czar era de una constitucion vigorosa, capaz de resistir las mayores privaciones y fatigas, y se imaginó que con su esfuerzo personal y la versatilidad de su génio podia hacer en favor de Rusia lo que á otras naciones ha costado muchos siglos, é infundir en sus vasallos un gusto y aficion repentinas á las artes nobles y mecánicas que florecen en períodos adelantados de civilizacion; noble teoría, gran pensamiento por medio del cual efectuó en su imperio un cambio radical físico y político. Nunca se vió un déspota de mejores intenciones, y los rusos bien pueden gloriarse de que Pedro fuese el Estado; porque si reinaba solo, reinaba solo para dar órden á un caos, para transformar la tela tártara en europea. Es verdad que no se vieron abiertos los estados generales, ni aun la antigua asamblea ó consejo de los boyardos que habia existido durante tantos reinos; pero en cambio, fundó el Senado ó alto tribunal de justicia, que hasta hoy permanece. Es cierto que fué duro y severo con los nobles; pero, ¿cómo no podia serlo el monarca á quien se veia con martillo y escoplo en los diques y arsenales? Él no solo construyó, sino que navegó en su propia barca, objeto de admiracion todavía en San Petersburgo, como lo son sus obras de grabador, de tornero y carpintero. Como á todos los génios de su órden, el descanso le era desconocido. Pedro comenzaba con el sol sus varias tareas, en medio de las cuales hallaba tiempo para ocuparse en la literatura y traducir al ruso obras provechosas, como *La arquitectura*, de Leclerc, y *El arte de construir molinos y presas*, por Sturm: manuscritos suyos que se conservan en la Biblioteca imperial. Si se tiene en cuenta lo que acometió y realizó este hombre prodigioso, se creeria que vivió siglos.

Y no por esto dejó de emplear tiempo en recorrer países extranjeros. En 1697, partió de Rusia, ansioso de novedades y adelantos para aplicarlos luego á su país. Su traje era el de miembro de una embajada, pero al llegar á Amsterdam, se viste

de carpintero y se pone á trabajar en los astilleros. En Zaardam, viste el traje ruso, y se inscribe tambien como obrero con el nombre de Pedro Mikhailof. Allí permanece siete semanas, limpiando él mismo su pequeña casa, guisando su comida, y no dejando la azuela sino para escribir á Romonadofski, á quien habia encargado el gobierno de su imperio. De regreso á Amsterdam, se construye bajo su direccion un navío de sesenta cañones, que envia al puerto de Arcángel, y su predileccion por la marina le impulsa á visitar los puertos de Inglaterra, en donde se presenta vestido de simple marinero inglés. Durante esta visita fué siempre objeto de curiosidad por parte del pueblo, y de admiracion de la córte y hombres eminentes.

Cuéntase que en una ocasion, yendo á visitar la Chancillería, y viendo á tantos hombres con vestiduras negras talares y barbas y peluconas postizas, preguntó á lord Carmarthen, su acompañante, quiénes eran aquellas gentes.

—Son letrados, respondió el lord.

—¡Letrados! repitió Pedro sorprendido: yo no tengo más que dos en todo mi imperio, y en volviendo allá he de hacer ahorcar á uno.

En otra ocasion, caminando por entre los diques, un mozo de carga dió contra él y le echó encima el fardo que llevaba. El incógnito Czar guardó silencio; pero el noble que le acompañaba, temiendo que iban á venir á las manos, se vuelve lleno de cólera hácia el mozo, y le dice:

—¿No vé usted que es el Czar?

—¡Czar! replicó el hombre torciendo la boca; *aquí somos todos Czares.*

En medio de estas cualidades, sus vicios y defectos no fueron menos notables. Como Felipe II, tiene en su frente escrito el parricidio, el mayor de los crímenes; pero Cárlos era liberal, y de él se ha hecho un héroe: Alexis se oponia á las reformas de su padre, y los rusos le perdonan su fanatismo, al ver que de su reinado data la civilizacion y grandeza rusas; cosa que no han podido hacer los españoles, al ver que con el reinado de Felipe comienza la decadencia de su patria.

El de Catalina II fué no menos favorable y extraordinario. Apenas ciñe la corona, instiga á los polacos á una guerra civil que acaba en la conquista de esta nacion. Derrota á los turcos, les destruye la armada, les toma la Crimea, engrandece por todas partes el imperio, y procura al mismo tiempo elevarlo por la educacion de sus vasallos. Su ambicion era la fama, y su deseo poner en práctica las doctrinas filosóficas de su época. Sobre todo, ser legisladora, á lo cual habia mostrado siempre aversion Pedro el Grande.

Un importante distintivo de la vida social y civil de Rusia es que los mayorazgos no han existido en este país, y que el derecho de primogenitura solo está limitado á unas pocas grandes familias.

El reinado de Paulo, su hijo, no se señala por acontecimientos de grande importancia; pero no así el de Alejandro que ilustran las campañas contra los franceses, cuya invasion puso en ejercicio toda su energía y brillantes cualidades, y en las cuales brilló Tolly, como en el sitio de Sebastopol Toddleben. Una breve reseña de esta colosal acometida no parecerá aquí inoportuna.

Desde que el ejército francés cruzó el Niemen y se adelantó hácia Wilna, los rusos se fueron retirando cuidadosamente, y dejando á Napoleon que se internase sin resistencia, persuadidos de que no tenian mejor fuerza que oponer que las de los generales Enero y Febrero. El emperador francés permaneció diez y ocho dias en Wilna, y despues de varias marchas y maniobras se dirigió á Vitepsk, donde esperaba que le afrontase Barclay de Tolly; pero este general rehusó, y Napoleon, sordo á los consejos de sus mariscales, en lugar de invernar junto al Dwina, cruzó el Dnieper y marchó sobre Smolensko. El 16 de agosto vuelve á encontrarse con el gran ejército ruso en las inmediaciones de esta ciudad; pero el inteligente de Tolly la habia ocupado solo para ocultar y proteger la fuga de sus habitantes, y llevarse ó destruir todos sus almacenes de provisiones: de suerte que, al siguiente dia, el héroe mortificado vino en conocimiento de que el moderno Fabio se habia alejado nuevamente. Smolensko fué tomada por asalto; pero quemada por sus moradores antes de abandonarla. Hasta entonces el general en jefe habia podido seguir su plan de internar á los franceses en el país sin arriesgar una gran batalla decisiva hasta que la oportunidad no se presentase, táctica que no aprobaban los oficiales de su ejército; y Alejandro, cediendo á la general opinion, le retiró el mando y nombró en su lugar á Kutusoff. La batalla de Borodino, en 1.º de setiembre, fué la consecuencia de este cambio de jefes, donde murieron sobre ochenta mil soldados de doscientos cincuenta mil que entraron en pelea. Prosigue avanzando Napoleon, con sus soldados hambrientos y desanimados, porque ven que el enemigo muestra no estar dispuesto á rendirse sino á fuerza de estragos desesperados. Hácia el 13 de setiembre sale el ejército ruso de la antigua ciudad santa por la puerta de Kolomna, con cajas sordas y banderas recogidas, dejando la capital abandonada á su suerte. En la tarde del 14 descubre la vanguardia de los franceses las doradas cúpulas y brillantes minaretes del Kremlin... «Todo esto es vuestro,» exclama Napoleon en un rapto de ambicioso orgullo; y el grito de «¡Moscou! ¡Moscou!» se repite y prolonga hasta la retaguardia. Antes que la noche cerrase, el emperador llega á la puerta de Smolensko, y queda atónito al saber que han huido trescientos mil moradores, y que solo habitaban la ciudad los presidiarios libertados de sus cadenas, la gentuza y los que no habian podido abandonarla. El dia 15 entra en Moscou el despechado vencedor, y escoge por residencia el Kremlin; pero su estancia fué corta,

porque al dia siguiente por la mañana se descubre que un fuego, que no alarmó al principio, alimentado por el viento, se extiende con rapidez y reduce á cenizas la mejor parte de la capital. Las iglesias, aunque cubiertas de hierro y de plomo, fueron destruidas, y con ellas aquellas graciosas torres, agujas y remates que se habian visto resplandecer el dia antes á los rayos del sol poniente. Los hospitales, tambien, que contenian más de veinte mil heridos, pronto fueron presa de las llamas, y casi todos los infelices enfermos perecieron. Algunos que sobrevivieron, se los veia recorrer las ruinas, aullando, desnudos, medio quemados, ó bien bajo montones de escombros, procurando evitar una larga agonía. La confusion y el tumulto que siguió al principio del pillaje y saqueo, no pueden ser concebidos ni descritos. Soldados, vivanderos, presidiarios y prostitutas se veian correr por las calles, penetrar en las casas desiertas, llevando consigo cuanto podia satisfacer su avaricia: unos vestidos con ricas telas ó costosas pieles; otros con trajes de mujeres: aquí éstos penetran en las casas y se embriagan, y aquellos causan en las pocas casas habitadas más estragos é insolencias que el fuego implacable y devorador. «Palacios y templos, escribe Karamzin, monumentos del arte y maravillas del lujo, restos de edades remotas y obras de ayer, sepulcros de antepasados y cunas de recien nacidos eran destruidos sin compasion. Nada quedó en Moscou, más que el recuerdo de una ciudad y el deseo de vengar su hado terrible.»

Los demas acontecimientos importantes de la moderna historia de Rusia, son tan recientes, que no es necesario mencionarlos, por lo cual pasamos desde luego á dar una breve idea del carácter nacional.

II.

RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL PUEBLO RUSO.

La excesiva extension de este imperio y el corto número de viajeros que le han recorrido con propósito de estudiarle á fondo, hace que tengamos de los rusos las nociones más contradictorias. Quiénes les pintan civilizados hasta lo sumo y sin rivales en cultura; quiénes les representan como bárbaros, de costumbres groseras, dados á la embriaguez, sin honor y apasionados como mujeres de las cosas más frívolas. La verdad es, que unos y otros muestran poca discrecion en tan exagerados como opuestos juicios. Porque en San Petersburgo se vea una sociedad elegante,

hombres de vasta instruccion, refinadas maneras y amable trato, no se ha de suponer que en toda Rusia sucede lo mismo; ni porque un extranjero vea ejemplos particulares de opuesta clase, ha de inferirse que la nacion entera vive en la barbarie. Muchos de los vicios y defectos que á los rusos se achacan, provienen del organismo político, religioso y social, más bien que de los individuos. Por ejemplo, la venalidad, la corrupcion y falta de dignidad que tan comunmente se les echa en cara, proviene del despotismo á que se han visto sujetos, y de la necesidad de suplir de cualquier modo al inconveniente de tener alto puesto y rango, y mísero sueldo ó paga, dos cosas incomprensibles en un país en que todo es gerarquía y disciplina militar.

La embriaguez, á que son inclinados, particularmente las clases pobres, proviene en parte de los rigorosos y largos ayunos que les impone, sin contar con que el clima es un gran incitador. El ruso es benévolo, caritativo, hospitalario, respetuoso, servicial y de pocas ambiciones, y de una honradez incorruptible si no se pone en contacto con las ciudades y el órden de administracion pública. Posee la facultad imitativa hasta un grado fabuloso, y es escaso en la inventiva. En punto á apariencia personal, los rusos son altos de cuerpo, fuertes y vigorosos de constitucion, y por lo general sanos, gracias á su costumbre de bañarse al menos cada semana, y al ejercicio que se ven obligados á hacer en un país en que todo es vastísimo y desmesurado. Por la mayor parte son blancos de color, bien barbados, y de nariz y ojos pequeños; pero su buen humor natural y aspecto saludable les dan apariencia de hermosura. Es opinion que las mujeres son bajo este respecto inferiores á los hombres, y que aun las gracias juveniles desaparecen más antes de lo que ellas quisieran. El sexo femenino es endeble: entre los campesinos las mujeres no viven mucho, gracias al excesivo trabajo en los campos, consecuencia del sistema de quintas ó *conscripcion*. Hay, sin embargo, algunos gobiernos ó distritos notados por la belleza de las mujeres, y acontece hallar entre los rusos hombres y mujeres de colosales proporciones, así como enanos.

El ruso es la mejor muestra de la raza eslava, pero no así la mujer; y por el contrario, las mujeres polacas son superiores á las rusas. El traje de unos y otras es vistoso y no deja de tener gracia, aunque por extremo sencillo en las gentes del campo, como lo es tambien su alimento, consistente en pan prieto á que llaman negro, sopas, mucha leche, raras veces carne, pero sí muchos platos farináceos y abundancia de conservas y repostería. El *kuás* es su cerveza, y sus vinos, ó remedos de vinos, el *braga*, el *mors* y el *douskoy*. Los bien acomodados se apasionan con extremo de los vinos franceses y españoles, y el Jerez va invadiendo la Rusia como ha invadido la Inglaterra; pero en lo general el Benicarló importado en gran escala

á los puertos rusos les sirve de primera materia para toda clase de formas. El té es completamente una bebida nacional, y no se muestran menos fanáticos por él que los portugueses y los ingleses. La aficion á la música y á la danza es innata en los rusos. En el campo y en las ciudades no acometen trabajo alguno sin el acompañamiento de suaves melodías, cantadas con una voz especie de *falsete*, y más agradable que el de las mujeres por lo comun chillon y penetrante. Ambos sexos son dados á las diversiones, inocentes por demas, como las montañas rusas, los columpios, las danzas y otras fiestas, y, cosa rara, no entra en ellas la de los patines, que tanto entusiasma á los pueblos más meridionales, y que en Rusia puede decirse que es ejercicio desconocido. El instrumento marcial indígena es el *balalaika*, especie de guitarra. Las altas clases son amigas de espectáculos á la europea, ó mejor dicho, á la francesa, nacion que más imitan en todo, hasta el punto de emplear más el francés que su propia lengua, aunque la rusa, dialecto de la eslava, es una de las más bellas que existen, pues en abundancia, armonía, flexibilidad y gracia nada tiene que envidiar á otros idiomas. A juzgar por lo que es una córte, donde por fuerza ha de estar concentrado é impreso el sello y grado de elevacion del pueblo en la escala del progreso, la de San Petersburgo frisa muy alto y contiene más perfiles y requisitos de cultura, como es ofrecer, por ejemplo, espectáculos teatrales en el idioma y con los artistas de las primeras naciones de Europa. En efecto, en la córte rusa, además del teatro nacional, hay constantemente teatro de ópera italiana, teatro francés y teatro aleman, cosa que no se vé en París ni Lóndres, donde el número de franceses, italianos y alemanes es infinitamente superior al que puede haber en San Petersburgo. Tambien debemos mencionar la circunstancia notable de que ni en la córte ni en las grandes capitales se encuentran esos mendigos que acusan en otros países la falta de cultura bien entendida.

El ruso es amigo de la magnificencia y esplendidez, y descuella en ser urbano, gentil y gracioso en sus maneras, aunque versátil y poco verídico y escrupuloso en su trato social. El juego de naipes es el gran vicio nacional, y las carreras de trineos suplen á las de caballos, que, sin embargo, se han introducido recientemente. La vanidad principal del ruso consiste en tener hermosos caballos y ricas pieles, y por lo demas participa de una gran satisfaccion en contemplar la magnificencia de su córte, que es sin duda una de las más brillantes que en Europa existen.

Dícese que el ruso nace con una brida puesta al cuello, para denotar su sumision, obediencia y lealtad. Esto no es extraño en un pueblo regido como el de la Rusia, y que ha tenido el *Knot* y la Siberia por espuelas. Cuando encuentra energía en quien le dirige, se subyuga voluntariamente y no despliega sus labios ni ante la infinita violencia; pero no sucede así cuando está cierto de vencer la fuerza contraria,

ó vislumbra debilidad en el superior, que entonces se rebela y toma su venganza. Lo que se entiende por dignidad del hombre entre nosotros, es cosa por de contado desconocida en un pueblo cuya nobleza y las demas clases en general han sufrido su respectiva servidumbre. Cualquiera que se cree superior á otro, le hace sentir esa superioridad en palabras y obras, y cuando levanta la mano y le hiere, el que recibe el golpe se queda resignado y pasivo, como si la sociedad entera fuese una milicia y él un simple soldado; si ya no es que despues inclina la cabeza y da las gracias al que le afrenta, segun nuestras nociones del honor.

El espíritu de distincion, categoría y gerarquía está tan incarnado entre los rusos, que invade esferas donde respira la igualdad en todos los pueblos del mundo. Si un noble convida á varias personas á su mesa, no solo han de sentarse por órden gerárquico, sino que aun los alimentos y las bebidas son proporcionadas al puesto y elevacion de cada uno. A un príncipe, general ó consejero, se le sirven ciertos vinos exquisitos y excelentes platos, y la pitanza va descendiendo en calidad á los extremos de la mesa, donde están colocados los más inferiores huéspedes; práctica ridícula que no viene á nada si no es á humillar innecesariamente al inferior, pues más valia para eso no sentarlo á la mesa. Pero en Rusia no se entiende esto así, y el mercader, tutor, profesor, ó quien quiera que sirva de base de pirámide, se contenta con estar entre los que llama grandes, con beber vino comun mientras los otros beben Champagne, y con tomar los huesos ó resíduos de los manjares, si tiene la fortuna de que lleguen hasta él.

Una de las cosas que distinguen al ruso es su facilidad para aprender lenguas extranjeras con una perfeccion admirable. Apenas se hallará uno medianamente educado que no hable el francés con la mayor soltura, y que no sepa con igual grado de perfeccion el aleman. Entre la nobleza se unen á estos conocimientos los de la lengua italiana y la inglesa. No es raro encontrar criados, tales como mozos de fonda y ayudas de cámara, que hablan cinco y seis idiomas además del suyo. A pesar de la excelencia del idioma ruso, está hoy desterrado de la sociedad *del buen tono*, excepto la del emperador, que habla y obliga á hablar á sus nobles en el idioma nacional. Este influjo galo, no tanto es resultado del deseo de los rusos de aparecer cultos y civilizados tomando por modelo la córte que juzgan más adelantada, y llevándose por fruto de sus visitas á París infinidad de reminiscencias, cuanto por el ascendiente que en materias de delicadeza, gracia y lujo, ó sea en cuestiones de buen gusto, toman diariamente los millares de franceses residentes en San Petersburgo y otras ciudades importantes del imperio. Si en el órden administrativo ó gubernamental, y aun en el de las ciencias, predomina el elemento aleman, ó *niemetsco*, como ellos dicen, en materia de cultura social bajo todos sus

aspectos y ramificaciones predomina el *fransuski,* la colonia de *galos* que explota á esta Ninive del Norte. Los franceses tienen todo el comercio de artículos de lujo y el monopolio de lo que se llama *agrément*. En el teatro, en el salon, en la mesa, en el baile, en la literatura novelesca, y en general en las artes todas, los franceses llevan la direccion, y los rusos son sus discípulos sumisos.

Tomado en conjunto, el carácter de éstos tiene más bellezas que lunares, y bien se puede decir que esta nacion, por los pasos gigantescos que ha dado, por los inmensos recursos que posee, y por su afan de ponerse en contacto con la corriente civilizadora de la Europa occidental, tiene reservado un porvenir brillante en la historia.

III.

SAN PETERSBURGO.

No menos nueva que la historia de su civilizacion es la gran córte moscovita delineada y construida por el gran génio político de Pedro el Grande, sobre las orillas del anchuroso y cristalino Neva. Junto á sus azuladas aguas se eleva sobre una montaña de granito su estátua ecuestre. El semblante severo mira al rio, y parece animar aquella navegacion que creó su génio. Todo lo que se oye, todo lo que se vé en aquel soberbio teatro, no existe, escribe De Maistre, sino por el pensamiento de la mente poderosa que hizo salir de un pantano tantos pomposos monumentos. Sobre orillas desoladas, de donde la naturaleza habia desterrado la vida, asentó Pedro su capital y se creó sus vasallos. Su brazo terrible se extiende todavía sobre su posteridad, que se agrupa en torno de su colosal efigie, cuya mano de bronce no se sabe si se extiende para proteger ó amenazar.

Aun se muestra al viajero, en la fortaleza de San Petersburgo, formada por una de las numerosas islas del Neva, la casita de madera, al estilo holandés, donde vivió este hombre extraordinario, y desde la cual dirigió la construccion del baluarte que opuso á los suecos, y de la capital que habia de ser el lazo de union con la Europa occidental. Aun se muestra el bote construido por las manos del ilustre obrero de Zaardam, entusiasta por la arquitectura naval, y que solo dejaba el hacha y el martillo para escribir á sus ministros; por el operario infatigable que en

el espacio de seis meses vió salir de entre las aguas la Venecia del Norte, cuyos canales recorrió el primero hasta el centro mismo de la ciudad.

San Petersburgo, fruto de una época más ilustrada, arreglada al plano de un hombre que habia recorrido todas las capitales europeas para examinar sus adelantos, ofrece un notable contraste con las viejas ciudades del centro y del mediodía de Europa, en las que la excepcion son las calles y la mayoría las callejuelas, con casas de tres pisos, laberinto de piedras y fealdades de diseño. Lo que más falta en las córtes de Europa, aire y luz, es lo que más sobra en la ciudad de Pedro, llena de palacios, y en donde hasta la mansion de los pobres tiene algo de imponente y de grandioso.

Con todo esto, la perfecta regularidad y extension de esta capital la priva de esa variedad de tono, de luz y sombra, de pintorescas perspectivas que se notan en las poblaciones de Alemania, Italia, Francia y España, tan ricas en constrastes, antigüedades y géneros de arquitectura. Las calles de San Petersburgo son tan anchas, los brazos del rio tan extensos, las plazas tan vastas, que, inmensos como son sus edificios, parecen pequeños en la disposicion gigantesca del plano y circuito en que se ostentan como masas de piedra, como un mar monótono de palacios.

Esta monotonía llega á ser completa en el invierno, en que calles, rio, cielo, suelo y casas presentan el mismo color blanco, de suerte que la Palmira del Norte parece la imperceptible sombra más bien que la sustancia de una ciudad. El aspecto de las poblaciones rusas en el invierno, es agradable si se quiere, y no deja de tener sus peculiares atractivos; pero no tiene nada de pintoresco.

Si la córte es una aglomeracion inmensa de palacios, tambien se puede decir que es la córte de los monumentos. Proporcion hecha de la antigüedad de las córtes de París, Lóndres, Berlin y Viena, comparada con la novísima Petrópolis, la córte del Czar contiene los mayores y en mayor número. Rocas, columnas, obeliscos, estátuas, arcos triunfales, esfinges, alegorías de todo género, lucen allí en posiciones más ventajosas que en ninguna otra capital, donde los primeros monumentos están rodeados de callejuelas que impiden un buen punto de vista. La catedral de Isaac, la estátua de Pedro el Grande y el monólito de Alejandro, con ser tan colosales, los hace pequeños la distancia inmensa á que el espectador puede colocarse, sin que nada le estorbe el goce de su entera perspectiva. Y no solo en San Petersburgo, sino en Riga, en Pultava, en el campo de batalla de Borodino, en Moscou, en Isarscoe-Selo y en otros lugares y residencias imperiales, abundan los monumentos, para la ereccion de los cuales han consultado y empleado á los más célebres artistas, con la particularidad de que en su mayor parte no han sido levantados en honor de los emperadores, sino de súbditos distinguidos, como Kutu-

soff, Suvaroff, el ciudadano Minin, el príncipe Poshartki, Barclay de Tolly y otros, cuyos nombres seria prolijo enumerar.

Los principales son la roca de Pedro, sobre que vuela el alígero corcel que sostiene al personaje de este nombre, y la columna de Alejandro, y por su fama universal, nos detendremos á hablar de ellos.

La inmensa roca de granito que forma el pedestal de la estátua que tiene delante el Neva, á los costados el Sínodo y el Almirantazgo, y á la espalda la elegante catedral construida por Montferrand, traida tal vez por el diluvio de las montañas de la Suecia y hallada en las cercanias de San Petersburgo, tenia cuarenta y cinco piés de largo, treinta de alto y veinte y cinco de anchura. Jamás hicieron los titanes mayor favor que desprender tan estupenda masa de su primitiva roca y depositarla en los alrededores de una ciudad imperial. Los rusos debieron haberla conservado en toda su integridad, que realzaba más y más la injuria del tiempo; pero les dió por mejorar su aspecto y forma, le comieron de una parte, le rebajaron de otra, limaron de acá y rasparon de acullá, hasta que como el leon del niño en la fábula de Gellert, segun la oportuna comparacion de un ilustrado viajero, se rompió en dos pedazos. La roca es hoy dia de un tercio menos de grandeza, y se parece á las rocas de teatro. La idea del escultor de representar á un ginete abalanzándose á una roca en el momento mismo en que ha llegado á la cima y contempla victorioso la tierra ó las aguas que descubre, fué grande y poética, y á esta accion añadió la de pisar con la herradura del caballo un dragon que encuentra en la cúspide: medio empleado para dar sosten á la enorme masa de bronce, ya que la declinacion de la roca no le permitia emplear el medio que sugirió Galileo de apoyar la estátua y equilibrar el peso con la cola en la famosa rival que se admira en la plaza de Oriente de Madrid.

La columna de Alejandro está colocada en la misma plaza del Almirantazgo, delante del palacio de invierno. Fué erecta para eternizar la memoria de la reconfirmacion de la constitucion política y de la seguridad de la religion. El ataque de Bonaparte fué considerado en Rusia no solo contra el Estado, sino contra la fé, y por eso corona la columna un ángel con la cruz. Este monumento, cuyo capitel y ornamentos del pedestal fueron fabricados de cañones turcos, coloca en una misma categoría á los enemigos de la Rusia, los turcos, los franceses, los alemanes, y es como el emblema de todas las victorias modernas del águila rusa. La columna de granito rojo, es el mayor monólito levantado en los tiempos modernos, y con el remate mide ciento cincuenta piés de altura.

Lo colosal es lo característico de las construcciones ó arquitectura urbana de la córte rusa. Hay infinidad de edificios donde moran millares de personas, como

sucede en el palacio de invierno, en el hospital de infantería, casa de expósitos y otros establecimientos. El Almirantazgo, el Estado Mayor, el palacio de Taurida, y algunos picaderos y cuarteles ocupan espacio suficiente para la construccion de una ciudad pequeña. Tras éstos, que son de primer rango, pueden colocarse en punto á grandeza los conventos y monasterios, como los de Smolnoi y de Neuski, los bancos, la aduana, el senado, el sínodo, el palacio de mármol, las caballerizas imperiales, el palacio del Gran Duque Miguel, el Hermitage, el *Gastinuoï-duor* ó mercado, y otros, y finalmente, los teatros, templos y otros edificios.

Las casas particulares son mundos pequeños. Las hay en que el piso bajo está ocupado por centenares de industriales y bazares donde se halla todo lo necesario para la vida; el principal por personajes de distincion; el segundo por escuelas donde viven los profesores y académicos con sus familias, y el resto por infinidad de coroneles y oficiales, generales retirados, sacerdotes de todas religiones, mercaderes y artistas; de modo que aun pereciendo toda la ciudad, con solo que quede una casa, quedan los elementos para dar principio á otra comunidad nueva. El buscar á un individuo en tales casas, es una de las pruebas á que menos puede ajustarse la paciencia. El policía ó vigilante de cada trozo de calle, dirá que su conocimiento no se extiende más que á una parte del edificio, y que el nombre de los que viven en el resto le es ignoto. Hay tantos pasadizos, galerías, rincones y revueltas en estas enciclopédicas moradas, que es preciso el hilo de Ariadna para navegar por ellas. El aspecto exterior es modesto, sin embargo, y rara vez exceden de dos pisos; pero una vez pasado el umbral de la puerta, admira el ver la disposicion interior y el número de corredores y patios, algunos de los cuales pueden servir de campo de Marte á un regimiento de caballería.

Nada llama más la atencion en esta córte que el número de militares que la pueblan de contínuo, como que de sesenta á setenta mil hombres de la guardia imperial están acuartelados en ella, y por otra parte ningun militar puede vestir de paisano, sino que ha de llevar constantemente el uniforme, mientras que está en el servicio del Emperador. Esta circunstancia, unida á las exigencias del sistema político, hace que la mayor parte de los edificios de la capital sea propiedad de la corona, porque todo se vuelve oficinas públicas, palacios, institutos sostenidos por el gobierno, picaderos ó campos de Marte, bajo techado, y cuarteles para el ejército y armada. La córte y la nobleza viven en la parte del sur del Almirantazgo, que es el inmenso palacio central de San Petersburgo, y por esta parte de la ciudad corren los canales de Moika, Santa Catalina y Fontanka, en tres divisiones semicirculares y paralelas, y por el centro de ellos, la gran arteria llamada Nevski Prospect, ó perspectiva de Newski, y viene á ser el Boulevard, calle del Regente ó

de Alcalá de San Petersburgo, aunque más variado y atractivo y más lleno de movimiento. Esta calle es perfectamente recta hasta las inmediaciones del monasterio de Newski, de suerte que á distancia de cerca de media legua se está divisando la graciosa y esbelta torre del Almirantazgo y la muchedumbre de *isvoshtshiks* que dirigen sus *droskkies* por el nevado pavimento de madera, con la rapidez del rayo y la lisura que una bola sobre la mesa de villar, llevando cortesanos, ministros, empleados, extranjeros y comerciantes de uno al otro extremo de la imperial córte.

De las doce á las dos del dia, la perspectiva de Newski presenta un cuadro atractivo. Aquí se vé al cosaco en su caballo enano, resaltando su figura gris y su enorme negra pica, como si todavía se imaginase persiguiendo al francés fugitivo; allí al soldado tártaro y el circasiano, luciendo su airoso uniforme al lado de las masas parduzcas que forman los batallones rusos, ó el feo uniforme y peores caras de los Pauloski, ó regimiento de Pablo, todos de nariz chata y arremangada y cubiertos con un morrion á guisa de mitra. Finalmente, allí se ven los cazadores, artilleros, húsares, dragones, lanceros, los oficiales y cadetes, y la plebe militar ó tropa de línea, mezclados entre franceses, griegos, escandinavos, italianos, ingleses, españoles, persas, chinos y árabes, aunque con solo contar los representantes de los diversos pueblos y naciones que componen el vasto imperio, bastaba para dar variedad al cuadro semoviente de la perspectiva. Cerca del Almirantazgo, ó más bien dicho, entre el extremo de la perspectiva que da á esta plaza, y el puente de Anitskoff, que atraviesa el canal Fontanka, está el paseo favorito de las gentes del tono de San Petersburgo. Allí son los edificios magníficos, las aceras anchísimas, los almacenes elegantes, y la pasion de las rusas por las modas francesas las hace embellecer aquella pequeña colonia de parisienses mercaderes, que en breve tiempo alcanzan una gran fortuna.

Aunque hemos dicho embellecer, no ha de tomarse esto al pié de la letra. Cierto que á San Petersburgo, como á todas las grandes córtes, acuden con preferencia las hermosuras del vasto imperio, y que el sexo masculino en esta capital del Norte, con razon puede decirse dotado de excelentes cualidades físicas; pero el implacable invierno no deja ver más que la punta de la nariz con gran peligro suyo, pues cuerpo y facciones van envueltas en pesadas y longuísimas pieles, tan desmesuradas, que los contornos que cada figura ofrece más semejan los de un vestiglo, que los de humana criatura. Con imaginarse una dama, que en vez de un elegante calzado muestra una enorme bota sobrepuesta, llena de pieles y sin garbo ni gracia alguna, basta para disminuir en tercio y quinto la adoracion al bello sexo. Bien es verdad, que su amabilidad y finura dentro del hogar borran

la impresion desfavorable que causan con su atavío callejero, y el calor del corazon es fama que aumenta allí en razon directa de la frialdad del clima.

Un distintivo propio de las poblaciones rusas es el número de cuervos y palomas que viven y comen en buena armonía con los caballos en los pesebres dispuestos en las calles para los que hacen el servicio público. Las bandadas de cuervos que se posan sobre el blanco Neva, sobre los nevados techos de los edificios, ó vagan por las calles entre los moradores, son tan numerosas, que tornan en negro el fondo blanquecino de la ciudad y de los campos. Los palomos semi-silvestres, criados en los tejados de los bazares y torres, son para los rusos aves sagradas, á quienes acarician y dan de comer, pero que no osan matar; y de aquí proviene el inmenso número de ellos que pueblan las calles de San Petersburgo, siendo éstos y los cuervos tan atrevidos á causa de la impunidad, que viven entre los piés de los transeuntes y las ruedas de los *droskkies* ó lanzas de los trineos, y comparten con sus caballos la cebada que les ponen en los pesebres.

Con ser despótico el gobierno y la córte tan pomposa y magnífica, es raro ver que el Emperador de todas las Rusias siempre sale en público con la mayor modestia, y tal, que no se distingue su tren del de cualquier particular. Fuera de las ceremonias oficiales, su manera de presentarse en las calles es la más simple. Un trineo, ó *droskky*, segun es la estacion, generalmente vestido con casco y capote como cualquier otro soldado, y con un cochero que guia un solo caballo, sin escolta ni correo, ni acompañante alguno, constituyen todo su tren, y lo más particular es, que las gentes no se apresuran ni corren por ver el rostro de Su Majestad imperial, cual sucede por ejemplo en la libre Inglaterra, donde en sabiéndose que cualquier miembro de la familia real va á pasar por una calle, se alquilan balcones, y se atropellan por verse atropellados por sus caballos. Esto es ciertamente notable. Infinitas veces ha desembarcado el Emperador Alejandro en el muelle inglés, y seguido su camino derecho, á pié, hasta su palacio, á las dos de la tarde, sin que una sola persona hubiese en el muelle, ni nadie corriese ni se agrupase por verle durante su marcha.

El traje de los cocheros rusos, que tan necesarios son en San Petersburgo, no contribuye en poco á dar variedad al cuadro de Newski. Los *ishvoshchiks* llevan invariablemente una gorra de piel que se encajan hasta taparse las cejas y las orejas, una túnica de paño azul forrada de piel por dentro que les llega hasta los tobillos, cruzada y ceñida con un cinturon ó faja de seda roja, y unas botas que puestas encima del pantalon rojo y bombacho les llegan hasta las rodillas. Con este traje no necesitan de más manta ni atavíos en su pequeñísimo pescante, sobre el cual van desembarazados y ligeros. Dentro de la gorra suelen llevar el pañuelo y

los billetes ó papel moneda que generalmente circula, y si tienen plata va asimismo al receptáculo general de la gorra, asilo seguro y escondite más á la mano, pues pensar que á veinte y tantos grados bajo cero pueden usar de bolsillos con las manos envueltas en sacos de piel, es excusado. Con este frio tan intenso, el cochero, lo mismo que el mercader y operario ruso, se puede decir que viven siempre con la gorra en la mano; pues no pasan por delante de una iglesia (y á cada paso se vé una en San Petersburgo) sin que se descubran y se santigüen con una docena de cruces á la usanza griega, que consiste en llevar la mano derecha de la frente á la cintura inclinando el cuerpo, y despues del hombro derecho al costado izquierdo levantando el cuerpo: lo que ha hecho observar á un extranjero, que en los templos rusos no hay ni puede haber perros, porque con estos movimientos creen que van á coger piedras para tirárselas.

San Petersburgo ofrece en el interior del hogar doméstico el invierno más cómodo y agradable que se pueda pasar en Europa. Las ventanas, de dobles cristales, se cierran en noviembre, cubriendo con una argamasa las junturas de los bastidores y los cristales, y no vuelven á abrirse hasta el mes de mayo, época del deshielo del Neva. Durante seis meses, la renovacion de la atmósfera se efectúa por medio de los caloríferos que templan las habitaciones, y noche y dia se goza de una temperatura de diez y ocho grados. El cambio de temperatura al salir á las calles no es muy sensible ni perjudicial, lo primero porque cada individuo va recargado de pieles hasta los dientes, no dejando descubierta más que la parte indispensable para respirar, y lo segundo porque el frio no es tan seco ni el aire tan sutil como en otras partes del mediodía de Europa. Diez grados bajo cero se considera primavera. De veinte grados en adelante se observa en las calles menos concurrencia, y los que transitan por ellas en trineos á sus indispensables negocios, parece que van á echar cartas al correo. Muchas veces suelen helarse la nariz y la punta de las orejas de los descuidados ó perezosos, y como la víctima de este accidente es la que menos se cata de ello, porque el efecto es más bien agradable que penoso, está admitida la humanitaria costumbre de tirar al prójimo que se vé en peligro un sendo pellizco en la parte insensible que se revela por la palidez, ó bien de aplicarle á ella una cantidad de nieve, con la que se restrega fuertemente, á fin de promover la circulacion de la sangre. Los cocheros de la grandeza, que acostumbran á estar las horas muertas en el pescante sin movimiento alguno, así como los cocheros de plaza, que dia y noche desafian la crudeza del clima, á cada instante se prensan y retuercen la nariz con un ahinco como quien espera la salvacion de esta medicina. La policía redobla entonces su vigilancia, especialmente con los ébrios ó personas que encuentra dormidas, porque el sueño es el precursor de la muerte.

Los centinelas se remudan con frecuencia, y en particular los de las torres que están para avisar los fuegos. A los veinte y cinco grados bajo cero se cierran los teatros, por el peligro que pueden correr los actores y las personas que están en las puertas, así como los lacayos y demas servidumbre; bien que á la mayor parte de ésta se le permite entrar en el coliseo, en cuyas escaleras se tienden á dormir, impidiendo el paso y ofreciendo una perspectiva poco propia de una córte tan civilizada. Aunque los rusos son muy dados á las bebidas espirituosas, no se ven por las calles gentes ébrias ni espectáculos repugnantes de riñas y alborotos. A esto contribuye en mucho la resistencia que da el clima, tanto, que un ébrio no da señales de tal, hasta que cae al suelo como una bola, en cuyo caso es inmediatamente recogido en un *droski* y llevado á la casilla por la policía. Cuando el frio es muy intenso, la hospitalidad rusa sube de punto. Cualquier extraño puede pedir albergue y calentarse en las estufas de la casa del prójimo, que le recibe con mucho amor y cortesía. Asimismo hay en varios puntos de las ciudades edificios cuyo destino es tener estufas preparadas para dar abrigo á los pobres y transeuntes. Estas casas y los baños son de inmensa utilidad para los pobres.

Lo que parece más que demasiadamente cruel, es que en la temperatura más rigurosa se celebren las paradas, revistas y ejercicios militares en que el soldado no ha de usar de pieles de ninguna clase para su abrigo, puesto que no las usan los jefes ni el emperador que les dan el ejemplo de resistir al frio. Cierto es que la tela de que está hecho el uniforme, de cerca de un cuarto de pulgada de espesor, debe ser una regular muralla; pero esto no evita accidentes contínuos, y tanto más frecuentes, cuanto más falta la excitacion del ánimo, que únicamente puede suplir al calor del cuerpo. Sin embargo, como el invierno es la estacion principal en Rusia, no se quieren privar de estos espectáculos militares, y delante del palacio de invierno, girando en torno de la gran columna de Alejandro, se suelen verificar las revistas de los brillantes cuerpos de la guardia imperial, cuyo marcial porte solo perjudican y oscurecen las orejeras de paño negro que llevan para impedir que se hielen estos extremos y les hacen aparecer como convalecientes salidos de un hospital. El aspecto de las tropas en marcha llama mucho la atencion, porque el soldado ruso tiende á agruparse y á formar masas compactas, muy diversamente de los españoles y franceses, á quienes el clima les impulsa á aislarse más bien que á agruparse. En punto á regularidad, simetría, ó dígase perspectiva militar, hay que conceder la palma á los rusos, que llevan esto á rigor, no solo en la talla, sino hasta en las fisonomías.

Lo notable de la córte rusa es que la más refinada poblacion se encuentra á corta distancia de los bosques y desiertos donde habitan las fieras. Los palacios de

los príncipes son vecinos de las cuevas y madrigueras de lobos y osos, y lo mismo se va á cazarlos como en otras ciudades á una caza de liebres. En el rigor del invierno, los hambientos lobos llegan hasta los arrabales, y aun hasta las cercanías del palacio imperial en busca de alguna presa. Muchos correos imperiales han perecido presa de ellos entre el palacio de invierno y las residencias inmediatas.

Esta es una de las causas que contribuyen á aumentar los pasatiempos de los rusos en el invierno. Ningun país iguala á la Rusia en variedad de recreos campestres varoniles. La caza más divertida y principal es la del oso, que se encuentra en considerable número en los bosques extensos del Norte. El emperador y los nobles son muy dados á este género de ejercicio.

La manera de cazar los osos es la siguiente. Apenas caen las primeras nieves, los campesinos salen de sus lugares buscando las huellas que han dejado impresas. Luego que las encuentran, siguen su curso tortuoso y laberíntico, por el cual conocen que el oso trata de escoger algun rincon apropiado y cómodo para cuarteles de invierno, y siguiendo con mayor precaucion hasta que calculan que no debe estar muy distante, dejan la huella, hacen un círculo y vuelven al punto de partida. Si no han cruzado otra vez la huella, saben que el oso debe estar dentro del círculo. Entonces adelantan un poco más, y vuelven á hacer otro círculo ó tomar otro rodeo como antes, prosiguiendo así y estrechando cada vez más el círculo hasta que encierran á la fiera dentro de una pequeña circunferencia. Acto contínuo se dirigen á las ciudades, y ofrecen el oso á cualquier cazador de los que conocen, el cual convida á varios amigos para la caza, y ya en trineos, ya en ferro-carril se encaminan al pueblo más cercano de donde el oso ha escogido su residencia. Reúnense los batidores que varían en número, segun la extension del círculo, y se colocan en semicírculo, mientras los cazadores se forman en una línea á distancias como de setenta varas unos de otros, segun el número de cañones ó la naturaleza del terreno. El oso, alarmado por los gritos y las voces de los labriegos, sale de su asilo, y generalmente viene á tiro de uno de los cazadores. Si le hiere, y particularmente si es una osa que tiene cachorros, no puede darse animal más peligroso, ni que necesite de más nervio y valor para habérselas con él, pues raro es cuando un oso muere del primer tiro. El cazador siempre está provisto de dos cañones, y una lanza ó arpon como último recurso. Otras veces se le aguarda en su misma madriguera, para lo cual los campesinos tienen que aguardar á que se haya establecido definitivamente, y llevando consigo tres ó cuatro perros para que distraigan al oso el salir de su seguro, el cazador está casi seguro de su presa.

Entre las fiestas populares rusas, descuella la semana llamada *Masslanitza* ó *de manteca*, que es la quinta esencia de los regocijos, y solo tiene rival en la

semana de resurreccion. En ambos períodos, nobles y plebeyos se reunen en el *Katsheli*, ó feria que se establece en la plaza mayor de cada lugar, y es la ocasion única en que los más aristocráticos se mezclan en los pasatiempos de los plebeyos, y la más encopetada dama se codea con el más asqueroso mendigo. La palabra *Katsheli* realmente significa los columpios que forman en esta época en las ciudades y los campos, y que constituyen con las montañas de hielo una de las diversiones características de este pueblo; pero se aplica en general á toda clase de entretenimientos y espectáculos que se exponen y ofrecen en una festividad. Ir al *columpio* equivale á decir los Campos elíseos, donde todos los atractivos se concentran, particularmente los juegos y ejercicios que ponen á los músculos en movimiento. Las fibras de los rusos son poco elásticas, su sangre voluptuosa y su sistema nervioso muy excitable, y de aquí su aficion á balancearse, resbalar, volar y flotar en columpios, montañas y trineos sin ningun esfuerzo de su parte.

Como el *Katsheli* de San Petersburgo es más notable y puede ser considerado como el tipo del de todas las ciudades, nos concretarémos á examinar el de la córte.

En otros tiempos, el lugar escogido era el helado Neva, donde hoy se celebran las carreras de trineos; pero despues del accidente ocurrido hace algunos años, de romperse el hielo con la presion de tantas almas, la plaza del Almirantazgo es el lugar preferido por su enorme grandeza. Gran número de teatros pequeños, columpios, bazares y tiendas, se erigen en pocos dias en derredor de dos enormes montañas rusas que constituyen la diversion principal. Una estrecha andamiada en forma de torre se eleva frente á uno de los ángulos del Almirantazgo, hasta la altura de treinta ó treinta y cinco piés. En la cima hay una galería á la cual se sube por un lado por una escalera, y en el lado opuesto se construye el plano inclinado, muy pendiente al principio, y declinando gradualmente hasta nivelarse con el suelo. Esta via nevada, compuesta de enormes témpanos de hielo cuadrados y perfectamente unidos, tiene generalmente dos varas de ancho, y cerca de un cuarto de milla de largo, y para facilitar la diversion, al extremo de una se construye otra paralela en direccion inversa, de suerte que no pierden más tiempo que el empleado en subir las escaleras.

Los ingleses claman para sí el privilegio de invencion de estas montañas; pero es lo cierto, que si han mejorado la parte mecánica, el pasatiempo en sí es antiquísimo y nacional en Rusia, en donde se ven do quiera estos precipicios artificiales. En los patios de muchas grandes casas de San Petersburgo, hay estas montañas para diversion de los niños, y aun en los salones de algunos ricos, con la diferencia de que en éstos no se hace de hielo, sino de caoba, ó cualquiera otra madera fina y bien

pulida por donde el trineo pueda resbalar con rapidez. En el palacio imperial hay una de éstas. En los lugares y aldeas abundan estos planos inclinados que forman la diversion de los jóvenes de ambos sexos, precipitándose por ellos con la celeridad de una flecha. Los trineos suelen hacerse de hielo y diestramente fabricados con hechura de naves; pero los más comunes son una especie de pequeño asiento entre-largo, que sostienen por debajo las dos barras ó patines, y están por encima forrados de lienzo ó seda, segun la mayor ó menor riqueza ó gusto del dueño. Hay de estos, de alquiler, provistos por el mismo contratista de la montaña, el cual tiene hombres y mujeres preparados para acompañar á los que no son expertos en este rápido viaje, y el precio que se paga por el servicio de esta especie de conductores ó timoneles no pasa de cinco *copeks* por viaje redondo. En este caso, el piloto se sienta primero y el viajero se acomoda sobre sus rodillas ó faldas, dejando á aquel libres las manos para que á guisa de remos le encamine por la via directamente. En las grandes montañas de la plaza del Almirantazgo, donde caben tres ó cuatro personas á la vez, suele haber accidentes y necesitarse de la mayor práctica y presteza para evitarlos, pues no todos corren con la misma velocidad, y los que se detienen son atropellados y volcados por los que vienen tras ellos. La sensacion que en precipitarse se experimenta es voluptuosa é indefinible: es invadir impunemente el reino de las aves, bajar con la rapidez del águila sobre su presa, lanzarse sobre un abismo sin el susto de la pesadilla y con toda la apariencia de la realidad.

Entre las montañas y la especie de *boulevard* ó alameda que se forma delante del espacioso edificio ya mencionado, voltean sobre sus ejes las ruedas de toda especie de vehículos; pero en su mayoría los carruajes de la grandeza rusa, que ya entrada la tarde, concurre á ver la feria. Los nobles en sus estados solemnizan del mismo modo esta semana en compañía de sus huéspedes. Cuanto tiene apariencia de coche ó de caballo es puesto en movimiento por la poblacion doméstica que recorre así el país. El enorme número de coches en Rusia, en donde hasta el menestral ostenta el suyo, hace estas *gulanias* ó paseos muy divertidos; bien es verdad que en ciudades provinciales son más lujosas que en la córte, puesto que en las primeras no se prohibe á ciertas clases el enganchar cuatro ó seis caballos, sino que pueden llevar los que quieran ó puedan.

El movimiento es tan lento por la inmensa agrupacion de los coches, que se puede observar con toda comodidad y espacio, aquí la reluciente calesa del mercader, por lo comun corpulento y bien barbado, con su esposa y algun tierno fruto de su feliz union en los brazos de su ama ricamente vestida á la moscovita usanza: allí un ministro de extranjera córte, con cochero, lacayos y arneses al estilo ruso: elegantes jóvenes acompañadas por sus no menos jóvenes y elegantes *gobernantas*

ó institutrices francesas: damas de alto coturno, embutidas entre finas pieles de castor, curioseando con sus gemelos la abigarrada muchedumbre; niños vestidos con el traje de *mugicks*, ó siervos; obispos meditando sobre las vanidades mundanas; embajadores y nuncios, reflexionando los unos sobre el aumento del poder y los otros de la heregía del Norte: tras éstos, dos ó tres docenas de carruajes de palacio, que conducen á las señoritas ó damas nobles del convento de Smolnoï, y mezclados con el oficial y el cadete, con el general y el príncipe, los negociantes ingleses, los artistas alemanes, los doctores franceses, los profesores suecos, los turcos, persas, tártaros, armenios, polacos, chinos y de todas las naciones.

Entretanto, el resto de la inmensa plaza, que puede contener holgadamente doscientas mil personas, se agolpa en torno de los *bajozzos* y polichinelas, que á la puerta de los circos y teatros llaman la atencion del vulgo con sus bufonadas y ridículos trajes. Los rusos son celebrados por su disposicion á la sátira y á la burla, y su facilidad en imitar los defectos y peculiaridades de los demas. La anécdota más insignificante relatada por un ruso, va siempre acompañada de una admirable mímica que la realza. Sin embargo, la generalidad de los arlequines y bufones que llenan el *Katsheli* y aparecen en las ferias rusas, son extranjeros, casi siempre alemanes ó italianos.

El té, las nueces y avellanas son los principales comestibles que allí se ofrecen al público. Los vendedores del *chai* se sitúan á las puertas de los teatros con sus enormes *samovars*, ó calderas rodeadas de tazas de diversos tamaños, en las que se puede tomar doble, sencilla ó media taza. Los rusos le toman con una rueda de limon, ó si con azúcar, la muerden y gustan sin ponerla en la taza. El delirio de los rusos, y en particular de las mujeres, por la azúcar blanca, es tal, que siempre la llevan en los bolsillos, y á cada momento la están comiendo, con notable detrimento de la dentadura, que muy luego se les tiñe y corroe.

IV.

TEMPLOS.

Las iglesias rusas son dignas de mencion por su número y riqueza. Moscou merece la calificacion de *Roma tártara*, que le dió Mme. Staël, cuando desde el Kremlin miraba la ciudad santa; pero si más memorables y numerosas, no son tan

agradables ni de tan buen gusto como las de San Petersburgo, cuyo estilo de arquitectura es una mezcla del griego, bizantino antiguo y ruso y moderno europeo.

La mejor iglesia de esta córte, cuya gran calle ó perspectiva se llama por sobrenombre *calle de la Tolerancia*, por los templos de todas religiones que en ella se reunen, es sin duda la catedral de Isaac, que no conoce rival en el mundo en punto á riqueza de materiales, belleza y sencillez de forma. Su planta es una cruz griega equilátera, á cuyas cuatro puertas se sube por una anchísima y extensísima escalinata, siendo lo notable de éstas que cada escalon lo forma una sola pieza de granito, sacada de inmensas rocas traidas de las canteras de Finlandia. Estas escaleras conducen á las cuatro entradas del templo, cada una de las cuales tiene un soberbio peristilo de diez y seis gigantescos monólitos de granito rojo, de sesenta piés de elevacion por siete de diámetro, coronados de corintios capiteles de bronce. Sobre los peristilos, y á una altura inmensa, arranca la magestuosa cúpula central en proporcion bizantina, esto es, más alta que ancha, soportada por treinta colosales monólitos de granito, que con ser gigantescos é infinitamente mayores que los de abajo, parecen mimbres en su comparacion. La cúpula está cubierta de cobre dorado á sisa, de suerte que cuando el sol refleja sobre esta montaña de oro, semeja un inmenso globo ígneo lanzado de los espacios á la tierra. Del centro de la cúpula parte una pequeña y elegante rotonda, ó reproduccion de la cúpula en miniatura, semejante á una capilla sobre la cumbre de la montaña, que ostenta una inmensa cruz dorada sobre la media luna, emblema que se ha creido representar el triunfo de la iglesia griega sobre los mahometanos; pero que en antiquísimas pinturas griegas se vé representando el nacimiento del signo de la redencion de la *toda santa*, como en la iglesia occidental asimismo se representa. En los cuatro ángulos se elevan cuatro pequeñas cúpulas, como hijas en derredor de la madre, en un todo iguales á la central, contribuyendo en gran manera á la armonía y proporcion del edificio. En su interior embelesan al curioso las diversas clases de mármoles y jaspes empleados en esta admirable fábrica, y sobre todo las inmensas columnas de malaquita del *ikonostases* ó delantera del santuario, cuya puerta está adornada con dos grandes columnas de lapizlázuli. El relicario ó *sancta sanctorum* está colocado en una pequeña custodia ó templete circular de costosísima fábrica, pues la cúpula está sostenida por ocho columnas corintias de malaquita, con bases y capiteles de oro, el interior es todo de lapizlázuli, las paredes y el suelo de piedras finísimas de colores varios, y las gradas que sostienen el templete son de brillante y pulido pórfido. Acaso hay demasiado oro y relumbron en esta parte del templo; pero no tanto como pide el respeto y veneracion de los griegos hácia este lugar sacratísimo, construido á costa de M. Demidoff, quien trajo la malaquita de sus minas de Siberia, y

la envió á Italia para que la trabajasen, siendo su costo un millon de rublos. Esta iglesia fué construida en el lugar mismo en que Pedro el Grande hizo construir una de madera, á la cual subsiguió otra de mármol, que fué igualmente destruida, y comenzada la presente bajo el reinado de Nicolás, se concluyó á los cuarenta años despues de puestos sus cimientos. Era tradicion entre los rusos, que el arquitecto que hiciese esta catedral moriria el dia mismo de su conclusion, y fué coincidencia extraordinaria, que el dia de su inauguracion ocurrió la muerte de Montferrand.

La iglesia de Kazan en la perspectiva de Newski es otro de los templos magníficos de San Petersburgo, hecho á imitacion del de San Pedro en Roma. Lo notable de este templo es que las columnas y las rejas, y todo cuanto forma el santuario, son de plata maciza, regalada por los cosacos despues de las campañas de 1813 y 1814. Todas las iglesias de San Petersburgo están adornadas con trofeos y banderas de diversas naciones de Europa y de Ásia, como llaves de ciudades francesas y alemanes, bastones de mariscales y estandartes turcos y persianos, visibles por la mano de plata que ostentan en el asta los segundos, y los primeros, no solo por la media luna, sino por la grandeza del lienzo, encarnado generalmente, y tan nuevo y sin mancha que podria ser revendido al mercader que lo vendió. En efecto, los de los persas y turcos, parecen entregados á los rusos por mera cortesía y sin disparar un balazo. ¡Qué diverso espectáculo el de las banderas francesas, hechas pedazos, algunas de cuyas águilas han quedado solo con el asta, sin el menor fragmento del pabellon, tal vez porque el porta-estandarte prefirió tragarse la última hilacha á trueque de no verla caer en manos del enemigo.

La religion nacional es la greco-rusa, que llaman la fé católica ortodoxa, y es profesada por cerca de cincuenta millones de almas. Esta iglesia se separó de la romana en 1054, y de la bizantina en 1587, y tiene ahora su sínodo independiente, y ejerce una supremacía moral sobre toda la raza eslava, que tal vez llegue á rivalizar, andando el tiempo, con el poder que tuvo Roma sobre los latinos.

La gerarquía eclesiástica tiene dos órdenes: el monástico, ó *negro*, y el *blanco*, ó clero secular. En los oficios divinos es notable la profusion y excelencia de los cantores, y el efecto que produce su salmodia, cuyas partes de soprano son ejecutadas por niños. Los bajos de las iglesias rusas son pagados liberalmente, y escogidos entre los mejores para desempeñar la parte de solos semi-recitativos, que han de ser cantados con voces profundísimas, especialmente la frase: *Góspodi pomilui (el Señor tenga piedad)*, que hace el efecto de diez ó doce contrabajos ejecutando el mismo paso al unísono, y repitiéndolo sin variacion de cuerda, compás ni tono. La parte más solemne de los oficios es hácia su terminacion, cuando el sacerdote se entra en el santuario, y cerrándose las puertas del *ikonostases*, cesa el canto, se

retira el acólito, y cada cual procura aun retener la respiracion. Al fin se vuelven á abrir las *reales puertas* del centro, y el sacerdote vuelve á aparecer llevando en su cabeza un enorme volúmen, que sostiene con ambas manos, y contiene los santos Evangelios. Acto contínuo, comienza un largo recitado, que es la súplica por el Emperador, durante la cual los rusos toman diferentes actitudes de veneracion y adoracion respetuosa, siendo lo general el oirla con la frente apoyada en el suelo y las manos extendidas, en cuyas formas de veneracion hombres y mujeres muestran igual fervor y entusiasmo.

El primer paso de un ruso al entrar en el templo es comprar las *candelillas*, de las cuales tienen provision abundante dos ó tres sacritanes-soldados, pues en Rusia anda el uniforme militar bajo el papel de farolero, campanero, mandadero y sacristan. La venta de estas candelillas constituye un tráfico harto lucrativo, y como el ejército ruso es el más mal pagado en toda Europa, los jefes dejan á los soldados que *se ingenien* como puedan por la ciudad. Este sistema de culto está introducido en entierros, bautismos, esponsales y bodas, y no hay ceremonia sagrada sin candelillas, porque el fuego es para los rusos la prenda de la presencia del espíritu santo.

Además de las diferencias de dogmas, de que no debemos aquí ocuparnos, mencionarémos algunas variantes en la disciplina de la iglesia rusa con respecto á la latina.

Los rusos hacen *obligatorio* el matrimonio en el clero secular, ó sea en los frailes *blancos*, así como es indispensable la monogamia.

Ningun instrumento músico ha de ser introducido en la celebracion de los divinos oficios.

La iglesia rusa, como la mahometana, rechaza toda obra de escultura de Dios y de los santos, como idolatría; pero pinturas, mosáicos, bajos relieves y todo lo que está representado en superficie plana, no se consideran violacion de la ley.

La confirmacion no se usa entre los rusos, pues el óleo usado en el bautismo se cree que encierra un misterio que la hace inútil.

En punto á fiestas y dias de media fiesta corren parejas con los occidentales. El sentimiento de veneracion en el pueblo ruso está eminentemente desarrollado, revelándose, en especial, en una exacta observancia de las formas exteriores del culto; aunque hay entre ellos verdadera piedad. Pobres y ricos, altos y bajos frecuentan los templos, y todos son iguales ante Dios. Las tiendas y el tráfico se suspenden durante los oficios del domingo; pero tanto éstas como los lugares públicos de recreo, están abiertas en el resto del dia y de la noche.

Los rusos acostumbran á dar gran pompa y esplendor á sus ceremonias y deco-

raciones de los templos. Las piedras preciosas que adornan los cuadros de la *Panagia* no tienen número ni rivales, colocadas en forma de broches ó corazones sobre la pintura, ó formando la corona que simula adornar sus sienes, ó bien rodeando el bastidor dorado en que el lienzo encaja. Estos broches ó coronas las forman brillantes de portentoso tamaño, mezclados entre grandísimas esmeraldas, rubíes y topacios, cada uno de los cuales formaria la fortuna de cualquier fiel; pero tal es la reverencia á las cosas que tienen algo de sagradas, que aunque estos ramilletes de piedras preciosas se hallan á la mano y al alcance de todos, ninguno osa cometer sacrilegio apropiándoselas furtivamente.

Las iglesias de Smolnoï, de Newski y de Preobrasheuski en San Petersburgo; de San Pedro y de San Pablo en Riga; las catedrales de la Asuncion y Anunciacion en Moscou; la de la Transfiguracion en Nijni Novogorod; las iglesias del monasterio de Troitta, de Astrakan, de Revel, Kostroma y otras capitales rusas, son magníficas por su construccion y riqueza. La primera se distingue por el gusto del decorado y sus cinco elegantes cúpulas, pintadas de azul y salpicadas de estrellas de oro. Puesta en una eminencia en una lengua de tierra que rodea el Neva, semeja uno de los mágicos palacios de las *Mil y una noches.* Esta iglesia, perteneciente al convento fundado por Catalina para veinte monjas, sirve hoy al seminario de señoritas nobles, en número de ochocientas, que se educan á costa del Estado y del monasterio. La iglesia católica, frente á la de Kazan, es un edificio que embellece tambien la elegante perspectiva de Newski, terminada por la *Lavra* ó monasterio de este nombre, semejante á una fortaleza, dentro de cuyos muros, que defienden canales y puentes, se eleva en espacioso recinto, en medio de iglesias, torres, jardines y patios. Italia contribuyó con sus mármoles; Siberia con sus piedras, y Persia con sus perlas para enriquecer su templo, en uno de cuyos costados está el monumento de Alejandro Newski, formado de plata maciza, y que no tiene menos de cinco mil libras de peso. Los frailes de este aristocrático monasterio son notables por su gigantesca y varonil talla, así como por su corpulencia y la belleza de sus rostros y cabellera, á muchos de los cuales les pasa de la cintura colgando en espesos bucles, y formando armonía con la espesa y longuísima barba en forma de abanico que casi les cubre por el frente. Esto, unido al austero bonete, y traje negro talar con mangas anchas perdidas, y al rostro atezado, anguloso y severo que les caracteriza, les hace aparecer como una raza aparte y formidable.

V.

LAS ISLAS.

Al modo que en la Siberia la aparicion de los cuervos, en Rusia es el deshielo el principio de primavera y verano, que ambas estaciones se mezclan y reunen, como la luz y la oscuridad en los países tropicales, sin interregno ni distincion perceptible. El deshielo del Neva, indicado muchos dias antes por el color plomizo y negruzco de la superficie del rio, es como el toque de resurreccion del reino vegetal, y la llamada de la poblacion hácia las extremidades de la córte, despues de ocho meses de aglomeracion al centro. Pocos dias antes de la ruptura del hielo comienza la animacion en los muelles, particularmente en el de Vasili, opuesto al inglés y al palacio de invierno, donde fondean los vapores que conducen viajeros de los puertos de Alemania, Francia é Inglaterra. Los buques, inmobles durante el invierno y deteriorados por la nieve y los frios, empiezan á recibir su tripulacion ausente: píntanse los cañones y los mástiles; llénanse las cantinas, y humea el fuego en las desiertas y heladas cocinas, mientras varios trabajadores se ocupan en cortar el hielo en derredor para evitar que, enclavados en un témpano, sigan la peligrosa corriente hasta el peligroso Báltico. Numerosa concurrencia acude á presenciar la despedida de la helada superficie que han hollado caballos, trineos y pedestres durante el invierno, y que á los tres ó cuatro minutos de empezada su lenta marcha hácia el golfo de Finlandia, ha desaparecido completamente. Pero esta magestuosa procesion de témpanos se prolonga algunos años por quince y veinte dias, si los vientos no acostan los que envia el inmenso lago Ladoga, y cuando así sucède, nada es más curioso que el pasaje de estas rocas flotantes por los arcos del elegante puente Nicolai. Esta construccion magnífica de piedra y hierro ofrece en sus machones por la parte del lago unas inmensas rampas en forma de cuchillo, dispuestas á recibir suavemente el choque de los témpanos que, llevados por el ímpetu de la corriente, suben á dos y tres varas sobre los filos de las rampas, hasta que su misma presion los parte y divide, penetrando cada trozo por uno de los arcos del puente, pues hay témpano que cubre dos tercios de la anchura espaciosa del Neva. Varios trabajadores provistos de cuerdas, garfios y poleas, se sitúan en el puente Nicolai para

rescatar el botin que en este pasaje se lleva el hielo, ora de barcas enclavadas en él, ora de chozas con animales, á quienes de improviso tomó el movimiento y ruptura del suelo, sin tener lugar para ponerse en salvo, ora, en fin, de almiares de paja, de montones de heno ó de madera.

Entretanto, la poblacion de San Petersburgo se prepara á la vida de verano, solemnizando su principio con paseos en el muelle de la isla, desde la escuela de cadetes, que mira á la embocadura del golfo de Finlandia, hasta la Bolsa, que forma la punta de la isla de Vasili. Un vapor en miniatura del Almirantazgo, recorre el Neva, é inaugura, por decirlo así, la vida en el reino de Neptuno, y seguidamente empiezan á vomitar negro humo las calderas de los buques y á llevar pasajeros á Cronstadt y á Petershoff, sitios favoritos de verano, el primero para comercio y el segundo para recreo.

Los alrededores de San Petersburgo, semejantes hoy á una Siberia, muestran mañana la tierra árida y seca, que al dia siguiente aparecerá vestida de menuda yerba, y en pocos dias será un jardin ameno y deleitoso. La potencia generadora del suelo, abrigado y humedecido por la nieve durante ocho meses, es tal, que en el corto período de dos semanas se transforma la perspectiva y se crea un mundo nuevo de flores y frutos, y puede decirse que se ven crecer las plantas. Los dias comienzan á ser excesivamente largos, hasta llegar á punto en que á las doce menos cuarto de la noche se divisan aun los postreros resplandores del sol, y á la media hora, sin intermedio de oscuridad, comienza á verse su nueva salida. Las familias acomodadas de la córte empiezan á transplantar su mobiliario á las islas que rodean la córte y que forman los multiplicados brazos del Neva, y del grande y pequeño Nefka, y que por antonomasia llaman los *Verjeles insulares*.

Son estas islas tan numerosas y están tan llenas de puentes que facilitan el paso de unas á otras, que materialmente constituyen un laberinto. La mayor parte de ellas sirven de residencia á los nobles y ricos que no pueden hacer excursiones al Occidente, y así se ven cuajadas de quintas, casas, *chalets,* kioskos, jardines y toda clase de construcciones campestres propias para recreo. Muchas de estas islas son parte de la ciudad, como es la de Vasili, que por sí misma forma uno de los lados del Neva, y otras que son producto de las conjunciones de los canales. Hácia el nor-oeste de San Petersburgo hay cinco islas de tamaño más moderado, y vienen á ser el *rendez-vous* de la sociedad elegante en las tardes del estío, y se conocen con los nombres de Kestofski, ó isla de la Cruz; Kammenoi, isla de piedra; Petrofskoi, isla de Pedro; Yelaginskoi, isla de Yelagin, y Apothecari, ó isla de los boticarios. Estas islas, hoy dia un continuado jardin, no producian antes sino malezas y encinas. Hácia fines del siglo pasado comen-

zaron á plantar en ellas jardines y á embellecer estos arrabales, entre los que quedan algunos, como la isla de Volny y la de Fruktanoff, que son aun morada de lobos y de osos. Cada una de estas islas corresponde particularmente á una clase de la sociedad rusa. Por ejemplo, la de Yelagin es exclusivamente de la córte, que la ocupa casi toda con el castillo y los jardines imperiales. En ésta no hay casas privadas, y el público solo tiene derecho para pasear en sus alamedas.

Kammenoi Ostroff, la isla de piedra, es el círculo de las clases opulentas. Las casas están construidas á la orilla del rio, de diferentes estilos: una gótica, otra italiana, otra chinesca, y en este recinto hay modelos de construcciones de todas edades y países.

Krestofski, ó la isla de la Cruz, está reservada para el pueblo, que acude á ella en pintorescas góndolas á recrearse en sus diversiones nacionales de columpios y montañas, y á tomar su favorito *chai*, y á cantar sus melodías sin temor á rey ni á Roque, mientras otros saborean en la pipa el aromático tabaco turco, ó encienden su *papírosi*, ó cigarrillo, que les está vedado en el recinto de la córte, pues en las calles de San Petersburgo está rigorosamente prohibido el fumar, así á los altos como á los bajos, á los ricos como á los pobres, bajo la multa de un rublo exigido en el acto al contraventor.

La parte *niemetzca* ó alemana de la poblacion, se ha apropiado la isla de Petrofskoi, en donde al compás de algunos músicos concertistas de la legua, de vasos de cerveza y otras bebidas, pasan las horas muertas en animada plática.

A las islas puede irse en carruaje ó *droskie*, en góndolas y en pequeños vaporcitos de hélice que salen á cada hora del muelle frente al jardin de verano, y uno de los principales atractivos en ellas, son los dos campos Eliseos, conocidos con los nombres de *Villa Borghese* y *Isler*, el primero más elegante, aunque no tan extenso y vario como el segundo. Numerosas orquestas ejecutan sinfonías en estos amenos jardines, cuajados de mesas, donde se sirve toda clase de bebidas desde la más exquisita Moselle hasta la más plebeya cerveza. En sus teatros se oyen los coros de tiroleses, y en sus lagos, en derredor de hogueras y ocultas entre el ramaje, dan al eco sus voces las apasionadas gitanas, vestidas como las de Andalucía y como ellas entonando en la guitarra sus melodías lastimeras. Iluminaciones, juegos, danzas, coros, recitados, gimnástica y otros recreos acortan las agradables tardes en las islas y sus jardines, que el ruso no teme comparar con los de Babilonia, Shiraz, Damasco ó Pérgamo.

Además de las quintas ó casas de campo aisladas, hay cinco pueblos en estas cercanías de San Petersburgo, punto de reunion y residencia de los que pueden soportar este cambio de domicilio, y entre ellos descuella por su belleza y anima-

cion el *Novaia Derefnia,* ó campiña nueva, donde se ostenta un magnífico establecimiento de aguas minerales, una especie de Carlsbad en pequeñas proporciones.

Tambien acostumbran á reunirse las gentes de buen gusto en los jardines de Strogonoff y Berborodko, y al medio invariablemente se halla la sociedad remanente en San Petersburgo en el *Jardin de verano,* especie de Hyde Park de los rusos, aunque más agradable que éste por la variedad de flores y árboles que le prestan una apacible sombra, y la multitud de estátuas y bustos de piedra que le adornan.

VI.

LA FERIA DE NIJNI.

Como Roma para los católicos y la Meca para los musulmanes, Nijni-Novogorod es un santuario para el negociante. Desde los tiempos de Dagoberto y su famosa carta que instituyó la feria de San Dionisio, apenas se encontrará mercado más célebre que el de Nijni, existente ya en los años 1366. Kazan habia sido el lugar primitivo de esta feria, mientras fué estado independiente; pero los mercaderes rusos no tenian acceso á ella. Fijóse un nuevo lugar de reunion en las orillas del Volga, y en 1641 fué trasladada á Nijni-Novogorod, bajo la proteccion é intervencion de los monjes del monasterio de San Macario, quienes imponian contribuciones sobre los géneros, y continuaron en sus privilegios hasta mediados del pasado siglo, en que pasó á ser propiedad del Estado, y á ser arrendada anualmente al mejor postor.

La casa del gobernador constituye el centro de la feria, y el piso bajo de ella es todo un bazar para la venta de artículos de lujo de manufactura europea; pero las porcelanas de Tula, las sedas de Persia, las piedras preciosas del Ásia central, los productos de la Siberia y las manufacturas tártaras le dan el aspecto y carácter de cosmopolita. En la misma casa del gobernador hay una fonda, donde domina el mismo espíritu cosmopolita, y puede el inglés saborear su cerveza de Bass ó de Allsopp, genuina, el español su Jerez, el aleman su Johannisberg, el francés sus Chateaux y el ruso su *kuás,* sin faltar los alimentos correspondientes á las exigencias de las bebidas.

De la residencia oficial parte una alameda ó *boulevard* que guia á la catedral

de la Transfiguracion, construida á principios del siglo XIII, y donde están guardadas las cenizas del ciudadano Minin, cuyo monumento se vé delante del Kremlin de Moscou. Esta gran calle guia asimismo á la mezquita tártara y á la iglesia armenia, que se encuentran así en laudable y tolerante justaposicion. Las tiendas, en todo lo largo de la calle, están ocupadas por los plateros, pañeros, peleteros y traficantes en viandas saladas, conservas y escabeches.

El Bazar, que así como el edificio del gobernador y las tiendas, fueron erigidos por el Emperador, está rodeado de un canal pequeño, como medio de proteccion contra el fuego, muy frecuente en aquel mercado, de donde proviene la rigorosa ordenanza de multar á los fumadores en la cantidad de veinte y cinco rublos, ó sean cien francos; pero aunque considerado inmenso en un principio, es hoy muy reducido en comparacion con la extension del real, que llega hasta las orillas del Volga y del Oka, con sus hileras de tiendas, fondas y teatros. La hilera ó línea llamada de Siberia, guarnece las márgenes del Volga en grande distancia, con sus tiendas de té, algodon, hierro, trapos, etc., y son dignos de inspeccion los muelles ó desembarcaderos en la fabulosa extension de cerca de tres leguas, llenos de vigorosos tártaros, desembarcando de galerones semejantes á los de la edad media, granos, sandías, cueros, vinos del Cáucaso, algodon de Bukarés y cuantas mercaderías produce la tierra ó labra la industriosa mano del hombre. No menos de cuatrocientos vapores navegan por el Volga, que contribuyen á animar el famoso mercado; pero los alrededores presentan, si cabe, mayor animacion, porque ofrecen líneas no interrumpidas de vehículos, muchedumbres de trabajadores, de solícitos traficantes, de ambulantes vendedores, y de frailes que se aprovechan bien de la supersticion de los mercaderes rusos, los cuales no saben qué hacer para librarse del *espíritu malo* en sus transacciones. Cuantas prácticas son imaginables pone de por medio el negociante para asegurarse del lucro. Delante de los almacenes suelen poner una herradura de caballo con los extremos ó aberturas hácia fuera, para que si el diablo quiere entrar, se vea obligado á seguir la corriente y salga por el otro lado. A más de esto, el ruso acostumbra á consagrar sus almacenes, para cuya ceremonia convida á algunos amigos, quienes santiguándose é inclinando el cuerpo, siguen á los sacerdotes vestidos con sus capas pluviales, que no dejan objeto, caja, ni baratija que no visiten, bendigan y rocíen, mientras cantan y queman oloroso incienso.

Las ventas y compras que se hacen en esta feria representan el valor de cerca de dos mil millones de reales, por donde puede calcularse la importancia del mercado de Nijni, y los inmensos negocios que allí se llevan á cabo.

El viajero, antes de ir á la feria, debe atravesar la ciudad en su parte más

elevada y ascender á la torre de Minin, desde la cual se le ofrece por todos lados un panorama excesivamente pintoresco. El real de la feria se extiende como una vasta ciudad de tiendas en un espacio triangular entre el Oka y el Volga, que se puede distinguir desde esta eminencia hasta la distancia de muchas millas, con sus vapores, semejantes desde la altura á cáscaras de nuez flotando con rumbo al Caspio. Los bosques de mástiles cubren la superficie del anchuroso Oka, y ocultan los millares de falúas y barcazas procedentes de todas las partes del imperio, cuyas mercancías descargan ejércitos de harapientos tártaros. Por otros lados llaman la atencion los rebajados arcos de las puertas; las blancas y numerosas torres que dan entrada á las cloacas de piedra bajo el suelo del Bazar; las murallas del antiguo Kremlin, y los colores vivos de los tejados de las casas que se destacan sobre el espeso follaje de jardines numerosos.

No es menos grandiosa la perspectiva que se muestra desde el Otkos, ó terrado construido por órden del Emperador Nicolás, y desde el cual la vista abraza una vastísima llanura aluvial, rica de cosechas, y no destituida de espesos y frondosos bosques, sobre la que corre el Volga, semejando una ancha cintura azul que oprime la tierra de uno á otro horizonte. Este rio, como el Nilo, tiene sus frecuentes inundaciones hácia la primavera, y en gran parte de la llanura deja fertilísimos depósitos que aumentan la riqueza del país.

Una vez descendido el viajero y dejada esta poética vista, encontrará sin duda mucho de prosáico en las nubes de finísimo polvo que levantan las caravanas de traficantes en las calles sin empedrar, en el calor muchas veces tropical é insufrible, y en el contacto con una poblacion masculina, que no huele á ambar; pero no hay más sino olvidarlo todo por el asunto principal que es el exámen de los almacenes, puestos ó tiendas de los compradores y vendedores, y de la general apariencia asiática de esta feria, donde no es raro ver esquimales, chinos y salvajes, entre persas, armenios y tártaros.

Pero no son los tipos lo que hay que estudiar en este lugar, sino la naturaleza y extension del comercio bajo la más ruda y antiquísima forma de contratacion, que los bancos de crédito y las líneas férreas van haciendo desaparecer de los pueblos cultos. Sin embargo, como el comercio es muy tenaz en su rutina y muy apegado á las tradiciones, y por otra parte, la via ferrada aun no se extiende más allá del Este de Nijni, aun no ha influido en nada en las condiciones de este mercado. El del té es el único que no se halla tan floreciente como en otros tiempos, desde que se anuló la prohibicion de importar esta planta por mar. Habíase creido siempre que el viaje por mar perjudicaba á la calidad y aroma del té, y naturalmente el traido de la China por Kiakhta, y vendido en la feria de Nijni, alcanzaba

mucha demanda y buenos precios. Despues, el té venido de Canton comenzó la competencia con el terrestre, hallándose ahora en estado transitorio la cuestion, y triunfando alternativamente ya el uno, ya el otro. Sin embargo, los rusos, que son grandes aficionados y rabiosos bebedores de su *chai*, le prefieren todavía terrestre; aunque no deben perjudicarle mucho las aguas, puesto que el mismo té de Kiakhta viene por agua desde Perm. En la feria de Nijni se ven clases de té que aun no han entrado en los mercados de Europa, como son principalmente el amarillo, de exquisita fragancia, bien que en extremo perjudicial para los nervios si se toma con frecuencia, y otra clase que consumen los kalmukos y kirghizes.

Otras dos ferias tienen lugar en Nijni-Novogorod, pero no son visitadas por extranjeros. Una de ellas, celebrada en el primer mes del año, sobre el hielo, á la embocadura del Oka, está destinada á la venta exclusiva de objetos de madera, tales como cajas, juguetes y otras manufacturas semejantes. A esta feria vienen muchas gentes de las cercanías, y en el pasado año de 1864, el hielo en que estaban colocados los puestos, tiendas y fondas, se partió, y hundiéndose, causó la muerte de un gran número de hombres, mujeres, niños y caballos, que todos se sumergieron en las aguas. La otra feria tiene lugar en julio, y se limita á la compra y venta de caballos.

Ya que hemos hablado de esta feria tan memorable, bueno será que digamos algo de la manera de viajar en Rusia. Hasta ahora las reglas establecidas en este imperio han sido por demas vejatorias y hechas al parecer con la idea de que ni los rusos salgan, ni los extranjeros entren en sus dominios, idea *muy tártara* de suyo. Por un *ukase* de fines del año pasado, se ordenó que todo viajero provisto de pasaporte correspondiente, pueda residir no más que seis meses con el mismo documento, al cabo de los cuales, ha de solicitar otro pasaporte de residencia regular segun costumbre. Este es un progreso, como se vé, puesto que el viajero que resida ménos de este tiempo está libre de esas vejaciones y diligencias, así como de tener que esperar quince dias despues de pedir licencia para salir del imperio, para que se publique su nombre y su propósito; formalidades absurdas y vejatorias hasta lo sumo.

Los traficantes están sujetos á tarifas eminentemente protectoras; pero los que viajan por placer no son muy molestados en las aduanas, y mucho menos si es liberal cuando tiene en sus maletas libros, mapas, guias y otros productos de la prensa, y en particular si provienen de la revolucionaria de Lóndres. Aun los más santos y conservadores no se entregan á los suscritores en Rusia sin que la policía los lea y examine y ponga su visto bueno á cada párrafo, condenando los demas á desaparecer bajo la impresion de unos cuadrados de diversos tamaños, segun el período delincuente: de modo que muchas veces recibe el suscritor el número del

periódico lleno de parches negros, antídoto contra el veneno de la idea, y á cuyos pocos párrafos en blanco no le puede sacar sentido alguno, ni se lo sacará Aristóteles si resucitara para solo ello. Cartas selladas, billetes de lotería, naipes y libros de tendencia inmoral, como por ejemplo, novelas francesas, están sujetos á decomiso. En punto á las cartas selladas, no es extraño, porque el gobierno ruso es muy amigo de *cartas abiertas* por natural curiosidad. La policía es mucho más exigente y molesta en Varsovia y en la frontera polaca que en el resto del imperio.

La manera más cómoda de viajar en Rusia es corriendo la posta, para lo cual se necesita sacar una licencia llamada *paradojna,* ó órden para caballos, de la cual tiene buen cuidado el pasajero, que en caso de perderla está sujeto á muchos trabajos. Las casas de postas, generalmente dirigidas por judíos polacos, son al mismo tiempo fondas y posadas, y á excepcion de las camas, que es artículo desconocido, pues los rusos se acomodan bien en un sofá, lo demas es tolerable, y están provistas no solo de lo necesario, sino aun de lo supérfluo y artículos de lujo, tales como Champagne y vinos delicados de otros países. Los que no llevan carruaje propio son acomodados en verano en un carricoche sin muelles, llamado *telega,* que con la velocidad con que van los caballos no es muy agradable jornada. Mucho más cómoda es la del invierno en una *kibitka,* ó trineo de viaje, tosca y sólidamente construido. El pasajero que tiene alguna experiencia, compra en la frontera una *kibitka*, cuyo coste no excede de veinte y cinco duros, y hace su viaje sin exponerse á dilaciones. Esta manera de viajar es la más confortable que imaginarse puede en un país de tan rigoroso clima.

En el suelo de la *kibitka* se colocan las maletas de los viajeros, formando con ellas un asiento hácia el fondo ó testero, de modo que venga á caer bajo la techumbre que la cubre y resguarda hasta la mitad. Todo el interior se llena luego de paja, y en ese mullido asiento se coloca el viajante bien pertrechado de finas pieles, donde es llevado como en volandas, sin movimiento ni ruido, á no ser el de los caballos, que con la barriga en tierra, van levantando espesos remolinos de blanca nieve, que á guisa de granizada suele dar en el rostro; pero este inconveniente se evita en las ciudades con unas redes puestas á los caballos y que terminan en la delantera del trineo, y en los campos con un esteron, que á guisa de cortina llevan las *kabitkas*. Los *yamstchiks* ó postillones, por la mayor parte muchachos de corta edad, dejan la casa de postas á furioso galope, llevando en una mano á veces diez y ocho riendas, y no dejan de crujir el látigo, de cantar ó de animar á los caballos, con quienes suelen tener conversaciones como si verdaderamente los entendieran, y á quienes llaman *hermano, amigo, padrecito, querido, pichon* y otras expresiones semejantes.

VII.

SIBERIA.

Acerca de esta comarca que tanto se nombra, poco se ha escrito, porque es territorio no muy frecuentado por extranjeros. En efecto, los placeres de una espedicion á esta parte tan desierta y árida, en donde, comparada la extension con la poblacion, viene á resultar tres personas por cada legua cuadrada, no son tales que conviden á un *tourista*. Solo algunos mercaderes penetran en esta Rusia asiática, y no tantos como debieran por las restricciones y vejaciones del gobierno. Por lo que hace á los rusos europeos, sus razones tienen para no ir, y hasta el nombre de Siberia aborrecen, por recordales las miserias y penalidades del destierro. Resulta que el estado verdadero de esta porcion del globo se presume y adivina más bien que se conoce.

El estado de estas provincias, por supuesto, nunca puede llegar á un gran progreso por las barreras que le oponen la duracion del invierno y el aspecto físico del país. En Siberia es preciso comerciar con caravanas, porque los rios que la atraviesan desaguan en el Océano Ártico, y son por lo tanto innavegables. En la parte occidental las mercaderías tienen que ser arrastradas en trineos ó carros tirados por hombres, formando un largo convoy á fin de que los conductores puedan auxiliarse unos á otros; y en la parte oriental, el reno ó rengífero y el caballo de carga, son los únicos capaces de afrontar el intenso frio, las tempestades de la primavera y el estío y los ataques de los osos, á cuyas manos perecen muchos. Hay caravanas que cuentan hasta quinientos caballos y renos, y gran número de hombres para su conduccion, por lo que no es extraño el gran costo de los transportes y comunicacion en la Siberia oriental.

Los desterrados forman una gran parte de la poblacion mezclados con los rústicos en los trabajos agrícolas y mineros, puesto que este territorio no es otra cosa que un vasto establecimiento penal. El número de los que anualmente son enviados á él, se calcula ser de diez mil; pero en este número se incluyen muchas de las mujeres de los desterrados, que por los azares y duracion de la jornada no llegan á su destino.

Los desterrados están divididos en cuatro distintas clases, y cada uno es tratado conforme á la naturaleza de su ofensa ó delito.

La primera clase se compone de aquellos condenados por graves crímenes contra la ley.

La segunda la forman todos aquellos hallados como vagabundos por el imperio.

La tercera comprende los sentenciados por los tribunales establecidos en los pueblos y lugares, reos de delitos leves.

La cuarta se compone de siervos condenados por órden del gobierno, á instancias del propietario ó señor de las tierras á que pertenecen.

Los criminales de mayor cuenta son llevados á las minas de plata de Nertchinsk, en el distrito ó gobierno de Irkoutsk, á donde van por de contado los delincuentes políticos, sentenciados por lo comun á trabajos perpétuos, aunque, á creer las descripciones de un viajero que estuvo en esta capital recientemente, tal castigo no se lleva al pié de la letra. El traje, sin embargo, es el que llevan los convictos, y varias faenas se les imponen, como la de moler trigo en molinos manuales; pero á los dos años éstas van disminuyendo gradualmente hasta dejarlos libres, permitiéndoles vivir en la poblacion que se les indica. A los tres años se les permite vivir en cualquiera otra poblacion del mismo distrito, y establecerse en ella como colonos, y aun despues se extiende la libertad de elegir cualquier ciudad para su residencia, con solo dos restricciones: la obligacion de permanecer en la ciudad que han elegido, y la prohibicion de dedicarse á ningun arte ni comercio.

El gobierno da á los desterrados una pequeña pension, y por el espacio de tres años están exentos de contribuciones. A la cabeza de cada lugar hay un cosaco, que administra justicia en causas leves, y que ejecuta él mismo la sentencia de palos á que condena á los convictos. A más de la pension, los desterrados pueden recibir géneros y metálico, con tal de que la suma no llegue á quince mil reales; pero aquellos cuyos bienes han sido confiscados y no tienen más que la pitanza oficial, se ayudan cultivando la tierra.

En la Siberia hay una bien organizada policía, á pesar de la inmensa extension del territorio, y de que hay épocas en el año en que los trabajadores infestan los caminos y los pueblos, gastando en beber lo que han ahorrado en una larga temporada. Esto sucede al principiar el otoño, ocasionando crímenes y asesinatos entre ellos mismos.

La pena de muerte no está en vigor en Rusia: el gobierno ha abolido su aplicacion directa; pero por desgracia no la indirecta del azote, en cuya infliccion sucumben dos quintas partes de los que la sufren.

En lo general, la idea que nos formamos del destierro en la Siberia, es triste

y espantosa, porque á este solo nombre se asocia cuanto mal puede caber al hombre, como es la separacion de su hogar y familia, de sus amigos, de sus ocupaciones, y la vida perpétua en una region desolada y cruda; pero á decir verdad, los pocos viajeros que han penetrado en el interior y vivido con los penados, hacen de aquel lugar una pintura muy diversa, tanto, que llega á ser casi increible. Es preciso, escribe uno, ver lo que los rusos dejan y lo que allí encuentran para formarse juicio del sacrificio á que los compele el capricho de un tirano. Para este narrador, los rusos no tienen mucha dósis de amor al suelo natal, ni los lazos de amistad y parentesco son muy fuertes. El género de vida que les gusta es tan brutal y sensual bajo todos aspectos, que sus goces los pueden encontrar en cualquiera parte del globo con la misma facilidad y perfeccion. Ahora bien, son tan numerosos los desterrados á la Siberia, que la capital del país presenta un aspecto, segun nuestro observador, semejante á las más civilizadas y florecientes ciudades rusas. Su número y su rango la ha hecho enriquecer con almacenes, tiendas, teatros, casinos, jardines y otros lugares de recreo. Allí hay librerías, mascaradas, *restaurants*: vinos de Francia y cervezas de Inglaterra, se pueden obtener allí lo mismo que en Moscou ó San Petersburgo. Las provisiones son baratas, hasta el punto que un individuo puede vivir con ocho ó nueve duros anuales. La alegría reina en aquella sociedad, verdadero templo de Baco y de la indolencia. Las personas más considerables se dan visitas, y se convidan á saraos y conciertos recíprocamente. El pueblo vive como loco: dia y noche no hay más que paseos, gritos, tumultos. Es difícil penetrar en las calles, por el número de hombres, mujeres, bestias y trineos que las pueblan. Un oficial ruso de alta graduacion prefiere vivir en Siberia con media paga, á vivir en la córte con paga entera, y muchos deterrados, despues de volver á sus casas, han solicitado ir de nuevo á Tobolski.

Hé aquí en resúmen la pintura que se ha hecho por los viajeros en la Siberia, que solo parece tenebrosa á los que la ven de léjos. Sin embargo, multitud de hechos y rasgos prueban que estas relaciones no son dignas de crédito. Si tal fuese la vida siberiana, no se hubiese visto á una delicada jóven de quince años emprender sola un viaje de mil quinientas millas en el rigor del invierno, expuesta á una muerte cierta, para pedir al Emperador el perdon de su padre, desterrado al gobierno de Tobolski, ni menos se hubiera quejado la princesa Troubetzkoi de las miserias que habia sufrido durante catorce años, no teniendo ni aun médicos que atendiesen á sus hijos enfermos. Respecto á la buena fé de tales narradores, hay algo que sospechar, pues no puede darse cosa más monstruosa que un refinamiento de civilizacion en el corazon de la Siberia, y caso de ser cierto, debia mirarse con horror como producto de lágrimas y sangre de los desterrados. Ya en una ocasion,



y [illegible] se [illegible] cuanto mal puede caber al hombre, [illegible] de su hogar y familia, de sus amigos, de sus ocupaciones [illegible] es una region desolada y cruda; pero á decir verdad, [illegible] que han penetrado en el interior y vivido con los penados, hacen [illegible] una pintura muy diversa, tanto, que llega á ser casi increible. Es preciso, escribe uno, ver lo que los rusos dejan y lo que allí encuentran para formarse juicio del sacrificio á que los condena el capricho de un tirano. Para este viajador, los rusos no tienen mucha dosis de amor al suelo natal, ni los lazos de amistad y parentesco son muy fuertes. El género de vida que les gusta es tan fácil y sensual bajo todos aspectos, que sus goces los pueden encontrar en cualquiera parte del globo con la misma facilidad y perfeccion. Ahora bien, son tan numerosos los desterrados á la Siberia, que la capital del país presenta un aspecto, segun nuestro observador, semejante á las más civilizadas y florecientes ciudades rusas. Su número y su rango la ha hecho enriquecer con almacenes, tiendas, teatros, casinos, jardines y otros lugares de recreo. Allí hay librerías, mascaradas, [illegible], vinos de Francia y cervezas de Inglaterra, se pueden obtener allí lo mismo que en Moscow ó San Petersburgo. Las provisiones son baratas, hasta el punto que un individuo puede vivir con ocho ó nueve duros anuales. La alegría reina en aquella sociedad, verdadero templo de Baco y de la indolencia. Las personas más considerables se dan visitas, y se convidan á saraos y conciertos recíprocamente. El pueblo vive como loco: dia y noche no hay más que paseos, gritos, tumultos. Es difícil penetrar en las calles, por el número de hombres, mujeres, bestias y trineos que las pueblan. Un oficial ruso de alta graduacion prefiere vivir en Siberia con media paga, á vivir en la corte con paga entera, y muchos deterrados, despues de volver á sus casas, han solicitado ir de nuevo á Tobolski.

Hé aquí en resúmen la pintura que se ha hecho por los viajeros en la Siberia, que solo parece tenebrosa á los que la ven de léjos. Sin embargo, multitud de hechos y rasgos prueban que estas relaciones no son dignas de crédito. Si tal fuese la vida siberiana, no se hubiera visto á una delicada jóven de quince años emprender sola un viaje de mil quinientas millas en el rigor del invierno, expuesta á una muerte cierta, para pedir al Emperador el perdon de su padre, desterrado al gobierno de Tobolski; ni tampoco se hubiera quejado la princesa Troubetzkoi de las miserias que habia sufrido durante catorce años, no teniendo ni aun médicos que atendiesen á sus hijos enfermos. Respecto á la buena fé de tales narradores, hay algo que sospechar, pues no puede darse cosa más monstruosa que un refinamiento de civilizacion en el corazon de la Siberia, y caso de ser cierto, debia mirarse con horror como producto de lágrimas y sangre de los desterrados. Ya en una ocasion,



Drawn by W. Perring. Engraved by J. Hollis.

Rusia _ La Siberia

se vió aparecer un opúsculo respecto al proscrito Troubetzkoi, defendiendo la conducta del Emperador Nicolás, en el que se decia: que las minas á que son condenados los prisioneros políticos, no son teatros de sufrimiento ni dureza, y que su trabajo es meramente nominal; pero aconteció que al propio tiempo circulaba una tarjeta del autor en que se le habia añadido al título de consejero de Estado el de *gran espía de la Rusia*.

VIII.

MISCELÁNEA.

Entre los rusos y la mayor parte de las naciones del Norte, se acostumbra á hacer un prefacio á la comida, á que llaman *zakuska*, y consiste en una pequeña mesa puesta en otra habitacion cercana al comedor, en donde se ostentan varios platos con estimulantes y despertadores, tales como caviar fresco, arenques secos, salmon ahumado, lengua curada, salchichon, rábanos, queso, manteca, aceitunas y otros comestibles propios de la estacion; pues la voz *zakuska* los comprende todos. Por añadidura, resplandecen allí el *alasch* ó *kümmel*, licor que tiene muchos devotos, y otras clases de bebidas que puede gustar el curioso.

De paso hablarémos en otro lugar acerca de la música sagrada de los rusos, y de las estentóreas voces de los que celebran el oficio divino. La religion no permite á la mujer que una sus preces en público con los hombres, ni que se usen instrumentos, sin exceptuar el magestuoso órgano. En cambio, las buenas voces de bajo son buscadas con gran solicitud en todo el imperio para dar fuerza y terror al anatema contra los herejes, que se pronuncia en un dia festivo determinado, y que semeja la voz del trueno en la montaña. Un director ó maestro de capilla ensaya estas gargantas de metal para que produzcan el sonido con toda la aspereza posible, y en efecto, no se puede oir á los bien barbados y varoniles coristas, sin admirarse del prodioso esfuerzo de sus pulmones. Los bajos de la iglesia de Kazan en San Petersburgo, están reputados por los mejores de todo el imperio, y especialmente uno de ellos, mercader que era en Tobolski, gobierno de la Siberia, el cual á su aparicion primera hizo desmayar á casi todas las mujeres, aterrorizadas por el temblor que ocasionaban las fuertes vibraciones de aquel huracan de voz desatado de

improviso en el templo. Esta ceremonia religiosa que llaman del *anatema*, es quizás peculiar y exclusiva en los templos rusos, y dirigida principalmente contra Boris Gudunoff, Mazzeppa y otros personajes de su historia, aunque concluye tambien con la maldicion de todos los herejes.

Los rusos son tan apegados á la exterioridad y á las prácticas del culto, y les dan tanta importancia, que por ejemplo, cuando han hecho sus cruces y genuflexiones, y encendido sus candelillas, se creen ya tan seguros del influjo del mal espíritu, como si reposaran en el seno de Abraham. Los ladrones, seductores y estafadores, en una palabra, los delincuentes todos, consideran como una parte indispensable de sus proyectos el asegurarse con las candelillas contra el mal éxito de sus empresas, lo que nos recuerda la gráfica pintura que de análoga supersticion nos hizo Cervantes de los ladrones y malas mujeres reunidas en casa de Monipodio, en donde la vieja halduda pide dos cuartos para encender las candelicas, despues de haber robado una canasta de colar llena de ropa y *con su cernada y todo*. Ningun ruso entra en una habitacion sin saludar primero á la devota estampa que ha de haber en todos los aposentos de una casa, y es de ver la impaciencia con que se lanzan á besar las imágenes pintadas que los sacerdotes les presentan en los dias festivos consagrados á algun santo. En Moscou habia una muy milagrosa llamada la *Varvaria*, que en ocasion de una epidemia se ordenó ocultar, por miedo de que la aplicacion de tantas bocas en un lugar dado fuese causa de que se propagase el mal, y el pueblo fanático se amotinó y mató al metropolitano, y no se aquietó hasta que se le produjo de nuevo el objeto de su veneracion supersticiosa. No deja de chocar el ver al oficial elegante y perfumado y á la pulcra doncella poner los labios en el cristal ó madera donde acaba de restregarse la sucia y piojosa barba de un *mujick*, aunque en esto no se diferencian mucho de los pueblos católicos, como puede ser testigo el dedo del pié de la estátua de San Pedro en Roma, comido hasta la primera falange en fuerza de estas muestras de adoracion de devotos de todas clases.

La consagracion de las aguas, ó la fiesta del Jordan, es una de las más interesantes de Rusia, pueblo más inclinado á bendecir que á maldecir. No hay cosa entre los rusos que no esté bendita, consagrada ó rociada: las casas, los establos, las ramas de la primavera, el fruto del otoño, el alimento del verano, los rebaños, las aguas, el aire, los elementos todos, y cuanto se mueve ó vive y en algun modo concierne al bienestar. Los rusos creen que los demas europeos son paganos, porque viven en casas sin consagrar, y nos miran como el católico á aquellos que descuidan el bautizar á sus hijos. Donde el sacerdote no ha pasado con su escudilla y su hisopo, allí mora el diablo y hace de las suyas. La consagra-

cion de las aguas tiene lugar tres veces al año: una en el invierno sobre el hielo; otra en la primavera, y otra en el verano. «*¡Hoy es Jordan:* se van á lavar los dioses!» dicen algunos, creyendo que el sumergir las pinturas de los santos en el agua es consagrarlas por el agua, cuando el agua es lo que bendicen con la inmersion de las pinturas. La ceremonia de invierno es la más peculiar, y en San Petersburgo una de las más dignas de verse, pues preside la procesion el Emperador. Se celebra esta bendicion de las aguas el dia 6 de enero, fiesta de la Epifania, y en las ciudades donde no hay rio, tiene lugar en algun lago, arroyo ó pozo de las cercanías. En la córte se bendice el Neva, y el acto se verifica delante del palacio de invierno, que viene á estar como el Louvre sobre el Sena. Sobre el hielo forman un círculo con ramas de árboles clavadas en él y rodeado de una galería. En el centro de este círculo cortan un témpano cuadrado de hielo, y allí van los sacerdotes en procesion solemne con cirios, banderas é imágenes pintadas, entonando antífonas y quemando incienso. Despues de varios rituales, introducen y sumergen varias veces una cruz en el líquido elemento, que queda bendito, sano y saludable para el hombre y para los peces, y por medio de aquella ceremonia, lo quedan igualmente todos los rios y manantiales y pozos de la vecindad. El pueblo, que ha estado presenciándola con gran compostura desde las márgenes del Neva, y desde los tejados de las casas vecinas, tiene gran fé en las aguas así tocadas por la cruz, y apenas se retiran la córte y el clero, se abalanza provisto de botellas, jarros, vasos y pucheretes, como si creyesen recoger la ola tocada por la cruz, cosa que da lugar á confusiones, tumultos, vivas y otras exclamaciones hijas del entusiasmo. Algunos se contentan con llevarse una botella llena á su casa para beber de ella, ó lavarse los ojos por las mañanas; pero los más celosos no se retiran sin haberse tendido sobre el hielo y chapoteado bien, no obstante que el viento Norte sopla de firme, helando el agua en su cabello y piel; pero no les importa, siendo como es agua bendita. Los niños mandados por sus padres para llenar botellas, se entretienen en derramarlas sobre sus cabezas diferentes veces antes de retirarse, y cuando todos desaparecen, no dejan de quedarse dos ó tres sentados cerca del agujero como patriarcas, bebiendo con tanto gusto el agua del rio como si fuese el vino más exquisito.

El 6 de agosto tiene lugar la bendicion de los frutos, que recuerda las fiestas de Pomona en la antigüedad. A los templos concurren los fieles llevando consigo manzanas, peras, ciruelas y otros productos de la estacion, y en defecto de esta precaucion, allí encuentran extensas filas de vendedores de dichos artículos. Concluidos los oficios pasan los sacerdotes por entre las líneas, rociando los puestos con el agua bendita. Los que son muy estrictos, no tocan fruta alguna hasta pasado

este dia; pero una vez echada la bendicion, empieza una demolicion completa de estos frutos, que dan aun á los niños de pecho, persuadidos de que una cosa bendita no puede nunca hacerles daño. Las gentes entran y salen en los templos comiendo manzanas, y los pobres llevan sacos llenos de estos frutos que liberalmente les reparten las personas caritativas. Esta fiesta ocurre en estacion demasiado temprana para el norte de la Rusia, y produce bastantes males, por la creencia de que despues de la bendicion pueden comer sin tasa y sin peligro frutos que aun no están en sazon.

Otra especie de extraña consagracion es la que el pueblo llama *Moleben*, y recae sobre sus propias personas. Cuando alguno está en vísperas de hacer algo que juzga importante, ó llega un dia del año á que asocia algun tierno recuerdo, ó en fin, desea ofrecer particulares oraciones en accion de gracias, se va á un sacerdote, le paga un rublo, y le ruega que le lea un *Moleben*. El sacerdote lo lleva á la iglesia, generalmente acompañado por un amigo, y asistido por un subdiácono recita oraciones, canta y quema incienso, mientras el agraciado se santigua, se inclina y se levanta sin cesar. La oracion no va dirigida á Dios, sino al ángel de la guarda.

IX.

LOS COSACOS.

El nombre de *cosaco* no se da arbitrariamente á cuerpos de caballería rusa organizados en diferentes provincias del imperio, sino que es el de una nacion entera que fué por largo tiempo independiente y gobernada por una especie de república. Extendidos sobre las riberas del Don, del mar Negro, del Volga y de parte de la Siberia, presentan gran variedad, no solo en sus costumbres y constitucion política, sino hasta en su configuracion física.

Los cosacos profesan la religion griega. En sus bodas y funerales tienen prácticas que su vida ruda y sus preocupaciones han consagrado, como es la de ir el novio á casa de la novia en un hermoso caballo adornado con profusion de campanillas, que anuncian á la futura esposa la llegada del hombre con quien ha de vivir, y cuyas campanillas guarda la doncella cuidadosamente para adornar con ellas el lecho nupcial en los dias festivos.

Entre los cosacos, las mujeres no aportan dote alguno, y solo el marido está obligado á darle una pieza de lienzo, de parte de la cual ha de hacer la novia una escofia para la ceremonia del casamiento. Muy diversamente sucede entre los habitantes de la Lituania, cuyas mujeres desde su más tierna infancia se ocupan en juntar su dote y hacer su ajuar.

Los cosacos del mar Negro son los más feroces: los del Don los más civilizados. Éstos viven bajo un gobierno militar, en el que cada distrito tiene al frente un *hetman* ó gobernador nombrado por el Emperador de Rusia. Cada cosaco tiene una porcion de terreno y el derecho de pescar hasta cierta extension en el rio, comprometiéndose en cambio á veinte años de servicio militar. En los tres primeros años los cosacos están obligados á servir en cualquiera parte del orbe á que se los destine; mas en los diez y siete años restantes no han de ser forzados á abandonar el interior del imperio, sino por circunstancias extraordinarias.

El traje de estos soldados consiste en una bata ó casacon de paño gris muy grueso que le llega casi hasta los tobillos, pantalon de la misma tela y botas grandes puestas por encima. Su morrion es en algunos como montera de forma cilíndrica de hule, sin visera, ni galones, de color negro y sujeta con carrilleras de cuero del mismo color. Otros llevan un cucurucho de piel de carnero negra, hasta la mitad, y encima una especie de saco ó bolsa de paño color de grana, adornada con cintas y vivos blancos. En la cintura llevan una banda negra, y otra puesta sobre el hombro, de que pende la cartuchera. El caballo del cosaco es de muy poca alzada, y parece un jumento; pero tiene mucho brio, y resiste larguísimas jornadas. La montera puntiaguda es distintivo de los cosacos de las montañas del Oural, ó de Siberia. Sus lanzas son enormes; negras las astas y sin banderolas, de suerte que su aspecto sobre tales caballos tiene algo de fantástico y de quijotesco.

En Tscherchaskoy, capital de los cosacos del Don, la sociedad no es tan salvaje como parece debiera serlo, segun la idea que se tiene del cosaco militar al servicio de la Rusia, pues viven en paz y con abundancia. El traje de sus mujeres es muy singular, y diferente de todos los de la Rusia, consistiendo la pieza principal en una montera que parece la mitra de un obispo griego. El cabello de la mujer casada ha de ir enroscado dentro de ella, reservándose solo el privilegio de adornarla por fuera con perlas y flores. El vestido de las jóvenes y niñas cosacas es elegante, y consiste en una túnica de seda con pantalones ajustados con cintas de plata, botitas amarillas y un pañuelo de la India en derredor de la cabeza. Su riqueza y su pasion son las perlas preciosas. Muchas veces se ven mujeres desnudas de pié y pierna, y sin embargo, no dejan de tener cajas llenas

de piedras preciosas de valor inmenso, y tal, que forman un tesoro. El traje comun á los cosacos cortesanos ó agricultores consiste en una chaqueta azul, pantalon y chaleco blanco de fustan, que siempre parece nuevo y sin mancha. En efecto, los cosacos son muy celosos de su apariencia, y rara vez se los vé con harapos ó prendas viejas. En la misma caballería rusa se distinguen por el cuidado con que se arreglan el cabello y se abren su raya, pareciendo más bien que cosacos que viven en cuarteles, elegantes en los paseos de una córte.

Los que han recorrido su territorio, hacen los mayores elogios del carácter del cosaco, de su instruccion, desinterés y hospitalidad, y de la buena armonía entre las familias, y del cumplimiento respectivo de sus deberes, resaltando sobre todo la valentía que les es innata.

X.

LOS KALMUKOS.

Éstos son los descendientes de los Hunos, y tienen una fama como la de Sostrato. Son célebres solo por haber venido con Atila á destruir el romano imperio. Sus casas son tiendas ó chozas hechas de fieltro ó palleta afelpada. Cuando un jóven kalmuko se casa, está obligado á construir una tienda para él y su mujer, y una asimismo para cada uno de los hijos que tenga de su matrimonio.

El kalmuko es de figura atlética, pero no bien proporcionada: tiene los pómulos muy salientes y la nariz ancha y aplastada. Su acento es gutural y duro. Hordas de ellos se ven errantes en los países confinantes con el Tibet, en las regiones del norte de Persia, de la India y de la China, y en todo el sur de la Rusia.

El viajero Pallas juzga á los kalmukos, como Clarke á los moradores de Siberia, mucho más adelantados y felices que lo que se creia generalmente; pero esto no quita que sus chocines tengan una apariencia ruin y poco limpia, y que la carne y los cueros que por lo general cuelgan en ellas les den un aspecto todavía más repugnante. El palacio del príncipe y el templo de sus dioses son dos chozas que se distinguen de las demas por el color y el tamaño, y aunque esto no les habilita mucho para entrar en corro con naciones civilizadas, es de notar el ingenio con que para ahorrar tiempo han construido cerca de los templos molinos de viento, á

que llaman *máquinas de rezar*, en la cual el dueño de una choza hace que los sacerdotes escriban en las aspas algunas oraciones, á fin de que las mueva el viento y se excuse él del trabajo de repetirlas, pues es dogma entre ellos que la plegaria para que sea efectiva solo requiere que se la ponga en movimiento; y de aquí proviene que los sacerdotes mismos, en lugar de rezar en el templo, metan muchas preces en una caja cilíndrica, la cual mueven con un palo, mientras con el mayor sosiego están echando bocanadas de su larga pipa.

Los kalmukos dan muchos soldados al ejército ruso, y su disciplina se diferencia muy poco de la de los cosacos; pero en sus cuerpos irregulares preservan su antigua armadura, el arco, la flecha, aljaba y maza, con cuyas armas, arreos y veloces caballos se los vé en los simulacros y ejercicios militares, tan frecuentes en la capital de Rusia.

Es este pueblo tan hyppófilo, que hasta las mujeres se disputan el honor de excelentes ginetes, y compiten con los hombres en las carreras de caballos. Las jóvenes dan su mano á aquel que las alcanza en la carrera, como Atalanta hizo con Hippomenes, y de ciento, noventa y nueve se dejan alcanzar como es natural.

Estos tártaros consideran como el sumo bien el pasar gran parte del dia en reposo al lado de sus armas, aunque otros, más activos, lo colocan en el juego de ajedrez, en que son muy hábiles, y el cual entre ellos, los rusos y los chinos es mucho más complicado que entre nosotros.

El arte de destilar, que nos enseñaron los árabes, probablemente lo aprendieron éstos de las hordas tártaras, entre las que el uso de bebidas fermentadas es de una antigüedad remotísima. El aparato que los kalmukos emplean para esto, es sencillo por extremo, y esta sencillez por sí sola es un argumento en favor de su antigüedad. El alambique está hecho de barro tosco y ordinario, y le cubren con tierra húmeda para que el vapor se enfrie y condense más pronto. El licor pasa entonces al recipiente por un tubo que le forma una simple caña, y antes de ser trasegado acostumbran á sumergir en él una escobilla de pelo de camello, con la cual arrojan parte en el aire, especie de libacion á sus dioses, que representados en idolillos de madera, están puestos con gran ceremonia en un rincon de sus tiendas ó pabellones. El espíritu le hacen con el *kumiss*, ó sea la leche fermentada. Para este fin mezclan una parte de agua caliente con seis de leche de yegua, tambien caliente, echándole por fermento un poco de *kumiss* rancio. La leche de vaca puede servir tambien; pero su producto es menos espirituoso. Los laponeses beben con delirio este mismo licor, que destilan de la leche de las ciervas ó rengíferos. La leche con que, segun la Escritura, embriagó á Sisara la heroina Jael,

fué probablemente destilada á la manera que acostumbran los kalmukos, pues en su estado natural no tiene las propiedades para privar al hombre del uso de los sentidos; y tal vez fué asimismo el fuerte licor que Homero ha representado bajo el emblema de la bebida que Circe dió á los compañeros de Ulises, y que los degradó hasta la condicion de brutos.

XI.

LOS BASKIRES.

Uno de los cuerpos más irregulares de la caballería auxiliar rusa, es el de los *baskires*, cuyos arreos extraños traen á la memoria los ejércitos del Tamorlan y de Jenghis-Khan. Su territorio está en las cercanías de las montañas del Ural, en Siberia. Su nombre significa *lobo*, y no es más que un mote para indicar su disposicion para el robo y la rapiña.

Los baskires difieren de muchas de las tribus errantes, en que durante el invierno viven en casas ó chozas á la manera rusa. El mueble principal es una gran botella, suspendida cerca de la chimenea, y visitada y requerida incesantemente por contener su licor favorito, especie de mezcla de suero y miel, que llaman *arjan*. Mientras ésta les dura, viven alegres, y no hay sacrificio que no afronten por procurársela.

El traje que usan es muy sencillo y del color rojo, favorito de los tártaros. Los jefes, ó *starchinis*, llevan cotas de malla y cascos adornados con una red de anillos que les cuelga sobre los hombros. Los pobres usan en el invierno una túnica de piel de carnero, y los más acomodados, de cuero de caballo, dispuesto de manera que las crines vienen á caer sobre las espaldas y ondean al viento. La montera es de paño, de figura cónica, y de diez pulgadas de alto, forradas de rica piel las de los más principales. La bata ó túnica de las mujeres es de seda ó paño fino, abotonada por delante y ajustada con un ancho cinturon, y las casadas usan una cinta en derredor de las sienes para distinguirse de las solteras.

Los baskires son los más perezosos é indolentes entre los tártaros, y si tienen provisiones para el dia, más allá del cual no extienden sus cálculos, son los más alegres del mundo, consistiendo sus diversiones en beber, cantar, danzar y luchar.

Los ancianos hallan en ellos las mayores muestras de respeto; en sus reuniones ocupan el lugar preferente, y uno de los agasajos mayores para un extranjero es colocarlo entre los viejos. Aunque son mulsumanes, como la mayor parte de los tártaros, y tienen sus escuelas y mezquitas, son adictos á prácticas supersticiosas tomadas del paganismo. Entre ellos hay hechiceros que, para divertir al pueblo, pretenden desafiar y pelear en singular batalla con el diablo. Éstos tales son los consultados cuando un baskir cae enfermo, ó pierde su caballo por el rigor de la estacion. En semejantes casos les persuaden que el diablo lo ha matado, y que á la noche siguiente tendrán su revancha. En efecto, á la mañana del próximo dia, aparecen con todas las señales de haber tenido una desesperada batalla; declaran que han vencido al enemigo, y reciben por su trabajo recompensas y muestras de gratitud del iluso tártaro.

Los baskires no tienen reyes desde que están sujetos á los rusos. Cada tribu elige dos ancianos por jefes. En tiempos de guerra están obligados á aprontar tres mil hombres de á caballo, armados con arco, flechas, lanza, casco y cota de malla. Cada soldado, sin embargo, se viste como quiere; lleva además un caballo con provisiones, y cada compañía de cien ginetes va precedida de un estandarte de muchos colores. El soldado baskir lleva generalmente dos arcos, uno mayor que otro, y dos aljabas en las que pone flechas de diversos tamaños. Son habilísimos en lanzarlas á gran distancia con la mayor precision. En la guerra usan de una flauta de dos piés de largo con cuatro agujeros, que produce un sonido muy agudo y chillon; pero su instrumento nacional es la guitarra ó *balalaika,* general entre los tártaros, y de los cuales la tomaron los rusos.

De las demas tribus tártaras dirémos solamente lo que les es más peculiar.

XII.

LOS ISCHORTIS.

Lo que notarémos de estos habitantes de la Ingria se refiere á sus funerales, que despues de verificados por el sacerdote de la secta á que pertenece, prosiguen los parientes y amigos, yendo por la noche al sepulcro, destapando la tierra ó losa, y poniendo comestibles al lado del difunto, los cuales renuevan diariamente por espacio de tres semanas. Los perros y otros animales devoran estas provi-

siones, mientras aquellas buenas gentes se persuaden que el muerto se las ha comido. Una de sus creencias es que los que mueren continúan viviendo en el mundo subterráneo, del mismo modo que vivieron sobre la superficie de la tierra, y que la tumba no es más que un cambio de domicilio. Esta es la razon que les mueve á enterrar dinero, á fin de no encontrarse sin este artículo de primera necesidad.

En la festividad de San Juan se reunen bajo el patrocinio de un árbol, y cantan y danzan en derredor de una gran hoguera, concluyendo sus orgías con la quema de un gallo blanco, que acompañan con gestos y pantomimas.

XIII.

LOS SAMOYEDES.

Los habitantes de Samoyeda, país situado á la extremidad norte de la Rusia, son muy semejantes á los de la Laponia. En lenguaje ruso, samoyedes significa comedores de hombres, término que indica su barbarie, y de ningun modo un mal hábito por el cual pueda aplicárseles el epíteto de antropófagos. La denominacion dicha, tal vez provino de la costumbre de comer la carne sin guisar, que es muy general en los tártaros, y sabido es que en sus incursiones y aventuras ponen un trozo de carne cruda en la silla del caballo, y les basta su propio calor y movimiento para que la consideren tan sabrosa como el mejor *beefs-teak.*

Los samoyedes, como los lapones, viven en tiendas ó en cavernas, segun la estacion del año. Son excesivamente sucios en sus personas y vestidos, lo cual no es de extrañar, pues no tienen los baños á que puede concurrir el más pobre de los rusos por un precio módico, ni probablemente hallan otra ocasion de quitarse sus pieles y abrigos, sino cuando se les caen de puro viejos, haciendo con ellos lo que muchos pueblos del Norte, que en el invierno usan las pieles con el pelo hácia dentro, y en el verano, por variar, se ponen las mismas pieles con el pelo hácia fuera. Los samoyedes son algo pelones, y usan generalmente un cucurucho de piel. La que llevan por abrigo les llega hasta las rodillas, y como la túnica del *mujick,* va ajustada á la cintura con una banda de color. Los calzones, medias y zapatos están hechos del mismo material, y sobre los hombros se cuelgan una piel de oso negro, puesta de manera que deje alguna libertad al brazo derecho

para poder usar del arco y de la flecha. En los piés llevan unos patines de dos tercias de largo, por medio de los cuales andan con rapidez y suavidad sobre el hielo que cubre sus montañas.

Sus mujeres son fuertes y capaces de sobrellevar las más duras fatigas, y enseñan á sus hijos desde muy pequeños el manejo de la flecha, que arrojan con suma destreza. Excepto la cabeza, la apariencia de las mujeres es exactamente igual á la de los hombres, porque envueltas y empellejadas para resistir el frio, no tienen ocasion de lucir sus formas ni su talle, y solo se distinguen por dos trenzas que les caen sobre los hombros, y á la extremidad de ellas hay una especie de nudo del que penden dos tiras hechas de corteza de árbol, que les bajan hasta los tobillos, y en esto va cifrada toda su elegancia. Las samoyedas cazan con sus maridos, y son tan expertas como los hombres en este ejercicio. En sus casamientos no hay más ceremonia que un convenio verbal; y si tienen hijos, no se embarazan para ponerles nombres, sino les dan el del primer animal que encuentran. La fidelidad conyugal es estrictamente observada por ambas partes, y las faltas se purgan por ambas partes con pena de muerte.

Este pueblo no tiene nocion de un sér supremo. Adora ídolos, cabezas de aves de rapiña, en especial la de los osos que les dan techo y abrigo, y á los que miran con fervorosa veneracion. Sus sacerdotes, á quienes llaman *shamanes,* son elegidos entre los ancianos, y creen que estos pueden revelarles la voluntad de sus dioses, predecir lo futuro y ejecutar toda suerte de operaciones mágicas. Estos sacerdotes llevan una especie de tambor para hacer sus conjuros, ó para ayudarse en las artes por las que adquieren su prestigio.

XIV.

LOS LAPONES.

De este vasto país, contiguo al mar Blanco, hay generalmente más nociones, y así nos concretarémos á decir que son de estatura pequeña, feos, y como los samoyedes, nada limpios. Convertidos al cristianismo por misioneros suecos, son ahora luteranos, aunque mezclando con este culto muchas prácticas paganas, y la adoracion de figuras groseras que representan sus antiguos dioses, el sol y el trueno. Tambien hay entre ellos *shamanes* ó *chamanes*, á quienes igualmente atri-

buyen influjo mágico, usando sus tambores hechos con piel de rengífero y llenos de signos misteriosos. Las casas de los lapones son chozas muy estrechas. Este pueblo es nómada, y lo notable es, que en punto á fidelidad de sus mujeres, son el polo opuesto de los samoyedes; pues los lapones dan á esto tan poca importancia, que los maridos son los primeros en ofrecer sus mujeres á los viajeros. El tabaco y el aguardiente son sus delicias, y de ambas cosas son provistos, ya por el mar Glacial, ya por el golfo de Bothnia, dando ellos en cambio pescados y pieles que forman la riqueza de su país.

XV.

LOS TUNGUSIOS.

Éstos son una raza numerosa establecida en la Siberia y de orígen *mandchou.* De entre ellos, unos están sujetos á la China, y otros á la Rusia, y los que á ésta, habitan sus gobiernos de Irkoutsk y la provincia de Jakoutsk, siendo unos nómadas y otros agricultores. Los tungusios son francos y expansivos, y aborrecen el engaño y la mentira. Se satisfacen con poco, y el ayuno de muchos dias no les espanta ni descorazona. Sus mujeres son las más lindas de la Siberia, y sus hombres los mejores sagitarios. El agua es su única bebida. Se casan muy jóvenes, y son inclinados á la poligamia, particularmente los ricos agricultores. Tampoco tienen estos ceremonias ni fiestas en sus matrimonios. Para embellecer su aspecto, los tungusios se hacen imprimir en sus rostros figuras de animales, flores y árboles. Hombres y mujeres visten del mismo modo, distinguiéndose las últimas por los collares y perlas que llevan. Sus sacerdotes son mediadores entre ellos y sus divinidades; pero todos se humillan ante una á quien adoran con el nombre de Boa, como el dios de los dioses, que habita sobre las nubes, distribuye los varios ministerios de la gobernacion del mundo entre las otras divinidades y las vigila como jefe de policía. Aunque conoce todas las cosas, no castiga ninguna, sino hace bien á todos. Es invisible, y por lo tanto irrepresentable bajo ninguna forma.

XVI.

LOS OSTIAKES.

Estos tártaros habitan principalmente en el distrito ó gobierno de Tobolski, pertenecen á la raza de los finlandeses y son tributarios de la Rusia. Viven de la caza y pesca bajo la autoridad de jefes indígenas: son tímidos como palomas, y sencillos sobre ponderacion, á más de muy supersticiosos por el influjo de sus sacerdotes que se dan el título de hechiceros, de dominadores de los elementos, de profetas, y de redentores de los crímenes é iniquidades de los fieles por medio de ciertos hechizos. Poseen un suelo ingrato, y son por lo tanto industriosos y hospitalarios, al propio tiempo que fieles á sus compromisos y enemigos del robo. Los cuidados domésticos recaen sobre sus mujeres, lo mismo que el trabajo de la pesca, de que sacan su sustento. El traje de ambos sexos es un saco hecho de la piel del reno. Sus utensilios é instrumentos están hechos de huesos, tendones ó pellejo de pescado. Todos ellos son paganos, y su culto corresponde á sus facultades intelectuales. Creen que el oso, despues de su muerte, goza de una felicidad semejante á la que ellos esperan. Siempre que matan uno de estos animales, cantan oraciones sobre él, en las que le piden perdon, y colgando despues su piel, le hacen muchas reverencias y cumplimientos para que el oso no se vengue de ellos despues en la region de los espíritus.

XVII.

LOS JAKONTES.

Este es un pueblo sóbrio, dulce, inofensivo que habita en la Siberia en las orillas del Lena. Antiguamente habitaron en la vecindad de los mongoles, con

quienes probablemente se cruzaron, pues hay en sus rostros rasgos característicos de esta raza. Sujetos á los rusos, los obligaron éstos á transportar las provisiones y á dar un tributo en pieles á razon de ocho rublos por cabeza, que no deja de ser bastante oneroso. Son nómadas, como sus antepasados, y habitan en el verano en tiendas cónicas hechas de cortezas de árboles, y en el invierno en casas estrechas de madera. Como su territorio no produce nada, en la caza y la pesca fian su subsistencia y en las maderas que produce su parte meridional. La vista de los Jakontes es tan penetrante, que segun Wrangel, alcanzan á ver los satélites de Júpiter. Algunos dicen que su comida favorita son ratones y ratas. Tienen sus *chamanes* ó hechiceros como los demas pueblos bárbaros de la Siberia. Segun Fisher, en sus estudios sobre las principales naciones establecidas en la Siberia, creen en un dios llamado *Tatar*. Dícese tambien de este pueblo, que mirando con horror y desprecio los ídolos de madera, los hacen de trapos, y en sus ceremonias acostumbran á refregarles las bocas con el sebo y la sangre de los animales, como hacian los sacerdotes *aztecas* con su dios sanguinario; pero esto no cuadra con su carácter dulce y pacífico.

IRLANDA.

I.

Si se quiere una prueba incontestable de los obstáculos que encuentra la política para amalgamar y unir pueblos de distintas razas, no hay más que volver los ojos á Irlanda, á quien Inglaterra no sabe ni puede gobernar sino á palos, y que forma parte del reino unido, por el derecho de la fuerza. Francia, España, Italia, cualquier pueblo latino, habria ya encontrado la solucion del problema que Inglaterra no halla por impotencia ó por egoismo. Solo la fuerza de las armas mantiene á Irlanda en la dependencia de los ingleses, á quienes el irlandés aborrece *cordialmente*, á pesar de la solicitud *paternal* con que pretende labrar su prosperidad y dicha. Siete millones de habitantes encerrados en una isla pintoresca y fértil, constituyen un país misterioso, una poblacion fenómeno, que estudian políticos, economistas, socialistas, filósofos, teólogos y estadistas; que es la lagartija de la fábula en manos del naturalista, y que, segun él, muestra un problema, una peculiaridad, una apariencia característica en cada una de las fibras, en cada uno de los músculos y fluidos que componen su organismo. La religion, la educacion, la agricultura, la mendicidad, la domesticidad, la moralidad, el trabajo, la propiedad, las categorías

sociales, las nociones de justicia, la poblacion, el carácter nacional, el lenguaje, la constitucion física, todo es distinto en Irlanda para los ingleses, que han concluido por formarse la idea de que la Irlanda, puesto que no se les parece, debe ser una raza degradada, inferior, nacida para la servidumbre: lo cual es el más craso de los errores, porque si hay pueblo entusiasta por la independencia hasta la locura, es el irlandés. Los anales de Irlanda son una rebelion tras cada agresion por parte de Inglaterra; una agonía sin fin, á que la ha condenado su posicion geográfica, porque vecina á una isla mayor y más poderosa, ésta debia concluir por absorberla.

El lenguaje *gaélico* de los irlandeses probaria su descendencia de la gran raza céltica, que en la conquista de Inglaterra y de Escocia por los teutones, halló su asilo en Irlanda y en las montañas de Escocia, donde se habla el mismo idioma; pero en Irlanda es donde se ven los rasgos característicos de sus progenitores en la forma más nativa y genuina. Delineado el tipo francés, se tiene un retrato casi completo del irlandés. Como los franceses, el irlandés es alegre, ingenioso, imaginativo, elocuente, tan espiritual como sensual, tan creyente como escéptico, tan irreflexivo como lógico, disciplinable y refractario, hombre de cierto buen sentido práctico, pero fácil en dejarse llevar de ilusiones; más dispuesto á grandes actos de energía, que á continuados esfuerzos de paciencia y perseverancia, indiferente á los detalles, las personas y el hecho, y apasionado de los principios y teorías; adaptado para la accion y para la especulacion mental, amante de la aventura, de los peligros, de lo desconocido; sociable, personalísimo al mismo tiempo, y con un sentimiento de independencia que rechaza todo yugo, y finalmente, aunque amigo de placeres, de chistes y de broma, poseido de cierta melancolía que rebosa en sus cantos y melodías populares. En ambos pueblos ha causado el despotismo esa negligencia y abandono infantil que solo busca alegría y placeres; pero entre los irlandeses ha predominado tanto lo melancólico como lo placentero, y en ellos está la fuente de las lágrimas mezclada en el manantial de sus alegrías.

Los irlandeses son comunicativos y expansivos hasta el exceso. Para misioneros y apóstoles de cualquiera idea ó doctrina que les entusiasma, no tienen precio. Épocas hubo en que Irlanda fué por este concepto un poderoso instrumento de civilizacion. Cuando San Patricio, cuya cueva cree ver el irlandés de hoy, fué á predicar el cristianismo en Irlanda, se inflamaron sus corazones de tal modo, que enviaron apóstoles á todos los países, y si ellos hubieran hecho su revolucion, en vez de guardarla para sí como los ingleses, hubieran tratado de universalizarla como los franceses.

El paralelo entre ambos pueblos puede llevarse más adelante, hallándose siem-

pre una gran semejanza en lo que toca al carácter nacional, así en sus defectos como en sus buenas cualidades.

Es curioso el ver la facilidad con que el pueblo francés y el irlandés pueden ser entusiasmados por grandes ideas y hermosas aunque visionarias concepciones, mientras permanecen frios al más hábil llamamiento á su inteligencia y aun á sus intereses materiales. Vuelven la vista cuando les habla el más sabio y previsor economista, y se beben con atento oido las rapsodias de un poeta. De ambos se ha dicho: «Ganad su oido, y rara vez dejarán de comprender las nociones más abstractas, al paso que generalmente son incapaces de penetrar en materia de detalles. Hablad al pueblo hambriento de los planes más sabios y prudentes para darles pan que comer; procurad inducirlos á que vean la exactitud de vuestros cálculos, y os dejarán predicando en desierto, ó ya os tirarán piedras hasta quitaros la vida, despues de acusaros que queriais sacar partido y explotar su miseria. Pero entretenedlos con declamaciones sobre gloria, honor, caridad y abnegacion, y olvidando su hambre, os escucharán admirados como un niño.» Es interesante ver al irlandés, con su habitual falta de órden y de gobierno de sí mismo, conmovido, subyugado y arrastrado como cautivo por el padre Mateo. El espectáculo es interesante, mas al mismo tiempo motivo de alarmas, porque revela una flaqueza en el espíritu nacional; flaqueza que si tiene su lado laudable, brillante y provechoso, tiene tambien el daño de ponerlos á merced de un astuto orador ó de un hipócrita tribuno.

La antigua religion de los irlandeses fué como la de los celtas, el druidismo. El fuego santo que se conservaba en una capilla cerca de la iglesia de Kildare, guardado por vírgenes, cuando se suprimieron los monasterios, era una reliquia y reminiscencia del santo fuego de los druidas, y nos recuerda el templo de Vesta de Roma. Lo que no tiene duda es, que el entusiasmo religioso y la consiguiente veneracion á los ministros, fueron cualidades profundamente arraigadas en la raza irlandesa, pues las vemos, aunque en otra forma, en los celtas de Escocia y en los metodistas del país de Gales, los cuales están tan subyugados al dominio de sus predicadores, como el labriego ó rústico irlandés lo está al influjo de su sacerdote, y en punto á extravagancias de supersticiones, nada se pueden echar en cara los unos á los otros. En Francia el entusiasmo religioso ha sufrido una reaccion violenta, convirtiéndose en político y teniendo por objeto la nacion, su engrandecimiento y gloria; pero acontecimientos históricos han hecho á los irlandeses fieles adherentes del Papa. Sin embargo, no se busque en la esencia de su carácter religioso amor á la verdad, tendencia á disciplina, ni deseo de regla y guia de conducta: su esencia es puramente entusiasmo. El calvinismo, ni ninguna otra secta ó religion

fria, cualquiera que sea su dogma, puede hacer prosélitos en Irlanda. La prontitud con que San Malaquías romanizó y reformó la iglesia y la sociedad irlandesa, es un concluyente ejemplo de lo que puede con esta raza todo cuanto toca á la imaginacion y á los sentidos. El estado de la Irlanda era semibárbaro cuando llegó este apóstol, y como por ensalmo los cautivó, desapareció la rudeza, mejoraron sus hábitos y costumbres viciadas, y se operó un cambio milagroso en el aspecto moral y social de la nacion.

Como no podia menos de suceder, el carácter nacional era propio para inficionar la religion con extrañas y ridículas supersticiones. El elemento intelectual no entra en las religiones de los pueblos, sino despues que llegan á un cierto grado de cultura. Así no es extraño que crean en la entrada al otro mundo por el purgatorio de San Patricio, ni que la figura de este santo esté desfigurada por una masa informe de leyendas extravagantes y milagrosas; que actos gentílicos é idolatría pagana estén mezclados con ritos del cristianismo; que den exagerada virtud á las reliquias de los santos; que ciertas oraciones é invocaciones recuerden el culto de la espada y del fuego; que crean que dejando sin bautizar el brazo derecho es más terrible y poderoso en la guerra; que celebren sus funerales con orgías, con otras varias prácticas extrañas, de que pudiéramos hacer relacion inacabable, y en fin, que sus santos aparezcan notablemente vengativos, como hechos á imágen de un pueblo medio cristianizado.

Las leyendas pintan la primitiva sociedad irlandesa como viviendo en una edad de oro, y el tiempo anterior á la conquista como una era de esplendor y una verdadera utopia. Es natural que lo sombrío de la situacion presente busque la luz en lo pasado. La forma social fué como la de los montañeses de Escocia y la de la raza céltica en general: la tribu ó *clan*, grado inmediato al régimen patriarcal en la escala del progreso. El *clan* en Irlanda era, sin embargo, distinto que en Escocia. En este país, la tribu seguia los accidentes del terreno, y se conservaba separada, independiente, como las de las montañas de Gales; pero en las llanuras de Irlanda, se mezclaron y fundieron, preparándose por el ascendiente de las más fuertes el camino á la monarquía, cuya necesidad sintieron en las incursiones de los dinamarqueses. La memoria de esta monarquía se asocia aun al monte Tara, donde se reunian sus jefes, sacerdotes y legisladores; donde la imaginacion popular ha colocado los palacios reales de la antigua grandeza; donde los irlandeses se han reunido más de una vez para defender su causa nacional, y donde O'Connell ciñó su pasajera corona.

Estas instituciones peculiares de la raza han dejado hasta hoy una marcada huella en el pueblo irlandés, así como en el francés, y es una tendencia hácia el



fria, cualquiera que sea su dogma, puede hacer prosélitos en Irlanda. La prontitud con que San Malaquías romanizó y reformó la iglesia y la sociedad irlandesa, es un concluyente ejemplo de lo que puede con esta raza todo cuanto toca á la imaginacion y á los sentidos. El estado de la Irlanda era semibárbaro cuando llegó este apóstol, y como por encanto los cautivó, desapareció la rudeza, mejoraron sus hábitos y costumbres viciadas, y se operó un cambio milagroso en el aspecto moral y social de la nacion.

Como no podia ménos de suceder, el carácter nacional era propio para inficionar la religion con extrañas y ridículas supersticiones. El elemento intelectual no entra en las religiones de los pueblos, sino despues que llegan á un cierto grado de cultura. Así no es extraño que se sitúe la entrada al otro mundo por el purgatorio de San Patricio; ni que la figura de este santo esté desfigurada por una masa informe de leyendas extravagantes y grotescas; que actos gentílicos é idolatría pagana estén mezclados con ritos del cristianismo; que den exagerada virtud á las reliquias de los santos; que ciertas oraciones é invocaciones recuerden el culto de la espada y del fuego; que crean que dejando sin bautizar el brazo derecho es más terrible y poderoso en la guerra; que celebren sus funerales con orgías, con otras varias prácticas absurdas, de que pudiéramos hacer relacion inacabable, y en fin, que sus [illegible] notablemente vengativos, como hechos á imágen de un pueblo medio salvaje.

Las leyendas pintan la primitiva sociedad irlandesa como viviendo en una edad de oro, y el tiempo anterior á la conquista como una era de esplendor y una verdadera utopia. Es natural que la amargura de la situacion presente busque la luz en lo pasado. La forma social [illegible] de los montañeses de Escocia y la de la raza céltica en general, la tribu ó clan, grado inmediato al régimen patriarcal en la escala del progreso. El [illegible], sin embargo, distinto que en Escocia. En este país, la tribu seguía las desigualdades del terreno, y se conservaba separada, independiente, como las de las montañas de Gales; pero en las llanuras de Irlanda, se mezclaron y fundieron, preparándose por el ascendiente de las más fuertes el camino á la monarquía, cuya autoridad [illegible] en las incursiones de los dinamarqueses. La memoria de esta monarquía se asocia aun al monte Tara, donde se reunian sus jefes, sacerdotes y legisladores; donde la imaginacion popular ha colocado los palacios reales de la antigua grandeza; donde los irlandeses se han reunido más de una vez para defender su causa nacional, y donde O'Connell ciñó su pasajera corona.

Estas instituciones peculiares de la raza han dejado hasta hoy una marcada huella en el pueblo irlandés, así como en el francés, y es una tendencia hácia el



Irlanda. El Leñador.

imperialismo en oposicion al constitucionalismo propio de la raza teutónica. Los ingleses aman las leyes, los parlamentos; los franceses se prendan de las personas, como los irlandeses: quieren un rey. Por más civilizado que parezca un individuo de esta raza, y por más instruido que esté en las teorías y principios de libertad política, hay en él cierta flaqueza, cierta desconfianza de la energía de su carácter que le hace juzgarse incapaz de sostener instituciones libres. Tras un período de gobierno regular y constitucional, ocurre una *bifurcacion* que fatalmente los lleva á cualquiera forma de despotismo. Los irlandeses no desmienten la pinta. Hasta aquí han mostrado más preferencia á ser gobernados por hombres que por instituciones: cosa que indica cuán fáciles son de gobernar, y éstas son cualidades características de las tribus, en las cuales suple á todo la voluntad y proteccion del jefe. El caballero irlandés del pasado siglo aun conservaba muchos rasgos del jefe de tribu, entre los cuales una de las principales virtudes era una pródiga hospitalidad y familiaridad con sus inferiores. Nada más difícil que conformar estos hábitos con el exclusivismo de la sociedad inglesa.

II.

CARACTERES, USOS Y COSTUMBRES.

Irlanda es un país singular, en donde el poeta, el novelista y el historiador encuentran á cada paso bellezas, figuras, escenas, curiosidades y maravillas que observar, y el anticuario y el filólogo muchos problemas que resolver. El habla irlandesa, más propia para la poesía que para las ciencias, se ha conservado pura, á pesar de tan prolongada comunicacion con los ingleses, y con su auxilio se han descifrado algunas inscripciones cartaginesas, siendo lo particular que tiene alguna semejanza con la mongólica. La hermosura de las mujeres en Irlanda llama la atencion de todos los viajeros, no menos que el aire de dignidad y magestad nativa aun entre las clases más bajas. En Irlanda se ven bellísimos contrastes de ojos azules y cabello negro como el azabache, y ojos negros y pelo rubio como el oro, especialmente en las celebradas damas de Limerik, ante las cuales parecen sombra los más brillantes ideales de la enamorada mente.

El popular escritor Thackeray, hablando de las irlandesas de Cork, dice, que

no solo exceden en talento y viveza á las inglesas, sino que rivalizan con las francesas en el gusto y elegancia con que visten, y despues de emplear hiperbólicas alabanzas, promete que si su libro llega á imprimirse nuevamente y se le ocurren nuevas expresiones de elogio, las pondrá allí para expresar la admiracion que le causó su vista. La gracia de sus movimientos y de su conversacion es proverbial, y en medio de su condicion alegre, se dice que son las más castas, y que ningun país puede blasonar de mayor pureza en sus costumbres.

Los irlandeses son de elevada talla, fuertes y robustos de constitucion, cabello casi rojo, color blanco y ojos vivos y bailadores, que denotan su viveza de imaginacion y su carácter alegre, decidor, cómico y animado. En su conversacion y en sus discursos son muy dados al estilo metafórico y á una especie de elocuencia extravagante y violencia retórica, á que les lleva la facilidad de percepcion y la viveza de talento, y que rara vez deja de producir hilaridad en los oyentes. A estas ocurrencias llaman los ingleses *bulls*. En esto son inimitables, y con lo que se oye á cada paso en sus diálogos, exclamaciones y juramentos, podia formarse un constante museo cómico, capaz de quitar las arrugas del entrecejo al más saturnino. De muy antiguo son los irlandeses famosos por sus salidas, respuestas y ocurrencias. Sabido es que el irlandés Scoto Erigena, el célebre maestro de la edad media, era huésped familiar de Cárlos el Calvo. Sentado á la mesa frente al rey, le preguntó éste, qué distancia habia de un *Scot* á un *Sot*.—El ancho de una mesa, respondió el ingenioso irlandés.

La inconsecuencia es el fondo de los dichos, locuciones, anécdotas ó *bulls* de los irlandeses, y excusado es decir, que aunque su genialidad ha producido muchos, tambien le han achacado muchos, como hacemos en España con nuestros gallegos, como cuelgan cuentos de bravatas á los andaluces y chistes al inmortal Quevedo. Mas á pesar de esto, son tan prolijos en esta peculiaridad, que apenas se pasa dia sin que circule un *bull* de los irlandeses.

Citarémos algunos como muestra:

—¡Pady! grita un capitan á un marinero irlandés: vé á ver la gente que está en el rancho, y que venga la mitad acá fuera.

Pady se asoma al rancho.

—¿Cuántos estais ahí?

—Yo solo, responde un grumete.

—Pues venga la *mitad* acá fuera.

No há mucho tiempo decia una lavandera irlandesa en su declaracion ante un magistrado de Lóndres.

—Hallándome yo entre las ocho y las siete...

—¿Usted querrá decir entre las siete y las ocho? interrumpe el juez.

—Sí, señor, eso lleva más camino.

«El ministro A... tuvo mayoría en todo, excepto en números.» Este es un *bull* irlandés de primer calibre.

El famoso orador Curran tuvo un desafío á pistola con otro irlandés. Aquel era delgado y pequeño, y éste de gran corpulencia. Al encontrarse en el campo, su adversario notó y se quejó de la ventaja.

—Lo mismo es tirar á usted, le dijo, que tirar al filo de una navaja de afeitar; mientras que á mí no me puede errar con los ojos cerrados.

—¡Cierto! respondió Curran, y para que vea usted que no quiero aprovecharme de ella, señale usted en su cuerpo la altura y anchura del mio, y todas las balas que den fuera de la línea, las doy por nulas.

La proposicion fué tan cómica, que el duelo se resolvió en risa y en tirar al aire.

Con el humor festivo de los irlandeses contrasta su música nacional, profundamente melancólica, y, segun la expresion del poeta Tomás Moore, reflejo de un pueblo que ha sido sacrificado y suspira por la independencia. El mayor elogio de la música popular irlandesa lo hizo el ilustre compositor Handel, el autor del *Mesías*, cuando dijo, que daria todas sus grandes sinfonías y oratorios, por haber sido autor de alguna de las melodías de Irlanda. El harpa dulcísima del bardo popular halló un noble intérprete en la musa sentimental y tierna de Moore, que dió un lenguaje á sus ecos, y por él se ha hecho inmortal. ¿Quién no ha escuchado la hermosa cancion que lleva el nombre de *Ultima rosa de verano?* Si el autor de la música tuviese un nombre, y no fuese el génio anónimo de la inspiracion popular, ese nombre estaria escrito con letras de oro en el templo de la fama.

El uso del *whiskey* con agua caliente, azúcar y una *sospecha* de limon, que es el *grog* ó ponche irlandés, es casi una necesidad en este país húmedo y nebuloso, y sus habitantes se entregan á sus dulzuras de todo corazon. Puede calcularse cuál seria la elocuencia y persuasion del padre Mateo, y cuál la fibra entusiasta de este pueblo cuando les hacia jurar completa abstraccion del uso de esta bebida, y conformarse á ser *teetotalers* ó bebedores de té. Este buen varon creia esta medida necesaria para sacar de la abyeccion al pueblo y hacerlo industrioso; pero la especie de nostalgia de alcohol que acometió como epidemia á los irlandeses, fué peor que el mal anterior. Todo el humor y ánimo decayó; los hombres parecian espectros taciturnos, y la postracion del espíritu no era el camino más directo para la diligencia y actividad del cuerpo.

Los viejos irlandeses amantes del *whiskey*, nunca se avinieron con el movimiento

iniciado por el padre Mateo contra las bebidas alcohólicas, ni con su sistema de beber solo té, á que llamaban *teetotalismo*, diciendo que toda la alegría y el buen humor habia desaparecido de Irlanda desde que el buen apóstol de la templanza habia desterrado de ella el aguardiente. En efecto, era indudable que el pueblo irlandés parecia estar de duelo en aquella época, y que la melancolía les acababa; pero tal era la elocuencia y persuasion del sacerdote, que se los llevaba de calle, y hacian por él aquel increible sacrificio. Aun hoy dia es considerable el número de los *teetotalers*.

Uno de los hábitos más comunes entre los irlandeses, es el contínuo uso de juramentos en sus conversaciones, formas expletivas de una extraña originalidad con que dan relieve á sus conversaciones. Igual costumbre tenian los montañeses de Escocia, y aun las damas, que no podian hablar dos palabras sin jurar tres veces; pero el estilo del irlandés no tiene rival, ni paralelo la fecundidad y la extravagancia con que los forma y aplica. El irlandés jura *por el gaitero que danzó delante de Moisés*, por el rabo de un cerdo, por la pata izquierda de la silla en que está sentado, por el tubo de su pipa, y por cosas semejantes, que no pueden menos de hacer reir á los que los oyen, dando tal virtud y fuerzas á objetos tan insignificantes.

El traje nacional en Irlanda es indisputablemente el manto de color azul, en que se envuelven las labradoras, dejando ver sus formas como bajo el ropaje una estátua griega. En Galway y en Kerry usaban hasta hace poco la mantilla á la española, reminiscencias de la gran comunicacion que este pueblo ha tenido con España. Muchos edificios y monumentos españoles atestiguan además nuestro influjo y comercio en esta isla en tiempos pasados, así como el nombre de Valentía que aun conserva uno de sus puertos. Era tal nuestro predicamento, que refiere la historia haber condenado un gobernador á muerte á su propio hijo, por actos de piratería cometidos contra buques españoles; por lo que se vé que la raza de los hombres justicieros no acabó en Cambises y Corondas. Tambien es muestra incontestable de nuestras relaciones con estos isleños, el color moreno de muchos de los habitantes del Sur.

O'Connell y otros patricios han sido y son de opinion que la Irlanda será muy independiente, y que todos los males que sufre este país anómalo provienen de la union con Inglaterra. Irlanda es un problema, una víctima y una amenaza. Todo lo ha hecho la naturaleza en este país, decia lord Chesterfield, nada la mano del hombre. Irlanda es un pueblo que siempre está en la víspera de ser dichoso; pero nunca llega *el dia siguiente*. Los ingleses la creen ingobernable sin las bayonetas: le han aplicado el protestantismo como la gran panacea, y además las sangrías

de la emigracion, y todo en vano. El gran escritor Junius decia que Irlanda ha sido oprimida y saqueada *metódica y uniformemente*, mientras la prensa política clama que todo esto es por sincero amor que la profesa y por deseo de verla próspera y feliz. Con todo, los irlandeses pasan de un movimiento á otro; la conspiracion es contínua, ó mejor dicho, el derecho de insurreccion no prescribe jamás. En el último movimiento *fenianista*, decian los acusados: «Nosotros no somos *traidores*, porque Inglaterra no es nuestra patria.» El hecho y la desgracia para Irlanda, es estar demasiado cerca de un país grande, y ser demasiado orgullosa para hacer un papel de segundo violin en la union ó concierto breton. Es una raza de valientes, que han dado á Inglaterra los más grandes y famosos capitanes y soldados, y gentes de este calibre son por demas vidriosas y susceptibles.

Pero dejemos la política, y sigamos con otras materias que entran más de lleno en nuestro propósito.

Los ingleses dicen, que si en Irlanda se hicieran las camas cada quince dias y se barrieran las casas cada mes, no habria país más delicioso y *confortable*. Esto es una exageracion notoria de algun viajero á quien tocó mal hospedaje, porque Irlanda no es más ni menos limpia que cualquiera otra parte de la Gran Bretaña, y su capital Dublin, lleva en este punto la ventaja á Lóndres. Muchos forman este juicio al ver las bandadas de irlandeses pobres que vienen á Inglaterra á buscar trabajo, particularmente como albañiles, que casi todos son irlandeses. Al menor contratiempo en su pequeña fortuna, el irlandés sale á buscar trabajo fuera de su patria, y generalmente viene á Inglaterra y su capital, donde cree que andan las libras esterlinas rodando por las calles. Como no es fácil que desde luego encuentren acomodo, en vez de ir á los asilos, se dan á la mendicidad, ocupacion que no tienen por deshonrosa, sino por santa y buena. El irlandés venera al pobre, y da limosna al que implora la caridad pública, sin entrometerse á averiguar si será verdadero necesitado. Es capaz de dar su óbolo á un pobre en la puerta misma del asilo de beneficencia, por gozar del beneficio de sus oraciones. En el hogar doméstico el pobre tiene siempre un asiento junto al fuego, y todos oyen con respeto sus oraciones y sus plegarias, como si entendieran ver en él una imágen viva de Cristo, una figura necesaria en el cuadro social. En esta parte los irlandeses semejan mucho á los españoles y á todos los pueblos en donde es muy vivo el sentimiento religioso. Por lo demas, nadie es más aficionado á dar limosna que los que están cerca de la pobreza, y en lo general, la pobreza es uno de los rasgos característicos de esta nacion, que ha padecido hambres horrorosas por su preferencia del cultivo de la patata, que cuando da buena cosecha les satisface de todo punto, y tienen repugnancia á toda otra clase de alimento; pero cuando es corta y dañada produce grandes

calamidades, como se ha visto en varias ocasiones. La patata, delicada en su cultivo, es difícil de transporte por su volúmen, y de poco alimento, necesitando un labriego comer hasta doce y catorce libras por dia para sustentarse, y cuando éste le falta se halla en la última extremidad, porque no tiene otra sustancia más barata de qué echar mano, ni aunque la tuvieran la usarian, pues en la época del hambre, morian muchos irlandeses en las costas, donde no habia más que extender la mano para cojer pescados en abundancia.

Una de las costumbres más extendidas en Irlanda es la de celebrar ferias con frecuencia en todos los pueblos y lugares, no tanto por el interés del comercio, como por el de reunirse y asociarse alegremente. Estos mercados no son muy abundantes en artículos; pero abundan en ellos los bizcochos ó tortas con pasas corintias y los frascos de aguardiente. El aspecto de estas ferias es pintoresco por la diversidad de vivos colores que constituye el traje de hombres y mujeres, á excepcion del balandran de aquellos, que ha de ser gris forzosamente. Ningun irlandés deja de ir provisto de un grueso y corto palo, á modo de cachiporra, con el cual florea y danza en tiempos de paz, y quebranta huesos en los de guerra, que empieza con la menor ocasion, como las disputas de la venta, lloviendo las porradas como granizo, sin que nadie sepa por qué ofende ni por qué le ofenden, sino que es tal la aficion á acariciarse con las porras, que en quítame allá esas pajas, se arma una general batalla, y se desarma con la misma facilidad; y sin dejar en ellos resentimientos ni deseos de venganza.

Una cuestion análoga á la de los pueblos del rebuzno ha llevado á las manos muchas veces á los *dos-añistas* y *tres-añistas*, que así se llaman los rústicos en cierto distrito, de resultas de una disputa sobre la edad de un becerro, y cuando no hay sobre qué, pronto da cualquiera pié, gritando viva este pueblo, á cuya voz no deja de contestar otro ensalzando á otro, y de aquí vienen á reyertas de palabras, y de las palabras á las porras, y de las porradas á partirse las cabezas sin misericordia. Por eso dice el prudente autor de la *Guia del viajero en Irlanda:* «Cuida de no entrar en ninguna discusion, y particularmente de materias religiosas.»

Los irlandeses, al modo que los rusos, no usan mueble alguno como no esté bendito por el cura, y apenas hay incidente en su vida en que no se mezcle el ministro del Señor y la gratificacion consiguiente, pues en parte alguna se lleva más al pié de la letra lo de *quien al altar sirve del altar come.*

En punto á la educacion, sabido es que Inglaterra la persiguió mucho tiempo cual si fuera contrabando. Todavía hay en esto mucho atrasado, y aun se conserva el original tipo del dómine de aldea, un compuesto del evangelista ó memorialista, del consejero, comisario y espía y *tuautem* de la parroquia. El clero en lo general



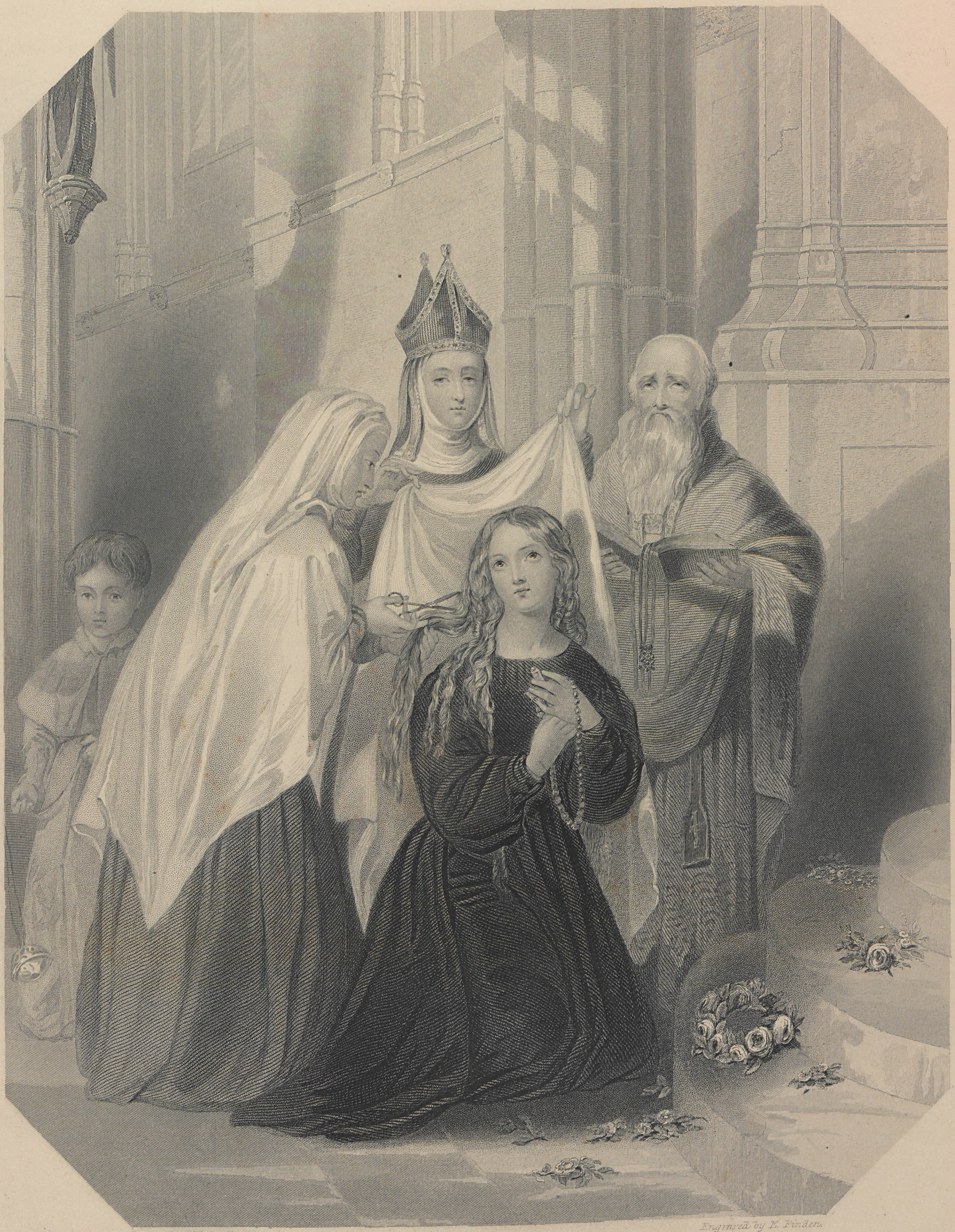
[illegible] La patata, delicada en su cultivo, es difícil de transportar por su volúmen, y de poco alimento, necesitando un labriego comer hasta doce y catorce libras por día para sustentarse, y cuando éste le falta se halla en la última extremidad, porque no tiene otra sustancia más barata de que echar mano, ni aunque la tuvieran la usarían, pues en la época del hambre, morian muchos [illegible] en las costas, donde no habia más que extender la mano para coger pescados en abundancia.

Una de sus costumbres más extendidas [illegible] es la de celebrar ferias con frecuencia en todos los pueblos y lugares, [illegible] por el interés del comercio, como por el de reunirse y [illegible]. Estos mercados no son muy abundantes en artículos, pero [illegible] ó tortas con pasas [illegible] y los frascos de [illegible]. El aspecto de estas ferias es pintoresco por la diversidad de vivos colores [illegible] hombres y mujeres, á excepcion del labrador [illegible] gris forzosamente. Ningun irlandés deja de ir provisto de un [illegible] á modo de cachiporra, con el cual [illegible] huesos en los de guerra, que empieza con la menor [illegible] de la venta, lloviendo las porradas como granizo, sin que nadie [illegible] ni por qué le ofenden, sino que es tal la aficion á [illegible], que en quítame allá esas pajas, se arma una general [illegible] la misma facilidad, y sin dejar en ellos resentimientos [illegible].

Una cuestion análoga [illegible] ha llevado á las manos muchas veces á los [illegible], que así se llaman los rústicos en cierto distrito, de [illegible] la edad de un becerro, y cuando no hay sobre qué [illegible] viva este pueblo, á cuya voz no deja de [illegible], y de aquí vienen á reyertas de palabras, y de [illegible] á las porradas á partirse las cabezas sin [illegible] amor de la *Guia del viajero en Irlanda*: [illegible] y particularmente de materias religiosas.»

[illegible], no usan mueble alguno como no esté [illegible] hay incidente en su vida en que no se mezcle el [illegible] consiguiente, pues en parte alguna se lleva más al pie de la letra lo de *quien al altar sirve del altar come*.

En punto á la educacion, sabido es que Inglaterra la persiguió mucho tiempo casi si fuera [illegible]. Todavía hay en esto mucho atrasado, y aun se conserva el original tipo del [illegible] de aldea, un compuesto del evangelista ó memorialista, del consejero, comisario [illegible] y *tuautem* de la parroquia. El clero en lo general



Drawn by Mrs Seyffarth. Engraved by E. Finden.

Irlanda — La Monja.

no es muy instruido; pero en los conventos de monjas se suele dar muy buena educacion á las pensionistas, y por esto es celebrado el de Cork, en donde muchas jóvenes cautivadas del buen trato y apacible condicion de las monjas, renuncian á las pompas y vanidades del mundo, y pronunciando lo que llaman los ingleses los *terribles* votos, van á aumentar el número de las esposas de Jesucristo. Para el carácter de los irlandeses y su entusiasmo religioso, esta *temeridad* es una tentacion poderosa, y mientras más la condenan los protestantes, mayor es el estímulo y más fuerte el aguijon para los católicos.

La fama de los irlandeses como bebedores superaba á la de los escoceses en otro tiempo, si juzgamos por lo que se refiere del célebre Roberto Adair, nombre que se halla en muchas canciones populares. Dícese, que oyendo celebrar un escocés la prodigiosa facultad absorbente de este discípulo de Baco, hizo un viaje desde Edimburgo, su patria, hasta Leinster con el solo propósito de desafiarse con él á beber botellas, al estilo del gran Campuzano cantado en el soneto que á Cervantes se atribuye. Era Roberto tan conocido, que apenas el escocés penetró en Irlanda y preguntó por él, le indicaron su territorio y morada. Cuando llegó, encontróle, como suele decirse, con la masa en las manos. Estaba comiendo, y declarado el objeto de su visita, respondió, que no habia para qué demorarlo, pues no era él hombre de dejar negocios tan sérios para mañana. No obstante, el escocés prefirió que el desafío tuviera lugar en su posada, á la cual idos, comenzóse el certámen, cayendo el escocés debajo de la mesa á la décima botella, mientras que el valeroso Adair pidió la oncena, se la bebió de un trago, montó á caballo, y fuese tranquilamente á su casa. De regreso á Escocia, el desafiante tuvo que sufrir la rechifla de todos, que le preguntaban al verle, si conocia á Adair. —Al diablo es á quien conozco, respondia el escocés lleno de cólera. Creese, y no sin fundamento, que si hoy se volviese á dar batalla, la Escocia triunfaria de Irlanda.

AMÉRICA.

I.

Antes de tratar con especialidad de parte alguna de la América, creemos muy conveniente dar una idea general de los caracteres del suelo y de los moradores del nuevo mundo, nocion que nos servirá de base para la sucesiva pintura de usos y costumbres, y que comprendiendo en sus rasgos más universales razas y territorios, nos facilitará el conocimiento de vastísimas regiones, á las cuales no podríamos consagrar tratados especiales, por ser inmenso su número y limitado el espacio de que disponemos.

Para conseguir esto, no pudiéramos elegir mejor guia, ni fuente más abundosa de informes exactos, que el concienzudo ensayo histórico-crítico sobre las revoluciones políticas derica, Amé debido á la elegante pluma de nuestro ilustrado amigo el señor don José María Samper Agudelo, dado á la prensa en París, en 1861.

«El nuevo mundo, dice este distinguido escritor, no era solo infinitamente hermoso, virginal y poético. Aparte de esos rasgos generales de aspecto, sus condiciones físicas se reasumian en estas palabras: magestad, grandeza, novedad,



América [illegible]

[illegible] de la América [illegible] creemos [illegible] [illegible] del suelo y de los morad[illegible] del [illegible] para la sucesiva pintura de [illegible] y costumbres, y que comprendiendo [illegible] mas universales razas y [illegible]torios, nos facilitará el conocimiento de [illegible] regiones, á las cuales no [illegible]dríamos consagrar [illegible] por ser inmenso su número y limitado el espacio de que disponemos.

[illegible] mejor guia, ni fuente [illegible] [illegible] ensayo histórico-crítico [illegible] [illegible] á la elegante pluma de nuestro [illegible] amigo el [illegible] Agualdo, dado á la prensa en [illegible] en 18[illegible]

«El [illegible] escritor, no era solo [illegible] hermoso, [illegible] rasgos generales de aspecto, [illegible]ciones físicas se [illegible] palabras: magestad, grandeza, [illegible]



Drawn by J. Brown. Engraved by E. Finden.

America _ El Retrato.

exuberancia prodigiosa, riqueza inagotable y múltiple, pompa infinita de formas, de vegetacion, de vitalidad animal y de pujanza. España con todo su poder de entonces (que era uno de los más considerables en Europa), era un átomo en presencia del nuevo mundo. Ella no tenia la luz, ni la fuerza, ni el arte, ni la poblacion necesarias para emprender una colonizacion que exigia inmensos recursos y formidables esfuerzos. Le era preciso, ó reducirse á un círculo relativamente estrecho, arriesgando perder inmensas regiones, que Francia, Inglaterra y Portugal codiciaban mucho, ó diseminar su accion sobre todo el continente colombiano, y por tanto hacerla estéril, empírica, impotente y viciosa.»

Las nociones que la civilizacion habia alcanzado en la época de la conquista, tropezaron con un mundo que las desorientaba enteramente. La geología, la geografía, la fauna, la flora, la hidrografía, la orografía, la meteorología y la etimología, todo era diferente de lo que el viejo mundo conocia. Así como los Alpes en nada se asemejaban á los Andes, ni el Mediterráneo al Pacífico, ni el Tajo y el Guadalquivir al Orinoco, el Amazonas y el Plata, la semejanza y la analogía faltaban en todo lo demas. Todas las nociones del arte y de la ciencia, de la guerra y la política, de la religion y la moral, de la belleza y la fuerza, tenian que sufrir una profunda modificacion para acomodarse á la portentosa novedad de Colombia, so pena, en caso contrario, de encallar completamente en su aclimatacion. Era preciso crear una nueva ciencia, otra economía política, un nuevo sistema de estrategia, de gobierno, de administracion, de legislacion, de explotacion del suelo, de vida social, de usos y costumbres, para hacer frente á las exigencias de comarcas y razas que no tenian ninguna analogía como las de Europa.

La exuberancia maravillosa de la vida y las fuerzas de la naturaleza, así como su riqueza inagotable y variada hasta lo infinito, oponian inmensas dificultades á una colonizacion, desordenada, caprichosa y aventurera.

En aquel mundo todo es colosal en la naturaleza: donde el árbol crece de la noche á la mañana; donde la luz trabaja como obrero infatigable y de prodigiosa facultad productiva; donde la tierra fermenta dia y noche con la fiebre de un poder de creacion asombroso, haciendo sentir el soplo de su respiracion acelerada y las palpitaciones de un pulso de fuego; donde la vida se duplica por la ausencia de los inviernos y otoños, sin reposo ninguno en su trabajo de descomposicion, reproduccion y multiplicacion; donde parece que la creacion no se ha completado todavía y se embriaga con sus esbozos portentosos en un delirio incesante de vitalidad, voluptuosidad y progreso; en aquel mundo, decimos, no era posible crear la civilizacion sino á condicion de concentrarla. Allí, apenas se da un paso, cuando la huella del anterior se ha borrado bajo la honda siempre invasora de una vegetacion

calenturienta y lujuriosa, que nace, crece y muere para renacer centuplicada en un perpétuo estremecimiento de amor y de pujanza. Abrid un camino, y mañana, si volveis la espalda, no hallaréis en su lugar sino la selva, un templo de verdura. Construid una casa en el desierto, y si no luchais hora por hora contra los gérmenes de vida que fermentan debajo y en derredor, en el suelo como en el aire y la luz, la potencia implacablemente generosa de la naturaleza os expulsará en breve del asilo que creiais tener seguro. Cread un puerto, un dique, un puente, confiando en la mansedumbre de la onda que lo baña, y una semana despues, si no defendeis vuestra obra cuerpo á cuerpo, el torrente hecho rio, la cascada convertida en catarata formidable, el rio salido de madre y transformado en mar repentinamente, demolerán en un minuto toda construccion.

A los europeos que no conocen el nuevo mundo, se les podria decir para darles una vaga idea de la grandeza física de ese continente. Multiplicad veinte veces los Alpes por los Pirineos y los Apeninos, y tendréis, aunque con grandes diferencias geológicas é hidrográficas, algo parecido á los Andes. Imaginaos el Mediterráneo sólido, surcado por rios tan grandes como el canal de Gibraltar, inmóvil, batido por huracanes poderosos, y cubierto de gramíneas gigantescas, de bosques interminables de bambús ó *guaduas*, de selvas de palmeras y de colosos vegetales y plantas de todo género, y tendréis alguna idea de las *pampas* del Plata y los *llanos* de la region del Orinoco. Figuraos el Vesubio y el Etna centuplicados, sobre enjambres de nevados tres veces más colosales que el Mont Blanc, y comprenderéis lo que son el Chimborazo, el Cotopaxi, el Antisana y todos los nevados y volcanes de Colombia. Las sierras de Guadarrama, la Nevada y Morena de España, son grupitos de colinas comparadas con las cordilleras colombianas. Así es todo en proporcion...

Si tan extraordinario era el mundo físico descubierto, ¿cuáles eran las condiciones características de sus razas y modo de sér social?

Pero desde luego es preciso establecer una distincion, que la naturaleza habia determinado en la distribucion de las razas. La region de las alti-planicies habia concentrado todas las fuerzas de la civilizacion en progreso. La region ardiente de las costas, los valles profundos, las *pampas* y los *llanos*, era el inmenso imperio de la barbarie. De ese modo la orografía y la hidrografía de Colombia eran las guias más seguras de colonizacion. Bastaba observarlas y seguirlas, calcando las nuevas sociedades sobre la base de las que existian.

El fenómeno era uniforme. Cortés como Alvarado, Quesada y Fedreman, Benalcazar y Pizarro tuvieron suerte idéntica. En las costas y en los valles profundos, lucha terrible y mortal con tribus belicosas, indomables, desnudas, esencialmente

cazadoras, sin vida civil ni formas determinadas de organizacion, viviendo á la ventura y enteramente nómadas: tribus sin belleza ni nobleza, profundamente miserables en la plenitud de su libertad salvaje. Pero al trepar resueltamente á las alti-planicies de Méjico, de los Andes venezolanos, de Sogamoso, Bogotá y Popayan en los Andes granadinos, de Quito, el Cuzco, etc., la situacion cambia enteramente.

Allí, la dulzura de los climas favorece á los conquistadores tanto como la riqueza y abundancia del cultivo; donde quiera encuentran vastas ciudades, y pueblos y caseríos innumerables, que les sirven de asilo contra la intemperie; ejércitos de 40, 80 ó 100,000 indígenas sucumben casi sin combatir, ante algunos centenares de conquistadores temerarios; las poblaciones, en vez de la astucia, la malicia rebelde y la inflexible resistencia de las tribus nómadas, se distinguen por la sencillez candorosa, la ciega confianza, el sentimiento hospitalario, el amor á la paz, los hábitos de la vida sedentaria, la dulzura y la resignacion. Los conquistadores no combaten allí en realidad. Toda victoria es una carnicería de corderos; porque el indio de las alti-planicies no se defiende, sino que se rinde, dobla la rodilla, suplica, llora y se resigna á la esclavitud sin protestar.

¿Qué encuentran los conquistadores en esa region? Monumentos de notable arquitectura; rudimentos de cronología, dibujo, aritmética y escritura; todo un sistema de correos, de impuestos y comunicaciones regulares organizado; puentes, canales, calzadas, caminos, templos suntuosos ú oratorios, monasterios de vírgenes, graneros públicos de prevision, ciudades opulentas y muy regulares; un sistema completo de leyes civiles y penales, de tribunales, consejos legisladores y administrativos, gerarquías en la autoridad gubernativa, religiones avanzadas, culto regular y permanente y órdenes sacerdotales; el matrimonio y la propiedad reconocidos y organizados; agricultura floreciente, industria muy notable (particularmente de tejidos), explotacion y servicio de animales domesticados; notable progreso en la estrategia civil y militar; artes importantes, como las de pintar, disecar, malear los metales, fermentar sustancias vegetales, etc., cuyo secreto se ha perdido.

Y todo ese conjunto de elementos de civilizacion enlazado en vastos sistemas de confederacion, en que se vé la gradacion de las tribus, las naciones, los reinos y los imperios, como la de los *caciques*, los *zipas*, los *zaques*, los *incas* y los emperadores. ¿Y las razas? mucho más bellas, robustas é inteligentes que las de las costas y los valles ardientes; razas laboriosas, fraternales hasta el socialismo, dulces y hospitalarias, susceptibles de todo progreso, de una regeneracion ó modificacion fácil y fecunda, con tal que el régimen de colonizacion no las contrariase bruscamente.

Los conquistadores y primeros aventureros fueron la base fundamental de las nuevas sociedades en América, formada con la gran masa de los indígenas, dos, cuatro, ocho ó diez millones de ilotas en cada vireinato, presidencia ó capitanía general. Encima de esta clase se hallaban los explotadores, los dueños de minas y tierras por virtud de concesiones reales. Más arriba la aristocracia burocrática, totalmente española, peninsular, encargada de gobernar, administrar justicia, recaudar los impuestos, propagar la religion católica romana y apoyar las especulaciones del Estado en las salinas, las aduanas, las misiones, la acuñacion de monedas, ó expedicion de metales preciosos, las importaciones y ventas, etc.

Por último, en la region superior á todas las clases, el clero, procedente todo de España en los primeros tiempos, y más tarde naciendo de dos fuentes: de España el alto clero (obispos y arzobispos, canónigos, capellanes privilegiados, curas de primer órden y prelados de los conventos), y de Hispano-Colombia los frailes y legos subalternos, los curas de pueblos miserables y los misioneros de tropa, hombres de pena en la obra de propagacion de la fé cristiana.

Pero en medio de esas clases se iban formando lentamente otras dos: los criollos y los mestizos. A pesar del desprecio con que los españoles miraban á los indios, solian, en sus ratos perdidos, hacer alianzas de contrabando: la alianza del señor feudal con la hija del siervo. De ellas fué naciendo una casta varonil inteligente, notablemente blanca, animada por una aspiracion vaga, que un dia debia llamarse patriotismo y encontrar su símbolo en la revolucion democrática.

Las exigencias de la colonizacion y las condiciones de las razas hizo necesaria la implantacion de la esclavitud en Hispano-Colombia, de la que debemos decir algo solo bajo el punto de vista social y económico, extractando de las oportunas reflexiones del citado escritor.

La preocupacion existente en aquella época en España, y en toda Europa, de que el oro y la plata constituian la base y aun la esencia de toda riqueza, hizo emprender la explotacion formal de los inmensos depósitos ó *placeres* de los rios, arroyos y torrentes de Colombia, en primer lugar, y luego acometer el laboreo de minas de oro y plata, que exigian trabajos considerables permanentes y costosos. Las razas indígenas eran incapaces para esta clase de trabajos. Las de las tierras frias, más civilizadas, no podian sin sucumbir bajar á los valles ardientes, húmedos y desiertos, donde se hallan casi todos los depósitos auríferos. Los indios de los valles y las costas completamente salvajes, carecian de hábitos de trabajo y aptitud para la explotacion. Las Casas dijo entonces: «Salvemos de la ruina á las razas indígenas, y para hacer frente á las exigencias de la colonizacion, de la explotacion minera sobre todo, importemos una raza fuerte para el trabajo bajo los climas

tropicales: importemos negros africanos en calidad de esclavos.» El consejo pareció muy bueno, y fué acogido: se creó el tráfico de negros, y la esclavitud de la raza africana quedó establecida como un nuevo y gran elemento social.

Sucedió con esto que el interés en introducir el mayor número posible, y la fecundidad de las razas negras favorecida por el sol tropical, hizo multiplicarlas prodigiosamente, mientras que las indígenas ó disminuian ó permanecian estacionarias. Por otra parte, la analogía de condicion física y social entre el negro y el indio favoreció el cruzamiento, dando orígen á la casta que en Colombia se llama de zambos, y en otros países del nuevo mundo tiene diversas manifestaciones.

Las razas debian tener su geografía inevitable: los blancos é indios de color pálido bronceado, y los mestizos que de su cruzamiento saliesen, quedarian aglomerados en las regiones montañosas y las alti-planicies; mientras que los negros, los indios de color rojizo y bronceado oscuro, y los mestizos procedentes de su cruzamiento, debian poblar las costas y los valles ardientes. La raza mulata solo apareció en las tierras bajas, á donde los blancos que tenian minas, ingenios y especulaciones de comercio, se vieron forzados á establecerse, y donde blancos y negros se hallaron en contacto por razon de la esclavitud. Así, pues, la poblacion quedó distribuida en dos grandes grupos de razas y castas: en las tierras altas los blancos y *blanquecinos* y los indios más asimilables: en las tierras bajas, los negros y *negruzcos* ó pardos, las castas zambas y mulatas.

La conquista y el gobierno colonial pusieron en contacto los diversos elementos siguientes:

Las razas y variedades españolas.

Las razas y variedades indígenas.

La raza negra africana.

Las castas mestizas de españoles é indios.

Las castas de diversas razas indígenas, confundidas por la accion de la conquista y la colonizacion.

La casta mulata ó derivada de blancos y negros.

La casta zamba, nacida del cruzamiento de indios y negros.

En fin, la gran variedad de castas secundarias nacidas del cruzamiento sucesivo, entre negros y mulatos y blancos, indios y mulatos, indios y zambos, etc., etc.

Segun el señor Samper, el nuevo mundo pudiera ser llamado el *Valle de Josafat de los vivos*, donde todas las razas principales del globo se han dado cita para mezclar su sangre, sus tradiciones, sus fuerzas y caractéres, concurriendo simultáneamente á la grande obra de la civilizacion. En casi toda la América española, las castas y razas se encuentran escalonadas como en anfiteatros, desde las riberas

marítimas y las pampas interiores, hasta las más altas cimas de los Andes que son habitables; y es tal la regularidad de esa distribucion topográfica, que, donde quiera, cada zona social corresponde exactamente á otra relativa de temperatura y elementos de alimentacion y de trabajo. Así, puede decirse, que del mismo modo que las cordilleras son desde sus estribos hasta sus cimas inmensos termómetros naturales, la sociedad forma una estratificacion viviente, cuyas capas ó sedimentos son las numerosas y variadas razas y castas, resultado de muy complicados cruzamientos, situadas todas en el lugar que mejor conviene á la sangre, las tradiciones, la industria y la energía de cada una.

De ese modo son simultáneas todas las producciones y manifestaciones, y aunque cada grupo ocupa su lugar ó zona, ninguno puede vivir sin el concurso de los demas. Todos se sirven y necesitan recíprocamente, sin que pueda haber antagonismo natural entre ellos, como no lo hay entre las regiones que les sirven de centro. El blanco de orígen español, que habita principalmente las ciudades de las alti-planicies, necesita del concurso del indio agricultor ó fabricante de tejidos burdos. Unos y otros necesitan del llanero que les provee del ganado, como el llanero necesita del servicio que le ofrecen las artes, la agricultura y el comercio de los criollos é indios. Hácia el lado opuesto la reciprocidad es la misma. El hombre de las tierras altas no puede vivir sin pedirles al mestizo y al mulato de las tierras medias y los valles profundos, sus productos de azúcar, tabaco, maiz, cacao, café, oro, etc., y tanto unos como otros obtienen el concurso comercial del zambo y el mulato de las costas, sin los cuales no habria navegacion, á pesar de los vapores, ni tráfico ninguno. A su turno los habitantes de las zonas bajas é intermedias se nutren, física y moralmente, con los productos de las alti-planicies y las obras literarias de las poblaciones más refinadas, concentradas bajo climas benignos. Las instituciones deben, pues, favorecer el desarrollo simultáneo de grupos sociales diferentes, la fusion de esos mismos grupos, y el progreso múltiple de la civilizacion resultante de la accion libre de todas y cada una de estas castas.



Drawn by J. Bostock. Engraved by J. Thomson.

America __ Criolla del Norte.

II.

MÉJICO.

Al hablar de América, comenzarémos por su division central, porque muchas circunstancias concurren á establecer relaciones importantes entre esta parte del nuevo mundo y la que acabamos de examinar. Sabido es que entre los filólogos é historiadores se agita la cuestion de la procedencia asiática de los mejicanos, que eran los más civilizados que se hallaron en la conquista, y que muchos sabios creen que son oriundos del país últimamente descrito, ó bien de la China, no siendo raro que en otros tiempos hayan sido llevados sus *juncos* por la corriente de los mares á las islas de la parte norte del Pacífico, como sucede hoy no con poca frecuencia. A esto debemos añadir, que un distinguido naturalista es de opinion que todos los animales de la América vinieron de la parte Nord-este del Ásia, despues de haber pasado el monte Ararat, por supuesto en época en que se supone que los dos continentes estaban unidos por la parte del Sur hasta las islas Aleucias; y no há muchos años que un ilustrado mejicano, el señor don Manuel Nájera, hizo objeto de particular estudio las lenguas más antiguas de su país, y ha encontrado notabilísimas semejanzas con la de los chinos.

Los informes de nuestros primeros descubridores muestran que los caciques y su córte eran de diferente raza que el resto del pueblo en diferentes estados, y segun parece, un descendiente del último rey de Quiché, que abrazó la religion cristiana, dejó manuscritos de los que se desprende que la casta dominante, en este reino y en otros dos limítrofes, guardaba en tradicion la memoria de haber venido del Norte y haber obtenido el poder por conquista.

Cuando no fuera por esto, la analogía de los monumentos de la antigüedad egipcia, particularmente de las pirámides, á las cuales por su importancia hemos consagrado un capítulo, nos hubiera hecho recordar el imperio de los Aztecas, y como al tratar de las poblaciones de la América, debemos inclinarnos á hacer la reseña de costumbres indígenas, y por lo mismo antiquísimas, comenzarémos dando una breve idea de la civilizacion y monumentos de esta notable raza, semejante á los egipcios no solo por su antigüedad, número y poder, sino por muchas

particularidades de su religion, culto y policía. En los altares del azteca Tezcatlipuk ardia constantemente el fuego, como en los del asirio Bel. Méjico era tambien ciudad sagrada, y por su magnificencia, la Babilonia del Occidente. Los sistemas sacerdotales y militares de los aztecas é indios, han sido descritos generalmente como el gobierno sacerdotal del Egipto, ó el ceremonial de una córte bizantina. El rey de los mejicanos era la imágen visible del sér supremo, como hemos visto en otras naciones del Oriente. Los sacerdotes eran astrónomos y nigromantes, y en fin, porque se vea la analogía en todos aspectos, hasta el sistema de caminos y canales que hacian á las aguas del Gran Lago tributarias de la capital, semejaba al de los egipcios haciendo tributario al Nilo.

Que la civilizacion de los aztecas debió ser grande y refinada, lo muestran varios monumentos, y entre ellos su manera de computar el tiempo, que se ha hallado ser muy exacta, en opinion del sabio Humboldt, quien observa asimismo, que muchos de los nombres dados por los mejicanos á los veinte dias de su mes, eran los de los signos del zodíaco, cosa en uso en la más remota antigüedad del Ásia oriental, y particularmente en la Tartaria, en el Japon y en el Thibet.

Michel Chevalier, al hablar de la civilizacion de esta raza, dice: «Cuando los españoles llegaron á Méjico, hallaron allí un reino feudal, gobernado por un príncipe que mantenia una doble aristocracia de nobles y de sacerdotes. En vez de las tribus de indios nómadas y cazadores, que ingleses y franceses encontraron en el Norte y cuyo número nunca excedia de diez mil, vieron poblaciones inmensas y sedentarias, regularmente organizadas en un sistema social completo. Eran pueblos dados á trabajos agrícolas, y muy hábiles en la fabricacion y tinte de telas delicadas. Sabian esculpir en las piedras más duras, y fundir y modelar el oro y la plata. Poseian además algunos objetos de bronce, que bien podian reemplazar al acero. Vése por las relaciones de Cortés, que tenian grandes ciudades perfectamente construidas y sembradas de estensos palacios, grandes verjeles y templos colosales. Habian llevado la ciencia astronómica á tal punto, que su año solar era más perfecto que el de los griegos y romanos, y sus pirámides estaban orientadas como las del Egipto. Conservaban anales escritos en caractéres geroglíficos. El emperador mejicano tenia sus correos, su policía y sus diplomáticos astutos, y los jefes aztecas formaban una aristocracia compacta.»

En medio de esto habia sus contrastes. La suerte de la mayoría del pueblo era precaria y su estado miserable. A pesar de un lujo bastante refinado, habia en los usos y costumbres de los mejicanos cierto sello y timbre de espantable ferocidad. Gustaban de sacrificios humanos, é inmolaban á los dioses los prisioneros hechos en las guerras. Sus príncipes solemnizaban su elevacion con ceremonias cuya importancia

se media por el número de las víctimas, y el sacerdote abria el pecho á los prisioneros, arrancaba el corazon palpitante, le exprimia la sangre, con la cual regaba los altares, ó era mezclada con harina de maiz para confeccionar un infernal pastel, manjar de los dioses.

Cuando habian de celebrar alguna solemnidad, movian antes guerra con pueblos vecinos para hacerse de víctimas, como sucedió á la elevacion de Motezuma, segun los primeros pobladores españoles refieren, y uno de sus ídolos, el llamado *Huitzilopochtli* era fabricado con ciertas semillas amasadas con sangre humana.

Sin embargo, no se puede confiar mucho en la fuente de que provienen las noticias que tenemos acerca de los usos y costumbres de los mejicanos en las épocas anteriores á la conquista, ni mucho menos en las concernientes á su interesante historia y orígen; pues guardándose la memoria de los sucesos por figuras pintadas sobre pieles, telas de algodon y cortezas de árboles, que los primitivos misioneros juzgaron ser monumentos de idolatría que debian destruirse, y en efecto, se destruyeron por órden del primer obispo de Méjico, perdióse en ellas el conocimiento de hechos remotos que tales rudos símbolos pudieran hoy proporcionarnos, sin quedar otro conducto que el de la tradicion y alguno que otro fracmento que escapó de la universal ruina.

Segun la creencia de los mejicanos mismos, su imperio era muy antiguo. Su territorio fué originariamente poseido más bien que poblado por pequeñas tribus independientes, cuyas costumbres eran en todo semejantes á las de salvajes. En un período que parece corresponder al siglo décimo de la era cristiana, muchas tribus vinieron en sucesivas inmigraciones de partes desconocidas del Norte y Noroeste, y asentaron en varias provincias de lo que hoy se llama Nueva España y en lo antiguo se llamó Anahuac. Más tarde, hácia principios del siglo décimo tercio, los mejicanos avanzaron hácia la márgen del golfo de California, y tomaron posesion de las llanuras adyacentes á un gran lago situado en el centro del país, en donde despues de algunos años, fundaron la ciudad de Méjico, que vino á ser la más bella y suntuosa del nuevo mundo.

Aun mucho despues de establecidos, no conocieron lo que era autoridad real, sino se gobernaban en paz y guerra por aquellos que se distinguian por su prudencia y valor; mas extendiéndose en territorios y extendiéndose el poder de algunos jefes, al fin vino la autoridad suprema á concentrarse en uno, y cuando los españoles penetraron en la capital, Motezuma era el noveno monarca que habia ceñido la corona, no por derecho hereditario, sino por eleccion.

A pesar de esto y del carácter despótico de este príncipe, rodeado de magnificencia y de serrallos como un sultan del Oriente, no todo el territorio que se llamó

Imperio mejicano estuvo bajo su cetro, pues se contaban los Otomies, habitadores de las montañas, y formando como una raza aparte, cuya lengua tiene grande analogía con las asiáticas; los Chechemecas, verdadera raza de cazadores; los pobladores de Tlascala, que distando solo veinte y una legua de la capital, formaban con todo una república independiente y hostil al monarca mejicano, y los estados de Tepeaca, gobernada por leyes propias; Chocula, que habia sido libre hasta poco antes de la llegada de los españoles, y por último, Mechoacan, reino poderoso y encarnizado enemigo del nombre mejicano.

Tal es la noticia que éstos dan de su pasado, pareciendo increible que en posesion del arte de perpetuar los anales con figuras, y con la creencia de que era parte indispensable de la educacion nacional el enseñar á los niños á repetir las canciones donde las hazañas de sus antepasados se celebraban, sea tan limitado el período de su conmemoracion.

En punto á religion, los mejicanos tenian alguna idea de un sér independiente y supremo; pero no lo representaban bajo ninguna forma por creerlo invisible. Su principal culto, no obstante, parece haber sido dado á un mal espíritu ó diablo, enemigo del género humano á quien llamaban *Tlacatecolototl*, ó lechuza racional, que con frecuencia aparecia á los hombres con intento de atemorizarlos ó hacerles daño, y de aquí el carácter de las supersticiones mejicanas, en lo general sombrío y temeroso. Sus templos estaban decorados con figuras de serpientes, tigres y otros fieros animales, y los ayunos, mortificaciones y penitencias durísimas eran los medios de aplacar la cólera del sanguinolento ídolo, ante el cual no podian presentarse los fieles sin rociar el altar con su propia sangre.

En punto á dogmas consideraban inmortal el alma de los hombres y las de los animales, y creian que las de los soldados que morian en la batalla ó en cautiverio, iban á la casa del sol á vivir vida de delicias solo por cuatro años, al cabo de los cuales venian sus almas á habitar los cuerpos de pájaros de vistosas plumas y dulce canto, con entera libertad para volver al cielo ó descender á la tierra. Las almas de personas inferiores suponian que iban á habitar otros animales, y las de los que morian ahogados ó por el rayo, de hidropesía y otras enfermedades, iban á habitar con las de los niños á un sitio deleitoso, residencia de *Tlalocan*, donde gustaban de los más sabrosos manjares. La mansion de los que sufrian otra clase de muerte, era el *Mietlan*, ó infierno, que concebian ser solo un lugar completamente oscuro. Finalmente, dícese que los mejicanos tenian tradiciones, aunque algo corrompidas, de la creacion del mundo, del diluvio universal, de la confusion de lenguas y la dispersion de los pueblos, y que tales sucesos estaban representados en sus pinturas.

Restos de esta civilizacion se ven aun hoy dia desafiando al tiempo destructor.

Nosotros no conocemos la extructura de aquellos magníficos palacios que los primeros conquistadores y los monges analistas vieron en número tan considerable, dando motivo á dudar de la exactitud de sus relaciones; pero si el material y la construccion de los tales no prometian muy larga vida, y la devastacion de los vencedores acabó con los que podian sernos hoy testimonios de su arte, aun se conservan monumentos anteriores á los aztecas, como acueductos, diques, calzadas y otras grandes construcciones que parecen haber tenido un objeto religioso, y son una buena prueba de su inteligencia. En el valle de Méjico, á algunas leguas de la capital, se ven dos grandes pirámides, las llamadas de San Juan de Teotihuacan, reputadas como las obras más antiguas. Los indígenas las llaman *casas del Sol* y *de la luna,* y á estos astros estaban consagradas por sus antecesores. Segun Humboldt, cinco de entre los pueblos que sucesivamente aparecieron en el suelo mejicano profesaban igual culto, y construian edificios piramidales que llamaron *teocalis,* ó casas de Dios.

La diferencia entre las pirámides egipcias y las mejicanas, consiste en tener varias mesetas que cortan la línea desde la base hasta la punta; pero por lo demas siguen exactamente la direccion del meridiano y del paralelo del lugar. Los mejicanos acostumbraban á erigir sus templos en medio de un vasto recinto cuadrado y rodeado de un muro, semejante á los *peribolos* de los griegos, encerrando jardines, fuentes, domicilio para los sacerdotes y aun almacenes de armas, pues cada templo de un dios mejicano era una plaza fuerte. A la cúspide se subia por grandes escaleras, y en ella se elevaba á modo de torre la capilla ó santuario del colosal ídolo á quien se dedicaba. Ésta era la parte principal y donde se conservaba el sagrado fuego, sirviendo el interior del edificio para sepultura de los reyes y nobles. Su ereccion en las llanuras donde no se vé ninguna colina, hace conjeturar que ninguna roca fué la base de esas construcciones, cuyo interior es todavía un misterio, pues la tradicion de los indios que las suponen huecas no se apoya en prueba alguna.

Lo más notable es, que en derredor de estas casas del Sol y de la Luna, se encuentra un numeroso grupo, ó mejor dicho, un sistema de pirámides pequeñas, como de nueve á diez varas de elevacion. Hay centenares, dispuestas en forma de calles alineadas, en direccion de los paralelos y los meridianos, esto es, desembocando en los cuatro frentes, que están orientados á los cuatro puntos cardinales. Las pequeñas, segun tradicion de los indios, estaban dedicadas á las estrellas, y es probable que sirviesen de panteones á los jefes de las tribus; y en efecto, el nombre de la llanura Micaotli, significaba en la lengua azteca «camino de los muertos.»

Bernal Diaz, refiere, cual si verdaderamente hubiese sido testigo ocular, que en derredor de las pirámides se congregaba la poblacion entera de Teotihuacan

para ver marchar y subir al templo á los sacerdotes y á las víctimas, particularmente la escena que Cortés y sus soldados presenciaron desde su campo, en aquel infausto dia en que los mejicanos, cortando la retirada, les hicieron más de setenta prisioneros. Subiendo á la gran pirámide, aun encuentran hoy los viajeros pedazos de instrumentos, tales como cuchillos, flechas, puntas de lanzas, pequeñas estátuas y vasos de barro, y, lo que ha llamado más la atencion, conchas de ostras, con las que habia un templo construido.

A pesar de lo memorable de estos edificios, que tantos sangrientos espectáculos han presenciado, y que fueron testigos de la derrota del innumerable ejército mejicano, la poblacion actual se cura muy poco de ellos, y si no son los ingleses y otros viajeros curiosos, amigos de subir á todas las cumbres y bajar á todas las simas, pocos de los que viniendo de Otumba las divisan en su magestuosa grandeza se toman el trabajo de escalarlas, y en cuanto á los indios que viven en las inmediaciones, si se les pregunta quién ha hecho las pirámides, responden que San Francisco. Además de estas se conocen la de Papantla, descubierta á principios de este siglo por unos cazadores españoles en el centro de un espeso bosque, y la de Cholula, ó *monte hecho á mano* y cubierto de vegetacion.

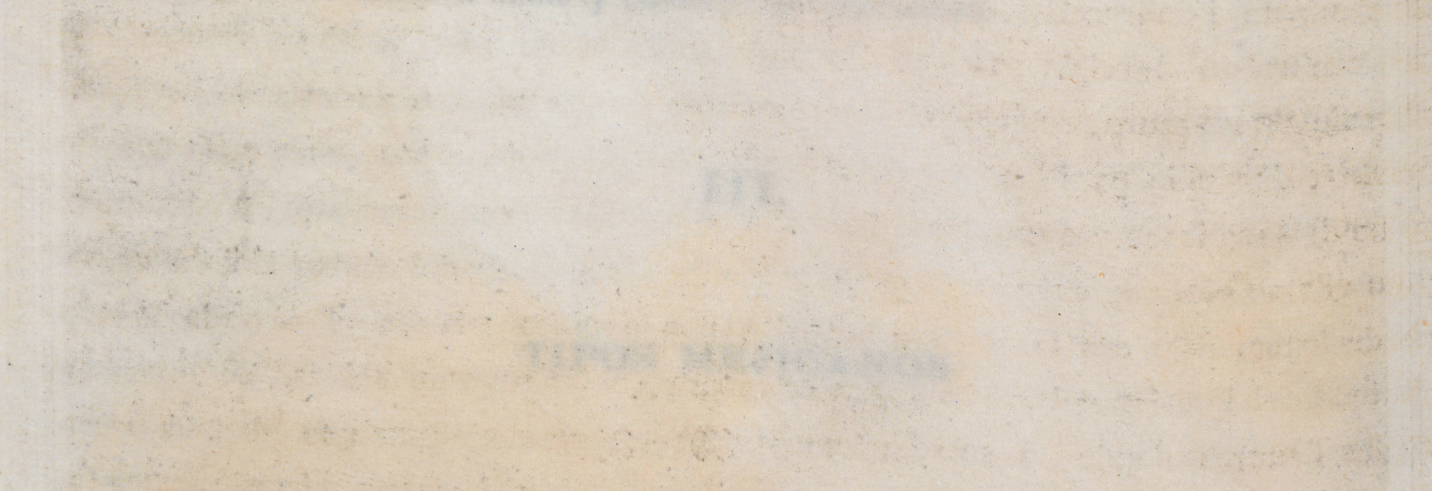
III.

TIPOS MEJICANOS.

La belleza y magnificencia de la capital de Méjico, construida por los españoles, excede á cuanto se puede imaginar, porque no solo encantan la vista los gigantescos y ricos palacios que en ella abundan, la regularidad de sus calles, los vastos mercados é inmensas plazas que contiene, sino tambien el territorio variado y pintoresco en que está construida, cercándola por do quiera amenos y frondosos valles cuajados de pequeñas aldeas y grandes haciendas, de serenos y transparentes lagos, de bosques seculares de oloroso cedro, de caminos que serpentean por llanos y montes, cual cintas de oro sobre verde alfombra que forman los poéticos sauces, los agrestes olivos y las elegantes palmeras, sirviendo de fondo á tan hermoso cuadro los azulados picos de las cordilleras, la purpúrea cumbre del volcan del Popocatapetl, ó humeante montaña, y el contorno maravilloso del Iztaczihualt, ó

para ver marchar y subir al templo á los sacerdotes y á las víctimas, particularmente la escena que Cortés y sus soldados presenciaron desde su campo, en aquel infausto día en que los mejicanos, cortando la retirada, les hicieron más de setenta prisioneros. Subiendo á la gran pirámide, aún encuentran hoy los viajeros pedazos de instrumentos, tales como cuchillos, flechas, puntas de lanzas, pequeñas estatuas y vasos de barro, y, lo que ha llamado más la atencion, conchas de ostras, con las que había un templo construido.

A pesar de la [illegible] de estos edificios, que tantos sangrientos espectáculos han presenciado, y que fueron [illegible] de la [illegible] del innumerable ejército mejicano, la poblacion actual de [illegible], y si no son los ingleses y otros viajeros [illegible] y bajar á todas las [illegible] en su magestuosa grandeza se toman el trabajo de [illegible] que viven en las inmediaciones [illegible], responden que San Francisco [illegible] á principios de [illegible] bosque, y la de Cholula, el monte *hecho á mano* y [illegible].



III.

TIPOS MEJICANOS.

La belleza y [illegible] de la ciudad de Méjico, [illegible] por los españoles, excede á cuanto se puede imaginar, [illegible] la vista los gigantescos y ricos palacios que en ella [illegible], la regularidad de sus calles, los vastos mercados é inmensas plazas que [illegible], sino tambien el [illegible] variado y pintoresco en que está construida, circundada por do quiera [illegible] y frondosos valles cuajados de pequeñas aldeas y grandes haciendas, de serenos y transparentes lagos, de bosques seculares de oloroso cedro, de caminos que serpentean por llanos y montes, cual cintas de oro sobre verde alfombra que forman los poéticos sauces, los agrestes olivos y las elegantes palmeras, sirviendo de fondo á tan hermoso cuadro los azulados picos de las cordilleras, la purpúrea cumbre del volcan de Popocatapetl, ó humeante montaña, y el contorno maravilloso del Iztaczihualt.



Drawn by J. Hayter.

Engraved by W. H. Egleton

America Estrella del Sur

blanca mujer, semejante á una ninfa reclinada que levanta sus nevados brazos para recibir los últimos reflejos del sol poniente.

La ciudad con sus innumerables templos y conventos, torres y cúpulas, sus millares de azoteas, que en la perfecta regularidad de sus calles tiradas á cordel parece á vista de pájaro un inmenso tablero de ajedrez, sus casas pintadas de colores varios, cuajados de flores los terrados y los balcones que adornan cortinas de listado lienzo, las calles rebosando de ociosos y entretenidos, de ginetes y pedestres, militares, frailes, curas, elegantes damas en carrozas, léperos harapientos, indios medio desnudos, majos envueltos en ricos sarapes, vendedores ambulantes, cargadores, ciegos, mendigos y ladrones, constituye uno de los espectáculos más animados que pueden ofrecerse á un viajero, y del cual se goza por completo si se tiende la vista por la colosal plaza Mayor, la hermosa Alameda ó el llamado paseo de Bucarelli.

La primera impresion que causa la ciudad de Méjico es siempre de las más agradables que puede sentir un viajero, pues no puede llegar á ella sin haber atravesado bellísimas, románticas y magestuosas regiones, capaces por sí de excitar la imaginacion hasta el más alto grado. La esfera azulada y transparente en que se une lo dulce y lo brillante, la suave y diáfana atmósfera; montañas que circundan el paisaje, levantándose á intervalos en estupendo volúmen y colosal grandeza, elevando al cielo sus eternamente nevadas crestas y dominando valles sin rival en lo vicioso de su verdura; lagos, riachuelos y canales; poblaciones é iglesias emboscadas en frondosas arboledas y rodeadas de cultivados campos, todo contribuye á dilatar la órbita de lo maravilloso, y preparar al más prosáico y sóbrio de imaginacion á creer en mundos de mágia á medida que se acerca al sitio de la antigua Tenochtitlan, que este era el nombre azteca de la córte mejicana.

Es verdaderamente notable á los ojos del europeo el observar el aire que en los modales y conversacion tienen las clases bajas en América. En su apostura y movimiento, especialmente las mujeres, se manifiesta una gracia natural que sorprende al compararlas con las de igual rango en otros países. Por lo general, son bien formadas, y la regularidad de los miembros es como una herencia de los indios, cuya sangre en ellas predomina. Su traje nacional les sienta á maravilla, y nada hay más inagotable que las posiciones del rebozo ó manto que es su parte principal ó distintivo.

Las señoras mejicanas han adoptado casi completamente las modas europeas. La manteleta ha reemplazado á la mantilla, que sin embargo, disputa todavía el terreno al sombrero, inventado como pasaporte de fisonomías comunes y bellezas equívocas.

Las mejicanas son grandes bailarinas, y danzan con facilidad y gracia los bailes de sociedad, y aunque no educadas con el refinamiento usual en las córtes de Europa, rara vez dejan de cautivar por la peculiar gentileza y dignidad nativa de su porte, y por la viveza y penetracion que demuestran. El verdadero lugar para ver á las mejicanas es el teatro, que es su pasion y su delirio, cosa no de extrañar, porque allí asientan su poder incontrastable. Allí mantiene sus fueros el encantador abanico, vence la mirada escrutadora, lucen todas las gracias de que se proveyó una morena en cambio de la cuasi estatuaria y fria belleza de la mujer del Norte. Allí la mantilla, que cubre la bien prendida cabellera negra como el azabache, se deja caer sobre los hombros, luciendo el gracioso arqueado cuello característico de la española raza. Las mejicanas son por lo general pequeñas de estatura, y se distinguen por la dulzura y agrado de sus semblantes, bastante atractivo aunque no fuesen hermosas. Usan la mantilla, pero han desterrado la alta peineta que desfiguraba el contorno de la cabeza.

Los caballeros solo visten el traje nacional cuando montan á caballo, y en su conjunto es brillante y pintoresco, llamando la atencion los arneses por su hechura y fábrica, y el lujo en ellos desplegado. El colmo de su ambicion consiste en llevar una silla ricamente bordada, que se supone obra de la delicada mano de alguna belleza desconocida; y así aparejados, luciendo su buena mano de rienda y su conocimiento de las calidades y naturaleza del animal, pasan y repasan por entre los carruajes saludando á las damas, alguna de las cuales devuelve en el saludo una invisible flecha, pues no hay padres ni guardianes que puedan acabar con este mudo lenguaje de los ardientes climas.

Comparada con la vida de las damas europeas, la de las mejicanas es algun tanto monótona. Funciones de toros, procesiones y misas y paseos á la Alameda y representaciones en el teatro, constituyen sus pasatiempos; pero aunque frecuentes algunos de ellos, dejan largos intervalos, y en ninguno puede reinar aquella intimidad de relaciones que en Europa se cultivan con la frecuencia de convites y bailes. Banquetes como los de que se glorían los europeos, son casi desconocidos en Méjico, y si alguna vez se dan, todo su ceremonial parece el de un martirio. Consiste esto en que la mesa no es un goce refinado entre razas sóbrias, y en países donde el clima arroja más bien que atrae al ciudadano del hogar. En gran parte de los de América se sirve en la calle, y se come de priesa, meramente por satisfacer una necesidad. Bien es verdad, que en cambio de la refinada cultura que dan otros placeres sociales, las mujeres mejicanas tienen tiempo bastante para cultivar estrechas amistades recíprocamente entre sí, adquiriendo sus sentimientos un tono y fuerza que por lo regular se pierde en el movimiento rápido de la vida segun la moda en Europa.

La música es uno de los pasatiempos; pero mucha parte del dia, en varias poblaciones de Méjico, y en general en las capitales ricas de la América donde el culto es muy suntuoso, se ocupan las mujeres en adornar altares é imágenes para las novenas ó funciones que particularmente les dedican.

Entre todos los tipos que la poblacion mejicana presenta, ninguno más original que el *lépero* ó *lazzaroni* americano. Bravo y cobarde al mismo tiempo, violento y pacífico, incrédulo y fanático, con tanta idea de Dios cuanto basta para temer al diablo, el lépero es vagamundo y pendenciero por naturaleza; unas veces sóbrio hasta lo milagroso, y otras gloton hasta lo increible, y acomodado á todos los cambios que puede hacer la instable fortuna. El lépero se arrima á cualquier oficio cuando no tiene qué comer, y al de apropiarse lo ageno cuando no tiene oficio; pero bien ó mal ganado un poco de dinero, cuanto es bastante para satisfacer sus pocas necesidades en un clima tan suave y apacible, se entrega á la dulce holganza como su hermano el lazzaroni de Italia, y envuelto en su mala capa y hecha cama de la dura piedra en cualquier hora del dia y de la noche, es una amenaza y escollo contínuo del mejor ideal social formado por los hombres. A todo mal venir, jalea y rasca su *jarana*, especie de vihuela; mira con ojos devotos la taberna ó pulquería donde no le fiarán una blanca; se desayuna con el viento que sopla ó con el tufillo de algun guisado; se abriga con los rayos del sol y el humo de su cigarro, y duerme una tranquila siesta, sin que le atormente el dia de mañana, teniendo por línea de conducta la que observan sus hermanos gemelos de Andalucía:

«¿Hoy tengo tela? Es la pura;
Con luminarias me acuesto:
Mañana me falta esto,
Amigo, y me acuesto á escura.»

Estos léperos representan el papel de los Chiquiznaques y Maniferros que tan bien pintó Cervantes, y en medio de su vida disipada en pendencias, juego, orgías y velorios, á que son muy aficionados, porque en ellos encuentran el hogar que les falta, no dejan sus devociones ni se olvidan de besar el hábito de un fraile, ni de quitarse el anchísimo sombrero al oir el toque del *angelus* y murmurar un Ave María.

El monge es una de las figuras de más relieve en la sociedad mejicana, donde se ven notables contrastes de costumbres extranjeras é indígenas. En público y en privado, en lo profano y en lo religioso, la presencia é influencia del monge se hacen sentir á cada momento y en cada acto de la vida, porque la ordenanza conventual es tan poco rigorosa, que tienen entera libertad para salir en los conventos, y mezclarse entre la sociedad lega, donde si las clases ilustradas están algun tanto emancipadas

de su influjo, no sucede lo mismo con las demas que viven y obran bajo su direccion y dependencia. Bajo este punto de vista semejan las poblaciones americanas á las de la edad media. Entre los diversos trajes de los indios y europeos, descuella la infinita variedad de los de los monges, segun sus órdenes ó religiones, en las tertulias, en los paseos, en los templos y espectáculos. El monge, dice un curioso viajero pintor de escenas mejicanas, está en todas partes menos en su monasterio. Todo es un atractivo para él, sin que á los ojos del pueblo pierda nada su carácter sagrado por esta mezcla en las mundanas cosas.

Uno de los institutos religiosos más principales de Méjico es el convento de San Francisco, órden rica y poderosa, cuyos templos y edificios para la comunidad llaman la atencion en las grandes poblaciones de este vasto territorio. En la capital está situado el convento de Franciscanos en la extremidad de la calle de este nombre, que es la continuacion de la famosa y concurrida de los Plateros, y se extiende casi hasta el paseo de la Alameda. Ocioso es advertir que las funciones religiosas constituyen uno de los espectáculos más característicos de la sociedad mejicana, por la magnificencia que en ellas se despliega, el concurso que asiste y la frecuencia con que se menudean.

Entre las fiestas más señaladas á donde concurren los habitantes de Méjico, se cuenta la feria de San Agustin de las Cuevas, poblacion pequeña distante unas doce millas de la capital, en donde el principal atractivo es el juego de cartas llamado el *monte,* que como la *roulette* en Baden Baden, incita á todos los curiosos, cualquiera que sea su condicion, á hacer una prueba de su fortuna. Durante la cuaresma, todos los concurrentes á la Alameda y al paseo, se reunen en el canal de la Viga, á que conduce una hermosa calle de árboles. La perspectiva de este sitio ameno, desde donde se descubren los edificios que rodean la plaza de toros, las torres de la catedral y tras ellas los dos imponentes volcanes de Méjico, incluye algunas casas rústicas, el camino ó senda llamada de Candelaria, algunos pequeños lagos en cuya superficie flotan *chiùampas* ó islas flotantes, y una série de colinas que dejan ver las cumbres de la sierra; pero en los domingos de cuaresma y particularmente en el último, el canal de la Viga ofrece un cuadro encantador, con las lanchas, piraguas y canoas que constantemente cruzan sus aguas en opuestas direcciones, ya conduciendo olorosos ramos y flores para la semana santa, ya grupos de pasajeros que bailan acompañados con los armoniosos acordes de la flauta, el arpa y la vihuela. Por las orillas del canal se ven recostadas gozando de la apacible brisa muchedumbre de personas entretenidas en juegos, danzas y cantares, que interrumpe el ruido de los coches y el galopar de los jóvenes vestidos á la usanza del país con ricos y vistosos trajes, pareciendo la poblacion

HOMBRES DEL UNIVERSO. P.ª 2





Drawn by W. Perring.　　Engraved by W. H. Mote.

America — El culto de la imagen.

que surca las aguas, la América del siglo diez y seis, los habitantes de los trópicos abandonados al placer sin etiquetas ni ceremonias, y la poblacion de tierra firme, la América del siglo diez y nueve, queriendo imitar á la Europa en las costumbres del gran tono donde más largamente se contienen, como en la *avenue* de la Emperatriz en el bosque de Boulogne, y el Rotten Row en Hyde-Park.

Las fiestas de la Semana santa en una poblacion pequeña ó aldea, son notables por la singular mezcolanza que hacen los indios de ritos católicos y restos de ceremonias idólatras. Ocupados durante el dia en cultivar su tierra, los indios destinan la noche para la celebracion de ciertas solemnidades. Las de la pasion no son las menos dignas de mencionarse, pues tienen la costumbre de representar al vivo sus misterios, acompañándolos con el melancólico y monótono sonido de la chirimía, á cuyo son probablemente sacrificaban sus antepasados centenares de humanas víctimas á su deidad sangrienta.

El indio es idólatra hasta lo sumo. En sus chozas, el mayor ornamento son infinidad de cruces de cañahejas, y estampas de vírgenes y de santos que tiene por muy milagrosos, y si manda decir una misa, ha de llevar al altar, puesta en una horquilla, la estampa de la vírgen á que la ofrece, no fiándose en manera alguna de la intencion y aplicacion que le haga el sacerdote. Esta desconfianza es uno de los rasgos más notables del carácter del indio, unida á una timidez sin igual en presencia del europeo. Si verifica algun trato ó contrato con él, siempre cree que le van á engañar, y al pagar no sacará nunca la cantidad completa, sino que la va mostrando poco á poco. Mientras el europeo le mira, el indio baja los ojos; pero acecha el momento en que aquel no le vé, y entonces en una rápida ojeada le escudriña todo de piés á cabeza.

En los casamientos no tienen los indios mejicanos muchas ceremonias ni fiestas. Lo más notable es que en las amonestaciones especifican si la novia es soltera ó doncella, y segun está clasificada, así varía la única costumbre singular que vamos á referir. Es de rigor que delante de su casa se ha de dar un baile á cielo abierto y con presencia y acompañamiento de la *jarana*, que este es el nombre que dan á la vihuela. Cuando la novia está en la mayor fuga del meneo, se presenta un zaragate, trayendo una olla nueva si es doncella, ó un puchero ú olla vieja, negra y grasienta si es soltera, y en ambos casos ha de dejarla caer á sus piés y hacerla tiestos delante de ella, con lo cual se ha cumplido con el ritual matrimoñesco.

Otra de las costumbres singulares de los indios referentes á este negocio de amores, es que cuando novios, han de hablarse á distancia, casi vueltos de espalda, y rascando la pared con la uña del índice mientras dura la plática.

Aunque estos indios viven exclusivamente del maiz, hay ocasiones en que

cambian esta dieta, cual es entre otras, la del dia de gran fiesta á nuestra señora de Guadalupe, que entonces todo indio ha de ir provisto de una racion de carne de chivo, ahumada y negra y nada agradable al olfato. Tal banquete en los alrededores del templo es tan clásico para los indios, como el *plum-pudding* para los ingleses el dia de noche buena.

IV.

LOS GUAYCUROS.

Esta nacion parece haber ocupado en remotos tiempos las orillas del Paraguay, por una extension de cerca de cien leguas. Hoy se les encuentra principalmente entre los rios Mondego y San Lorenzo, y á decir verdad, no es raza que debe ser colocada entre las salvajes, sino ocupar en la gerarquía social de los pueblos del nuevo mundo el rango que los araucanos.

Los guaycuros, ó vaicuros, ofrecen tres divisiones distintas: los que ocupan todavía el antiguo territorio del Paraguay; los habitantes de las riberas orientales del gran rio, y los que viven en posesiones brasileñas, de los cuales vamos á hablar solamente.

Esta raza es esencialmente belicosa, y su principal objeto es hacer prisioneros en sus excursiones guerreras, para reducirlos luego á esclavitud. Los vaicuros brasileños están divididos en siete hordas, que ocupan territorios separados, y conocen una gerarquía social en ellos muy marcada. Hay jefes ó capitanes, guerreros y esclavos, los cuales ni sus descendientes pueden jamás bajo ningun pretexto contraer alianza con las personas libres, no habiendo ejemplo de que un esclavo haya sido emancipado. La grande superioridad de los guaycuros ha hecho tambien que muchas tribus vecinas se hayan sometido á ellos libremente y de propio acuerdo y consentimiento, como son los Guatos, Xamocos, Xiquitos, Cayvabas, Cororos, Cayapos, Guauas y otros. La casta de los jefes se conserva en su pureza primitiva; pero la clase inferior está compuesta de los elementos más heterogéneos, pues la forman gentes de casi todas las naciones del Sur.

Aunque llegados á cierto grado de civilizacion, los guaycuros no solo se pintan, sino se tiñen por incision, cosa muy rara entre las hordas americanas. Su traje es

sencillo, pero no desprovisto de elegancia. Usan el poncho, y se fabrican botas al estilo de las de los patagones, aunque éstas las usan exclusivamente los jefes. El rostro, el cuello y el pecho lo graban á punta de diamante, haciendo varios dibujos indelebles, y el cabello se lo cortan como frailes franciscanos.

Sus armas son el arco y la flecha y una lanza de doce á trece piés de largo. El comercio con los europeos les permite armarlas con un hierro. Todas sus expediciones las hacen á caballo, y en lugar de brida usan de una sola cuerda, fabricada con las fibras que sacan del anonas silvestre. Generalmente llevan una banda en la cintura, donde va suspendida algun arma blanca, y que estrechada les sirve tambien para disminuir el hambre.

En la guerra su táctica es reunir y lanzar delante de ellos al galope un gran número de caballos sin ginetes. Tras ellos van los guaycuros, sostenidos solo con el pié derecho en el estribo y la mano izquierda en las crines, y tendido el cuerpo á lo largo del caballo sobre su costado derecho, de manera que son invisibles para el enemigo hasta que están encima, en cuya ocasion montan sobre la silla y hacen proezas con sus lanzas.

Las mujeres en estas tribus gozan de más preeminencias y disfrutan de mejor situacion que la que hemos visto les está reservada entre los indios, lo que prueba que los guaycuros han avanzado algunos grados en la escala social, y que han sentido el influjo de las ideas europeas. Su ocupacion principal es preparar la harina de que se alimentan, tejer telas de algodon y fabricar vasijas. De mucho tiempo á esta parte dejaron la costumbre de andar desnudas, y usan de un sayal ó túnica que las cubre desde el pecho hasta los piés, ceñido con una faja que llaman *ayulate*, y que no pueden abandonar las doncellas. El pintarse el cuerpo de una manera que parecia un tablero de damas con las casillas blancas y negras, lo hacian hasta hace poco; pero cada dia va cayendo en desuso algun rasgo extravagante de la *toilette* salvaje, para dar lugar á la adopcion de una moda europea.

Los guaycuros son nómadas, y sus campamentos, levantados ordinariamente en las márgenes de los rios, no dejan de tener órden y regularidad. Sus chozas están cubiertas con esteras de junco, puestas horizontalmente en tiempo seco, é inclinadas en tiempo de lluvias. No usan estos indios de la hamaca, que vemos en muchas hordas menos avanzadas en civilizacion, sino que duermen sobre cueros tendidos en el suelo, se cubren con los sayales de las mujeres y ponen por almohadas las botas de que éstas se sirven para montar á caballo.

Su religion admite un sér creador de todas las cosas; pero no le dan culto alguno. Reconocen un espíritu de órden inferior, llamado *manigogigo*, que tiene la ciencia de los sucesos futuros. Admiten la inmortalidad del alma, pero creen que

solo las de los jefes ó capitanes gozan despues de la muerte de toda felicidad. Los simples guerreros y los esclavos están destinados á ser sombras errantes que no deben apartarse del recinto del cementerio.

V.

EL INDIO GUARAON.

Entre los innumerables brazos, ó caños (como llaman los del país) del Orinoco, uno de los rios más grandes no solo del Sur América, sino de todo el mundo, habita una nacion de indios considerada generalmente como una rama de la familia de los caribes, la cual forma una comunidad por sí sola, y tan diferente en sus hábitos y costumbres de los de otros indios salvajes, que merece hagamos de ella particular mencion.

Estos indios no tienen casas, sino nidos. Viven como los pájaros en los árboles, y para comprender la razon de esta extraña costumbre, debemos detenernos á dar una idea de los fenómenos que en esta region se ofrecen.

El Orinoco, al modo que otros grandes rios, está sujeto á periódicas avenidas ó inundaciones. En cierta época del año suben las aguas á una grande altura sobre su nivel ordinario, lo cual se atribuia á los deshielos de las cordilleras de los Andes, en cuyas montañas nacen muchos de sus tributarios; pero la verdadera causa de estas crecientes son las grandes lluvias que caen dentro de la region de los trópicos cuando el sol cruza la zona tórrida, de donde procede que la inundacion sea periódica ó anual. Tan marcada es la época de estas lluvias, generadoras de la creciente del Orinoco, que los habitantes de sus márgenes pueden decir con diferencia de pocos dias cuándo empezarán á subir las aguas, y cuándo llegarán á su más bajo nivel. La época de la inundacion corresponde á nuestro verano. Comienza en abril; en agosto llega á su *máximum* la creciente, y en diciembre á su *mínimum*. Las aguas suben hasta cerca de cien piés de altura, segun unos viajeros, y segun otros hasta cincuenta ó menos; pero cualquiera que sea la elevacion, en un determinado punto es siempre la misma con corta diferencia, segun observaciones hechas en la ciudad de Angostura, una de las colonias importantes de los españoles sobre el Orinoco. Casi frente de esta ciudad, hay una isla en medio del rio, que la forma una roca,

cuya cima en la menguante está á cincuenta piés sobre la superficie de las aguas. En la cima hay un árbol solitario, que es lo único que queda visible cada año durante la inundacion, pues la roca queda completamente sumergida, y por esto se la llama *Orinoco-metro*, ó sea medidor del Orinoco.

En Angostura, como su nombre lo indica, el rio angosta y queda reducido á la mitad de su ordinaria anchura, estando aprisionado por altas peñas; pero en otras partes cubre la tierra por centenares de millas, inundando llanos y bosques, las copas de cuyos árboles son solo visibles y dan testimonio de que allí hay tierra, y sirven como de boyas y señales para guiar á los pilotos por entre las intrincadas bocas del Orinoco, pues de otro modo seria imposible navegar por los caños ó brazos del rio.

Esta inundacion anual y la semi-inmersion de los árboles en las aguas, ha dado orígen á las peculiares habitaciones y modo de vivir de los guaraones. Si por julio ó agosto se navega por el brazo del Orinoco llamado Boca de navíos, en direccion al Norte, un singular espectáculo se ofrece á la vista del curioso durante la noche. En un bosque sobre la superficie de las aguas, divisa multitud de fuegos; no una conflagracion de los árboles mismos, sino pequeñas hogueras, cuidadosamente alimentadas, y cuyos resplandores iluminan las espesas copas de los frondosos árboles, y reverberan en la cristalina y plateada corriente del rio. Acercándose más, distinguirá utensilios domésticos suspendidos de las ramas; formas humanas sentadas ó moviéndose de un lado á otro entre las hojas, y más abajo, en la superficie de las aguas, una flota de canoas ó piraguas atadas á los troncos: verá, en fin, una poblacion en las copas de los árboles, una ciudad suspendida en el aire, una ciudad de indios guaraones anidada entre el ramaje de un bosque. Esta ciudad, en el período de la inundacion, está á cien millas de la costa, ó de toda tierra seca. Antes de que las aguas bajen han de pasar meses, y aun despues todo el territorio será un pantano y por lo mismo intransitable. Es verdad que con las canoas pueden ir á tierra firme; pero seria un viaje demasiado árduo y largo para un guaraon, si tuviese que emprenderlo para buscarse el diario sustento, y decimos el diario, porque estos indios, como todos, no se curan más que de las necesidades presentes y nunca piensan en el dia de mañana. El guaraon visita la tierra firme raras veces, y eso no para procurarse sustento, sino para comerciar ya con los de su tribu, ya con los de otras que por allí habitan. Su constante residencia es dentro del área de los bosques inundados, en donde está libre de agresiones extrañas y encuentra lo necesario para su sustento. En ellos, ya en la creciente, ya en la menguante de las aguas, tienen todo lo que desean, y pudieran vivir por eternidades apartados de la tierra sin que la echasen de menos, pues la naturaleza

próvida les da en un solo árbol, en el *itá*, especie de palmera, llamada tambien *morichi*, que le proporciona casa, vestidos, pan, vino, arco, flechas y cuanto constituye su dieta y ajuar, pues los peces, las tortugas, el aligator y otros animales de que pudiera utilizarse, son difíciles de pescar durante las inundaciones. Con los troncos de esta palmera, atravesados y sujetos entre cuatro troncos, fabrica á cierta altura su casa, que cubre con hojas, por ser agena aquella region á las inclemencias del frio y de la nieve. Solo tiene que guarecerse del sol y de las lluvias, y para este fin la cubre con esteras de tal modo fabricadas, que resisten á los mayores aguaceros.

En esta especie de magnífico nido vive el guaraon tendido la mayor parte del tiempo en la voluptuosa hamaca, que suspende de dos árboles, completamente desnudo y ageno de cuidados, y más dichoso que el monarca en suntuoso lecho, no teniendo que temer nada en tanto que crezca á su lado el noble árbol que llamaron nuestros misioneros el árbol de la vida.

Si se pregunta por qué esta manera de vivir de los guaraones, hallándose rodeados de vastas regiones de tierra firme donde podrian construir sus casas y tener otras gollerías, fuera menester responder interrogando: ¿por qué prefieren y aman los esquimales y laponeses el suelo inhospitalario de las costas del mar Ártico? ¿por qué hay tribus que viven en estériles montañas á la vista de fértiles llanuras, y por qué hay hombres que habitan los áridos desiertos? Poderosos enemigos forzaron sin duda á los guaraones á buscar refugio donde ahora los encontramos. Allí se vieron libres de persecuciones y opresion, y allí á costa de otras privaciones gozaron del inestimable bien de la libertad. Lo que fué una necesidad al principio, se hizo despues un hábito que es parte esencial de su naturaleza. Aun en la época presente, el indio guaraon no está muy seguro si se retira del delta del Orinoco, pues en el Sur América es tratado como esclavo. Viviendo con su tribu entre las palmeras se reconoce libre, y no teme las persecuciones de los cazadores de hombres, ni hay indio enemigo que pueda alcanzarle cuando á correr con la velocidad de la saeta por el terreno fangoso que ha dejado la inundacion, acostumbrado como está á este género de camino. En efecto, no obstante el progreso de la civilizacion, no obstante el celo de los misioneros, estos indios pájaros continuarán aun mucho tiempo en su estado de seguridad salvaje.

VI.

LOS KAMACANS-MONGOYOS.

Entre los salvajes del Brasil conocidos con el nombre genérico de Kamascans, se distingue la tribu de los Mongoyos, heredera del carácter primitivo de la raza de los Tapuyas, de que se muestran dignos descendientes por su valor y su ingenio. Despues de la inútil aunque valerosa defensa de su territorio por los portugueses, se retiraron á lo más espeso de los bosques, en donde se les vé hoy dia, siempre celoso de su independencia, amantes de la libertad, apegados al suelo natal, y tan recelosos de visitar sitios civilizados como aquellos que creen la tiranía inseparable de la idea de la raza blanca.

Los bosques del Sertâs, contiguos á las Minas generales, son la residencia principal de esta estraña tribu de guerreros, y las márgenes del rio Piabanha sirven de límite á su territorio y á las incursiones de los *patachos* sus vecinos. Allí viven en un estado enteramente salvaje, alimentándose de la caza de animales, quedando reservado para los que están en el primer grado de civilizacion el cultivo de algunas plantas nutritivas y la construccion de chozas de madera y tierra.

Estas moradas campestres no distan mucho las unas de las otras, y siempre están rodeadas de una selva de plátanos, con la cual lindan sus plantaciones de maiz, patata, *manioca,* ó arbusto de raices farináceas, que comen tostadas, *cajou,* árbol de fruto refrigerante, de sabor agridulce, y algodon, tan necesario para su industria.

Cada una de estas pequeñas propiedades está confiada á la guarda de perros acostumbrados á protegerlas, y son los únicos animales domésticos que acompañan al Kamacan. La civilizacion de estos indios, más avanzada que la de sus vecinos los *patachos,* les ha puesto en buenos términos con los brasileños de orígen portugés, y su destreza como sagitarios, aplicada al manejo del fusil, les hace auxiliares útiles bajo el mando de los blancos para rechazar á los salvajes Botocoudes sobre el rio Pardo.

El color de la piel de los Mongoyos es un moreno amarillento que no excluye belleza en su rostro. Son musculosos y robustos: van desnudos enteramente; pero

se dejan crecer el cabello negro y abundante hasta las caderas, rapándose algunos las cejas y pestañas. Cada vez que se prepara á ir á una fiesta ó á recibir un huésped con ceremonia, se pinta el cuerpo haciéndose listas rojas ó negras en el empeine y encima de los tobillos.

Cuando la muerte arrebata á uno de ellos, vienen sus hijos por espacio de muchos dias á manifestar su dolor con exclamaciones que hacen inclinando la cabeza sobre el cadáver, marcándose el grado de su afecto por el tiempo que el cadáver permanece en la choza, en muchos casos hasta que se pudre. Antes de enterrarlo, ponen en la huesa una taza, una fuente llena de *caouï*, licor espirituoso, y un arco y flechas, sobre cuyos objetos colocan el cuerpo; actos que son hijos de la creencia de estos salvajes en la prolongacion de las necesidades más allá de esta vida. Despues de cubierto el sepulcro, acum lan troncos, y les prenden fuego para ahuyentar á los malos espíritus.

Los Kamacanes llevan su fé en la inmortalidad hasta la creencia en la transmigracion, y pretenden que las tempestades no son sino las voces de las almas enojadas, y los tigres la forma de que se revisten para vengarse del mal trato que han sufrido en este mundo.

VII.

HABITANTES DE LA TIERRA DEL FUEGO.

Llámase Tierra del Fuego á la costa del Sur del estrecho de Magallanes, que tiene en frente la Patagonia, cuyos gigantes hemos descrito en otro lugar, y es tal el contraste que se nota entre ambos territorios, á pesar de una distancia tan pequeña, que casi la puede atravesar una bala de cañon en ciertos parajes, que parecen dos mundos distintos. Llamó á esta parte Tierra del Fuego Magallanes, á causa de los muchos fuegos que se veian de noche en su costa mientras atravesó el estrecho, y que se cree eran señales con que se anunciaron unos á otros la llegada de aquellos grandes y extraños buques que veian por vez primera; pero en realidad, más bien que Tierra del Fuego, podia ser llamada *tierra del agua*, por ser el agua verdaderamente la plaga de este territorio, y encontrársela en ella á cada paso, estancada y corriente, congelada ó líquida, en

los llanos y en los montes, y donde quiera que hay una cavidad ó bache, pues este país no es una isla como se habia creido, sino una aglomeracion de islas cuyos confines son despeñaderos y quebradas de las montañas que continúan la gran cadena de los Andes hasta el cabo de Hornos, y los canales innumerables que cruzan el territorio, incluso el estrecho de Magallanes, no son sino barrancas ó tajos cuyo fondo fué cubierto por las aguas del mar.

Con mucha razon, pues, llaman algunos *acuáticos* á los moradores de este archipiélago, por contraposicion á los terrestres patagones de la opuesta orilla, que si tuvieran las dimensiones de los gigantes de la fábula, bien pudieran á pié atravesar el estrecho y hacer pepitoria de sus pigmeos vecinos; pero el patagon es hidrófobo por excelencia. No se limita á esto el contraste de tales habitadores de las márgenes del estrecho, tan diversos, que excepto el color de la piel y el cabello, en lo demas no tienen pizca de semejanza, siguiendo en esto los moradores las diferencias del suelo, pues la Patagonia es una llanura estéril, y la Tierra del Fuego es casi toda montañosa, formando un laberinto de picos y crestas, con un clima excesivamente frio y húmedo, y en donde cae la nieve en todas las estaciones del año.

Los indios de la Tierra del Fuego son pequeños de estatura y tan salvajes y miserables, que casi forman el último grado en la escala de los séres racionales, y de seguro son inferiores aun á los esquimales. Tienen labios pequeños é irregulares, grandes choquezuelas, pequeñas ó ningunas pantorrillas y abundantes greñas que les caen sobre los hombros, de cuyas gracias y perfecciones participan las hembras, en todo semejantes á los hombres excepto en ser más bajas de estatura. Ambos sexos desconocen el uso de camisas, túnica ó jubon, medias y zapatos, no obstante el frio que reina generalmente en esta comarca, y á lo más que ha llegado su prevision es á colgarse un pedazo de piel que le llega del cuello á la mitad de la espalda, y la cual se quita y aplica á la parte del cuerpo donde siente más frio, dejando enfriar unos miembros mientras calienta á otros. Pintan la cobriza piel de blanco usando de un barro que hallan en el fondo de pequeños arroyos, y sobre esta imprimacion hacen un intrincado laberinto de líneas cruzadas ó paralelas, ya negras, ya rojas, completando su adorno con gargantillas y pulseras hechas de huesos ó dientes de pescado, de los cuales hacen las mujeres collares, y tambien suelen ceñirse á la cabeza una banda ó trenza de pelo de guanaco.

Estos indios son tan feos de cuerpo como de alma. A más de feroces en aspecto, son ingratos, crueles y vengativos, y frecuentemente antropófagos, que devoran no solo á sus enemigos, sino á sus amigos si es necesario, en especial á las viejas de su tribu, que son las primeras víctimas cuando se hallan hambrientos. Viven en pequeñas comunidades que apenas merecen el nombre de tribus, puesto que no

tienen jefes ni superiores de ninguna clase. El hechicero ó conjurador es el único individuo que difiere en cierto modo de los demas miembros de la comunidad; pero su poder es muy limitado. Religion, no la conocen, y solo tienen algunas vagas creencias en diablos y malos espíritus.

Sin embargo, aunque sin corifeos ó jefes, están muy léjos de ser gente pacífica. Las comunidades pelean á menudo, y se sacrifican mútuamente de un modo cruel, y si no fuera porque los respectivos límites están bien marcados y definidos por tajos, quebradas y desfiladeros de las montañas, tal vez se exterminarian los unos á los otros. Su sistema de vida es abyecto y miserable en extremo. Aunque encienden fuegos, comen cruda la carne de los animales, y se tragan á los pescados cuando todavía están vivos. Su alimento principal son los mariscos de diversas clases, de que consumen una cantidad inmensa, viéndose montañas de conchas donde quiera que una familia reside por algun tiempo, y especialmente en todo lo largo de las costas, pues los naturales de este país creen que si se esparcen ó se arrojan al mar vacías huirian de allí todos los mariscos. Las indias son las pescadoras, y no siempre los cogen en las rocas en marea baja, sino que tienen que sacarlas del fondo de las aguas en las cuales se sumerjen á una gran profundidad, igualando en destreza á los indios de California. Otros pescados los cogen estos indios empleando arpones y dardos, y en muchas ocasiones una casta de perros casi anfibios, que persiguen á los pescados obligándolos á dirigirse á ciertos puntos en donde no pueden escapar de la red ó de la flecha.

Aunque á este territorio húmedo y de suelo esponjoso, donde los habitantes escuálidos parecen estar tiritando de frio de cuartana, no cuadra el nombre de Tierra del Fuego, bien podria llamársele así, porque á causa de esto sus moradores conservan siempre fuego junto á sí, vista la necesidad de procurárselo por estar la yerba y troncos húmedos. Así es, que cuando cambian de residencia ó navegan en sus canoas, tienen cuidado de conservar fuego, y lo llevan á donde quiera como si fuesen sus penates.

VIII.

LOS COROADOS.

Dan este nombre á los moradores de las orillas del Paraiba y de los bosques vecinos al rio Bonito, á causa de una corona aislada que se dejan en la cabeza los jefes, formada con el cabello, así como hemos visto que otros se dejan un rabo ó se hacen un cerquillo. La corona de éstos está en la parte superior, y de aquí les llamaron los portugueses *coroados* ó coronados, y son segun se cree los descendientes de los antiguos Guaytokacés.

Estos indios tienen muchos puntos de semejanza con los Coropos, con los que se confunden á veces, y estas dos naciones, fragmentos de la gran raza de los Tapuyas, se unen para hacer la guerra á los Purys, que sin cesar los persiguen, aunque originarios de la misma raza. La mayor parte son civilizados, y en su figura, cuyos rasgos aparecen muy pronunciados, se ven los caractéres de sus famosos ascendientes.

En las orillas del Paraiba, y á seis leguas de Campos, se encuentra en las praderas la aldea de San Fidelis, lugar enteramente poblado por Coroados, que fundaron cuatro capuchinos misioneros italianos, con la ayuda de los salvajes, edificando una iglesia que no deja de ser notable, vista la escasez de recursos de que pudieron valerse. Estos indios son pequeños de estatura, y tienen una cabeza enorme, aplastada en la parte superior coronada, y casi embutida en anchísimos hombros. El rostro es feo, y su fealdad la realza el aire de estupidez de sus cráneos.

Los Coroados son unos nómadas y otros sedentarios, reunidos por familias y formando pequeñas aldeas esparcidas en los bosques que hay á treinta ó cuarenta leguas de la capital, donde se les vé cubiertos de los restos de vestidos que reciben en pago de su trabajo en las casas de los propietarios brasileños, que suelen ocuparlos como obreros. Entre los más civilizados, las chozas son especies de cunas cubiertas de hojas de palmera, y no se elevan á más de cuatro piés de altura, lo que da una buena idea de la grandeza de los inquilinos. Cada familia elige su jefe, y es permitido á los maridos cambiar de mujeres segun su capricho.

Los Coroados tenian antiguamente la costumbre de enterrar á sus jefes de una

manera particular. Sus restos los encerraban en una vasija de barro cocido, llamada *camucis*, que la introducian á mucha profundidad al pié de un árbol. En las talas que se hacen hoy dia suelen descubrirse estas momias, revestidas con sus insignias, que son una diadema de plumas y dos escarapelas que prenden en ella y les tapan las orejas. Sobre el pecho tienen una como banda de piél, y colgados de las piernas, más abajo de la rodilla, unos alamares ó manojos de tiras de cuero, como suelen llevar los caballos enjaezados de los andaluces. En las manos llevan un baston forrado hasta la mitad en plumas, y delante de sus piés aparece el perro, su fiel compañero, que como las *satis* del Ásia, han de acompañar á su amo y señor. Las momias aparecen siempre sentadas dentro de la urna funeraria, conservando la actitud del indio descansando sobre los talones, que es su posicion habitual para el reposo. Si esas tribus tuviesen más dotes intelectuales, podria creerse que era una alusion á la muerte, reposo eterno; pero la verdad es, que los ponen así porque la vasija no es tan grande que haya lugar para posicion más recta.

IX.

CABOCHES Ó INDIOS CIVILIZADOS.

Se da el nombre genérico de *cabode* en la provincia de Rio Janeiro, á todo indio civilizado: esto es, que haya recibido el bautismo. En la aldea de San Lorenzo, situada á corta distancia de la capital del imperio, se encuentran en el dia descendientes de las diversas razas salvajes que, evangelizadas por los jesuitas, poblaron el referido lugar, fundado en el siglo XVI por un gobernador portugués. Estos indios católicos viven con los productos de su industria que llevan á Rio Janeiro, y son vasos y ollas de barro y diferentes especies de esteras. Tambien son buenos navegantes, y muchos habitan con sus familias en el arsenal de la marina, como especialmente empleados en el servicio de las canoas particulares del emperador del Brasil.

Visitando las viviendas de San Lorenzo, se ven conservados usos especiales que distinguian á las diversas tribus fundadoras de esta colonia; porque en unas se encuentra por lecho la voluptuosa hamaca, y en otras una especie de divan rústico, hecho de maderas cruzadas y cubierto con una estera, y el todo asegurado con *cipós* ó lianas que hacen el oficio y corresponden en sus distintos gruesos á todas las

clases de cuerdas empleadas por los europeos. Por lo demas, como fabricantes de esteras multiplican su aplicacion á todas las necesidades, ya extendiéndolas, ya colgándolas, ora sirviéndoles de puertas, ora de ventanas.

Cuantos han recorrido la provincia de Canta-Gallo en Rio Janeiro, pueden dar testimonio uniforme de la extraordinaria destreza del Caboch en arrojar la flecha tendido en el suelo y tendiendo el arco con las plantas de lòs piés. Igualmente cautiva á los extranjeros haciendo un círculo en la tierra, en cuyo centro se coloca de pié, y arrojando la flecha perpendicularmente sobre su cabeza, la hace caer á corta distancia delante de sí: prueba y ejercicio peligrosísimo, en que siempre salen airosos, fiados en su admirable precision y puntería.

Estos hábiles cazadores son muy buscados por los naturalistas extranjeros que viajan en estas regiones, y los utilizan como compañeros indispensables al atravesar bosques vírgenes, no solo para procurarse animales silvestres cuyos instintos conocen, sino para que provean de alimento á toda la caravana, para lo cual basta ofrecerles aguardiente, tan saludable y útil á cazadores obligados á dormir al pié de los árboles en las noches húmedas.

X.

LOS BOTOCUDOS.

Esta raza de indios salvajes, llamados bárbaros por los mismos indios bravos, ocupan hoy el territorio que se extiende desde Rio-Dulce á Rio-Pardo, confinante con el distrito ó provincia del Brasil que lleva el nombre de *Minas geraes*, ó país de las minas. Descienden de los indios Aymores, de la raza de los Tapuyas, y el título ó apelativo de *botocudos*, que los portugueses les han dado, viene del adorno circular tallado en la madera del barrigudo que llevan en los labios y en las orejas, y que se parece al *botoque* ó tapon de un barril. Otros los llaman *orejas grandes*, y este nombre les dan los salvajes Malalis, sus constantes enemigos. Como quiera que sea, no puede darse aspecto más repugnante que el de estos indios, con su costumbre de alargarse las orejas y el labio inferior, hasta el punto de incrustar en la carne perforada una placa de madera hasta de cuatro pulgadas de diámetro. La madera de que se sirven es más ligera que el corcho; pero esto no quita que

al cabo de años el labio se incline y caiga más bajo que la barba, ó bien que se desgarre y rompa la carne que como anillo circunda al *botoque*. Es tan salvaje y bárbara esta costumbre, que parece increible que subsista, pues para hablar necesitan recoger en la palma de la mano las partes carnosas del labio medio desgarrado y pendiente, para acercarlas al labio superior y poder pronunciar una letra labial. Por otra parte, con el roce continuo que la chapa de madera tiene con los dientes de la mandíbula inferior, éstos se les caen antes y con tiempo, aumentando así la fealdad de sus semblantes; pues en los jóvenes la lozanía y vigor que les hace tener el labio levantado, no consigue más que hacerles parecer la boca una cazoleta ó taza de una fuente, mientras que en los viejos, el labio caido y las encías sin dientes puestas al descubierto, los hacen verdaderamente asquerosos.

Los Botocudos no se han limitado á esto para desfigurarse y parecer endiablados, sino que con una tintura negra se pintan sobre el fondo rojo de la cara una especie de bigote ó faja que les coge de oreja á oreja; de manera que con el cabello afeitado, dejándose solo un círculo que se extiende luego y cae en derredor como los cordones de una borla; con el rostro encarnado como cara de diablo en máscara, y las tres chapas de madera blanca, que incrustan en sus orejas y labio, el bigote feroz simulado y la piel que se cuelga de los hombros, semejante en la forma á la de un bacalao cuya cola le arrastra por el suelo, el Botocudo es la estampa y vera efigie de la fealdad que pudiera Satanás concebir, si entrara como pintor en un concurso.

Tanto más sensible es la introduccion de tales costumbres, cuanto que entre los Botocudos los hay de color casi blanco y mejillas sonrosadas, y mujeres con ojos azules, que si bien otros indios hubieran mirado como repugnantes, pasa entre éstos como tipo de notable hermosura femenil.

Para decir verdad, el indio Botocudo anda completamente desnudo, sin permitirle siquiera usar del traje paradisíaco; pues aun cuando se echa á cuestas la piel en la forma ya descrita, por delante no le llega más que hasta la cintura.

Las mujeres y los hombres tienen las piernas muy delgadas, porque desde pequeños se las fajan y oprimen, no habiendo mayor injuria á su modo de ver, sino que les digan que tienen piernas gruesas. En algunas tribus descendientes de los Tupis, las mujeres usaban de zapatos muy estrechos para achicarse el pié al modo de las chinas, y esta circunstancia, así como el hecho de que los Botocudos tienen por lo general los piés pequeños, el pecho y las espaldas anchas, el cuello corto, la nariz aplastada, los ojos divergentes y los pómulos elevados, hacen reconocer en ellos el tipo de la raza mongólica.

El indio del botoque, que no ha sido sometido al yugo europeo, sigue la misma

vida errante de sus antepasados los Aymores. No conocen lo que es agricultura, ni viven reunidos en grupos que pasen de treinta á cuarenta en número, tal vez por la dificultad de encontrar alimentos, si no es muy afortunado en sus cacerías por los bosques. En lo que más se distinguen es en la grandeza desmesurada de sus arcos y flechas, en las cuales fian su subsistencia, como asimismo en su buen diente, pues no hay cosa inmunda para el estómago del botocudo. Él come las aves aun palpitantes, los cuadrúpedos medio crudos con intestinos y piel, los lagartos, serpientes y caimanes, en una palabra, cuanto vicho viviente cae en sus manos, haciendo un gran banquete cuando hay mucha caza, y apretándose la cintura para engañar el hambre cuando escasea.

Los Aymores, sus ascendientes, jamás construyeron choza buena ni mala, sino que dormian sobre la yerba del campo, ó bajo los árboles durante la lluvia. Los botocudos han dado en esto un paso, aunque sus ranchos ó chocines son extremadamente sencillos y groseros, consistiendo solo en algunas ramas inclinadas de modo que formen un abrigo. Si para algo tienen ingenio es para la guerra, que hacen, ya contra otras tribus, ya contra colonos brasileños. Las primeras son más frecuentes que las segundas, porque estos indios no solo pelean contra pueblos diferentes, sino que se hostilizan los unos á los otros por quítame allá esas pajas, bien que tan fáciles son de apaciguarse como de irritarse. Su modo de pelear no es en campo abierto, sino á traiciones y emboscadas, pues la ciencia de la guerra consiste á su modo de entender en la astucia. Cuando una tribu extraña invade uno de sus territorios, nada escapa á su saña. Hombres, mujeres y niños sucumben, terminando los combates por comerse los prisioneros en no pocas ocasiones.

Los combates singulares que entre sí tienen son curiosos. Cuando un guerrero botocudo ha sufrido una injuria ó insulto grave, provoca á su adversario á un duelo, que presencia toda la tribu ú horda. Allí reunidos y provistos los interesados de sendos garrotes, uno de ellos recapitula en un discurso enérgico, golpeándose el pecho y los muslos, los entuertos y sinsabores que su ofensor le ha causado, hecho lo cual, se apodera del varapalo, y á dos manos lo enarbola y sacude enormes porrazos sobre su enemigo, que ha de sufrirlos con toda la paciencia imaginable, y sin decir esta boca es mia. A su turno le toca á él alegar en derecho ante la augusta asamblea, y exponer las injurias que en cambio ha recibido, tras de lo cual viene enarbolar el palo y calentar las costillas del querellante. Todo esto tiene lugar con el mayor órden imaginable, mientras las mujeres, que han de participar del odio de sus maridos, no se están ociosas, sino que, como los peleantes de Andalucía, se mesan y arañan y ruedan por los suelos, en tanto que sus maridos riñen, y una de lás cosas á que apelan por tenerlas más á mano, es á agarrarse los botoques

y tirar de ellos, pues como el labio ha quedado tan adelgazado por la tension y elasticidad extraordinaria de la fibra muscular, fácilmente queda el botoque en la mano, y dos festones de carne colgando de la boca. Lo raro es, que una vez terminado el combate, se restablece un órden perfecto, nadie conserva rencor, ni procura venganzas.

XI.

LOS CHARRUAS.

En una de las provincias meridionales del Brasil, situada sobre las orillas del Uruguay, existe una nacion de indios completamente salvajes, llamados Charruas, y por corrupcion Chirus, que habitan un gran espacio de terreno lleno de bosques y pantanos, y allí viven rodeados de infinidad de caballos cerriles ó silvestres, cuya carne comen con preferencia á todo otro alimento. De estos indios se cuentan cosas al parecer inverosímiles acerca de su negligencia y desaseo; pero basta saber que por adorno se pegan al rostro una especie de barro que hacen con tierra encarnada y grasa de caballo, para formarse una idea de sus personas. Sin embargo, aquí vamos á hablar de los Charruas civilizados, que en gran número se encuentran en la provincia de San Pedro y del Espíritu Santo, la mayor parte originarios del Paraguay. Éstos andan contínuamente á caballo, envueltos en un poncho ó sarape, sin abandonar nunca un gran cuchillo que llevan ya en la cintura, ya en las botas. Su ocupacion es la de los gitanos en España, el comercio de ganados, ó en su defecto la de *peones* ó guias para viajeros que recorren estos distritos.

La intrepidez de los Charruas es admirable en la caza del tigre, combate que les es tan familiar, que al punto se deciden á procurar al extranjero una soberbia piel, mediante la pequeña suma de un patacon. Con estos provechos se las garbean y sacan para sus diversiones, que consisten en pasar la mayor parte del tiempo en las casas de bebida, fumando y empinando aguardiente, ó bien jugando á las cartas, de cuyos juegos sale el venir á las manos, esgrimir sus grandes cuchillos y hacerse sendos chirlos en la piel.

No obstante, aunque inclinados á pelear, á beber y robar, son fieles en extremo una vez contratados para formar parte de una escolta, y estos peones son

indispensables al extranjero que se expone á los peligros de una larga jornada por los desiertos. Apenas son solicitados, se ofrecen en gran número, y sus amigos y camaradas le recomiendan diciendo que es hombre que vale por diez, y en efecto, su catadura y pelaje no deja duda de su fuerza y audacia.

Puestos en camino, el peon marcha siempre delante: sonda, inspecciona, reconoce el terreno, y si hay lugares peligrosos que atravesar, ó animales fieros que combatir, el Charrua se expone generosamente antes de todos. La recompensa de su servicio la deja á la liberalidad de su amo temporal, y por lo comun se muestran satisfechos si al cabo de una larga jornada reciben una onza de oro. Durante el camino no se inquieta en punto á alimentos, que son por cuenta suya, pues ha de ser el cocinero y despensero de la expedicion. Provisto de tabaco y aguardiente, al pasar en las praderas junto á los ganados que libremente pacen, no tiene más que echar el lazo á la res que más le gusta, degollarla, cortar un pedazo de carne, envolverlo en otro de pellejo aun caliente, y aguardar á que acampe la escolta para pasar la noche, en cuya ocasion se ve al Charrua ocupado en cavar la tierra, hacer un hoyo de pié y medio de profundidad, que llena de troncos y ramas secas, y prenderles fuego para asar sobre el rescoldo el pedazo de carne que se procuró durante el dia. Estos indios son muy delicados de paladar, y saben asar la carne á dos fuegos, con lo cual conserva todo su sabor y jugo, y puede competir con los mejores asados de la cocina europea. Por lo demas, como ya se ha visto, á cada comida desperdicia un buey ó vaca, dejando la res para regalo de las aves de rapiña.

Fuera de estas relaciones de los viajeros con los Charruas, es peligroso hallarlos en los campos, porque ávido siempre de patacones ó pesos duros, no tienen escrúpulo en asesinar para apoderarse de la plata, ó de cualquier prenda que les guste.

XII.

LOS ARAUCANOS.

Los indios que llevan este nombre, hecho tan famoso por Ercilla, están muy léjos de parecerse al retrato que de ellos hizo el soldado poeta, á salvo su cualidad

de valientes, que han mostrado siempre al defender su independencia. Son de elevada estatura, tienen aplastado el rostro y salientes las quijadas, la piel de color cobrizo, la nariz chata, la boca grande, la barba lampiña, los ojos de un mirar feroz y desconfiado y el cabello negro, largo y abundante. Su traje le forma principalmente el poncho de lana fabricado por sus mujeres. Bajo éste lleva una especie de camisa que le llega hasta la cintura, un calzon corto, cinturon de cuero, un sombrero de cucurucho y sandalias llamadas *ojotes*. Las mujeres llevan descubiertos los piés y la cabeza; pero llevan túnicas largas, por lo general de color azul, que es su favorito, sin mangas y abiertas por los lados. Un manto del mismo color, prendido en la espalda con broche de plata, y pulseras del mismo metal, completan por lo comun su atavío. Sus cabellos están recogidos en trenzas por delante y les cuelgan sueltos y en toda su longura por la espalda.

Los Araucanos fueron de los primeros que se ocuparon en domar los caballos españoles, cuya raza salvaje ó cerril se habia multiplicado infinitamente despues de la conquista. Sus armas ofensivas son la flecha, la lanza, la maza y el lazo. Los españoles les han procurado algunas armas de fuego; pero hacen poco caso de ellas. La lanza es el arma favorita para ellos, y la manejan con una destreza prodigiosa, así como el lazo; pero al modo que el llanero de Colombia, combate sin órden ni táctica.

El gobierno de los Araucanos es una aristocracia militar, y los empleos son hereditarios entre los varones, aunque por eleccion y no por primogenitura. Permiten la poligamia, pero la mujer primera es la considerada como esposa: al menos es la que lleva tal título. Las otras habitan separadamente, y cada una tiene su choza. La condicion de las mujeres es penosa entre los Araucanos, pues sobre ella pesan los trabajos domésticos, los agrícolas, y aun llevan lo peor en los ejercicios de la caza y de la guerra. Una mujer es una verdadera esclava y sujeta á desempeñar las tareas más penosas, y así se las vé ensillar los caballos, limpiar las armas, llevar la carga y guisar los manjares, mientras los maridos se pasean, fuman ó reposan.

En los casamientos tienen la original costumbre de que el novio ha de reunir sus amigos y parientes y robar á la novia, empeñándose ambas familias en combates simulados, que degeneran con frecuencia en sangrientas batallas. Cuando muere un guerrero, sus amigos conducen procesionalmente el cuerpo al cementerio de su familia, y es puesto en la fosa con sus armas, sus vestidos mejores, provisiones y algunos objetos de valor, destinados á pagar el precio de pasaje á la vieja Tempu-Laggi, que conducirá su alma á la mansion de la inmortalidad. Si es mujer, ponen junto á ella algunos utensilios domésticos. En ambos casos, cerrada la sepultura,

forman sobre ella un montecillo de piedras que riegan con chicha. Despues comienzan los juegos, y termina la ceremonia con un festin.

La teología de los Araucanos reconoce en dos espíritus, *Meulen* y *Wancubu*, la lucha del bien y del mal, y además de estos y el sér supremo, á quienes dan varios títulos segun los atributos, creen en los *ulmenas* y *apo-ulmenas*, ó divinidades secundarias de ambos sexos, que recuerdan las fantasías mitológicas de la Grecia. Esta tropa inmortal tiene sus vicios y virtudes; hacen la guerra, son causa del amor, cantan triunfos ó se embriagan para ahogar las penas en el néctar. Todos combaten por Meulen, génio del bien, y procuran alejar de la mansion del Araucano el espírito maldito, para cuyo objeto cada Araucano tiene su *ulmena* particular, que hace las veces de ángel de la guarda.

Entre los Araucanos hay leyes respecto á los enlaces matrimoniales, muy semejantes á las que conocian los pueblos de Europa anteriormente á la predicacion del Evangelio. No se permite al hombre más que una mujer legítima; pero le es dado tener todas las concubinas que pueda mantener. Durante los períodos de paz, los maridos pasan el tiempo agradablemente, ya cazando, ya fumando ó bebiendo *chaya*, y las mujeres, como ya hemos visto en otras tribus, tienen á su cargo todos los trabajos duros de cultivar la tierra, sembrar, recolectar, fabricar los utensilios del hogar doméstico, cuidar de los caballos, tejer los vestidos y adobar los alimentos, y sobre estos trabajos tienen la humillacion de estar con sus hijos sujetas á sus maridos, que ejercen sobre ellas el derecho de vida y muerte.

Los Araucanos han contraido relaciones comerciales con los moradores de ciudades cercanas de su territorio, despues que tuvieron término sus hostilidades con los españoles, y á ellas llevan las mujeres varios productos del país. Los jóvenes van tambien en busca de extranjeros, á quienes ofrecen sus servicios en calidad de guias si desean visitar su territorio, para cuyo efecto es preciso prévia licencia de los caciques. Igualmente conceden éstos autorizacion á los mercaderes de otras repúblicas para que recorran sus aldeas y pequeñas poblaciones, vendiendo instrumentos agrícolas, aguardientes, armas, telas y otros objetos de quincalla.

No es cierto que los Araucanos estén tan civilizados como suponen algunos escritores, fundados en que habian hecho muchos adelantos en astronomía y geometría; y aun dado caso que convengamos en que tenian palabras para expresar el punto, la línea y el ángulo, y que no sea exagerada la importancia que se da á sus conocimientos, no se ha de seguir el dictámen de los que acusan á los españoles de haber detenido sus progresos.

XIII.

BUENOS AIRES.

Esta poblacion, como todas las ciudades españolas en América, está construida con arreglo al plan uniforme prescrito por las leyes de Indias. Mirada á vista de pájaro, parece un tablero de damas, como la ciudad de Méjico y otras del nuevo mundo. Su perspectiva desde el embarcadero forma una línea recta como el opuesto horizonte de las aguas, teniendo por fondo ochocientas millas de llanuras no interrumpidas hasta la cordillera de los Andes, y quien quiera que recorre la poblacion, se admira al ver la regularidad de sus calles, la apariencia de las iglesias y edificios públicos, el agradable aspecto de las casas y el aire independiente de sus moradores, que muestran su buen gusto en las innumerables quintas ó alquerías y jardines que llenan las cercanías de la ciudad y forman sus sitios de recreo, en los cuales han introducido casi todas las plantas y flores de Europa, particularmente de Francia y de Inglaterra, pues no hay damas que más se prendan de las flores que las de Buenos Aires.

La poblacion de la capital se compone de gentes de diversas clases y matices, pues además de los muchos extranjeros que en ella se hallan establecidos y mantienen el gran tráfico y comercio de este puerto, la forman los españoles y sus descendientes nacidos en América, ó criollos, los indios aborígenes, los mestizos ó productos de español é india, los mulatos y los negros ó africanos. De estas cinco castas, los indios y los mestizos forman el menor número, pues los indios de Buenos Aires fueron siempre raza muy hostil, que huyó de toda comunicacion y trato con los conquistadores. En esta parte del sud de América, casi puede decirse que no hubo mezcla ni cruzamiento de sangre española é india, como en el Paraguay y en las provincias del Perú, en donde los indios, más pacíficos y dóciles, componen todavía la gran masa de la poblacion. Por de contado, mientras más se penetra en el interior, más escasa es la raza blanca en comparacion con la de color. La esclavitud, abolida desde 1813, nunca llegó á tomar grandes proporciones en las provincias argentinas, ni fué en el sud América una realidad entre españoles; pues los negros eran tratados con la misma consideracion que los criados ó traba-

XIII.

[illegible]

[illegible]

[illegible] de Francia [illegible] que los [illegible]

La [illegible] pues [illegible] tienen el [illegible] descendientes [illegible] producen [illegible] causa [illegible] compone [illegible] poblacion. Por [illegible] penetra en [illegible] de la raza blanca [illegible] color. La [illegible], nunca llegó á [illegible] en las provincias [illegible] en el sud América [illegible] los negros [illegible] consideracion [illegible]



Drawn by J. Hayter. Engraved by W. H. Mote.

America _ La Perla del Sur.

jadores libres á salario, y como se los vé tratados en nuestras Antillas. Las leyes los protegian contra malos tratamientos, y sin necesidad de las leyes, los sentimientos nobles de sus dueños bastaban para disminuir todo el horror que la palabra esclavitud ha causado en otros pueblos. Una vez libres, y comenzaron á serlo ya en la época de la defensa de la capital contra los ingleses en 1807, han formado la más útil é industriosa de las clases bajas, por los hábitos de trabajo y disciplina que precedieron á su emancipacion: así es que cargadores, cocheros, mandaderos y otros ejercicios semejantes, los desempeñan los negros libres ó mulatos.

Las mujeres de Buenos Aires tienen fama de ser las más hermosas del sud de América, y su franqueza y amables maneras las hacen doblemente interesantes á los ojos de los extranjeros. Su educacion comprende más las cosas necesarias al gobierno de una casa y cuidado de una familia, que no otros ramos y adornos á que se presta mucha atencion en Europa, como por ejemplo, la historia y la geografía. Como estos estudios han de ser por fuerza superficiales, lo que se consigue es hacer á las pobres jóvenes pedantes y ponerlas en ridículo con frecuencia. Por lo demas, es cosa curiosa que una madre de familias hable en los salones de la situacion y límites de un pueblo apartado del universo, y que no sepa, por ejemplo, la situacion de la cocina.

Las damas de Buenos Aires son como todas las americanas, aficionadísimas al baile y á la música, y entre los hombres sobresale el gusto por la poesía. Los extranjeros tienen la mejor acogida, y particularmente los ingleses, aunque la preocupacion popular los cree herejes, y por lo tanto con rabo. Un escritor francés relata la conversacion que tuvo con una señora argentina, relativa al ataque de los ingleses en la capital, en 1807. «Me daba lástima, decia, ver aquellos ingleses tan rubios, tan buenos mozos, caer heridos y gritar todavía: ¡hurrah! Pero creiamos de buena fé que eran herejes y *tenian cola.*»

En las escuelas é institutos los hombres reciben una educacion esmerada, y los hijos de las familias ricas vienen á completarla en Europa. Naturalmente el clima no los hace excesivamente industriosos; pero la masa de la poblacion no puede decirse que no es activa, y muestra de ello es el tráfico y comercio de su puerto con países extranjeros. En las artes y oficios, los europeos son más hábiles que los nativos, que se dan más al reposo y á la bebida, á que le inclinan la multitud de establecimientos que se ven en la ciudad.

A todo viajero llama la atencion en esta parte de América el uso general que se hace de los caballos para todo. Sabido es que el Gaucho tiene grande habilidad ecuestre, y que enlaza las reses á caballo con una destreza admirable. Pero el Gaucho no solo enlaza toda clase de cuadrúpedos y bípedos, sino que caza y pesca

á caballo. Los pescadores colocan sus redes sobre el caballo, y se meten con él en los rios, que en tiempo bonancible pueden recorrer por el espacio de una milla sin que el agua los fatigue, y en esta disposicion echan las redes de la grupa como nuestros pescadores del bote ó barca, y se encaminan á la ribera, llevando una cantidad enorme de pescados. Las perdices las cazan igualmente á caballo, galopando en las Pampas con un lazo atado á la punta de una larga caña, cual si fueran á coger anguilas. Estas aves, como fascinadas, vuelan en derredor del ginete, que voltea estrechando cada vez más el círculo hasta que las coge. Nada más abundante y barato que los mercados de Buenos Aires, á donde todos los artículos son conducidos á lomo. El caballo es la rueda principal en la máquina motriz de estas sociedades. Si se necesita sacar agua de un pozo, el hombre ha de emplear un caballo. Allí cabalgan hombres, mujeres y niños, y aun los pobres piden limosna á caballo, pareciendo poblacion de centauros.

Lo que hemos dicho sobre el extraño modo de cazar las perdices, es aplicable no solo á los Gauchos, sino á los Patagones y á los habitantes de otras regiones de América y de África, y es necesario que la caza tenga lugar hácia las horas del mediodía, pues si el sol va inclinándose al ocaso, la sombra alongada del ginete y del caballo alarma al ave y la aleja de la trampa. La fascinacion de la perdiz es el resultado del volteo contínuo de su cabeza, siguiendo con extraña curiosidad los movimientos del cazador.

Más particularidades acerca de los Gauchos y de los indios pamperos hallará el lector á continuacion, en que tratamos con especialidad de diversos tipos indígenas.

XIV.

EL COMANCHE Ó EL INDIO DE LAS LLANURAS.

Bajo este título vamos á comprender diversos tipos ó razas nómadas, semisalvajes ó salvajes, que andan esparcidas en el vasto continente americano, y de las cuales el Comanche es el tipo genuino, el verdadero centauro, cuya vida se completa con el caballo, formando este dualismo del hombre y el bruto uno de los elementos necesarios de su existencia. Mucho de lo que digamos del indio Comanche, cazador, nómada y salvaje, y particularmente de su destreza como ginete, es aplicable al

ranchero de Méjico, al Gaucho de Buenos Aires, al vaquero de California y á los indios del Paraguay, de las Pampas y de Patagonia.

Ante todo observarémos, que el caballo, sea animal exótico en el nuevo mundo, sea como creen los geólogos indígena y habitador de él en una época geológicamente hablando no muy remota, se ha extendido y multiplicado en América de una manera sorprendente, así domesticado como montés ó silvestre. Particularmente la casta andaluza, el caballo que llevaron los conquistadores, es la que más abunda, aunque se conocen allí casi todas las castas, y es la que se ha hecho silvestre en las llanuras, y la que se vé en posesion de las tribus, muy luego de efectuarse la conquista. La casta inglesa existe casi exclusivamente en los Estados Unidos, importada por los anglo-americanos; pero la árabe se encuentra prodigiosamente diseminada en toda la América española, y abunda más en el Sur, en donde constituye un productivo ramo de comercio, como sucede en Buenos Aires. Fácil es congeturar el cambio que en estos Comanches, ó salvajes *á pié*, introdujo la presencia del caballo, que tanto les asustó en los conquistadores, creyéndolos todo una pieza cual los centauros de la mitología.

En efecto, con el caballo se introdujeron cambios en sus maneras y costumbres, y nuevos modos de accion y de pensamiento, formando esa desemejanza que se nota entre el indio de hoy y el indio tan á menudo descrito en los romances.

En las llanuras, toda tribu de indios posee el caballo; mas el verdadero indio-caballero es el Comanche, dueño del vastísimo territorio que se extiende desde Arkansas hasta el Rio Grande: que ya molesta á los colonos fronterizos de Tejas, ya fatiga á los plantadores de la Nueva Méjico, ora entra en el corazon de la Nueva España, ora ejerce sus rapiñas á las puertas mismas de la populosa Durango.

El Comanche monta á caballo desde niño, y casi puede decirse que pasa de los brazos de su madre á los lomos de un potro. Cuando empieza á andar, ha de ejercitarse no sobre el suelo, sino sobre un caballo. El hacer una jornada á pié, es pensamiento tan ageno en uno de estos indios como el de hacerla á gatas. El caballo, ensillado y embridado, ó sin rienda ni silla, está siempre á la mano, y ya sobre los lomos, sobre el pescuezo, sobre las ancas, ó colgado de uno de los costados, el indio sabe conducirlo á un rápido galope al punto de su destino. Por más furioso que sea el galope, no le quita que monte y se apee á su voluntad. En cualquer situacion, le echa mano á las crines, y salta sobre él como un artista ecuestre en el circo.

El Comanche es el tipo genuino de la raza nómada, el habitador en tienda, que el caballo le transporta de un punto á otro con la mayor facilidad. Algunos de ellos, sin embargo, han fijado sus residencias, y en cierta época del año cultivan

sus mujeres el maiz, el melon, la calabaza y otras especies de plantas indígenas. Antes de la llegada de los europeos, este cultivo era en mayor escala que hoy; pero la posesion del caballo, ha confirmado sus instintos de errantes, y llevado más al extremo su odio á la agricultura. Estos salvajes consideran la labor del campo indigna de hombres, y cuando quiera que la necesidad les obliga á practicarla, cae el trabajo sobre las costillas de la pobre mujer y de los esclavos, indios de otras tribus, y aun mestizos y blancos de la raza española, capturados durante muchas escaramuzas en los dominios de Méjico. Muchos creen que estas tribus desaparecen muy pronto de sobre la faz de la tierra; pero aunque sus guerras intestinas los han mermado más que las hostilidades de los blancos, el hecho es, que donde quiera que éstos se han introducido y puesto un dique á sus contiendas, ó logrado vencer su repugnancia á la agricultura, el indio Comanche se perpetúa y multiplica más rápidamente, siendo la opinion del viajero Mayne Reid, que habrá tantos indios dentro de cincuenta años como habia cuando Colon puso el pié en América.

La naturalizacion del caballo en el nuevo mundo contribuyó á hacer á estos cazadores más enemigos de la agricultura, pues el alimento que antes encontraban en corta cantidad y en limitado espacio, lo encuentran ahora en abundancia, persiguiendo al búfalo, su carne favorita. Puesto el indio á caballo puede alcanzar al búfalo, rodearlo y perseguirlo hasta las más apartadas regiones de las llanuras. El resultado fué, pues, mayor provision de alimentos sin necesidad de cultivar la tierra, y en caso que les falte el búfalo comen la carne de caballo.

El Comanche tiene entre varios, un modo ingenioso de cazar el búfalo. Consiste en vestirse y disfrazarse con una piel entera de este animal, é imitar todos sus movimientos. En esta disposicion se acerca á ellos como si fuera uno de su especie, y si el viento es contrario y no pueden olerlo, la presa es segura. Algunas veces consigue el mismo efecto disfrazándose con la piel de un lobo cano. En ambos casos usa de la flecha, aunque el *rifle* es ya un arma muy comun entre los indios; pero prefiere el callado al ruidoso proyectil, porque con un tiro puede no solo marrar, sino asustar las reses, mientras que con la flecha puede hacer la presa sin alarmar á los restantes.

El animal herido, aunque mortalmente, no cae á tierra, sino se inclina gradualmente como si fuera á descansar. Algunas veces dobla la rodilla y muere en esta posicion. Otras extiende las patas para conservar el equilibrio, y vacila y lucha contra la muerte, hasta que debilitado por la efusion de sangre se acuesta con pausa y majestad. A veces la agonía de un búfalo pone en alarma á sus compañeros, que se ahuyentan á la carrera; pero en la mayor parte de los casos nada sospechan, y

el cazador gasta tranquilamente en ellos las flechas de su aljaba, y aun suele suceder, que el hombre-lobo, ó búfalo, se acerca á los que han muerto, les saca las flechas y las usa de nuevo con igual efecto. Por de contado que tales matanzas no es cosa de todos los dias, ni pueden lograrlas sino cuando los búfalos están en reposo, ó cuando no descubren su estratagema, pues entonces dan á correr y es imposible al cazador el perseguirlos. En este caso, su recurso es montar en el caballo, que tiene puesto á cierta distancia, y tirar las flechas sin apearse, ó herirlos con sus lanzas galopando á sus costados.

En esta clase de caza rara vez va el cazador solo, sino que casi toda la tribu toma parte en ella, y entonces verifican lo que llaman el cerco ó encerradero. Los indios se despliegan en derredor de la torada, y galopan estrechándose y dando gritos, con lo cual se asustan los búfalos y son fácilmente llevados á una hondonada donde no tienen escape. Ocasiones hay en que se enfurecen y acometen y matan algunos caballos, obligando á los ginetes á montar en las ancas de otros, si ya no es que corren el mismo peligro de perder la vida. Si los indios saben que cierto número de búfalos está habituado á pastar en determinado lugar donde hay barrancos ó precipicios, entonces llevan bandadas de ellos hácia el peligro, por medio de una hilera de muñecos semejando forma humana, pues este animal es medio ciego, y le llevan al borde mismo del precipicio sin que se aperciba de él.

Los Comanches están frecuentemente en abierta hostilidad con los colonos de la frontera de Tejas, que sufren mucho á causa de estos Ismaelitas del Occidente. Tiempos hubo en que la nacion española concibió la esperanza de cristianizar á estos salvajes y ponerlos bajo el mismo pié que los Aztecas. Como no habia minas de oro ni de plata en Tejas, trataron de hacerlos peones ó trabajadores del campo, segun habian hecho con las tribus de California; pero si cedieron los de Méjico, Bogotá y el Perú, no así estos indios bravos, libres é independientes, con los cuales no fué de provecho la espada, y fué preciso echar mano de la cruz, fundándose casas de misioneros en toda la provincia de Tejas, y logrando que muchos se convirtieran y dejaran la vida errante y cazadora. Pero esto fué bien mientras España era la primera potencia del mundo y los vireyes de Méjico tenian medios bastantes para conservar sus *presidios* ó guarnicion de soldados. El amor á la libertad salvaje no se habia extinguido en ellos. Sus compañeros libres poseian ya el noble animal que proporcionaba nuevos atractivos á la vida errante, y hastiados de aquella especie de esclavitud monacal á que los reducian, hicieron un esfuerzo desesperado, y se emanciparon para siempre, estallando la primera rebelion en el gran establecimiento de San Saba, mientras las tropas se hallaban ausentes, y dejando solo con vida á un monge que escapó milagrosamente, cuyo suceso dió

nombre de *Brazo de Dios* á uno de los rios de Tejas, por donde verificó su fuga, convirtiendo á sus perseguidores en cadáveres, segun cuentan las crónicas religiosas de estas tierras.

Libres ya los Comanches, se entregaron á sus malos hábitos de rapiña, recobraron el territorio al norte y sur de Tejas, adquiriendo no solo caballos y ganados, sino mujeres blancas y esclavos. Casi todos los años han hecho una incursion en las provincias de Tamaulipas, Nueva Leon y Chihuahua, volviendo cargados del botin de sus débiles adversarios, á quienes matan conservando solo las mujeres y niños, que adoptados en la tribu, los destinan para futuros guerreros, siendo éstos más peligrosos para sus compatriotas que los mismos Comanches. La situacion política de la república mejicana no era la más propia para vencer y exterminar á estos aventureros marciales, agregándose á esto, que gran parte del territorio al norte de los estados mejicanos es un puro desierto. Los *ranchos* han sido abandonados. Solo las *haciendas* grandes y fortificadas existen, y muchas de ellas están abandonadas. No há muchos años que el hijo del gobernador del Estado de Chihuahua fué hecho prisionero por los Comanches, y conociendo que era infructuoso apelar á las armas, tuvo que recurrir á la oferta de un crecido rescate.

Por conclusion dirémos, que estos indios en manera alguna semeja al sombrío y taciturno hijo de los bosques. Por el contrario, es alegre, decidor y muy propenso á la risa. Su enemigo mortal es el soldado mejicano. Su ocupacion es ninguna, fuera de la caza y la guerra. Todos los demas oficios los hacen sus mujeres y esclavos. Cuando ocioso, cuida mucho de su traje. Suele llevar plumas en la cabeza, y con frecuencia la piel de la cabeza del búfalo con su cuerno y todo; pero así esto como su túnica de piél, lo abandona al salir á la guerra, donde va completamente desnudo de cintura arriba, porque sin ningun disfraz la sola vista de él es capaz de aterrorizar al enemigo.

XV.

LOS PEHUENCHES Ó INDIOS DE LAS PAMPAS.

El territorio conocido en América con el nombre de las Pampas, es una de las más vastas llanuras que existen en la superficie de la tierra, y se extiende al Este



Drawn by W. Perring. Engraved by W. H. Egleton.

America — La Sorpresa.

y al Oeste, desde la embocadura del Rio de la Plata hasta el pié de los Andes. Hácia el Norte las cortan séries de montañas que cruzan desde la cordillera al rio del Paraguay, formando las sierras de Mendoza, San Luis y Córdoba, y al Sur terminan en el rio Negro.

Las Pampas ó llanuras, segun el significado de esta voz de los indios del Perú, son un inmenso prado natural. Por lo comun el suelo es de tierra roja, arcillosa y en partes lleno de conchas, indicios de que las aguas del mar las cubrieron en una época, y en ellas se han hallado monstruosos fósiles, como el *megaterio*, el colosal *mylodon* y el gigantesco *armadillo*, con otros muchos restos de animales de tales dimensiones, que parece imposible que haya la tierra producido alimento bastante para sus estómagos-cavernas. En algunos parajes crece abundante yerba, y aun árboles pequeños; en otros son estériles y pedregosas, como en el gran desierto de Patagonia, no faltando en algunas lagunas y lagos, y salinas producidas por la evaporacion de sus aguas, saladas como las del mar, que se extienden por muchas leguas cuadradas. Pero uno de los caractéres escénicos de las Pampas son los *cardonales*, que en ciertas regiones crecen á altura tal, que forman un espeso bosque, solo transitable por pequeñas sendas practicadas en fuerza del pasaje. De otra manera no puede penetrar en ellos ni aun el ganado, que moriria de hambre ó en las garras de las pumas y otros fieros animales que habitan en aquel laberinto de plantas sembradas allí segun se cree por los españoles, y que son de dos clases, una de la familia de la alcachofa, y otra una especie de *carduncului*. Estas selvas no circundan el país durante todo el año, sino en una estacion, y gracias á esto puede el Gaucho posesionarse del terreno y llevar allí sus caballos, vacas y carneros para que pasten.

Al occidente de estos cardonales está la seccion de las Pampas, cubierta de yerba, cuya anchura es casi de trescientas millas, y cuya extensa alfombra es verde, parda ó amarilla segun su grado de madurez, y que cuando seca suele arder por accidente ó por malicia, presentando á la vista una de las conflagraciones más estupendas en sus efectos, pues en gran espacio lo deja todo reducido á negras cenizas y ofrece á la vista una de las perspectivas más melancólicas que puedan imaginarse.

Las Pampas se dice que pertenecen á la Confederacion Argentina, y las habitan una clase de ciudadanos llamados *Gauchos*, que son de raza española y de ejercicio ganaderos: hombres afamados por su habilidad en la equitacion y por su destreza en el uso y manejo del lazo y bolas, dos armas tomadas de los aborígenes. Pero en realidad esta gran llanura no es *apropiable*, y sus verdaderos habitadores son los indios, á excepcion de algun terreno ocupado por los semi-nómadas Gauchos. Los genuinos

dueños de la gran planicie son, pues, los aborígenes, los indios de las Pampas.

Estos indios forman infinitas asociaciones ó bandas, subdivididas además en innumerables comunidades. Sin embargo, pueden reducirse á cuatro grandes asociaciones ó nacionalidades, que las forman los llamados *Pehuenches*, los *Puelches*, los *Picunches* y los *Ranqueles*, nombres que en su lenguaje denotan la situacion geográfica que en las Pampas ocupan.

Estos indios vinieron del país de Arauco, que forman los valles y llanuras del sud de Chile, y al pasar la cordillera no han mejorado en carácter ni en costumbres, ni siquiera han conservado el valor personal de los Araucanos. En las Pampas se los vé llevando una verdadera vida de salvajes, viviendo de la caza y de la rapiña, y cambiando el producto por dijes y adornos para su persona.

El indio pampero, ó del Sur, tiene la misma estatura que el del Norte de América y que el del Ásia, y su color natural es cobrizo; pero como son excelentes *pintores*, casi nunca se les vé en su natural color. Las cordilleras les ofrecen piedras de diversos colores con que hacen sus ungüentos ó pastas para el efecto, y su imaginacion los modelos á que han de ajustarse, pues sus modas en este punto no han llegado á formar ley. Unos se pintan toda lo cara, con el *yama* ó color negro, y otros con el rojo á que llaman *colo*, y otros se contentan con hacerse una lista de oreja á oreja, como de dos pulgadas de ancho, que incluye en ella nariz y ojos. Cuando van á la guerra se extreman en desfigurarse no solo el rostro y el cuerpo, sino hasta los cuerpos de los caballos, tirando cada uno á aparecer lo más feo y temeroso que le es posible á los ojos del enemigo, costumbre que tienen casi todas las tribus salvajes del universo. El indio de las Pampas, sin embargo, no anda por lo general desnudo. Al contrario, procura vestirse bien, y fabrica por sus manos, es decir, por las de sus mujeres, las telas que necesita, y aun les queda un sobrante para el tráfico. Son de lana, y por supuesto, muy toscas, pero muy durables, y en la forma de ponchos muy buscadas por los mercaderes españoles, que les dan en cambio espuelas de plata, cuchillos, lanzas y otros artículos, así como cuentas, anillos y pulseras.

El pampero, de gala, lleva una manta ó capa de lana de colores muy semejante al sarape de los mejicanos y al poncho de los Gauchos, y además un delantal, asimismo de color, atado á las caderas y que le baja á las rodillas, como especie de sajones. Una faja muy ornamentada ciñe el sarape á la cintura, y unas botas hechas del cuero de las patas traseras de un caballo, y ajustadas como medias cuando aun está fresco á la pierna del indio, que lo hace amoldar cual si fuese un guante. En la cabeza suelen llevar una especie de sombrero cónico, hecho de hoja de palmera, ó á veces de cuero de caballo, y en las orejas un par de enormes

zarcillos de bronce. Con este traje, montado á caballo, puesta la lanza en ristre, y siendo el vestido nuevo, el indio es un objeto pintoresco, mas por lo general está lleno de harapos.

Las indias llevan un vestido largo que les cubre desde el cuello hasta los tobillos, dejando solo descubiertos los brazos y la garganta. La tela ès de lana, fabricada por ellas mismas, y su color azul ó rojo. Este traje se llama *quedito*, y está sujeto á la cintura con una faja ó cinta, el *quepique* con un broche de plata. Sobre los hombros y espaldas llevan un pañuelo ó toquilla, de la misma tela, pero de color distinto, prendida con un alfiler de gran cabeza de plata, á que llaman el *tupo*. La espesa y negra cabellera, despues de untada con grasa de caballo, que es la pomada de moda ó aceite *Macasar* del indio de las Pampas, va recogida dentro de una especie de papalina resplandeciente por las cuentas y perlas con que está adornada, de la cual cuelga una pequeña campanilla. Muchas veces llevan por zarcillos un campanario, y el repiqueteo suena tan bien en sus oidos, que siempre están moviendo la cabeza como una española coqueta el abanico. Además de este vestuario, la india pampera lleva una porcion de dijes y joyas en la garganta, en los brazos, en las muñecas y en los dedos, viéndose en ella mucho arte para parecer hermosa, de lo que está muy léjos, pues la naturaleza no fué muy pródiga en sus dones con esta raza.

Los Pehuenches no construyen casas. Son verdaderos nómadas, y viven en tiendas grosera y rudamente construidas con cañas, que crecen en abundancia en las Pampas y semejan al bambú. La altura no permite al indio estar de pié dentro de ella, pero allí se acurruca sobre pieles de caballo, de las cuales forma tambien la techumbre ó cobertizo, siempre que llueve, nieva ó ventea, estando el interior tan sucio, que mejor le fuera dormir al aire libre. El indio no piensa nunca en limpiarla, sino cuando la inmundicia le ahoga, toma sus cañas y levanta el chozin en otra parte.

Su alimento es carne de caballo, de carnero y de vaca, y por lo tanto es menos cazador que otros indios salvajes. Su caza es la del avestruz ó guanaco, y la del gran gamo ó ciervo, que aprisionan con las bolas. El venado de las Pampas es un animal corpulento, pero de gusto desagradable. Los perros rehusan perseguirlo á causa del hedor que despide por dos glandes que tiene cerca de los ojos. Si se las cortan inmediatamente despues de muerto, la carne tiene buen gusto; pero de otro modo no la comeria el Gaucho más hambriento. Los indios tienen la costumbre de enterrarlos por algunos dias para quitarle el mal olor y enternecerlo.

Pero el principal alimento es el caballo, ó mejor dicho, la yegua, que nunca usa el indio para montar, considerando indigno de un hombre el cabalgar sobre

ellas. Con todo eso, como no es buen criador, apela al recurso de aumentar sus provisiones, robando caballos á los criollos españoles, el *estanciero* y el Gaucho, á quienes de camino toma si puede mujeres y niños. Y sucede con frecuencia que los blancos les compran los caballos y demas objetos que les han robado, porque el indio que hurta á los españoles de Buenos Aires, pasa las cordilleras y va á vender su botin á los españoles de Chile, como sucede en el Norte de América, que el Comanche toma de los europeos de Tamaulipas y Nueva Leon, y el Apache de los de Chihuahua y Sonora, y ambos van á vender el botin á los plantadores del Rio del Norte.

XVI.

LOS GIGANTES PATAGONES.

Desde que Magallanes hizo su famoso viaje, no cesaron los viajeros de esparcir relaciones maravillosas de la existencia de un nuevo país de Arapha, de una nueva Geth, poblada de Goliates de nada menos que doce piés de estatura y gordos en proporcion. Muchos los representaron como Titanes, que puestos de pié derecho, podia pasar por entre sus piernas un hombre de regular estatura. En correspondencia con estas dimensiones, la imaginacion completaba el resto. ¡Qué viviendas habian de tener para poder andar bajo techado! ¡Qué género de dieta el de estos hombres colosales! Un buey entre dos enormes tortas, cada una hecha de un costal de harina, seria para ellos como un *sandwich* para los europeos. Que hay gigantes, decia Don Quijote, no hay duda en ello, tanto por el testimonio de la escritura, como porque se han encontrado canillas cuyo tamaño responde de la grandeza de sus dueños, y la geometría saca en limpio esta verdad. Cuando esto escribia Cervantes, se exhibia por las córtes de Europa un hueso, que se decia pertenecer al gigante *Teutobochus*, y que no era más que la canilla de un mastodonte, sino que las ciencias naturales estaban todavía en mantillas, y no podian distinguir el hueso de un animal del de un hombre. Esto no es decir que no hayan existido gigantes, pues los hay hoy en todas las ferias, y actualmente se muestran dos en la ciudad de Lóndres, el uno llamado Chang, de la provincia de Fichou en China, y el otro por nombre Peto, que sin ser chino, no le va en zaga. Pero aunque hay y ha

habido y habrá hombres de gran corpulencia, como hay enanos, lo que no parece cierto es que existiese jamás casta ó raza de gigantes, esto es, una clase de séres que por fruto de su union hubiesen de producir fatalmente gigantes. Así, pues, en la Arapha de la Escritura podia haber cierto número de hombres corpulentos; pero al mismo tiempo la mayoría era de mediana y en ella algunos de pequeña estatura. Por eso entre los filisteos solo se menciona á Sanson, entre los israelitas Saul, y Goliat entre los de Geth, que es una prueba de que descollaban entre sus compatriotas.

Sin embargo, es evidente que así como en una nacion y aun familia hay diversidad de estaturas, hay grupos, tribus y pueblos cuyos individuos comparativamente con los de otros son de mayor corpulencia y estatura. Entre estos se cuentan los Patagones. Es cierto que hombres de doce piés en esta comarca solo los engendró la imaginacion de los navegantes, y que modernos viajeros *han medido* á los Patagones, encontrándolos poco más ó menos como los demas hombres; pero la verdad es, que si no gigantes legales y reales, son hombres de mucha talla, y que muchos de ellos, sobre sus botas de piel de guanaco miden sus siete piés cumplidos, y que alguno que otro frisa con los ocho.

Son, pues, los Patagones los más altos entre los séres humanos, y si á una talla elevada se le llama gigantesca, les damos de plano el nombre de gigantes, y por supuesto el de gigantas á sus mujeres, que por pequeñas que sean, son más altas que los hombres de otros países.

Lo extraño en esta region del universo es que la Patagonia, al norte del estrecho de Magallanes, produzca estos hombres gigantescos, y que la Tierra del Fuego, llamada así á la costa del sur, produzca verdaderos pigmeos, siendo el *estrecho* tan estrecho, que una bala de cañon alcanza á la opuesta orilla. El suelo, asimismo, sigue el contraste de sus habitantes, pues en la Patagonia, para que luzca y descuelle la gran figura de sus moradores, todo el terreno es llano y estéril, sin que un árbol estorbe ni perjudique la limpieza y diafanidad del fondo, y en la Tierra del Fuego, apenas hay una aranzada que sea llana, sino que todo es bosque, desfiladeros y montañas, como si estuviera calculado para que más resalten los respectivos moradores.

Tanta proximidad no ha producido comunicacion entre ellos, porque tan diversos como son en apariencia personal, lo son en pensamientos, usos y costumbres, bien que los frenólogos ó craneólogos, examinando sus calaveras, han dicho que ambos pueblos pertenecen á una misma division de la familia humana; pero la autoridad que seguimos en la descripcion de estas tribus americanas, niega tal asercion á pié juntillo.

Antes de pasar á detallada cuenta, dirémos algo del territorio que ocupan los gigantes.

La Patagonia ha sido considerada como continuacion de las Pampas, aunque sus llanuras son de muy diversa naturaleza. Lo característico de este suelo es su esterilidad. Patagonia es un verdadero desierto semejante al Atacama del Perú, al Colorado en el norte, y más que todo á los del sur de África, y para más asemejarse, vése en ella el avestruz, entre el gran condor, la carrancha y varias clases de águilas. En realidad los Patagones ocupan la parte sur del sur de América desde las fronteras de las colonias españolas hasta el estrecho de Magallanes, esto es, un territorio de ochenta millas de longitud por doscientas de latitud.

Los marineros que acompañaron á este ilustre navegante, dieron á este pueblo el nombre de Patagones, á causa de los alpargates ó calzado extraño de piel de guanaco que les hace aparecer los piés como garras ó patas de ganso. Esta piel les cubre la pierna hasta la rodilla, para defenderse de las espinas de algunas plantas que en su suelo abundan. El gran manto ó capa que les cubre es asimismo de la piel de este animal, que es una especie de maná para ellos, pues hombres y animales se mantienen de su carne. Es muy natural que un hombre de seis á siete piés, envuelto en este ropaje, con una lanza que sobra diez piés sobre su cabeza, y dibujado en una gran llanura sobre el límpido horizonte, pareciese un gigante á los españoles, que por primera vez los vieron en 1520. Treinta años despues los Patagones eran ginetes, porque el caballo se extendió en las llanuras de América. Mucho antes que sus dueños los europeos y los indios de las Pampas se apoderasen de algunos, que en la expedicion de Mendoza se internaron é hicieron silvestres en las llanuras, ya se les vió hácia el sud del estrecho y en poder de los Patagones.

Estos indios se pintan el rostro, del mismo modo que lo hacian cuando los vió Magallanes, esto es, haciéndose un círculo blanco al rededor de un ojo, y un círculo negro en torno del otro. El cuerpo lo pintan la mitad negro con un sol blanco delineado en el oscuro fondo, y la mitad blanco para que sirva de fondo á una luna negra. No obstante esta costumbre salvaje, no puede decirse que sean tales los Patagones, hombres de trato amable, valientes y generosos, desprovistos de malicia y muy humanos.

Hemos dicho ya que este suelo es un desierto, que no produce árboles ni vegetales apropiados para el sustento, ni puede ser cultivado con éxito. Por otra parte, el Patagon no es pescador, pues ni aun conoce lo que es tener una barca: menos agricultor ni pastor, pues no posee rebaños ni ganados. El caballo y el perro son los únicos animales domésticos, y éstos los necesita para otro objeto que el de sustentarse con ellos. ¿Con qué se alimentan estos indios?

El Patagon caza el avestruz y come de su carne siempre que la halla á mano; pero la existencia de este pueblo depende enteramente de una de las cuatro especies de *llamas* peculiares del sud de América, á saber: la vicuña, el guanaco, el verdadero *llama* y la alpaca ó paco. Estos dos últimos son domésticos; pero la vicuña y el guanaco son silvestres. Las cuatro especies habitan las alti-planicies desde Colombia á Chile; pero el guanaco se ha extendido particularmente al sur del rio de la Plata, y en las llanuras de Patagonia es el cuadrúpedo característico, que tiene al puma por enemigo natural, y de los restos de sus carnicerías se alimentan las aves de rapiña que visitan este desierto.

El guanaco es muy difícil de cazar para aquellos que no conocen sus hábitos y mañas; pero el Patagon está muy instruido sobre las condiciones de este animal. Antes del descubrimiento de la América les cazaban con las bolas y domesticaban algunos, los cuales llevaban despues al campo, los ataban, y escondiéndose el cazador é imitando el quejido de las madres, hacian responder al pequeñuelo con el triste acento del cautivo, oido lo cual acudian muchos en tropel, y desde su escondite lanzaba sus piedras con el mayor tino. Pero el Patagon caballero ha mejorado su sistema con la introduccion y uso del caballo. Es de advertir, que el guanaco, que corre parejas con el viento, es muy inofensivo y tímido, y mucho más si está en compañía con los de su especie. Cuando los Patagones saben el lugar en que se hallan, que suele ser en parajes accidentados, pues temen ponerse en las llanuras para no ser vistos de léjos, se reune un gran número de cazadores, provistos de sus largos chuzos y acompañados de cierto número de perros. Generalmente los encuentran formados en línea á los lados de las cuestas ó pequeñas colinas, y precedidos de un viejo macho que hace el papel de centinela avanzado. Si éste sospecha algun peligro, luego da la alarma, y todos dan á correr; pero el guanaco se conduce en esta ocasion como un rebaño de tímidos carneros, que puestos en confusion no saben á dónde dirigirse, y corren de un lado á otro, encaminándose á menudo hácia el mismo lugar del peligro de que huyen. Sabiendo esto los cazadores, forman un cerco y los llevan hasta la cima de la montañuela, donde con los chuzos hacen á mansalva una carnicería, y si algunos se escapan, cualquier perro por pequeño que sea los detiene, sin que se atrevan á defenderse ni ofenderlo, pues quedan temblando y como paralizados por el terror.

Las gigantas y los gigantillos Patagones se emplean á menudo en buscar los nidos de los avestruces y robarles sus huevos, que encuentran ser de muy buen gusto. Algunos viajeros han dicho que estos indios cazan á dicha ave disfrazándose de avestruces; pero esto es un error, porque el tal bípedo solo podria dar con su pellejo para hacerles una montera. La caza del avestruz la hacen con las dos bolas

de piedra, hierro ó madera, que enlazan y aprenden á manejar desde su infancia, y que revoloteadas y arrojadas como con honda, derriban irremisiblemente al ave, hombre ó cuadrúpedo que escogen por blanco. Esta arma es su orgullo, y nunca la abandona, llevándola suspendida del cinto ó atada como cinturon y las dos esferas colgando como dos borlas.

La mayor parte del tiempo lo ocupa el Patagon en cazar, y en los momentos de ocio atiende al cuidado de su caballo ó á reparar las averías de sus chuzos y vestuario. El Patagon no construye casas para vivir, ni permanece mucho tiempo en un lugar. La esterilidad del suelo le obliga á ser errante y á pasar de un paraje á otro en busca de caza. Una tienda hecha con cañas y cubierta con pieles de guanaco constituye su domicilio.

de piedra, hierro ó madera, que [illegible] y aprenden á manejar desde su [illegible] y que revoloteando y arrojadas como [illegible], derriban irremisiblemente [illegible] hombre ó cuadrúpedo que [illegible]. Esa arma es su orgullo, [illegible] abandona. [illegible] cinturon y las [illegible] [illegible].

[illegible] cazar, y en [illegible] las averías de [illegible] permanecen [illegible] y á pasar [illegible] y cubierta [illegible].



America.—La Rosa del Norte.

ESTADOS UNIDOS.

I.

Aun no há tres siglos que el arado penetró por vez primera en la tierra asiento de una república, que representa en la civilizacion moderna el papel que en los fabulosos tiempos los argonautas y Hércules de la mitología; de esa raza de titanes que la fantasía poética figuró devastando bosques, allanando montañas, rompiendo istmos, torciendo el curso de los rios, aniquilando mónstruos y preparando el terreno para los primeros albores de la civilizacion. Los nuevos argonautas dejan un mundo viejo donde la civilizacion ha tenido un curso penoso y dilatado, y en vez de clava para emprender sus doce trabajos ó empresas, llevan una idea fecunda, único legado, herencia y enseñanza de dilatados siglos, para hacer el tercer ensayo de poblacion en un suelo vírgen, en un mundo nuevo que no parece sino reservado por la Providencia para ofrecer el ejemplo de lo que pueden las conquistas de la inteligencia; para llenar al hombre de orgullo al contemplar esa fuerza semi-divina de su voluntad, que hace á la obra coetánea del pensamiento, que pronuncia su *fiat lux* y queda la luz hecha.

«Somos de ayer, y ya llenamos el mundo:» pueden decir los Norte-americanos, como decian los primitivos cristianos. Los europeos miran con asombro á ese coloso

que se levanta tras el Atlántico, mezcla de todos los pueblos, de todas las religiones, de todas las razas, Roma sin Capitolio, imperio sin Césares, que no adora más ídolo que la libertad, que no conoce plebe ni patriciado, que no honra más nobleza que la que constituye la virtud y el trabajo, único talisman, única vara mágica que convierte cada uno de sus pasos en una maravilla. Nosotros, los del viejo mundo, aun niños en tutela, ó mejor dicho, con andaderas, acostumbrados á esperarlo todo de las leyes é instituciones, del patronato de los gobiernos, hemos visto millares de constituciones de estados á cual más perfectas desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias; pero nunca hemos comprendido, y aun tardarémos mucho en comprender, que no hay constitucion, aunque sea hecha por divinos Licurgos y Solones, que hagan al ocioso trabajador, y al descuidado cuidadoso. Si se quiere saber el misterio del extraordinario crecimiento de la grandeza y poderío de la república Norte-americana, no hay más que considerar que siendo el nacional progreso la suma de la industria y el esfuerzo individual, y el gobierno de una nacion el reflejo de los individuos que la componen, los Norte-americanos deben de estar dotados de enérgica voluntad, independencia y actividad estraordinarias. Así como un tirano representa millones de séres degradados, ignorantes y viciosos, un gobierno ilustrado y liberal representa una asociacion de hombres ilustrados y libres, porque no tiene un pueblo mejor ni peor suerte que la que se merece. Sobre el carácter individual reposa y se asienta la libertad de una manera más sólida que sobre la letra de constituciones. Declarad en letras de oro que un pueblo es libre, independiente y señor de ilimitados derechos, y como los hombres no confien en sí mismos y tengan el sentimiento de su dignidad y la conciencia de sus propias fuerzas, será el sarcasmo que ha presentado la historia del viejo mundo.

¿Y quiénes eran los hombres destinados á ofrecer esta leccion práctica maravillosa, que resuelve infinitos problemas irresolubles para entendimientos preocupados? En los Estados Unidos vemos cinco distintas clases de comunidades de orígen europeo; pero una sola es la que lleva el sello de superioridad; una sola la que realizará la grande y providencial obra reservada á las naciones del nuevo continente; una sola la que, despojada de la vieja levadura y deseando que el Atlántico fuese un mar de fuego en que se aniquilaran las preocupaciones y espíritu del viejo continente, aspira al triunfo completo de los principios de libertad, igualdad y fraternidad.

Vése al francés en el Canadá, representando el espíritu conservador, la inmovilidad de la Iglesia y del Estado. Sus colonias fueron de las más antiguas; pero ni su génio predominó en América, ni sus principios le destinaban á hacer gran papel en el nuevo mundo.

Vemos allí al colono inglés, por extremo industrioso, dotado de un espíritu emprendedor que no cede al de sus hermanos los republicanos; pero al mismo tiempo no exento de preocupaciones, que son una rémora al progreso, y que le dejan muy atrás en cuestion de iniciativa. Tampoco le estaba destinada la supremacía en la nueva sociedad.

Componen otra clase los estados del Sur, que abolieron la esclavitud hace algunos años, pueblo más ilustrado y menos egoista que sus vecinos, obligados á romper las cadenas del hombre á fuerza de balazos, tras una guerra sangrienta y duradera.

Pero entre todos descuellan los *nuevos ingleses*, segun los calificó el gráfico Sydney Smith, el pueblo más democrático de la tierra, el pueblo más admirablemente gobernado, el más moral é inteligente, el más confiado en sus propias fuerzas, y á quien por lo mismo basta una hoja de papel para explicar claramente el organismo político, social y económico, que nosotros no podemos ni hacer entender medianamente en millares de volúmenes. Ellos lo son todo: las instituciones están en la médula de sus huesos, y su espíritu encarnado en sus entrañas.

Observemos en rápida ojeada la eficaz virtud de esta raza amamantada con la libertad y obradora de milagros.

La primera ciudad fundada en los Estados Unidos fué obra nuestra. ¿Qué no hemos hecho los españoles en ambos mundos? Melendez Avilés funda á San Agustin en 1565; Ponce de Leon enseña el camino de la Florida; Espejo edifica en Nueva Méjico á Santa Fé en el mismo siglo, y en el siguiente se levanta á Pensacola; pero á esto y algunos fuertes y templos de misioneros se limitan nuestros actos y nuestros derechos de territorio. España comenzaba á decaer; tenia ya bastante América, é iba perdiendo la libertad, única semilla que se aclimata y fecunda en el nuevo hemisferio.

Los franceses se fortifican en Acadia y Canadá, y no logran consolidarse en la Luisiana, que descubria Marquette. Solo los ingleses mantienen el centro de la colonizacion. Establecen en Virginia, en 1607, la primera verdadera colonia, y ¿qué es lo primero que hace esta raza eminentemente autónoma? Establece una asamblea representativa. El segundo centro colonizador se establece en Nueva Inglaterra ó Plymouth por un puñado de puritanos. A éste siguió otro grupo: la colonia de Massachussetts, de que Boston era la principal ciudad. Massachussetts tomó la vanguardia y presidencia por sus institutos de educacion, establecimiento de escuelas y de imprenta. Despues se establece Hampshire. Nueva York se hace colonia inglesa, en 1674, en que se la quita á los holandeses, y sucesivamente se extienden y colonizan Maryland, Connecticut, las Carolinas, Nueva Jersey, Pensilvania y Georgia.

La primera parte del período colonial está llena de dificultades, embarazos, peligros y guerras con los indios, con quienes estaban de contínuo en hostilidades. Sorpresas, emboscadas, matanzas, eran peligros á que se exponian á cada paso las familias de estos aventureros, que hubieran sucumbido á no ser por la division, falta de armas y de disciplina de sus enemigos.

Despues de este período de incesante lucha, viene la segunda porcion ó época que se distingue por las guerras de los franceses é ingleses en América. Ambas naciones extendian sus territorios. Los ingleses hácia las costas; los franceses á donde les llevaba su fantasía. Tras de varios encuentros, la gran guerra que emprende Guillermo III contra Luis XIV, se extiende á las colonias de Inglaterra y Francia, y en esta campaña se vé siempre á los colonos franceses contar con los auxilios de la madre patria, y á los ingleses confiados siempre en sus propias fuerzas.

En esta guerra se vé aparecer al occidente de Pensilvania, guiando tropas de Virginia para proteger los derechos de los ingleses, al ilustre héroe de la independencia, padre de la patria y modelo de ciudadanos. El solitario plantador de Mont-Vernon, como otro Cincinnato, es sacado de su retiro doméstico como providencialmente para salvar la independencia y constituir la más admirable de las repúblicas, cambiar una colonia en metrópoli, hacer de un pueblo una gran nacion, transformar en libertad la servidumbre y una provincia monárquica en democrática. Las faltas y los errores de la madre patria impulsaron la América á la libertad. Washington no era republicano, ni menos los miembros de la república; pero habia en ellos honradez, patriotismo y moralidad: era un pueblo nuevo lleno de actividad y energía, y la república debia surgir donde habia virtudes viriles ó republicanas. En efecto, los actos del parlamento inglés contra las colonias, imponiendo derechos y contribuciones á la azúcar y otros artículos de comercio, nombrando jefes de justicia, como lo hizo en Nueva York, y cometiendo otras arbitrariedades, hizo que se levantasen los colonos, que se sentian ya con fuerzas bastantes y capaces de gobernarse sin tutela. La emancipacion fué obra rápida. El pueblo estaba maduro para la libertad aun en su infancia; cosas que no logran naciones de nuestro continente, tan viejas, que su orígen se pierde en la oscuridad de la fábula. Muy luego se celebra el congreso de Nueva York, donde aparecen nueve colonias representadas; dos más prometieron adherirse, y las dos restantes, aunque silenciosas, miraban de buen grado aquel movimiento emancipador. Allí se hizo la declaracion de los derechos y libertades, y se pidió en una cláusula enérgica la revocacion de los últimos actos del parlamento inglés. Nueve años despues se celebra el gran congreso continental en Filadelfia, en donde se oye la elocuente voz de Adams, represen-

tante de Massachussetts; de Jay, representante de Nueva York, y de Washington, diputado por Virginia. Los ingleses se oponen á las reclamaciones de los colonos. En 1775 tiene lugar el primer choque de armas. La Georgia se une á los demas estados. Washington capitanea las tropas, y la union vence y se consolida y da principio á esa vida propia, cuyo vigor ha asombrado al mundo. Concluida la guerra, el héroe se retira á la vida privada, á su modesta casa, que aun hoy se vé en la orilla del Potomac, pintada de blanco, símbolo de la pureza del corazon de Washington, que aunque de orígen privilegiado, aunque descendiente de realistas, oscurece con el brillo de sus virtudes republicanas á todos los Césares y grandes figuras de la fábula. No pidió coronas á sus prosélitos; no elevó familias á la herencia perpétua de honores y fortuna. Rehusó recompensas; sirvió al bien público; peleó por la libertad, y un pueblo de demócratas y niveladores pone al pié de sus estátuas esta sencilla inscripcion, que es el más alto premio: *Padre de la patria.* Los facciosos y revolucionarios, los turbulentos colonos á quienes no podian subyugar las bayonetas, se tornan en pacíficos ciudadanos. ¿Se quiere penetrar en el misterio? ¿Se quiere saber cuál es el gran arte de quebrantar lo que aquí llamamos hidra revolucionaria? Pues no hay más que uno, y es tener la abnegacion y el patriotismo de Washington.

Pero la obra no se habia completado enteramente. La república tenia en su corazon un cáncer. El orbe no podia escuchar con entusiasmo los principios de fraternidad de boca de un pueblo que tenia á una raza desgraciada bajo el látigo y la cadena. La Union Americana hablando de libertad, era como el predicador elocuente que habla de templanza y lleva en la manga una botella de vino. La obra comenzada por Washington la concluye su émulo Lincoln, patriota y mártir, como todos los que abrazan nobles y grandes causas en la humanidad. Para comprender el gran paso dado, es preciso recordar que poco despues de la guerra de la independencia se contaban trescientos mil esclavos, y se daba por plazo á la extincion de la servidumbre veinte años. Desaparece despues en algunos estados antiguos; pero aparece con más vigor en otros nuevos. En 1820, Missouri contaba ya diez mil esclavos, y últimamente llegó á tener hasta cien mil. Tejas, bajo el gobierno mejicano, era estado libre, y en 1850 llega á contar sesenta mil esclavos, por ser lugar favorito á donde emigraban los plantadores del Sur. Los más liberales desesperaban que en siglos se pudiese acabar con la servidumbre. Segun la opinion del Sur, el manifiesto destino de la América era extender el látigo por todo el continente. Legree queria extenderlo hasta Cuba: Lincoln lo rompió cuando más erguido estaba el señorío del hombre sobre el hombre. Washington deseaba hallar un medio de acabar con esta institucion humillante: Lincoln lo encontró. La Union

habia caido en manos de los señores del Sur, oligarquía sin corazon ni sentimientos: Lincoln la arrancó, y dió las verdaderas condiciones de gran vida futura á ese poder que se desplegará como un modelo de buen gobierno para el resto del mundo. El trabajo libre sustituirá al esclavo en aquellas latitudes donde el egoismo y la pereza lo creian imposible. ¿Por qué? ¿No ha pasado la raza caucásica del Ásia central á la India, dentro de los trópicos, y poblado la isla de Ceilan, cerca del Ecuador?

El espectáculo que ha ofrecido esta gran nacion en esta gran empresa, da la exacta medida de su virilidad y de las grandes virtudes que posee. Hombres dedicados á negocios por completo, un pueblo comerciante y agricultor por excelencia, sin ejércitos permanentes, sin generales asalariados, sin más estímulos ni ganancia que la defensa de una causa justa, se lanza al campo de batalla y asombra al orbe con su disciplina, con sus legiones, con sus marchas y ataques, con sus ingenios y máquinas de guerra, con su valor á toda prueba, con su humanidad para con los prisioneros, con su dignidad para con los vencidos, poniendo en segundo término los más grandiosos episodios marciales de la historia antigua y moderna. La Union necesitaba un bautismo de sangre. Los pueblos preocupados creen que no hay estado fuerte si no despliega su vigor en armamentos, si no sale de punta en blanco á quebrar lanzas, si no oscurece el sol con el humo de la pólvora y siembra los campos de cadáveres. Pues bien, los Norte-americanos han sabido ganar su puesto de caballeros; han sabido hacer la guerra con energía admirable, y la han hecho sin ser presa de ningun general, ni esclavos de ningun César, ni instrumentos de ningun dictador, ni juguetes de ningun Napoleon. Han hecho la guerra más peligrosa, que es la guerra civil, elevada á una escala inmensa, desplegando todos los caractéres de las grandes naciones militares, arrojando ejércitos sobre ejércitos, tesoros sobre tesoros, y poniendo la suerte de las instituciones republicanas en manos de generales trabajadores, capitanes improvisados, héroes que nacian al vigoroso soplo del patriotismo. A las virtudes militares han superado las cívicas, y en medio del estrépito marcial, la estátua de la libertad se ha mantenido en su trono augusto, las leyes han conservado su imperio y los derechos su integridad. El orgullo de los déspotas, dictadores y conquistadores ha quedado humillado al ver una contienda gigantesca que no conmueve en lo más mínimo el órden civil, político ni social. Grant ciñe el lauro; lleva en sus manos la vencedora espada, y no sube al Capitolio, ni pasa por sus mientes ceñir la corona imperial. ¿Dónde está ese estado mayor de capitanes ilustres, que tanta gloria conquistaron á la república? Miradlos confundidos entre el pueblo, retirados al seno de sus familias, vueltos á sus tareas pacíficas é industriosas: quién, ejerciendo el comercio; quién, enseñando á la juventud; éste al frente de una fábrica, y el otro en su taller modesto. Sin duda que es grande la



habia caido en manos de los señores del Sur, oligarquía sin corazon ni sentimientos: Lincoln la arrancó, y dió las verdaderas condiciones de gran vida futura á ese poder que se desplegara como un modelo de buen gobierno para el resto del mundo. El trabajo libre sustituirá al esclavo en aquellas latitudes donde el egoismo y la pereza lo creian imposible. ¿Por qué? ¿No ha pasado la raza caucásica del Ásia central á la India, dentro de los trópicos, y poblado la isla de Ceilan, cerca del Ecuador?

El espectáculo que ha ofrecido esta gran nacion en esta gran empresa, da la exacta medida de su virilidad y de las grandes virtudes que posee. Hombres dedicados á negocios por completo, un pueblo comerciante y agricultor por excelencia, sin ejércitos permanentes, sin generales [illegible] más estímulos ni ganancia que la defensa de una causa justa, [illegible] batalla y asombra al orbe con su disciplina, con sus legiones [illegible] ataques, con sus ingenios y máquinas de guerra, con [illegible] su humanidad para con los prisioneros, con su [illegible], poniendo en segundo término los [illegible] historia antigua y moderna. [illegible] preocupados creen que [illegible] si no sale de punta en blanco [illegible] de la pólvora y [illegible] han sabido ganar su [illegible] admirable, y la [illegible] el instrumento [illegible] la guerra [illegible], desplegando [illegible] ejércitos sobre [illegible] republicanos [illegible] civil [illegible] espada, y no [illegible] ¿Dónde está ese [illegible] república? Miradlos [illegible] vueltos á sus tareas [illegible] quien, enseñando á la [illegible] al frente de sus [illegible] modesto. Sin duda que [illegible]



America_ Dama de Nueva York.

nacion que ofrece estos ejemplos, y más grande debe ser aun la satisfaccion de su conciencia, al ver que no ha peleado para cazar hombres, ni sujetar pueblos á la servidumbre, sino para acabar con ella; al ver que ha empleado el hierro para destruir el hierro y completar su magnífica obra de 1782. Providencial fué esta guerra, porque los pueblos, guiados por sí mismos, nunca toman las armas sino para la defensa de grandes causas. En el pasado siglo pelean los Norte-americanos como héroes por la independencia nacional. En el presente, pelean como libres por la libertad. Los señores de esclavos la provocan, y si el impulso que lanza al campo á los federales pudo parecer egoismo en un principio, la fuerza de los hados rectifica y dirige el curso de los sucesos. La cuestion de la esclavitud estaba latente, y el calor de la contienda debia arrojarla á la superficie. Si el triunfo del Sur debia envolver *ipso facto* la consagracion de la esclavitud, el triunfo del Norte debia consagrar la victoria de la libertad. La Union lo comprendió así, y el orbe entero respondió á este sentimiento con el interés y la ansiedad con que atendia al éxito vario de las campañas. No: un motivo pequeño, interesado y egoista, no hubiera nunca producido tantos rasgos de heroismo y abnegacion y de constancia. El orbe entero fijaba la vista impaciente en la contienda, como esperando de ella la resolucion de una cuestion, que afectaba á la humanidad entera. Las madres veian morir sus hijos con resignacion y hasta con orgullo; las esposas sobrellevaban su viudez con la tranquilidad propia de las matronas romanas, y á este heroismo, que solo engendra una causa noble, respondia el universo prestando tambien su ayuda. De todos los países salieron soldados para pelear, jefes para dirigir las legiones, y ardiendo en caridad cristiana, fué tambien á practicar sus virtudes ese noble ejército que posee un bálsamo para el herido, una esperanza para el moribundo, una voz amiga para el desamparado, un consuelo para la viudez y un apoyo para la horfandad. Todo ha sido grande en esa sublime epopeya que enaltece á la humanidad, y más grande que todo, la sobriedad y mesura de los vencedores. Quiera el cielo que estas virtudes sean duraderas, y que la Union, fuerte con su victoria, se convenza á sí misma y desoiga los consejos de la ambicion que quisiera tornarla conquistadora. Grande será el porvenir de la república si sigue venciendo con el ejemplo; pero dudosa su suerte si quiere imitar la marcha de los viejos imperios de la Europa.

II.

CARACTER NACIONAL.

El carácter nacional del pueblo de los Estados Unidos ofrece gran variedad, en razon á la diversidad de su orígen y de las condiciones materiales y naturales de su existencia. En general, el carácter nacional inglés constituye el fondo del Norte-americano, en quien se desarrolla y aparece con mayor relieve cuanto hay en aquel de peculiar y característico. La gran masa de la poblacion tiene un exagerado sentimiento de su importancia personal, de comun en esto con sus padres los isleños, y propio de los hombres que se gobiernan á sí mismos. Los dos pueblos se juzgan superiores á las demas naciones, y ambos creen que sus instituciones, sus costumbres y su grado de perfeccion moral y civil no tienen rivales en la tierra.

Nótanse tambien por un excesivo amor á la independencia y libertad individual casi ilimitada, de que dan prueba los detalles de la administracion de los diversos estados y la aversion instintiva del pueblo á todas las restricciones de la policía. Muestran gran interés en todo lo que toca á negocios de la república, y se señalan sobre todo por una actividad incesante é infatigable, que acaba por triunfar de todos los obstáculos que el suelo y la naturaleza pueden oponer á la colonizacion, por el atrevimiento de sus especulaciones y empresas vastas y colosales, y por su aficion á la vida inquieta y llena de aventuras y peripecias.

Fuera de esto, que es comun y general entre ellos, distínguense bajo otros aspectos los estados del Norte y los del Sur, distincion que se origina de causas á la vez históricas y físicas. En el Sur, la naturaleza semi-tropical del clima y el cultivo de los productos coloniales á que se da la preferencia, provocaban el empleo del trabajo de los esclavos, y por consiguiente la introduccion y conservacion de la servidumbre. Por el contrario, la naturaleza de los estados del Norte exigia un cultivo más refinado y análogo al de la Europa, propio solo para ser encomendado á hombres libres.

Las diferencias de razas han dejado todavía distinciones en cuanto al carácter moral, no obstante las inmigraciones y mezclas con otros pueblos. Los estados del Sur fueron colonizados en su orígen por emigrados pertenecientes á la raza latina, sensual y ávida de placeres, y por descendientes de familias aristocráticas inglesas,



II.

CARACTER NACIONAL.

El carácter nacional del pueblo de [illegible] gran variedad, en razon á la diversidad de su orígen y [illegible] es y naturales de su existencia. En general, el carácter [illegible] el fondo del Norte-americano, en quien se desarrolla [illegible] cuanto hay en aquel de peculiar y característico. [illegible] un exagerado sentimiento de su importancia [illegible] padres los isleños, y propio de los hombres [illegible] dos pueblos se juzgan superiores á las demas [illegible] tuciones, sus costumbres y su grado de [illegible] la tierra.

[illegible] encia y libertad individual casi ilimitada, de [illegible] nistracion de los diversos estados y la aversion [illegible] restricciones de la policía. Muestran gran interés en [illegible] la república, y se señalan sobre todo por una acti [illegible] que acaba por triunfar de todos los obstáculos que [illegible] oponer á la colonizacion, por el atrevimiento de [illegible] vastas y colosales, y por su aficion á la vida in [illegible]

Fuera de est [illegible] distínguense bajo otros [illegible] se origina de causas á [illegible] tropical del clima y el [illegible] provocaban el empleo del [illegible] y conservacion de la servi [illegible] estados del Norte exigia un cultivo [illegible] para ser encomendado á hom [illegible]

[illegible] en cuanto al carácter mo [illegible] obstante [illegible] pueblos. Los estados del S [illegible] ron colonizados en su [illegible] pertenecientes á la raza latina, [illegible] ual y ávida de placeres, y [illegible] familias aristocráticas inglesas,



La hija de Columbia.

que pertenecian á la iglesia gerárquica ó episcopal, mientras que los primeros pobladores del Norte fueron puritanos y otros sectarios ingleses y escoceses, que abandonaban su patria para librarse de la opresion religiosa, y que se distinguieron siempre por la austeridad de sus opiniones, por su moralidad y aversion al ocio y á los placeres. Este carácter fundamental, impreso por la naturaleza y por la historia, ha permanecido hasta el dia, aunque las inmigraciones posteriores, sobre todo de alemanes é irlandeses, lo han modificado algun tanto. En medio de esto, se ha formado un tercer grupo ó variedad de carácter que va desarrollándose y adquiriendo preponderancia, hasta el punto de ser la genuina fisonomía moral de la Union. Los estados del nordeste, conocidos con el nombre de New-England ó Nueva Inglaterra, presentan el tipo del puritanismo en todo su rigor. Allí hay mayor pureza de costumbres y una austeridad exagerada; pero al mismo tiempo, no sin mezcla de fanatismo. La vida y las tendencias son más egoistas, y la utilidad y el beneficio, la gran regla de los cálculos y acciones. Ningun interés ideal y poético se asocia ni determina su accion enérgica y sus hábitos de actividad, y á despecho de la excitacion física y espiritual, la vida no se embellece por ningun goce ni satisfaccion de naturaleza noble y elevada. Así, no obstante el formalismo que domina en la vida exterior; no obstante la completa igualdad de todas las clases que transforma las relaciones domésticas; no obstante la calidad y abundancia de los goces materiales proporcionados por el progreso de la industria, se nota en medio del refinamiento de las satisfacciones físicas algo de tosquedad, de desagradable y poco sólido en todas las relaciones sociales. El *Yankee,* que es el tipo genuino que examinamos, se cura poco de lo que llaman los franceses conveniencias sociales, y nosotros finura, y quien puede engañar á su vecino no deja de hacerlo por escrúpulo: sus goces son groseros, y las clases obreras nada sóbrias.

El carácter popular de los estados del Sur ofrece más poesía y tinte caballeresco; menos egoismo é inconstancia; menos frialdad y rudeza, pero en revancha, la esclavitud y la naturaleza meridional desarrollaron allí una efervescencia de pasiones, un deseo de dominacion y una inhumanidad que no se vé en los estados del Norte. La esclavitud producia una clase alta desmoralizada, y una clase baja degradada. El órden privilegiado como en todas partes, se entregaba al lujo y al placer, y requeria la excitacion de la guerra. Además, cierta dósis de sangre normanda hacia á los del Sur filibusteros. Sus antiguos pobladores fueron aristócratas como los de las Carolinas, Maryland, Virginia y Georgia, y crecieron bajo los auspicios de los más nobles y los más ricos. Allí habian ido los partidarios de los Stuardos en gran número, desde 1688 hasta el fin de la última revolucion, en 1745. Los esclavos eran para ellos cosas; los consideraban como máquinas, y al mismo tiempo tenian por

su parte la misma invencible repugnancia y aversion al trabajo que caracterizó siempre á los aristócratas de todos los países. Esta clase inquieta, amiga de gloria, de establecimientos militares, de grandes escuadras, de ostentacion y aparato, contrasta notablemente con los industriosos labradores y artesanos del Norte, que trabajan con sus propias manos. Cierto es que los del Norte han sido acusados tambien de *filibusterismo;* pero injustamente se ha calificado así su simpatía con los del Canadá. Los del Norte son ingleses de raza; sabian lo inestimable de las ventajas que habian obtenido, y querian ayudar á sus hermanos que luchaban por ellas. Era como el que se salva de las aguas y tiende una mano al que se ahoga, mientras que el filibusterismo del Sur codicia las riquezas de sus vecinos.

Dícese por los viajeros europeos que hay mucho rufianismo en las grandes capitales de los Estados Unidos, y especialmente en Nueva York, y de aquí toman pié para augurar un mal éxito de las instituciones americanas. La verdad es, que no son las instituciones las que producen ese elemento corruptor, sino la inmigracion de los hijos degradados de las diversas monarquías de Europa, criados en la disipacion por el ejemplo pernicioso de los ociosos privilegiados. El carácter americano es industrioso, ordenado y activo. Casi cinco sestas partes de los presos de Nueva York son extranjeros ó gente libre de color. De siete mil y pico de casas de bebidas, solo mil pertenecen á americanos, ó á personas que se llaman tales. La generalidad la componen alemanes, irlandeses y otros extranjeros, y de éstos se compone casi la mitad de la poblacion de la capital. Seria curioso observar hasta qué punto puede influir esta mala levadura en el porvenir de la república, y hasta qué grado lograran las instituciones amalgamarla y transformarla. Con todo, no hay más mal en esta parte en Nueva York que el que se observa en todos los grandes centros de poblacion, en todas las grandes capitales del universo, y no es para pasado en silencio un dato que siempre ha presentado la estadística, á saber: que ha habido más crímenes en Nueva Orleans esclava, que en Nueva York libre, proporcion guardada á las poblaciones.

La Union americana presenta tantos contrastes bajo el aspecto de las creencias religiosas, como bajo el de las nacionalidades. Domina allí sobre todo el principio de la tolerancia y de la libertad. Segun la constitucion, el Estado no reconoce ninguna corporacion religiosa, ni toma á su cargo construir iglesias, ni pagar sacerdotes. Esto queda á cargo de los individuos. Lo único que le da un carácter cristiano, es que en la mayor parte de los estados la legislacion local impone la observacion severa y puritana del domingo, mientras que en general se limita á declarar que cualquiera que cree en Dios es apto para obtener y ejercer los derechos de ciudadano. Pero aunque el Estado es indiferente, no lo son así los indivi-

duos. No hace treinta años que el culto puritano era privilegiado en la Nueva Inglaterra. Por lo demas, el espíritu general del pueblo es esencialmente cristiano y severamente religioso; se revela en las sumas considerables dadas anualmente y con el carácter de contribuciones voluntarias para el sosten de los ministros y los gastos del culto, en el celo y exactitud con que asiste á los oficios divinos, en el rigor con que santifican las fiestas, y en la generosidad que mantiene multitud de asociaciones religiosas y humanitarias, como sociedades bíblicas, misiones, escuelas dominicales, etc.

Todas las sectas religiosas de Inglaterra se han reproducido en América y dado por añadidura nuevas ramas. Los luteranos y los reformados alemanes han mantenido allí su iglesia y su lengua. La ley y las costumbres prohiben toda discusion pública. Cada fraccion religiosa existe por sí misma y para sí misma, bien que aquellas que tienen dogmas comunes tienden siempre á reunirse en grandes centros. La Iglesia católica romana, y la episcopal inglesa, han conservado en América sus caractéres, aunque adoptando algunos usos, ya republicanos, ya de la Iglesia primitiva. Los cuákeros y los unitarios celebran tranquilamente su culto al lado de ellos. La tolerancia se ha llevado al extremo de poder en público negarse la verdad de la religion revelada, y permitir á la señorita Wright predicar abiertamente contra toda devocion y homenaje á las cosas divinas, á fin de mejorar más fácilmente las humanas. Sin embargo, los presbiterianos y metodistas han dado el tono á todas las sectas en las cuales se observa cierta severidad puritana y agitacion metodista. Por punto general, sin embargo, el americano es tan opuesto al gran fervor de las sectas intolerantes, como á la revolucion filosófica que se observa en los países donde la religion se impone por los gobiernos. En América la fé se deriva y nace de las creencias individuales, y con tal que uno sea cristiano, nadie pregunta de qué color, ni tiene reparo en unir sus plegarias á las del vecino.

La devocion estalla en el pueblo Norte-americano á la llegada de los predicadores nómadas, en las ciudades y en las asambleas convocadas y reunidas en medio de los bosques, á que llaman *camp-meetings*. Millares de individuos se juntan en derredor de algunos predicadores. Elévase un púlpito al aire libre, y muchas tiendas en torno de él. Durante algunos dias, los ecos repiten los suspiros y sollozos que arrancan de los oyentes los sermones llenos de pinturas tenebrosas del pecado y de su castigo eterno en los profundos. Mientras más se agitan, excitan y entusiasman los oyentes, mejor parece la fiesta, y en esto se concentra toda la poesía de este pueblo; porque despues de la libertad política, el sentimiento religioso es uno de los intereses intelectuales capaces de cautivar á las poblaciones mestizas de los Estados Unidos. Lo particular es, que la mayor parte de estos predicadores no han

recibido ninguna instruccion religiosa. Por lo comun, son aventureros á quienes la suerte no favoreció en sus profesiones ó industrias, que necesitan vivir de la buena voluntad del auditorio, y que no por eso dejan de ser considerados y tener influjo entre las clases.

Á excepcion de la iglesia griega, se encuentran en los Estados Unidos toda clase de religiones y sectas, aunque dominando la protestante con sus diversas ramificaciones de presbiterianos, congregacionalistas, baptistas, metodistas, protestantes episcopales, evangélicos, cuákeros, universalistas, unitarios, armonistas, mormones, etc., y como estos últimos sectarios han llegado á adquirir cierta fama por sus extrañas instituciones, costumbres y creencias, consagrarémos algun espacio á darlos á conocer.

Los americanos veneran las opiniones recibidas y las instituciones existentes, consecuencia necesaria de la libertad de que gozan y de la parte que les toca en su formacion. Un pueblo que tiene que hacerlo todo, sabe lo que cuesta el hacer las cosas, y aunque tengan algunos defectos, los sobrellevan por temor á cambios y trastornos. En esto se parecen á los republicanos antiguos, y particularmente á los Lacedemonios, á quienes inculcó Licurgo que no variasen sus leyes fundamentales.

En los Estados Unidos es donde se puede decir que la ley se deriva de la voluntad general, y que es obra genuina del pueblo. Como los jueces son creacion de éste, los ama y los respeta. Los pleitos se terminan pronto y con pocos gastos, aunque los hay en mayor número, como es natural, pues entre nosotros, las dilaciones y gastos nos retraen más de una vez de demandar la justicia que creemos manifiesta de nuestra parte, mientras que la sencillez y baratura de la administracion Norte-americana, hace que todos acudan á hacer valer sus derechos cuando son en ellos perjudicados. Es tambien de observar, que los litigantes se someten de buen grado á las decisiones, aunque sean contrarias, y no se obstinan en pleitear, como hacen los de otros países, que hay muchos á quienes un pleito ha consumido todos los dias de su vida. Esta tenacidad ó quijotismo de justicia es desconocida entre los americanos, que se hacen la cuenta que si pierden en un negocio en otros ganarán. Lo mismo sucede en las quiebras ó bancarrotas de los comerciantes. Cuando uno *revienta*, segun su frase familiar, léjos de ir á perseguirle, demandarle y recuperar cada acreedor una parte de las existencias, suelen proporcionarles más medios y más dinero, para que se habilite de nuevo y *marche adelante*, que es el ideal del *Yankee*. La jurisprudencia en los Estados Unidos es un oficio más que otra cosa. Los letrados no entienden de teorías ni principios. Son verdaderos empíricos formados en el bufete de un letrado antiguo para quien escriben, y al cual ayudan como pasantes. Sin embargo, hay gran número de jueces de relevante mérito y bien

adquirida reputacion. Por lo demas, si preguntais al pueblo su opinion, os dirá que está muy contento con su organizacion judicial, y no cree que pueda existir otra mejor.

Es notable en esta sociedad el lazo fuerte de simpatía y fraternidad que une á todos, y la manera en que los ricos y personas de viso gastan el tiempo entre las clases más pobres, dándoles lecciones, proporcionándoles bibliotecas é instruyéndoles de viva voz. Esto es uno de los grandes resultados de sus instituciones, que consideran como objeto primario la difusion y secundario la adquisicion de la riqueza; que desconocen toda distincion de rango, y esa degradacion que aparta á un hombre de otro, como si constituyesen diversas especies de animales, y tambien se debe á que el pueblo es la única fuente del poder y elevacion en la vida pública. ¿Cómo no hallará una hora de lugar un hombre instruido, para instruir á sus vecinos jóvenes en los derechos y deberes políticos, cuando sabe que éstos pueden ser instrumentos de su destino y ayudarle á ser senador, gobernador ó juez? En los países donde no existe tal estímulo, los hombres se curan poco de sus semejantes, ó por lo menos, el egoismo, que es tan poderoso resorte en la naturaleza humana, no está encaminado de manera que produzca bien general al mismo tiempo que satisface al interés propio.

Lo que en la esfera espiritual, sucede en la material. Los *Yankees* están obligados á entrar en proyectos y promover con su dinero empresas útiles, so pena de perder toda consideracion é influjo en la comunidad. Peabody con todas sus riquezas hubiera pasado desapercibido; pero ofreció una cantidad de millones para la mejora de las casas de los pobres, y en Norte-América como en Inglaterra anda en estampa, y tiene una gran reputacion. No importa que en tal empresa no haya esperanza de gran provecho pecuniario, con tal que sea útil. Entonces llueven los caudales. ¿Conviene? Pues adelante: *go ahead*, es la máxima y principio de conducta del *Yankee*. Por la misma razon no se conoce entre ellos ese egoismo de mala especie que opone obstáculos á todo el que quiere abrirse un camino con su inteligencia ó industria. El mundo es ancho, dicen: *todos cabemos; adelante*. Y sin embargo, en los Estados Unidos es donde hay más sóbrio, firme y reflexivo cuidado del interés individual, base y fundamento de la independencia privada, y por lo tanto del poderío nacional. Aun el bello sexo se distingue por haberse emancipado hasta cierto punto, confiando en sus propios esfuerzos, y rompiendo las trabas y tutela á que está condenado en el continente europeo. La mujer es menor de edad desde que nace hasta que muere en casi todos los países civilizados y salvajes, menos en el Norte-América y en Inglaterra, que va comenzando á seguir las huellas de sus hijos. Una mujer en los Estados Unidos aprende á depender de sí, á confiar en sí, á labrarse un porvenir

por su propia cuenta. Si se casan con un hombre activo é industrioso, son sus cooperadoras; si permanecen solteras, se ayudan á sí mismas y á sus familias. En Europa el círculo en que se mueven es estrechísimo, su instruccion corta, sus medios de luchar contra las eventualidades de la vida, pocos ó ningunos. No se las deja más que el reinado del amor y de la coquetería, ó lo que es lo mismo, el camino de su perdicion. Las Norte-americanas se ocupan en cosas más sérias, reciben educacion más discreta y se habilitan para desempeñar multitud de cargos, oficios y trabajos que sientan bien á su condicion y que repugnan en los hombres. Nada más comun que oir *lectures* ó discursos, pronunciados por mujeres, en los Estados Unidos, sobre educacion, economía doméstica, deberes de las madres, crianza de los hijos, etc. ¿Quién más autorizada que la mujer en estas materias y conocimientos propios de su sexo? ¿Hay en Europa sistema discreto de enseñanza de las jóvenes? El desórden más completo reina en este punto. Ya se enseña lo supérfluo, ya se omite lo necesario, y en lo general falta unidad de pensamiento, de propósito, y falta de sistema sensato y apropiado. Agréguese á estas condiciones favorables de la mujer americana, la libertad de movimiento, la seguridad que les inspira el respeto de los hombres, la conciencia de su valer por motivos más sólidos que los de los atractivos de la belleza física, y se comprenderá la diferencia que hay entre el tipo de la americana y la europea.

III.

MISCELANEA.

Las ciudades del Sur, particularmente despues de la guerra, se diferencian mucho de las del Norte. La mayor parte parecen sepulcros. Sus moradores tienen un aire sombrío; vése en ellos la inercia y el sueño combinado con el duelo y el terror, y semejantes á aristocracias destronadas que esperan una revancha ilusoria, de los placeres y diversiones han caido en la impotencia y la parálisis. Los *Yankees*, despues de haberlos conquistado en el campo de batalla, los vencen pacíficamente, apoderándose del comercio que desprecian. En ningun pais se pueden notar mejor los efectos de las instituciones en el bienestar de los pueblos que en los Estados Unidos. «Hé aquí dos naciones, dice un viajero, que gozan en apariencia de instituciones democráticas y republicanas casi idénticas, y que están pobladas por hombres de la misma raza y de la misma familia. El principio de la democracia



Painted by John Hayter. Engraved by W. H. Mote.

America _ El Rubi del Norte.

reina de una manera tan absoluta en los estados del Sur como en los del Norte: las libertades son en ellos las mismas, las leyes inspiradas por el mismo espíritu, y las formas de gobierno, sobre todo, iguales. Sin embargo, hay entre los dos paises diferencias tan grandes, que á primera vista distingue un americano si está en tierra de esclavos ó de libres.» Ya otro escritor señalaba esta diferencia cuando recorriendo el Ohio, escuchaba por una parte el bullicio de las ciudades, el ruido de la industria y de la actividad, y no veia por otra más que la soledad, el embrutecimiento y la muerte.

Los aristócratas del Sur tienen costumbres peculiares, como la pelea libre del Kentucky, que consiste en matarse recíprocamente de buena voluntad despues de beber: los duelos públicos, en que los dos combatientes se citan en una posada, y allí, ante una concurrencia, como en espectáculo, se tiran pistoletazos ó puñaladas hasta que uno de los dos queda en el suelo, y se distinguen por una indiferencia verdaderamente india de la vida humana, por sus preocupaciones, que llegan hasta honrar el asesinato y creer como un deber el derramar la sangre para aspirar á la categoría de hombres, al modo que los salvajes del Misouri y de Tejas.

Cuantos viajeros recorren las ciudades más importantes del Norte, vienen hechos lenguas de las maravillas y milagros del progreso de este pueblo admirable; de la comodidad y refinamiento que allí se goza á poca costa, comparado con el gasto enorme que para vivir de mala manera hay que hacer en nuestras ciudades de más importancia; de la facilidad asombrosa de los medios de comunicacion; de la extension inmensa de sus ferro-carriles; del comercio y movimiento de sus puertos y rios; de la inmensidad de sus fábricas y manufacturas; de la rapidez con que hoy se levanta un pueblo y mañana llega á su mayor auge y grado en poblacion, aspecto, vida y comercio: en suma, de la fuerza vital que rebosa y se derrama por mil canales y vias en este pueblo infatigable y obrador de portentos. Las poblaciones en los Estados Unidos nacen ya en completa virilidad. Un tren se encamina al desierto: se talan bosques, se construyen casas, teatros, ateneos, casinos, jardines, museos. En la expedicion va el mecánico, el fabricante, el comerciante, el médico, el maestro, el químico, el industrial: van el corazon, la cabeza, las manos y los piés, con el poderoso instrumento del oro. Todo se transforma en un soplo. Lo que antes era un páramo, en pocos dias es un centro de vida. Donde no habia más que fieras, penetra la civilizacion más refinada, y los moradores de una tierra ayer vírgen, son visitados por el periódico y puestos por la prensa en comunicacion con el inmenso y antiguo laboreo del cerebro de la Europa. Nada importa la distancia; nada los obstáculos para este amigo é instructor necesario del hombre libre. En el bosque escondido, en la alta montaña, en el apartado valle, en el árido desierto,

la inteligencia del colono respira y se nutre con el pensamiento de la humanidad, y los ecos de todo un mundo agitado y bullicioso resuenan en la aislada cabaña del atrevido explorador.

El cuidado de la poblacion india, que puede evaluarse en la suma de trescientos cincuenta mil séres, está en los Estados Unidos á cargo del ministro del Interior. Éste tiene un comisionado, á cuyas órdenes están cien agentes ó superintendentes, que dirigen las complicadas relaciones entre el gobierno y los indios. Éstos no son vasallos ni ciudadanos; son meramente dependientes, con grandes reservas de territorio, en el cual viven bajo sus diversas instituciones; pero á la vista del gobierno, y en relaciones constantes, pacíficas ú hostiles con misioneros, aventureros ó mercaderes.

Hasta 1858, la política de los Estados Unidos con respecto á los indios, tendia á acostumbrarlos á una vida sedentaria, por medio de concesiones de tierras, hechas á tribus ó fracciones de tribus colectivamente. Desde 1858 ha prevalecido otro sistema, y es el de conceder á todo indio que quiere establecerse un terreno proporcionado, que viene á ser su propiedad individual y exclusiva. Segun los términos de un decreto de julio de 1862, se concede un lote de terreno á toda persona que quiera ocuparlo, á condicion de hacerse ciudadano de los Estados Unidos, y de explotarlo por espacio de cinco años, pagando diez pesos por derechos de catastro y trasmision, el cual terreno puede ser escogido en toda la extension del dominio público de la Union.

El número de los representantes en el congreso está fijado por la ley en doscientos treinta y tres, y se distribuyen en los diversos estados conforme á su poblacion; pero el crecimiento constante de ésta y la corriente que la empuja hácia el Occidente, transplantan en breve tiempo la preponderancia política de un estado á otro. Así, por ejemplo, en su principio era Virginia el principal de los estados confederados, y enviaba diez y nueve representantes. Hoy la cifra ha disminuido casi á la mitad, al paso que el Ohio, admitido en la Union doce años despues, elige hoy diez y nueve diputados. En 1790, la proporcion era de un representante por cada treinta mil almas, y hoy es de uno por cada ciento treinta mil.

Ningun viajero que llega á Washington deja de visitar al presidente, que con ser un personaje puesto al frente de uno de los mayores poderes de la Europa, estrecha la mano á cualquiera, sin necesidad de los preámbulos, ceremonias, recomendaciones é introducciones que exige la etiqueta del viejo mundo. En la *Casa blanca,* donde reside, no hay pórticos ni suntuosos vestíbulos, y es preciso preguntar por qué puerta se va á las habitaciones del presidente. Allí no hay un soldado, ni municipal ó gendarme, ni lacayo con librea. Las puertas están abiertas,

y solo unos pocos de mortales en el traje comun, llano y ordinario, se distribuyen el servicio que tantos grados y categorías constituyen en las córtes viejas. Vénse en un salon varios hombres y mujeres, y entre ellos el presidente sin distintivo alguno. Un viajero refiere, que yendo á visitarle, acertó á preguntar á uno quién era el presidente, y le respondió: «Yo soy,» alargándole familiarmente la mano, sin el aire de autoridad y proteccion que se toma en Europa hasta un portero de oficina. En efecto, la altanería oficial y el orgullo de rango son cosas allí desconocidas. El ciudadano no tiene que humillarse al traspasar la esfera del gobierno, ni tiene necesidad de padrino que responda de que es persona digna de parecer ante el jefe del Estado, y no uno de los que el diccionario cortesano llama plebeyo, por no tener otro oficio que trabajar y pagar contribuciones. Cualquier hombre, en calidad de tal, puede cruzar su palabra con el más alto dignatario, sin pasar por entre bayonetas, centinelas y dragones, ni hacer ni decir nada que huela á humillacion de su dignidad.

En Nueva York no se deja de proveer abundantemente á los pobres, y hay infinidad de establecimientos de beneficencia, asilos y casas de socorros sostenidas por donaciones voluntarias, y sin embargo, no se disminuyen por eso la industria y confianza del pueblo en sí mismo. Algunos dicen que el dar limosna es perjudicial, porque acostumbra á las gentes á vivir por la ayuda de otros; pero no sucede así en los Estados Unidos, en donde no hay plebe, sino que todos son pueblo. El hombre se avergüenza de recibir limosna de quien es su igual, mientras que si el bienhechor es superior, un gran personaje, un hombre privilegiado en la sociedad, esa vergüenza desaparece y el pedir no causa repugnancia, pues cree el mendigo que el brillo y rango del personaje ha de comprarse á costa de liberalidades con los que le son inferiores.

Los europeos, acostumbrados á la parsimonia, rutina y viejas tradiciones y preocupaciones, ridiculizan con frecuencia el espíritu emprendedor y activo, y el prurito de innovaciones y adelantos de todo género que trae consigo la libre concurrencia en un país libre. Mientras los europeos piensan, deliberan, se resuelven, forman planes, comisiones, expedientes, tiran líneas y se deciden á poner manos á una obra, dan cima los *Yankees* á cien empresas atrevidas. Cuanto se refiere á las necesidades de un hombre civilizado, ha llegado en esta sociedad á un grado portentoso de refinamiento, y tal, que no rivalizan con ella las naciones más viejas y *soi-disant* maestras en cultura. El francés, que se cree tan adelantado, cuando va á los Estados Unidos y visita á Nueva York, vive en contínuas sorpresas y contínuo hallazgo de maravillas, al ver el adelanto á que ha llegado allí la ciencia del vivir, combinando la economía del tiempo con la satisfaccion de todos los deseos y capri-

chos de la voluntad. Bien se puede decir de un rico en Nueva York, que le saca interés á su dinero en la suma de comodidades que le rodean. Si es soltero y vive en una de las grandes fondas que han servido de modelo para las que se admiran hoy en las principales capitales de Europa, por un módico precio puede vivir como un potentado y tratarse como cuerpo de rey. Una gran fonda en los Estados Unidos es un mundo en pequeño. El huésped puede recorrer la region entera de sus caprichos y de sus deseos, sin hallar uno que no le sea satisfecho como por ensalmo. El teatro, el concierto, el salon de recreo, el gabinete de lectura, la biblioteca, el jardin, el baño, el correo, el telégrafo, cuantos útiles, perfiles, instrumentos, requisitos, pasatiempos y objetos conspiran á hacer la vida cómoda, fácil, agradable, entretenida, y, en una palabra, completa, se encuentran á la mano, sin más trabajo que un signo, como si el hombre tuviese en su poder una de esas varas mágicas de que nos hablan las leyendas.

IV.

LOS MORMONES.

Pocas sectas religiosas se han extendido con tanta rapidez como la de los santones del gran lago Salado, que fundada en 1827, cuenta hoy centenares de miles de secuaces, misioneros en todas las partes del mundo y periódicos propagandistas en importantes capitales, como París, Copenhague, Hamburgo, Liverpool y otras. Perseguida, calumniada por unos, ensalzada por otros, objeto de temores para los Estados Unidos, con cuyas instituciones políticas y sociales es incompatible esta teocracia, cada dia ensancha sus límites en el territorio de Utah, ó tierra prometida de moscas de miel, donde han establecido su iglesia.

La aptitud de los Mormones en materia de colonizacion es admirable. Baste saber, que en 1847 se construyó la primera casa de su capital ó Nueva Sion, y que cinco años despues, ó sea en 1852, contaba ya setenta mil almas. Preciso es tambien tener en cuenta la excelente situacion topográfica del territorio que han escogido, y que ciertas prescripciones é instituciones mormónicas son de naturaleza capaz de seducir á gran número de aventureros.

De sus costumbres y usos aun no hay la suficiente noticia entre los europeos, no obstante la fama y nombre que este Estado goza en el mundo, y á pesar de que algunos residentes en Utah han escrito libros pretendiendo revelar secretas costumbres de esta sociedad. Se sabe generalmente que son gobernados por el sacerdote ó pontífice Brigham Young, sucesor de José Smith, que fué el Moisés de este nuevo pueblo escogido por Dios, segun su creencia, y del cual hablarémos más adelante para que se vea que todavía prevalece la semilla de los impostores. De lo que tenemos certidumbre, es de que admiten y establecen entre ellos la poligamia. El viajero Mr. Ferris, dice haber visto en un baile dado por el pontífice, á toda la familia de éste, compuesta de ciento cincuenta y dos hijos y treinta y dos mujeres. Casarse con muchas mujeres se dice que es para un Mormon lo mismo que tener muchos caballos en la cuadra, con la diferencia, sin embargo, de que cada una tiene un alojamiento separado, de tal manera, que estas damas pueden vivir solas si les place.

Para nosotros, acostumbrados á oir hablar de la emancipacion del bello sexo, hasta el punto de querer darles el voto en los congresos políticos, se nos antoja imposible que las Mormonas sufran esta degradacion con júbilo. Verdad es, que seria preciso examinar qué género de mujeres se habitúan á verse reducidas á la condicion de bestias. El hecho es, que una dama ilusionada con las promesas y predicacion de los santones, á los pocos meses de permanencia en Utah halló modo de escaparse, y escribió un libro intulado: *Vida de las mujeres entre los Mormones,* en el cual pinta con los más negros colores la condicion de sus iguales, asegurando que solo séres abandonados pueden vivir contentos en tal sociedad, pues la mujer que está regularmente dotada, lucha constantemente por sacudir el yugo que se las impone. Por lo comun, los sectarios de ambos sexos que sus misioneros reclutan pertenecen á la clase obrera. En Inglaterra suelen predicar en poblaciones pequeñas, á pobres pescadores y labradores, á quienes pintan su reino como una segunda Jauja, ó bien en los grandes centros á jóvenes abandonadas, sin educacion alguna y sin la más leve nocion de religion. Si por ventura obtienen afiliadas de otro rango, solo permanecen allí por la violencia y vigilancia de que son objeto. Cualquier tentativa de escapatoria es severamente castigada, y cuando así no fuera, los riesgos y peligros que corren al atravesar el territorio, bastaria para obligarles á consumir allí su existencia.

La asociacion de los Mormones, religiosa y políticamente considerada, parece ser una protesta contra el puritanismo del Norte de América y contra su manía de independencia, y esto explica el hecho de que los *Yankees,* que toleran toda clase de sectas, aun las más absurdas y ridículas, se muestren tan hostiles á los Mor-

mones. Es opinion muy extendida, que éstos son comunistas; pero la verdad es, que la única obligacion impuesta por la ley es que cada individuo miembro de la asociacion entregue el diezmo de sus productos ó de sus rentas en lo que llaman el *tesoro del Señor*, de donde se saca para subvenir á los gastos del Estado, ó mejor dicho, de la iglesia.

Acerca de sus ideas morales y religiosas tampoco hay informes suficientes, no estando todavía expuesta la doctrina por el pontífice de una manera sistemática. Unos dicen que la Nueva Sion es un foco de inmoralidad; que los entusiastas, arrastrados por sus apóstoles, caen muy en breve en la imbecilidad, ó bien se hacen impíos y blasfemos, ó completamente escépticos, y que la gran masa de Mormones á quienes interesa llevar adelante la asociacion, porque participan de autoridad ó de riquezas, es bastante fuerte para tener supeditados y opresos á los desengañados ó disidentes. En efecto, todos los que gozan de alguna autoridad, cuentan á sus órdenes un cuerpo llamado *tribu de Dan*, especie de policía. Para ser admitidos en estos cuerpos han de llevar varios requisitos de constitucion y talla, particularmente los de ser de cabellos y bigotes rojos. Esta milicia de hombres de hecho, prestan juramento de ejecutar las órdenes secretas de la iglesia, cualesquiera que sean, y al mismo tiempo están facultados para reprimir en el acto toda manifestacion hostil de parte de los asociados. La inquisicion llega hasta revisar todas las cartas que vienen del extranjero antes de llegar á manos de los interesados. Si á esto se agrega que las poblaciones civilizadas más cercanas están á más de ochocientos kilómetros de distancia, y separadas por montañas escabrosas ó desiertos infestados de tribus salvajes, que asesinan sin piedad á todos los blancos que encuentran indefensos, se comprenderá que la fuga es casi de todo punto imposible.

Lo curioso en esto es, que por lo general los apóstoles que recorren el mundo y logran fanatizar á tantas pobres gentes, son unos pobres diablos, sin pizca de inteligencia, elocuencia ni educacion. Entre los Mormones no hay grandes oradores como entre los sectarios de otras asociaciones religiosas, políticas y sociales. Ninguno de ellos se ha hecho famoso por su pico, aunque hay tantos esparcidos sobre la faz de la tierra; pero tal vez consiste en esto el secreto, porque emplean una manera de jerigonza mística que nadie entiende, y uno de los flacos de la humana naturaleza es prendarse de lo misterioso y oscuro, y dar mucho valor á lo que no entiende y se le presenta como maravilloso.

Basta echar una ojeada sobre los fundamentos de esta sociedad y la historia de su fundador, para convencerse del gran partido que debe alcanzar en una época en que los milagros van escaseando.

La vida y hechos de José Smith, su fundador, es tan curiosa y extravagante,

y los principios y creencias que establece tan extraños y absurdos, que parece increible que en pleno siglo XIX haya entendimientos que los acepten y sean capaces de afrontar la muerte en su defensa. José Smith, dice un historiador de las sectas religiosas modernas, abrió los ojos á la luz del dia el 23 de diciembre de 1805, y dotado por naturaleza de una inteligencia privilegiada, conoció desde muy temprano que estaba dominado por una fuerza de intuicion irresistible, y que tenia algo de divino. Apenas cumplido el tercer lustro, reflexionó sobre la necesidad de prepararse para un futuro estado de existencia, muy distinto del comun y ordinario en el curso de nuestra vida. La cuestion era cómo lograrlo, y de qué medios se serviria; pero una vision celeste viene á resolver el problema. Un dia Smith se retiró á un bosque, no léjos de la casa paterna, é invocó al Señor puesto de hinojos. Al principio sufrió terribles tentaciones, obra del ángel de las tinieblas; pero Smith las resistió con fortaleza, y disipadas las nieblas del espíritu, pudo elevar con fervor sus plegarias al cielo. Fué grande la expansion de su alma, y esperando con anhelo que el Todopoderoso no dejaria de escucharle, vió resplandecer sobre su cabeza una brillante y misteriosa luz que, extendiéndose y bajando, adquiria cada vez más brillo, y despues de haber tocado la cima de los árboles, le envolvió, é iluminó todo el bosque. En aquel instante se le presentaron dos séres sobrenaturales de igual forma, y le dijeron que le habian sido perdonadas todas sus culpas. Consolaron al propio tiempo su conciencia, disipando los escrúpulos que la agitaban, y añadiendo que Dios no reconocia su verdadera iglesia y su reino en ninguna de las sectas religiosas existentes, porque ninguna poseia su verdadera doctrina. Le prometieron, finalmente, que llegaria el dia en que á él solo le seria revelada para dar complemento al Evangelio. Esta vision dejó en el alma de Smith una calma y tranquilidad indescriptibles; pero era todavía muy jóven, y no sabiendo resistir á la fuerza violenta de sus pasiones, no se separó de las vanidades del mundo. Remedió, sin embargo, sus faltas, dando repetidas muestras de un grande arrepentimiento, y Dios, en la noche del 21 de setiembre de 1824, acogió nuevamente con benignidad los ruegos de José Smith. En aquel mismo instante su casa se llenó de tanta luz, que él la creyó presa de las llamas; pero conoció luego su engaño, y fué indecible la tranquilidad de su espíritu y sin límites sus raptos de júbilo. En esto se le presenta otro personaje con una aureola de luz más resplandeciente. Su porte era majestuoso; pero respiraba tanta amabilidad y dulzura, que desterró todo temor de su corazon. Era más alto que los hombres de nuestro siglo, y su traje, albo como la nieve, no tenia costuras. Dijo á José Smith que era un ángel del Señor, enviado para manifestarle que habia sido absuelto de todos los pecados, y que sus ruegos serian oidos. Le dió además la buena nueva de que iban á realizarse las

promesas de Dios al antiguo Israel en cuanto á su posteridad, estando ya para comenzarse la grande obra preparatoria para la segunda venida del Mesías, y cercano el tiempo en que el Evangelio seria predicado en su plenitud á todas las naciones. Le dijo tambien, que se otorgaria exclusivamente á un pueblo el don de la fé y la rectitud para preparar el reino de Cristo, durante los mil años de alegría y paz prometidos al mundo.

A estas revelaciones añadió otras aun más importantes. Dijo á Smith, que los indios de América eran una fraccion de Israel, que cuando por primera vez emigraron poseian el pleno conocimiento del verdadero Dios; que disfrutaban de su favor y de sus bendiciones, y que tenian profetas y escritores encargados de redactar la historia de los más grandes acontecimientos. Que esta historia fué escrita, y que pasó de generacion en generacion, hasta que el pueblo que era su depositario, quedó en su mayor parte aniquilado. Pero esos anales, dijo, existen todavía, y fueron bien conservados para bien de la humanidad y para que no cayeran en manos de los malvados. Contienen muchas revelaciones que se refieren al Evangelio y al reino de Dios, y encierran profecías relativas á los acontecimientos de los últimos dias del mundo. El Señor ha resuelto publicarlos, para cumplir sus promesas, y tú, José Smith, serás el gran instrumento de que Dios quiere valerse en estas circunstancias. Sé, pues, fiel al Todopoderoso.

Repetida esta vision dos veces durante la noche, al amanecer volvió á presentarse el ángel, y le indicó el lugar en donde estaban conservados los manuscritos ó anales, intimándole que fuese á buscarlos sin demora.

Puesto en marcha, y andando por el camino de Palmira, condado del Mayne, y que conduce á Canandigua, condado de Ontario en Nueva York, antes de llegar á la aldea de Manchester, descubre á uno de sus lados una colina situada al Este. En este paraje desierto estaban sepultados los anales misteriosos. Smith, á quien el ángel lo habia revelado todo, socabó la tierra, y en el fondo de un gran foso vió una piedra, cimentada con cal y arena, y cuya superficie era muy tersa y reluciente. Otras cuatro piedras colocadas en sus ángulos, y tambien fuertemente cimentadas, le daban la forma de un arca ó cofre, bastante ancho para contener una de aquellas corazas que servian á los antiguos de defensa contra las flechas y lanzas enemigas. En su centro habia tres pequeñas columnas, y sobre ellas descansaban los anales. Cubria todo este aparato una sesta piedra, llana y lisa en su parte interior, pero cóncava y áspera exteriormente. José Smith lo contemplaba todo maravillado y absorto, cuando se le apareció el ángel radiante de luz. Entonces el Espíritu Santo llenó de grandeza y majestad su alma: se abrieron los cielos: llovió sobre su cabeza la gloria de Dios, y el mensajero celeste le dijo: «¡Mira!»

¡Espectáculo asombroso! Smith vió al ángel de las tinieblas, rodeado de una inmensa falanje de espíritus malignos. Tiembla y guarda silencio; pero el mensajero le infunde valor, y le habla en esta forma: «Lo que ves, es el bien y el mal, lo santo y lo impío, la gloria de Dios y la potencia de las tinieblas, á fin de que tú conozcas desde hoy á la última, y no te dejes dominar por ella. En tanto, te digo, que no puedes obtener en la actualidad los anales, porque Dios quiere que sean el premio de una obediencia fiel y de repetidas súplicas. En ellos está depositada la plenitud del Evangelio, sacado nuevamente á luz por la omnipotencia de Dios, tal como fué dado en tiempos antiguos á su pueblo sobre la tierra. Ese mismo Evangelio será predicado á los gentiles, de quienes lo recibirán otros muchos, y la semilla de Israel se repartirá nuevamente sobre la tierra.»

Por esta muestra se conocerá que el tal Smith y sus secuaces no eran gente lerda. En lo que toca á tantas revelaciones, profecías y verdades, los Mormones no han adelantado un paso á la gran suma de visiones que forman los anales miríficos de la humanidad. En punto á milagros nada se diga, porque Smith y Young tienen cuidado de sanar de vez en cuando á un enfermo, y aun se dice de resucitar difuntos que nunca murieron, para lo cual tienen sus conciliábulos secretos, y los profanos no ven el milagro sino cuando está hecho y derecho. Lo único que se cumple en tantas promesas y avisos sobrenaturales, es la propagacion de la especie, pues en corto número de años, á razon de tantas mujeres, será necesario un proyecto de ensanche de la Nueva Sion.

BRASIL.

I.

Aunque en otros lugares hablamos de varios pueblos y razas esparcidas en este territorio, que ocupaban los Tupinambas á la llegada de los europeos, no dejarémos de dar alguna idea, siquiera sea breve, de las costumbres actuales del Brasil. Donde se han conservado más puras es en el interior, entre los habitantes del campo, los indígenas y los negros, pues en los moradores de las ciudades, y especialmente en las del litoral, ya son los ingleses, ya los franceses quienes predominan.

Los primeros pueden dividirse en tres clases:

Los mineros, que ocupan las provincias de Goyas, Matto-Grosso y Minas-Geraes.

Los sertanejos, que habitan los distritos de Ceara.

Los agricultores ó colonos, que cultivan la caña.

Proceden los mineros de los naturales de la provincia de San Paulo, ó Paulistas, y como tienen muy corta comunicacion con los europeos, conservan muchas de las antiguas costumbres portuguesas. Son hombres de gran sagacidad y admirable sentido comun, á más de caritativos y hospitalarios; pero están muy atrasados en instruccion, y su moral es muy floja y corrompida.





Drawn by J. Hayter. Engraved by W. H. Egleton.

America. Hija del Canadá.

Los sertanejos apacientan el ganado en los vastos territorios que se extienden al norte de Fernambuco, ó bien sirven de guia á los viajeros. Éstos viven muy unidos en familia, son francos, valientes, hospitalarios y desinteresados, aunque celosos y vengativos. Su habitacion consiste en una choza de tierra cubierta de hojas de palmera, una hamaca, algunas vasijas de barro y tal vez una mesa. Usan de una túnica de cuero que les cubre de arriba abajo, y un sable y una lanza completan su traje y adorno.

Los labradores son colonos que cultivan la caña; pero no tienen ingenios, y envian las de la cosecha á los propietarios ó señores de que dependen. Allí se convierten en azúcar, que se reparte por mitad entre el agricultor y el amo, ó señor de ingenios, que es el único propietario de terrenos.

«Los labradores, dice Mr. de Tollenare, son propietarios de seis á diez negros, y trabajan con ellos. En cada ingenio suele haber de dos á tres labradores, que son brasileños de orígen blanco, aunque procedentes de mezcla de mulatos. Aunque esta clase es digna de interés, porque tiene algunos capitales y trabaja, sin embargo, la ley protege menos á los labradores que á los señores de ingenio. Los labradores no tienen seguridad alguna del terreno que cultivan, puesto que el señor puede despedirlos cuando gusta; de donde se sigue que los arriendos solo se hacen por un año, cosa que perjudica mucho á la agricultura. El labrador no construye más que una casa miserable, y solo emplea su capital en negros y en ganado que puede llevar consigo á cualquier parte.»

La suerte de los negros en el Brasil es harto llevadera por la proteccion que tienen por las leyes y el imperio de las costumbres en la opinion. Con todo, el hecho es, que en el interior es su yugo suave, mientras que en las tierras donde hay mucho cultivo lo pasan mal, y aun mucho peor en los distritos mineros. La poblacion negra libre es para lo porvenir una de las clases más importantes de las colonias, así como los criollos propiamente dichos, y los negros, hijos de América. Los criollos son por lo general hombres muy bien formados, robustos, resueltos, activos y sóbrios, y tienen un justo orgullo fundado en el sentimiento de su fuerza y de su libertad. Dan mucha importancia á que en los pormenores de la vida no se les trate nunca como esclavos, y á que nunca se olvide su cualidad de hombres. Cuando un blanco les trata con franqueza y consideraciones no haciendo diferencia de colores, lo agradecen sobremanera, aprovechan todas las ocasiones en que pueden servirle, y le muestran grande consideracion y respeto. Por la inversa, si conocen que se trata de deprimirlos, se ensoberbecen y se vengan si les es posible.

En el Brasil la fusion de las dos razas va siendo cada dia más completa, y los mulatos forman la mayor parte de su poblacion.

Los indígenas, que constituyen como una quinta parte, viven en las provincias del Sur, y sobre todo en la de San Paulo, y entre sus tribus se cuentan los Mundrucus, de quienes particularmente hablamos, los Botocudos, tambien aquí descritos, y los Guaycurus, apellidados caballeros, porque siempre hacen sus expediciones militares á caballo. Éstos viven en las dos márgenes del alto Paraguay, y se mantienen de la caza, de la pesca y del abundante ganado mayor que crian. Están divididos en tres clases: los jefes, los simples guerreros y los esclavos. Casi todas las tribus del Sur reconocen la supremacía de los Guaycurus y les prestan una especie de vasallaje.

La vegetacion en el Brasil es admirable. De sus hermosos bosques no podemos formarnos idea, ni de la belleza de los helechos que allí crecen hasta treinta y cinco piés de altura, ofreciendo grande analogía con la palmera. Entre sus árboles descuella el conocido con el nombre de palo Brasil, que crece tan alto y frondoso como las encinas, y cuyo tronco es tan grueso que tres hombres no podrian abarcarlo. Tambien es digno de mencion el árbol de hierro, con el cual labran los indios las mazas terribles que les sirven de armas. Su altura es de cerca de quince varas, y la madera, de grano apretado y color negro parduzco, tiene un peso específico considerable.

En las plantas descuellan el yuca, del cual se conocen treinta y cinco variedades, y es el principal alimento de los habitantes de la costa; la batata, el arroz y el maiz, la azúcar, el cacao, el café, el algodon y el tabaco cultivado hoy con extension en los alrededores de San Salvador y objeto en esta provincia de un considerable tráfico.

Entre los animales, el anta, á que los indígenas llaman *tapiz-asu*, es el mayor de los cuadrúpedos. Conócense entre los carnívoros el jaguar, el conguar, el jaguarete, el lobo negro y el sucuarana, y se tienen como manjares delicados las carnes del paca, el aguti y el pecari, cerdo salvaje que va en cuadrillas y tiene en el espinazo glándulas que despiden un olor fétido. Pueblan tambien los bosques de este país multitud de monos, cuyos géneros ó especies tienen poca analogía con los que se ven en Ásia y en África. Entre ellos ha adquirido fama y todavía inspira temor supersticioso á los indígenas y colonos del campo el guariba, grande mono barbudo que vive en cuadrilla, y que al orto y al ocaso del sol despide prolongados aullidos que tienen algo de siniestro.

Las aves del Brasil son bellísimas y de una variedad infinita de plumajes, tamaños y colores. El nandú, ó buitre, llega á pesar hasta sesenta libras. Hay multitud de papagayos, y entre ellos tres especies principales: el ara con alas azules, el ara rojo y el ara enteramente amarillo. Vénse allí tambien las amazonas de pluma verde,

las cotorras con cabeza azul, colibrís y pájaros mosca, en cuyos cuerpos brillan mil colores, y á los que llaman los indios reyezuelo de las flores, rayo de luz y cabello del sol. En las márgenes de los rios, y en las lagunas que forman las lluvias en los bosques, hay un sin número de aves acuáticas, entre las que se distinguen las arvelas de plumaje verde, el soco-boy, la garza real, los fenicópteros, los ánades, el pelícano, el rabihorcado, el tántalo, el esparavan, etc. Abundan tambien en el Brasil los gallináceos, la gallina importada de Europa, el urab-rey, ó rey de los buitres, las águilas, los milanos y otras aves de rapiña.

Los reptiles más conocidos allí son el caiman, el boa constrictor, la serpiente de cascabel y el sucurin, que á veces llega á tener hasta veinte y cinco piés de longitud, y en su reposo semeja un tronco de palmera tendido en el suelo. Péscanse en sus aguas las morenas, rayas, lijas, el caballo y el garupa, objetos de un comercio muy lucrativo, y aunque en corto número, se encuentran ballenas en sus costas.

El Brasil es la tierra favorita de los insectos. Vénse mariposas de todas formas y brillantes colores; coleópteros que despiden durante la noche sus luminosos rayos; la cochinilla, para la industria inestimable; la oruga, que los malalis comen en sus convites, y les adormece como el opio; la hormiga dañina, el caukerlat y el vicho-dove, ó pulga penetrante, notable el primero por su gran voracidad, y temible el segundo por su picadura en la planta ó dedos del pié, y finalmente, el alacran, los mosquitos, el cientopiés y otros insectos incómodos.

Las provincias del centro del Brasil se dedican especialmente al laboreo de las minas de oro, que en este imperio se encuentra en abundancia, ya en la superficie, ya en el interior de las tierras; unas veces en grano, otras en pepitas, otras en láminas delgadas, y alguna que otra vez en trozos de considerable volúmen.

II.

LOS INDIOS DEL AMAZONAS.

Al echar una ojeada sobre el mapa del continente americano, llama la atencion, dice un escritor ilustre, la analogía que existe entre los caractéres geográficos de sus dos grandes divisiones, el norte y el sur, analogía que llega casi á un simétrico paralelismo.

Cada una tiene sus colosales montañas: el sur, las cordilleras de los Andes; el norte, las cordilleras de la Sierra Madre, con todas las variedades de volcanes y eternas nieves. Cada una tiene sus sierras secundarias; el norte, las Nevadas de California y Oregon; el sur, las Sierras de Caracas y el grupo de Guiana, y si se quiere proseguir el paralelo, pueden ponerse las *Alleghanies* de los Estados Unidos contra las montañas del Brasil, ambas aisladas de las demas.

Pero la exacta correspondencia no se limita á las cadenas de montañas, sino que desciende á menores objetos y detalles, como si hubiera habido el designio de que ambas mitades de este gran continente se contrabalanceasen en punto á sus caractéres físicos.

El valle entero del Amazonas, ó en otros términos, el territorio bañado por este gran rio y sus tributarios, es un bosque no interrumpido, que se extiende desde la boca del rio hasta el pié de los Andes peruanos, por una distancia de dos mil y quinientas millas, siendo en la parte central su anchura de mil y quinientas. En todo este vasto territorio apenas hay un kilómetro de tierra descubierta, y las diferentes especies de árboles que componen este gran jardin de Dios, á ser posible enumerarlas, llenarian un catálogo inmenso, no obstante que solo han podido examinarse sus confines, pues en muchos puntos el bosque es absolutamente impenetrable por las malezas, la humedad y naturaleza esponjosa del suelo, por no haber caminos ni sendas transitables para hombres ni bestias, y las pocas veredas que hay ser solo conocidas por el salvaje, y aun no siempre puede aventurarse en ellas.

El único modo de caminar por aquella montaña de arbustos, es por los grandes rios y lagos. En estas regiones se puede decir que no existe el caballo ni el ganado lanar y vacuno, á excepcion de algunas plantaciones de los portugueses, pues las fieras ofrecen un gran obstáculo á su crecimiento. Muchas son las especies de cuadrúpedos que en este inmenso *parterre* habitan, distinguiéndose en número los gatos monteses y los monos, de los cuales se cuentan hasta treinta especies; pero nada es comparable á la abundancia y belleza de los pájaros, pues hasta las aves de rapiña son allí bellas y de rico plumaje, y asimismo abundan los reptiles, desde el gran boa marino, *anaconda,* hasta el pequeño, hermoso y venenoso *lachesis.*

En este valle, casi cada rio tiene una tribu distinta de moradores, y en ciertas regiones una porcion de estas tribus forman una nacionalidad, por cuanto se vé que con leves diferencias hablan un idioma análogo. En estas mismas tribus se notan, sin embargo, diversos caractéres, pues las hay de color más ó menos oscuro, y de variadas estaturas, y unas en que hombres y mujeres son bien formados y dotados, y otras en que con dificultad se encuentra rasgo alguno de belleza moral ni física.

Con todo eso, las semejanzas entre todas las tribus borran las desemejanzas, y bajo el punto de vista etnológico forman una clase sola y muy característica para que pueda ser confundida con las de otros indios de América. Bastaria solo notar, que no poseyendo, ni teniendo siquiera idea del caballo, ya se separan mucho de los indios-centauros del norte y del sur del nuevo mundo. En cuanto á su procedencia, unos son verdaderos aborígenes, otros vinieron del Perú y Bogotá, huyendo del dominio extranjero, otros vinieron del sur de América, por librarse del yugo de los portugueses, y muchos serian emigrantes de otras diversas regiones. Esto no obstante, las condiciones del suelo han estampado en casi todas las tribus cierta idiosincracia, que les constituye en una especial raza ó familia de indios independientes ó *bravos*. Tambien se encuentran en esta region indios *mansos* en las partes en que el rio corre por el territorio peruano, y allí viven éstos en pequeños lugares ó coleccion de chozas, gobernados por los frailes misioneros, y cuya religion y costumbres son una extraña mezcla de idolatría y semicultura. Más abajo del rio se halla tambien el *tapuio,* ó semiesclavo del portugués, con alguna que otra ciudad en las márgenes del bajo Amazonas y Rio Negro, y varias *estancias* y puestos militares llamados *fuertes*.

El indio independiente ó infiel se aleja de estas regiones, y casi no es visto por los viajeros ni aun los colonos. En otras épocas cazaba y pescaba en las orillas del gran rio que eran su residencia favorita; pero desde el viaje de Orellana y las expediciones de los brasileños, se apartó de sus riberas y buscó las de sus tributarios donde pudiera vivir en paz. Así es, que hoy no se le encuentra sino junto á los *caños,* ó sean canales, que en forma laberíntica interceptan el inmenso bosque.

El indio del Amazonas vive en especies de *barracas* ó *maloccas* de grande extension para contener una tribu, y en esto difiere del modo de vivir de otros pueblos salvajes. La *malocca* es propiedad de todos, construida por todos, y habitada en comun, aunque cada familia tiene su seccion aparte para ella, de modo que este salvaje es hasta cierto punto civilizado, por cuanto practica y goza de una de las ventajas á que tienden las sociedades modernas.

El plano de la *malocca* es un paralelógramo con un semicírculo en uno de los extremos, bastante espaciosa para contener hasta cien individuos, construida á manera de templo sobre estacas, tan pulidas y rectas, que parecen columnas. Las paredes son de bambú, puesto de manera que resista á la flecha y á la bala, y el arreglo interior muy bien calculado. En el centro hay un vasto salon ó patio, y en derredor una hilera de habitaciones ó divisiones formadas con cañas rectas y justas. Cada una de estas secciones es el domicilio de una familia y el lugar de depósito de sus útiles y propiedades. El gran salon ó region neutral de la *malocca* se destina

para los utensilios y faenas culinarias en grande, tales como los hornos donde cuecen sus alimentos, especialmente la *chicha*. Este espacio neutral es tambien sitio de recreo de los niños, salon de baile y teatro de varias fiestas y ceremonias, en cuyas ocasiones convidan á otras comunidades vecinas, reuniéndose á veces trescientos ó cuatrocientos indios bajo el techo de una *malocca*. La puerta principal está á un extremo, la cual se cierra de noche con una estera de palma á modo de telon. En el semicírculo vive el jefe con su familia, como presidiendo aquel falansterio, y tiene su puerta privada para su uso exclusivo.

Entre las diferentes comunidades la *malocca* varía en tamaño, forma y materiales, y aun hay algunas tribus que viven en chozas separadas; pero por punto general, la que hemos ligeramente descrito forma el estilo de viviendas de estos indios desde los confines del Perú hasta las costas del Atlántico.

Muchas de estas tribus son agricultoras y conocen la manera de destilar las plantas. Tambien saben fabricar vasijas de barro de diversas formas y hacer varios utensilios de madera con notable refinamiento y gusto. Sus canoas están hechas de troncos de árboles, perfectamente adaptadas para navegar por los *caños*, algunos de los cuales son tan estrechos y tortuosos como las veredas en tierra firme.

Cada tribu usa un traje distinto, aunque todas andan muy ligeras de ropa, que casi viene á reducirse á un taparabo; pero en los dias que repican gordo, muchos suelen llevar túnicas de plumas, y promontorios de estas en la cabeza, que les suplen las diversas clases de loros y otras aves. Todas las tribus se pintan, y alguna que otra se graba las carnes, como los árabes y los naturales de las islas del Pacífico.

En la manufactura de útiles domésticos y armas para la guerra y para la caza, son excelentes é ingeniosos, y sus mujeres son famosas por todos los mercados de América, á causa de las *maqueiras*, y hamacas, y variedad de cestas hermosas que hacen de las hojas de palmera; pero en lo general, estos indios no son muy inclinados al trabajo, y solo les activa la caza y la guerra. En la caza usan de la flecha, y para pescar, además de redes y harpones, acostumbran á envenenar las aguas con el jugo del barbasco. Los animales cuya carne prefieren para el sustento son los monos, que cazan con *gravitana* ó cervatana, flecha de particular manufactura, que arrojan soplando por un tubo ó caña de siete á doce piés de largo, y cuyo tiro es certero, pues á más del tino con que la arrojan, va el proyectil envenenado. El lazo y las bolas, tan indispensables al indio de las llanuras, son inútiles en esta region llena de árboles.

III.

LOS MUNDRUCUS Ó DEGOLLADORES.

Las descripciones que el viajero Maine Reid ha hecho de estas peculiares tribus de indios, son tan curiosas, que no vacilamos en cerrar con ellas nuestro tratado de costumbres del universo.

La tribu de los Mundrucus difiere en ciertos hábitos de las de los indios del Amazonas, y forma una confederacion poderosa de diferentes tribus, unidas en una nacionalidad comun, incluyendo las de otros indios que han conquistado y anexado á ellos, cosa comun entre los Comanches y entre las tribus de Norte-América.

Antes que los portugueses los persiguieran, los Mundrucus ocupaban la orilla meridional del Amazonas, desde la boca del Tapajos hasta la del Madeira. El tráfico de esclavos limpió las márgenes del gran rio y las de sus tributarios de sus moradores indígenas, excepto aquellos que se sometieron á esclavitud ó adoptaron la fé católica. Ninguna de estas dos alternativas fué del gusto de estos indios, celosos de su independencia, y se retiraron del peligro, aunque no en cobarde y compulsoria fuga como otras tribus más débiles, pues en varias ocasiones hicieron frente á los blancos, y estos negociaron con ellos alianzas. Su retirada del Amazonas fué más bien resultado de un convenio por el cual concedieron su territorio al gobierno del Brasil, y hasta la época presente no han sido muy hostiles enemigos de los brasileños blancos, si bien odian mortalmente á los mulatos y negros, que constituyen la mayoría de la poblacion de este imperio. El odio á los negros del Brasil se engendró en la revolucion de casta que tuvo lugar en el bajo Amazonas en 1835, contra los portugueses europeos principalmente, y en la cual los Mundrucus pelearon contra los de color, conservando por esto alguna sombra de amistad con los blancos sus aliados. Hoy sostienen algun comercio con ellos, si bien esto no quita que de cuando en cuando degüellen á algun mercader, que atraviesa su país para ir en busca de las minas de diamantes del Brasil. Éstos son llamados *Monçaos*, y su negocio es llevar provisiones de Santarem y Para, ciudades sobre el Amazonas, á los mineros y lavadores de diamantes del distrito de Matto Grosso, cuya capital es Cinaba, teniendo que pasar por el territorio de los terribles Mundrucus.

La zarzaparrilla, que es producto de muchas especies diversas de plantas del género *Simlax*, crece en toda la zona tórrida, en Ásia, África y América, y en este

continente abunda mucho en las regiones tropicales. Tal cantidad hay en las orillas de algunos rios del sur de América, que los indios creen que el Rio Negro deriva su color peculiar de la raiz de esta planta. La mejor es la del territorio Mundrucu, y se colecta en la época de las lluvias, por ser entonces más fácil el arrancarla, siendo indudable que este purificador de la sangre tiene mucha más virtud cuando fresco, que no como se vende en las farmacias, y de aquí la mayor estima y uso que de él se hace en América. Es además de advertir, que hay infinitas clases de zarzaparrilla, y por lo mismo infinita variedad en cuanto á su virtud y eficacia, hasta el punto de ser algunas enteramente inútiles como medicamento. En nuestro continente lo es casi toda, tanto porque viene la peor clase, como porque la virtud consiste en el jugo que se pierde al secarse. Los Mundrucus tienen otros artículos de comercio en su fértil suelo; pero á no ser los frutos que espontáneamente produce, no se toma mucho trabajo para apropiárselos, con la excepcion del *guarana,* fruto de un árbol casi peculiar de su territorio, y que entra como elemento constituyente de una bebida estimulante superior al té y al café, y tan febrífuga como la quina. Los indios toman esta semilla, la tuestan y muelen hasta convertirla en menudo polvo que mezclan con agua, y forman como un ladrillo de chocolate, el cual cuando seco, no tienen más que raspar en la cantidad de una cucharada, y mezclarlo con un cuartillo de agua. En el Brasil alcanza un alto precio esta bebida, que los Mundrucus preparan no solo para su uso, sino para exportacion.

Estos indios se pintan el cuerpo no con tintes, sino por el procedimiento llamado *tatoo,* muy comun entre los salvajes; pero los Mundrucus tienen otra costumbre bárbara más extraña, á que llaman el *bautismo del fuego,* además del *bautismo de sangre,* que sufren á los diez años dejándose punzar el cuerpo para llenarlo de marcas, líneas y figuras. Por fortuna, el bautismo del fuego está solo reservado á los jóvenes, cuando llegan á la edad de diez y ocho años, para alcanzar el título de hombre. Es una especie de prueba ó juicio de Dios á que han de sujetarse para mostrar su fortaleza, y tiene lugar del siguiente modo. Al jóven candidato se le prepara un par de guantes como manoplas, cuya piel les llega hasta mitad del brazo. Estos guantes se rellenan con insectos venenosos, y con ese agradable forro se los dan para que se los calce el novicio. Si muestra la menor resistencia ó repugnancia á ponérselos, es hombre perdido é indigno de vivir entre los nobles decapitadores, los caballeros varoniles Mundrucus, y desde aquel momento no puede levantar la cabeza, ni menos ofrecer su mano á una bella Mundruca, pues no habrá doncella que se pare á escuchar sus requiebros amorosos.

Por de contado, el candidato es hombre de valor y se pone sus guantes, despues de lo cual tiene que bailar delante de la puerta de todas las casas de la pobla-

cion, y cantar como si estuviese en el colmo de la felicidad y del placer, cuyo canto le acompañan otros jóvenes con infinidad de tambores y pitos y voces, pues sus parientes y amigos van á su lado para animarles con su voz y sus gestos. Su dolor y agonía es incalculable, pues los tales animales venenosos muerden y aguijonean sin cesar, y han comenzado su tarea desde el primer momento que estuvieron en contacto con la piel humana. Cada instante que transcurre son los dolores más agudos, porque el veneno comienza á discurrir por sus venas, y torna su faz pálida, é inyecta sus ojos de sangre, y le hace latir el corazon y extremecer todos sus miembros: más, ¡ay de él si deja escapar un grito! Seria marcado por cobarde, incapacitado de usar lanza en la batalla y poner sobre el asta el trofeo de los decapitadores. Ha de resistir como un cadáver frio en medio de aquel incendio que le abrasa, entre los amigos y parientes llenos de ansiedad, y entre el infernal ruido de la flauta y el tambor indio. Por último, se canta una cancion que ha de prolongarse hasta que el candidato queda exhausto, y entonces, solo entonces se le quitan los guantes, y el nuevo hombre cae sobre los brazos de sus amigos. Este es el momento de los plácemes y enhorabuenas. Las jóvenes se reunen en torno, y le abrazan y le llenan de caricias, cantando el himno del triunfo; pero el doliente no está para fiestas, y escapándose de tan tiernas prisiones, da á correr en direccion al rio, en el cual se arroja y se mantiene sumergido hasta la garganta para que las aguas templen sus dolores y calmen la agitada corriente de su hirviente sangre. Salido del agua, ya es un hombre hecho y derecho: ya es madera de donde sale el guerrero Mundrucu, y digno de aspirar á la mano de cualquier doncella.

El Mundrucu en la guerra, cuando mata á un enemigo, no se contenta como otros con solo la piel de la cabeza. Ha de llevarse la cabeza entera, que corta con su hacha, dejando el tronco á las aves de rapiña, y con ella puesta sobre la lanza vuelve á la *malocca* á recibir las congratulaciones y alabanzas de su jefe. La cabeza es el monumento de un enemigo exterminado, y se coloca cual trofeo en sus moradas, embalsamándolas con cuidado, para cuyo efecto le sacan los sesos y los ojos, poniéndoles estos últimos postizos, y les peinan y arreglan el cabello, y la adornan con plumas, zarcillos y pinturas, y así adobada y puesta á la moda, le atraviesan una cinta por la lengua y la cuelgan del techo de la *malocca*. Allí no permanece siempre, sino que en las fiestas ya pacíficas, ya guerreras, se la vé sobre la pica del Mundrucu, formando largas hileras de estos repugnantes trofeos. Igual costumbre de embalsamar las cabezas de los enemigos muertos tienen los salvajes de Borneo, quienes tambien usan la cervatana como los indios del Amazonas, lo cual es una prueba de analogía de orígen entre los indios de América y los salvajes del gran mar del Sur.

CONCLUSION.

Al llegar al término de nuestras tareas, oportuno parece echar una ojeada sobre los resultados de lo que se dice civilizacion, tan ensalzada por unos, tan calumniada por otros, y cuyo inventario de bienes y de males, de daños y provechos, de inconvenientes y ventajas fuera muy curioso si se hiciese con un espíritu imparcial. Hay gentes que en medio de las poblaciones más cultas y adelantadas envidian á los pueblos salvajes de los desiertos. Hay hombres que al dirigir sus ojos á lo porvenir, se engrien con la esperanza de un próximo estado de felicidad completa. Hay quien vuelve la vista á lo pasado con envidia, creyendo que cada paso que damos es para extraviarnos en un confuso laberinto sin norte ni salida. El autor del peregrino discurso de Demócrito al lector, no veia más que maldades, tiranías, desconciertos, disparates y locuras en esta jaula de locos. Éste mira y cuenta la suma de invenciones y descubrimientos en las ciencias y en la industria, y cree que ninguna edad igualó á la nuestra. Aquel recorre las pasadas épocas, ricas en monumentos grandiosos del arte, y comparándolas á la pobreza y vacío de la presente, nos juzga muy pequeños. Unos encomian el espíritu reformador de las modernas generaciones. Otros creen que para cada abuso que se corrige se engendra un centenar nuevo. Quién compadece la abyeccion en que vivieron los pasados, sujetos al capricho de los poderosos, é

ignorantes de sus derechos. Quién prefiere la ausencia de fé política, á la carencia de fé religiosa, que en cambio, animó á nuestros abuelos. Los vicios, en opinion de unos, se aumentan, el lujo crece, los crímenes son más refinados, la ambicion más desmedida, la lucha de intereses más abierta y encarnizada, la moral más corrompida. En opinion de otros la ilustracion moderna da un carácter más humano á las sociedades actuales: el mundo marcha, los hombres se mejoran, el progreso es un hecho incontestable.

Obsérvase generalmente, y es el tema de los moralistas, que la compañía de un perverso inficiona á los buenos, ó en otros términos, que es más fácil que los buenos se tornen malos en el trato con los malvados, que no que se mejoren los malos juntándose con los buenos. Pero no sucede lo mismo con las naciones. Si hay naciones llenas de malos hábitos y costumbres, atrasadas é ignorantes, léjos de perjudicar á las vecinas que con ellas tienen trato, las más adelantadas concluyen por mejorarlas. Bastara que hubiese una nacion morijerada, civilizada y culta para que á la larga civilizara á un mundo entero de salvajes.

Que el elemento civilizador ha sido el cristianismo, es un hecho innegable que arroja el estudio de la historia. En los pueblos gobernados por otros códigos de moral, luego vemos la abyeccion en medio de la mayor pompa y magnificencia, la esclavitud de los unos, la tiranía de los otros, la mujer degradada, el temor al castigo como la única barrera que contiene á los hombres, los séres divididos en castas, las propiedades inseguras, la guerra cruel convertida en oficio y la inhumanidad para con los prisioneros en ley. Cierto que no carecen de virtudes; pero las que en ellos notamos, son más bien hábitos y prácticas tradicionales, que actos engendrados por la conciencia individual, iluminada con el conocimiento de la perfeccion moral.

Tampoco es menos cierto que muchos de estos defectos que encontramos en los pueblos, han sido efectos de la civilizacion, que no ha podido destruir el cristianismo, ni aun en los pueblos más adelantados. Si tomamos por ejemplo de hombres en el estado natural las tribus de indios independientes que aun existen en varias partes de la América, vemos con envidia esa tranquilidad inmutable así en los prósperos como en los contrarios sucesos, ese desprecio de riquezas y de categorías porque tanto se afanan los ambiciosos civilizados, la ausencia de la prostitucion que mancha y oscurece el cuadro de nuestras sociedades, la absoluta carencia de ese egoismo funesto generador de infinitos trastornos, crímenes y daños, y la presencia de ese bienestar semejante al de los pastores que nos pintan los poetas en la edad de oro. No es estraño que algunos saturninos renieguen del progreso que fomenta las pasiones y los apetitos, extendiendo la órbita de los deseos,

que son la causa de las inquietudes y del malestar. Máxima fué tenida por sabia que la felicidad consiste en desear poco, en contentarse con poco, visto que el cumplimiento de un deseo no aquieta al corazon humano, y que mientras más satisface, más novedad busca y más apetitos engendra. La civilizacion para éstos es una gran tentadora, no teniendo á su parecer otro objeto que extender los bienes y goces facticios por los cuales se prendan más los humanos que por los naturales. De cien individuos, uno podrá cometer un crímen por satisfacer el hambre; pero muchos echarán á la espalda la conciencia por elevarse á un alto puesto, por vivir con lujo, por equipararse en sociedad á los que envidia y tiene por afortunados.

Contribuye á aumentar estos males una tendencia que se observa en los países civilizados á crear grandes centros de poblacion. Todas las ciudades han roto sus murallas, derruido sus antiguos límites y comenzado un ensanche fabuloso. Los ferro-carriles no han aquietado á los moradores de ciudades, pueblos y lugares con facilitarles la vista de las modernas Romas, sino que quieren gozar permanentemente de sus derechos de ciudadanía. Como el salvaje se aisla en sus chozas, el civilizado se agrupa, busca la centralizacion, crea ciudades mónstruos como Lóndres, que va contínuamente absorviendo poblaciones enteras, vistiéndose con los despojos de sus conquistas. Cualquiera diria que el amor, la fraternidad humana hace á los hombres reunirse para vivir mejor. Pero sucede muy á la inversa. El calor del corazon disminuye en razon directa de la extension de la órbita. El desierto vuelve á encontrarse en medio de las Babilonias. El hombre vuelve á ser *hominis lupus*. La guerra vuelve á establecerse, no de tribu á tribu, sino de individuo á individuo. El boato, el esplendor, el lujo, los placeres son la única llama que da calor á estos cuerpos monstruosos. La vida material, llevada á su más lato desarrollo, seduce al rico, al noble, al ambicioso, al sibarita. La ganancia atrae á los mercaderes y traficantes, el lujo á los industriales, el refinamiento y la ostentacion á los artistas, la esperanza de ganar en revuelto rio á los pobres y criminales, la fama á los viajeros, la curiosidad á los ociosos, la seguridad de hallar fortuna á las mujeres perdidas, y la oportunidad de traficar con toda suerte de flaquezas y vicios á los hombres sin pudor y sin conciencia.

La vida toma un aspecto singular en estos antros llenos de misterios, de escollos y seducciones. Cada sér es un enigma á la vista de su semejante. El tiempo se acorta con la inmensidad de las distancias. La noche se hace dia; el dia noche. Todo es facticio, convencional; todo inversion del órden. Para restablecerlo, no hay más que volver á la division, á la distincion, al parcelamiento.

El individuo, asustado de la lucha que tiene que sostener en este piélago de encontrados intereses, teme dar principio á una nueva familia, huye del matrimo-

nio, carga muy costosa en comparacion de sus ventajas. Y ¿qué viene á ser la moral en estos grandes centros? La virtud modesta se oscurece. En la escena de estos inmensos teatros se pierden los detalles, se rompe y confunde el hilo intermedio, se oculta la série de actos que conducen al efecto deslumbrador, no se vé más que el éxito que cautiva, y no las derrotas y ruinas que pudieran servir de escarmiento. El oro es el sumo poder, y el placer sensual el bien único á que se aspira. ¿Quién puede resistir á ese apetito de los sentidos, que no vé en cuanto le rodea sino estímulos y despertadores? La disciplina doméstica se relaja como se relajan todos los vínculos sociales. La más exquisita vigilancia se estrella ante el corto camino que hay de la intencion al acto, ante la facilidad de salvar las apariencias. La jóven inocente y laboriosa de ayer, es hoy una aventurera, sin temor á la vergüenza y el escarnio, sin más que pasar de un polo á otro polo de aquel mundo. La esposa al parecer modesta y recogida puede sostener intrigas amorosas sin peligro: la hija de familia virtuosa puede caer de la inocencia al abismo de la perdicion, sin grados ni espacio al arrepentimiento. Un cambio de domicilio rehabilita al criminal, al inmoral y al vicioso. La riqueza se hace insolente, la pobreza degradada, la amistad fria, el trato receloso, el comercio apela al engaño, el interés á la publicidad que alucina, y toma por sorpresa aquella masa revuelta, ávida de sensaciones, deseosa de fijarse en algo.

Fuera de estos y otros daños que de la aglomeracion provienen, no hay duda que se palpan algunas ventajas. El hombre vive con una independencia que en mucho se acerca á la del nómada, y tales hay que son más nómadas en el gran desierto de las ciudades populosas, que los mismos salvajes que viven de la caza y pesca. Aprende allí tambien el individuo á contar consigo mismo, á emplear su ingenio en algun modo de los infinitos que ofrecen la multiplicidad de necesidades que hay que satisfacer. Adelantan las artes, prosperan las industrias, estimula la concurrencia, abundan los elementos para el desarrollo é instruccion, y en suma, se aprende la vida política, ciencia moderna, pero tal, que ella sola representa y concentra en sí el adelanto de la sociedad, la gran conquista que ha de deberse al progreso.

Del castillo aislado y atrincherado donde el señor soberbio vivia entre rebaños de animales y de hombres, se ha venido á esos grandes centros: ¿á qué? A resolver una gran cuestion, á aprender la ciencia de los derechos del hombre. Semejan las grandes poblaciones una nueva Babel; pero á la inversa de la antigua. En aquella, segun el mito, los hombres de una lengua, ó lo que es lo mismo, de una opinion, se juntan para construir una obra material, y la obra la impide la confusion de lenguas. En ésta, los hombres de muchas lenguas, ó lo que es lo mismo, de

muchas creencias y opiniones, se juntan en grandes centros para elevar un edificio social, para acabar la confusion y resolverla en una sola fé, en una sola creencia, en un solo catecismo de los derechos y deberes. Esta ciencia político-social no podia aprenderse sino en grandes teatros, en vastas escuelas, en ensayos y experiencias en grande escala y magnitud. Era menester que los hombres se mezclasen y agrupasen en grandes porciones para que saliesen más de relieve los fenómenos sociales, para agrandar las dimensiones de los términos políticos, para plantear de lleno el problema. ¿Qué importaba la paz de la cabaña, el bienestar campestre, la independencia del aislamiento, si el hombre podia hallar un tirano que reclamase su fortuna y sus hijos, que talase sus campos y le considerase esclavo? ¿Qué valia la mayor felicidad si no era segura, si dependia del capricho del gobernante? ¿De qué provecho podia ser la suerte momentánea del uno, si veia al semejante atropellado, vejado, perseguido injustamente, sin ley de qué ampararse, sin fuerza pública de que valerse, sin tribunales á quien quejarse? El hombre no podia ser feliz en medio de la abundancia y de los contentos, faltándole la conciencia de su dignidad ó viendo impune el atropello de su vecino. No vive el hombre de solo pan, y el pan ganado en la servidumbre y la humillacion es siempre amargo.

Aunque esta sola fuera la conquista de la humanidad en su nueva manera de vida, bastaria para llenarla de gloria, porque de ella ha de depender la solucion de todos los problemas, y la conversion de todos los pueblos en una gran familia, y este hecho se realizará, ora vivan los hombres juntos ó separados, porque no es la aglomeracion material la que lo forma, sino la igualdad de las condiciones y derechos.

Y ¿á cuántos nos hallamos en esta jornada? Por desgracia, en los primeros pasos. Aun vemos casi la totalidad del género humano sumergida en la ignorancia, llena de supersticiones, presa del despotismo. Aun hay séres que tanto aman á sus semejantes, que los devoran. Pero volvamos la vista de pueblos salvajes á naciones civilizadas. La libertad, como planta lozana, se fué al nuevo mundo, á tierra vírgen, y allí crece y allí concluirá por extender sus raices. El viejo mundo tiene el derecho escrito en códigos; pero todo es letra.

Esto viene á confirmar la gran verdad de que los defectos de que más tarde han de despojarse los hombres, son su amor á las preocupaciones y á la servidumbre. La comunicacion recíproca, frecuente, establecida entre los pueblos del globo, aun no ha borrado las innumerables que engendraron la rivalidad antigua, el aislamiento y la ignorancia en que por consecuencia vivian unas de otras. La benevolencia y la fraternidad son desconocidas á las naciones, todavía celosas y enemigas. Todas tienen la mejor opinion de sí, y la peor de sus vecinas. Los despojos, las invasiones,

las detenciones injustas, las tiranías manifiestas son entre ellas cosa de cada dia, mientras hablan muy alto de justicia, de derecho y de equidad, y las que se creen poderosas con la fuerza bruta, se guardan bien de sujetarse á las decisiones de la equidad. Esto se traduce sencillamente con decir que no existe aun civilizacion en el trato internacional.

En efecto, si por civilizacion se entiende ilustracion, justicia, moral y acuerdo universal de las conciencias en materias graves, todavía está muy léjos la sociedad de llamarse civilizada, á pesar del adelanto material que se observa y en cuya esfera ha dado el siglo pasos asombrosos. Es muy natural, por otra parte, que el progreso material tome la delantera siempre, y que la sociedad, como un péndulo, gravite alternativamente, inclinándose á fomentar, ora el sensualismo más grosero, ora el espiritualismo más refinado, hasta que se constituya el equilibrio perfecto y justo medio en que la virtud consiste. La época presente lleva el sello de materialista por excelencia, y el principio de interés bien entendido, que es el lema del elemento dominante y civilizador en nuestros dias, producirá sus bienes al lado de los males que inevitablemente produce. Ese egoismo frio y calculador de la raza anglo-americana, ha sido como un contrapeso, como una reaccion necesaria contra el quijotismo de la raza latina, absorta en sus sueños de gloria, de nobleza y poesía de la vida, y por lo tanto contemplativa, algo indolente y opuesta al prosaismo de la vida activa y al desarrollo de la industria, de la agricultura y del comercio. Ese utilitarismo positivo es el que ha abierto mil senderos y caminos para la emancipacion del individuo, el que ha tomado el hierro, no para fabricar hierros de lanzas ni cadenas de esclavos, sino para glorificar el trabajo y extender la riqueza, para dar el pan á los que recogian las migajas de los banquetes de los señores, para abrir grandes mercados, para unir océanos, romper istmos, perforar montañas y caminar bajo las corrientes de los rios. Es verdad que ha trastornado las ideas antiguas del honor, la poesía del amor, la delicadeza de la amistad y la pureza de todos los sentimientos nobles y caballerescos, introduciendo el cálculo y la mira del lucro en la médula de los huesos, haciendo un comercio de todo, hasta de lo más sagrado; pero sin esa fiebre del lucro, sin esa calentura de ganancia, no viéramos los grandes portentos que nos asombran; no tuviéramos las vias férreas ni el telégrafo, ni la prensa popular, ni la satisfaccion de las primeras necesidades á precio barato y seguro. Los Watts, Fulton, Arkwright, Stephenson y Wheatstone son tan necesarios como los héroes, los poetas, los místicos y los filósofos. La economía política, resultado de esta tendencia materialista, es una ciencia que puede disputar á cualquiera otra el título de bienhechora de la humanidad.

Llámese, si se quiere, á esta edad la edad del hierro; pero el hierro es el

titan que concluirá por transformar nuestras sociedades. Así como la edad primitiva, llamada de piedra, fué nivelada por su misma ignorancia y falta de instrumentos, la verdadera edad del hierro, que comienza ahora, nivelará por el conocimiento, por la profusion, por la abundancia y baratura de útiles, por la facilidad de satisfacer á las necesidades, por la posibilidad de crearse las condiciones y elementos para nuestro desarrollo y actividad. Allí donde entren como agente y materia la máquina y el hierro, todo tiende á la universalidad, y por consecuencia á la igualdad. Monarcas ha habido en los pasados tiempos que envidiarian el gusto y los enseres que hoy adornan el hogar del hombre de mediana fortuna, y barrios enteros llenos de casas para pobres, exceden en comodidades y apariencia á más de un palacio de antiguos aristócratas. La máquina y el hierro, nivelando las condiciones físicas, son unas precursoras del nivel social político, que la humanidad, excelente alquimista, sabe sacar tesoros de enseñanza de los metales más groseros.

No obstante el progreso del mundo material, aun estamos en la infancia, si se mira á los prodigios que realizará el hombre con la ayuda de las fuerzas poderosas que ha arrancado á la naturaleza, y el mundo del espíritu no quedará á la zaga en este progreso. Tal vez muy pronto nos hemos colgado el título de civilizados y cultos, existiendo creencias, usos y costumbres en las naciones europeas que son verdaderos borrones; pero al menos existe ese estímulo y rivalidad por adelantarse en la perfeccion, caen á tierra diariamente abusos y preocupaciones, se conoce el mal, que es la mitad del camino para su cura, se sabe que la libertad es la que ha de resolver todos los problemas humanos, y sobre todo, comienzan á aprender los hombres cuánto vale la conciencia de su dignidad y sus derechos, y solo esta nocion que se extiende, implanta y arraiga en todos los pueblos, nos justifica en ese prematuro engalanamiento con el título de civilizados y en creernos superiores á los de las pasadas edades. *Nosce te ipsum*, decian los antiguos griegos, constituye la sabiduría humana. Ahora bien, solo los hombres libres pueden llegar á este resultado.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

PAUTA

para la colocacion de las láminas

DEL TOMO SEGUNDO.

LISTA GENERAL DE SEÑORES SUSCRITORES

Á

COSTUMBRES DEL UNIVERSO,

POR RIGUROSO ÓRDEN ALFABÉTICO.

MADRID.

S. M. la Reina	por	10	ejemplares.
S. M. el Rey	„	5	„
Sermo. Sr. Infante D. Sebastian	„	2	„
Sermos. Sres. Duques de Montpensier	„	2	„

Agramunt.

René y Viladot, don José.

Albacete.

Amoraga, don Federico.
Andreu Dampierre, don José.
Martí, don Miguel.
Navarro, don Luis.
Navarro, don Francisco.
Robredo, don Manuel.
Seviela, don José.

Alberique.

Grima, don Eduardo.

Alburquerque.

Cantú, don Miguel.
Espárrago, don Francisco.
Poriano, don Pedro Manuel.
Santamaría, don Francisco.

Alcántara.

Bernaldez, don Lorenzo.
Clavér, don Pedro.
Clavér, don Valentin.
Diez Rosado, don Bruno.
Milian, don Sebastian.
Navarro, don Benito.
Taboada, don Ramon.
Villarroel, don Mateo.

Alcañiz.

Santapau, don Miguel de.

Alcázar de S. Juan.

Alvarez, don Joaquin.
Muro, don Julian.
Todo, don José de.
Vilaplana, don Salvador.

Alcira.

Alcon, don José.
Alfaros, don Manuel.
Ausina, don José.
Bellot, don José.
Bulsó, don Juan.
Crespo, don Francisco.
Estruch, don Matías.
Fargas, don Ignacio.
García, don Antonio.
Jimenez, don Faustino.
Jimenez, don Mariano.
Lacasa, don Tomás.
Rodal, don Juan.
Selta, don Salvador.

Alcoy.

Abat Boronat, don Antonio.
Albors, don Rigoberto.
Botella, don Antonio.
Brutinel, don Gonzalo.
Colomer, don Joaquin.
Espinós, don Joaquin.
Fontanella, don Ignacio.
Gisber Payal, don Francisco.
Gisber y Vidal, don Agustin.
Gisbert, don Joaquin.
Isern, don Tomás Fermin.
Monllor hermanos, Sres., por dos ejemplares.
Miró Moltó, don Miguel.
Pascual, don Enrique.
Ridaura, don Gregorio.
Ridaura Torregrosa, don Máximo
Santonja, don Miguel.
Santonja, don Ramon.

Alcudia.

Ferragut, don Juan.
Palou, don Rafael.
Reynés y Ferrer, don Juan.

Alicante.

Alvarez, don José.
Arniches, don Cárlos.
Bas, don José.
Brigt, don Hugo.
Campos Carreras, don Antonio.
Carey, don Julio.
Carratalá, don Domingo.
Carratalá, don Eduardo.
Carratalá, don Juan.
Casino de Alicante.
Celdrá, don José.
Chargues, don Andrés.
Dahlander, don Rodolfo.
Dickinson, don Horacio.
Escalambre, don Pedro.
Espadin, don Antonio.
Faez, don Adolfo.
Farach, don Salvador.
Fultá, don Mariano.
García Barrachina, don Enrique.
Instituto de segunda enseñanza.
Lancha, don Fulgencio.
Leach, don Juan.
Lopez, don Antonio.
Maignon, don Antonio.
Maluenda, don Jorge.
Marqués de Lendinez, Exmo. Sr.
Mas, don José Ramon.
Morell, don Francisco.
Orsí, don José.
Ortega, don Juan.
Ortiz, don Santiago.
Pabil, don Emilio P. de.
Penalva, don Luis.
Perez, don Calixto.
Ribelles, don Francisco.
Rochette, don Vidal de la.
Rovira, don Felipe.
Terol, don Antonio.
Velasco, don Ramon de.

Almería.

Burgos, don Ricardo de.
Gallego, don José.
Gomez Talavera, don Fernando.
Instituto de segunda enseñanza.
Leguie, don José de.
Marqués y Burgos, don Javier.
Massa, don Domingo.
Spencer, don José.
Vilchez, don José de.

Almuñécar.

Barco y Serrano, don Francisco de.
Carrasco y Sanz, don Diego.
Gardeta, don Pascual.
Gimenez, don José.
Muller, don José.
Navel, don José.

Andújar.

Acuña, don Pedro Manuel.
Candaleja, don A. de.
Casas y Moral, don Antonio de.
Fuguet, don Miguel.
Galtes, don Agustin.
Garzon y Casas, don Francisco.
Gonzalez, don José.
Herrero de Oca, don José M.
Herrero de Oca, don Manuel.
Miñon, don Juan de.
Moreno Dávila, don Manuel.
Moreno, don Domingo.
Ramirez, don Antonio.
Romero Cañete, don José.
Valenzuela, don José.
Vargas, don Agustin P. de.
Vargas, don Francisco de P.

Antequera.

Blanco Cano, don Francisco.
Blazquez, don Cárlos.
Conde de Castillejo, Excmo. Sr.
Conde de Castillo de Tajo, Excelentísimo Sr.
Conde de Colchado, Excmo. Sr.
Chacon, don José de Jesus.
Chuca, don José de.
Delgado, don José.
Durán y Carrillo, don Manuel María.
Lumpié, don José.
Llimona, don Juan.
Moreno, don Fernando.
Muñoz y Rubió, don Joaquin.
Pozo y Herrera, don José del.
Santolino, don Tomás.
Talavera, don Luis.

Arenys.

Bosch, don Bartolomé.
Castelló, don Salvador.
Quet, don Manuel.

Artá.

Estelrich, don Gabriel.

Morey Sureda, don Miguel.
Sureda y Masanet, don Lorenzo.

Artés.

Rocafort, don Ramon de.

Aspe.

Botella, don Juan.
Brufál, don Vicente.
Perez, don Teodoro.

Ávila.

Becerril, don Eduardo.
Bernal, don Miguel.
Brochero, don Claudio.
Caudelarese, don José.
Carramolino, don Andrés.
Delgado, don Joaquin C.
García, don Bartolomé.
García, don Francisco Leon.
Gonzalez, don Claudio.
Gutierrez, don Juan.
Hernandez Agero, don Juan.
Lopez, don Pedro.
Lopez, don Sebastian.
Mateos, don Francisco Martin.
Mediero, don Baldomero.
Moreno, don Antonio G.
Moreno de Guerrero, don José.
Nieto, don Juan Antonio.
Ortega, don Eduardo.
Ramos, don Mariano.
S. don Juan.
Salvadiós, don Alejo.
Sanchez Albornoz, don Juan.
Sastre Real, don Celedonio.
Zarza, don Roman.

Avilés.

Alas, don Bonifacio de las.
García Buría, don Manuel.
García San Miguel, don José.
Solís, don José S.
Palacios, don Lino.
Zaldua, don C. de.

Aviñó.

Portella, don Segismundo.

Badajoz.

Alonso, don Dionisio.
Alvarez Muñoz, don José.
Clarés, don José.
Chacon, don Joaquin Paulino.
Chorot, don Angel.
Decombes, don Cárlos.
Fernandez, don Ignacio María.
Fernandez Breton, don Ramon.
Gallego, don Joaquin.
García, don Celestino Andrés.
García Vazquez, don Santiago.
Gimenez Martinez, don José.
Gimenez Rico, don Manuel.
Gonzalez, don Anastasio.
Lopo, don Félix.
Lopez de Ayala, don Baltasar.
Martinez, don Antonio Juan.
Macías, don Luis.
Merin, don Francisco.
Molano, don Leopoldo.
Montero, don Diego.
Montes, don Juan Ramon de.
Musot, don Juan.
Navarro y Sanchez, don Antonio.
Ordoñez, don Valeriano.
Orduña, don Ramon.
Osorio, don Isidro.
Palacio de Rebollo, doña María Antonia.
Perez, don José.
Rodriguez, don Juan.
Roffiña, don Ramon.
Sanabria, don Ramon.
Sanchez Rastrallo, don Florencio
Saenz de la Cuesta, don Leon.
Saenz Valluerca, don Angel.
Suarez, don Francisco.
Tercero Torrado, don Francisco.

Baeza.

Carbajal, don Ramon.
Dios, don Genaro de.
Gimena y Leon, don José María.
Gomez, don Lorenzo.
Martinez Grande, don Francisco.
Martinez Torres, don Juan.
Moya, don Francisco.
Perales, don José María.
Regil, don Fernando.
Santos Mulero, don Salvador.
Teruel y Cabo, don Andrés.
Teruel, don Juan.
Tafur, don Joaquin.
Tornero, don Manuel.
Velaz Almazan, don Joaquin.
Viedma, don Pedro.

Bagur.

Barceló, don Francisco.
Carmen y Pí, don José.
Cortada y Sabater, don Pedro.
Roca y Forgas, don Francisco.
Roger, don Pedro.

Balaguer.

Bosch y Tarragona, don Manuel.
Cava y Balcells, don Miguel.
Florejachs de Berart, don Luis.
Sabanés, don Ramon.

Barcelona.

Achon, don Juan.
Administrador de Correos, Sr.
Albert, don Manuel.
Alcacibar, don Celedonio.
Alegret, don Martin.
Altimira, don José.
Amer, don Victoriano.
Anglada, don Andrés.
Anglada, don Jaime.
Anglada, don Juan.
Angulo, don Eugenio de.
Antigas, don José.
Amell, don Francisco.
Antonin, don José.
Argemí, don Gumersindo.
Arimon, don Joaquin.
Arís, don Manuel.
Arnús, don Evaristo.
Arquer, don Camilo.
Arquer, don Ramon de.
Arro, don José.
Arroyo, don Isidro Vicente.
Arús, don Santiago.
Axelá, don Pablo.
Balart, don Domingo.
Ballesteros, don Ramon.
Ballesteros y Mata, don Serafin.
Baradat, don Andrés.
Barbarí, don Cárlos.
Baron de Foxá, Excmo. Sr.
Barraquer, don José M.
Basigalupi, don Serafin.
Basols, don Ignacio.
Basté y Cordero, don José.
Baxeras, don Manuel.
Bayell, don Antonio.
Baulenas, don Jaime.
Bellsolell y Mas, don Francisco.
Bianchi, don N.
Bonastre, don José.
Bori, don Ramon.
Borrell y Pujadas, Sres.
Bou, don Vicente.
Brunet, don Francisco.
Brunet y Serrat, Sres.
Bulbena, don Juan.
Busqué, don Buenaventura.
Busqueta y Sala, Sres.
Buxeda, don Miguel.
Cabot, don Buenaventura.
Calaf, don Antonio María de.
Calderon, don Francisco.
Calderon, don Isidoro.
Calvell, don Juan.
Camaló, don José.
Canals, don Cárlos.
Canela y Reventós, don José.
Cantó, don Jaime.
Capmany, don J.
Cardellach, don Pablo.
Carreras, don Baudilio.
Carreras, don Canuto.
Carreras, don José.
Carreras, don Juan José.
Carsi, don Ignacio.
Casamitjana, don Miguel.
Casanovas, don Martin.
Casas, don Miguel.
Castro y Correa, don José.
Cepeda, Excmo. Sr. Brigadier, por la Comandancia de Marina.
Cerdá, don Ildefonso.
Cil, don Joaquin.
Claramunt, don José.
Clavé, don Adolfo.
Clavé, don Miguel.
Codina, don Jaime.
Colom y Roca, don José.
Coll hermanos, Sres.
Collado y Sala, Sres.
Coma, don Juan.
Compte, don Miguel de.
Compte, don Víctor de.
Constans, don José.
Coronas, don Eusebio.
Cortada y Bedruna, Sres.
Costa, don Melchor.
Cuní, don Porcio.
Cuesta, don Fernando.
Dalmases, don Pedro.
Damon, don Ramon.
Delás, don Fernando.
Delás, don Francisco.
Delás, don Narciso.
Demestres, don José María.
Depares, don Cayetano.
Deulofeu, don Rafael.
Domedel, don Vicente de.
Domenech, don Emilio.
Dominguez, don Francisco.
Duelo, don Domingo.
Dulachs, don Pablo.
Duran, don Buenaventura.
Duran, don Rafael.
Elizarbe, don Alberto.
Escuder, don Juan.
Espinos, don Francisco.
Faquineto, don José María.
Ferran, don Fernando.
Ferran, don Ignacio.
Feu, don Leopoldo.
Figueras de la Costa, D. Santiago.
Figuerola, Excmo. Sr. Brigadier.
Foncuberta, don Trinidad de.
Font, don Emilio.
Foronda y Viedma, Excmo. Sr. don Martin de.
Foxá, Excmo. Sr. Brigadier.
Freixa, Sr. Coronel de la Guardia civil.
Fuster, don Joaquin.
Galart, don Pedro.
García, don José.
García, don Pedro.
Gatell, don Estéban.
Geli, don Mariano.
Geli, don Ricardo.
Gibert, don Manuel.
Giró, don Francisco.
Girona, don Casimiro.
Gomita, don Arturo.
Goñez, don José.
Gosé, don Pedro Pablo.
Grases Hernandez, don J.
Grau, don Bernardo.
Grau, don Jaime.
Gros, don Amadeo.
Gros, don Juan.
Guix y Puig, don Antonio.
Instituto Industrial de Cataluña.
Isbert, don Jaime.
Jaumandreu, don Antonio.
Jaumandreu, don Juan.
Jover y compañía, Sres.
Lallave, Sr. Coronel de Artillería.
Latorre y de Belloc, don Luis de.
Latorre, don Felipe de.
Leouffre, don Amadeo.
Lucena, don Juan.
Llansa, don Eduardo de.
Llenas, don Francisco.
Llorens, don Eduardo.
Lloveras, don Joaquin.
Marin, don Valentin.
Marqués de Castelldorius, Excelentísimo señor.
Marqués de Gironella, Excmo Sr.
Marqués de Alfarrás, Excmo. Sr.
Maristany, don José.
Martí, don Antonio.
Martí, don Hermenegildo.
Martí, don Joaquin.
Martí, don Miguel.
Martinez, don Andrés.
Martinez, don Antonio.
Martinez y Ribas, don José.
Mas, don Ramon.
Mas de Xaxars, don Primitivo.
Maymí, don Pascual.
Mazon, don Ramon de.
Mediano, don Francisco.
Merced y Vidal, Sres.
Mestre, don José.
Michel, don Antonio.
Miguel, don Francisco de.
Milá, don Lorenzo.
Milá y Mestre, don Lorenzo.
Milans, don Alejandro de.
Miret, don Ramon.
Mitjans, don Andrés.
Mola y Argemí, don Antonio.
Molina, don N.
Montaña, don Damian.
Montserrat, don G.
Moragas, don Arístides.

Morales, don Angel.
Morral, don Mariano.
Moncunill, doña Angela, viuda de.
Navarro, Excmo. Sr. General.
Navarro, don Lisardo.
Navarro, don Jacinto.
Navazo y Gaset, Excmo. Sr. Brigadier.
Nicolau, don Federico.
Nillas, don Andrés.
Nogués, don Mauricio.
Oms, don Joaquin.
Ordoñez, don Angel de.
Ortega, don José María de.
Padrós y Sans, don Jacinto.
Pagés, don Benito.
Pagés, don Federico.
Pallarols, don Jaime.
Parellada, don Francisco.
Parellada, don Mariano.
Parés, don Antonio.
Pastors, Excmo. Sr. General.
Piqueras, don Pedro.
Plá, don Juan.
Planas, don José Manuel.
Planella, don Trifon.
Pomes y Bordas, Sres.
Pons, don Jaime.
Pons, don Miguel.
Pou, don Ramon.
Pou y Texidó, don Ramon.
Pujol y Torres, don José.
Quevedo, Ilmo. Sr. don Antonio.
Rafecas, don Augusto.
Ramirez, don Teodoro José.
Raola y Ballestá, Sres.
Repetti, don Sebastian.
Ribas, don Mariano.
Ribas, don Ramon.
Rico de Navarrete, doña Ana.
Rich, don Pedro.
Riera, don Juan.
Roca y Almirall, don Marcelino.
Roca, don José.
Roger, don José.
Roger, don Juan.
Romaní, don Francisco.
Romeu, don Isidro.
Rosés, don Jaime.
Rovellat, don Enrique.
Rovira y Trias, don Antonio.
Rubiel, don Luis.
Ruiz y Roca, don Vicente.
Sabadell, don Rafael.
Sala, don Alberto.
Salvador, don Joaquin.
Sancristoful, don José.
Sanjuan, don Francisco.
Sanmartí, don Enrique.
Sans, don Celestino.
Sans, don Pablo.
Santonja, don Francisco.
Sapeira, don Enrique.
Sallé, don José.
Senillosa, don Arcadio de.
Serra, don José Francisco.
Serra, don José María.
Serra, don Manuel.
Serra y Clarós, don Domingo.
Serra y Totosaus, don José.
Solá y Amat, don Antonio.
Solá, don Joaquin.
Soler y Espalter, don M.
Soler y Ferrer, don Severo.
Soler y Gelada, don Magin.
Talledo, Excmo. Sr. General.
Targarona y Mirallers, Sres.
Tarrades, don Facundo.
Tomás y Masalles, don P. J.
Torner, don Vicente.
Torre, don Felipe de la.
Tort, don Ramon.
Tresserra, don Juan A.
Turull y Comadrán, don Juan.
Urbina, Excmo. Sr. General.
Ureña, don Francisco.
Urgell, don Jaime.
Vedruna, Ilmo. Sr. don Fernando de.
Vega, don Francisco de.
Vendrell, don Liborio.
Ventós y Cullell, Sres.
Vicens y Montaner, don Manuel.
Vicente, doña Saturnina.
Vidal, don Bartolomé.
Vidal, don Tomás de.
Vidal y Cuadras, don Alejo.
Vidal y Cuadras, don Manuel.
Vilallonga, don D. de Moso y de.
Villalon, don Isidro de.
Villavechia, don Joaquin.
Viniegra, don Martin.
Vinuesa, don Justo.
Viñoli, don José.
Virella, don Isidro.
Virella, don José.
Yañez, don Federico.
Zayas, Excmo. Sr. Brigadier.
Zulueta, don Federico.

Bejar.

Bueno, don Vicente.
Caballero, don José María.
Círculo de Bejar.
Comendador, don Primo.
Illan, don Mariano.
Lozano, don Rafael.
Martin, don Narciso.
Moreno Siscuño, don Antonio.
Olleros, don Ramon.
Petit, don Anselmo.
Sanchez, don Santiago.
Torres, don Eugenio.

Berga

Calat, don Antonio María de.

Bermeo.

Baquerisa, don Antonio.
Ibarreta, don Angel de.
Marcaida, don Francisco.

Betanzos.

Fernandez Lopez, don Benito.
Romay y Castro, don Benito.
Romay y Castro, don Ignacio.
Valderrama, don Agustin.
Vazquez Cernada, don Juan.

Bilbao.

Arana, don Vicente de.
Arriaga, don Emiliano J. de.
Atristain, don Miguel.
Barandica, don Manuel.
Barañano, don Eugenio.
Cortada, don Joaquin.
García, don Domingo.
Goyoaga, don Remigio de.
Ibarguengoitia, don Pedro de.
Isasi, don Ruperto de.
Lángara, don Nicasio de.
Laraudo, don Isidoro J. de.
Larrañaga, don Luis.
Martinez Yarguas, don Joaquin.
Meñaca, don Manuel.
Olaguivel, don José P. de.
Oleaga, don Horacio de.
Orbeta, don F. Vicente de.
Palme, don Oscar.
Sacristan, don Francisco.
Sociedad Bilbaina. D. José Dotchao, por la.
Stomrs, don Elías.
Surga, don Javier.
Urigüen, don Francisco.
Vilallonga, don José.
Zavala, don Martin.
Zumelzu, don Plácido.

Borja de Aragon.

Diaz Ilarraza, don José.
Lomdea, don Bobiel de.

Borjas de Urgel.

Arrufat, don José.
Franco, don Angel.
Marsal, don José.

Briñas.

Tosantos, don Martin.

Brozas.

Condesa de la Encina, Excma. Sra.
Dominguez Rino, don Francisco.
Laberti, don Trifon.
Morates, don Diego.
Moreno, don Eustaquio.
Ortiz, don Miguel.
Rosado Vallejo, don Francisco.

Burgos.

Alexalde, don Lázaro de.
Alvarez Cid, don José.
Angulo, don José.
Anteria, don Francisco.
Arnaiz, don Rafael.
Arroyo Rebuelta, don José.
Arteaga, don Jorge de.
Barrera, don Martin.
Barriocanal, don Pedro.
Beson, don Eduardo Augusto de.
Blanco de Mendizabal, don Francisco.
Blanco, don Pedro.
Bravo, don Mariano.
Buíl Torres, don Andrés.
Calle, don Ramon L. de.
Carabias Perez, don Luis.
Casado, don Policarpio.
Cerrillo, don Emeterio.
Cigler, don Ciuliano M.
Cortés, don Toribio José.
Diaz, don Federico.
Diaz Cid, don José.
Echanove, don Francisco Antonio de.
Espiega, don Crisantos.
Estebe Cabezon, don Melchor.
Feijoó don Joaquin M.
Ferech, don José.
Fernandez de Castro, don Cándido.
Fernandez Izquierdo, don Federico.
García, don Gervasio.
Goig O-Donnell, don Cárlos.
Gomez, don Mariano.
Gonzalez Morante, don Julian.
Gori, don Bartolomé.
Güell hermanos, Sres.
Guerra, don Mateo.
Guerra, don Nicanor.
Guinea, don Pedro.
Guzman, don Maximiano.
Iglesias, don Nicolás.
Izquierdo y Diaz, don Ramon.
Jácome, don Antonio.
Lerena, don Ciuliano, por dos ejemplares.
Lopez, don Evaristo.
Lopez Inguanzo, don Julian.
Lozano, Excmo. Sr. don Vicente. (Gobernador.)
Madrazo, don Agustin.
Manzano, don Luciano.
Martinez y Gonzalez, don Atanasio.
Martinez, don Juan Monso.
Medina, don Maximino.
Mondelly, don Cárlos.
Moneo, don Gregorio.
Montemayor, don Joaquin.
Moreno, don Segundo.
Navarro, don Juan.
Naveda, don Manuel de.
Nuñez, don Cárlos G.
Pascual, don Martin.
Perez y Lopez, don Pedro.
Porrás, don Márcos de.
Rebolledo, don José A.
Revilla, don Angel.
Rey, don Nicolás.
Rico, don Juan.
Ribas, don Manuel M.
Sampayo, don Pedro.
San Martin, don Manuel.
San Pedro, don Emilio de.
Sancho, don Agapito.
Sanmartin, don Bonifacio.
Santos, don Bernardo de.
Tell de Mondeden, don Manuel.
Velasco, don Faustino.
Velasco, don Martin de.
Verdugo, don N.
Villa, don Gregorio.
Villanueva y Arribas, don Luis.
Villeca y Negro, don Leon.
Zubizarreta, don Ramon.

Burriana.

Escofet, don Jaime.
Guibernau, don Bautista.
Roig y Mas, don German.
Vilallonga, don Bautista.

Cabra.

Ayuntamiento, Ilmo.
Blanco Cabello, don Angel.
Círculo de la Amistad.
Daura, don Pedro.
Menendez de Sanjulian, don José.
Perez y Cárdenas, don Miguel.
Prieto, don Casimiro.
Romero, don Juan de Dios.
Urbano y Laguna, don Antonio.
Vargas Alcalá, don Mariano de.
Villalta, don José.

Cáceres.

Acedo, don Pedro.
Arce, doña María Josefa.
Asensio, don José.
Bustamante, don Cándido.
Calaff, don Miguel.
Calderon y Cubas, don José.
Calzado Pedrilla, don Felipe.
Camerano, don Bartolomé.
Carbajal, don Antonio.

Carrasco, don Adrian.
Casanovas, don Manuel.
Castellano, don Antonio.
Ciria, don Jacinto.
Conde de la Torre de Mayoralgo, Excmo. Sr.
Condesa de Santa Olalla, Excelentísima Sra.
Crehuét, don Higinio.
Crehuét, don Silvano.
Gomez Membrillera, don Eladio.
Gomez de Santana, don Indalecio.
Ibarrola, don Juan Martin de.
Liñan, don Gonzalo.
Mendoza, don Lorenzo.
Millán, don Alejandro.
Mosas, don Leon.
Muñoz, don Francisco C.
Muñoz Bello, don Francisco.
Muñoz Bello, don Manuel.
Nasarre, Excmo. Sr. don Felipe.
Riva, don Juan José de la.
Rosa, don José de la.
Salas, don Vicente.
Salcedo, don José.
Solano Redondo, don Juan.
Tenorio, don Miguel.
Torres, don Joaquin.
Ulloa, don Antonio María de.
Varela, don Juan María.

Cádiz.

Administrador de Aduanas, Sr.
Alcon, Sra. de.
Alonso y Renté, don Francisco.
Antuna, don Damian.
Aragon, don Estéban.
Aramburo, don José A. de.
Archivo del Gobierno civil.
Artacho, don Francisco de P.
Bartú, don Francisco.
Bastarreche, don Juan.
Benot, don Eduardo.
Bermejo, don Félix.
Berriozabal, don Francisco.
Berro, don José.
Beunett, don Cárlos.
Blazquez, don Agustin.
Cabezas, don Juan.
Calle, don Cárlos de la.
Camacho Laperdiz, don Juan.
Castillo, don Manuel del.
Castro, don Adolfo de.
Castro, don Rafael de.
Cedé, don Estéban.
Ceveró, don Francisco.
Cid, don Jaime F. y.
Círculo Artístico Recreativo.
Cisneros, Excmo. Sr. don E. de. (Gobernador de la provincia).
Coello, don Simon.
Consejo, señor Secretario del.
Contador de Hacienda pública.
Coronel del regimiento de Córdoba, Sr.
Crespo, don Estanislao.
Chan, don Francisco.
Chicano, don Ramon C.
Chidrian, don Sebastian.
Chorro y Morillo, don Luis.
Dacarrete, don Luis.
Delgado y Lopez, don Rafael.
Diaz, don Antonio.
Diaz, doña Dolores.
Durio, don Eduardo.
Espejo, don Manuel.
Espósitos, señor Director de la Casa de.
Esquivel, don Rafael.
Fedriani, don Federico.
Ferrera de Castro, don José.
García Alamos, don Manuel.
Gargollos, don Luis.
Gener, don Francisco.
Genís, don Juan J.
Gibaja, don Francisco.
Gomez de Cádiz, don Emilio.
Gomez, don José Estéban.
Gomez, don R.
Gonzalez, don Ramon.
Gutierrez, don Manuel.
Hospicio Provincial, Sr. Director del.
Hospital, Sr. Director del.
Hurtado, don Vicente.
Jordan, don Serafin.
Lacave, don Pedro.
Lapido, don José María.
Lara, don Manuel.
Lavaggi, don José María.
Leclerc, don Eduardo.
Lengo, don Horacio.
Lopez y Compañía, don A.
Lopez, don Sebastian.
Lozada, don Rafael.
Llanos, don Ramon.
Llovet, don Manuel.
Mallou, don Jacobo.
Martinez don Marcelino.
Medina, don Manuel G.
Mesa y Pastor, don José de.
Montojo, don Florencio.
Morales, don Cárlos.
Morales, don Miguel.
Muñoz y Cueto, don Antonio.
Nalda, don Enrique de.
Noviega, don Saturnino de.
Oficial 1.° de Aduanas, Sr.
Ortiznienda, don Ricardo de.
Pacheco, don José Ramon.
Pedrosa, don Domingo.
Ponce de Leon, doña Silvestra.
Portells, don Antonio.
Puig, don Luis.
Reina, don José María.
Reyes, don Estéban de los.
Roan Montenegro, don Fernando.
Rocafull, don Rafael.
Romaní, don Jacinto.
Romero, don Manuel María.
Rubio, don Joaquin.
Rubio, don José Joaquin.
Ruiz Tagle, don Manuel.
Saenz de Tejada, don Antonio.
Salas, don Nicolás.
Sanchez, don Joaquin.
Sanchez, don José.
Santiguas, don José A.
Seco, don Matías.
Segovia, don Manuel.
Sierra Villar, don Pedro de la.
Sordo, don Lorenzo.
Subirá, don Gabriel.
Tellez, don Rafael.
Torre, don José Antonio de la.
Ubano, don Marcelino.
Vargas, don Ramon.
Varleta, don Manuel R.
Vasallo, don Eduardo.
Vazquez Seijas, don Nicolás.
Velasco, don N.
Vera, Sra. viuda de.
Vergara, don Antonio J.
Vigodet, don Francisco.
Vilches, don José María.
Vinuesa, don Antonio.
Zulueta, don José de.

Calaf.

Susana, don Ramon.

Calahorra.

Jacistu, don José Ramon de

Calatayud.

Aballo, don Antonio.
Alonso, don Ramon.
Blasco, don Mariano.
Clemente, don Enrique.
Gil y Gimeno, don Mariano.
Gutierrez, don Francisco.
Larruga, don Manuel.
Larravide, don Francisco de
Lopez, don Fabian Juan.
Lozano, don Angel.
Marco, don Rafael.
Molina, don Francisco.
Sanz de la Ria, don Vicente.
Zabalo, don Justo.

Calella.

Adán, don Nicolás.
Casino Calellense.
Coll y Obiols, don Mariano.
Ramis, don Benito María de.
Tio y Moreu, don Dionisio.
Vendrell y Vibó, don Domingo.

Campos.

Lladó y Ollers, don Bartolomé.

Capdepera.

Sureda, don Bartolomé.

Carcagente.

Crespo, don José.
Prades, don Salvador.
Soriano, don Clemente.

Carmona.

Trigueros y G., don Mariano.
Velasco y Gonzalez, don Ramon.

Carril.

Bohigas y Prat, don Salvador.

Castellon de la Plana.

Allaza, don Leandro.
Bello, don Hilario.
Borbon, don Federico.
Carreras, don Félix.
Davalos, don Mariano.
Eiras, don Antonio.
Gasco, don Vicente.
Gorate, don Ramon.
Llorca, don Francisco.
Perez, don Luis.
Rifrollis, don Pascual.
Sanchez, don José.
Villaplana, don Joaquin.

Castropol.

Loriente Flores, don José.
Murias, don Antonio.
Paredes, don Victoriano G.

Castro Urdiales.

Antoñan, don Julian.
Artaza, don Miguel.
Diaz, don Lorenzo.
Echevarri, don Eusebio.
Gerónimo, don Máximo.
Gomez, don Felipe.
Gonzalez, don Pablo.
Lopez, don Faustino.
Martinez, don Dionisio.
Quiñones, don Miguel.
Sanjuan, don Miguel.
Ungo, don Isidro.
Villosta, don Alvaro.

Cervera.

Duran, don Donato.

Ciudadela.

Cabrizas, don Gerónimo.
Carreras, don Juan.
Carrio, don Pedro.
Conde de Torre Saura, Exmo. Sr.
Martorell, don Pedro.
Magun de Olives, don Guillermo.
Obispo de Menorca, Ilmo. Sr.
Olives, don Bernardo J. de
Sancho, don Mariano.
Squella, don Gabriel.

Concentaina.

Bertet y Ruiz, don Joaquin.
Catalá, don Francisco.
Chisvert, don Víctor.
Esteve, don Juan Bautista.
Ferrandiz Botella, don Miguel.
Margarit Botella, don Desiderio.
Monteagut, don Ramon Pascual.
Perez, don José.
Reig, don José Esteve.

Córdoba.

Aguado, don Roque.
Ariza y Carbonell, don José.
Barciá, don Amador de.
Barroso, don Rafael.
Bastida, don Martin de la.
Benitez, don Cayetano.
Blanco Criado, don Rafael.
Bronet, don José.
Burgos, don Joaquin de.
Cabeza Rodriguez, don Antonio.
Cantillo, don Antonio.
Castillo y Herra, don Alejandro de.
Conde, don Juan M.
Costí, don Cándido.
Cruz y Ulloa, don Manuel de la.
Escudero, don Luis.
Fernandez, don Cristóbal.
Garate y Lopez, don Manuel.
García del Castillo, don Angel.
García Enciso, don F.
Gonzalez, don José Joaquin.
Herrera y Baena, don Juan Antonio.
Jimenez, don Tesijan.
Lara, don Zacarías.
Lopez Bustamante, don Juan.
Luna, don Felipe.
Maravér, don Felicisimo.
Maza, don Gerónimo.
Medina, don Joaquin. (Gobernador de la Provincia).
Melendo, don Miguel.
Mendizabal, don Antonio A.
Moñino, don Rafael.
Morales, don Pedro.
Morales, don Timolao de.
Morillo, don Francisco.
Moure, don Fidel.

Muntadas, don José.
Navarro, don Julian.
Oribe, don Rafael.
Osuna García, don Angel.
Portera y Cámara, don Manuel.
Ramirez de Arellano, don Antonio Rafael.
Rodriguez, don José.
Romá, don Ernesto.
Salado, don Fernando.
Sanchez Guerra, don José.
Santaló, don Estéban.
Toledano, don Antonio M.
Toro y Merlo, don Pedro.
Torres, don Angel de.
Trevilla, don Andrés.
Velasco, don Miguel de.
Vivar, don Leopoldo.

Coruña.

Contí, don Antonio.
Ferén, don José.
Folla, don José.
García Fuertes, don Antonio.
Garrido, don Antonio.
Guarda, don E. de.
Hermosilla, don Eduardo.
Llanos, don Ramon.
Mombiela, don Teodoro.
Montanaro, don Luis.
Monteagudo y Fuentes, don Justo.
Morales, don Juan G.
Neyga y Lopez, don Juan de.
Pardo Suarez, don Antonio.
Solís, don Emilio.
Taboada, don Nicolás.
Tapia, don Federico.

Cuenca.

Miranda, don Fernando.
Sanchez, don Joaquin.

Darnius.

Bigas, don Pedro.
Forniol, don José.
Gorgot, don Juan.
Gorgot, don Pedro.

Daroca.

Ena, don Marcelino.
Esquin, don Bernardino.
Lozano, don Félix.
Ricarte, don Vicente.

Don Benito.

Arbós, don Jaime.
Cáceres, don Rafael.
Cámara, don Vicente.
Diaz, don Cipriano.
Falcon, don Rafael.
Granada Campos, don José de.
Guillen, don Enrique.
Liceo de Don Benito.
Lopez Acedo, don Manuel.
Manzanedo, don Antonio.
Nicolau, don Francisco.
Torres, don Juan de.
Valdés y Quintana, don Pedro.

Écija.

Aguilar Ponce de Leon, don Felipe.
Aguirre, don Joaquin.
Casabon, don Mariano.
Círculo Agrícola Mercantil.
Cobaleda y del Pino, don José M.
Cuadro, don Cristino del.
Fernandez de Bobadilla, don I.
Fernandez Tudela, don F.
García de Soria, don Manuel.
Gonzalez Perez, don José.
Moreno y Campos, don Ramon.
Ortiz y Ortiz, don Ramon.
Ruiz Benitez, don Antonio.

Estella.

Ercazti, don Francisco.
Jaen, don Anselmo.
Ochoa, don Manuel.
Saez de Tejana, don Angel.
Valpuesta, don Valentin.

Estepa.

Aguilar, don Antonio.
Carrero y Gonzalez, don José.
Crespo, don Francisco.
Esquivel, don José S.
Fernandez de Córdoba, don Agustin.
García, don José Joaquin.
Hidalgo, don Francisco.
Lasarte, don Pedro.
Lopez Burilla, don Antonio.
Tellez de la Torre, don Joaquin.

Felanitx.

Barceló, don Pedro Julian.
Caldentey, don Juan.
Carrio y Obrador, don Miguel.
Planas, don Sebastian.
Valls de Padrinos, don Mateo.
Vidal y Salvá, don Damian.

Ferrol.

Amezaga, don Ricardo.
Anton García, don Manuel.
Barnada, don Francisco de P.
Fernandez, don Aquilino.
García Coterillo, don Manuel.
Golpe, don José María.
Gonzalez, don Manuel María.
Lacasi, don Juan Antonio.
Liceo de Artesanos.
Loño, don José.
Llopis, don Juan J.
Perez, don Nicasio.
Romero, don Felipe.
Romero, don Pedro.
Salguero, don Ricardo.
Torres, don José.
Vareda, don Calixto.

Figueras.

Barris, don Raimundo.
Casino Menestral.
Cau, don Ramon.
Jurdá, don Rafael.
Lleonsi, don Manuel.
Marés, don Tomás.
Marqués de la Torre, Excmo. Sr.
Pagés, don Vicente.
Puig, don José de.
Rodeja, don Eduardo. (Alcalde constitucional).

Fregenal de la Sierra.

Croste, doña Catalina.
Dominguez Vargas, don Juan.
Gamero, don Francisco G.
Rosa, don Enrique de la.
Sanchez Arjona, don Rodrigo.
Villar, don Tomás.

Gandía.

Comas, don Gaspar.
Gras, don Ignacio.
Gros, don Ignacio.
Guzman, don Joaquin.
Sanz, don Pascual.

Gerona.

Alsina y Masferrer, don Gerónimo.
Balari, don Fortunato.
Barrau, don José.
Barrera, don Enrique.
Bassols de Rovira, don Ignacio.
Cánovas, don Vicente.
Capmañ, don Pedro.
Chia, don Julian de.
Dagas, don Juan.
Danís, don Emilio.
Durán, don Julio.
Galí, don José María.
Grahit, don Pedro.
Guilayn, don Martin.
Ibrán, don Aniceto.
Junoy, don Manuel.
Marimon, don Francisco.
Moltó, don Felipe.
Monner, don José María.
Montaos, don Miguel.
Montero, don Baltasar.
Navarro, don Miguel.
Ortega, don Ramon.
Pastors, don Joaquin de.
Pastors y Foxá, don Joaquin de.
Planas y Castañer, don Juan.
Pradilla, don José.
Pujol y Santos, don Joaquin.
Quet, don José.
Suarez y Telaya, don Manuel.
Vizcon, don Isidro.

Gibraltar.

Abudaraham, don Moisés.
Chape, doña Ana.
Mannia, don Horacio.

Gijon.

Aceval, don Napoleon.
Barbachano, don Amador.
García Robes, don Manuel.
Gonzalez Llanos, don Estanislao.
Gonzalez Luege, don Juan.
Guerra, don Valentin.
Hernandez Luanco, don Francisco.
Martinez Solares, don José.
Mendicuti, don Domingo.
Moran Lavandera, don Cárlos.
Pola, don Mariano.
Suarez Brabo, don Ignacio.
Truan, don Antonio.
Valle, don Alejandro.

Granada.

Academia de Bellas Artes.
Álvarez, don José.
Arraez de Lledó, doña Dolores.
Audeiro, don Manuel.
Avila, don Nicolás de.
Ballo, don Eduardo.
Benavente, don Manuel G.
Blanco Lucio, don Pablo.
Bueso, don Felipe.
Castellote, doña Josefa.
Centeno, don Francisco.
Colon, don José.
Company, don Julian.
Conar, don Indalecio.
Conde de la Conquista, Sr.
Cordon, don Mariano.
Creus, don Juan.
Chacon, don José.
Chica, don Juan Ramon de la.
Dávila, don Cárlos.
Echevarri, don José María de.
España, don Miguel.
Espejo, don Julio.
Fernandez Cabezas, don Juan.
Galiano, don Vicente.
Genon, don Rafael.
Gomez, don Gerónimo.
Gonzalez Martez, don Eduardo.
Guarnerio, don Vicente.
Heredia, don Salvador.
Herreras, don Emilio.
Lipinar, don José.
Lopez Palma, don Manuel.
Marqués, del Cadimo, Sr.
Mingo, don Felipe.
Moreno Agrela, don M.
Moreno de Reyes, don Enrique.
Muro, don Manuel de.
Pacheco, don Agustin.
Pardo, don Antonio.
Perez Arrastri, don José.
Quesada, don Juan B. de.
Sevilla, don Manuel.
Toledo Muñoz, don José de.
Tossatí, don Salvador.
Valero, don Federico.
Villar, don Lino del.
Villar y Lopez, don Luis.
Vismanos, don José M. de.
Zayas de la Vega, don Mariano.
Zurita, don Antonio.

Gran Canaria.

Biblioteca del M. Iltre. Ayuntamiento.
Leon, don Manuel P. de.
Lopez Dotras, don Antonio.
Navarro, don Nicolás.
Perez Galdo, don Domingo.

Guadalajara.

Academia de Ingenieros del Ejército.
Borrés, don Juan.
Campos, don Ricardo.
García, don Diego.
Gomez y Mañes, don José.
Kindelan, don Sebastian.
Mayoral Medina, don Miguel.
Muzquiz, don José F. de.
Pajares, don Secundino.
Ros, don Ramon de.
Torres, don Salustiano José de.

Guadix.

Arance, don Antonio.
Carrasco, don Torcuato.
Enciso y Caparra, don Fernando.
García Varela, don Gumersindo.
Tárrago y Mateos, don Torcuato.

Guardamar.

Civila, don Antonio.

Guernica.

Albiz, don Gervasio.
Arana, don José Ignacio de.
Aróstegui, don José de.
Gordia, don Lorenzo de.
Lecanda, don José Marcelo de.
Lopez de Calle, don Vicente.
Zarrabeitia, don José Lorenzo de.

Haro.

Ardanza, don Leandro.
Bombin, don Dionisio.
Campo, don Felices del.
Marqués de Cirat y Villafranqueza, Excmo. Sr.
Salazar, don Domingo.
Sociedad la Restaurada.

Hellin.

Codina, don Andrés.
Falcon, don Agustin.
Falcon, don Antonio.
Fernandez, don Francisco.
Lillo, don Reyes.
Rodriguez Falcon, don Manuel.
Rodriguez Vera, don Tomás.
Salinas, doña Manuela.
Surroca, don Antonio.

Hospitalet.

Prast, don Estanislao.

Huelva.

Adalid, don Juan Manuel.
García, don Francisco P.
Jauregui, don José.
Jimenez, don Gregorio.
Monís Quintero, don Elías.
Olanda, don Zóilo.
Quintero y Alvarez, don Manuel.
Riera, don José.
Zafra, don Mariano de.

Huesca.

Aperte, don Mariano.
Armisen, don Mariano.
Calvo, don Benito.
Cano, don Joaquin María.
Castillo, don Joaquin.
García, don Eloy.
Guallart, don Mariano.
Herrero, don Miguel.
Larrosa, don Hilario.
Longoria, don Benito.
Ochoa, don Julian.
Rodriguez, don Fernando.
Villanova, don Manuel.

Igualada.

Ferrer, don Mariano.
Fortuny, don Antonio María.
Mirallers, don José.

Inca.

Ferrá, don José.
Habrés, don Lorenzo.
Rebasa, don Antonio.
Rebasa, don Miguel.

Jaen.

Aguilera, don Francisco.
Almendros Aguilar, don Antonio.
Ayllon y Sanchez, don Bartolomé.
Ayuntamiento, Excmo.
Bonilla, don Luis Vicente.
Carrillo Castejon, don Manuel.
Caspio, don Primitivo.
Elguet, don Cipriano G.
Escuela Normal.
Fernandez de Villalta y Oribe, don Antonio.
García Escribano, don José.
Gilabert, don Antonio.
Gomez de la Riva, don Ramon.
Iturriaga, don Serafin de.
Jaen, don Bernardo F.
Jordana, don José A.
Lagal, don Juan Antonio.
Lopez, don José.
Marcelí, don Fernando.
Martos, don José María de.
Medinilla, don Manuel.
Montoro, don Manuel.
Ochoa, don Antonio de.
Padilla, don Manuel.
Paz Mosquera, don Manuel de la.
Rodriguez de Galvez, don A.
Sagristá, don Manuel.
Sanchez, don Manuel.
Sanchez Vera, don Tomás.
Serrano, don Ramon. (Gobernador de la provincia).

Játiva.

Aliaga, don Félix.
Carbonell, don Francisco.
Casesnoves, don Vicente.
Cerdá, don Vicente.
Coll, don Mauricio.
Cuquerella, don Félix.
Galiano, don Miguel.
Girona, don Manuel.
Leon, don Eduardo de.
Leon, don Rafael de.
Llandés, don Agustin.
Mas, don Pelegrin.
Mata, don Joaquin.
Morales, don Juan.
Morcillo Clalla, don Juan.
Ortoneda, don José.
Rubio, don Pedro.
Soler, don Mariano.
Sumsí, don German María.
Vidal, doña Isabel.

Jerez de la Frontera.

Arroyo, don Rafael.
Bustamante, don Francisco.
Diaz Borrego, don Juan Antonio.
Duarte, don Francisco de P.
Gonzalez y Soto, don Manuel.
Herranz, don José de la.
Perez Lara, don José.

Jerez de los Caballeros.

Baricher, don Guillermo de.
Ceballos y Rico, don Ramon.
Duque de Tilli, Excmo. Sr.
García de Amador, don Cándido.
Lima, don Luis.
Lopez de Ayala, don Ildefonso.
Marqués de Matallana, Exmo. Sr.
Marqués de Rianzuela, Exmo. Sr.
Mejía de Sales, don Fernando de.
Mendez, don José María.
Perez Franco, don Francisco.
Portillas, don José.
Pozo, don Francisco del.
Puché, don Juan José de.
Puerto, don Felipe del.
Sota y Alvarez, don Manuel de la.

Junquera.

Bosch, don Ramon.

La Bisbal.

Catalá, don Narciso.
Clapés, don Narciso.
Galí, don Joaquin.
Grassot, don Cárlos.
Niubó, don Francisco.
Palí, don Pedro.
Piere, don Antonio.
Ronsart, don Francisco.

La Escala.

Bandali, don Valentin.
Gorgot, don Pedro.

Laredo.

Cabezon, don Melchor Estéban.

La Selva.

Magriñá, don José María de.
Solá, don Francisco Javier.

Lérida

Bernet, don Mauricio.
Biblioteca del Consejo provincial.
Biblioteca del Instituto.
Castañ, don Mariano.
Güell, don Francisco.
Llinás, don Bartolomé.
Nuet, don Jaime.
Prim, don José.
Roca, don Francisco.
Romaguera, don José.
Rubiol, don Gaspar.

Linares.

Acedo, don Fernando.
Gomez, don Francisco.
Granados y Rosal, don Luis.
Leon Cárdenas, don Antonio.
Martinez, don José.
Rodriguez, don José.
Sanz, don Estéban.
Velasco, don José Mariano.
Zambrana y Godoy, don Antonio.

Logroño.

Alonso, don Matías.
Brieba, don José.
Capdevila, don Antonio.
Círculo de la Amistad.
Círculo Logroñés.
Echevarría, don Casimiro.
Fernandez, don Diego.
Instituto de 2.ª enseñanza.
Noguera, don Manuel de.
Villalba, don Francisco Javier.

Loja.

Aguayo Gomez, don Antonio.
Campos, Ilmo. Sr. don Joaquin de.
Dominguez y Cantero, Ilmo. señor don Juan.
Geronella, don Julio.
Morales de Arizcum y Sementí, don Juan Bautista.
Ortega y Palacios, don Anastasio.
Ortiz, don Justo.

Lóndres.

Artime, Benjumea y compañía, señores.
Nathan y Wetherell, Horacio, señores.

Lora del Rio.

Almansa, don Bartolomé.
Cepeda Reina, don Juan.
Galludo, don Antonio.
Montalvo, don Manuel.
Sanchez, don José.

Lorca.

García Alcaraz, don Ginés.
Mazon, don Juan.
Perez Millan, don Miguel.
Romero, don José.
Sanchez, don Tomás.

Lucena.

Alvarez de Sotomayor, don Eduardo.
Alvarez de Sotomayor, don Federico.
Alvarez de Sotomayor, don José.
Aznar de Leon, don Félix.
Beltran y Gallardo, don Manuel.
Carmona y Ramos, don Pablo.
Diaz, don José María.
Gordon Brito, don José de.
Lasta, don Pedro.
Martinez Bueso, don José.
Nieto Tamarit, don Rafael.
Pascual Gimenez, don Manuel de.
Rico y Navarro, don Francisco.
Ruiz de Algar, don José.
Ruiz de Castroviejo, don José.
Serrano, don Luis.

Lugo.

Biblioteca provincial.
Blanco, don Manuel M. J.
Camba, don Antonio.
Dominguez Acebedo, don Antonio.
Lago, don Rafael L. de
Pardo Dominguez, don Manuel.
Vila, don Félix.

Madrid.

Acha y Alvarez, don Tomás.
Aguirre, Excmo. Sr. don Joaquin.
Almansa, don Andrés.
Almansa, don Juan de Dios.
Alonso, don Pedro.
Alvarez, Excmo. Sr. don Ángel.
Alvarez, Excmo. é Ilmo. Señor don Gabriel.
Andía, don Antonio.
Andrade, don Antonio.
Arana y Clavero, don Ramon.
Arenas, don Valentin.
Avilés, don Juan.
Banquerí, doña Gloria.
Baños Navarrete, Excmo. Señor don José.
Baqués, don Fernando.
Barrera, Excmo. Sr. don Fulgencio de la.
Belloso, don Basilio.
Bernal, don Camilo.
Biblioteca Nacional.
Biblioteca del Senado.
Blanco, don Antonio María.
Bonafós, Excmo. Sr. D. Cayetano.
Bonilla, don Eusebio.
Botella, don Francisco.
Brieva, don Santiago.
Brochero, don José.
Busto, don Andrés del.
Candalijas, don Nicolás.
Cañedo, don Pedro C.
Castelló, don Juan.
Castilla, don Antonio.
Castro, don Alejandro de.
Catalina, don Manuel.
Cepeda, don José.
Conde de Torrejon, Excmo. Sr.
Conde de Torres Cabrera, Excelentísimo Sr.
Condesa viuda de Torrepando, Excma. Sra.
Coro y Berecibar, don Agustin de.
Cortés, don Cárlos.
Cortina, don Manuel.
Corzo, Excmo. Sr. don Antonio.
Cuervo, don José.
Chavarrí, don Basilio.
Diaz Perez, don Luis.
Diez, don José.
Diez, doña Matilde.
Direccion de Administracion Militar.
Direccion de Contabilidad.
Direccion de Impuestos públicos.
Direccion del Tesoro.
Duque de Escalona, Excmo. Sr.
Duque de Medinaceli, Excmo. Sr.
Duque de Sexto, Excmo. Sr.

Duque de Tetuan, Excmo. Sr.
Falomir, don Valentin.
Febrer, don Jacobo.
Fernandez Aquedo.
Fernandez de la Rua, don Vicente
Figuerola, don José.
Flores, don José.
Gadea Botelló, don José.
Gaissé, don Julio.
Gallo, don Miguel.
Garay, don José María.
Garay, don Víctor de.
García Caballero, don Félix.
García, don Juan Antonio.
Gippini y Pangelini, don Pablo.
Givernau y Subirá, don Nicolás.
Goicorrotea, Excmo. Sr. don F.
Gomez Caminero, don Gregorio.
Gomez de la Mata, don Agustin.
Gonzalez, don Sebastian.
Gris Benitez, don Simon.
Guevara, doña Joaquina.
Gulman, don Federico.
Heraso, don José.
Hernandez, don Luis.
Hernandez, don Raimundo.
Hernandez, don Vicente.
Herrera Varona, don Félix de.
Hestrosa, don Mariano.
Ibañez, doña Micaela.
Igelmo, don Pablo Nicolás.
Imasa, don Rafael.
Infante, Excmo. Sr. don Facundo.
Laá, don Guillermo.
Lamadrid, doña Teodora.
Larra, don Eugenio de
Laveron, don Francisco.
Ledesma, doña Clotilde.
Lopez, don Isidoro.
Lopez, don José María.
Lopez, Excmo. Sr. don Manuel Salvador.
Lorente, don José.
Lozano, don Patricio.
Llasera, Excmo. Sr. don Ignacio.
Llorente, don Manuel.
Madoz, don Braulio.
Manzanedo, don Gabriel.
Marco, don José.
Mareda, doña Dolores de.
Marqués de Camarasa, Excelentísimo Sr.
Marqués de Casa Córdoba, Excelentísimo Sr.
Marqués de Cerdeñola, Excelentísimo Sr.
Marqués de Salas, Excmo. Sr.
Marqués de Torrecilla, Excelentísimo Sr.
Marqués de Valmediano, Excelentísimo Sr.
Martin, don Estéban.
Martinez, don Juan.
Mendez y Gonzalez, don Florencio.
Migueles, don Francisco.
Millan, don Juan.
Minguet y Banqués, don Mariano.
Ministerio de Estado.
Ministerio de Fomento.
Ministerio de la Gobernacion.
Ministerio de Gracia y Justicia.
Ministerio de la Guerra.
Ministerio de Hacienda.
Ministerio de Marina.
Ministerio de Ultramar.
Miranda, Excmo. Sr. don Santiago.
Moneda, don Juan Nicolás de la.
Mora Chies, don Santiago.
Morales, don Vicente.
Moriñigo, don Juan Antonio.
Mota, don Eugenio.
Moyano, Excmo. Sr. don Claudio.
Muñoz Caravaca, don Joaquin.
Navarro de Banqueri, doña Rosa
Obregon, don Tirso de.
Ocaña, don Juan.
Onís, don Cárlos de.
Ortiz Aguilar, don Raimundo.
Pajares Montenegro, don Manuel.
Patriarca de las Indias, Excmo. é Ilmo. Sr.
Perez Caballero, don José María.
Perez, don Manuel.
Pertierra, don Joaquin.
Porte, don Antonio de la.
Posadillo, don Francisco de.
Pozas, don Ángel de las.
Rada, don Juan de Dios de la.
Ramos, don Manuel.
Remon de Moncada, don José.
Reus, don José.
Rodriguez, don Isidro.
Rodriguez Correa, don Ramon.
Rodriguez Golffé, don Salustiano.
Rodriguez Leal, don Ramon.
Rodriguez, don Vicente.
Romea, don Julian.
Rosado, don Fernando.
Ruiz, don Joaquin María.
Sanchez, don José.
Sanchez Ocaña, don Epifanio.
Sanz Zornoza, don Luis.
Secade, don José María.
Serrano, don Eduardo.
Siria, don Ignacio de.
Sisterne, don Luis.
Suarez, viuda de Requena, Excelentísima Sra. doña Angela.
Suarez y Tascon, don Maximiano.
Tejada, don Ezequiel de.
Tenreiro, don Francisco.
Tolosa y Casadeval, don Antonio.
Tomé, don Juan María.
Toran, don Juan.
Torre del Real, don Félix.
Trillo, don Enrique.
Urquidi, don Ricardo.
Utrilla, don Juan.
Valdés y Argüelles, Excmo. Señor don Perfecto.
Valero, don José.
Valle, don Juan María del.
Vazquez don Domingo.
Velasco é Ibarrola, don Santiago.
Verde Montenegro, don José M.
Villamartin, don Evaristo.
Villaoz, don Ignacio María.
Villutti, don José.
Vital, don Isidoro.
Vizconde del Ros, Excmo. Sr.
Zozaya, don Genaro.

Mahon.

Abeya, don Fermin.
Alberti, don Joaquin.
Balboa, don José María de.
Berotean, don José M.
Bofill, don Jaime.
Bosquets, don Tomás.
Calderon, don Francisco.
Cardona, don Juan Cárlos.
Carreras, don José.
Escape, don Francisco.
Febrer, don Rafael.
Femenias, don Rafael.
Fermoso, don Antonio.
Fernandez Aramburu, don M.
Ladico, don Speridion.
Lameyer, don Federico.
Lassaletta, don Manuel.
Mercadal, don Bartolomé.
Moncada, don Jaime.
Olives, don Guillermo.
Paredes, Excmo. Sr. don José G. de.
Rodriguez Trelles, don José.
Taltabull, don Juan.

Málaga.

Academia de Bellas Artes.
Alonso, don Santiago.
Andrade, don Antonio.
Anguita, don Joaquin.
Aparicio, don Francisco de.
Arias, don José.
Barranco, don Miguel.
Beleña, don Vicente.
Calafat, don E.
Cámara, don Manuel de la.
Campuzano, don Leonardo.
Canales, don Juan Bautista.
Candalija, don Francisco de P.
Carcer, don Francisco.
Carrera, don Nicolás.
Castellana, don Isidro de.
Ceulino, don Pedro.
Clemens, don Juan.
Corro de Bresca, don Luis.
Crooke, don Adolfo.
Crooke, don Eduardo.
Crooke, don Enrique.
Cuenca, don Juan de.
Delius, don Adolfo.
Diaz, don Francisco de P.
Enriquez, don Manuel.
Espallargas, don Marcelino.
Esteve, don José.
Fernandez Ballam, don Pedro.
Fernandez, don José.
Ferradas, don Miguel.
Ferrer Rittwagen, don Joaquin.
Flores, don Antonio de.
Francés, don José.
Franquelo, don Eduardo.
Franquelo, don Narciso.
Franquelo, don Ramon.
Galin Delgado, don Juan.
Garrido Burgos, don José.
Gomez, don Ignacio.
Gomez, don Pedro.
Gonzalez Reyna, don Francisco.
Gonzalez, don José Antonio.
Grana, don Enrique.
Grinda, don Teodoro.
Grund, don Constantino.
Guardia, don José.
Guerrero, don Antonio.
Guillen Buzarán, don Juan. (Gobernador militar.)
Heredia, don Martin.
Heredia, don Tomás.
Hernandez, don Francisco.
Herrera, don Juan Bautista.
Huelin, don Cárlos.
Hurtado, don Antonio.
Iglesias, don Felipe.
Imbert, don José.
Jimenez Villavicencio, don M.
Karten, don Guillermo.
Lara, don José Rafael de.
Lengo, don Arturo.
Leon, don Anselmo de.
Lopez, don Alejo.
Lopez de Cisneros, don Angel.
Lopez Charlier, don Antonio.
Lopez, don Eladio.
Lopez, don José Ignacio.
Lopez, don José María.
Lopez, don Mariano.
Mandly, don Manuel.
Marcel, don José.
Martinez de la Vega, don Juan.
Molina, don Antonio de.
Morales, don E. A.
Moratinos, don Nicasio.
Moro, don Gregorio.
Mullouy, don José María O.
Pacheco, don Antonio.
Padilla, don Maximino.
Paez, don Gerónimo.
Pancorbo, don Manuel.
Paniagua, don Pascual.
Paraseda, don Antonio.
Pareja y Aguayo, don Francisco.
Perez, don José.
Pescio, don Luis.
Ponce, don José.
Pries, don Adolfo.
Ramos Tellez, don Gaspar.
Rein, don Guillermo.
Revert, don Joaquin.
Rey, don Angel.
Rivero Peñas, don José.
Rodriguez Blanco, don Andrés.
Rojo, don Francisco.
Romero, don Alberto.
Rubio, don Manuel María.
Ruiz, don José.
Sancho, don José.
Santiago, don José F.
Santos, don Emilio.
Schell hermanos, Sres.
Solá, don Francisco de P.
Soliva, don José.
Soto, don Enrique.
Souviron, don Manuel.
Sturlo, don Rafael.
Suarez, don Diego.
Teran, don Adolfo de.
Toro, don Antonio de.
Triguero, don José.
Trigueros, don Alfredo.
Tudela, don Joaquin.
Valle, don Enrique del.
Varela, don Federico.
Vela, don Leonardo.
Velazquez Dominguez, don Francisco.
Vergara, don Salvador.
Zamorano, don Andrés.
Zorrilla, don Cárlos.

Mallorca.

Caymarí, doña N.
Círculo Mallorquin.
Coronel de Ingenieros, Sr.
Coronel del regimiento de Mallorca, Sr.
Duque de la Union de Cuba Excmo. Sr.
Ferragut, don Mateo.
Ferrer, don Maximino.
Fuster, don Felipe.
Fuster del Villar, don Juan.
Gelabert, don Pedro Antonio.

Hediger, Excmo. Sr. don Victoriano.
Intendente militar, Ilmo. Sr.
Llombart, don Antonio.
Marqués de Ariany, Excmo. Sr.
Obispo de Mallorca, Excmo. é Ilmo. Sr.
Oliver, don Jaime.
Ossorio, don Pedro Dameto de.
Palou de Comasema, don Juan.
Quint Zaforteza, don José.
Ripoll y Palou, don Juan.
Socías, don Juan Bautista.
Vich, don Juan.
Vilallonga, don Antonio.
Villallonga y Aguerre, don Cárlos.
Vilallonga, don Manuel.
Vilallonga, don Mariano.

Manacor.

Bassa, don Andrés.
Domenge y Mas, don Miguel.
Ferrer y Mas, don Antonio.
Ferrer y Salas, don Antonio.
Franco, don Francisco G.
Palmer, don Pascual.
Riera, don Francisco.

Mancha Real.

Carrillo, don José.
Galban Villanueva, don Joaquin.
Gomez, don Pascual.
Herrera Torres, don Joaquin.
Lopez, don Cárlos.
Lopez Espila, don Leon.
Vilche, don Rafael de.

Manresa.

Griñó, don Manuel.
Herp, don Ramon.
Puig, don Joaquin.
Sanfeliu, don Angel.
Serra, don Francisco.
Trias, don Felipe.
Valles, don Mariano.

Marchena.

Aguilar y Martel, don Antonio.
Cortina Valera, don José.
Diez de la Cortina, don José.
Leguey, don José.
Navas, don Domingo de las.
Ruiz Bolivar, don Ramon.
Ternero, don José.
Ternero, don Manuel.
Torres, don José María.

Marin.

Benito Garzon, don José.
Salguero, don Rafael.

Marquina.

Areyzaga, don José M. de.
Condesa de Peña Florida, Sra.
Elorza de Suinaga, doña Josefa.
Gogeascoechea, don Ignacio.
Gogeascoechea, don Manuel I.
Valle, doña Amada del.

Martos.

Alvarez Cienfuegos, don Antonio.
Carnero y Lopez, don Manuel.
Castilla, don José Teodoro.
Codes, don Máximo de.
Escobedo, don Mariano de.
Lopez Teba, don Manuel.
Lopez Feliu, don Ramon.
Molino, don Francisco.
Muñoz Valenzuela, don Manuel.
Ortega, don Juan.
Serrano, don Juan.
Sotomayor, doña Leonor.
Sotomayor, don Rafael.
Valenzuela Cruzado, don José.

Mataró.

Biada Ramon, don Antonio.
Fonrodona y Vila, don Pompeyo.
Kayser, don Antonio.
Pardini Alsina, don José.
Prat y Grau, don Salvador.
Rabella, don José Antonio.
Serra y Carbonell, don Pompeyo.

Mérida.

Astorga, don Antonio.
Becerra, don José María.
Ceballos, don Victoriano.
Delgado y Ayala, don Fernando.
Moreno y Bailen, don José.
Toresano y Barrantes, don Benito

Moguer.

Carranza y Ortega, don José.
Flores, don Antonio.
Franconi, don Manuel.
Gomez Carmona, don José.
Hernandez Pinzon, don Antonio.
Iñiguez Pinzon, don R.
Lozano, don Manuel.
Perez Ventana, don Celestino.
Rasco y Herrera, don José J.
Saenz, don Faustino.
Saenz, don José.
Sanchez Mora Dominguez, don José.
Trujillos, don José.
Ventana, don José María.

Montblanch.

Bueno, don Meliton.
Monné, don José.
Sabaté, don Buenaventura.

Monforte.

Fraga y Becerra, don Ramon.
Iglesias San Gil, don Pedro.
Somoza Saco, don Manuel.

Monovar.

Alfonso, don Joaquin.
Bayona, don José.
Casino de Monovar.
Cerdá, don Salvador.
Perez Mira, don Antoliano.
Perez, don Ciro.
Perez Albert, don Demetrio.
Perez Poyá, don Miguel.
Perez, don Tomás.
Poyá, don Juan José.
Prats, don Francisco.
Rico Perez, don Daniel.
Rius, don José.
Verdú y Perez, don Joaquin.
Verdú y Rico, don Marcial.
Verdú y Rico, don Mariano.
Vidal, don Alvaro.
Vidal, don José.

Montellano.

Carbacho Reyna, don Antonio.
Carbacho Romero, don Juan.
Sanchez y Sanchez, don Pedro.

Montilla.

Aguilar Tablada y Rioboo, don José.
Alvear, don Cárlos.
Arjona Repiso, don Francisco.
Benitez, don Manuel.
Cuesta, don Amador de la.
Góngora Palacio, don Francisco.
Guzman el Bueno, don Antonio.
Lopez Moriana, don Antonio.
Moreno Ortiz, don Antonio.
Polo, don Bartolomé.
Polonio, don Mariano.
Rodriguez Gonzalez, don José.
Tablada Blanco, don Joaquin.
Toledana y Gutierrez, don Juan.
Tres-palacios, don Antonio.
Tres-palacios, don Diego.
Vaca Perez, don Luis.

Montoro.

Alcalá, don Bartolomé.
Gomez, don Antonio E.
Higuera, don Antonio.
Isla, don Eugenio.
Quintana, don José M.

Monzon.

Roxlo, don José.

Moron.

Campo, don José de.
Carmona, don Joaquin.
Diaz de Mayorga, don Ramon.
Fernandez, don Juan Bautista.
Galan, don Pablo.
García de la Mora, don José.
Janer, don Juan José.
Sanchez, don Alvaro.

Motril.

Barranco, don Francisco.
Diaz Arenas, don M.
Eluminati, don José A.
Flores, don Manuel de.
Gallardo, don Marcelo.
Garbayo, don J. Fernando.
Micas, don Antonio B.
Rojas, don Ricardo.
Vasco, don Juan A.

Murcia.

Alix, don Ramon.
Ballester, don José.
Biblioteca provincial.
Cambronero, don José María.
Cañadas, don Andrés.
Caquia, don José.
Cayuela, don José de.
Conde de Roche, Excmo. Sr.
Escolá, don Manuel.
Flores, don Juan Antonio.
Fontes, don Joaquin.
Godinez, don José M.
Gomez, don Francisco.
Guardia, don Andrés de la.
Guerra, don Leopoldo.
Lafuente, don Antonio.
Lopez, don Antonio.
Lopez Somalo, don Juan.
Manresa, don Federico.
Melgarejo, don Francisco.
Marqués, don Antonio M.
Marqués del Campillo, Excmo Sr.
Marqués de Ordoño, Excmo. Sr.
Montesino, don José.
Miró y Gosalves, don Rafael.
Pellur, don Fernando.
Perez de los Cobos, don Cristóba.
Pigueras, don Francisco.
Ponce de Leon, don Francisco.
Pons, don José.
Sanchez Vidal, don Bernardino.
Toledo, don Nicolás A. de.
Torres, don Gerónimo.
Usera, don Francisco.
Villar, don José del.

Muro.

Alonso, don Federico.
Estéban, don José María.
Gosalbes, don Francisco.
Solbes, don Trinitario.
Such, don Cayetano.

Novelda.

Artibucilla, doña Juana.
Cantó, don Pascual M.
Escolano Escandell, don Tomás.
Lledó, don Francisco.
Llobregad, don Gregorio.
Navarro, don Manuel.
Rico de Penalva, don Gregorio.
Seller, don José.

Ocaña.

Casino de la Juventud.
Ortiz y Moreno, don José.

Olivenza.

Arteaga, don Javier.
Fuentes, don Juan.
Gil, don Francisco.
Gomez, don José.
Gomez, don Manuel.
Gonzalez, don José.
Mira, don Narciso.
Monra, don Gonzalo.
Parra, don Victoriano.
Solo de Zaldivar, don Juan.

Olot.

Deu, don Juan.
Ordetx, don Tomás.

Onda.

Aguilella, don Antonio.
Bas, don Francisco de.
Fabregat, don Antonio.
Gargallo, don Francisco.
Ten, don Ricardo.
Tortosa, don Bartolomé.

Orense.

Caneda, don Emilio A. de.
Gonzalez Villanueva, don José.
Landabur, don Dionisio.
Mateo de Arcos, don Juan.
Olcina, don Ramon.
Orihuela Reig, don Blas.
Paredes, don Emilio.
París, don Ramon.
Temes, don Juan E. de.
Vila, don Narciso.

Osuna.

Arizaga Cañaveral don Manuel de.
Cepeda, don Manuel de.
Govantes, don Cristóbal.
Muñoz del Pozo, don Eugenio.
Negro, don Cayetano.
Torres, don Cristóbal.
Torres Linero, don Francisco.
Varona, don Juan María.

Oviedo.

Argüelles, don Victoriano.
Biblioteca de la Universidad.
Collar don Prófimo.
Cuervo, don Joaquin A.
Cuitora, don José María.
Fortuní, don José María.
Ganda, don Ignacio.
Gomez Calderon, don Manuel.
Gonzalez Valdés, don Pedro.
Herrero, don Ignacio.

Llanes, don Víctor.
Martinez y Romo, don Eugenio.
Meana Acebal, don Clemente.
Mendez de Vigo, don Francisco.
Montes, don Jaime.
Murias y Belon, don José.
Posada y Huerta, don José.
Prado, don Nicanor del.
Prieto, don Pelayo.
Quirós, don Antonio Bernardo.
Revenga, don Meliton.
Sociedad Enonómica de Oviedo.
Uria, don Enrique.

Padron.

Baltar, don Angel.
Caula, don V.
Dieste y Lois, don Antonio.
Dominguez, don Antonio.
Erosa y Fontan, don Domingo.
Gonzalez, don Joaquin.
Losada y Quiroga, don Benito.
Mariño, don Ramon,
Sanchez Pereiro, don Antonio
Sanmartin del Rio, don José.
Soto y Alcalde, don Félix.

Palafurgell.

Barris, don Pedro.
Ginesta, don P.
Miranda, don Eduardo.
Praxa, don Antonio.
Torroella, don Salvador.

Palamós.

Villanueva, don Francisco.

Palencia.

Alcaraz, don J.
Alonso, don Agustin.
Alvarez Lopez, don Manuel.
Caballero, don Dionisio.
Cuadrado, don Rafael.
Dominguez, don Joaquin.
Gavaldá, don Federico.
Gonzalez Andrés, don Donato.
Herrero, don Pascual.
Instituto Provincial.
Lanchares, don Tomás.
Martinez Lopez, don Gabino.
Martinez, don Juan.
Molina, don Fermin de la.
Pajares, don Mário.
Rio, don Juan del.
Rodriguez, don Eduardo.
San Juan, don Pedro de.
Santos Cid, don Facundo.
Soba, don Cayetano.
Sociedad del Casino.

Palma.

Hidalgo, don Rafael.
Liñan, don Juan A.

Pamplona.

Abarrategui, Excmo. Sr. don Juan Pedro de. (Gobernador)
Alfonso, don J.
Alzugaray, don Gregorio.
Arraiz, don Vicente.
Azparren, don Francisco.
Barricarte, don Antonio.
Bescansa, don Vicente.
Bobadilla, don Mauricio de.
Calero, don Rafael.
Campion, don Rodrigo.
Casino Pamplonés.
Cayuela, don Justo.
Celay, don Juan.
Colmenares, don José Javier de.
Diputacion Provincial, por dos ejemplares.
Elorz, don Eusebio de.
Erviti, don Joaquin.
Escartin, don Javier.
Fernandez, don Angel.
Fernandez, don Dimas.
Ferrer, don Ramon.
Fortun, don Fortunato de.
Galdiano, don Estéban.
Gandiaga, don Tadeo de.
García Herreros, don Ciriaco.
García Abadía, don Juan.
Gaston, don José María.
Gimenez Martinez, don Estéban.
Goñi, don Isaac.
Gorriz, don Pedro E. de.
Grados, don Vicente.
Igurquiza, don Lúcas.
Ilarregui, don Pablo.
Inda, don Teodoro.
Irartorza, don Bartolomé.
Iturralde, don Tomás.
Jáuregui, don Valentin María de.
Labastida, don Benigno de.
Lardey, don Santiago.
Mata y Oneca, don Serafin.
Navas, don Miguel.
Novo, don Diego.
Nuevo Casino de Pamplona.
Ordoñez, don Manuel.
Perez de Eulate, don Teodoro.
Periquet, don Francisco.
Ribed, don Juan Pablo.
Ripa, don Rafael.
Rius y Rosell, don Antonio.
Rosich, don Joaquin.
Sacanell, don Joaquin.
Samaniego, don Ramon.
San Miguel, don Teodoro.
Santa Cruz, don Rafael.
Santos, don Manuel.
Santos, don Vicente.
Sanz y Lopez, don Cesáreo.
Sobrino, don José.
Sociedad de la Constancia.
Zabalza, don Nicasio.

Plasencia.

Alvarez Elocial, don Francisco.
Calle, don Anselmo.
Carvajal, don Eusebio.
Delgado de la Calle, don Juan.
Diaz Agueró, don Ezequiel.
Diaz de la Cruz, don Manuel.
Lopez, don Juan Antonio.
Marchamalo, don Miguel.
Ros Biosca, don Godofredo.
Rosado, don Juan Antonio.

Pollensa.

Albis, don Juan.
Aloy, don Pedro.
Canaves, don Tomás.
Llovera y Canaves don Miguel.

Pontevedra.

Baeza, don Joaquin.
Bruquetas, don Ricardo.
Casino, El Liceo.
Castro y Barceló, don Francisco.
Dios, don Prudencio.
Garza, don Ramon V.
Hernandez Somoza, don Joaquin.
Lago, don Constantino.
Martinez Gonzalez, don Francisco
Matoe, don Eduardo.
Mendez Nuñez, don Isidro.
Patiño, don Eduardo.
Patiño, don Luis.
Sagasta Mateo, don Pedro.
Sancho, don Francisco.
Saracho, don Enrique.
Uceda, don Manuel de.

Priego.

Aguilar y Arjona, don José.
Alcalá Zamora, don Gregorio.
Alcalá Zamora y Franco, don José
Durango, don Gregorio G.
Lozano Infante, don Fausto.
Ortega, don Vicente.
Rubio y Arias, don Antonio Mar.
Ruiz Torres, don Guillermo.
Serrano, don Antonio.
Serrano y Leon, don Rafael.
Torres Vidro, don Manuel.

Puenteareas.

Sanchez, don José María.
Suarez, don Juan.

Puente Genil.

Morales, Ruiz, don Antonio.
Padilla, y Parejo, don José.
Parejo y Reina, don Leopoldo.
Velez, don Antonio José.

Puerto de Santa María.

Aguirre, don José Manuel de.
Alberti, don Agustin de.
Aldaz, don Fermin.
Ayllon, don Mariano E.
Colon, don Enrique.
Febrés, don Joaquin.
Fernandez Cumbreras, don F.
Gimenez, don Manuel.
Grosso, don Francisco.
Miranda, don José M. de.
Patterson, don Guillermo.
Prat, don Pedro.
Ruiz Moreno, don Manuel.
Vega, don Luis de la.
Vergara, don Francisco de P.

Puerto Real.

Bárcena, don Domingo D. de la.
Bárcena, don José de la.
Barragas, don Manuel.
Castillo don Francisco del.
Izquierdo, don Juan.
Malvido, don Francisco.
Ordoñez, don Juan.
Perez Aróstegui, don Francisco.
Pley, don Francisco.
Pompas, don Matías.
Rojas, don Luis de.
Segura y Olmedo, don Juan de.
Villavicencio, don Rafael.

Renteria.

Arismendi, don Saturio de.
Arrache, don José.
Gamon, don Rafael.
Gamon, don Teodoro.
Lecuana, don Salvador.
Londaiz, don Ramon.
Olaciregui, don Ramon.
Picavea, don Manuel.
Sorondo, don Estéban.
Tabuyo, don Miguel.

Reus.

Bañolas, don Ramon.
Cabot, don Sebastian.
Estivill, don Antonio.
Fonts, don Mariano.
Gasset y de Messina, don F.
Gomis, don Federico.
Monzon don José.
Odena, don Pedro.
Pamies, don José María.
Peletier, don Marcial.
Soler y Figuerola, don Pablo.
Soulere, doña Emilia A.
Viñes, don Antonio.

Riba.

Abelló, don Buenaventura.
Pamies, don Salvador.

Rivadavia.

Gonzalez Araujo, don Juan.
Ojea, don José de.
Palacios, don Isidro.
Rivera, don Cesáreo.

Rivadeo.

Perez Villamil, don Francisco

Roda.

Arce, don Gabriel de.
Bastida, don Antonio.
Benabindes, don Mariano.
Escobar, Escobar, don José.
García, don Francisco.
Juan y Seva, don Tomás.
Muñoz, don José Antonio.

Sabadell.

Barata, don Domingo.
Brujas y Romeu, don José.
Buxeda, don Domingo.
Casajoana, don Felipe.
Corominas, don Joaquin.
Corominas, don Juan B.
Cortada, don Jaime.
Cruz, don Rafael.
Deu, don Antonio.
Figueras, don Juan.
Fontanet, don Juan.
Girbau, don Francisco.
Gorina y Borrell, don Juan.
Llonch, don Félix.
Pagés, don Juan.
Planas, don Ramon.
Puig, don Buenaventura.
Regaslura, don José.
Ribot, don Feliciano.
Romeu, don Silvestre.
Sellarés, don Juan.
Sirera, don Juan.
Subirana, don José.

Salamanca.

Bomati, don Vicente.
Ceballos Escalera, doña Angela.
Céspedes, doña María Ignacia de.
Cuervos, don Mariano.
Hernandez Gutierrez, don Lopez.
Lafuente, don Eustaquio.
Maldonado Carbajal, don Agustin
Marqués del Bado del Maestre, Sr.
Solís y Azcona, don Antonio de.

San Feliu de Guixols

Andreu, don Sebastian.
Arxé, don Felipe.
Buchanall, don Jaime.
Daltabuit, don Francisco.
Domenech, don José de.
Fraginals, don Joaquin.
Girbal, don Manuel.
Maury, don Daniel.
Pascual, don José.
Patxot, don Rafael.
Prats, don Cipriano.

Rosa, don Antonio.
Zanon, don Fernando.

San Fernando.

Aceituno, don José.
Baturone, don Manuel.
Cañizares, don José.
García, don Angel.
García, don José.
Gomez Serrano, don José.
Gutierrez Otero, don Bernardo.
Herrera, don Enrique.
Martinez Caño, don Rafael.
Mota, don Federico.
Sanchez Angulo, don Cristóbal.
Santaló, don Federico.

San L. de Barrameda.

Angioletti, don Juan J.
Araiz, don Félix.
Colon, don Juan.
Cruz de Algorta, don Juan.
Diaz Tezano, don Ramon.
Dutriz, don Antonio.
Gonzalez Barriga, don Cayetano.
Guzman, don Manuel.
Larraz, don Ramon.
Manjon, Sra. viuda de.
Marqués de Espínola, Excmo. Sr.
Marqués Hidalgo, don Francisco.
Matheos y García, don Francisco.
Matheu, don A.
Matheu, don Juan Pablo.
Millan, don Francisco.
Monzaneli, don Pedro.
Rodriguez, don Joaquin.
Rodriguez, don Pedro.
Salmon, don Vicente.

San Sebastian.

Aguinaga de Bouquet, D.ª Josefa
Aguirre, don Bernabé de.
Aguirre Miramon, don José M.
Altamira, don Antonio.
Alzate, don Lorenzo.
Arceluz, don José María.
Arceluz, don Ramon.
Arguiñarena, don Calixto.
Aristeguieta, don Joaquin de.
Aristizabal, don Benito.
Arrillaga, don José María de.
Arruti, don Dionisio.
Artazcoz, don Miguel María de.
Artola, don José María.
Bardí, don Juan.
Berasategui, don Ramon.
Bitrian, don Francisco.
Calbeton, doña Josefa de.
Castro, don Angel Iñigo.
Denghen, don Pedro.
Diez de Güemes, don Luis.
Echagüe, don Francisco.
Echave, don Miguel.
Echeberría, don Dionisio.
Echeberría, don Fausto.
Echeberría, don Pedro Nolasco
Emparanza, don Ramon.
Estenaga, don José Felipe de.
Fernandez de C. doña Cristina.
Galo Aguirresarove, don José.
Garaiburu, don Francisco.
Goicochea de Herraiz, doña María del Rosario de.
Gomendio, don Estéban.
Gonzalez Luna don Ramon.
Guereca, don Ramon Antonio de.
Heriz, don Roque de.
Hermosa, don Fernando.
Ibero, don José Angel.
Ibiñaga, don Cláudio.
Landa, don José María.
Lascanotegui, don Justo.
Lasurtegui, don José de.
Latierro, don Cirilo.
Leizaur, don Joaquin.
Lopetedi, don Francisco.
Machimbarrena, don Fermin.
Manterola, don Gregorio.
Martí y García, don Antonio.
Martinez y Baños, don Manuel de.
Martinez de la Escalera, don M.
Martinez y Baños, don Pedro de
Mendizabal, don Joaquin de.
Mercero, don José Luis.
Muñoa, don Márcos A.
Navarro, don Antonio.
Oa, don Antonio.
Ordozgoiti, don José Vicente de.
Orendain, don José Francisco de.
Otuzas, don Miguel.
Parga, don Antonio Vicente de.
Pazos de Fernandez, doña Emilia.
Peña, don Domingo.
Peña, don Julian.
Pierrard, don Fernando de.
Queheille, don Juan.
Queheille, don Pedro María.
Reino, don Francisco.
Santesteban, don José Juan.
Sanz, don Eleuterio.
Silva, don Emilio.
Tabuyo, don Ignacio.
Yarza, don José María de.
Zinza, don José A. de.

Santander.

Abarca, don Alfredo de.
Abarca, don Juan de.
Abascal, don Pedro.
Ablanedo, don Manuel.
Alix, don Pedro.
Asas, don Julian.
Ateneo Comercial.
Avellano, don Julian.
Belloso, don Gerónimo.
Barba, don Estanislao.
Cagigal, don Genaro.
Camarmes, don Angel.
Carreras, don Felipe.
Casado, don Ambrosio.
Círculo de Recreo.
Corral, don Manuel.
Cortiguera, don Eduardo.
Cortiguera, don Eugenio.
Diaz, don Benito.
Diaz, don Felipe.
Dou, don José María.
Echarri, don Leon.
Escuder, don Cayetano.
Fernandez, don Amadeo.
Fernandez, don Modesto.
Ferrer y Garcés, don José.
García de la Llama, don Juan.
García Allende, don R.
Gonzalez, don Bernardino María.
Gutierrez, don Agustin.
Herran, don Pedro de la.
Herrera, don Juan.
Herro, don Ildefonso.
Illera, don Mariano.
Instituto de Santander.
Laparte, don Joaquin de.
Lopez, don Alejandro.
Lopez Bustamante, don Javier.
Mallo, don José María.
Martin don Pedro.
Mejou y Lanelon, don Luis.
Menjon y Moreno, don Ambrosio.
Moreno, don Estéban.
Movinkel, don Matías.
Odriozola, don Nicolás.
Olarán, don José María.
Olarán, don Ricardo.
Pascual, don Pablo.
Pedraja, don Juan de la.
Plata, don Antonio.
Pombo, don Arturo.
Porrua, don Ricardo.
Portilla, don Ignacio.
Quintanilla Lopez, don Sinforoso.
Regatillo, don Benito.
Regatillo, don Simon.
Régules, don José.
Revilla, don José María de la.
Rodriguez, don Aniceto.
Ruiz Zavala, don Aurelio.
Santisteban, doña Eustaquia de.
Setien, don Víctor.
Sociedad Lírica.
Soto, don Federico.
Trio, don Juan José.
Vial, don Aníbal.
Zorrilla, don Santos.

Santiago.

Andrey, don José.
Barros, don Hipólito.
Botana, don José Ramon.
Caballero, don Ignacio.
Elcicegui, don Santiago.
Junquera, don Antonio.
Martinez de la Riba, don Vicente.
Mosquera Montes, don Ramon.
Mourelle, don Francisco Javier.
Nieto, don Andrés V.
Prado, don Manuel.
Rodriguez Ribas, don José.
Sirgueras, don Pedro.
Sobrino, don Miguel.
Udí, don Fermin.
Varela Cadabal, don José.
Varela de Montes, Excmo. Señor don José.

Sevilla.

Aceña, don Juan de la.
Adame, don Enrique.
Alegría, don Lázaro.
Alonso de Caso, don Francisco.
Alvear, don Francisco de Anca, don Pedro de.
Aparicio, don Filomeno.
Ariztegui, don Antonio.
Balboa, don Fernando (Gobernador de la Provincia).
Boza, don José.
Buizan, don Tomás.
Bulmes Solera, don José
Cabral Bejarano, don Manuel.
Camacho, don Ventura.
Candaleja, don José.
Caño, don Juan Manuel del.
Carruana, don Francisco.
Casermeiro, don Antonio.
Cepero, don Jacobo L.
Collantes, don Francisco.
Cunninghan, don J.
Checa, don José.
Daguerre Dospital, don E.
Delgado, don Anselmo.
Delgado y Comp.ª, don Faustino.
Diaz y Cos, don Francisco.
Diaz Cendrera, don Luis.
Dominguez, don Domingo.
Dubuinon, don Estéban.
Enrile, don Joaquin María.
Escacena, don Antonio.
Estevas, don Leopoldo.
Fernandez, don Joaquin.
Fernandez de Angulo, don L.
Ferreiras, don Domingo.
Ferreras, don José Antonio.
Fort, don Paulino.
Fritschi, don Augusto.
Galindo, don Ignacio.
Gallego don Pio.
García Arrafá, don Francisco.
García Guerra, don José.
Gavidia, don José María.
Gimenez, don Juan.
Gomez, don Julian.
Gonzalez Alvarez, don Juan.
Gonzalez Lamadrid, don M.
Goyena, don J. M. de I.
Herran, don Nicolás J. de la
Herrera, don Gerónimo de la.
Herrera, don José María.
Hüe, don Evaristo.
Huidobro, don Luis.
Huidobro, don Segundo.
La O, don Manuel.
Larrazabal, don José.
Lopez del Baño, don A.
Lopez, don José María.
Lopez Camacho, don Julian.
Lopez de Roda, don Manuel.
Losada, don Justo.
Machado y Alvarez, don Antonio.
Maestre, don Juan María.
Mallen y Castro, don Antonio.
Manjares, don Ramon.
Marin, don Serafin.
Marqués de Gavidia, Excmo. Sr.
Martinez y Comp.ª, don Manuel.
Martinez, don Ramon.
Masson, don Luis.
Melendreras, don Rafael.
Montalbo, don Pascual.
Munilla, don Manuel.
Muriel, don José.
Navarrete, don Antonio.
Negron, don Luis.
Olmedo y Lopez, don Fernando.
Ortiz, don José.
Pagés, don Cárlos.
Pagés del Coro, don Francisco.
Palomo, don Francisco de B.
Paz, don Calixto.
Piazza, don Cayetano.
Pineda, don Angel.
Pons, don Ramon.
Porres, don Pedro de.
Porrua, don Manuel.
Portilla, don Mateo de la.
Pous, don Fernando.
Pozi, don Antonio.
Ramirez, D. Toribio.
Real, don Juan.
Rentero, Excmo. Sr. don Luis J.
Rey, don Miguel del.
Reyes, don Manuel de los.
Ribas, don Pedro.
Ribera, don Antonio.
Rivero, doña María.
Roca, don A.
Rodriguez, don Antonio.
Rodriguez Rivero, don José.
Rodriguez, don José María.
Rodriguez de la Borbolla, don P.
Rojo, don José María.

Romero Balmaseda, don Manuel
Romo, don Francisco.
Saenz, don Antonio José.
Salvatella, don Rafael.
Sanchez, don Francisco de J.
Sanchez Alarcon, don Gabriel
Sanchez, don Gerónimo.
Sanchez, don Justo Joaquin.
Santa Ana, don Apolinar.
Sedano, Leopoldo A. J. de.
Semprum, don Manuel.
Ternero, don Enrique María.
Teruel, don Benito.
Tobia, don Manuel.
Torres, don Valentin.
Turné y Camacho, don Manuel.
Turon, Excmo. Sr. don José. Capitan general).
Valdecañas, don Antonio.
Valverde, don Antonio.
Vazquez, don Ignacio.
Vera, don Angel de.
Vergés, don Juan Antonio.
Vidal, don José.
Vital, don Salvador.
Zabala, don Mamerto.
Zaragoza, don Pedro.
Zorrilla, don Manuel María.

Sigüenza.

Gamboa, don Eugenio.

Sitxas.

Forment, don Antonio.
Piquert, don N.

Sueca.

Beltran, don Crisóstomo.
Calatayud, don Pascual.
Cebolla, don José.
Colecha, don Victoriano.
Matoses, don Gil.
Miñana, don Manuel.
Miragall, don Vicente.
Marqués, don José.
Muñoz, don José.
Ortelles, don José.
Ramon, don Fernardo.
Rico, don José.
Torres, don Tomás.
Vidal, don Eugenio.
Vidal, don José.

Tarragona.

Albiñana, don Francisco.
Ambort, don Juan.
Bertran y Bertran, don Ramon.
Boldú, don Francisco.
Camarero, don Miguel.
Capdevila, don Francisco.
Castellarnau, don Joaquin de.
Castellví, don Narciso M. de.
Corbella, don José M.
Eixalá, don José M. de.
Fenech, don José María.
Ferrér, don Juan de.
Ferrér, don Modesto de.
Ferrér y Martí, don Pablo.
Flotats, don Adolfo.
Foixá, don Diego de.
Font, don Mariano.
Gomez, don Cárlos José.
Granada y Salas, don José.
Lanquine, don Francisco.
Magriñá, don Rafael de.
Meneses y Velasco, don Rafael.
Miracle, don Joaquin.
Morera y Pullés, don Antonio.
Morera, don Francisco.
Pino, don Fernando del.
Ramis, don Antonio.
Ribera, don Jerónimo.
Rius y Ballestreri, don Joaquin.
Rius, don Mariano.
Sevil, don Agustin.
Soler y Ballester, don Salvador.
Sotorras, don Antonio de.
Suarez, don Fermin A.
Suarez, don Manuel.
Torres, don Gabriel.
Ulierte don, Enrique de.
Valenzuela, don José.

Tarrasa.

Boada, don Tomás.
Cadafalch, don José.
Carranca, don Juan.
Escuelas Pias.
Galí, don Gaspar.
Luch, don Gabriel.
Mata, don José.
Ohonset, don Luis.
Rouments, don Tomás.
Salas, don Joaquin.
Serra, don José P. de la.
Soler, don Felipe.
Targa, don Antonio.
Ubach, don Francisco.
Ubach, don Juan.
Ullés, don Lázaro.
Ventalló, don Domingo.

Tárrega.

Cardeñas, don José.
Miguel, don José.

Toledo.

Aguado, don Feliciano.
Alcalde y Uriel, don Higinio.
Cabello, Excmo. Sr. don Ventura.
Colegio de Infantería.
Diaz, don Rafael.
Fernandez, don Saturnino.
García Ochoa, don M. Adoracion.
Garrido, don Bernardo.
Gonzalez, don Zacarías.
Jara, don Alejandro de la.
Laguna y F., don Eduardo.
Lozano, don Eustaquio.
Martin Calvo, don Elías.
Mireli y Gonzalez, don José.
Moltó, don Antonio.
Moreno, don Venancio.
Puente y Falcon, don Rafael de la.

Tolosa.

Colmenares, don Fernando.
Córdoba, don Sebastian.
Cuesta, don Celestino de la.
Escurdia, don Manuel.
Izaguirre, don Francisco M.
Izaguirre, don Juan M.
Rodriguez de Iriarte, don Ramon.
Urdangaray, don Santos.
Urreiztieta, don Martin.

Torre Don Jimeno.

Arrabal, don Fernando.
Castillo, don Ildefonso del.
Gomez, don Lorenzo.
Molina Villalta, don José.

Torrelavega.

Castañeda, Sr. General.
Ceballos Campuzano, don Julian.
Círculo de Torrelavega.
Fernandez, don Nemesio.
García Diaz, don Feliciano.
Gonzalez Bustamante, don M.

Tortosa.

Alagret, don José.
Balagner, don Juan Bautista.
Bes, don Prudencio.
Borras, don Francisco Antonio.
Conde de la Torre del Español, Sr.
Delsorts, don Salvador.
Domingo, don Juan Bautista.
Escot, don Felipe.
Falcó, don Domingo.
Ferrán, don José.
Ferrer, don José.
Fonollosa, don Francisco.
Garcés, don Antonio.
Gonzalez, don Manuel.
Guardiola, don Ramon.
Helguera, don Evaristo de la.
Llasat, don Francisco,
Marqués de la Roca. Sr.
Montagut, don José.
Noria, don José.
Oleza, don Joaquin.
Oliva, don José.
Piñol, don Joaquin.
Sitchar, don Pablo.
Tió, don Francisco.
Todo, don Juan.
Vergés, don José.

Trujillo.

Bello, don Ramon.
Beltran, don Andrés.
Bustamante, don Manuel.
Calzado, don Vicente.
Castuera y Baraga, don Antonio.
Cisnero, don Felipe.
Cruz, don Antonio de la.
Cruz, don Lorenzo de la.
Elías y Nogales, don Francisco.
Fernandez Delgado, don Antonio.
Fernandez de los Rios, don Franc.
Gallardo. don Ramon.
Hernandez, don Vicente.
Machado, don Juan J.
Marquesa de la Conquista, Sra.
Moringo y Valiente, don Pedro.
Muro, don Francisco.
Nieto, don Eduardo.
Nieto, don Federico.
Sanchez del Pozo, don Alvaro.
Spina, don Vicente.
Villarreal, don Francisco.

Tuy.

Fernandez Gándara, D. Segundo.
García, don Ignacio.
Gonzalez Besada, don Juan.
Leyras, don José María.

Úbeda.

Almagro, don Pedro.
Blanca, don Juan José.
Diaz, don Pedro José.
Duran, don Joaquin.
García, don Ignacio.
Lucena, don Luis.
Madrid Ruiz, don Ignacio.
Orozco, don José María.
Ortega, don Fernando.
Pascual, don Antonio.
Rienda, don José M.
Rius, don Jacinto de.
Rubí Caparros, don Lorenzo.
Taracena, don Restituto.
Torrente, don Francisco A.
Torrente, don Francisco de P.
Vazquez, don Nicolás.

Usurbil.

Echeveste, don Antonio.

Valencia.

Alguen y Ros, don Felipe.
Almar, don Andrés.
Amorós, don Cirilo.
Andreu, don Antonio.
Arcon, don Joaquin.
Banquelles, don Baltasar.
Barberá, don Vicente.
Baron de Ribesalves, Exmo. Sr.
Barrio y F, don Mariano.
Bayona, don Juan.
Belda, don Luis.
Benedicto, don José.
Benlloch, don Pascual.
Berard, don José.
Besses, don Pedro.
Boix, don Vicente. (Cronista)
Cabrafigál y B, don Estéban
Cadena, don Pelegrin García
Cárdenas, don José de
Carreras, hermanos, Sres.
Carreras, don Jaime.
Cerdá, don José.
Cirugueda, don Francisco.
Colomina, don José.
Conde de Parcent, Excmo. Sr.
Clut, don Manuel.
Dotres, don Gaspar.
Esquerdo, don Antonio.
Esteva, don Cándido.
Fernandez, don Juan.
Font de Mora, don Ricardo.
Frues Herenas, don Miguel.
Guerrero, don Joaquin.
Guerrero, don Ricardo María.
Herans, don José.
Ibañez, don Juan José.
Illecas, doña Dolores.
Julian, don Daniel.
Lacasa, don Higinio.
Lamo de Espinosa, Dª Vicenta.
Layeca, don Victoriano María de.
Libual, don José.
Lopez, don Domingo.
Llobet, don Luis.
Manent, don Juan Antonio.
Marqués del Tremolar, Exmo. Sr.
Matton, don Eduardo.
Miracle, don Santiago.
Monsó, don Juan.
Montoro, don I. Miguel.
Nuñez, don F.
Oliviet, doña Antonia.
Pandines, don Facundo.
Perez, don Isidro.
Rives, don Ramon.
Ruiz, don Gregorio.
Ruiz Capdepon, don Trinidad.
Sattó, doña Ermenegilda.
Sociedad de Amigos del País.
Sociedad Valenciana.
Terol, don José.
Terrero, don Emilio.
Trendo, don Juan.
Vaqués, don Juan.
Verga, don Bartolomé.
Vergadá, don Luis.
Vergadá, don Ramon.
Vicet, don Andrés.
Villaralbo, don Emilio.
Vives, don Rafael.
Zaragoza, don Pedro.

Valencia de Alcántara.

Salvado, don Pedro.
Viu, don Ramon de.

Valladolid.

Aguado y Falcon, don Isaac.
Armendia, don Antonio de.
Barreda, don Dionisio.
Barroya, don Luis.
Cantalapiedra, don Agapito.
Castilla, don Félix.
Cernuda, don Victoriano.
Círculo de Calderon.
Círculo de Recreo.
Colegio y Escuela de Caballería.
Chapado, don Eusebio María.
Diez y García, don Antonio.
Dusmet y Navarro, don Joaquin.
Escuela de Bellas Artes.
García de la Gala, don Juan.
García Berganza, don Justo.
Gomez, don Manuel Agustin.
Guerra, don Lucas.
Gutierrez Herrezuelo, don Greg.º
Guzman, don José.
Herrero, don Sabino.
Huard, D. J. E.
Iñigo, don Emeterio.
Lopez, don Nemesio.
Marqués de la Fuente Pelayo, Sr.
Miranda, don Fernando.
Mora, don Rafael.
Ortiz de Urbina, don Jerónimo.
Perez Alonso, don Miguel.
Perez Calderon, don Valentin.
Quevedo, don Juan M. de.
Ribera, don Joaquin Federico de.
Rodriguez, don Lázaro.
Sanchez Ocaña, don Leoncio.
Sancho Millan, don Francisco.
Sanz, don Hilarion.
Sierra, Excmo. Sr. General.
Siglar, don Manuel de.
Sota, don Pio de la.
Touchard, don Julio.
Turraldo, don Antonio.
Velasco, don Joaquin de.

Valls.

Coll, don Ramon.
Ferrer, don Ramon.
Fornells, don José.
Moragas, don José.
Oller, don Eusebio.
Pesquer y Casas, don Enrique, por dos ejemplares.
Registrador de la propiedad, Sr.
Roset, don Juan.
Segú, don Jacinto.
Valentí, don Joaquin.

Vich.

Feu, don Fortian.
Fortades, don José.

Vigo.

Buch y Buet, don Ramon.
Casino de Vigo.
Couce, don Francisco.
Domenech, don Estéban.
Dominguez, don José María.
España y Peñaranda, D. Buenav.ª
Estasen, don Buenaventura.
Fernandez, don José R.
García del Hoyo, don Angel.
Gorostola Estonllo, don José.
Iglesias, don Joaquin.
Maristany, don G. F.
Moreu, don Buenaventura.
Otero y Fábregas, don Angel.
Pardo, don Eudoro.
Paredes, don Emilio.
Ponte, don V. S.
Ravena, don Rafael.
Requejo, don Buenaventura.
Sanroman, don Felipe de.
Surroca, don José.
Ulibarri, don Ricardo.
Vergés y Moreu, don Miguel.

Villacarlos de Mahon.

Quevedo, don Damian.
Vila, don Juan.

Villafranca del Panadés

Amig, don Juan.
Blanch, don Juan.
Cases, don Salvador.
García, don Javier.
Gatell, don José.
Huguet, don Francisco.
Tarrés, don Olegario.
Ubach, don Lino.
Vallés, don Narciso.

Villanueva y Geltrú.

Alegret don Francisco.
Corrons, don José.
Ferrer, don Francisco.
Ferrer y Armengol, don Franc.º
Nadal, don Francisco de S.
Parellada, don Cristóbal.
Pascual, don Bartolomé.
Puig, don Isidro.
Ricart y Roselló, don José.
Samá, don Antonio.
Torrents, don Manuel.
Viñals, don José.

Villanueva de la Serena.

Bugarin de Campo, don Vicente.
Ciudad y Olivas, don Juan.
Cortijo, don Antonio.
García Borreguero, don Antonio.
Gil Matesanz, D. Juan Francisco.
Marqués de Torres Cabrera, Excmo. Sr.
Moya y Morales, don Francisco.
Nogales y Botello, don Alfonso.
Rubio Samuela, don Luis.

Villa-Real.

Mas, don José.
Monforte, don Pedro Vicente.

Villaviciosa de Córdoba

Delgado y Lozano, D. José María.

Villena.

Bellod Herrero, don Juan.
Selvo Lopez, don Rafael.

Vinaroz.

Gil y Chavarría, don José.
Melendez y Cano, don Anselmo.

Viso de Alcor.

Gimenez, don Ramon.

Vitoria.

Bascáran, don Félix.
Busto, don Marcial de.
Condesa de Hervia, Excma. Sra.
Eseverrí, don Félix.
Gabinete de Lectura.
Pombo, don Antonio.
Rota, don José Benito de.

Zafra.

Alvarez, don Agustin.
Conde de la Corte, Excmo. Sr.
Fernandez Marco, don Miguel.
Gamero, don Gervasio.
García Rincon, don Vicente.
Lopez Muñoz, don Guillermo.
Nicolau y Gaffo, don Francisco.
Perez, doña Gregoria.
Rodriguez Madera, don José.
Saenz, don Félix.
Sainz, don Leon.

Zamora.

Alvarez, don Vicente.
Colorado, don Juan.
Galarza, don Féliz.
Garrigos, don Vicente.
Guzman, don Siro de.
Instituto de segunda enseñanza.
Margarida, don Raimundo.
Martinez, don Ramon.
Montero, don Hermenegildo.
Montero, don Luis.
Narvon, don Manuel.
Nirpel, don Juan.
Salas, don Luis.

Zaragoza.

Alegría, don Dámaso.
Ascaso, don José de.
Auria, don Antonio.
Ayuntamiento, muy Iltre.
Baron de la Letosa, Excmo. Sr.
Baronesa de la Menglana, Excelentísima Sra.
Baronesa de la Torre, Excma Sra.
Bello, don Francisco.
Boira, doña María.
Canales, don Nicolás.
Cappa, don Leon.
Carabantes, doña Josefa.
Carrero, don Alejo.
Castellano, don Tomás.
Colomer y Duclós, don José.
Escosura, don Desiderio de la.
Escudero, don Francisco.
Figueras, don Camilo.
Gallifa, don Angel.
García, don Juan.
García, don Santiago.
Gonzalez, don Ramon.
Huici, don José María.
Huici, don Manuel.
Ibañez, don Manuel.
Jordan, don Francisco.
Lac, don Melchor.
Lacasa, don Federico.
Lambea, don Simeon.
Linares, don Daniel.
Lombas, don Mariano.
Luna, don Ramon, por dos ejemplares.
Llovet, don Antonio.
Mariñosa, don Víctor.
Marqués de Embid, Excmo. Sr.
Martin, don Andrés.
Martinez y Vallejo, don Leon.
Mateo, don Miguel.
Matosi, don Lorenzo.
Mendizabal, don Alejandro.
Miranda y Martinez, don Domingo. (de Arenys de Mar).
Moncasi, don Francisco.
Moncasi, don Manuel Leon.
Monforte, don Manuel.
Montañés, don José.
Montiel, don Estéban.
Moreno y Sevilla, don Leoncio.
Muñoz, don Bernardo.
Mur, don Angel.
Nuñez, don José.
Olivan, don Antonio.
Palacio, don Jacinto.
Palomar, don Narciso.
Parroqué, don Lorenzo.
Paules, don José.
Peña, don Ventura de la.
Perdom, y C., Sra. Viuda de.
Polo, don Gregorio.
Pozas, don Angel M.
Rocatallada, don Cárlos.
Rosales, don José.
Salillas, don Juan Bautista.
Salvador, don Estanislao.
Santapau, don Francisco.
Sarañana, don Manuel.
Septien, don Luis.
Serra y Cruxent, don José.
Serres hermanos, Sres.
Urroz, don Simon.
Villaroya y Castellanos, Sres.
Zabalza, don Lamberto.
Zavalo, don Serafin.

BENJUMEA

COSTUMBRES DEL UNIVERSO

2